

REVISTA DE LA BIBLIOTECA 'ARCHIVO Y MUSEO

1-2



AYUNTAMIENTO DE MADRID
1949
Ayuntamiento de Madrid

REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

EDITADA POR LA COMISIÓN DE CULTURA

JEFE DE REDACCIÓN: Agustín Gómez Iglesias.

REDACTORES: Ramón García Pérez, E. Varela Hervías, Enrique Pastor, Federico Pérez Castro, Miguel Molina Campuzano.

SUMARIO

ARTÍCULOS:

- CASTO M.^a DEL RIVERO.—*Madrid y su comarca*, pág. 3.
ANTONIO ALVAREZ DE LINERA.—*Escenarios madrileños de la vida de Godoy*, pág. 69.
MIGUEL HERRERO.—*La iglesia del Carmen*, pág. 109.
ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ.—*Madrid, plaza de armas*, pág. 123.
ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA.—*El conde de Moctezuma, corregidor de Madrid*, pág. 141.
JAIME SALVÁ.—*La fragata del Buen Retiro*, pág. 209.
MANUEL DE TERÁN.—*Huertas y jardines de Aranjuez*, pág. 261.
ENRIQUE PASTOR MATEOS.—*Larra y Madrid*, pág. 297.

MISCELÁNEA:

- MANUEL BALLESTEROS-GAIBROIS: *Un recuerdo curioso de la «Biblioteca de San Isidro»*, pág. 333.

DOCUMENTOS:

- Papeles sobre el servicio de «El chapín de la reina» conservados en el Archivo de Villa* (A. GÓMEZ IGLESIAS), pág. 339.
Catálogo de los fondos documentales del Archivo de Villa referentes a instituciones e instrumentos de crédito (ENRIQUE PASTOR MATEOS), pág. 393.
Extracto de los «Libros de acuerdos» del Ayuntamiento de Madrid a partir del año 1601 (F. PÉREZ CASTRO), pág. 415.

RESEÑAS:

- Juan Bernia* (seudónimo).—*Historia del palacio de Santa Cruz, 1629-1950* (M. MOLINA CAMPUZANO), pág. 435.—*Fernando Chueca y Carlos de Miguel. La vida y las obras del arquitecto Juan de Villanueva* (M. M. C.), pág. 438.—*Pedro Alfonso. Disciplina Clericalis* (JOSÉ ANTONIO TAMAYO CHINCHILLA), pág. 454.—*González de Amezúa y Mayo, Agustín. Isabel de Valois, reina de España (1546-1568)* (EL MARQUÉS DEL SALTILLO), pág. 460.—*Colección documental del Fraile* (JUAN ANTONIO TAMAYO), pág. 469.

INFORMACIÓN:

- Don Angel González Palencia* (A. G. I.), pág. 473.—*Hemeroteca Municipal de Madrid. Servicio de Microfilms*, pág. 477.

Se publica en dos tomos anuales, que forman un volumen de 500 a 550 páginas.

Precios de suscripción: España y Portugal, 25 pesetas anuales. Número suelto, 14 pesetas.—Precio del presente número, 28 pesetas. Hispanoamérica, 30 pesetas anuales. Los demás países, 35 pesetas.

La correspondencia dirijase a la Secretaría de la REVISTA, Plaza

Ayuntamiento, 27, Madrid

REVISTA
DE LA
BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

LIBRERIA

REVISTA

LA

BIBLIOTECA Y ARCHIVO

1912. Vol. I. Número 1. Madrid.

1912.

REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

Año XVIII

Enero-Julio, 1949

Número 58

MADRID Y SU COMARCA (ESBOZO GEOGRAFICO-HISTORICO)

I

OJEADA FÍSICOGEOLÓGICA.—TOPONIMIA Y HERÁLDICA

El territorio que andando el tiempo vino a constituir el Concejo, y después la provincia de Madrid (incluyendo la capital de España), es el que se extiende desde las cimas de mayor elevación de la cordillera Carpetana hasta el curso del Tajo, presentando una diferencia de nivel de 1.900 metros, que es la que se da entre la cumbre del Peñalara y el río Algodor en su desembocadura en el Tajo

Por otra parte, la comarca matritense ocupa la cuenca del río Jarama, que nace en Peñalara, y más determinadamente la de su afluente el Manzanares, que forma el verdadero eje de la misma¹, por la cual discurren en la dirección N. S. el Guadarrama y el Alberche, así como el Lozoya y el Henares, afluentes del primero, y de N. E. a S. O. el Tajo, al que todos rinden sus aguas, el cual riega la vega de Chinchón, y desde su confluencia con el Jarama las de Aranjuez y Algodor, que forman una estrecha cuña entrante en la jurisdicción de Toledo.

¹ *El Manzanares, calumniado.* (Bol. de la Sociedad Geográfica..., tomo XLVI, página 263.)

Desde el punto de vista físicogeológico, la comarca de Madrid puede dividirse en tres zonas bastante regulares y casi paralelas: la del N. E., o sea la Sierra, una de las formaciones graníticas y arcaicas (quizá la más antigua de las de nuestra Península), ocupando las cumbres y terrenos inmediatos desde el extremo oriental hasta Gredos; la del Centro, de arenas y arcillas cuaternarias, y la del S. E., de calizas, arcillas y yesos y pedernales característicos del terreno terciario. La línea que separa las dos primeras zonas se dirige desde Villa del Prado hasta las cercanías de Uceda, y la media, entre las dos últimas, pasa al Sur tocando las puertas de Madrid, y sigue la dirección de las carreteras de Toledo y Aragón. La población de la capital se halla emplazada sobre una serie de colinas (que han dado pie a que se la llame *ciudad de las siete colinas*, remedando el título de la famosa del Tiber) de pequeña elevación al N., S. y O., hacia el Manzanares, y al E. sobre el arroyo Abroñigal, en uno de los lugares de mayores desigualdades de toda la zona. Considerada ésta en conjunto, presenta pocos accidentes en su relieve. Su línea de unión se halla unos 160 metros más alta en Torrelodones que en Villa del Prado, presentando un conjunto de lomas y colinas rebajadas, muchas de ellas de gran amplitud.

La tercera zona se divide en dos partes: la primera viene a ser una prolongación de los páramos de la Alcarria, que antes de llegar al Tajo forman los llamados *llanos* de Colmenar, Chinchón y Morata, y sigue al otro lado del río con los nombres de *mesa de Ocaña* y otros. No es del todo llana, sino que forma ondas suaves, con declive general hacia el S., hallándose cortada de desigual manera por las corrientes de agua, y dentro de su condición esteparia no sólo es productiva, sino la más feraz de la provincia, estando enclavados en ella pueblos tan importantes como Colmenar de Oreja, Chinchón, Villarejo de Salvanés, Campo Real y otros.

La parte baja de la zona S. E., o terciaria, ocupa mayor extensión, y su suelo está formado por arcillas y yesos; presenta extensos llanos, pero también grandes desigualdades o barrancos, de los cuales son los mayores los de Alcalá de Henares, y también colinas de cierta elevación, como el llamado cerro de Almodóvar, cerca de Vallecas; el de Ribas; el de los Angeles, en Getafe; las Alcantueñas, cerca de Parla; etc. Es la más poblada, y cuenta con los mejores riegos, siguiéndola la de la Sierra, y con gran diferencia la del Cen-

tro. El número de núcleos urbanos es mayor (casi el doble) en la Sierra; pero de muchísima menos importancia, siendo esta zona tercera donde se encuentran los pueblos mayores, a excepción de la capital¹.

Investigaciones más recientes realizadas en el suelo de Madrid reducen la importancia que se venía dando al cuaternario, atribuyéndosela al terciario, y más concretamente al oligoceno, que se señalaba únicamente debajo de aquél en algunos puntos del curso del Manzanares y al S. E. en el cerro de la Plata, basilica de Atocha, etc.

Los hallazgos de fósiles y la estratigrafía misma han demostrado que el subsuelo cuaternario debe quedar reducido a los depósitos del río, formando terrazas fluviales, como el campo de San Isidro, parador del Sol, etc., y todos los areneros y tejares que jalonan sus orillas por la carretera de Andalucía.

En cuanto a las formaciones terciarias dadas como del mioceno, se ha podido establecer un horizonte inferior de arcillas y margas yesíferas por debajo del Manzanares, correspondientes al oligoceno, y el resto al mioceno, cuyos depósitos son los que en realidad forman todo el subsuelo de Madrid.

El espesor del horizonte dado como cuaternario es de ochenta a cien metros, y de unos veinte el inferior, con restos de mamíferos y reptiles fósiles, todos ellos indudablemente miocenos. Todos los areneros y tejares de la zona baja de Madrid explotan los materiales del cuaternario, mientras los de la parte alta, en general del exterior de aquélla, aprovechan las areniscas arcillosas del mioceno².

Con arreglo a los datos que anteceden, y teniendo particularmente en cuenta la configuración del suelo, el *Nomenclátor de las villas y lugares*³ divide los partidos de la provincia de Madrid en cinco zonas:

Primera zona, alpina: Torrelaguna y San Lorenzo del Escorial.

Segunda zona, subalpina: Colmenar Viejo y San Martín de Valdeiglesias.

¹ *Información sobre la ciudad* [Madrid]. Memoria [dedicada por Eugenio Fernández Quintanilla, arquitecto municipal]. Madrid, 1929. En fol., pág. 3.

- *Reseña geográfica y estadística de España* (Madrid, 1912) y la referida *Información sobre la ciudad*, pág. 31.

³ Tomo III. (Madrid, 1865.)

Tercera zona, alcarreña: Alcalá de Henares.

Cuarta zona, manchega: Navalcarnero, Getafe y Chinchón; y

Quinta zona, Madrid, «urbe milenaria, cercada de estepa al borde montuoso de un río como el Manzanares, afluente secundario... Gran ciudad sin atractivo, sobre un solar de ingratas condiciones, con una pujanza al crecimiento inverosímil».

* * *

Esta división de tipo fisiográfico sugiere un examen, siquiera sea somero, de los nombres geográficos, tan relacionados con los aspectos de la naturaleza y del paisaje que reflejan, y constituyen el objeto de la Toponimia, disciplina sumamente interesante, pero muy dada a equívocos y errores, con soluciones distintas a un mismo problema, como se advertirá en esta misma *Memoria* al tratar de la etimología de Madrid.

El fundamento de la Toponimia está en el hecho de que los nombres dados a los accidentes topográficos tuvieron originariamente un significado preciso, que a través del tiempo ha sufrido alteraciones a consecuencia de la evolución del lenguaje, que unas veces lo han hecho ininteligible, mientras que en otras las leyes fonéticas lo explican y nos permiten reconocerlo.

Es, pues, preciso ante todo, cuando se nos ofrece un topónimo, determinar el grupo lingüístico a que pertenece, para llegar a su forma original y seguir su evolución y establecer su etimología, si bien será muy de tener en cuenta a este respecto un elemento que juega importante papel, cual es la homofonía, que lleva en ocasiones a asimilar palabras de origen y significado por completo distinto, como sucede con la palabra *nahar* = río (en árabe) y *ñenar* = pastizal (del latino *fœnum*) que ha dado lugar al nombre Alcalá de Henares, cuya traducción literal es Castillo del Río; otro caso parecido es el de Navalquejido, en vez de Navalquejigo, que es la forma correcta.

En un país como el nuestro, por donde han pasado tantos pueblos, algunos de los cuales llegaron a establecerse, con culturas tan varias, la determinación de la familia lingüística a que los vocablos corresponden presenta un interés primordial, a la vez que reclama

muy varios conocimientos; pero nosotros lo simplificaremos limitándonos en esta sección a los topónimos románicos, dejando los correspondientes a las lenguas habladas por los primitivos pobladores de la Península y los derivados de la árabe para tratarlos en los respectivos lugares.

A seguida presentamos los topónimos románicos de significados afines, agrupados conforme expresan los respectivos epígrafes.

A.—Nombres relativos a la topografía:

Berrueco, El
 Collado Mediano.
 Collado Villalba.
 Garganta de los Montes.
 Gargantilla de Lozoya.
 Horcajo de la Sierra.
 Horcajuelo de la Sierra.
 Navacerrada.
 Navalafuente.
 Navalagamella.
 Navalcarnero.
 Navalquejido (por ...quexigo).
 Navarredonda.
 Navas de Buitrago.
 Navas del Rey.
 Oteruelo del Valle.
 Serrada de la Fuente.
 Somosierra.
 Valdeavero.
 Valdelaguna.
 Valdemanco.
 Valdemqueda.
 Valdemorillo.
 Valdemoro.
 Valdeolmos.
 Valdepiélagos.
 Valderacete.
 Valdetorres de Jarama.
 Valdilecha.
 Valverde de Alcalá.

B.—Nombres relativos a la hidrología:

Arroyo Molinos.
 Canales o Cañales.
 Canencia.
 Canillas.
 Canillejas.
 Ciempozuelos.
 Fuencarral.
 Fuenlabrada.
 Fuente el Saz.
 Fuentidueña del Tajo.
 Pozuelo de Alarcón.
 Pozuelo del Rey.
 Ribas de Jarama.
 Ribatejada.

C.—Relativos a diversos elementos y accidentes naturales:

Atezar.
 Brunete.
 Pardillo, Villanueva del.
 Pardo, El.
 Pedrezuela.
 Rascafría (Rocafría).

D.—Relativos a la clase de las poblaciones y edificios:

Aldea del Fresno.
 Cabanillas de la Sierra.
 Cadalso de los Vidrios.

Casarrubios del Monte.
 Casarrubuelos.
 Chamartín de la Rosa.
 Paredes de Buitrago.
 Puebla de la Sierra.
 Torre de Abén Crispín.
 Torrelaguna.
 Torrejón de Ardoz.
 Torrejón de la Calzada.
 Torrejón de Velasco.
 Torremocha de Jarama.
 Torrelodones.
 Torres de la Alameda.
 Villa del Prado.
 Villafranca del Castillo.
 Villaconejos.
 Villalba.
 Villalbilla.
 Villamanrique de Tajo.
 Villamanta.
 Villamantilla.
 Villanueva de la Cañada.
 Villanueva del Pardillo.
 Villanueva de Perales.
 Villar del Olmo.
 Villarejo de Salvanes.
 Villaverde.
 Villaviciosa de Odón.
 Villavieja de Lozoya.

E.—Nombres de carácter religioso y del santoral:

San Agustín.
 San Audito (Santo Id).
 San Antonio, Velilla de.
 San Fernando de Henares.
 San Lorenzo del Escorial.
 San Martín de Valdeiglesias.
 San Martín de la Vega.
 San Sebastián de los Reyes.
 Santa María de la Alameda.

Santorcaz (San Torcuato).
 Santos de la Humosa, Los.
 Siete Iglesias.

F.—Nombres de fundadores, señores, colonias y sucesos históricos:

Abén Crispín, Torre de.
 Barajas de Madrid.
 Extremera.
 Chamartín de la Rosa.
 Gascones.
 Nuevo Baztán.
 Odón, Villaviciosa de.
 Velasco, Torrejón de.
 Pelayos de la Presa.
 Sarracines.
 Vallecas (Vallis Egas).
 Vicálvaro.
 Zorita de los Canes.

G.—Nombres relativos a la fauna, ganadería, etc.:

Becerril.
 Boadilla, o Bohadilla.
 Boalo.
 Bustarviejo de Lozoya.
 Cabrera, La.
 Cervera de Buitrago.
 Colmenar del Arroyo.
 Colmenar de Oreja.
 Colmenar Viejo.
 Colmenarejo.
 Chapinería.
 Galapagar.
 Majadahonda.
 Palomero.
 Porqueriza, La (Miraflores de la Sierra).
 Vellón, El.

H.—Relativos a la flora, agricultura, etc.:

Acebeda, La.
 Alameda del Valle.
 Álamo, El.
 Atocha.
 Belmonte de Tajo.
 Berzosa.
 Campo Real.
 Cercedilla.
 Fresnedillas.
 Fresno de Torote.
 Hortaleza.
 Hoyo de Manzanares.
 Manzanares el Real.
 Mejorada del Campo.
 Miraflores de la Sierra.
 Molar, El.

Molinos, Los.
 Montejo de la Sierra.
 Moraleja de Enmedio.
 Moralzarzal.
 Olmeda de la Cebolla.
 Olmos.
 Paular, El.
 Perales de Tajuña.
 Pinilla del Valle.
 Piñuécar.
 Prádena del Rincón.
 Quijorna.
 Robledillo de la Jara.
 Robledo de Chavela.
 Robregordo.
 Rozas de Madrid, Las.
 Rozas de Puerto Real.
 Serna del Monte, La.
 Zarzalejo.

Los nombres que anteceden se refieren, salvo excepciones, a poblaciones o entidades urbanas¹, y se han clasificado, cuando son dobles, como es frecuente, conforme al significado del calificativo, o primero de ellos; sin embargo, algunos figuran en dos grupos, teniendo en cuenta el determinativo que ha parecido interesante, especialmente en el grupo F.

También observará el lector la falta de muchos topónimos, cuyo significado y clasificación lingüística nos es desconocida, y nos servirá de disculpa el número de los que en trabajos especiales de autores eminentes se encuentran en el mismo caso que en este ensayo.

* * *

¹ Los *Documentos del Archivo General de la Villa de Madrid* publicados por don T. D. Palacios, y los recientes estudios de su digno sucesor en la jefatura de dicho Centro, don A. Gómez Iglesias, *Las sentencias del licenciado Guadalupe y Algunos terminos del alfoz madrileño*, insertos en los números 55 y 56 de la REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid, hacen mención de numerosos nombres de esos lugares, a que no damos cabida en este trabajo.

La relación de la Heráldica con la Onomástica y la Toponimia es evidente y ha sido expuesta por D. Juan Amades en un interesante estudio¹, en que señala «...el gran sentido onomástico de gran número de escudos, tanto nobiliarios como locales...», de que pone numerosos ejemplos. Pues, en efecto, los Concejos, siguiendo la moda establecida por los monarcas y los señores, no tardaron en adoptar el lenguaje simbólico de los blasones, que nos han conservado las piedras talladas o armeras, los sellos diplomáticos y algunas noticias literarias, como la referente a las armas del Concejo madrileño que ondearon al frente de sus milicias en la famosa batalla de las Navas de Tolosa.

Al lado de los *emblemas parlantes*, que son una forma de escritura ideográfica, hay otros de carácter realista, como el blasón citado de Madrid; el de Casarrubios, etc.; otros alusivos al origen de los pueblos, como el de Navalcarnero, Buitrago, Maqueda, etcétera, correspondientes estos últimos a las Casas de Mendoza y de Cárdenas, bajo cuyo señorío estuvieron, adoptando para sus escudos las de sus respectivos señores. También las Ordenes militares de Calatrava y Santiago, con sus encomiendas, tienen en ellos su representación.

Los blasones que conocemos de poblaciones comprendidas en el presente trabajo son los siguientes, agrupados sistemáticamente:

Parlantes:

Alcalá de Henares: castillo sobre la orilla de un río. Adoptado también por Uceda.

Chinchón: cabeza de cigüeña con su largo cuello.

Pinto: el mundo, representado por un globo con un punto en el centro. También lo emplea Getafe.

San Martín de Valdeiglesias: la figura ecuestre del Santo Patrón en el acto de verificarse el milagro conocido.

Torrelaguna: torre con una laguna delante.

Torrijos de los Olivares: torre entre dos árboles.

¹ *Heráldica y Toponimia* (Biblioteca de Tradiciones Populares). Barcelona, 1935. En 8.º

Simbólicos.

Casarrubios: árbol.

Fuencarral: fuente de plata con bordadura de castillos y leones.

Madrid: un oso.

Navalcarnero: el acueducto de Segovia.

Valdemoro: cabeza de hombre tocado con turbante.

Heráldicos y señoriales propiamente:

Buenamesón, Villamanrique y Villarejo: la cruz de Santiago.

Almonacid y Zorita de los Canes: cruz de Calatrava.

Cadalso de los Vidrios: armas de Don Juan Manuel: escudo cuartelado con dos leones en campo de plata y dos alas terminadas en manos empuñando sendas espadas.

San Lorenzo del Escorial: armas imperiales de la línea Hapsburgo-Parma.

Buitrago, Colmenar Viejo y El Real de Manzanares: armas de Mendoza y Luna.

Maqueda: armas de la Casa ducal de los Cárdenas.

Sin perjuicio de un examen más minucioso y de la descripción de estos escudos, que se encontrará después en los lugares correspondientes, diremos aquí que el escudo de Madrid bien pudiera considerarse como parlante si, según parece, recibió el sobrenombre de *Ursaria*, que pudo muy bien llevar, como lo demuestra habérselo dado Ruy González Clavijo en el discurso que pronunció ante el Gran Tamorlán al ponderar las excelencias de la Villa (1403-1406); independientemente de que figurase o no en el texto de Tolomeo, como tanto se debatió.

Al tratar de Chinchón, escribe Ortega y Rubio en su *Historia de Madrid y de los pueblos de su provincia* (Madrid, 1921), que al sur de la Villa se levanta un castillo donde campean las armas de sus antiguos condes, fábrica del siglo xv, que no describe, pero que serían, según el *Nobiliario* de López de Haro: 1.º, escudo partido, castillo y león; 2.º, partido también, águila y torre; 3.º, cabra, y 4.º, como el segundo. Orla de ocho leones y ocho castillos alternados.

Más adelante describe así el referido autor el otro escudo de la Villa: en los cuatro cuarteles del escudo se nota: en los de arriba, un castillo en el de la derecha y una cabeza con cuello de pájaro en la izquierda; en los de abajo, una flor de lis y un león. Sin comentario alguno. Para explicarlo conviene recordar que el referido señorío fué enajenado, adquiriéndolo el Infante Don Luis de Borbón, cuyas armas, que son las reales de España, castillo y león, más la flor de lis, adoptó la Villa. En cuanto al otro cuartel que tan vagamente se relaciona, cabe suponer que a un cuello de pájaro se uniese una cabeza también de ave, que pudiera ser una cigüeña, conviniendo con una posible etimología de *ciconium*. En los escudos oficiales aparece este emblema interpretado de muy diversos modos; en los últimos, como una cabeza de jirafa.

Cadalso de los Vidrios fué señorío del famoso príncipe Don Juan Manuel, nieto de San Fernando e hijo del Infante Don Manuel y de Doña Beatriz de Saboya, cuyas armas cuarteladas forman su escudo, que fué adoptado por la Villa.

El escudo de San Lorenzo del Escorial, cuya representación han venido siendo unas parrillas, en honor al martirio del Santo Patrono, se ha cambiado recientemente por las armas de la reina regente Doña María Cristina de Hapsburgo, figurando junto a las de los restantes cabezas de partido en el escudo que encabeza el *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid* desde hace pocos años.

El escudo de la villa de Fuencarral es de fecha reciente y ha sido formado de acuerdo con el dictamen de la Real Academia de la Historia¹.

¹ Véase *Boletín* de 1944, pág. 60,

II

POBLACIÓN PREHISTÓRICA DEL VALLE DEL MANZANARES.
PRIMEROS HABITANTES HISTÓRICOS DE LA CARPETANIA.—SU ROMANIZACIÓN

Se ha dicho de Madrid que «de tan antigua como es su población, parece moderna, y de tan voluminosa como es su historia, carece de hecho de ella».

Ciñéndonos a la primera parte de esta sentencia, y dada su remota fecha, la encontramos profética, en presencia, como hoy estamos, de los descubrimientos realizados en las proximidades de la Villa de objetos prehistóricos y restos fósiles en la pradera de San Isidro, donde en 1864 el sabio geólogo D. Casiano de Prado halló un importantísimo yacimiento, que ha hecho época en los estudios acerca del hombre primitivo.¹

El clima húmedo y templado que se produjo en el último período interglaciario hubo de originar la formación de espesos bosques y extensas praderas, que atrajeron a una variada y numerosísima fauna, en la que predominaban los grandes mamíferos, que encontraban, a la vez que abundantes pastos y abrigos, fáciles abrevaderos, circunstancias todas muy favorables para que el hombre, cuya principal y casi única ocupación era la caza, no tardara en llegar en su persecución.

El establecimiento de numerosas tribus que practicaban sus industrias, de que han quedado innumerables productos, ha permitido a los especialistas determinar las culturas a que corresponden, que son las más antiguas de que hay noticia del Paleolítico inferior, o sea del Chelense de la terminología francesa, que corresponde a lo que los prehistoristas españoles denominan *Isidrense*, fundados en la importancia extraordinaria del yacimiento madrileño.

La permanencia de las tribus o familias hubo de prolongarse por espacios larguísima de tiempo, que pueden apreciarse por la

¹ *Descripción física y geológica de la provincia de Madrid* (Madrid, 1864) y también la *Información sobre la ciudad...* antes mencionada.

evolución que se observa en la tipología de los objetos encontrados, que sigue sin interrupción hasta el período Musteriense (tercera etapa del Paleolítico antiguo), y ofrece la interesantísima particularidad de acusar la presencia de pueblos africanos de esta misma cultura, lo que ha motivado que se la denomine *Musteriense ibero-mauritano*, representado únicamente en Madrid. A partir de este momento se observa la falta de restos correspondientes a los períodos finales del Paleolítico superior, a causa, sin duda, de la emigración de los antiguos habitantes, motivada por el cambio de clima, por enfriamiento, que hacía inhóspita aquella región, antes acogedora.

Durante el Neolítico y el Eneolítico volvieron a verse pobladas por el hombre las márgenes del Manzanares, como lo demuestra la existencia de numerosos fondos de cabañas y también sepulturas, llegando desde Levante emigraciones correspondientes a la civilización de Almería hacia mediados de la Edad del Bronce, y en la segunda Edad del Hierro vivió en estos parajes un pueblo influido por la cultura de los iberos.

* * *

Llegamos en esta sumaria exposición a los tiempos históricos, aparecen los carpetanos establecidos en las vertientes meridionales de la cordillera, a que dieron el nombre de *Iuga Carpetana*, que nos han conservado los geógrafos antiguos, cuya región se extendía desde el país de los arévacos, situados en la vertiente del Duero, hasta los oretanos, en los valles del Guadiana, y de Este a Oeste desde las tierras de los olcades hasta las de los vetones y vacceos. Según Plinio, los collados carpetanos eran la raya entre la Tarracónense y la Lusitania.

Esta extensa región incluía dieciocho ciudades, que enumera Tolomeo, todas ellas dependientes del Convento jurídico de César Augusta, excepto los toledanos, adscritos, según Plinio, al cartaginense.

Los carpetanos eran de raza ibera; pero su vecindad con los celtíberos fue causa de infiltraciones, como la que señala Gómez Moreno a la vista de las inscripciones halladas en Trofa, en el monte de El Pardo y en Brunete, relativas a un *Estivo Manuciques* y a otro

Alto del mismo apellido, que supone corresponder a un núcleo de población apenas romanizado, de stirpe celta, y también se produjeron otras de los lusones por los valles del Jarama y del Manzanares, que rara vez atravesaron el Tajo. De tales relaciones e influencias es la Toponimia la que nos suministra documentos.

Menéndel Pidal señala los siguientes topónimos célticos en la región carpetana¹:

AEBURA, mencionado por Tito Livio con motivo de sucesos de hacia 181 a. de C., deriva del céltico *ebures*=tejo, árbol famoso de bayas venenosas; de la misma raíz son Ébora (Portugal), Éboli (Italia), las antiguas *Aeboracum* de Bretaña y *Ebrodunum*, en las Galias, y entre nosotros muchos pueblos con los nombres de Tejo, Tejada, Tejedo.

La Ebur de Livio, según el filólogo citado, no estuvo en Talavera, al sur del Tajo, sino en Yebra (Guadalajara), al norte de dicho río, de la que habrá ocasión de hablar.

ARGANCE, despoblado en término de Villamiel (Toledo), deriva su nombre de Arganto o Arganzo, muy común en España; lo lleva un campo de las afueras de Madrid, y también una de sus calles: la de la Arganzuela.

ARGANDA, de *argento*=brillante, metal brillante o plata, de que derivan: Arganta, en Italia; Argantoña (Cuenca) y otra del mismo nombre citada repetidamente en documentos madrileños del siglo XII; Argantonio=rico en plata, rey de los tartesios, y sobre todo la actual villa de la provincia de Madrid, renombrada por sus vinos.

ALCOBENDAS. Consta de la voz céltica *alce*=corzo, rebezo, y del adjetivo *vindo*=blanco; corresponde, pues, al topónimo Capralba, en Lombardía.

BUITRAGO, en los confines de la Celtiberia, fué originariamente el predio o vico de un Vulturio, cuyo nombre, adjetivado con el sufijo *aca*, formó Vulturiacum, de donde procede Buitrago, lo mismo que buitre de *vultur*.

CARRANTONA, despoblado próximo a Vallecas, citado repetidamente en los siglos XI y XII. Se menciona en inscripciones de

¹ *Etimología de Madrid*. (REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid, enero 1945.)

Córdoba y Nimes, *Caranto* y *Carantonis*, y también es nombre de un pueblo de La Coruña.

COSLADA, del céltico *coslo* o *cosla* = avellana. Es románico en su forma; lo mismo que Peralada, Pumarada, etc.

MADRID. Según el autor citado, a quien seguimos en esta sección, las varias grafías con que aparece escrito este nombre en crónicas y documentos pueden reducirse a dos: *Ma[y]eterito*, *Mae-derid*, cuyas tres sílabas se reducen a dos (rama correcta de evolución tradicional y popular), frente a la cual se presenta esta otra de *Mageterito*, que a través de *Mayedrid* o *Magerito*, *Magerid*, *Mayrit*, da por resultado el nombre con una sílaba más que la forma popular¹.

Ya en un artículo acerca de *La epigrafa de Montalbán*² señalaba el padre Fita el origen celta del nombre de Madrid, en lo que ha venido a coincidir Menéndez Pidal, al considerar que Magerito es palabra compuesta de *mag*, *mageio* = grande, que entra en varios topónimos de la Galia, como *Magodunum* = la gran fortaleza, *Mahum* (Cher), etc., y *ritu* = vado o puente, sustantivo celta que da en castellano vadoluengo (Pradoluengo, en Burgos que también existió en otro lugar de la comarca matritense). Entre las muchas teorías expuestas para explicar la etimología de Madrid, es ésta la que ofrece mayores garantías frente a la tradicional que se mantiene en favor de su origen árabe, acerca de lo cual nos ocuparemos en otro lugar.

El nombre de Madridejos deriva de Madrid en forma diminutiva peyorativa. Acerca de él dicen las *Relaciones topográficas* citadas: «Tomó el nombre de ciertos vecinos que vinieron de Madrid a establecerse en unos caseríos o parajes que había a la sazón...» «Es villa desde 1557 y se encuentra entre las del Reino de Toledo, en la Mancha.» El señor de ella es el prior de la Orden de San Juan de Jerusalén.

Hay además otro Madrid de las Calderechas, o de los Trillos, en Burgos, y un Madridanos que reconoce igual origen, en Zamora.

Otros topónimos de la comarca matritense que revelan remota antigüedad esperan ser objeto de estudio y de interpretación auto-

¹ Artículo acabado de citar.

² *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1902, pág. 155.

rizados, tales como *Aravaca*, *Aranzueque*, *Aranjuez* o *Aransuel*, *Batres*, *Butarque*, *Carabaña*, supuesta la antigua *Carbeca*; *Contrebia*, localizada por los anticuarios en Zorita de los Canes; *Talamanca*, *Thermida* = Trillo, *Termancia*, *Tielmes* y *Titulcia* o *Tituleia*, llamada después Bayona, que ha recobrado su antiguo nombre; etc.

* * *

En 195 a. de C. acometió Catón el Censor al frente de sus legiones penetrar en el interior de la Península marchando desde el Ebro, a través de la Celtiberia, hasta Sigüenza, y poco después Fulvio Nobilior llegaba junto a Toledo, *urbs parva sed munita*, donde sostuvo combates con los naturales; pero la empresa de apoderarse de la ciudad la realizó M. Fulvio después de derrotar a los vetones que venían en su socorro, cogiendo a los carpetanos y oretanos cuantioso botín.

En las guerras celtibéricas y de Viriato fué este territorio teatro de las operaciones militares, contándose entre las más importantes las emprendidas por Fulvio Flaco al frente de 30.000 legionarios contra Ébora, en las orillas del Tajo, en que, haciendo salir al campo a los defensores, con estratagemas, les infligió sangrienta derrota, después de lo cual marchó contra Contrebia.

Siguió a esto la política de pacificación realizada por C. Sempronio Graco, que durante veinticinco años (179-153) facilitó las relaciones entre naturales y conquistadores y la organización del territorio, preparando la romanización con la fundación de ciudades, entre las cuales habrá que contar las que llevan nombres de origen latino, como *COMPLUTUM*, de *compludo* = abundante en aguas; *AURELIA*, despoblado hoy, pero conservándose su nombre convertido en Oreja, pequeña villa anexionada a Ontígola, y en Colmenar de Oreja, y como apellido en un *Fernandus Orella* que figura en documentos de 1191.

HÚMERA, probablemente romana, aparece nombrada en el epígrafe *SALVS HUMERITANA*, grabado en el vaso votivo llamado de Otáñez (su poseedor), obra preciosa de la orfebrería hispanorromana. *MIACUM*, que era la mansión XVIII de la vía romana de Mérida a Zaragoza por Lusitania (según el Itinerario de Antonino), entre Segovia y Titulcia, donde se unía a la que partía de Astorga, conti-

nuando por Complutum, Arriaca, etc., se sitúa (sin que su emplazamiento se haya determinado) en la Casa de Campo, próxima al arroyo de los Meaques, nombre tan relacionado con el de la antigua población. Se ha supuesto por algunos (Cortés y López entre ellos) que este lugar fué el antecedente de Madrid; pero si bien tal supuesto ha sido generalmente rechazado, por falta de todo fundamento, es lo cierto que abundan testimonios de la existencia en aquellos contornos de *villas*, como la que debió estar situada en la posesión llamada Villamiranda, en Carabanchel Alto, de que se conserva el mosaico con el tema de las cuatro estaciones. Asimismo se encontró en Villaverde el precioso bronce con la cabeza de asno báquico, que demuestra haber existido allí viviendas campestres, tan del gusto de los romanos, además de las inscripciones, en número no escaso, así funerarias como votivas, recogidas por los historiadores que las publican.

La *Mantua Carpetanorum* de Tolomeo, cuya reducción geográfica a Madrid se hace imposible a la vista de las Tablas, pero en cambio llevan a situarla en Villamanta. Sin embargo, los cronistas de la Villa insistieron en la localización, seducidos por la homonimia con la ciudad italiana por tantos títulos ilustre; entre ellos, por haber sido patria del autor de la *Eneida*; pero no sólo éstos, entre los que se distinguía por su ardor el maestro López de Hoyos, sino las mismas *Relaciones geográficas* de Felipe II, a pesar de su carácter en cierto modo oficial¹, consignan que la villa de Madrid fué llamada por los antiguos *Ursaria* o *Mantua Carpetana*, nombre con que siguió designándose y con que aparece en el elegante rótulo del plano de Texeira.

* * *

Los pueblos del Norte que en sus invasiones en el siglo v tantos estragos causaron en nuestra Península, a que siguió la formación del reino visigodo y el establecimiento de la capitalidad en Toledo, no sintieron la necesidad de construir nuevas poblaciones; sin embargo, movido por razones estratégicas, Leovigildo fundó en la

¹ Son éstas las *Relaciones histórico-geográficas de los pueblos de España*, llevadas a cabo entre los años 1575-81 por orden de Felipe II, no publicadas hasta ahora, salvo los extractos que ha dado a conocer don J. Ortega Rubio.

confluencia del Guadiela con el Tajo, cerca de Almonacid (que perteneció a Madrid), en una eminencia accesible sólo por el Este, la ciudad de *Recópolis*, en honor de su hijo Recaredo. En la *Crónica* del moro Rasis se la llama *Rocupel*, así como también El-Becri y el geógrafo Yacub, que la sitúa entre Santover y Zorita, y en la *Relación* del citado pueblo, *Rochafria*.

También *Complutum*, lugar de escasa importancia, la adquiere con motivo de la veneración de los Santos Justo y Pástor, sus hijos, mártires de la persecución del siglo iv, y habiendo encontrado sus cuerpos Asturio, obispo de Toledo, y decidido no apartarse de ellos, erigió en su ciudad una iglesia episcopal, donde residió, conservando el título de obispo de Toledo, continuando a su muerte la serie de obispos complutenses, que se extinguió cuando la invasión agarena; pero aun a mediados del siglo ix había obispo en Complutum.

Guarda relación con los Santos mártires el nombre de Los Santos de la Humosa que lleva una villa no lejana a consecuencia de una tradición piadosa que supone la aparición de la Virgen María en unas zarzas quemadas por pastores, merced a lo cual fueron encontrados los cuerpos de los Santos Niños.

III

AVANCES DE LA RECONQUISTA.—LA FRONTERA SUPERIOR DEL
ALANDALUS Y LA FUNDACIÓN DE «MEDINA MAGERIT»

El estado latente de rebelión en que se había colocado Toledo, con Hassim, desde 830 hasta 837, y con Sindola y los Beni Muza, que rechazaron repetidamente a los ejércitos enviados por el emir, mandados por príncipes de su sangre muchas veces, movieron a Mohamed I a discurrir la importancia de fundar en el valle del Manzanares, por donde pasaba la antigua calzada que atravesaba la sierra de Guadarrama, llamada por los árabes *As-sarrat*=la Sierra, y pasaba también por Segovia, una ciudad fuerte que a la vez que asegurase las comunicaciones guardara la llanura que se extendía hasta el Tajo y sirviera de antemural de Toledo contra los ataques de los cristianos, establecidos ya al lado opuesto de la cordillera.

La realización de esta idea fué la fundación de Madrid, que aparece documentada en la *Geografía de España* de Abdelmumín Al-Himiary, el cual recoge la *Descripción de España* escrita en el siglo XI por El-Becri, cuyo texto ofrece gran interés. Dice que Talamanca fué construida por Abderramán II, noticia a todas luces inexacta; cita el macizo montañoso de *Al-sarrat*, la sierra llamada hoy de Guadarrama. «El país de Alandalus—dice—tiene su límite en Toledo; más allá de esta ciudad comienza a llamarse España ulterior (*Al-Andalus-al-aksa*).» Su referencia de nuestra villa es: «MAGRIT=Madrid. Ciudad notable de Alandalus que fué edificada por Mohamed ben Abderramán [II]. De Madrid al puente de Maqueda, que marca el límite extremo del territorio musulmán, hay treinta y una millas. El castillo fuerte de Madrid se cuenta entre las mejores obras defensivas que haya...»¹

El MAGERIT del siglo X, según Abu-Kateb, era una pequeña población, cerca de Alcalá, que podía enorgullecerse de ser patria de algunos *mageritis* ilustres por su ciencia, que brillaron en Toledo

¹ *La Péninsule Ibérique au Moyen Age d'après Abdelmumín Al-Himiary...* Traduction par E. Levy-Provençal. (Leyden, 1938.) En 4.º

y en Granada. Por otra parte, se sabe que la llamaban no sólo ciudad, sino Medina. El plano que acompaña al apreciable *Compendio de Madrid* de Alvarez Baena muestra bien claramente la poca extensión de este primer recinto, y en ello conviene también Cambroneró.

Sin embargo, el profesor Tormo, en su reciente estudio¹ sostiene que se trataba, no de una mera fortaleza ni de un poblado que se formara en torno, sino de una ciudad fuerte, al modo de Talamanca, con un destino estratégico, levantada entre los años 873 y 886 (que es el de la muerte del emir) por el príncipe heredero Mondzir después de haber sofocado la rebelión de Toledo, acaudillada por Sindola, que se había prolongado dieciocho años.

Esta noticia da ocasión a que se plantee una vez más el tema del nombre de la ciudad con nuevos elementos en favor de los que se inclinan por la tesis árabiga, pues observándose la costumbre de este pueblo de dar a muchas ciudades preexistentes denominaciones árabes, como Alcalá-Nahr a Complutum, Calat-Ayub a Bilibilis, etcétera, no parece aventurado que lo siguieran haciendo también en este caso. Ya Covarrubias decía: «Algunos curiosos modernos quieren que se diga Madrid, a mandra que vale aprisco o majada...; otros, de origen griego... Lo que se tiene por más cierto es ser nombre árabigo.» Esta ha sido siempre la creencia general, profesada también por Quadrado, para quien «aparece indudable que Madrid debió a los árabes su nombre...», hasta el siglo actual, en que, como se deja apuntado, algunos filólogos propugnan su origen celta. Sin embargo, el profesor Gómez Moreno insiste en sustentar la opinión que como de pasada exponía Covarrubias, y analizando la cuestión viene al conocimiento de un sufijo *it*, que le lleva a establecer que Madrid deriva del vulgar *majada* (magalia?) o de *maxana*, que en bajo latín significa choza, suponiendo la existencia de un *majadar* o *majadal* que diera lugar a un locativo *Majadarit*, que contraído en *Magdrít*, permite dos transcripciones en el siglo x: una, conforme a la fonética árabiga, que daría *Magerit* o *Maxerit*, y la otra, vulgar, simplificada, *Madrit*².

¹ *Las murallas del Madrid de la Reconquista, creación del Califato*. (Madrid, 1945.) En 4.º, con ilustraciones.

² *La desinencia «it» a propósito de Madrid*. REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid, tomo XV (1946), pág. 3 y sigs.

Son varios los topónimos derivados del árabe que se encuentran en esta región: *Ajalvir*, *Alamín*=plaza fuerte de frontera*; *Albatala*=ciudad, pueblo*; *Alcalá Nahr*=castillo del río, o sea Alcalá de Henares; *Alcorcón*; *Algodor*=los estanques*; *Aljete*, *Alcantinas**; *Alcantuena*=despoblado*; *Almoguera*=la cueva*; *Almonacid*=ciudad, pueblo*; *Almudena*, de *almudí*=alhóndiga o ciudadela; *Almuédano*=sacristán que llama a la oración; *Alpajes*; *Amaniel*; *Ambroz*, nombre propio*; *Alua* (despoblado)=altura*; *Balnadí*=atalaya; *Calatalifa*=castillo de adobe; *Carabanchel*, de alcarabán (Huerta de Valdecarábanos, Toledo); *Gaona* (torre)=torre exterior de la muralla; *Getafe* o *Setaf*; *maqueaa*=estable, firme*; *Mazal Madrid* (Vaciamadrid)=parador de; *Morería*, barrio; *Moros*, puerta de; *Narigués* (torre)=nardos; *Sagra* (San Miguel de la)=campo*; *Salmedina* o *Zalmedina*=dehesa de la ciudad.

También incluye Asín en la *Lista de los nombres no descifrados Alcobendas*, del cual se trató anteriormente; pero deja de incluir *Madrid*, acaso porque en realidad no es árabe, sino arabizado.

Por lo que hace al nombre de Manzanares de nuestro río, cuya etimología parece clara, ha suscitado dudas, sin embargo, por considerarse que no refleja características de la región. Consultado un eminente fitólogo acerca del caso, opinó que las condiciones vegetativas del manzano no abonan para pensar que haya podido existir en esta región, y menos *in extenso*, como para darla nombre. Esto lleva a considerar la probabilidad de que éste sea consecuencia de una evolución fonética semejante a la observada con la palabra *henares*, de Alcalá, en cuyo caso tendríamos una palabra compuesta de *manz* y *nahr*, cuya interpretación se ofrece a los especialistas.

Asimismo *Guadarrama** quiere decir río de las arenas, y *Alberche** que no está interpretado.

La primera mención de Madrid entre los escritores cristianos se encuentra en la *Crónica* de Sampiro¹, al referirse a la expedición de Ramiro II en auxilio de los rebeldes de Toledo: *«Congregato exercitu, pergens ad civitatem quae dicitur Magerit, confregit muros*

¹ Los nombres que figuran en la *Contribución a la Toponimia árabe de España*, de Asín (Madrid, 1940), van señalados con un asterisco. Véase también *Estudio de Toponimia madrileña*, por J. Oliver Asín (1948).

² Para Gómez Moreno, la noticia del *Castillo de Mongerit* en la *Crónica del Moro Rasis* es la más antigua que se le alcanza acerca de este lugar.

ejus et maximas fecit estrages. El *Cronicón* de Cardeña, y don Rodrigo en su *Historia* al referirse a este acontecimiento, lo fechan, respectivamente, en los años 925 y 930, mientras Sampiro, autor casi contemporáneo, consigna el 933. Lo que parece más probable es que, habiendo tropezado el leonés con la resistencia que le oponía la plaza de Madrid, la atacó enérgicamente y logró apoderarse de ella (932), entregándola al saqueo; arrasó sus murallas, hizo prisioneros y se volvió a León con cuantioso botín. Al año siguiente obtenía en Osma señalada victoria sobre el califa.

Recobrada Madrid por Abderramán III, restauró las murallas y la puso en condiciones de defensa contra posibles ataques, que no tardaron en producirse, logrando resistirlos, pues, como dice Quadrado, «... tras del Guadarrama, que servía de frontera al enemigo, descollaban cual robusto baluarte del vacilante reino de Toledo.»¹

¹ Castilla la Nueva, tomo I. (En *España. Sus monumentos y arte...*) Barcelona 1886. En 4.º

IV

CAÍDA DEL REINO DE TOLEDO.—EL CONCEJO DE MADRID
Y SU ALFOZ EN LOS SIGLOS XI A XV

Al morir Almamún, poderoso rival de los abaditas de Sevilla, a quienes había disputado la posesión de Valencia y de la misma Córdoba, le sucedió (1075) su hijo Yahia Alkadir, falto en absoluto de capacidad para el gobierno y de energía para afrontar las difíciles situaciones que se le presentaran, inevitables.

Tan favorables circunstancias fueron aprovechadas por Alfonso VI, quien, aparentando protección, redoblabla sus exigencias, obligando a Alkadir a someter a sus subditos a una opresión tal, que, llegando a la desesperación, lo depusieron y colocaron en el trono de Toledo al rey de Badajoz, Almodafar, el cual logró mantenerse en él durante dos años; pero ante las devastaciones a que los cristianos entregaban la campiña toledana, e impotente para atajarlas, tuvo que desistir de sus propósitos y abandonar la ciudad, que de nuevo vino a manos de Alkadir, el cual se apresuró a demandar la suspensión de las hostilidades y proponer la entrega mediante un pacto en el cual figuraba, como compensación, que se le colocara en el trono de Valencia, y una vez cumplido esto, pudo Alfonso hacer su entrada triunfal en la ciudad de los Concilios el día 25 de mayo de 1085.

Consigna el Ovetense que a consecuencia de la caída de Toledo, o con poca anterioridad, fueron tomadas Talavera, Santa Olalla, Maqueda, Alamín, Arganda, Madrid, Olmos, Canales, Talamanca, Uceda, Guadalajara, Hita, Ribas, Caracuel, Mora, Alarcón, Uclés, Cuenca y otras ciudades.

Lo impreciso del texto transcrito ha motivado que algunos autores, aceptándolo a la letra, hayan supuesto que el reino de Toledo se *desplomó* una vez tomada la capital. Tal posición respecto a Madrid representa el desconocimiento de muchas cosas importantes, una de ellas que esta ciudad fué tomada por asalto, cosa inexplicable si Toledo ya se había rendido; pero además hay que la

fundación de Madrid, así como la de Talamanca, tuvo como finalidad precisamente la defensa del valle del Manzanares ante un ataque dirigido desde el otro lado de la cordillera, y como a los atacantes de ahora, que tenían en Segovia sus bases de aprovisionamientos, les interesaba ante todo tener expeditas sus comunicaciones, incluso para el caso, poco probable, pero no imposible, de un descalabro, no se concibe que se internaran en la llanura sin antes haberse apoderado de la posición clave que era Madrid. De aquí lo justificado del hincapié que hacen los cronistas, de que con cierto desdén habla Quadrado, en que la toma de Madrid precediese a la de Toledo.

Bleda pone la toma de Madrid en 1080, cinco años antes que la de Toledo; González Dávila, Quintana y otros, en 1083; Mariana parece inclinarse por que fué posterior a la de Toledo, siguiéndole muchos autores modernos, considerándolo como una mera consecuencia de aquel triunfo, aunque — dice Quadrado¹, rectificando — la situación septentrional de Madrid da cierta posibilidad a la primera opinión (la de Bleda), a la que se inclinan los autores de la *Historia de la Villa y Corte de Madrid* (Madrid, 1860) al consignar que la conquista de Toledo se preparó en esta Villa.

El Municipio era el régimen jurídico que adoptaban los pueblos reconquistados cuando su vecindario imponía la delegación en un cierto número de sus habitantes para el mejor gobierno, que era lo que constituía *el Concejo*. Institución de carácter consuetudinario en un principio, adquiría después la sanción real mediante el fuero, que era la ley escrita, cuya primera manifestación se encuentra en el fuero de León, dado por Alfonso V en 1020 a su capital, que abre la larga serie de los fueros municipales, cuyo carácter se acomoda a la varia situación de las poblaciones, como la de las fronterizas respecto a las del Interior, y tienen por finalidad la equiparación de unos y otros mediante el otorgamiento de franquicias y privilegios, merced a los cuales lograron los reyes la repoblación de los territorios reconquistados, señalándose en este aspecto la región castellana.

Don Pedro José Pidal, en sus comentarios al Fuero Real, traza este admirable resumen de la Constitución castellana: «Las comunidades o concejos eran una forma de gobierno que se había introducido en Castilla; especie de repúblicas, se gobernaban bastante

¹ *Obra citada.*

tiempo por sí mismas, levantaban tropas, imponían pechos y administraban justicia; había también las behetrías, especie también de república o de señorío especial; otra clase la constituían los señoríos patrimoniales, especie de monarquías hereditarias. Y al frente de estos estados y señoríos subalternos estaba el monarca, jefe común, lazo federal, centro de unidad.*

No es, pues, extraño que al conquistar a Toledo Alfonso VI se constituyera inmediatamente su Municipio y su Concejo, y que teniendo en cuenta la diferente condición de sus habitantes, les otorgase los fueros de muzárabes, de castellanos y de francos, haciendo extensivo el segundo de ellos a los habitantes de Talavera, Santa Olalla y también a los de Madrid—como opina Cavanilles—, aunque no se los nombre, pues viene en apoyo de este parecer el hecho de que se los mencione entre los de las veintitantas ciudades que por haberlo recibido acudían en sus alzadas a Toledo.

El alcázar de Madrid, edificado por Mohamed I, se hallaba emplazado en una altura escarpada, accesible tan sólo por el lado del Mediodía, en que se extendía una explanada ceñida por una muralla que seguía en una longitud de unos dos kilómetros, incluyendo, además de lo que es hoy el Palacio Real y la plaza de la Armería, la desaparecida Casa de Pajes. Mas no tardó en ampliarse por el Sur, para encerrar dentro de su recinto las ramblas que forman la calle de Segovia, buscando las aguas del arroyo que allí se formaba y las de otros manantiales, y desde la puerta que se abría hacia el río continuaba por la pendiente arriba hasta el cerro que forman las vistillas de San Francisco, siguiendo por las Puertas de Moros y Cerrada, las Cavas, Puerta de Guadalajara, y calle del Espejo, cuyo último trozo, formando escuadra, que recibe hoy el nombre de «la Amnistía», iba a cerrar el circuito sobre el ángulo NE. del alcázar, conforme se indica en el plano de Alvarez Baena, recintos A y B¹.

No faltan memorias de estos primeros tiempos, recogidas en gran parte por el padre Fita en interesantes trabajos². Es la primera de ellas la confirmación del dominio del monasterio de San

¹ *Compendio histórico de la villa de Madrid*. (Madrid, 1786.) En 8.º, cuyo plano reproduce J. Bolx en su conferencia sobre los *Recintos de Madrid*, publicada en el *Arte Español* (1927), aparece también inserto aquí.

² *Madrid en el siglo XII*. (*Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. VIII y IX.)

Servando, de Toledo, sobre unas casas en el interior *in civitatem Mageriti*; su fecha, 1 febrero de 1095.

Gran estrago debió de sufrir la Villa con el asalto de los almorávides del emir Alí, en 1109, que llegaron a apoderarse de ella, salvo el alcázar, donde se refugió la población cristiana; pero en 1118 y 1123 se mencionan el arrabal y priorato de San Martín, y tres años después Alfonso el Emperador confirma un privilegio de su abuelo, el Conquistador, autorizando a dicho monasterio para poblar su término, según el fuero de Santo Domingo de Silos y de Sahagún, bajo la jurisdicción de sus abades; siguiendo otros diplomas en que se mencionan las aldeas de Valnegral y Villanueva de Xarama. En este mismo año, y en diploma real a favor de D. Bernardo, arzobispo de Toledo, firma como confirmante Melendo Bofín, mayordomo de la casa del rey (*regiæ domus economus*) y alcalde de Madrid. De 1154 es la donación del mismo monarca del castillo de Ribas, en término de *Maiarid*, siendo frecuente la mención del señor de Madrid, que era el representante del monarca en el Concejo, que desde *Dominus in Maydrit, Gomez Petri*, que figura en 1201, hay una larga serie de sucesores: Diego López (de Haro?), Alonso Téllez, Rodrigo Rodríguez, *señor de la honor de Madrit* (1246); Gómez Ruiz, hijo de Rodrigo Rodríguez Girón, que gobernó la hueste de Madrid durante el cerco de Sevilla.

CARAVANGEL aparece citado en 1181, y otra vez diez años después, con motivo de *unam aldeam que vocatur Caravangel et fuit comitis Manric et est circa Madrit ultra aquam de Guadarrama*¹, figurando entre los confirmantes *Didacus Lupi de Faro*, *Alferez Regis*, que era el señor de Vizcaya casado con doña María Manrique de Lara.

En la venta de *duos molinos de suso que vocantur de vivos* (1194), figuran como confirmantes, además de don Garci Mamés, *arcipresbiter de Madrit*, y *Johannes de Pinto*, Diego Pérez Dávila, de Tielmes, y los representantes de las colaciones o parroquias de Santa María, San Andrés, San Pedro, San Justo; Pedro Miguel de Oreja, por San Salvador; San Miguel, Sancto Jacobo, San Juan; don Romero, por la de San Nicolás, y por la de San Miguel de la Sagra, *Didaco Peidrez el longo y don Florent*.

¹ Ya se dijo que al Manzanares se le nombra también Guadarrama en este tiempo.

Este precioso documento nos muestra la organización eclesiástica de la Villa, infiriéndose su vecindario con alguna aproximación: la existencia de un arcipreste y diez parroquias, que en lo civil representan otros tantos barrios. Además se menciona en 1190 un arcediano, *Dominicus Madridensis Archidiaconus*, entre los confirmantes de una permuta de una «*meison iuxta portam de Sacra quam Ciprianus Aben Heron presbiter pro aniversario novis reliquid... in barrio regis minorem de duabus quas Forto de Roche pater nobis contulit...*»

Después de la victoria de Alarcos (1195), el califa almohade Abu Yusuf Almanzor realizó una expedición en que se apoderó de Calatrava y Guadalajara, devastó la vega de Toledo, a la que puso sitio durante treinta días, y arrasó a Talamanca.

La siguiente campaña tenía por objetivo apoderarse de Madrid, donde llegó, acampando en una explanada al pie del alcázar, que es lo que, en recuerdo, se conoce por el *Campo del Moro*. La documentación sigue cada vez más copiosa e interesante, especialmente para la toponomástica; pero hay otros asuntos que reclaman atención.

Capital interés para la historia de nuestra villa tiene el famoso Fuero de 1202. Se había venido creyendo en la existencia de un fuero (desaparecido) dado por Alfonso VII en 1145, algunas de cuyas disposiciones se habían incorporado al citado anteriormente; pero el profesor Galo Sánchez, en la introducción a la edición facsímil costeada por el Ayuntamiento de 1932, lo niega, suponiendo que, si bien el citado monarca, en sus privilegios, dió algunas normas y ordenanzas para el buen gobierno de la ciudad, éstas tuvieron carácter particular y fragmentario, y que un verdadero cuerpo de derecho no lo tuvo Madrid con anterioridad al fuero de 1202, que considera como «el ejemplar más relevante de fuero local producido por el Municipio mismo con asentimiento del Monarca... No es uno de tantos cuadernos locales, copiados unos de otros, con o sin modificaciones; tiene, al contrario, una fisonomía personal propia y un aspecto original... Hay que inclinarse—concluye—a creer que el fuero no es expresión infiel del derecho vivido en la villa».

El historiador y académico D. Antonio Cavanilles, en el estudio que precede al texto del fuero publicado por la Real Academia de

la Historia¹, analiza su contenido y traza un cuadro interesantísimo de las instituciones y de la vida en la villa del Manzanares en el siglo XII.

La importancia básica del fuero en el desenvolvimiento de la Villa se patentizó en su crecimiento, que, haciendo insuficiente el espacio que ocupaba, se desborda por los arrabales, especialmente por el NE., llevando la cerca hasta la Puerta de Santo Domingo, Postigo de San Martín y Puerta del Sol, la cual, desde aquí, se dirigía por *los Olivares y Caños de Alcalá y el Arrabal de San Ginés* hasta unirse con la Puerta de Guadalajara, quedando fuera de este recinto los arrabales de Santa Cruz y de San Millán, así como la extensa barriada que había ido formándose en torno al santuario o ermita de Nuestra Señora de Atocha y por otro en la parte de Poniente y Mediodía, en las proximidades del convento de San Francisco, fundado por el Santo patriarca en 1217.

El vecindario, entre el que sobresalían los campesinos, a cuya clase pertenecía San Isidro, llamado *el Labrador*, y de quien dice Berdejo² que era *hombre de huebra*, se hace ascender al número de 10.000 por un autor moderno, cifra que parece muy exagerada si se tiene en cuenta el censo de población de 1591, que asigna solamente 7.500.

En las Cortes celebradas en Carrión en 1181, a las cuales asistieron con voto cuarenta y ocho ciudades y villas, figura el Concejo de Madrid en unión de los de Guadalajara, Talamanca, Uceda, Buitrago, Escalona, Maqueda y otros hasta el número indicado.

* * *

El Concejo de Madrid se hallaba rodeado al Norte por la tierra de Buitrago, perteneciente a la opulenta Comunidad y tierra de Segovia, que detentaba también el extenso territorio de Manzanares el Real, que se extendía por el N. O., y al Sur, por los sexmos de Casarrubios y Valdemoro, que también formaban parte de dicha Comunidad, que estaba representada por el Concejo de la ciudad

¹ *Memorias sobre el Fuero de Madrid del año 1202.* (Memorias de la Real Academia de la Historia.)

² *El Municipio de Madrid y su Ayuntamiento.* Apéndice de la *Revista de Estudios de Administración Local* (1944), núm. 15.

de Segovia. Los límites por el Este los tenía con Alcalá de Henares, entonces villa sujeta a la jurisdicción del arzobispo de Toledo, a quien, ocupando la silla D. Bernardo, que la había tomado a los moros en 1118, le fué concedida con sus veintidós aldeas, acrecentadas por su sucesor, D. Raimundo, que fundó la villa en el llano que hoy ocupa y la dió el famoso fuero. En la misma orientación, siguiendo hacia el Norte, se hallaba Talamanca, villa fortificada, según atestiguan importantes ruinas; pero, con menos fortuna que Madrid, sufrió la destrucción por los almohades después de su victoria de Alarcos, los cuales pasaron a cuchillo a sus habitantes o se los llevaron como esclavos. A pesar de esto, siguió siendo un Concejo importante, con voto en Cortes, contando algunos miles de vecinos y tres parroquias, hasta que, a partir del siglo xvi, bajo el señorío de los duques de Béjar, empezó su decadencia y despoblación.

El último Concejo que cerraba la frontera del de Madrid era Uceda, población muy antigua, con jurisdicción sobre dieciocho aldeas, que—según dice Quadrado—llegó a contar 6.000 vecinos, con voto en Cortes, y a la cual Fernando el Santo concedió el título de *muy noble y generosa* al confiar la guarda de su real persona a los hijos de sus hidalgos. Después de pertenecer a la Orden de Calatrava, pasó a la Mitra de Toledo en tiempo del arzobispo-infante Don Sancho I, que la adquirió por cambio con la ciudad de Baeza. En tiempo de Felipe III se erigió a Uceda en título ducal para que lo ostentase D. Cristóbal de Rojas y Sandoval, hijo y sucesor del duque de Lerma.

Dentro de estos límites, harto reducidos, se desenvolvía el Concejo madrileño, sin otro inconveniente que el representado por la tenencia por los segovianos del territorio del Real de Manzanares, que, llegando casi a sus puertas, privaba a sus vecinos de leñas para el uso indispensable y de pastizales para sus ganados, lo cual fué causa de que elevaran sus quejas a Don Alfonso el Emperador y éste les diera el privilegio, que fué causa de un litigio que duró tres siglos y cuyas incidencias examinaremos a seguida con la posible brevedad.

Con anterioridad a la caída de Madrid y de Toledo, los segovianos ocupaban y mantenían en su poder el vastísimo territorio que se extendía desde las sierras hasta la ribera del Tajo, haciendo frente a los moros en sus correrías, encaminadas a arrasar y des-

truir todo cuanto encontraban a su paso, ya que no les fuera posible mantenerse en aquellos territorios, perdidos por ellos para siempre.

Este hecho de conquista y ocupación material hacía que considerasen como un señorío aquellos montes solitarios, los campos yermos y los pueblos abandonados, que se iban repoblando poco a poco, bajo el amparo y protección del Concejo de Segovia, por sus mismos vecinos y por otros moradores, como en propio solar y término, durante el siglo siguiente a su conquista.

De modo que, como reconoce el propio Lecea¹, «la porción más principal de lo que hoy forma la provincia de Madrid pertenecía a Segovia y su tierra...», que ejercía una verdadera posesión y dominio, en igual forma que sobre los otros alijares situados en la vertiente del Duero, incluyendo el valle del Lozoya y los pueblos contiguos situados al otro lado de la cordillera Carpetana.

A estas posesiones se agregaron los castillos de Calatalifa y de Olmos, cedidos en 1161 y 1166 por Alfonso VIII en recompensa a los servicios prestados por los segovianos, y asimismo la villa de Villanueva de Tozara, que luego se despobló, viniendo a constituir la hermosa dehesa de El Rincón.

La donación, que Lecea — a quien seguimos en estos artículos — supone ser confirmación hecha por el emperador de la posesión en que estaban desde el tiempo de Alfonso VI, comprendía también las villas, aldeas y lugares de Arganda, Vilches, Valdeterra, Campo de Almonacid, Loeches, Valdemoro, Valdetorres, Alquej, Pezola, Querencia, Valmores, La Alameda, El Villar, Ambite, Orusco, Carabaña, Valdilecha, Tielmes y Perales.

De lo apuntado resulta que el Concejo de Madrid nacía — puede decirse — sin alfoz, de modo que, si bien mientras se repoblaba y atendía a reparar sus murallas y demás necesario para su defensa, pasó inadvertido, al crecer rápidamente su vecindario, desarrollarse la agricultura y la ganadería como industrias básicas, así como las demás también precisas, tropezó con el inconveniente de lo estrecho y limitado del territorio de su jurisdicción, casi reducido a lo que los de Segovia no necesitaban².

¹ Lecea, Carlos: *La Comunidad y tierra de Segovia. Estudio histórico legal*. (Segovia, 1894.) En 4.º

² Acerca de esto trata ampliamente el profesor Tormo en su reciente estudio intitulado *El estrecho cerco del Madrid de la Edad Media*. (Madrid, 1946.)

Para resolver tal dificultad, según se ha dicho, acudieron los madrileños al rey Alfonso VII, el cual, en solemne privilegio, fechado en Toledo en 1152, y considerando los servicios y la fidelidad mostrada por los habitantes de Madrid en las expediciones contra los sarracenos, señalaba como límite de los términos de la villa de Madrid y de Segovia los montes y sierras, «nominatim et singullatim a Porto del Berroco, qui dividit terminum Abule et Segobie, usque ad Portum de Lozsoya cum omnibus intermediis montibus et serris et valliibus; ita quod sicut aqua descendit et discurrit versus villam vestram a sumitate ipsorum montium, eos usque ad Madrid ab hac die usque in perpetuum libere et quiete possideatis...» Y añadía: «Hos montes et serras vobis dono ad pascua pecoribus vestris, et ad ligna edificiis et necessariis vestris: et concedo quod possideatis dictis montes jure hereditario et habeatis plenam facultatem vetandi et defendendi eos ad omnibus alliis conciliis qui contra voluntatem vestram sive ad ligna sive ad pascua voluerint in eis sibi dominium vindicare...»

Con este documento reparaba el emperador una injusticia o una grave omisión de que el Concejo de Madrid había sido objeto, restableciendo con su autoridad soberana un estado de cosas equitativo, fueran cuales fueren las causas que lo habían determinado, estableciendo una división fundada en la divisoria de las aguas; pero la Comunidad y tierra de Segovia superpuso el título de conquista y sus grandes intereses a toda otra consideración, ni aun a la obediencia a la potestad soberana del monarca.

Del examen de algunos documentos de Alfonso VIII deduce Lecea¹ que, bien el emperador mismo, bien Sancho III, su hijo, debieron de anular el privilegio a que acabamos de referirnos; pero de todos modos las gentes de Segovia siguieron ocupando y aprovechándose de aquellos territorios, sin ceder en lo que ellos consideraban derecho intangible. No obstante, y con todo el respeto que merece el referido cronista, la existencia del privilegio expedido por aquel rey en Toledo, en el año 1176, confirmando al Concejo de Madrid la donación hecha por su abuelo, en premio «de los muchos y grandes servicios que le había prestado, así como por la fidelidad de que le había dado pruebas», de los *montes, pinares, prata,*

¹ *Obra citada.*

pascua, extremos populatos et eremos, totos ex integro sicut in tempore Imperatoris avi mei eos unquam melius habuistis, sic eos iure hereditario perpetuo bovis habendos libere et quiete iterum mando et concedo, disipa toda duda acerca de su vigencia.

La delimitación contenida en el privilegio de 1152 se refería únicamente a la región contigua a la cordillera carpetana; pero extendiéndose las posesiones de la Comunidad y tierra de Segovia también por Poniente y Mediodía, fué preciso ampliar, a solicitud de «los varones de Segovia», a esas direcciones la demarcación de 1152.

Para realizarlo encargó el rey a su alcalde Minaya, el cual, según diploma de 26 de julio de 1208, fijó mojones en el arroyo de Sagriela al Salcedón, Bobadilla, Cañada de Alcorcón, aguas de Butareg y de Meaques, Pozuelo, la aldea de Zarzuela, Cofra, en el Guadarrama; altos de Fuencarral y de Alcobendas, y por fin Viñuelas, desde la parte de Madrid. Parece obvio advertir que estas referencias topográficas, y muchas más que se omiten, sólo pueden tener algún sentido cuando se realice el estudio sobre el terreno y numerosa documentación que establezca la correspondencia de los nombres que han cambiado, especialmente de accidentes geográficos; la identificación de muchos despoblados, etc.; por eso limitamos la mención a aquellos que se han conservado y son conocidos.

Otro privilegio, de 28 de julio del mismo año, era la donación al Concejo de dicha ciudad, «por los muchos y gratos servicios que fielmente me hicisteis en tierra de cristianos y moros, de todos aquellos mojones de vuestros términos según los partís con Madrid y con Toledo, con Olmos, con Canales, con Alhamín, que están fronteras del vuestro término allende la Sierra, cuyos nombres abajo se distinguen...» No vamos a repetirlos, por la razón antes alegada, limitándonos a señalar los ríos Alberche, Guadarrama y Lozoya, que se citan, y los de Alcorcón, Cabanillas, Las Cabreras, el arroyo Vides, en Lozoya; el Berrueco Rubio, La Canalera y Peña Raposera, por corresponder a los límites de Madrid y no aparecer citados hasta ahora.

Sobre el mismo asunto versa otro privilegio, concedido en la misma fecha, ampliando el anterior con localidades ribereñas del Alberche y del Tajo, como Alcubilet, Esquivias, valle de Carábanos, sin duda correspondientes a Toledo, y Cervera, en el valle del Tajuña; así como Valdemoro, Villanueva, Los Visos de Paracuellos,

Valdetorres, etc., en la parte de Madrid, con lo que, a través del cúmulo de nombres de corrientes de aguas, torres, cabezos, pausadas, caminos, majadas, colladillos, carreros, lomos, etc., imposibles de identificar, se dibujan los sexmos segovianos, de *tras la sierra*, de Casarrubios, Valdemoro, Lozoya y del litigioso Real del Manzanares.

Estas liberalidades, singularmente las de Alfonso VIII, que tan inclinado se mostró siempre en favor de Segovia y su tierra, se enjuiciarian erróneamente si sólo se tuvieran presente como una función de justicia propia del Poder real, sin apreciar en ellas un factor tan importante como actos de política aconsejados por la marcha de los acontecimientos. Si Alfonso VII pudo inspirar su sentencia de 1152 en móviles de estricta justicia, su nieto, en circunstancias mucho más críticas, no podía desatender las demandas de un Concejo tan poderoso como lo era el de Segovia, capaz, según Quadrado, de levantar una hueste de 10.000 combatientes, y de una riqueza ganadera e industrial que ha dejado memoria a través del tiempo.

Confirma esta opinión el privilegio, dado en 25 de marzo de 1190, concediendo a Segovia «las aldeas y lugares (sitos hoy en las provincias de Madrid, Guadalajara y Toledo) de Arganda, Vilches, Valdetera, Campo de Almonacid, Loeches, Valdemoro, Valdetorres, Alquej, Pezola, Querencia, Valmores, La Alameda, El Villar, Ambite, Orusco, Carabaña, Valdilecha, Tielmes y Perales»; pero cuando veinticuatro años más tarde anuló tal donación, para restituirlos al arzobispo de Toledo, creyóse en el caso de explicarlo, diciendo «*que cuando era joven le fueron necesarios los servicios de los ciudadanos de Segovia, que de ningún modo los excusaron atendida la gran necesidad que tuvo de ellos*». Además se pone de manifiesto la razón de muchas de las vacilaciones e inconsecuencias en estos órdenes que se advierten en este monarca.

Por último, mencionaremos entre las muchas disposiciones dictadas en favor de los intereses de la ciudad del Eresma el privilegio de Burgos, de 17 de marzo de 1200, «para que pudieran llevar y apacentar libremente sus ganados *per omnis partes regni mei*», con sólo algunas limitaciones para evitar daños o indemnizarlos.

Aunque en otro orden de ideas, pero relativo a este tiempo y al blasón de Madrid y a la batalla de las Navas de Tolosa, refiere

el cronista Diego Rodríguez de Almella esta curiosa anécdota: el orden de batalla del ejército cristiano comprendía la vanguardia, mandada por D. Diego López de Haro, señor de Vizcaya; después, las dos alas, derecha e izquierda, a las órdenes de los reyes de Aragón y Navarra, respectivamente, y el centro o retaguardia, con el rey de Castilla a la cabeza. Las milicias de Madrid, con su estandarte, formaban parte de la vanguardia, y ante un violento ataque tuvieron que ceder terreno al enemigo. Habiéndolo observado el rey Don Alfonso, hubo de alarmarse, por creer que se trataba de un movimiento general, y al comunicarlo al arzobispo D. Rodrigo y a los magnates que le rodeaban, oyéndolo un vecino de Medina del Campo llamado Andrés Boca, que se hallaba próximo, dirigióse al rey, para sacarle de dudas, diciéndole: «Señor, cierto no es aquello la seña de don Diego .. E por que el oso de Madrid es prieto en campo blanco, cuidades que es la seña de don Diego por los dos lobos prietos que tiene en campo blanco...»¹ Lo cual prueba cuál era el emblema del pendón del Concejo de Madrid, corroborándolo el sello de cera pendiente usado por el mismo que aparece autorizando un documento fechado en la Villa en 1381, que representa en una de sus caras un oso pasante y la leyenda *S(igillum) MAGERIT (ensis) CON (ciliis)*, que se repite en la otra cara, cuya representación es un castillo con tres torres coronadas de almenas, y en la muralla que las defiende, a uno y otro lado de la puerta, sendos leones rampantes.

Según los historiadores de la Villa, contaba ésta en el reinado de Alfonso el Noble con una población de 10.000 habitantes, y también—Pedro de Medina entre ellos—que de vuelta de una expedición contra los moros de Extremadura en 1211 murió en Madrid el infante heredero Don Fernando cuando preparaba nuevas campañas como auxiliar eficaz de su esforzado padre.

En los comienzos de su reinado glorioso, Fernando III dió fueros a Madrid, y al tratar del pago de los impuestos (pechos) y establecer la manera de cobrarlos, establecía que el rey elegiría «*duos bonos homñnes de unoquoque sexmo...*» Estos sexmos, o dis-

¹ Valerio de las Historias. Ríos y Rada, en una *Historia de la Villa y Corte de Madrid*, y Quadrado (*Loc. cit.*) refieren esta anécdota según la versión de Florián de Ocampo en su *Crónica de España*, que, si bien difiere en sus pormenores, coincide en lo esencial.

tritos rurales según el archivero T. D. Palacios¹, eran tres: el de Vallecas, que comprendía, además de este pueblo, que era cabeza, los de Vicálvaro, Ambroz, Coslada, Rivas, Vaciamadrid, Velilla, Rejas, Canillas, Hortaleza, Chamartín, Fuencarral, San Sebastián de los Reyes y Fuentelfresno; el segundo, llamado de Villaverde, constaba, además, de los pueblos de Getafe, Fuenlabrada, Torrejón de la Calzada, Casarrubielos, Humanejos y Perales, y el tercero lo formaban Aravaca, Las Rozas, Majadahonda, Boadilla, Alcorcón, Leganés y los dos Carabancheles. Prescindiendo de alguna objeción que nos suscita la anterior enumeración, echamos de menos la cita del sexmo del Real de Manzanares, que en esta fecha se hallaba formando parte del alfoz de Madrid.

No transcurrió mucho tiempo sin que Don Fernando interviniera para dirimir una cuestión de límites de Seseña, Espartinas, Valdemoro, Gózquez, Santisteban y Albende, aldeas de Segovia, y Pinto, Palomero, Pozuelo y otras de Madrid. Según se desprende del correspondiente diploma, fechado en 20 de julio de 1239, el rey fué en persona al Jarama, «allí donde los términos de Segovia é de Madrid se ayuntan, andando conmigo el Arzobispo D. Rodrigo de Toledo... é mis Alcaldes... é otros omes bonos del mio Regno... E yo queriendo departir contienda, é baraja grande que era entre ellos, departiles los términos por estos lugares que esta carta dize, é puse fitos é mojones».

Cuarenta y dos fueron estos términos o mojones, que corresponden con los linderos que después tuvo el condado de Chinchón (Ciempozuelos, Seseña, San Martín de la Vega, Bayona, Villacornejos y Laguna, que formaban el sexmo de Navalcarnero).²

La rivalidad existente entre los Concejos de Madrid y Segovia por el dominio del Real de Manzanares, no obstante las numerosas disposiciones dictadas a través de tres reinados, hubo de recrudecerse, llegando a términos de violencia al intentar los segovianos poblar Manzanares y Colmenar Viejo, y oponérseles los de Madrid, adquiriendo aún mayor gravedad el conflicto al tomar parte en favor de Segovia los Concejos de Medina del Campo, Cuéllar, Cuenca y otras poblaciones, y acudir en apoyo de Madrid Toledo

¹ *Documentos del Archivo General de la Villa de Madrid*, tomo I, pág. 67.

² Palacios, *Obra citada*, pág. 73.

y Guadalajara, haciéndose indispensable la mediación del rey, según se contiene en la carta fechada en el cerco de Sevilla a 24 de septiembre de 1242, en la que manifiesta que se le presentaron allí los caballeros de Madrid que le habían servido cuando tomó a Córdoba, para comunicarle en nombre del Concejo que los de Segovia hacían pueblas en su término, señaladamente en Manzanares y Colmenar, y que se negaban a deshacerlas a pesar de la orden real en que se les mandaba, y en vista de ello, los madrileños las quemaron y derruyeron, y que habiendo vuelto los segovianos a poblarlas, les fueron de nuevo destruidas; que entonces los de Segovia hicieron hermandad con los de allende la sierra, y los de Madrid con los del arzobispado de Toledo; que había enviado al maestro Lope, obispo de Córdoba, y a D. Ordoño Alvarez, mayordomo de la reina Doña Berenguela, para que impusieran tregua entre los litigantes y requirieran de los segovianos la destrucción de cuanto hubieran levantado, y dejasen el término por de Madrid, y que habiendo cumplido su encargo los comisionados, se dió la razón a éste, expidiéndosele *carta sellada con mio sello colgado*.

Recurrida esta sentencia por el Concejo de Segovia, y ratificada por el rey, reunido el Consejo, mandó determinar el terreno en que ambas partes pudieran disfrutar en común y que *desta Navidad primera que viene* (25 diciembre de 1249) *fasta un anno. E a este plazo saldré a la tierra si Dios.quiere: é librargelo é, commo entendiere que fuere derecho é razón*.

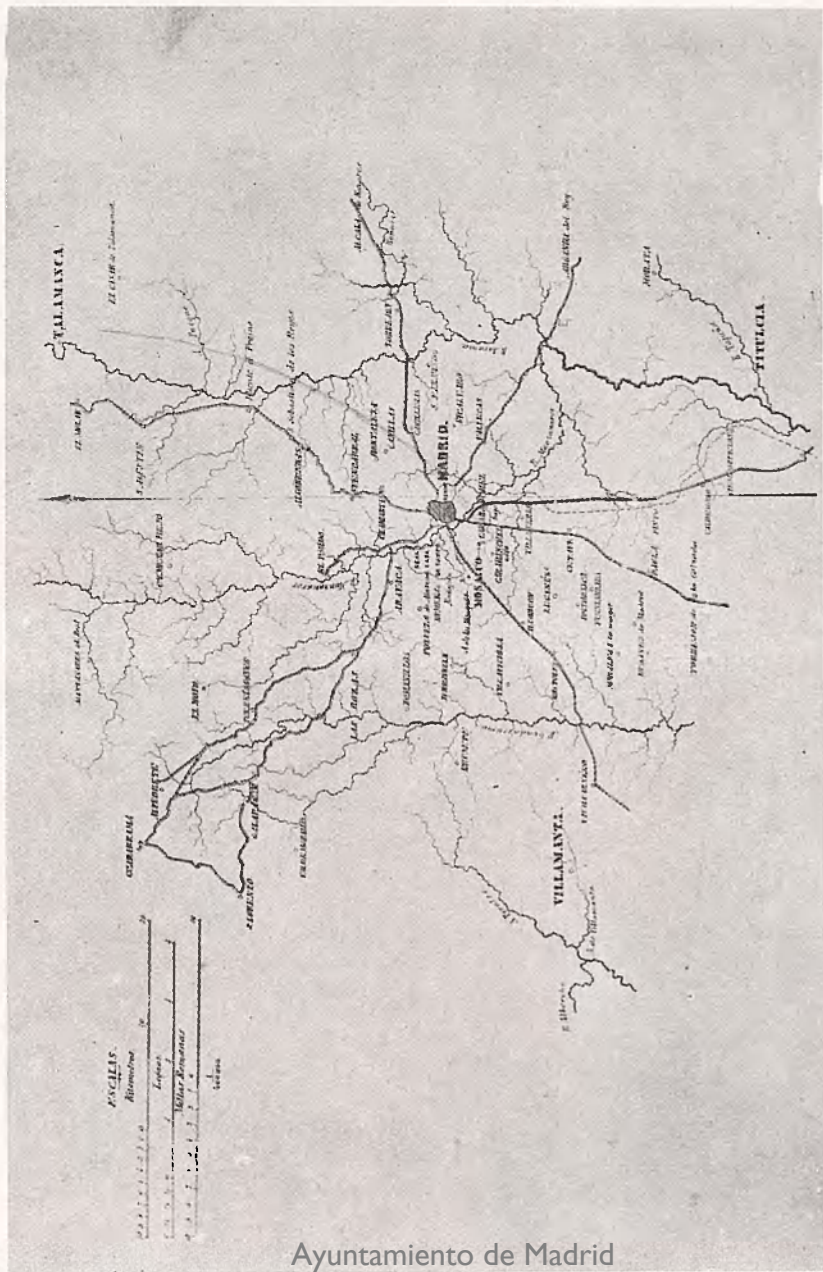
En el anterior diploma se hace referencia a otro, expedido en San Esteban de Gormaz en 20 de junio de 1239, donde, hallándose el rey, se le presentaron caballeros de Segovia y de Madrid, y después de oído a los de su Consejo, dispuso *commo paziessen é commo cortassen comunalmente, mas que non rompiessen, nin desarraigassen, nin labrassen, nin poblassen, nin ficiesen casa de nuevo...*, disponiendo que se acotase el terreno en que podrían hacer esos aprovechamientos en la forma indicada.

A partir de aquí desconocemos el proceso que siguiera este asunto. La tregua establecida lograría aplacar los ánimos, y pasado el tiempo, en 1268, encontramos que hay un justicia del Real de Manzanares a quien ordena el rey que permita el uso de pastos y leñas a los de Madrid, lo que prueba que el monarca se lo había reservado con otros términos. En otra carta de 1271 encargaba al

Concejo de Madrid el cuidado del sosiego público, asegurándole participación en el usufructo del Real de Manzanares, y en 1275, en virtud del privilegio dado en *Sant Yuste de Alcalá XXVI dias de Decembre*, hacía merced a Madrid, por juro de heredad, del referido territorio, dividiéndolo de los que desde el puerto de Lozoya vierten las aguas hacia Madrid, *que es lo que es llamado el Real*, prohibiendo a los de Segovia o a cualesquiera otros la entrada ni el uso contra su voluntad; sin perjuicio de librar entre ambos Concejos lo que procediera en derecho.

Es interesante observar la formación de un nuevo señorío, formado por Colmenar Viejo, Manzanares, Guadarrama, Galapagar, Guadalix y La Porqueriza (Miraflores). Estas seis villas y otras varias formaron la única herencia que al morir el rey Sabio cupo a su nieto, D. Alfonso de la Cerda, el cual, cuando a través de tantas y tan infructuosas tentativas para recobrar la corona de Castilla pactó sobre la renuncia de sus pretensiones, al recobrar este señorío se lo cedió a su hijo D. Juan, quien a su vez lo permutó con doña Leonor de Guzmán por la villa de Huelva, que esta señora poseía.

Establecida la distinción entre el Real de Manzanares (que a causa de su reserva debió de recibir aquel calificativo) y el sexmo del mismo nombre con que se le designa poco después en documento oficial, se reprodujo el pleito, mantenido con sin igual tesón por el Concejo de Segovia ante el rey Sancho IV, el cual, no obstante su carta conminatoria al justicia del Real de Manzanares, fechada en Burgos a 20 de mayo de 1286, por la que impedía a los vecinos de Madrid el uso de sus pastos y leñas, y de otra, falta de fecha, al mismo tenor, en que agrega que lo hacía *por salvar el alma del Rey don Alfonso mio padre, que vos lo tomó...*, un año después, (1287, a 16 de marzo), hallándose en Segovia, pronunciaba su sentencia definitiva en carta testimoniada, por la cual el Real de Manzanares, con todos los dominios de Segovia a él unidos, volvía a poder de esta ciudad. Para cumplimentarla, los comisionados se constituyeron en Manzanares e hicieron información de «cuáles eran los lugares, é la tierra que el Concejo de Segovia eran tenedores al tiempo que el Rey Don Alfonso lo tomase, é quando lo tomó, que eran estos que aquí son escriptos, Manzanares, las Chozas, las Porquerizas, Guadalix, Pituero, Colmenar Viejo, la Moraleja, la



PLANO GEOGRÁFICO DE MADRID Y SUS CONTORNOS, publicado en la *Historia de la Villa y Corte de Madrid* por D. José Anador de los Ríos y otros

Calzadiella, Viñuelas, Colmenar del Royo, la Torre de Lodones, con el Tejar, Tejanías, Carbonero, Marhoyal, Santa María del Torno, El Pardo, Santa María del Retamal, Pazamporra, Forcajo, las Valquesas, Colmenar de Don Mateo, Santa María del Galapagar, con la Fuente del Alamo, Moraleja, el Endrinal, la Guiruela, Navalquexigo, la del Ferrero, Monasterio, el Collado de Villalva, la Alameda, con la Fuente del Moral, el Alpedret, el Collado mediano, Navacerrada, las Cabezuelas, con la Ortija é con la de Domingo García, é las de Domingo Martín, la Ferrera del Berrueco, la del Emecillo, Arroyo de Lobos, la de Pedro Ovieco, la de Mateo Pedro, la de Don Gutierre, la de Don Gomezon, la Tablada é todos los otros lugares sobredichos...

En la minoría de Fernando IV, su tutor, el ambicioso infante Don Enrique se apoderó de muchas villas y lugares, que conservó, no obstante el privilegio de retrocesión; pero a la muerte de éste, en 1304, se lo concedió el rey a su cohermano D. Alfonso de la Cerda, según ya hemos dicho; mas ocho años después la dejó sin efecto, y considerando «que de derecho lo debes aver —dice refiriéndose a los segovianos—, por salir de pecado, tengo por bien é mando que entredes é ayades todo el sexmo de Manzanares con sus aldeas...», como consta en la carta sellada dada en Valladolid a 2 de abril de 1312.

Desde entonces, y por apartamiento del Concejo madrileño, disfrutaron los segovianos del debatido territorio, aunque no del señorío adquirido por doña Leonor, que fué confiscado por el rey Don Pedro, pasando al dominio real.

La información hecha ante el rey por el Concejo de Madrid en orden al ejercicio de sus derechos sobre el Real de Manzanares, inserta en los *Documentos del Archivo General de la Villa* con la fecha de 1312, es un alegato que contiene interesantes noticias. Entre ellas figura la donación que hizo a Madrid el infante Don Pedro, tutor del rey, de «el seysmo de Manzanares que es dicho real..., e después dado a don Alfonso, e después destos a la reyna nuestra señora... Et después, señor, vos disteis lo que es llamado real a don Johan, fijo de don Alfonso... Et después que lo ovo nuestra señora doña Leonor... tovimos e usamos...» A primera vista se advierte que hay error en la fecha, pues se mencionan personas y sucesos posteriores a ella.

Los privilegios concedidos por Alfonso XI a los caballeros y hombres de armas de Madrid, las exenciones de tributos, el otorgamiento del fuero real de la Villa, así como la reorganización del Concejo, fijando en doce el número de los regidores (naturales de ella), hacen de este reinado uno de los que más contribuyeron a su prosperidad.

Se menciona la donación que hizo el monarca a su ayo Martín Fernández de la aldea de Pinto, que revocó a instancias de los procuradores de Madrid, que le mostraron privilegios de Fernando III y de su propio padre prometiendo no enajenar ninguna de sus aldeas. También donó la aldea de Parla al marqués de Malpica.

Pocas más son las variaciones que cabe señalar durante el siglo xiv, si se exceptúa la puebla dispuesta por las Ordenanzas del Concejo de Segovia de 1302 en el valle del Lozoya hasta los campos del Jarama y del Tajuña, «en defensa de la ciudad y acrecentamiento de su caballería», a consecuencia de lo cual se fundaron las cuadrillas de Rascafría, Oteruelo, Alameda y Pinilla, que formaron el sexmo del valle del Lozoya con otras localidades que se agregaron.

Por el matrimonio de Gonzalo Yáñez de Mendoza, montero mayor de Alfonso XI, con la hija de Diego Fernández de Orozco, doña Juana, que llevó en dote Buitrago e Hita, pasaron estas villas a formar parte del señorío de los Mendozas, acrecentado por su bisnieto D. Íñigo López de Mendoza, el famoso marqués de Santillana, con el territorio del Real de Manzanares, heredado de su abuelo, mayor-domo del rey Don Juan I, que le había hecho donación en 1383, elevado a condado por Don Juan II en cabeza del propio D. Íñigo.

También merece señalarse la fundación de la cartuja del Paular (lugar de pobos o chopos = *pópulus*, como también Poblet) por Juan I, cumpliendo un voto testamentario de su padre, ampliada con la cesión de su palacio por Enrique III y enriquecida por Juan II con cuantiosas donaciones, entre ellas la propiedad del río Lozoya, abundantísimo en pesca; con todo lo cual llegó a ser el más floreciente y opulento de cuantos poseían los cartujos en España.

Apenas si merece referencia, por lo extravagante y efímera, la donación hecha por Juan I en 1383 al desposeído rey cristiano de Armenia León V, de varias villas, Madrid entre ellas, para compensarle la pérdida de su reino, que le habían arrebatado los turcos; pero bien por la protesta del Concejo, o por otras causas, no pasaron

dos años sin que volvieran a poder de la Corona de Castilla. Su nieto Juan II, rivalizando en sus liberalidades, en 1447 donaba a D. Luis de la Cerda las aldeas de Griñón y Cubas, francas, indemnizando al Concejo de Madrid, a quien se las quitaba, con la concesión de dos ferias anuales de quince días, una por San Mateo y la otra por San Miguel; a su camarero, Pedro de Lujan, las aldeas de Palomero y Pezuela, y asimismo a Garcilaso de la Vega, ascendiente del famoso autor de las *Églogas*, la villa de Batres con su castillo y término, pingüe heredamiento, que en 1579 era del señorío de D. Pelayo de la Vega y Guzmán. El famoso condestable D. Alvaro de Luna fué señor de Cadalso, y poseía en Villa del Prado suntuoso palacio.

La predilección que por Madrid sentía Enrique IV, de que tantas pruebas le dió, entre ellas la concesión del título de «Muy noble y muy leal», tuvo expresión en el juramento que hizo prestar al Concejo en 1470 de no consentir que se hicieran donaciones de propiedades de la Villa en favor de persona alguna, obligándose a resistir, si fuera preciso, hasta con las armas.

Madrid supo corresponder a tantas afecciones y mostróse leal a la memoria de su bienhechor, uniéndose a la causa de su hija Doña Juana, cuyos partidarios, acaudillados por el marqués de Villena, mantuvieron sus derechos en el alcázar y en gran parte de la Villa, presentando obstinada resistencia a las tropas de la reina y a las del duque del Infantado hasta que, reducidos a la obediencia, pudieron hacer los reyes su entrada solemne en 1477, aposentándose en las casas de D. Pedro Laso de Castilla, sitas en la parroquia de San Andrés.

Al año siguiente reunieron en Madrid las Cortes del reino, y posteriormente residieron en él en muchas ocasiones, dando señaladas muestras de satisfacción a la Villa, que además es considerada cuna de la reina, y de aprecio a sus naturales, para quien ésta tenía palabras de cálido elogio.

* * *

Los Reyes Católicos desde un principio concedieron atención preferente al restablecimiento de la autoridad real, y consecuencia de ello fué la real cédula dictada por Doña Isabel en 1476 con carácter general, y aplicada también a Madrid, mandando desfortalecer las puertas, torres y murallas por la parte interior de la Villa,

Ayuntamiento de Madrid

lo que hizo que fueran allanadas las Cavas y realizados los demás trabajos que transformaron la ciudad fuerte en ciudad abierta, de modo que, como dice la cédula de 1477, «no hagan menester Alcayde ni guardas, salvo solamente el cerrojo y cerraduras de las puertas bajas de dicha villa». Por otra parte dictaban disposiciones como la cédula de 1477, encaminada a atraer y crear nuevos vecinos, eximiendo a los hombres de abadengo y señorío de toda pena, y concediéndoles franquicias y exenciones en cartas de 1480 y 1493, tales que transformaron la vida matritense de tal modo que entre 1476 y 1496 existían establecidos en la Villa ochenta y siete oficiales con obrador propio. Consecuencia de esto fué una nueva ampliación de la Villa, que se extendió desde la Puerta del Sol a la de Antón Martín y a la de la Latina, para venir a unirse al antiguo recinto en Puerta de Moros, que es el que se mantuvo hasta 1530.

Una de las primeras medidas adoptadas para combatir la anarquía y el bandidaje que se habían extendido por todo el reino fué el restablecimiento de la Santa Hermandad, creada en Toledo en circunstancias semejantes, cuya misión era garantizar la seguridad en el campo y en las poblaciones menores de cien vecinos por medio de una milicia encargada de la persecución de determinados delitos, conforme a las Ordenanzas aprobadas por las Cortes de Madrigal de 1476, en las cuales intervino de manera decisiva el contador mayor, Alonso de Quintanilla.

Por otra parte, los monarcas ponían especial cuidado en premiar a quienes se habían distinguido por el celo y lealtad desplegados en su servicio, entre los cuales se contaba D. Diego de Cárdenas, adelantado del reino de Granada, a quien en recompensa a los servicios de su padre, D. Gutierre, le fué concedido el señorío de Maqueda con el título de duque, y así mismo al comendador don Gonzalo Chacón, su tesorero, y el señorío de Casarrubios del Monte, de los cuales señoríos se tratará más adelante; pero ninguno de ellos igualaba en importancia a la merced otorgada en 1480 del señorío de Chinchón a D. Andrés de Cabrera y su esposa [doña Beatriz de Bobadilla], marqueses de Moya, en virtud de la cual se les concedían 1.200 vasallos con todo el sexmo de Valdemoro y parte del de Casarrubios, con las siguientes poblaciones: Chinchón, Valdelaguna, Villaconejos, Bayona, Ciempozuelos, Seseña, San Martín de la Vega, Odón, Moraleja Mayor y Moraleja de Enmedio, Brunete, Salcedón,

Zarzuela, La Cabeza, Serranillos, La Veguilla, Quijorna, Trascen-
nos y Cienvallejos, todos ellos propios de Segovia, lo que determinó
airada protesta del Concejo y vecinos de esta ciudad, que veían tan
gravemente disminuído su patrimonio. En 1520, el señorío de Chin-
chón se elevó a condado en la persona de D. Pedro Fernández
de Bobadilla, hijo de los marqueses de Moya, heredándole en el
título su hijo D. Fernando de Bobadilla, junto con las villas de
Chinchón, Odón y otras, así como varias fortalezas y vasallos y here-
damientos y la tenencia del alcázar de Segovia.

El pleito con el Concejo de Segovia, que se seguía en la Chan-
cillería de Valladolid, quedó al fin zanjado en 1592 en virtud de una
avenencia según la cual D. Diego Fernández de Cabrera, conde
de Chinchón, consolidaba la propiedad de sus dominios enumera-
dos, dando al Concejo de Segovia las correspondientes compensa-
ciones.

* * *

Por lo que hace a la organización de la Iglesia en Madrid, El-
Becri, en su descripción mencionada, consigna que en él existía una
mezquita, corroborándolo el nombre de «Cortijo del Almuédano» de
una heredad de su término, siendo probable que, según costumbre,
se levantara sobre ella la iglesia de Santa María, que era la principal
de las diez parroquias que se mencionan en el siglo xii. El clero ma-
tritense, según queda dicho, se componía de los párrocos y de otros
sacerdotes, teniendo por cabeza un arcipreste, y siéndonos conoci-
dos los nombres de muchas de estas dignidades, mencionados en
los documentos y en este mismo artículo.

En el siglo xiv era la novena dignidad del Cabildo de la cate-
dral de Toledo, y como tal aparece representado en la archivolta de
la portada de la capilla de San Pedro de la iglesia primada, en la
que aparecen de busto los miembros del mismo, acompañados de
carteles explicativos, obra del siglo xiv, llevada a cabo bajo el ponti-
ficado de D. Sancho de Rojas.

El arcipreste de Madrid compartía su jurisdicción con los de
Alcalá, Guadalajara, Ocaña, Mondéjar, Canales o Cañales (despo-
blado próximo a Boadilla), así como con el de Olmos, en las cercanías.

de Batres; Uceda, Talamanca y el vicariato de Toledo. Asimismo había en este territorio, además del arcediano de Madrid (en 1190 se nombra a Dominicus), el de Guadalajara.

Se conoce la relación de la visita hecha por mandado del cardenal Cisneros, a principios del siglo xvi, por el arcediano de Madrid a este arciprestazgo y al de Talavera, que comprende treinta poblaciones y treinta y ocho templos¹.

¹ REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid, tomo XIII (1944), pág. 375.

V

EL ABSOLUTISMO CENTRALISTA.—MADRID PROVINCIA Y RESIDENCIA
DE LA CORTE Y CAPITAL DEL REINO

Los reinos, cuya sucesiva anexión a la corona castellano-leonesa dió por resultado, al cabo de siete siglos, la unidad nacional, habían venido constituyendo otras tantas divisiones territoriales, dentro de las cuales se daban otras de carácter subordinado: los obispados con sus diócesis, las Ordenes militares con sus encomiendas y prioratos, los adelantamientos y merindades, los señoríos seculares y eclesiásticos y los realengos, formados por los Concejos cuyos dilatados términos incluían numerosas aldeas y lugares repartidos en sexmos, ochavos, cuadrillas, valles, etc., que representaban sendas entidades.

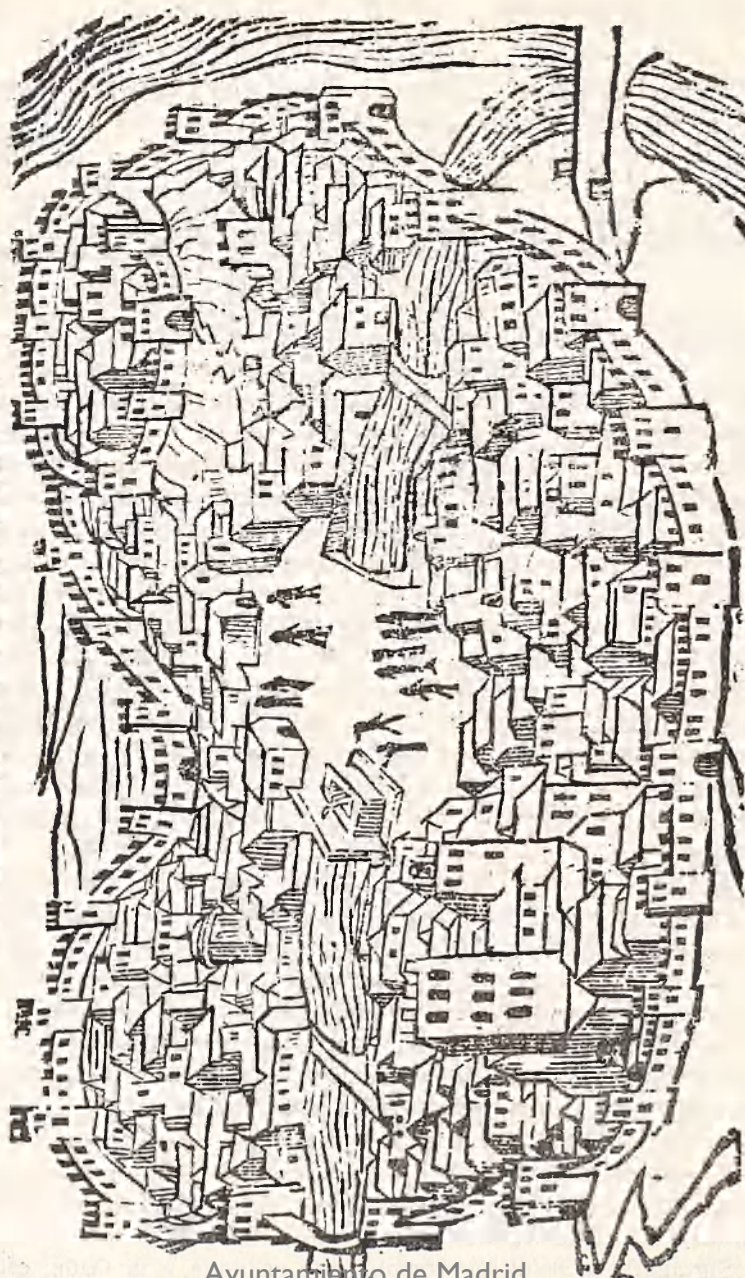
Esta variedad, tan característica del medioevo, en que resulta vano empeño encontrar algo que no sea casuístico y circunstancial, se oponía al concepto del Estado unitario que se proponían establecer los Reyes Católicos después de realizada la unión de Aragón y la conquista de Granada, y menos aun resultaba compatible esta organización federal—como la designa el jurisconsulto antes mencionado—con el régimen absolutista que iba a implantar la dinastía austríaca.

Por otra parte, los Concejos, a partir del siglo xiv, habían empezado a decaer, entre otras causas por la tendencia a la unidad legislativa con tan perseverante constancia perseguida por los reyes, y también por las facilidades que encontraban los pueblos para eximirse de la jurisdicción de las villas a que se hallaban sujetos, de lo que encontraremos tantos casos, lo que redundó en perjuicio grave de aquellos poderosos Municipios, que se veían fraccionados y notablemente disminuídos en sus medios e influencia.

Entonces surgió la necesidad de formar agrupaciones de carácter administrativo de ciudades y villas, y también de señoríos situados dentro de un área geográfica, relacionándolas con el Poder Central a través de órganos especiales.

Siguiendo la tradición romana, tan en auge a la sazón, estas

CAPITULO. LXXVII. DE LA MUY NOBLE VILLA
de Madrid, y de sus cosas notables.



LAVI-

PERSPECTIVA DE MADRID, tomada de la obra de D. Pérez de Mesa. *Grandezas de España*. (1595.)

agrupaciones recibieron el nombre de *provincias*, que aparecen mencionadas ya en tiempo de Enrique III y en las Ordenanzas de la nueva Santa Hermandad, aprobadas en las Cortes de Madrigal de 1476, antes referidas, en las cuales se disponía «que se celebren juntas en todas las cabezas o capitales de las provincias, a las cuales acudan los procuradores de los respectivos concejos», lo cual parece indicar la existencia de una organización jerárquica del territorio que no encontraremos establecida sino a fines del siglo siguiente en el censo de 1594¹ y mencionada por Pedro de Medina² y su continuador, Diego Pérez de Mesa³, respectivamente, que hacen referencia a una división territorial en nueve reinos y diecisiete provincias.

El criterio para el establecimiento de las demarcaciones era absolutamente arbitrario y fundado en circunstancias muy varias, como la integridad de los señoríos, los alcances concejiles, los estados de la Iglesia, etc., sin contar para nada en la proporción territorial y demográfica la riqueza del suelo, ni siquiera la contigüidad de las comarcas, de que se derivaban numerosos enclaves.

La provincia de Madrid aparece formada por la llamada tierra de Madrid, el condado de Puñonrostro, sexmo de Casarrubios, partido de Zorita y tierra de Maqueda.

Acontecimiento de excepcional importancia fué la creación de la Corte de España en MADRID en 1561, que ha dado origen a multitud de comentarios, unos favorables, adversos otros.

¹ *El Censo de población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI* [formado por don Tomás González] de orden del Rey N. S. (Madrid, en la Imprenta Real, año de 1828), comprende las siguientes provincias:

P. de Burgos, de la Merindad de Trasmiera, de las Tierras del Condestable, de Sorria, Valladolid, de las Tierras del Conde de Benavente, de León, de Asturias de Oviedo, de Ponferrada, Obispado de Lugo, P. de la Coruña y Betanzos, de Orense, Mondoñedo, Santiago de Compostela, Tuy, Zamora, Toro, Palencia, Salamanca, Avila, Segovia, Guadalajara.

P. de Madrid, Toledo, Campo de Calatrava, Mesa Arzobispal de Toledo, P. de Castilla de la Orden de Santiago, P. de Castilla del Campo de Montiel, P. de Murcia, Cuenca, Huete, Trujillo, de Alcaraz y su partido, de León de la Orden de Santiago.

P. de Sevilla, de Córdoba, de Jaén, de Calatrava de Andalucía.

Reino de Granada, de Aragón, de Valencia, Principado de Cataluña, Señorío de Vizcaya, P. de Guipúzcoa, de Alava, Reino de Navarra, Cuenca de Pamplona.

² *Libro de las Grandezas y Cosas memorables de España*. (Sevilla, 1548.)

³ *Primera y segunda parte de las Grandezas de España*, compuesto primeramente por el Maestro Pedro de Medina y agora nuevamente corregida y muy ampliada por Diego Pérez de Mesa. (Alcalá de Henares, Juan Gracián, 1595.)

Durante toda la Edad Media, los reyes de Castilla habían hecho vida errante, sin fijar residencia, aunque sin que dejasen de advertirse preferencias por determinada ciudad en ciertos reinados: Burgos, Toledo, Sevilla fueron asiento de la Corte sucesivamente en los siglos XIII al XV, sin que tal calidad llegara a prevalecer; pero la nueva forma adoptada por el Estado, así por la fastuosidad de que el Renacimiento había hecho que se rodeara la dignidad real como por el volumen alcanzado por los organismos administrativos que acompañaban al monarca, imponían una fijeza y estabilidad que hasta entonces no se habían dejado sentir.

Conforme con este nuevo concepto, Carlos V, no obstante sus continuos viajes, propendió a residir en Toledo, y a este efecto respondieron las obras efectuadas en el antiguo alcázar para habilitarlo, dándole la magnificencia que correspondía a su nuevo destino. Felipe II siguió el ejemplo, aunque compartiendo con Valladolid—su ciudad natal—sus estancias, hasta que por fin decidió establecer la Corte en Madrid.

A este propósito es interesante consignar la siempre autorizada opinión de Quadrado: «Por una extraña negligencia no puede la villa ostentar el decreto a que debe su ensalzamiento, verificado en la primera mitad del 1561, y así no es dado examinar los motivos que decidieron en su elección al gran Felipe, quizá no tan profundos ni trascendentales como sería de suponer en monarca tan previsor. La lealtad de antiguo acreditada, la posición céntrica, la ponderada (y ya perdida) frondosidad del campo y la salubridad del clima, y sobre todo el placer creador, tan propio de las voluntades fuertes, de engrandecer lo oscuro y desconocido, bastaron tal vez a erigir a Madrid en capital...»¹

El nuevo destino hizo que la Villa tuviera que ensancharse hasta duplicar su perímetro, que se extendía desde la Puerta de Santo Domingo hasta la carretera de Fuencarral, la Puerta del Sol, el Prado, Atocha, plaza de Antón Martín, puerta del hospital de la Latina y la de Toledo, siguiendo por la antigua muralla hasta el Alcázar, que por cierto había sido objeto de obras bajo el emperador, y el mismo rey Don Felipe había proyectado por sí mismo la famosa *torre dorada*.

¹ Obra citada, tomo I, págs. 56 y 57.

En consonancia con el rango que iba adquiriendo la que pronto había de ser elegida para capital de la Monarquía y del Imperio español, se realizaban importantes construcciones ya en tiempo de Carlos V (la basílica de Atocha y el monasterio de las Descalzas Reales) y de su hijo (colegio Imperial, conventos de la Santísima Trinidad y Santo Tomás, cuyo claustro se dice que trazó también el monarca; Santa Isabel, etc.); pero las obras de mayor empeño fueron las que se llevaron a cabo bajo Felipe III—no obstante el efímero traslado de la Corte a Valladolid, que sólo duró cinco años (1601-1606)—, especialmente la Plaza Mayor, llamada anteriormente del Arrabal por hallarse establecida fuera de la muralla. Comenzó a formarse ya en tiempo de Juan II, y los Reyes Católicos dieron algunas disposiciones respecto a ella; pero la magna obra de su edificación corresponde al tercero de los Felipes, quien se la encomendó a Juan Gómez de Mora, quedando terminada en 1619. También cupo a Carlos II una parte en ella: la Casa de la Panadería, destruída por incendio y levantada de nuevo en 1672.

Los edificios civiles, especialmente los de carácter público, se acomodan al estilo clásico creado por los Moras, que se ha perpetuado, mientras en los palacios de la Nobleza predominaba el gusto por el barroco, de que se conservan no pocas portadas.

El reinado de Felipe IV no ha desmentido la fama de su esplendidez al dejarnos el palacio y los magníficos jardines del Buen Retiro, escenario de fiestas que han dejado memoria y es hoy mismo ornato digno de la Corte de España.

La población de la Villa, que D. Fernando Colón, en su *Descripción y Cosmografía de España* (1517-23) cifraba en «hasta 2.500 vecinos», frente a los 1.500 de Alcalá de Henares, y el censo de 1594 le asignaba 7.500, mientras figuraban Alcalá con 2.454 vecinos, Toledo y Sevilla con 10.000, Valladolid con 8.112 y Granada con 13.757¹. En 1645 contaba Madrid, según D. Tomás González², con 392.175 almas, haciendo honor a la frase apuntada del Nomenclátor.

Las dificultades creadas por la multitud de funcionarios y de personas de toda clase y condición que atraídas por el fausto de la

¹ Blázquez, A.: *La geografía en España en el siglo XVI*. Discurso académico.

² *Obra citada*.

Corte y conveniencias particulares afluían a la flamante capital, imponían la adopción de medidas para regular los alojamientos, creándose al efecto la *regalía de aposento* y una serie de trabas y servidumbres para los vecinos y propietarios, que se tradujeron en la disminución de las construcciones y en la mezquindad de las que se realizaban, reducidas casi por completo a un solo piso para eludir los censos que gravaban a los edificios de altura superior, con el consiguiente aumento de su área, que unido a los muchos conventos existentes en el casco, que ocupaban grandes extensiones con sus anejos, huertas y jardines, fueron causa de que se dictara la real cédula de 9 de enero de 1624 ordenando al Ayuntamiento de la Villa levantar la cerca existente y construir otra, pues lo exigían tanto la seguridad pública como determinados motivos fiscales, con arreglo a lo que determinase una Junta nombrada al efecto.

Los límites señalados y a que se ajustaba el trazado de la tapia, y no muralla, porque no tenía una finalidad de defensa, eran: desde la Puerta de Alcalá (situada donde está hoy la Cibeles), por los huertos de Recoletos, hasta el portillo de este nombre, desde donde torcía hacia la izquierda por la ronda (actual calle de Génova), llegaba a las alturas de Santa Bárbara (cuyo nombre se conserva), siguiendo a los pozos de la Nieve (glorieta de Bilbao), la contigua Puerta de Maravillas, hasta la salida del Conde Duque (próxima al palacio de Liria) y portillo de San Bernardino, dejando fuera del recinto la montaña del Príncipe Pío, desde donde, siguiendo la dirección Norte-Sur, tomaba la línea de la Puerta de la Vega y puente de Segovia, pasando por el parque de Palacio (Campo del Moro) y los jardines de la Tela, y desde la referida Puerta (que estaba fortificada) subía la pendiente hasta llegar a las Vistillas y el convento de San Francisco (que llamamos *el Grande*). Cambiaba de rumbo al Este, y se dirigía a la Puerta de Toledo (un poco más arriba que lo está la actual), las rondas, portillos de Embajadores y Lavapiés (hoy calle de Valencia), llegando a la salida de Vallecas, donde luego estuvo la de Atocha, y dando vuelta al Buen Retiro, llegaba al punto de partida.

Este era el recinto urbano de Madrid en la segunda mitad del siglo XVII, que nos muestra el magnífico plano de Texeira (Amberes, 1656), así como el del inglés De Withe, anterior a 1624, publicado en Amsterdam, nos ha dejado el Madrid de Felipe III, que al fin se

completó, no sin que transcurrieran muchos años, y que no había de variar apenas cuando Mesonero Romanos escribía sus obras¹, ni aun en los últimos años del siglo xix, en que aun existían las tapias que habían servido de cerramiento a lo largo de las rondas, que hoy son los bulevares, y en otros muchos lugares se conservan por el lado este y sur del Parque del Retiro.

La toponimia urbana de la Corte ofrece un caso curioso, relacionado con nuestra dominación en los Países Bajos: se trata del nombre Inclusa, con que ha venido designándose al asilo de niños expósitos, y que hoy lleva uno de los diez distritos de la capital. Su origen se encuentra en una imagen de la Virgen que en tiempo de Felipe II se trajo a Madrid desde la ciudad de Enckuiscen, en Holanda, que se colocó en la capilla de dicho establecimiento benéfico. El vecindario de aquel barrio, eminentemente popular, al pronunciar esa palabra exótica acudió a otra de sentido semejante y que expresaba un concepto afín: Inclusa (de incluir, acoger), dando por resultado el barbarismo.

También nos parece señalar, por tratarse de Cervantes, unas alusiones a Madrid. Una de ellas puesta en boca de Doña Rodríguez, dama de la Duquesa, cuando dice: «Me trujeron a la Corte, a Madrid.» (Parte II, XLVIII.) La otra hace referencia a «las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome — dice — de la del Piojo, de la del Caño Dorado y de la Priora». (Parte II, XXII.) Ambas se contienen en el *Quijote*. En *La ilustre fregona* hay esta referencia: «... en paz sea dicho de Leganitos y de la extremadísima fuente Castellana, en cuya competencia pueden callar Corpa y la Pizarra de la Mancha.»

El blasón del Concejo de Madrid a que ya nos hemos referido al tratar de la participación de las mesnadas madrileñas en la batalla de las Navas de Tolosa, tan relacionada con la Villa por la tradición que supone haber sido el propio San Isidro el pastor que enseñó a las huestes cristianas el desfiladero por el que atravesaron la montaña, que tanto contribuyó a que alcanzaran la victoria, y por el sello municipal del siglo xiv, hubo de experimentar modificaciones. La primera consistió en presentar el oso no pasante,

¹ *Manual histórico-topográfico de Madrid* (1814) y *El antiguo Madrid* (1861).

² Ponz, Antonio: *Viaje de España*, Edición Aguilar, pág. 476.

sino empinado en el tronco de un madroño¹; mas queriendo dar al asunto carácter mitológico, relacionándolo con la constelación de la Osa Mayor o del Carro, se añadió la bordura de siete estrellas que lo componen, de conformidad con las ideas de los eruditos del siglo xvi, de donde nació el nombre de «la Villa de las Siete Estrellas», como también, parangonándola con Roma, y tomando base en las desigualdades de su suelo, se la llamó de las siete colinas.

La merced concedida por el César en las Cortes de Valladolid de 1544, accediendo a la petición del procurador por Madrid don Juan Hurtado de Mendoza, de que se añadiese la corona real al escudo de la Villa, dió la pauta para representarlo tal como aparece en la *Declaración de las Armas de Madrid* del maestro López de Hoyos.

Pero los genealogistas, y éste a la cabeza, no concebían digno de la grandeza de la que no tardaría en ser la corte de las Españas un emblema realista y característico (donde estriba su singularidad y principal mérito para nosotros) representando un oso. Era preciso hacer gala del origen griego de la Mantua española en sus armas, y apoyándose en supuestos descubrimientos realizados en el sitio de Puerta Cerrada, o del Dragón, y en otros lugares, de piedras en que se hallaba representado este animal fantástico, que por figurar en algunas monedas griegas consideraban emblema de los guerreros helénicos, que lo ponían en sus estandartes, y también de la ciudad de Atenas, no vacilaron en incluirlo como una de las figuras del escudo de Madrid, que resultó así: partido de azur con un grifo de plata y un oso empinado sobre un madroño en campo de plata, bordura de azur con siete estrellas, y en punta una corona de laurel.

Este escudo no sólo satisfizo la fantasía de los antiguos cronistas, sino que, a pesar de su falsedad y artificio, ha conseguido mantenerse en el concepto oficial por encima del modelo original y auténtico.

¹ Este árbol es el primer aditamento que se observa en el escudo heráldico de la Villa. Algún escritor ha señalado la impropiedad de representarlo, siendo una planta exótica. Para aclarar este punto acudimos a la autoridad mencionada respecto a la etimología del Manzanares, la cual nos manifestó: «Que el arbusto madroñero convive con la encina; ahora que la estilización en el escudo de Madrid haya sido originariamente de un madroño o de una encina con copa redondeada, que luego fuera más propia de aquél que de ésta, y al fin por ello se adoptara, pudiera justificar esa reserva de quienes dudan de su presencia en el alfoz madrileño.» Acaso el bello color de sus frutos pudo influir en su elección, se nos ocurre pensar.

La pasión que por la caza sentían los reyes y magnates de la Edad Media dió a este deporte la categoría de una verdadera institución. En el siglo xvi había cuatro cazaderos reales: Balsaín, El Pardo, Aranjuez y El Escorial.

EL PARDO era propiedad en el siglo xiv de Juan Ruiz de Sesamón, y así se le nombra en la información del Concejo de Madrid, presentada en 1312; servía de cazadero y lugar de esparcimiento a los reyes durante sus estancias en la Villa.

Pero estos cotos reales tenían además de su término una zona muy extensa en derredor, cuya caza y pesca estaba reservada para el monarca, bajo la jurisdicción de su alcalde privativo.

La de El Pardo se dividía en dos: una, de caza menor, y otra, de reses o montería. Aquélla radicaba en Carabanchel, donde se aposentaba el *gremio de la volatería*. El asentamiento de los oficiales y sus ayudantes, en número superior a setenta y cuatro individuos, que por sus especialidades se dividían en cazadores, catarriberras, rederos, aposentadores y mancebos de cazadores, ocasionaba frecuentes disputas y pleitos con los vecinos y propietarios de los lugares, lo cual movió a Fernando el Católico a conceder algunas franquicias a los de los Carabancheles.

En cuanto a la montería o caza mayor, era Fuencarral el lugar de residencia de los cazadores, y lo mismo que en los Carabancheles se suscitaban altercados y reclamaciones, lo cual movió a Felipe IV a aprovechar la oportunidad de indemnizar al vecindario.

Acordado en las Cortes de Zaragoza de 1626 *la venta de 20.000 vasallos* para atender a las necesidades de la Real Hacienda, fué encargado de su ejecución el factor general D. Bartolomé Spínola, conde de Pezuela de las Torres, y al proceder el corregidor de Madrid a cumplimentarlo, Su Majestad se interpuso, incorporando a la Corona y eximiendo del servicio a los lugares de Vallecas, Ambroz, Villaverde y Fuencarral, los cuales quedaron como lugares realengos.

ARANJUEZ era lugar de recreo de los maestros de la Orden de Santiago, incorporado a la *Mesa maestral de Ocaña*, donde tenían su residencia. El maestro D. Lorenzo Suárez de Figueroa hizo levantar el palacio entre los años 1387 y 1409, en el cual, sobre las columnas de la galería, hizo poner unas tarjetas con la cruz de Santiago y su armas, alternadas.

Al obtener los Reyes Católicos la administración perpetua y la dignidad de maestros de las Ordenes, se alojaron muchas veces en este lugar, y asimismo su nieto Don Carlos, y Felipe II, quien, encontrando estrecho el palacio para aposentar a la familia real, mandó ampliarlo con varios edificios; pero su mayor esplendor lo tuvo en el siglo XVIII, bajo Carlos III y su hijo, que ampliaron el palacio, edificaron el precioso palacete llamado *Casita del Labrador* y establecieron nuevos cultivos en la Casa Flamenca, que toma nombre de una familia de esa nacionalidad asentada allí en 1775; etcétera.

Los anales toledanos del siglo XIII mencionan Aranz, Aranzuel, Aranzuelge, y en el XV se nombra ya Aranjuez.

En su término estuvo el *Municipium Barcilensis*, despoblado en el sitio de la dehesa de Barciles, que fué propiedad del Cabildo toledano; la encomienda de Alpages; la de Otos, de la Orden de Calatrava; la de Aceca, con parte de Mazarabuzaque, perteneciente al comendador de Mestanza, y Almodóvar.

EL ESCORIAL toma su nombre de una colonia de herreros establecida en dicho lugar cuando Felipe II fundó allí el monasterio y Sitio Real de San Lorenzo, en 1563, haciéndole villa dos años después, formando dos poblaciones distintas: El Escorial de Abajo y el de Arriba, hasta que en 1792 se unificaron bajo el mismo alcalde. Felipe II limitó sus contornos a los efectos de la caza, atendiendo las protestas por los daños que causaba aquélla.

La tierra de Madrid seguía constituida aproximadamente por los mismos pueblos que formaban los sexmos del siglo XIII, aunque habiendo cambiado de condición muchos de ellos.

BARAJAS DE MADRID, a cuya etimología acaso no sea extraña la «batalla campal que se dió en su campo entre Juan Ruiz de Guzmán, Comendador Mayor, y Fernando Padilla, Clavero, ambos de Calatrava», referida en la *Crónica de la Orden*, estuvo bajo el señorío de los Zapatas, habiendo fundado un mayorazgo Juan Zapata Osorio, sucesor de otro Juan Zapata, ayo del príncipe Don Juan, hijo de los Reyes Católicos, y éste a su vez de Ruy Sanz de Zapata, copero mayor de Juan II, que lo obtuvo por su matrimonio con doña Inés de Ayala, de la Casa de Mendoza. Su escudo, que se dice figuraba en dicha villa, eran: en campo de gules, cinco zapatos de sable bien ordenados, que era el de sus señores.

CANILLAS y CANILLEJAS, en los *lomos de Madrid*. La primera se menciona en el siglo XII como del arzobispo de Toledo, y la segunda, en el XVI, como señorío del marqués del mismo título. Chamartín era del duque del Infantado.

GETAFE, aldea de Madrid, al progresar llegando a ser cabeza de partido, ha adoptado el blasón de Pinto, de que se hablará al tratar de este pueblo. Tenía en su término los despoblados de Ayuden, Acedinos, Cobanubles y Torre de Valcispín (*sic*).

HORTALEZA, señorío del conde de Salvatierra.

HÜMERA, de los condes de Clavijo, con dos despoblados: San Juan de Sumas-aguas y San Pedro de Meaque.

LEGANÉS (de leganar, sitio de légano, como Leganitos) fué del conde de Orgaz, y después del marqués de Astorga. El marqués de Leganés tenía ciertos derechos para el nombramiento de las justicias.

PERALES DEL RÍO, del conde de Villanueva.

VILLAVERDE DE MADRID tenía en su término los despoblados de Zorita y Algarrada, y además discurre por él el arroyo de Butarque. Don Diego Mesía Felípez de Guzmán, gobernador de los Países Bajos, se titulaba vizconde de Butarque (1664).

Al describir la *Relación de Seseña*¹ y su término, y referirse a PUÑONROSTRO, que formaba parte del mismo, dice que los testigos ignoraban por qué se llamaba así (en 1576); que se hallaba a un tiro de ballesta de dicha villa, «en cuya jurisdicción (de Puñonrostro) hay una fortaleza de cal y canto y casares de cómo fué poblado de vecindad»; que «los diezmos de Espartinas y Puñonrostro que es su dimeria...» Que la villa tiene su término y la mitad de Espartinas, que fué merced de Juan II y Don Enrique, su hijo, a sus vecinos para que la conservaran y tuvieran poblada, gozando del arriendo del heredamiento del conde de Puñonrostro, que tuvo por primer señor a D. Diego Arias Dávila, hijo del tesorero de Enrique IV, de igual nombre, que fué regidor de Madrid, señor de Alcobendas, Villafior, Casasola, San Agustín y Pedrezuela, que formaban parte del estado de aquel nombre.

El CONDADO DE PUÑONROSTRO se creó en 1523 a favor de D. Juan Arias Dávila, cuarto señor del mismo, en premio a sus servicios en la guerra de las Comunidades, defendiendo el castillo de Illescas

¹ Correspondiente a las *Relaciones históricogeográficas de los pueblos de España*.

y el alcázar de Madrid, concediéndole en 1526 la grandeza de primera clase. Don Arias Gonzalo de Bobadilla, quinto Conde de Puñonrostro, fué señor de las villas de Torrejón, Madrona y otros vasallos «muy buenos»—agrega Fernández de Oviedo—, con quince mil ducados cada año y mucho pan de renta, y heredamientos y juros. Su escudo es mantelado; 1.º, campo de plata y una cruz de Calatrava, de gules; 2.º, campo de plata y águila, de sable; en el mantel, de gules, castillo de plata. La bordura, de gules, con ocho castillos de oro, siete escaleras de plata y una bandera del mismo metal alterando, pero puesta hacia la diestra la del castillo central.

La villa de CASARRUBIOS DEL MONTE, cabeza del señorío según la relación formada en 1576, se nombraba así de unas casas que poseían en aquel lugar unos hermanos llamados los Rubios. Las armas de la villa son unas encinas, árboles que abundaban en el término. «Fueron señores de la villa —sigue diciendo la relación— D. Diágoz de Toledo y su mujer, doña Inés de Ayala, bisabuelos del Rey Católico Don Fernando, y ahora lo es D. Francisco Chacón, bisnieto de D. Gonzalo Chacón.»

Madrid llevaba en las Cortes la voz de esta villa, que estaba amurallada, y fuera de ella estaba el castillo. El señor tenía una casa muy principal, con una torre fuerte, y en la portada se veían tres escudos; el más alto, con las armas reales, y los otros dos, uno de los Chacones con dos flores de lis y dos lobos rampantes y cuatro veneras en la orla, y el otro, correspondiente a doña Clara Alvarnárez, esposa del primer señor de aquel linaje, representa cinco hortigas en unas peñas. Habitaban la villa 650 vecinos, y había treinta casas de hidalgos. Su término lindaba con la villa de Méntrida, que era del duque del Infantado, y con la de la Torre, del secretario Vargas; con la de la Cabeza, del conde de Chinchón, y las villas del Viso y Carranque, de la Orden de San Juan. En las proximidades de Casarrubios estaba el castillo de Olmos, ya caído, de la parte del Guadarrama, y la ermita de Santa María de Batres, y al Mediodía, un despoblado conocido por Peromoro.

En 1662 figuraba Casarrubios como condado, ostentando el título D. Diego Chacón.

NAVALCARNERO tuvo su origen en unas casas que empezaron a edificar en 1499 vecinos de Segovia en terrenos de su propiedad, llamados Navalcarnera y Perdiguera; pero habiéndose opuesto D. Gon-

zalo Chacón, señor de Casarrubios, por entender que se hallaban aquéllos dentro de sus dominios, surgió un pleito, que los Reyes Católicos decidieron en 1500 en favor de los fundadores y vecinos del pueblo, que pronto contó con iglesia, Ayuntamiento y cien casas. En la relación de 1579 se dice que era aldea de Segovia, en el reino de Toledo, arciprestazgo de Cañales, y contaba con 500 vecinos. Su prosperidad le permitió en 1649 aposentar a la Corte con motivo de los esponsales de Felipe IV con María Ana de Austria, que se celebraron solemnemente en este pueblo. Sus armas son las de Segovia, recordando la procedencia de sus fundadores.

En la Alcarria, separada por la jurisdicción de Pastrana, extendía la suya Madrid al territorio de Zorita, cuyo centro era la histórica villa de Zorita de los Canes, conquistada en 1139 por el emperador en la famosa expedición contra Aurelia, ciudad sin duda famosa, como lo indica la clausura cronológica de un privilegio del mismo año, «*quando predictus Imperator ab obsidione Aureliae, quam ceperat, redit*», habiendo quedado como recuerdo su nombre castellanizado en el de la villa de Oreja, anexionada al Municipio de Ontígola, y también en Colmenar de Oreja y algún lugar más. Fué donada por Alfonso VII a la Orden de Santiago, formando encomienda, que iba aneja al cargo de alférez, y después pasó a los duques de Frías.

ZORITA DE LOS CANES, cuyo nombre, según Catalina García, deriva de suiza=contienda, riña, alboroto entre dos bandos, equivalente a Peleas (Salamanca) y Carpio (Córdoba, Toledo, Valladolid); obediendo su determinativo a los enormes perros que guardaban sus murallas. Perteneció a Alvar Fáñez, el conquistador de Guadalajara, que se titulaba *alcalde de Zorita*. Pasó en 1174 a poder de los caballeros de Calatrava, recibiendo de Fernando III y del tercer maestre de la Orden, Martín Pérez, su famoso fuero.

La villa se hallaba defendida por fortísima cerca, que le permitió soportar la arrolladora acometida de los almohades, y por el castillo, sobre una de cuyas puertas se veía un escudo mantelado cuyas armas eran: primero, cruz de Calatrava; segundo, un león, y debajo, en medio, tres jirones (por el maestre D. Rodrigo Girón) entre dos ángeles tenantes.

Zorita era cabeza de un priorato o encomienda cuya jurisdicción se extendía a doce villas: Albalate de Zorita, Almonacid (en la rela-

ción de 1575 se dice que «cae en la provincia de Zorita con honores de villazgo» y que apela indistintamente a Valladolid o Granada «por estar en la ribera del Tajo»). Parece que sucedió a Zorita en la capitalidad del partido, pues en ella residía el gobernador y se reunía la Junta, con las demás de la provincia, «para el repartimiento, pleitos y el servicio que Su Majestad se paga entramos y se nos reparte por el cabezón de Madrid», tomando juramento a los alcaldes el comendador o su teniente.

Tenía comunidad Almonacid con Pastrana, Illana, Albalate, Valdeconcha, Fuente la Encina, Hotava, Escariche y Fuente Novilla, lugares todos del partido.

SAYATÓN era villa antigua, «en el reino de Toledo, entre la Mancha y la Alcarria». El alcaide de su fortaleza lo era también del bosque de Anguix, que, según la relación tantas veces citada, le nombraba el marqués de Mondéjar, a la sazón virrey de Napoles.

YEBRA, de que antes hicimos mención como sucesora de la antigua Ébora, era villa desde 1459 por concesión del maestre de Calatrava D. Pedro Girón. Además formaban parte de esta encomienda de Zorita Albares, Mondéjar, Moratilla, Pozo de Almoguera y Escariche.

Al asumir los Reyes Católicos y sus sucesores la administración de las Ordenes militares con el título de maestres, usando del derecho que se les confería, acudieron muchas veces a la venta de bienes de las mismas para aliviar con su importe las necesidades de su hacienda. Así, Carlos V, autorizado por bulas pontificias, vendió la villa de Zorita a doña Ana de la Cerda, viuda de D. Diego de Mendoza, príncipe de Melito, la cual, «muy prendada de su adquisición, levantó un palacio-fortaleza y otros edificios en Pastrana». Al morir esta señora, adquirió este señorío de sus herederos doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli, esposa de Ruy Gómez de Silva, gran privado de Felipe II, los cuales obtuvieron de este soberano que lo erigiera en ducado con las demás villas que constitufan la encomienda de Zorita de los Canes, cuyo gobierno establecieron en la villa de Pastrana.

Por último, había el partido o tierra de Maqueda, formado por el señorío que con título de ducado concedieron los Reyes Don Fernando y Doña Isabel a Diego de Cárdenas, adelantado del reino de Granada, en recompensa a los singulares servicios de

su padre, don Gutiérrez de Cárdenas, y otros miembros de esta ilustre familia.

La villa de MAQUEDA, con su magnífico y dominante castillo, había jugado importante papel bajo la dominación árabe, como correspondía a su estratégica situación en la frontera con los cristianos. Conquistada en 1083 por Alfonso VI, fué testigo de importantes acontecimientos durante la minoridad de Alfonso VIII, que en 1177 la dió a la Orden de Calatrava con las villas de Camarena, Santa Cruz del Retamar y Quismondo (llamado también Crismondo), además de los despoblados de la Aldea de San Andrés, Jaén y La Zarzuela.

También TORRIJOS, villa perteneciente al Cabildo toledano, pasó a formar parte del estado ducal de Maqueda por permuta, realizada en 1500, por Ajofrín, entre el duque y la referida Corporación. Las armas de Torrijos, llamado de los olivares, son una torre entre dos olivos.

Sin figurar incluídos en los partidos quedaban muchos pueblos, casi todos de señorío, entre los que se cuentan los siguientes:

La poderosa Casa de Mendoza, representada por D. Francisco de Mendoza, almirante de Aragón, poseía EXTREMERA y VALDERACETE; doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli, SARRACINES; D. Juan Hurtado de Mendoza era señor de FRESNO DE TOROTE; el marqués de Mondéjar, de BREA y MECO; el duque del Infantado, de SAN MARTÍN DE VALDEIGLESIAS. La villa de PINTO era señorío de D. Rodrigo de Mendoza en 1476, pasando después a poder de D. Luis Carrillo de Toledo con el título de conde; pero el castillo feudal, que aun se conserva en parte, era de los duques de Frías. Acerca del escudo de armas de esta villa discurre Antonio Moya¹, y para explicarlo se funda en la equivalencia de las palabras *pinto* y *punto*, de modo que el colocado en el centro del globo indicando la situación geográfica representa el nombre de la villa, un verdadero emblema parlante; pero este escudo se lo ha apropiado Getafe, fundado en su jurisdicción y en que ese punto central que se toma como fundamento se encuentra dentro de la misma, aunque pierda su carácter parlante.

La aldea de GRIÑÓN, elevada a villa por Enrique III, era en 1576 señorío de D. Alonso de Mendoza y Toledo, así como también Cubas.

¹ *Rasgo heroico, declaración de empresa, armas y blasones con que se ilustran y conocen los principales Reinos de España.* (Madrid, 1756.)

DAGANZO y COBEÑA eran señorío del conde de La Coruña.

POLVORANCA, fundada en el siglo xv por vecinos de Butarque y Ambara (despoblados), perteneció al conde de Orgaz, quien la vendió en 1579 al licenciado León.

VALDILECHA se supone que fué del Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, por existir en ella objetos con sus armas.

LOECHES, que a mediados del siglo xvi había obtenido los honores de villazgo, pasó andando el tiempo a poder del conde duque de Olivares, que se retiró a ella al cesar su privanza.

La Orden de Santiago poseía en la provincia bastantes pueblos: ARANJUEZ, residencia del gran maestre; la encomienda de Alpajés, FUENTIDUEÑA, VILLAMANRIQUE DE TAJO, fundada por el maestre don Pedro Manrique y repoblada en 1527; VILLAREJO DE SALVANÉS, además de Extremera, Brea y Valderacete, que habían sido enajenadas.

Por último, el arzobispado de Toledo tenía señorío sobre Coslada y Aldobea, Pezuela (eximida de la jurisdicción de Alcalá y declarada villa por Carlos V a petición del cardenal Silíceo, a cuyo señorío pertenecía) y Santorcaz, cuyo nombre evoca el recuerdo del varón apostólico discípulo de Santiago, uno de los primeros que predicaron el Evangelio en nuestra Península.

En 1610 se decretó una importante reforma, consistente en suprimir las antiguas divisiones históricas y sus denominaciones, sustituyéndolas por otra que establecía sólo cinco partidos o corregimientos, que inserta la *Novísima Recopilación* (X-XV, ley I). El territorio del partido quinto lo formaban Atienza, Molina, Guadalajara, MADRID, Illescas, Toledo, Ciudad Real, Cuenca, San Clemente, Chinchilla, Murcia y tierras de Calatrava y Santiago.

Otra división del territorio figura en la *Instrucción para Superintendentes*, de 1691, en la cual se establecen veintiuna provincias para las dos Castillas.

Un escritor que ha estudiado el desenvolvimiento de nuestra Villa (Berdejo) aprecia un estancamiento en ella a partir de 1665, como natural consecuencia de la profunda crisis por que atravesaba la Monarquía española.

Por lo que a la capital atañe, el incendio que destruyó en parte la Plaza Mayor, teatro de variados y suntuosos acontecimientos, dió ocasión, con la reconstrucción de la Casa de la Panadería, a que se decorase su fachada con pinturas al fresco según dibujos

de Claudio Coello. También corresponden a este tiempo las pinturas con que Lucas Jordán decoró la gran bóveda del salón de fiestas del palacio del Buen Retiro, conocido por El Casón, y el arco de entrada al Parterre, que aun subsiste, restaurado, muy característico, por cierto; a todo lo cual se reduce lo que de carácter monumental queda del reinado de Carlos II.

En otro orden merece consignarse la concesión del título de ciudad a la antes villa de Alcalá de Henares, en 1687, sobrepujando con ello a la capital.

El monasterio del Paular, que en 1656 había adquirido el lugar de Oteruelo y otros tres más, obtuvo de la liberalidad del monarca, en 1675, el pinar llamado Cabezas de Hierro.

VI

REFORMAS DEL SIGLO XVIII.—ESPAÑA DIVIDIDA EN PROVINCIAS
E INTENDENCIAS.—MADRID Y LAS DIVISIONES TERRITORIALES
DEL SIGLO XIX

El afianzamiento de la nueva dinastía produjo una reacción favorable en todos los aspectos de la vida española. Felipe V, educado en la Corte más brillante y refinada de Europa, acariciaba planes de renovación que secundaban sus ministros; el incendio y total destrucción del vetusto Alcázar, ocurrido en la fecha memorable de 24 de diciembre de 1734, dió ocasión para que los reyes manifestaran en la reedificación del palacio su buen gusto e independencia; Fernando VI y su esposa, Doña Bárbara de Braganza, mostraron su magnificencia en la fundación del monasterio de la Visitación o Salesas Reales, y Carlos III unió a sus disposiciones para el buen gobierno de la Corte (empedrado, limpieza, alumbrado de las calles, numeración de las casas, etc.) su interés en dotarla de magníficos edificios, en cuya empresa fué secundado por artistas eminentes, embelleciéndola también con fuentes y monumentos como la Puerta de San Vicente, y en especial la de Alcalá, conmemorativa de su proclamación, que sustituyeron a las mezquinas que antes se ofrecían a la vista de los viajeros y visitantes.

Muchas y muy importantes fueron las reformas acometidas en la Administración por sus ministros, y como éstas se reflejan casi siempre en una reorganización del territorio. Al llevar a cabo el conde de Aranda la formación del censo de población de 1768, no encontró nada mejor que la división eclesiástica de obispados. Veinte años más tarde se propuso la misma empresa el conde de Floridablanca, llevándola a cabo sobre la división del territorio nacional en provincias e intendencias que se contiene en su famosa obra¹, documento el más auténtico que existe acerca de esta materia,

¹ *España dividida en Provincias e Intendencias y subdividida en Partidos, Corregimientos y Alcaldías mayores, Gobiernos políticos y militares, así realengos como de Ordenes, abadengos o de señorío.* Obra formada con las Relaciones originales de los res-

habiéndose utilizado para lo tocante a Madrid la Memoria formada por D. José Antonio de Armona comprendiendo los partidos de la capital, Madrid, de Casarrubios del Monte, Maqueda y Villaviciosa, además de otros pueblos sin determinar. El mapa de la provincia de Madrid por D. Tomás Sánchez, de 1773, se refiere a esta organización.

A esta división del territorio alude indudablemente el colaborador de Madoz en el *Diccionario Geográfico* (que se supone fuera don José María Eguren) cuando dice: «Ignoramos cuándo empezó a existir la provincia de Madrid como una división del territorio. En los nomenclátors oficiales del siglo pasado (el XVIII) la vemos figurar ya entre las que formaban la Monarquía, componiéndose de los partidos... [los que acabamos de citar], cuyo total de poblaciones era de 92.»¹

En la toponimia de la Villa encontramos dos nombres exóticos que merecen aclaración. Es uno de ellos el nombre de Chamberí, dado a una plaza y extendido después a uno de los barrios más populares de la Corte. Representa el recuerdo de la buena reina Doña María Luisa Gabriela de Saboya, esposa de Felipe V, y alude a la capital antigua de este ducado, Chambery, o, como con frase poética dice un autor moderno², el origen de este nombre del barrio está en una nostálgica princesa italiana trasplantada a Madrid, que lo dió a la campiña madrileña. Nos hemos detenido acaso demasiado porque ni Mesonero ni los autores de *Las calles de Madrid* lo explican, a pesar de haberlo intentado los últimos.

La topografía de la Villa en este siglo y casi todo el XIX se halla en el plano de Espinosa de los Monteros, de 1769; del francés Chal-

pectivos Intendentes del Reyno de Orden de S. M. (Madrid, MDCCLXXXIX. Dos tomos en folio.)

Comprende: Provincia de Avila, Reino de Aragón, P.^a de Burgos, de las siete islas de la Gran Canaria, Principado de Cataluña, Provincia de Córdoba, Cuenca, Extremadura, Betanzos, Coruña, Santiago, Lugo, Orense, Mondoñedo, Tuy, Granada, Guadalajara, Islas de Ivisa, Mallorca y Menorca, Prov.^a de Jaén, León, Madrid, de la Mancha.

Reyno de Murcia y Navarra, Prov.^a de Palencia, Salamanca, Sevilla, Segovia, Soria, Toledo, Toro, Valladolid, Valencia, Alava, Señorío de Vizcaya, Prov.^a de Zamora y Nuevas poblaciones de Sierra Morena y de Andalucía.

¹ Madoz, Pascual: *Diccionario Geográfico-estadístico-histórico de España* (Madrid, 1846-50, dieciséis tomos en 4.º Obra que hemos utilizado con gran provecho, especialmente el artículo *Madrid*, tomo X.

² Gavin, S.: *Madrid, hecho geográfico*. (1943.)

mandier, de 1761; el precioso de Coello, de 1849, y el que acompaña al *Manual de Madrid* de Mesonero Romanos.

El extraño nombre de Rebeque, dado a la calle que sube al cerro que domina la plaza de Oriente, reconoce por causa haber vivido en unas casas situadas en la misma, en el siglo XVIII, D. Carlos Momorensi, príncipe de Rebech.

La nueva división provincial, que reducía notablemente la jurisdicción de Madrid, como puede apreciarse comparándola con la anterior, elevaba a cabeza de partido a VILLAVICIOSA, denominada solamente Odón hasta que Fernando VI le dió aquel halagüeño dictado en 1754. Había formado parte del antiguo señorío del Real de Manzanares, de los que pasó a poder de los condes de Chinchón, y por último, al infante Don Luis, hijo de Felipe V, de quien lo heredó Doña Teresa de Borbón y Villabriga, casada con Godoy.

En el castillo de Villaviciosa pasó Fernando VI la enfermedad que lo llevó al sepulcro (1759). En el término de esta villa se halla un despoblado, que fué Sacedón de Canales, población que llegó a contar 400 vecinos y se cita con frecuencia.

También BOADILLA DEL MONTE se halla próxima, habiendo construido el referido infante Don Luis un suntuoso palacio.

NUEVO BAZTÁN. Se denomina así a causa de haberse asentado en él una colonia de obreros del valle del Baztán (Navarra) que trajo para que cultivasen sus fincas, sitas en el mismo, D. Luis de Goyeneche, secretario del rey Don Luis I.

SAN FERNANDO DE JARAMA. Fué reedificado en 1740 por Fernando VI, quien construyó en él un palacio, por lo que se consideró como sitio real, en el que residieron los soberanos muchas jornadas.

La propensión a crear circunscripciones de gran amplitud que informó la reforma de 1610, se reprodujo en la de 1799, llamada de Godoy, que era entonces primer ministro.

En virtud de ella, el territorio de la provincia de Madrid comprendía, además del propio, las intendencias de Avila, Guadalajara, Segovia y Toledo, sin respetar la tradicional separación entre las dos Castillas — la Vieja y la Nueva —, que aparecían confundidas, ni las provincias eclesiásticas de Toledo y Santiago de Compostela, cuyos respectivos territorios se englobaban.

Una nueva organización fué decretada y empezó a regir en 1 de enero de 1801. Según ella, la provincia de Madrid comprendía dos partidos: el de la capital y el de Alcalá de Henares, habiéndose extinguido el de Colmenar Viejo, uno de los tres que habían formado la provincia de Guadalajara, el cual se incorporaba a la de Madrid con otros pueblos de Segovia, Toledo, Alcalá y Ocaña, y pasaban a los de Alcalá, Guadalajara y Huete los que parecieron conveniente¹.

El partido de Alcalá, que había pertenecido a la provincia de Toledo, pasó en su mayor parte a la de Madrid, a la que se agregaron los tres sitios reales de San Fernando, San Lorenzo y El Pardo, resultando de todas estas ampliaciones el partido de Madrid con 122 pueblos, y el de Alcalá de Henares, con 57.

El Gobierno de José Bonaparte acometió una reforma importante en la división provincial, creando treinta y ocho provincias, que recibieron el nombre de departamentos, y emulando la establecida en Francia en 1791, se designaron en relación con los accidentes geográficos más importantes (los ríos principalmente) que en cada uno de ellos se daban. Este proyecto, que se atribuye a Llorente, fué redactado en 1809; pero sufrió una modificación al ser promulgado por el decreto de 17 de mayo de 1810, consistente en cambiar el nombre de departamento por el de prefectura, y designar éstas por el de la ciudad que ejercía la capitalidad².

Según estas reformas, la provincia de Madrid pasaba a ser el departamento del Manzanares, que confinaba por el NE. con el del Alto Tajo (capital, Guadalajara); por el NO., con el del Duero y Pisuerga (capital, Valladolid, de la que Segovia no era más que sub-prefectura), y por el Sur, con el del Tajo y Alberche (capital, Toledo).

Esta división de 1810 ha sido juzgada muy favorablemente, mereciendo que un distinguido tratadista consigne que «se trata de un perfecto parcelamiento de España, teniendo en cuenta la extensión y población de las circunscripciones.» Excusado parece advertir que su vigencia se redujo a los territorios ocupados por el Ejército francés.

¹ Madoz, tomo X, pág. 547, 1.^a col.

² Las prefecturas eran las siguientes: Alicante, Astorga, Barcelona, Burgos, Cáceres, Ciudad Real, Ciudad Rodrigo, Córdoba, Coruña, Cuenca, Gerona, Granada, Guadalajara, Huesca, Jaén, Lérida, Lugo, Madrid, Málaga, Mérida, Murcia, Orense, Oviedo, Palencia, Pamplona, Salamanca, Santander, Sevilla, Sorla, Tarragona, Teruel, Toledo, Valencia, Valladolid, Vigo, Vitoria, Xerez de la Frontera y Zaragoza.

Por su parte, las Cortes de Cádiz, al ocuparse del régimen local, establecían con carácter provisional, por decreto de 17 de abril de 1812, una división del territorio que, por una reacción explicable, se asemejaba más a la de reinos, principados y provincias que a la establecida en el siglo xviii.

Abolidas las Diputaciones en 1814, como todo lo legislado durante el período constitucional, el régimen nacido del levantamiento de las Cabezas de San Juan volvió a instaurarlo, y las Cortes, queriendo dar efectividad a la división provincial establecida por los legisladores de Cádiz con carácter provisional, crearon por decreto de 22 de enero de 1822 otra en cincuenta y dos provincias¹; pero la instauración de nuevo del régimen absoluto en noviembre de 1823 la dejó invalidada, como todo lo legislado durante el bienio liberal, continuando las cosas en el estado en que se hallaban en 1820.

Uno de los primeros asuntos en que se ocupó el Gobierno presidido por Cea Bermúdez, bajo la regencia de Doña María Cristina de Borbón, fué llevar a cabo la división provincial del reino, que apareció en el decreto de 30 de noviembre de 1833, estableciendo cuarenta y nueve provincias, que ha sido el régimen legal que se mantuvo durante el siglo xix. Sus diferencias con la de 1822 consistían en las denominaciones de las provincias vascongadas, que en vez del nombre de las capitales tomaban los del territorio: Vizcaya, Guipúzcoa y Alava; Principado de Asturias, por Oviedo, y Navarra, en lugar de Pamplona².

Complemento del decreto anterior fué otro de 21 de abril de 1834 estableciendo los partidos judiciales en las provincias, creándose en la de Madrid cinco, que eran Alcalá, Chinchón, Colmenar Viejo, Navalcarnero y Valdemoro.

La inclusión del antiguo condado de Chinchón en la provincia de Madrid ponía fin al contrasentido que había venido dándose man-

¹ Estas eran: Alicante, Almería, Avila, Badajoz, Baleares, Barcelona, Bilbao, Burgos, Cáceres, Cádiz, Calatayud, Canarias, Castellón, Ciudad Real, Chinchilla, Córdoba, Coruña, Cuenca, Gerona, Granada, Guadalajara, Huelva, Huesca, Jaén, Játiba, León, Lérida, Logroño, Lugo, Madrid, Málaga, Murcia, Orense, Oviedo, Palencia, Pamplona, Salamanca, San Sebastián, Santander, Segovia, Sevilla, Soria, Tarragona, Teruel, Toledo, Valencia, Valladolid, Vigo, Villafranca, Vitoria, Zamora y Zaragoza.

² Desaparecían las provincias de Calatayud, Játiba y Villafranca, y se sustituían Chinchilla y Vigo, como capitales, por Albacete y Pontevedra, dando sus nombres a las jurisdicciones respectivas.

teniéndolo en la jurisdicción de Segovia, de la cual se hallaba separado por la de Madrid.

Esta división de partidos fué modificada aumentándolos a ocho (incluída la capital). El de Valdemoro pasó a llamarse de Getafe; se crearon los de Buitrago (que después se trasladó a Torrelaguna) y San Martín de Valdeiglesias, que figuraban existentes en 1845. Después de éstos se creó el de El Escorial, que es la organización territorial que ha llegado hasta nuestros días.

CASTO M.^a DEL RIVERO

Puebla de Montalbán, abril de 1950.

ESCENARIOS MADRILEÑOS DE LA VIDA DE GODOY

El que por insólita merced de Carlos IV había de titularse un día príncipe de la Paz, llegó a esta villa coronada de Madrid en 1784. Venía de Badajoz, su patria natal. Allí había vivido en la casa solar de su padre, «propia de la familia y del Maiorazgo de los Godoyes», con «un balcón a la derecha del cual se deja ver un escudo de armas en diferentes cuarteles que contiene los blasones de esta familia, sus apellidos de entronques con otros de igual lustre».

Sólo el odio de sus contemporáneos le pudo suponer plebeyo. «Pobre fué, sin duda, mi familia —dice él en sus *Memorias*—, si por pobreza debe entenderse una modesta medianía de fortuna. Nuestros mayores nos transmitieron en honor y en títulos de gloria mucho más que en riquezas; mas no por esto fuimos pobres, en el rigor de esta palabra. La casa propia de mis padres, donde yo había nacido, fué bastante para dar posada a mis reyes cuando en Febrero de 1796, dirigiéndose a Sevilla, descansaron muchos días en Badajoz y se dignaron habitarla cuatro semanas.» Y añade en nota: «Aun existirán tal vez, yo lo ignoro, en sus puertas las cadenas que los reyes de España concedían por privilegio de honor a las casas de sus vasallos cuando las honraban con su presencia¹. Aun conservo un tanto autorizado de esta gracia, concedida a mi padre don José de Godoy por el señor don Carlos IV.»

Era una casona espaciosa, «a mano izquierda según se viene del

¹ Capítulo II, que con el I son los más aceptables para el historiador.

² Existían cuando, sesenta y dos años después, nació en aquella casa, «quizás en el mismo cuarto», el académico D. Vicente Barrantes. (*Nota del autor.*)

puente del Guadiana»¹, cuyos balcones primitivos se conservan. La parte que no se segregó de ella, que llevaba los números 12 y 14, tiene hoy el 18 de la antigua calle de Santa Lucía, llamada en la actualidad del Teniente Coronel Yagüe, y en un patio de la parte antigua existe una piedra con las armas de los abuelos paternos de Godoy, que fueron los que debieron edificarla².

PRIMEROS AÑOS EN MADRID

Nacido en este ambiente, es natural que al venir a Madrid aspirase al menos a un género de vida como aquel a que estaba acostumbrado. Su padre no lo envió a la Corte a pasar penuria, y sólo el deseo de los enconados y envidiosos enemigos del hijo, de ridiculizar al que llegó a ser tanto, «buscando hacer novelas — dice en sus *Memorias* — y alojándome en Madrid por cierto tiempo en postrer desdicha como un juglar o como un bardo, sin más medios que el canto o la guitarra, no han dudado contar que a mi huésped lo contentaba y lo pagaba con coplas de bolero»; y aun reconociendo en sus *Memorias* la austeridad con que su hermano Luis y él vivían al principio, niega Godoy la especie que corrieron sus enemigos de que no tuvieron más que una camisa que alternativamente se ponían, teniéndose que quedar en la cama cuando se la llevaba la lavandera.

«Mi posada en Madrid — sigue escribiendo³ — desde el día de mi llegada, fué el Cuartel de Guardias de la Real Persona, en compañía de mi hermano mayor, que me precedió en la carrera en que yo entraba. Mi excelente padre nos acudía con sobrados alimentos para

¹ Así consta en el acta que en Badajoz autorizó Juan Gómez Landero, el 16 de junio de 1787, de reconocimiento de la piedra armera que existía en dicha casa. (Documento número 25 de las pruebas nobiliarias de D. Luis de Godoy y Alvarez de Faria, hermano del príncipe de la Paz, para caballero de Santiago.)

² Don Vicente Barrantes, en sus ataques despiadados contra el príncipe de la Paz, dice que «éste hizo venta de la casa de Badajoz en que habia nacido y edificó un palacio lejos de ella. *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*». Ese palacio es a la sazón cárcel, sin condiciones para ello, como la que fué a sustituir. La lápida que en honor del príncipe de la Paz ostentaba la casa desapareció al caer el valido, sustituida en la actualidad por otra que en la parte segregada se descubrió en honor del citado señor Barrantes.

³ *Lugar citado*. Posadas se llamaban entonces las casas de huéspedes.

sostener con decoro nuestra clase; y en mi vida, lo repito, ni aun como aficionado entendía de cantar, ni de guitarra, ni de otro algún instrumento. Pero mis enemigos necesitaron deprimirme en todo; se dió boga a estas especies, y se atribuyeron al galanteo y a las tonadas los favores que debía a mis reyes.»

Es natural que los hermanos Godoy no pudieran llevar una vida de dispendios. El sueldo líquido mensual de un guardia de Corps, como eran ellos, se cifraba en trescientos dieciséis reales, más doscientos cuarenta que el reglamento exigía recibiese de su casa cada uno. Sólo, pues, para pasear o algún modesto esparcimiento traspasaban el Rín, como los guardias llamaban a la calle Ancha de San Bernardo.

El cuartel de guardias de Corps era el llamado hoy del Conde Duque, por haber sido construído en terrenos que el de Olivares cedió al Estado para edificaciones militares por un canon anual de dos maravedises¹. Pero el Rín lo pasaban con frecuencia los dos hermanos, pues acudían a estudiar en el colegio de las Escuelas Pías de San Antón de la calle de Hortaleza, a la celda del gran escritor escolapio padre Pedro Estala. Como Godoy, según dice en sus *Memorias*, gustaba de intimar con los que pudieran enseñarle, allí se relacionó con los jóvenes de aquella clase media de la época que se educaban científicamente en el espíritu de la Enciclopedia.

Mas no tenía D. Manuel, siempre enamorado, que traspasar el Rín para buscar esparcimiento. En la plazuela de los Afligidos, que comenzaba en la calle de Leganitos y terminaba en la del Duque de Liria², cruzóse un día en su camino una niña, bella y dulce, doña Serafina, que en la plazuela vivía. Rendida al amor del mozo arrogante, de paso firme, que era Godoy, más hubiese caracoleado éste por la plazuela si la niña no hubiese ido a morir de tristeza entre los muros de un convento, donde la encerró el viejo oidor de Madrid

¹ Aun paga anualmente el Estado dicho canon al duque de Alba, heredero del de Olivares, yendo a este efecto una Comisión de militares, a los que el duque tiene la costumbre de invitar con ese motivo a su mesa.

² En el plano de Texeira aparece esta plazuela, pero sin nombre, y en el de Espinosa, con éste y una fuente en el centro. El nombre de la plaza procedía de que en el convento de San Joaquín existía una imagen de Nuestra Señora de los Afligidos que dió nombre a ese convento, y luego a la plaza en que estaba. Situado frente a la capilla de la Cara de Dios, fué fundado, por solicitud de fray Antonio de la Torre, en el año 1610. (*Las calles de Madrid*, por D. Hilario Peñasco y D. Carlos Cambrónero.)

que era su padre. Y bien hizo en ello, porque ese amor aun anidaba en el corazón de Godoy cuando fué recibido por vez primera en audiencia por la entonces princesa de Asturias.

¿Cómo fué esto?

Sobre la ocasión por la que María Luisa conociera a Godoy, se ha fantaseado no poco. Los autores extranjeros corrieron la versión de que debió la privanza a tocar bien la flauta y la guitarra o vihuela, como entonces se decía; bailar muy bien seguidillas y fandangos y cantar con voz llena aires nacionales; pero Godoy, que no tenía oído musical, dice en sus *Memorias*¹: «Véase en esto lo que es hablar sin informarse y recoger mentiras... para escribir la Historia, pues jamás ni he cantado, ni he tocado, ni conozco la música, lo cual tengo por desgracia. La envidia sabe mucho para inventar; mas de esta vez fué poco astuta, suponiéndome, por herirme, un talento y un arte que ninguno me ha conocido.»²

Otros han situado el primer encuentro en el camino de La Granja a Segovia, por donde en septiembre de 1788 María Luisa de Parma, que iba en su carretela, entró en conversación con D. Manuel. Marchaba éste de batidor, galopando de cerca tras el coche. En vano se esforzó en refrenar a su caballo, que, después de empinarse, emprendió veloz carrera, dando en tierra con el jinete. Irritado, Godoy levantóse rápido y apuesto, volvió a montar al animal y lo dominó a fuerza de espolones y serretazos.

Mandó la princesa parar el coche y que el guardia se acercara, e interesóse muy afectuosamente por el daño que le hubiera podido ocasionar la caída. Godoy le contestó que ninguno, y como iniciara el retirarse a su puesto, María Luisa le ordenó fuese al estribo, empleando el resto del paseo en conversar con él, preguntándole

¹ Tomo I, capítulo II.

² La base de esto fué que en un anónimo enviado a Carlos III se decía que un guardia de Corps llamado Diego, que luego se supuso era Godoy porque éste tenía un hermano de ese nombre que nunca fué guardia de Corps, iba al cuarto de los príncipes de Asturias a divertirlos cantando y tocando la guitarra; pero también hace pensar esto que las habilidades musicales del guardia Diego son las mismas con que algunos han adornado al hermano de Godoy, D. Luis, y que igualmente tuvo otro guardia de Corps, de nombre Ortiz, quien asimismo entretenía a María Luisa tocando la guitarra. A pesar de todas estas razones, en Aranjuez se ha venido enseñando cerca de la Casa del Labrador el sitio — un cenador de madreselvas — en que Godoy tocaba de noche la guitarra; y Goya, en su *capricho* titulado *Bravísimo*, presenta a Godoy en forma de mono tocando la guitarra ante Carlos IV, representado en la figura de un asno descomunal.

quién era y cómo había llegado a ingresar en la compañía española de los Guardias de Carlos III¹.

Protegido ya por la reina, fué nombrado por real orden, a los pocos días de muerto Carlos III, cadete supernumerario de su brigada, con el cargo de garzón en el servicio de Palacio, y a principios de 1789 abandonó Godoy el cuartel de guardias de Corps para irse a vivir a una casa — quizá la que se dice habitó en la calle de la Cruzada —, la que más tarde cedió a sus padres y hermanos, quienes, atraídos por el poderío de D. Manuel, se vinieron de Badajoz a Madrid.

¹ Sin que me atreva a asegurar que ésa fuese la ocasión, pues el asunto es oscuro, y esta misma versión tiene circunstancias que he omitido, que desde luego son falsas, como pruebo en una larga monografía que estoy terminando con el título de *La vida privada de Godoy (Una novela ejemplar)*, quiero consignar otra versión que tomo del libro de D. Ildefonso Antonio Bermejo *Políticos de antaño. Historia anecdótica y secreta de la Corte de Carlos IV* (tomo I, págs. 36-46), sin comprender que éste no era rey en 1785, fecha en que Bermejo sitúa la escena, dándole el tratamiento de Majestad, pues su padre, Carlos III, no murió hasta fines de 1788. Vaya, sin embargo, la anécdota tal como la refiere Bermejo, que la oyo de su propio padre en sus copiosas narraciones en el hogar.

El Viernes Santo de 1785 fué Godoy uno de los cuatro guardias de Corps que, relevados por otros cuatro que iban detrás de las andas, portaban, según vieja costumbre madrileña, una grande y venerada imagen de Cristo crucificado. Hizo alto la procesión en la calle Mayor, frente al palacio del conde de Onate, que es el actual número 6. Los guardias, en el descanso, comenzaron a chicolear con las damas asomadas en los balcones de aquel gran inmueble, y Godoy, que hacía unos días había recibido de Extremadura un saquito de bellotas de gran calidad, se las tiraba a las señoras de los balcones desde la calle, entre las risas de unos y la indignación de otros.

Delatado a los reyes por otras más graves irreverencias cometidas en la procesión, quiso Carlos IV que compareciese Godoy en su presencia para ser reconvenido por el monarca. El guardia extremeño oyó sumiso la reprimenda. María Luisa no le quitaba los ojos de encima, y cuando Carlos IV terminó su amonestación, preguntó ella a Godoy:

—¿Te quedan todavía algunas bellotas de las que arrojabas a los balcones de Onate? Me han dicho que eran exquisitas.

—Señora: así las produce el país en que he nacido.

—Pero es comida de cerdos — dijo Carlos IV.

—Gracias por la lisonja, señor, porque yo las como..., y me gustan.

—Y a mí también — repuso la reina.

—Me consta — terció el sargento mayor de guardias — que Vuestra Majestad es aficionado al juego de damas y que tiene pocos competidores. Pongo en conocimiento de Vuestra Majestad que el guardia D. Manuel Godoy es un gran jugador de damas.

—¿Qué me dices? — exclamó el rey —. Te invito desde ahora para que juguemos. Yo te avisaré.

—Estoy a las órdenes de Vuestra Majestad.

—Quiero — añadió la reina — que me mandes una muestra de las bellotas que se crían en tu país.

Días después, Godoy envió a María Luisa las bellotas. El rey jugó muchas noches con él a las damas en presencia de su esposa, y ésta quedó prendada de su simpatía y talento.

Un francés, agente secreto de la Legación y espía del duque de La Vauguyon, que se hallaba en la Corte cuando D. Diego Godoy, el hermano de D. Manuel, vino a ella después de la campaña de Ceuta, escribía de ambos: «Los dos nuevos señores habitan en una casa situada enfrente del Palacio, e inmediatamente después del rey tienen una comida como la del monarca, durante la cual reciben de pie a las personas más notables de la Corte que vienen a prostituirse ante esos dos maniqués. Para acabar este cuadro, he aquí lo que he visto, señor. Habiendo ido con el embajador y su familia a ver los diamantes de la reina, estábamos contemplándolos cuando gritaron: «¡La reina viene!» Al mismo tiempo apareció Godoy, que atravesó la habitación en que nos encontrábamos con el sombrero puesto, honrando al paso con algunas caricias familiares a los ayudas de cámara que allí estaban para abrir la puerta del departamento de la reina, que entraba por el lado contrario. Con aire de indiferencia y desdén abrió la mampara, mirándonos y tratando con sus gestos de hacernos conocer su dicha¹.

Cedió Godoy a los suyos aquella casa porque imprudentemente accedió a habitar en los bajos de Palacio en un amplio departamento que Carlos IV le amuebló con un lujo casi igual al de las habitaciones regias.

Como vecino de la Villa, Godoy, que en 1782 había sido recibido en el Estado Noble de Madrid, y en 8 de diciembre matriculado como individuo del Real Cuerpo Colegiado de Hijosdalgo de la Nobleza de Madrid, del que en 1804 ocupó la presidencia de su Junta de Gobierno, o sea fué su primer diputado director, había llegado a lo sumo: vivía en el Palacio de Oriente con sus reyes.

EN LA PLAZUELA DE DOÑA MARÍA DE ARAGÓN

A pesar de que los sargentos mayores de guardias habían habitado siempre en Palacio, cuando se trató de Godoy el hecho fué censurado en los principales Círculos cortesanos porque su ascenso al cargo no tenía otra justificación que la protección de la regia pareja.

¹ *Le Français à Madrid*, pag. 43.

² Sobre su relación con el Estado Noble de Madrid, véase a D. Antonio del Solar y al marqués de Ciadoncha, *Godoy, Príncipe de la Paz*, págs. 67-70.

De estas críticas tomaron pie ésta y Godoy para que el favorito se trasladase al palacio situado junto al antiguo convento de doña María de Aragón. Era éste el convento que hemos conocido de Senado, sito en la que luego se llamó plaza de los Ministerios, y junto a él había edificado Carlos III el palacio que hace esquina a la calle de Bailén, para residencia del que ostentara el cargo de secretario de Estado. Habíalo habitado por eso el conde de Floridablanca durante el largo período en que fué ministro; pero la caída de éste se aprovechó para dárselo a Godoy, ya que el sucesor de aquél, el conde de Aranda, no lo utilizó, o porque subió al Poder interinamente, o por la vanidad de vivir en su propio palacio de la calle de Fuencarral, actual Tribunal de Cuentas. Godoy encargó a Goya lo decorase.

Elevado a grande de España y consejero de Estado, la reina hizo una visita a su palacio. «Los grandes de España — escribió el embajador prusiano Sandoz-Rollin—murmuran de ellos y están a los pies de Godoy», y Zinovieff, el embajador ruso, por su parte, decía: «Aunque la visita no durase más que un momento, se transgredieron las leyes de la etiqueta, y eso produjo una gran impresión en los españoles, poco acostumbrados a semejante cosa.»¹

De tal modo impresionó la visita de la reina a Godoy, que pocos días después alguien lanzó para que se paseara por las calles un perro con un cartel que decía: «Soy de Godoy; no temo nada.» Y como no se hubiese logrado averiguar quién era el autor de la broma, tal vez para descubrirlo metieron al perro en la cárcel.

No era menor el favor creciente de Godoy cerca de Carlos IV. D'Urtubize, agente francés en Bayona durante nuestra guerra con Francia, informaba en los siguientes términos: «El rey va todas las mañanas a su casa mientras está haciéndose la *toilette*, y hasta le ayuda a vestirse. Después salen juntos de paseo por los jardines de Aranjuez.» Poca cosa junto a que, hacia 1795, iban los reyes todas las mañanas a almorzar a casa del favorito.

No hay para qué detenerse en enumerar las distinciones de todo orden de que sus regios protectores lo hacían objeto: el comporta-

¹ Tratchewsky, *L'Espagne à l'époque de la Révolution française*, pág. 18. (*Revue Historique*, tomo XXXI, mayo-agosto 1886.)

² *Le Français à Madrid* lo refiere (pág. 45).

miento del público en aquel palacio, que luego se llamó del Almirantazgo y vino a parar en Ministerio de Marina, excusa de una relación monótona e interminable de cargos, honores y nombramientos.

Don Antonio Alcalá Galiano, en sus *Recuerdos de un anciano*¹, describe una de sus semanales recepciones en su palacio de Madrid, rebosante de coronas ducales. «Contribuían — dice — a formar aquel concurso personas de muy diferentes clases y categorías, las más de ellas traídas allí por el interés de alguna pretensión; algunas, bien que pocas, sólo para asistir a un espectáculo divertido; bastantes, sin otro objeto que no faltar, porque no pareciese hija del desafecto, siendo notada su ausencia. Ambos sexos, en proporción casi igual, formaban lo que algunos días parecía hasta bullicio... El método seguido en aquella corte era el que suelen usar los soberanos... Asomaba, saliendo de los aposentos interiores, el príncipe de la Paz, y cesaba el murmullo que hay siempre en toda reunión numerosa, poniéndose en orden los concurrentes, no sin afán de todos o casi todos por situarse en la delantera, para no quedar sin ser vistos u oídos cuando pasaba, no pudiendo detenerse a hablar con cada uno, el objeto, si no de la adoración, del culto interesado de todos cuantos algo pretendían del Gobierno... Vestía el uniforme de capitán general; pero con faja azul, en lo cual se diferenciaba, como generalísimo, de los capitanes generales. Llevaba en la mano su sombrero de picos con pluma blanca y su bastón... Era notable en recordarse los rostros y el negocio que a cada cual traía a verle, en medio de tal confusión de personas y cosas... Concluida la corte, salían los concurrentes: de ellos, la mayor parte a maldecir a aquel ante quien poco antes habían aparecido solícitos y sumisos, riendo forzada y fríamente sus chistes sandios.»

El pueblo imaginaba que su palacio estaba convertido en un harén. A estas recepciones, que eran de noche, podía asistir cualquiera que fuese decentemente vestido; y dice Alcalá Galiano en sus *Recuerdos de un anciano* que «como no se exigía requisito alguno

¹ Páginas 57 a 60 de la edición de la Biblioteca Clásica. (Madrid, 1913.) Despréndese del libro de Bermejo *Políticos de antaño* (tomo I, págs. 126 y 127), que Alcalá Galiano se inspiró en un documento que el futuro Fernando VII poseía en 1807, del que tomó las frases textuales entrecomilladas de esta descripción de las recepciones de Godoy. (Véase Geoffroy de Grandmaison, *L'ambassade française en Espagne pendant la Révolution*, página 58.)

para tener entrada» en aquel salón «largo y comparativamente angosto»¹, al final del cual aparecía Godoy rodeado de un numeroso cortejo de oficiales, desde donde avanzaba lentamente entre los asistentes que le hacían paso, pues lo llenaban, y en que estaba lo principal de la concurrencia, la cual, sin embargo, se extendía hasta llenar «otros dos o tres cuartos de menores dimensiones» de los varios a que daba acceso «una escalera» hecha a grandísimo costo y más señalada por la riqueza que por el gusto de su adorno», veíanse, «aunque pocas, mujeres de reputación equívoca o aun quizá más, pues no faltaba una u otra prostituta, aunque de lo más alto, o dígame de lo más rico de su mala ralea. Y ¡triste es decirlo, pero aunque el mal se ha ponderado, le hubo y grande!, de las señoras que por su cuna y situación merecían respeto bastantes iban allí a lucir sus dotes personales para captarse la buena voluntad de aquel hombre todopoderoso, vendiendo su virtud a trueque de mercedes, siendo, si ya no común, caso no infrecuente, llevar al inmundo mercado madres a sus hijas solteras, y maridos a sus esposas».

«Produce espanto — añade — contemplar aquel cuadro y ver salir del palacio del ministro, libres los rostros de antifaz, a aquellas gentes, que sonríen satisfechas narrando en alta voz las anécdotas más picantes y los sucesos más sabrosos de la intriga, mientras luchan sus almas corrompidas con las últimas sacudidas del honor.»

Años después, el embajador de Francia, refiriéndose en octubre de 1800, en un despacho, a ese período, escribe: «En los últimos dos años de ministro era sabido que los hombres no podían conseguir nada, absolutamente nada. Durante las horas de audiencia eran contenidos por una severa consigna. Sólo se hacía la natural excepción de los miembros del Cuerpo Diplomático. Por la noche sólo se

¹ Este salón debía de estar en la parte izquierda, que daba a la calle de Bailén, parte que fué derribada para la alineación de esta calle. Era la parte más lujosa, donde estuvo luego el despacho del ministro de Marina. Los techos del regío y espacioso salón, donde más tarde se instaló la biblioteca del Ministerio de ese ramo, habían sido pintados al fresco por Goya. A Goya se atribuyen las cabezas de las sirenas que decoran un salón que llaman de la biblioteca, porque debió de ser en el que estuviese la biblioteca de Godoy.

² El tramo derecho de esta elegante escalera, al bifurcarse, no es de piedra, como el del lado izquierdo, sino de madera, porque en ese ala derecha del edificio, lindante con el palacio del Senado, antiguo colegio y convento de Agustinos de doña María de Aragón, hubo un incendio, y al restaurarla, ese tramo se puso de madera. (Nota del autor.)

recibía a las mujeres en la Secretaría. Los salones, antecámaras, y corredores estaban llenos de mujeres. Había doscientas, trescientas, que acudían de todas partes del reino. No crea que exagero. Entraban una tras otra. Si una muchacha llegaba acompañada de su madre, jamás entraba ésta a la habitación del ministro. Las solicitantes salían de allí acaloradas y manoseadas y arreglándose a vista de todos los asistentes el vestido. A través de toda esta concurrencia entraban, al fin, los embajadores extranjeros en el despacho. Las mujeres eran recibidas en un tocador cuyas puertas, abiertas siempre, dejaban ver durante la audiencia un gran sofá. El príncipe refería alegremente lo que acababa de suceder. No ahorra ni detalles, ni nombres, ni elogios, ni censuras, y se lamentaba del asco que le producía este fárrago de entregas y aquellos placeres demasiado fáciles. Las oficinas se aprovechaban de los desechos del príncipe. Todas las noches se repetía la escena a veinte pasos de las habitaciones de la reina, que daba grandes gritos, amenazaba y acababa por ser golpeada.» La mayoría de las veces, sin embargo, no abusaba Godoy de sus visitantes, no siempre jóvenes, que tenían la vanidad de hacer ver habían sido apreciadas por aquel galán de moda, y al efecto se descomponían el peinado y salían de la entrevista abrochándose basquiñas y corpiños.

No obstante, la pasión política —sin que esto sea defender del todo a Godoy de su lascivia— consignó en un documento que en 1807 destinó el príncipe de Asturias, Don Fernando, a su padre, copiándolo del borrador que le hizo su preceptor, el canónigo Escóiquiz, que «su casa, con motivo de audiencias privadas, y la Secretaría misma de Estado, mientras que la gobernó, fueron unas ferias públicas y abiertas de prostituciones, estupro y adulterios a trueque de pensiones, empleos y dignidades.»

Don Pedro Cevallos Guerra, que fué primer secretario de Estado, primo hermano político del favorito, con quien se hallaba en muy buenas relaciones, pues veía en este parentesco una garantía de confianza del rey y el pueblo, lo describe despachando al final de la mañana, durante una o dos horas, medio acostado en un sofá y teniendo a su lado una mujer bonita a la que, entre firma y firma u orden y orden a los secretarios, hacía arrumacos. Sus festines eran asimismo voluptuosos.

He aquí cómo el enviado prusiano Rhode describe la vida

cotidiana de Godoy: «Se levanta temprano y conversa un buen rato con sus caballerizos y la gente de su casa. A las ocho va al picadero, que se encuentra en su casa de campo, adonde acude con regularidad la reina cada mañana, a las nueve, para verle montar a caballo. Este ejercicio dura hasta las once. El rey tiene la costumbre de participar en él cuando vuelve de la cacería. En la casa del príncipe está ya esperando a estas horas bastante gente que quiere hablar con él de asuntos. Todo el mundo es despachado en un cuarto de hora, con el fin de ganar tiempo para la *toilette*, que realiza en presencia de media docena de damas de alto rango, mientras unos músicos dan un concierto. A la una vuelve a Palacio, donde tiene su despacho y donde duerme, para presenciar la comida de la reina en su calidad de gentilhombre de cámara¹. Después de la comida baja a sus habitaciones, que están directamente debajo de las de la reina, y come allí solo, pero en presencia de la reina, que le viene a ver en seguida, utilizando una escalera secreta, en cuanto el rey se va de nuevo de caza. En estas citas secretas la reina y Godoy acuerdan lo que van a proponer al rey. Hacia las siete, Godoy visita al rey para despachar con él, y a las ocho baja de nuevo, no sin encontrar en su antecámara treinta o cuarenta mujeres de toda clase y condición que lo asaltan con sus peticiones. Esas audiencias lo ocupan por lo menos durante dos horas, y solamente desde las doce de la noche puede trabajar con los empleados de su despacho.»

La fama de que por sus costumbres gozaba Godoy era tal, que la Santa y Real Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza (vulgo del Pecado Mortal), cuyos cofrades salían por las noches por Madrid invitando a los pecadores a arrepentimiento con coplas y exhortaciones que dejaban oír a las puertas de lugares de perdición y calles de mala nota, no olvidó en su caritativo apostolado la pobre alma del valido de la reina, y en su calle se atrevió a cantarlas.

El origen de esas coplas o saetas parece haber sido que «encontrábase una tarde en el redondel de la Plaza de Toros, confundido

¹ El rey almozaba solo. Esta era la hora en que la reina daba su audiencia a Godoy. Cuando la reina perdió sus dientes — en 1800 ya no le quedaba ni uno —, el rey comía solo, y después se servía a la reina, que comía en presencia de unas camaristas. Luciano Bonaparte y sus Memorias, pág. 15. (Nota del autor.)

con los toreros, el Príncipe de la Paz, cuando un bicho de Peñaranda estuvo a punto de cogerlo, lo cual, advertido por la mujer de Carlos IV, hizo que cayera desmayada en los brazos de su esposo, en tanto que a Godoy, para quitarle el susto, le humedecían las sienes con agua y vinagre. Mucho dió que hablar este suceso en mentideros y botillerías, y, para que nada faltara, el Pecado Mortal glosó en unas saetas cuanto se decía, con aquiescencia de los Alcaldes de Corte¹.

Mas dejándonos de historias no edificantes, la exactitud de cada una de las cuales sería imposible comprobar, hubo una de realidad indiscutible: sus amores con Pepita Tudó. A ella se alude hacia la primavera de 1797 en un escrito de la Embajada francesa, en que se lee: «El Príncipe de la Paz se preocupa tan poco de la reina, que pasea con su amante por los paseos públicos en presencia de la reina. Godoy pasa la mitad del día en las cuadras con sus caballos, y la otra mitad en el *boudoir* de su amante.»

Había hecho Godoy al padre de ésta intendente o especie de gobernador del Buen Retiro, magnífico palacio y posesión real. Huérfana ya, Pepita, insinuante y ruborosa, huyó el día en que Godoy la encontró paseando por los jardines frondosos del Retiro; pero después, burguesita apasionada y señorita sentimental, correspondió a sus requerimientos.

Corrióse la voz de que secretamente la había hecho su esposa, en la Capilla Real de El Pardo, el 22 de junio de 1797. Otro infundio más. ¿Era verosímil este matrimonio cuando ya se andaba en los preparativos del que tres meses después celebró con la condesa de Chinchón, prima del rey, en la Capilla de Palacio, bendiciendo la unión el patriarca de las Indias?

La reina acusó a Godoy ante Carlos IV de haberse casado con una mujer vulgar. El rey no creyó en la denuncia; pero estando la Corte en El Escorial, María Luisa llevó a su esposo por un pasadizo secreto hasta una estancia donde los dos amantes se hallaban cenando. Godoy no tardó en sincerarse ante el monarca, negando estuviese casado con aquella dama, la escena con la cual que había presenciado—dijo—no tenía más alcance que el de una de tantas

¹ Joaquín Tello Giménez, *Hermandades y Cofradías establecidas en Madrid* (Madrid, 1942), tomo I, págs. 88 y 89.

aventuras de hombres solteros. ¿Cenando en El Escorial? Sí. El agente ruso Zinovieff informaba en 1798: «He aquí que hace más de un año, que el Príncipe, seguro de sí mismo y con una salud floreciente, se entrega a todas las mujeres. Ha tomado por amante a una muchacha de buena familia (se refería a la Tudó), y para colmo de escándalo público la ha instalado durante algún tiempo en sus propias habitaciones de Palacio.»¹

En el documento ya citado, salido de la pluma de Escóiquiz y destinado a Carlos IV, se decía de sus amores con la Tudó: «Continúa en el día haciendo vida maritable con ella, aún con más publicidad que con su misma mujer, teniéndola día y noche en su casa o yendo a la suya, llevándola cuando se le antoja en su coche.» Doña María Teresa, la esposa, educada en un convento de Toledo, era la que menos pesaba en su corazón.

Zinovieff, el encargado de Rusia, había ya escrito a la Corte del zar en 1798, a los seis meses del matrimonio de Godoy con Doña María Teresa de Borbón: «Después de la boda, el Príncipe de la Paz pareció querer contentar a la Reina y a su mujer; pero al cabo de algunas semanas se acordó de nuevo de su amante, la cual desde principios de este año pasa todo tiempo en casa de él; ocupa el primer lugar, después de la Princesa, en las comidas y reuniones de gala.» En efecto, cuando fueron nombrados ministros D. Francisco Arias de Saavedra y D. Gaspar Melchor de Jovellanos, Godoy los invitó, junto con Cabarrús, a comer en su casa, y Jovellanos, en sus *Memorias íntimas o Diarios*, al miércoles 27 de noviembre de 1797 consignó lo siguiente²: «El príncipe nos llama a comer a su casa. Vamos mal vestidos. A su lado derecho, la princesa; al izquierdo, en el costado, la Pepita Tudó. Este espectáculo acabó mi desconcierto; mi alma no pudo sufrirle; ni comí, ni hablé, ni pude sosegar mi espíritu; huí de allí.» Y en el citado escrito de Escóiquiz consignaba el príncipe de Asturias: «Pero ¡qué más! Ha tenido maña y osadía para hacer que V. M., ignorando estas abominaciones, tenga alojada en una casa Real suya, cual es el Retiro, a la Tudó, no sé si diga su manceba o su primera

¹ Trae este pasaje Alejandro Tratchewsky, *L'Espagne à l'époque de la Révolution française*, págs. 53 y 54.

² Página 394 de la edición de Madrid de 1915.

mujer; para que la haya dado la interinidad de la Intendencia de dicha Real casa y la propiedad al mayor de sus hijos adúlteros, poniendo el sello a esta temeraria desvergüenza con hacer que los criados que sirven a éstos usen públicamente del sombrero y la escarapela de la Real caballeriza».

A fines de marzo de 1798, Godoy dejó de ser oficialmente secretario de Estado; mas como a los dos años siguió siendo consejero particular de los reyes, a quienes veía a diario cuando estaban en Madrid, sus antecelas se vieron más llenas todavía de aduladores, y cuando salía del Palacio Real todavía le seguía un cortejo numeroso el tiempo que el príncipe de la Paz no estuvo retirado a sus posesiones andaluzas del Soto de Roma¹, donde le acompañó un pequeño círculo de íntimos. Aquello era, al fin, un destierro benévolo que había aconsejado su sucesor en el Ministerio, D. Francisco Arias de Saavedra, frente al parecer, más duro, de Jovellanos, de mandarlo a la Alhambra de Granada; y el ex valido, deseoso de volver al favor de su soberana, un tanto cansada de él, logró que ésta fuese al Soto. La entrevista no tuvo el éxito que Godoy esperaba, y de momento hubo de contentarse con las visitas de los Osunas y del embajador de Francia, que le hablaban, de sus cosas, aquéllos, y de negocios y deseos, éste.

«El libro de la vida, Señora—había escrito antes a María Luisa—, la historia del mundo, las memorias de nuestros mayores, hacen la ocupación de Manuel, rodeado de libros en que recuerdo la existencia de hombres útiles a la patria.» Mas en vista de que no alcanzaba volver a la Corte, se dedica a la jardinería, genética, horticultura, de lo que habla a la reina en carta de 9 de septiembre de 1800, en la cual se nota un mayor acercamiento a la soberana, aludiéndole al próximo alumbramiento de su esposa. Y en efecto, el nacimiento de su hija Carlota fué la ocasión en que se patentizó el ascendiente que de nuevo llegó a tener, como se ha dicho, cerca de los reyes.

«Todo parece— escribe aquel año el embajador francés, Alquier, antes de nacer la niña— haberse arreglado durante los meses que la

¹ Por cédula de 27 de septiembre de 1795, Carlos IV le había concedido para sí, sus hijos y sucesores, «en propiedad, la más amplia y absoluta, el sitio y territorio del Soto de Roma, con todos los términos, edificios y pertenencias de cualquier calidad que sean», finca magnífica del Estado, sita cerca de Granada, que le produciría un millón de renta anual.

Corte ha pasado en Madrid. Las visitas que, viviendo próximos, se efectúan a diario, se han hecho más largas y más secretas... Nota saliente de este escándalo es que el Príncipe de la Paz, que desde hacía mucho tiempo estaba viviendo con una joven llamada Pepita Tudó (cuyo amor se ha negado veinte veces a sacrificar a la reina, y de la cual tiene hijos), acaba de deshacer esa unión con el pretexto de que a ello le obliga la decencia durante el embarazo de su mujer. . Ha dado a la joven Tudó medio millón de francos para que se compre una finca en Málaga¹. . . La princesa de la Paz ha ido a visitar a la reina durante su estancia en Madrid, para presentarle sus respetos; y las muestras de complacencia y de favor recibidas con motivo de esta visita parecen estar tan reñidas con la etiqueta, que la Corte y la ciudad están consternadas por tal causa. Entre otras cosas que han sorprendido se cita la siguiente: la princesa fué llevada en su silla hasta la habitación donde debía ser recibida, y los que conocen las costumbres palaciegas dicen que eso no ha ocurrido nunca, ni en el embarazo de la reina, que siempre dejó su silla en el zaguán de la guardia. A esta falta de etiqueta, cuya gravedad seguramente no sé apreciar bien², puedo añadir un caso notable en otro sentido, un caso francamente escandaloso, que está desarrollándose en este momento en San Ildefonso, ante mis ojos.

»Europa ignora sin duda que el infante don Antonio es hermano del rey. Es un hombre suave, sencillo, poco inteligente y de bastante buen fondo. Desde hace más de veinte años vive en Palacio, en las mismas habitaciones. Carlos IV se las había recomendado como muy favorables para su enfermedad (desde la juventud padece de reuma). Pues bien: se ha aprovechado el momento en que este pobre hombre hacía una cura de aguas a poca distancia de aquí para disponer de sus habitaciones e instalarle en cuartos húmedos y malsanos del piso bajo. Se sabe que todo esto no tiene otro objeto que dar la habitación del hermano del rey al Príncipe de la Paz, que hasta ahora nunca ha vivido en Palacio.»

Nacida Carlota, Alquier seguía escribiendo a Francia: «El bau-

¹ Doña María Josefa Tudó, que es como se llamaba, tenía una hermana, Micaela, casada con D. Pedro Trujillo y Tacón, gobernador que fué de Málaga. (*Nota del autor.*)

² No se olvide que Alquier, aunque ilustrado e ingenioso, es un republicano de 1800, un ex convencional. (*Nota del autor.*)

tizo ha tenido lugar en la habitación misma del rey, lo que todavía no había ocurrido sino tratándose de infantes¹. La intendenta superior de la reina, marquesa de Monte Alegre, es decir, el prototipo de la pureza de sangre y de la grandeza de España, aunque de carácter vano también, ha tenido que ir, muy contra su voluntad, al palacio del Príncipe de la Paz para llevar al recién nacido en sus propios brazos a Palacio; fué acompañada de una sección de granaderos suizos. Terminada la ceremonia, se llevó de nuevo al bebé; el coche fué escoltado por los alabarderos del rey... La nodriza iba detrás en un coche de las reales caballerizas. Las formalidades, cuyos pormenores le describo por muy aburridos que sean, no se recuerda que se hayan tenido nunca, excepto con los hijos del rey o con los príncipes de la familia real. El inquisidor general, amigo del Príncipe de la Paz, se ha encargado de desempeñar las funciones eclesiásticas en esta solemnidad.

•Inmediatamente después de la ceremonia, el rey y la reina se han trasladado, en el magnífico coche encargado a París, a casa del Príncipe de la Paz, en donde se ha servido un banquete de treinta cubiertos... El rey y la reina llevaban trajes magníficos e iban cubiertos de brillantes. Se han hecho vivos comentarios a cuenta del rostro alegre del rey. Parecía que tomaba parte en la fiesta con satisfacción digna de estudio.»

Era natural: el ambiente no era indigno de la realeza. «Su fausto — dice Toreno² refiriéndose al de Godoy — fué extremado, su acompañamiento espléndido, su guardia mejor vestida y arreada que la del Rey», al que aventajaba en el aparato de su palacio y en la brillantez y número de su guardia. «Un cuerpo nuevamente creado — dice Alcalá Galiano³ — para ser su guardia, hacía la de su casa; cuerpo considerado como ramo del de Carabineros reales, pero diferenciándose de él en el uniforme, que era el de los húsares de aquellos días; y cuerpo lucido por la buena presencia de los soldados, todos ellos escogidos, y de los oficiales, a que daban realce el vestido

¹ La reina había ya escrito a Godoy sobre esto: «La camarera mayor irá en coche por tu chica, la traerá en mi silla, que estará en tu casa; luego la volverá a llevar; nosotros iremos el Rey y yo luego a ver a la parida.» (*Nota del autor.*)

² *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, pág. 23 de la edición de la Biblioteca de Autores Españoles. (Madrid, 1872.)

³ *Recuerdos de un anciano*, pág. 57 de la edición de la Biblioteca Clásica. (Madrid, 1913.)

y las prendas todas de su equipo.» Ellos eran, especie de guardia real a caballo, los encargados de abrir paso a su carroza regia cuando entraba o salía de su casa. Y éste fué el comienzo de su nuevo encumbramiento.

Urquijo, enciclopedista, ocupaba el Poder. La reina colmábalo de favores, y estaba además muy unido al marqués de Branciforte, casado con una hermana del príncipe de la Paz. No supo Urquijo lo que había hecho al no oponerse a la petición escrita de Godoy de ir a besar las manos de Sus Majestades con motivo del nacimiento de su hija, porque ya el domingo 7 de diciembre de aquel año de 1800 hubo un incidente que preparó su caída. Hallábase Godoy en El Escorial, donde el rey iba a entregar el capelo cardenalicio a su primo Don Luis de Borbón, hermano de la esposa del de la Paz. Atravesó éste el salón de guardias en ocasión en que Branciforte, comandante mayor de las cuatro compañías, acababa de tomar asiento. La guardia hizo al príncipe los honores de costumbre; pero el marqués continuó sentado, sin saludar, lo mismo que cuando a poco volvió a pasar Godoy con el cardenal de Borbón. Difícilmente pudo contener el favorito su enojo, y al reunirse con la reina, le preguntó violentamente si el proceder de Branciforte obedecía a órdenes de ella de que fingiese no conocerlo. María Luisa hizo llamar a Urquijo al punto, y le preguntó si él era el autor de una orden semejante. El secretario de Estado lo negó balbuciente y confesándose ignorante de lo acaecido. Se hizo entonces comparecer a Branciforte, quien discutió que Godoy tuviese por qué exigir aquellas pruebas de respeto, y manifestó que dimitiría, porque insistía en su conducta. La reina le cortó secamente la palabra y fué en busca del rey. Al cuarto de hora, el marqués presentaba por escrito su dimisión en propia mano. Refiere el ministro de la Guerra, allí presente, que Carlos IV contestó: «Guárdate ese papel en el bolsillo. No vuelvas a hablar de dimisión. Te mando que vayas en seguida a buscar al príncipe de la Paz y le pidas perdón. Si no lo haces y me entero otra vez de semejante conducta, te mandaré decapitar. Porque sabes muy bien...»

La reticencia del rey era una alusión a que en los casi tres años en que, gracias a la protección de Godoy, había sido Branciforte virrey de Méjico, había distraído unos cuantos millones. Con ductilidad de napolitano y cortesano, presentó sus excusas a Godoy,

quien las oyó a disgusto, por no quedar satisfecho, y así, aquella misma noche se quejó violentamente de Urquijo.

A fines de aquel mes, cuando Carlos IV, por la tarde, salió de El Escorial para Madrid, aun no estaba decidido a la medida que iba a tomar a las ocho de la noche, de destituir a Urquijo; pero María Luisa, en el coche, durante el camino, preparó el terreno, y el nuncio, cardenal Casoni — había habido una carta del Papa con quejas contra Urquijo por su animadversión hacia la Iglesia —, Godoy y el ministro de Justicia, que esperaban en Palacio al monarca, intranquilizándose la conciencia de éste, hicieron el resto y ganaron la partida al enciclopedista, al que sustituyó, como secretario de Estado, Cevallos, testaferro de Godoy, porque, casado éste con una prima del rey, no era propio estuviese desempeñando aquel cargo.

Dos veces cada mes iba el de la Paz a los Reales Sitios, donde solía quedarse una semana. La reina se preocupaba de que el viaje a La Granja le fuese menos molesto, procurando hubiese en el camino bestias de relevo y habitación preparada en el Real Sitio, y cuando el valido regresaba a Madrid, solía ella asomarse sola o con el infante a ver desde el balcón desaparecer el carruaje, dolida si Godoy no volvía la cabeza para hacerle un último saludo.

Alquier, que tenía fama de ser coleccionista de anécdotas, refiere una que hace ver lo seguro que Godoy se sentía para atreverse a decir semejantes cosas. Era a la sazón amante de María Luisa un guardia de Corps caraqueño, D. Manuel Mallo, de cuya ostentación sentía envidia Godoy, duque también de Alcudía. Guiaba un día aquél una vistosa berlina, con cuatro hermosos caballos lujosamente enjaezados, en la plaza a que daban los balcones de un Real Sitio, donde estaban asomados los reyes y otros grandes de España.

«Manuel — dijo el rey al duque de Alcudía —, ¿quién es ese Mallo? Cada día lo veo con un nuevo coche y nuevos caballos. ¿De dónde saca tanto dinero?

» — Majestad — contestó Godoy — Mallo no tiene un ochavo; pero se sabe que lo mantiene una vieja fea, que roba a su marido para pagar a su amante.

» El Rey casi reventaba de risa, y dijo a la reina, que estaba presente:

» — ¿Qué dices de esto, Luisa?

«—Carlos—respondió la reina—, ¡ya sabes que Manuel siempre está de broma!»¹

De broma y de picos pardos... Porque a partir de 1802 empezaron las disensiones de Godoy con su esposa, y en noviembre de 1803 había por medio ciertas criadas andaluzas que María Luisa califica de divertidas, pero fatales. Doña María Teresa se impuso y obligó a su marido a que la dejase proceder con libertad dentro de su casa, pasear, vestirse y cuidarse a su gusto, y así, casi todo el invierno y la primavera los pasaba en Aranjuez, que sentaba muy bien a la salud de su hija.

Mas poco había de vivir ya el matrimonio en este palacio, distante doscientos o trescientos pasos del Real, en cuyos suntuosos y artísticos salones habían pasado largas horas en su compañía los reyes, que muchas veces honraron su mesa en Madrid y fuera de Madrid².

Este típico palacio, escenario de sus amoríos, es único en la Villa en su estilo, estilo seudoclásico llamado Imperio, que llevaba a sus obras el arquitecto francés que dirigía las de dicho inmueble, un Mr. Dugourc, que lo había sido del conde de Provenza, hermano de Luis XVI y futuro Luis XVIII. Godoy era dado al lujo moderno imitado de los extranjeros, que contrastaba con el nacional y antiguo de los reyes.

Tenía este palacio tres comunicaciones subterráneas, hoy cegadas; una de ellas, al parecer, con el Palacio Real, que pasaba por el real monasterio de la Encarnación, y ello hacía se rumorease entre el pueblo que era el camino secreto para trasladarse Godoy al Palacio de Oriente a entretenerse íntimamente con la reina³.

¹ Despacho de 29 Ventoso del año VIII. (*Archives des Affaires Etrangères.*) Blanco White, *Letters from Spain*, págs. 352 y 353; Geoffroy de Grandmaison, *Ob. cit.*, 203, y Pizarro, *Memorias*.

² «Me presentó a los Reyes — dice Escóquiz en sus *Memorias* — en su misma casa, en El Escorial, a la que iban a almorzar todas las mañanas. Les besé la mano. Hizo el favorito un gran elogio de mí.» (Capítulo I, pág. 19 de la edición de Madrid de 1915.)

³ Además de la que se cree va por debajo del monasterio de la Encarnación al Palacio Real — ese monasterio se comunica subterráneamente con este Palacio —, otra comunicación iba al cuartel de San Gil, emplazado en la que hoy es plaza de España, y la tercera, hacia la calle de Torija. Estas dos últimas se encontraron cuando se emprendieron las obras de edificación de la Capitanía General en el sitio donde se hallaban el cuartel de Infantería de Marina llamado de La Regalada y el Museo Naval, que fueron derribados en tiempo de la segunda República, y entonces se cegaron con los escombros del de-

Godoy adquirió del Estado este palacio y lo vendió a la Secretaría de Marina'. Por eso llegó a llamarse del Almirantazgo; estuvieron luego instalados en él el Ministerio de Marina y el Museo Naval, y se llama hoy de la Marina Española la plaza en que está situado.

Mucha afición sentía Godoy por hacer obra en los edificios; pero llegó a desesperarse de las que estaba haciendo en este palacio, y pensó que se instalasen en él los Consejos y mudarse él a otra parte, a lo que la reina se opuso para que no se alejase del Palacio Real su hija Carlota, a la que tanto quería la señora y de la que las noticias sobre ella y sus gracias se repiten en la correspondencia de Godoy a María Luisa cuando la niña estaba en Madrid, o de la reina al padre de la nena cuando ésta se hallaba en Aranjuez. Los reyes, al emigrar de España, no dejaron nunca de tenerla a su lado.

rrido de estas edificaciones, que daban a la calle de Bailén. El acceso a la primera de las tres, que sirvió de refugio durante la guerra civil de 1936 a 1939 contra los bombardeos aéreos, debía ser el que caía detrás de las habitaciones del conserje del Museo del Pueblo Español, actualmente instalado en ese inmueble, a la derecha de la entrada del edificio, y fué cegado después de dicha guerra con escombros de obras realizadas en el interior de la casa. Las tres comunicaciones eran de bóveda de ladrillo, de más de dos metros de altura y un metro de ancho, y alguna tenía en su trayecto una puerta de hierro.

¹ En la relación de bienes que se le secuestraron a raíz del motín de Aranjuez, en la que se proponía su devolución, aparecen 12.350.000 reales, que tenía dados en pago del palacio de doña María de Aragón, y no se puede llamar así al convento y colegio anejo de Agustinos, fundado por dicha señora, pues cuando lo compró Godoy seguía el convento aún en manos de los frailes, y fué uno de los que sufrió con la ocupación francesa.

En el expediente de Godoy que se archiva en el Ministerio de la Guerra obra el siguiente documento: «Guerra.—Excmo. Sr.—El Sr. secretario del despacho de Gracia y Justicia, me dice en papel del 18 del actual lo que sigue.—Con motivo de haber ofrecido gratuitamente al rey el serenísimo señor Príncipe generalísimo almirante la casa que le pertenece y actualmente habita, indicando la posibilidad de colocarse en ella el Consejo de Almirantazgo, el de Guerra, el Estado Mayor del Ejército, el Parque de Artillería y otros establecimientos, para reunir en un solo punto la justicia, el gobierno y las ciencias militares, se ha dignado el rey manifestar a S. A. el aprecio que le merece esta generosa oferta que no ha tenido a bien admitir, por considerarla incompatible con el objeto de la donación del palacio de Buenavista hecha a S. A. por la villa de Madrid y con la real voluntad de que se realice plenamente. Pero persuadido S. M. de la utilidad de la reunión de los establecimientos que indica S. A. ha tenido a bien mandar que el Almirantazgo adquiera la propiedad de dicha casa satisfaciendo de sus fondos al serenísimo señor Príncipe Almirante el total valor, y el interés del cuatro por ciento de las cantidades que adeude hasta completar el pago; en la inteligencia de que el propio Almirantazgo exigirá del Consejo de Guerra, y demás cuerpos militares extraños a la marina que se coloquen en este edificio el alquiler respectivo a la parte que ocuparen.—Lo que de real orden traslado a V. E. para inteligencia y cumplimiento del tribunal.—Dios guarde a V. E. muchos años.—Aranjuez 21 de Abril de 1807.—El Marqués de Caballero.—Sr. Decano del Supremo de la Guerra». (Dicen que el Estado lo adquirió en seis millones de reales, no siendo, pues, un buen negocio, como aseguran sus detractores.)

EN LA PLAZUELA DEL ALMIRANTE

En 1777 encargó al arquitecto D. Pedro Arnal la entonces duquesa de Alba, doña María del Pilar, Teresa, Cayetana, Manuela de Silva y Alvarez de Toledo, la construcción para palacio ducal de la bella y amplia mansión que hoy es Ministerio del Ejército. Las obras, que al morir inesperadamente en 1795 el esposo de la duquesa, duque de Medinasidonia y marqués de Villafranca, continuaron con más lentitud, se paralizaron al fallecimiento de la duquesa, acaecido el 23 de julio de 1802. Sus herederos, tan ajenos a la familia como que algunos de ellos eran servidores suyos, no tardaron en ponerlo a la venta. Godoy, en 1803, pensó en comprarlo; pero no fué preciso, porque el Ayuntamiento de Madrid, que le había dado el título de Padre de la Patria, lo adquirió de los herederos de la duquesa en 15 de mayo de 1807¹, y al día siguiente se lo regaló al

¹ Así reza el testimonio de la escritura de donación de este palacio y sus accesorios, que obra en el Archivo de la Villa de Madrid. Los títulos originales formaban tres libros, encuadrados en tafilete rojo con guarnición dorada, que contenían: uno, la escritura de compra hecha por el Ayuntamiento; otro, la donación perpetua e irrevocable — irrevocable hasta 1808 — a favor de Godoy, y el tercero, la de obligación que la Villa de Madrid otorgó a favor de la Real Caja de Consolidación por las sumas facilitadas por ésta para adquirir el inmueble.

En un escrito elevado por los fiscales del Consejo Real de Castilla, D. Manuel de Torres, D. Ramón López Pelegrín y D. Francisco Gutiérrez de la Huerta, al mismo, con fecha 22 de julio de 1814, se lee que «el Palacio mismo fué una donación que el Ayuntamiento de Madrid, por exquisitas y no debidas maneras, hizo a D. Manuel Godoy, ofreciendo asimismo costear todas las obras de habilitación, reguladas en quince millones de reales en efectivo, además del costo principal de la compra, que importó seis millones en Vales Reales y tres millones y novecientos mil reales en efectivo. Y que para cumplir uno y otro empeño, tomó la Villa de Madrid, a intereses, de la Caja de Consolidación, las cantidades de 8.018.975 reales y ocho maravedís en efectivo y 6.741.953 reales y 30 maravedís en Vales, señalando para satisfacción de estas sumas únicamente el arbitrio efectivo del producto de la sisa del Aceyte, Cacao, Chocolate y Jabón, que según se calculó entonces, ascendía a 1.926.708 reales y 12 maravedís al año».

El Consejo, en un informe que elevó al rey en 5 de agosto de 1814, comenta esta desatentada actuación del Ayuntamiento de Madrid y hace su historia cuando dice: «Hasta entonces se había visto que los Ayuntamientos se apresuraban y amontonaban a adular al Privado, buscar su protección y saciar su codicia, nombrándole Regidor y regalándole títulos preciosos por el oro y piedras con que los guarnecían; pero no se había descubierto aún más abuso... Con efecto, por los medios y mañeras tan fáciles a un privado, de su poder consiguió que Madrid no sólo le hiciera donación de una alhaja que, aun siendo suya, no podía donar, ni aun enajenar, de modo alguno, sino, lo que es más extraño

príncipe de la Paz como regidor preclaro del mismo y bienhechor insigne de la Villa.

Tenía de superficie la posesión 721.885 pies cuadrados, a los que Godoy añadió otros 150.963 de la compra que hizo a su hermano Diego de la finca que ocupaba la esquina de la calle de Alcalá y paseo del Prado de Recoletos, llamada de antiguo Huerta de Juan Fernández, donde luego se construyó la Inspección General de Milicias y estuvo la Dirección de Infantería y la Presidencia del Consejo de Ministros.

El palacio tenía una superficie de 62.183 pies cuadrados y forma de paralelogramo. El ala Este se prolongaba formando la plazuela a la que daba la fachada principal. Constaba de sótanos, planta baja y otras dos plantas más. Rodeábanlo diversas edificaciones accesorias, repartidas por toda la finca; a saber: las casas-cocheras, la casatahona, la casa-enfermería, la casa para guardar aves, las casas-yeserías, la casa de la Relojería, la de Brancacho y el jardín botánico o del boticario de la reina Isabel de Farnesio¹.

Los límites con las adquisiciones de terreno hechas por Godoy

e inaudito, que para poderse la donar se dejase persuadir de lo que más podía acomodarle a sus ideas, procurara comprarla a contentamiento de los vendedores, buscarse en empréstito caudales públicos con que pagarla y se obligase a su pago a costa de contribuciones gravosas e importantes..., y se vió con asombro no sólo que un Cuerpo puramente representativo y sin facultades para poderlo hacer diese lo que era del público, sino que, no teniéndolo, lo buscase para darlo; que para comprarlo se lo facilitase otro Cuerpo también representativo, que debiera haber sido más circunspecto en este punto, y que se designase para todo este manejo una contribución crecidísima, sino lo que aún es peor y de más pernicioso exemplo, que para cubrir la multitud de nulidades de estas maniobras se hallasen medios de hacerlo con órdenes de S. M., arrancadas por arteros y siniestros informes, hasta el extremo de hacer aparentar resistencia de parte del privado a aceptar lo que se le daba y aun favor en recibir la donación.»

La Villa, al objeto de ir pagando a Consolidación lo que de ella tomó para la compra de este palacio, llegó a cargar las sisas en cerca de dos millones anuales. «El Consejo no tuvo, al tiempo de la donación hecha a Don Manuel Godoy —dice este informe—, más que una ligera noticia de ella; pero llama en este escrito de 1814 la atención sobre «las responsabilidades con que se halla gravado este Palacio...», pues es indudable tiene contra sí el derecho de la Caja de Consolidación, que adelantó en el año 1807 al 1808 cerca de quince millones de reales, parte en efectivo y parte en papel, ya por su compra y demás edificios adyacentes, ya para las obras de habilitación, todo a cargo de la Villa de Madrid, cuyo Ayuntamiento se ofreció voluntariamente al pago de esta suma y además, hasta el total de veintiquatro millones en que se reguló, el coste de las obras y del importe, y a satisfacer los intereses reunidos de lo recibido hasta su solvencia a razón de un seis por ciento de lo entregado en metálico, y un quatro de lo recibido en papel, al año».

¹ Para un palacio tan grande se compró en tiempo de Godoy un pararrayos que costó exactamente 300.000 reales.

eran, arrancando de lo que fué de D. Diego: por el Sur, la calle de Alcalá hasta la del Barquillo, con una longitud de 382 pies y tres cuartos; 664 pies y medio la línea de esta última calle; luego torcía por la calle de los Reyes Alta, con una longitud de 458 pies y un octavo; seguía por la calle de Almirante¹ dando un frente de 774 pies y medio, y así llegaba al Prado de Recoletos, y continuando este lindero hasta el convento de religiosas de San Pascual y huerta del Alguacil mayor, venía a morir, siguiendo una porción de líneas de variado largo, en la finca citada de D. Diego.

Godoy no llegó a habitar el palacio de Buenavista. El motín de Aranjuez había de impedirlo. Su último domicilio en Madrid fué en la actual plaza del Rey, y el magnífico regalo del Ayuntamiento había de figurar entre los bienes que el Gobierno de Fernando VII le secuestró cuando cayó del elevado poder a que había sido encumbrado.

Secuestrados a Godoy sus bienes a raíz de su caída, el palacio de Buenavista estuvo a punto de ser desglosado de dicha masa de bienes para cederlo a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, a fin de que instalase en él un museo². En la lista de los bienes³ de Godoy que el laudo arbitral de diciembre de 1848 mandaba hacer para la devolución a él de los que le habían sido secuestrados cuarenta años antes, figuraba el palacio de Buenavista, por el que aun se adeudaban al Tesoro anticipos que para su pago había hecho la Caja de Consolidación.

Nombrado Godoy almirante en la segunda etapa de su mando, fué Alcalá Galiano, con un tío suyo, a cumplimentar al valido, entrevista cuya descripción tomo de las *Memorias*⁴: «En la antesala del Príncipe de la Paz nos recibió el inquisidor general y patriarca, D. Ramón de Arce... Hablando del negocio del día, nos contó el señor Arce una ocurrencia singular, que poco antes había habido allí mismo. Los primeros llegados a dar la enhorabuena al Almirante, inciertos en punto a si con el tratamiento de alteza había adquiri-

¹ Este Almirante que da nombre a esa calle no fué Godoy, sino un personaje que llevaba ese título como apellido.

² Véase el documentado estudio de Martínez Frieria, *Un Museo de Pinturas en el Palacio de Buenavista*. (Madrid, 1942.)

³ Tráela D. Pío Zabala Lera en su *España bajo los Borbones*, pág. 90. (Editorial Labor, tercera edición.)

⁴ Tomo I, cap. VII, pág. 130. (Madrid, 1886.)

do los privilegios de persona real, prefirieron extremarse en la situación, a quedarse cortos, y le besaron la mano, doblando la rodilla, no desaprobando él ni aprobando el acto, o ya por estar con él halagada la soberbia, o ya por quedarse cortado del exceso de humillación de sus aduladores... Recibiónos el Príncipe de la Paz afaible, pero distraído, con superior entono, como era propio de su elevación, y sin hacer caso de mí ni de las disculpas de mi abuelo por no habérsele presentado en aquel caso.»

Alcalá Galiano refiere en esas mismas *Memorias*¹ que cuando por primera vez regresó Godoy de almirante a Madrid un domingo muy claro y despejado de enero, «poblaba una numerosa concurrencia de gente principal y de mediana jerarquía los varios salones y hasta la magnífica recién construida escalera de aquella casa, donde, más que en el palacio de los Reyes, residía la autoridad suprema del Estado... Festejósele con dos funciones de teatro: la primera, en el de la Cruz, y la segunda, en el del Príncipe. Diósele casi el tratamiento de persona real; echáronse a volar palomas al asomar en su palco, y se presentó un busto haciéndole rendidos obsequios una numerosa comparsa y cumplimentándole un autor² en versos de poco mérito, aunque obra de ingenio, que en mejor ocasión acertó a acreditarse de buen poeta. Hubo la singularidad de recibirle el público con palmadas, cosa a que él no estaba acostumbrado.»

Aquel día se habían arrojado a su paso flores y coronas. Por la noche se le obsequió con una magnífica serenata al pie de sus balcones en la casa en que vivía, que es la que por los años de 1882 ocupaba el marqués de Vinent, en la planta principal, y en la baja, el Banco de Castilla.

Es que en los últimos días de su poderío residió Godoy en las casas casi humildes propiedad de su esposa: la contigua al palacio

¹ Tomo I, cap. VII, pág. 131. (Madrid, 1886.)

² Don Francisco Clemente Miró. La poesía jocosera se titulaba *Discurso de lord San Vicente, primer lord del Almirantazgo británico, al saberse el nombramiento del Almirante de España e Indias en el Serenísimo Sr. Príncipe Generalísimo Almirante*. (Madrid, Imprenta Real, 1807.) En el teatro de la Cruz se leyó otra poesía encomiástica de autor que no quiso darse a conocer, y que se atribuyó a Moratín. Era una oda titulada *La insignia del grande Almirante en la exaltación de S. A. el Serenísimo Señor Generalísimo Príncipe de la Paz a esta dignidad*. (Madrid, Imprenta de Sancha, 1807.) (Nota del autor.)

de los duques de Alba, en la calle Real del Barquillo, y la frontera a la plazuela del Almirante, llamada así desde que se le dió ese cargo.

Mesonero Romanos dice, hablando de la «Calle Real del Barquillo», en que estaba el palacio ducal de Alba¹: «Del lado de la izquierda aparecía esta calle aún más solitaria y triste, ocupada por el convento y huerta de *Carmelitas Descalzos*, que, como hemos dicho, avanzaba hasta ocupar casi todo el espacio que ahora se llama *Plazuela del Rey* y primero del *Almirante* (Godoy), en cuyos últimos años de privanza, primeros de este siglo, fué formada para dar mayor desahogo a las casas que hacen esquina y a la frontera, propias ambas de su esposa, la Condesa de Chinchón.»

Obsequiado Godoy en 1807 por la Villa de Madrid con el palacio de Buenavista, «y entretanto —dice en otro lugar el mismo Mesonero²— que se realizaban las obras convenientes en esta regia morada, habíase trasladado a las casas contiguas, propias de su esposa, la infanta doña Teresa, condesa de Chinchón, en la calle del Barquillo, esquina hoy a la plaza del Rey, y entonces a una mezquina callejuela en escuadra que se formaba entre la huerta del Carmen y la casa de las *Siete Chimeneas*. La omnímota voluntad del privado hizo desaparecer esta callejuela, cercenando la dicha huerta y dejando espacio bastante para formar lo que entonces se tituló *Plazuela del Almirante* y hoy se llama *Plaza del Rey*. Quedaron, pues, al descubierto, y en ambos términos de la escuadra la casa de las *Siete Chimeneas* y la nueva de *Chinchón*, que enlazaba por medio de un pasadizo (derribado en 1846) a la altura de los balcones principales con la frontera, hoy número 8 de la calle del Barquillo, que también era y es de la condesa de Chinchón», como la número 6, en que nació el general Castaños³.

La tapia que rodeaba desde el siglo xvi a la Casa de las Siete Chimeneas formaba con la del convento de los Carmelitas Descalzos, cuya iglesia era la de San José, en la calle de Alcalá, la calle de las Siete Chimeneas, que desapareció al hacerse la plaza del Rey y casas de Gargollo y de Murga⁴. Las casas de la condesa de Chin-

¹ *El antiguo Madrid*, pág. 255.

² *Memorias de un setentón*, pág. 21 de la edición Renacimiento. (Madrid, 1926.)

³ Véase *Guía de Forasteros* de 1808.

⁴ Véase Sepúlveda (D. Ricardo), *La Casa de las Siete Chimeneas*, cap. VIII, páginas 50 a 52 de la segunda edición de Madrid, de 1882.

chón llegaron así a hacer esquina a esa mísera callejuela en escuadra que se ha dicho.

Pero lleguemos ya al final de la historia de este caracterizado vecino de Madrid en la Villa y Corte, escenario de su grandeza, que contrasta con la segunda mitad de su vida, y perdóneseme que para dar cierta ilación a mi relato y que este trabajo no sea una árida descripción urbanística de los lugares en que tuvieron lugar las anécdotas biográficas que de Godoy inserto, haga alguna escapada a otros lugares, enclavados, si no en el casco de Madrid, en los términos de su provincia.

Conocida es la larga historia de las malas relaciones entre el príncipe de Asturias y el de la Paz. Cuando el primero fué detenido en El Escorial por Carlos IV, a quien se dirigió un anónimo, atribuido a Godoy, en que se le denunciaba que Fernando conspiraba contra sus augustos padres, el favorito se hallaba con fiebre en Madrid, de donde fué llamado por la reina¹. El 3 de noviembre —era el año de 1807— personóse en El Escorial. El heredero de la corona le echó los brazos, y entre sollozos y lágrimas de cocodrilo le aseguró que precisamente iba a llamarlo; que deseaba ser su amigo; que lo habían engañado; que no tenía nada contra él; que lo había declarado todo; que estaba dispuesto a todo para dar satisfacción a sus padres; que él también lo sacase del mal paso en que estaba.

Godoy le respondió con respetuoso afecto que, a pesar de su enfermedad y de la fiebre, que tenía que notársele, no había venido a otra cosa. Precisamente en sus *Memorias* explica Godoy con las fiebres de algún cuidado sufridas en Madrid el que no interviniese en este proceso incoado contra el príncipe de Asturias, y en prueba de ello aporta el testimonio de los médicos que le asistieron, pues se dijo que la enfermedad, aunque había guardado cama, era fingida.

El de la Paz hizo protestas de su cariño al que tantas veces había tenido en sus brazos y por el que daría mil vidas; lloró con él, con lágrimas, según dice en sus *Memorias*², tan sinceras como las del de Asturias.

¹ La carta decía: «Ven, ven cuanto antes, Manuel. Tanto el Rey como yo sabemos tu precario estado de salud, pero no dudamos un punto en pedir a tu lealtad este nuevo sacrificio... Los momentos son angustiosos. Ponte en camino con cuantas precauciones puedas...; ¡pero ven pronto!— *María Luisa*.»

² Tomo V, págs. 158-159.

—¿Están muy irritados mis padres? He denunciado a todos. ¿Podía dar otra prueba de mi arrepentimiento? A ti también te ruego que me...

Godoy le atajó aquella petición de perdón. A defenderlo había venido.

Don Fernando se lamentó de que el ministro Caballero lo había asustado diciéndole que era tarde para arrepentirse. El favorito le dió ánimos y se ofreció a hacer llegar sus ruegos y a abogar por él.

—Díctame, entonces.

—Escriba Vuestra Alteza misma; las mejores palabras serán las que sus propios sentimientos inspiren a Vuestra Alteza.

Pero se dijo que las cartas en que el príncipe pedía perdón a sus padres¹ se las había escrito Godoy.

No obstante los sucesos de estos días, el nuevo embajador de Francia, marqués de Beauharnais, podía escribir a raíz de los mismos a Champagny²: «El príncipe de la Paz es tan inconsecuente como indiscreto. Se está de fiesta continuamente en casa de la Tudó, donde pasa Su Alteza todas las noches.»

El príncipe de Asturias fué puesto en libertad, como Godoy había aconsejado a Carlos IV en El Escorial cuando fué allá llamado por la reina, y perdonado por su padre en presencia del de la Paz, que intercedió por él sin restricciones cerca de los reyes.

A pesar de esto, la causa de El Escorial y la actuación que en ella le achacaban atrajeron sobre el príncipe de la Paz mayores odios populares, que se exacerbaron cuando las gentes se dieron cuenta de que había proyectado una huida de los reyes para ponerlos a salvo de las contingencias de una invasión de los franceses, viaje que el pueblo malévolamente explicó como designio de Godoy para mantenerse en el Poder. Cosa extraña: si en casa de la Tudó se habían empezado a hacer preparativos para aquel viaje, ¿se iba a quedar él y marcharse ella?

Refiere él en sus *Memorias*³ la impresión que le produjo Madrid la última vez que fué a la Corte antes del motín de Aranjuez. Era el domingo 13 de marzo de 1808 cuando con sus húsares llegó por el vado de las Delicias. El rey le ordenó fuese a celebrar su recep-

¹ Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, etc.*, I, pág. 30.

² Geoffroy de Grandmaison, *L'Espagne et Napoléon*, pág. 110

³ Tomo V, pág. 460.

ción semanal, y de camino observase el ambiente. «No me es fácil — dice — dar idea de lo que fueron para mí aquellos instantes que pasé en Madrid, si no es que los compare con la luz de un sol pajizo y engañoso, tras el cual se aproxima la tormenta. Puedo decir que no observé señal alguna a lo exterior de la transmutación que tan cerca andaba. En uno de estos días me trasladé de mi casa, sita en la calle del Barquillo, hasta el Almirantazgo, a pie, sin otra comitiva que mis edecanes, sin ninguna guardia, y debí al pueblo de Madrid las mismas atenciones con que me honraba de ordinario. Mi casa estuvo abierta a todo el mundo, como siempre; la concurrencia de toda clase de personas fué la misma que era antes; sólo vi en ella algunos hombres que, por mostrarse placenteros y corteses más que nunca, dejaban ver no ser amigos... Muchos también, de un mirar sólo de ojos, dejáronme advertir sus inquietudes y su pena; pero en aquella posición tan escabrosa en que me hallaba, no me era dable todavía abrir mi corazón sino a muy pocos. Mis pasos, mis acciones, mis palabras las más indiferentes, hasta el sonido de mi voz y el color de mi rostro, se acechaban por mis enemigos, disfrazados de mil modos.»

¡Y tanto! Alcalá Galiano, por ejemplo, recoge en sus *Memorias*¹ esta última recepción semanal de Godoy en Madrid, y refiere aquella frase del príncipe de la Paz a dos frailes allí presentes, que denota su estado de ánimo ante el avance de los franceses, cuya mala fe señaló al grupo en que estaba Blanco White:

«Yo estoy con lo que pasa tal, que querría vestirme, no un hábito como ese que ustedes llevan, sino un saco, e irme a un rincón.»

En la tarde del domingo 13 de marzo, Godoy se trasladó a Aranjuez. En las primeras horas de la noche del jueves, 17, como tenía por costumbre, fué solo a Palacio a hacer compañía a Sus Majestades. Carlos IV le pidió albricias por las buenas noticias que sobre tranquilidad pública le había dado el ministro Caballero; pero Godoy le hizo presente que no eran esas sus referencias, si bien «en advertirle su intención no era otra que fortalecer su real ánimo para el caso en que ocurriera algún suceso extraordinario». El rey quiso ser

¹ Tomo I, cap. VII, pág. 144. Véase también sus *Recuerdos de un anciano*, pág. 59, (Madrid, 1913.)

enterado mejor de lo que hubiese; mas Godoy se limitó a decirle que él no había oído sino rumores vagos, que significaban poco, y no pretendía estar mejor enterado que quienes, encargados del orden público, habían dado a Su Majestad seguridades.

Por la noche se retiró Godoy a su palacete «solo en mi coche como vine y sin más armas que mi espada»—dice—. No vió corrillos; la puerta de la casa quedó abierta después que bajó de su carroza, en la que a galope tendido había llegado. Rápido subió a sus habitaciones; cenaron en silencio y rápidamente él, su hermano Diego y el brigadier comandante de los húsares o cazadores de su guardia personal. Cenaron poco, y tras unas cuantas trivialidades de sobremesa, se levantó, dió las buenas noches, y seguido de su ayuda de cámara entró en su dormitorio para acostarse; mas cuando aun no había empezado a desnudarse y estaba con una bata de muletón, oyó un golpe seco, que, al parecer, venía de la plaza a la que daban sus balcones.

—¿Has oído?—preguntó el príncipe a su criado.

—Tal vez sea—respondió éste—alguna puerta cerrada de golpe.

Pero no: había sido un tiro lejano, que hizo al trompeta de sus guardias dar un toque de «a caballo», por creer que era la señal para ponerse en marcha los viajeros a los que ellos habían de acompañar.

Godoy oyó claramente en el silencio de la noche el toque del clarín, y a continuación el griterío cada vez mayor y más cercano de mueras e improperios contra él. El pueblo rompió y echó abajo al primer embate las puertas de la casa de Godoy, penetró en ella arrojando y desarmando a la brava guardia que la defendía, rompió cristales, destrozó muebles, despojó estrados y salones de sus lujosos decorados y ricos cortinajes, sobre todo en los pisos principales, y echó por las ventanas a una gran hoguera aquellas preciosidades—cuadros, muebles, joyas—, de inmenso valor algunas; ricas porcelanas y desnudos de mármol que se estrellaban al caer contra el suelo. De los muros quedaron arrancados los cuadros; como acuchillado, el acolchado de los sillones, y ardiendo en la fogata que encendieron en la chimenea, los libros que, alineados, ofrecían en galerías el lujo de sus ricas encuadernaciones de tafilete.

El tumulto popular había sorprendido a Godoy en su dormitorio, entretenido—dijeron algunos—con una dama que aseguraron pudie-

ra ser la hermana menor de la Tudó, Socorro; pero el griterío que abajo les llegaba por las ventanas y el ruido confuso, como de derribar puertas, hizo a Pepita, a eso de las once y media, cubrirse con una tupida mantilla y que Godoy le indicara se metiese en un coche que esperaba a la puerta.

El valido, que oía de cerca en las habitaciones principales los gritos, insultos y amenazas del populacho, se cubrió con un capote militar de bayetón que halló a mano, abrió un mueble situado delante de su cama, que estaba intacta, del que sacó un puñado de onzas de oro, que se echó al bolsillo, y cogiendo dos pistolas y un panecillo de los que había sobre la mesa del comedor, se dirigió a una puerta trasera secreta por la que su casa se comunicaba con la contigua, que era de la duquesa viuda de Osuna. A Godoy se le había olvidado la llave de dicha puerta, y aunque quiso volver por ella, la gente había invadido el camino que tenía que desandar, y ya no le cupo otro remedio que subir al tercer y último piso, donde buscó una ventana desde la cual poder ver en las sombras lo que en las avenidas del palacio sucedía. Entonces oyó que gritaban «¡Muera el traidor Godoy! ¡Viva el Rey!», y el estrépito de la multitud que había invadido su casa y lo rompía todo. Avergonzose de que lo vieran allí, y se metió en el primer aposento que encontró abierto en aquella buhardilla. El fiel ayuda de cámara, que le seguía, cerró la puerta con llave y se la llevó.

Godoy describe por menudo en sus *Memorias* la habitación en que se refugió, que al clarear el día se dió cuenta era de un mozo de sus caballerizas. Su ajuar, un desvencijado catre, tres o cuatro sillas de anea, un baúl y una mesa de pino, y en un cajón entreabierto, un cantero de pan y un racimo de pasas con unas cuantas rociadas. De un jarro con un poco de agua que allí encontró, bebió sólo un sorbo, aunque le atormentaba la sed, porque quería administrársela con prudencia.

Como el tumulto se había ido calmando, fué Godoy tranquilizándose y confiando en Dios, en el rey y en su criado; el cansancio lo venció, y a la madrugada quedose dormido. Cuando despertó, ya estaba muy avanzada la mañana del día 18. Calmó su hambre y su sed con lo que allí había.

A la caída de la tarde del 18, ya casi oscurecido, sintió Godoy pasos que se aproximaban a la puerta, gemidos de una mujer que la

empujaba y, al verla cerrada, se quejaba de no haber hallado en todo el día a su marido, que tendría la llave, temerosa de que estuviese preso y doliéndose de tanta desgracia como inopinadamente había caído sobre aquella casa.

Un hombre de mala catadura de los que por allí vigilaban acudió en su auxilio, y en un momento hizo saltar la cerradura. Godoy sólo tuvo tiempo de colocarse sin moverse en un rincón del zaquizamí. La mujer se llevó el pan y—lo que más sintió el perseguido—el jarro de agua, aunque tuvo la satisfacción de oírle frases de compasión y aun de alabanza a su bondad, así como de interés por la situación en que se encontraría su amo, a quien no le quedaba sino la esperanza de lo que, viniendo en su busca o interesándose por él cerca del rey, pudiera hacer en su favor su fiel criado. Mucho pensó en él; no creía que le hubiese hecho traición, pues entonces le hubiese ya entregado a sus enemigos; pero no acudía en su auxilio. Era que estaba preso.

En el silencio de la noche oía el chocar de vasos y copas, la charla como de soldados y los juramentos e interjecciones de los que jugando combatían el sueño para que el valido no se les escapase. Casi febril e intranquilo, salió de allí, encontró una escalera que le llevaba a un sucio desván o granero, donde se acomodó en una habitación no estrecha, desde la que sólo se veía el cielo y en la que había alfombras sucias, esteras de junco y tapices viejos enrollados, en los que, entre telarañas, se tendió agazapado, sediento y desvelado con los sentimientos propios de su situación.

Tentado estuvo de intentar salvarse o de tropezarse con alguien que le ayudara. «Me retenía —dice años después— el temor a la infamia del que muere calumniado a manos de la plebe, sin poder volver al mundo a justificarse ni dejar tras sí amigos que lo defiendan.»

No pudo aguantar más la sed, aun peor que el frío y el hambre que había pasado aquella noche. El sol del día 19 bañaba de luz su escondite. Sintió subir a las habitaciones inmediatas soldados de la guardia. Se le ocurrió entrar en conversación con ellos; pero eran cuatro soldados walones. No se decidió. Pasó una hora, y un soldado subió y se sentó a fumar al pie de la escalera del desván. Medio echado en ella y cabizbajo hablaba a solas, y luego se puso a contar unas monedas que sacó del bolsillo. Godoy se arrancó, y a las treinta y tantas horas de andarse ocultando salió de su escondrijo, con

la ropa rasgada, sucio y sin afeitarse. El soldado, al verlo, se interpuso asombrado para cortar el paso, y se disponía a dar la voz de alarma, cuando oyó que en voz baja, y haciéndole señas de que esperase, le decía Godoy:

—No grites; escúchame antes; yo sabré serte agradecido. Sígueme a donde yo te lleve, y si logro abrir con la punta de tu bayoneta la cerradura de una puerta, mira estas onzas de oro: ellas pueden hacer la felicidad de toda tu vida.

Y le pidió de beber, ofreciéndole asimismo un magnífico reloj de repetición.

El hombre, al principio, vaciló, al parecer; mas no se dejó sobornar, y diciendo atemorizado que no podía, bajó a todo correr la escalera, comunicando a la guardia, a gritos, y a sus jefes, que allí estaba el príncipe. Comprendiendo Godoy que todo lo tenía perdido, bajó a su vez para entregarse.

Rodeado de soldados atravesó varias habitaciones de su casa sin ser molestado de ellos, y se dirigió a la escalera para salir; pero ya la puerta y la escalera estaban invadidas por la plebe sin entrañas y amotinada, a la que había llegado en seguida la noticia. Los soldados, rodeando a Godoy, lo protegían de la muchedumbre, que lo arrastraba escaleras abajo.

Vinieron más oficiales, entre ellos uno de los principales conjurados, Jáuregui, quien aconsejó resignación al príncipe y que no perdiese tiempo en dejarse llevar al cuartel, pues dudaba si sus guardias podrían contener a las turbas que se hallaban a las puertas del palacio.

Godoy miró en torno suyo. En el salón saqueado quedaban colgando de los muros algunos tapices desgarrados y tres o cuatro cornucopias; hizo notar que no había ni una silla donde sentarse. Las preciosidades de aquella suntuosa morada habían sido destrozadas, arrojadas por los balcones y quemadas en la calle. Del cuerpo de guardia le trajeron un banco. A continuación, Jáuregui le llevó una taza de caldo, que bebió, rehusando unos bizcochos que le ofrecieron. Jáuregui insistió en que eran pocos los amigos que lo pudieran defender, y que el tumulto aumentaba; que no se detuviera. Godoy pidió ropa decente con que reemplazar el capote de bayeta.

En otra habitación a que lo llevó el oficial que lo había detenido, D. Vicente Quesada, los muebles estaban despedazados, y la ropa

que solía llevar a los Reales Sitios había desaparecido. Un oficial de la Guardia Walona le dió su levitón de esclavina; se caló un tricornio, bajó al patio y se situó rodeado del piquete de Caballería de Guardias de Corps que, enviado por los reyes, había llegado a conducirlo a su cuartel y defenderlo.

A la puerta, y sin permitirle montar a caballo para que no presentase tanto blanco, se hicieron, con peligro de sus vidas, cargo de Godoy, al que los primeros que lo encontraron lo apalearon, siguiéndose el que otros lo apedreasen.

«Acometiéndole la gente —refiere el conde de Toreno¹— con palos, estacas y todo género de armas e instrumentos, procuraba matarle o herirle buscando camino a sus furibundos golpes por entre los caballos y los guardias, quienes, escudándole, le libraron de un trágico y desastroso fin. Para mayor seguridad, creciendo el tumulto, aceleraron los guardias el paso, y el desgraciado preso, en medio y apoyándose sobre los arzones de las sillas de los caballos, seguía su levantado trote, jadeando, sofocado y casi llevado en vilo. La travesía considerable que desde su casa había al paraje donde le conducían, sobre todo teniendo que cruzar la espaciosa plazuela de San Antonio, hubiera dado mayor facilidad al furor popular para acabar con su vida si, temerosos los que le perseguían de herir a alguno de los de la escolta, no hubiesen asestado sus tiros de un modo incierto y vacilante. Así fué que, aunque magullado y contuso en varias partes de su cuerpo, sólo recibió una herida algo profunda sobre una ceja, y un golpe de una pedrada le abrió una brecha bajo el ojo derecho que a poco le vacía el ojo. El representante diplomático sajón vió desde su ventana cómo dos guardias de Corps, cogido del cuello, lo llevaban arrastrando². Los más crueles en atacarle entre los que con este fin esgrimían picas, chuzos, palos, navajas, sables y fusiles, o lanzaban salivajos y piedras entre los caballos o por debajo del vientre de los animales, eran lacayos y cocheros, de los cuales reconoció Godoy en dos de ellos a criados del infante Don Antonio. A golpes le habían hundido el tricornio en la cabeza; un

¹ *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, lib. II, pág. 22 de la edición de la Biblioteca de Autores Españoles. (Madrid, 1872.)

² Escribe desde Madrid un testigo ocular al *Journal de Paris* (número de 31 de marzo de 1808): «He visto desde mi ventana al gran almirante, herido en un ojo y cubierto de sangre, marchar entre dos guardias de Corps que le tenían cogido por el cuello.»

muslo lo llevaba apuñalado de un navajazo; los pies heridos, pisoteado por los caballos hasta no poderse tener en pie; todo cubierto de sangre. A cuarenta mil personas hace ascender un escritor de la época las que lo atacaban en este recorrido, que hizo protegido por una doble fila de guardias.»

Poco después se presentó en el cuartel de éstos un juez a tomarle declaración con que iniciar la causa que se le iba a seguir, de orden del nuevo rey de España, Fernando VII.

La noticia de la prisión de Godoy llegó a Madrid poco después del mediodía del 19. Si el príncipe de la Paz hubiese estado en su casa de Madrid de la calle del Barquillo, esquina a la plazuela del Almirante, donde tenía la fachada, por el pasadizo¹ que dijimos la enlazaba, a la altura de los balcones principales, con la frontera de la calle del Barquillo, «podía haber escapado por sus posesiones — dice Mesonero Romanos² —, sin poner el pie en la calle, desde la del Barquillo hasta el convento de monjas de San Pascual, pues la casa y jardín (hoy suprimidos) a la esquina de la calle de Alcalá también le pertenecía y era habitada por su hermano D. Diego»³, a la que atacaron grupos de gente que «simultáneamente se improvisaban en la calle de Alcalá, esquina a la del Prado, junto a la fuente de la Cibeles, a las puertas de la casa en que vivía el duque de Almodóvar del Campo, D. Diego de Godoy, hermano del valido».

Las turbas saquearon la casa particular de éste de la plazuela del Almirante. Con gran algazara quemaron a la puerta de Godoy, en una gran hoguera, muebles, adornos, papeles, alhajas, ropas y preciosidades, que después de haber roto las vidrieras tiraban por los balcones y ventanas. El lujo con que estaban amueblados sus palacios no se había visto hasta entonces en España, y en muebles y alhajas superaba a los reyes, sus señores.

De allí, grupos, reforzados por otros que llegaban con hachas

¹ Ese arco o pasadizo por cima de la calle, a la altura de los pisos principales, que restaba luz a la entrada de la calle del Barquillo, desapareció en 1846 al llevarse a cabo casi todas las reformas propuestas por Mesonero Romanos, como concejal del Ayuntamiento, en su *Proyecto general de mejoras de Madrid*. No se sabe si el pasadizo mandó hacerlo Godoy, o existía antes. En el plano del siglo xvii no aparece.

² *Memorias de un selentón*, tomo I, pág. 22. (Renacimiento, Madrid, 1926.)

³ Alcalá Galiano, en sus *Memorias*, tomo I, pág. 151 (Madrid, 1886), dice que esa casa era propiedad del mismo D. Diego, que la vivía.

encendidas, cogidas de las cererías, procedieron a hacer lo mismo en casa de su hermano D. Diego. Igual suerte cupo luego al hotel de su madre, en cuyo subterráneo decían que ocultaba 30.000 duros mejicanos de su hijo; al rico menaje de su cuñado el marqués de Branciforte en su casa de la calle de la Luna, e igualmente saquearon y destruyeron la de su otro cuñado, conde de Fuente Blanca, sita en la calle de Leganitos y de los Reyes, frente a la de Pastrana. Lo mismo hicieron con las de otros amigos suyos, y así, por citar sólo algunos, de su casa de la calle de Fuencarral, 17, que recientemente tenía el número 27, hubo también de escapar D. Leandro Fernández de Moratín, porque una lechera tuerta que vivía enfrente animaba a las turbas a que la asaltasen; otra casa saqueada fué la del coronel D. Francisco Amorós, al que Godoy había puesto al frente de la Institución Real Pestalozziana, que el príncipe de la Paz había fundado¹, y finalmente, en la iglesia de San Juan de Dios, del Santo Hospital de los Hermanos Hospitalarios, conocida de ordinario por iglesia de Antón Martín por hallarse en la plazuela de este nombre, los religiosos, agradecidos a Godoy porque al venderse los bienes de otras obras pías había respetado los suyos en atención a los servicios que prestaba la Orden hospitalaria, habían puesto en el templo bajo dosel un retrato del príncipe de la Paz, que la plebe reclamó para quemarle alborotadamente en la esquina de la calle de Santa Isabel.

El 2 de abril fijóse en la Corte, en las esquinas, un cartel, del tamaño de una hoja en gran folio², en el que el firmante, D. Bartolomé Muñoz, mandaba por edicto denunciar al Consejo todos «los dineros, alhajas, bienes, derechos u otros efectos» pertenecientes a Godoy. Es que el 20 de marzo Fernando VII se había convertido en continuador de los saqueos, mandando confiscar todos los bienes, efectos, acciones y derechos del valido y de otros señores, lo que se hizo saber por anuncios que las autoridades fijaron en la puerta de la casa de Godoy y de la del marqués de Branciforte.

¹ La obra se hallaba establecida en la casa que llevaba en 1881 el número 6 de la calle del Pez, la cual tenía sólo un piso principal y llegaba hasta la calle del Molino de de Viento, caserón que por entonces formaba parte del mayorazgo de D. Pablo Malla de Salceda y Palacio, hidalgo montañés, un tanto figurón.

² Un ejemplar de este cartel se conserva en la Sección de Varios de la Biblioteca Nacional de Madrid.

EPILOGO

Madrid, con el motín de Aranjuez, deja de ser escenario de la vida de Godoy.

El Gobierno de Fernando VII había dispuesto trasladarlo a la Cárcel de Corte de Madrid el mismo día que Murat iba a hacer su entrada en la capital. Murat se opuso a ello enérgicamente, evitando el proyecto de que por otra puerta de la Villa entrase Godoy en Madrid cargado de cadenas y atado a un carro, como habían proyectado. Frustrado este propósito — esto era el 23 de marzo¹ —, el carro, que se había puesto ya en camino, varió de itinerario y se llevó al preso a Pinto, pueblo a la altura del cual había llegado conducido y donde parece se habilitó como prisión en que tenerlo detenido la casa de un tal Pantoja. El 3 de abril, entre tres y cuatro de la mañana, se le trasladó por Fuenlabrada y Móstoles a Villaviciosa de Odón, donde se le encerró en el palacio viejo, castillo o casa fuerte, primero en una cómoda y alegre estancia, y a poco en el estrecho y oscuro oratorio de aquel alcázar, que no tenía ventana al exterior. Al fin, el 20 de aquel mes se le puso en libertad, haciéndose entrega de él al ayudante de campo de Murat, encargado de llevarlo a Bayona. Trasládósele en un coche a Chamartín, dando rodeos por los caminos.

Con grandes precauciones se sacó el día 22 a Godoy de Madrid, donde Murat, que se hospedaba en el palacio del Almirantazgo, en que antes había vivido, lo recibió con la deferencia debida a quien de antiguo llevaba con él amistad, y lo tranquilizó y animó con la protección con que contaba de Napoleón. El viaje se hizo por lo general de noche; la llegada a Burgos fué a las dos de la madrugada, donde apenas se detuvo, lo mismo que en ningún otro lugar del tránsito.

Conducido hasta la frontera, llegó a una legua de Bayona a una preciosa casita de campo de los arrabales, en la carretera de Biarritz, que Napoleón le había destinado. En la primera quincena de mayo salía de Bayona con los reyes camino de Burdeos para el castillo imperial de Fontainebleau. De Fontainebleau, donde estaban a prin-

¹ Archivo Histórico Nacional. *Estado*, legajo 2.982.

cipio de junio, llegaron el día 18 a tomar posesión del magnífico palacio imperial o castillo de Compiègne. Con ellos se hospedaba Godoy. De allí salieron el 17 de septiembre para Marsella, adonde llegaron el 18 de octubre en compañía del príncipe de la Paz, estableciéndose allí en una finca de recreo. El 16 de julio de 1812, los reyes y Godoy se trasladaron a Roma, hasta que Fernando VII logró del Papa que en 1814 el favorito fuese desterrado a Pesaro, la ciudad más distante de la Corte pontificia.

Huído Napoleón de su prisión de la isla de Elba e invadidos por Murat los Estados pontificios, estuvieron los reyes padres por un lado huídos de Roma, y Godoy por otro, hasta juntarse en Verona. «Pasado aquel turbión de pocos meses», el 26 de agosto de 1815 llegaron a Roma los reyes. Godoy se quedó en Pesaro; pero el 7 de octubre, levantado el destierro, regresó a la Ciudad Eterna¹ para no volverse a separar de sus regios protectores, con quienes vivió desde diciembre de 1814 en el palacio Barberini.

Fallecida la reina madre María Luisa el 2 de enero de 1819, Carlos IV, en los pocos días que la sobrevivió, le escribió el 7 desde Nápoles, donde se hallaba al tiempo del fallecimiento, que abandonase el palacio Barberini, con el achaque de que, «habiendo faltado la Reina, no es decente que Carlota viva en mi casa». El 13 salió Godoy del Barberini y se fué a vivir a la Villa Campitelli, que años atrás, con el fin de habitarla, había comprado en Roma, para pensar a los pocos días, huyéndole al frío, en irse a la Villa Mattei² que había adquirido en el campo por indicación de Carlos IV; mas no llegó a hacerlo, pues tampoco tenía condiciones para hacer frente a un invierno tan crudo como el de 1819, tanto más cuanto que era

¹ Archivo Histórico Nacional. *Estado*, legajo 2.836.

² El 14 de enero escribía a Pepita Tudó: «He abandonado ayer el palacio Barberini. V. considerará la fuerza del agente que a tal determinación me ha obligado en el tiempo más rígido del año. Vine, pues, a Campitelli, en donde había disponible una pieza a la entrada. El parto de Socorro y mi demasiada bondad me han puesto en esta terrible situación; de modo que pienso irme a la villa, cuyos aires y fríos no serán más rígidos que los de esta maldita habitación.» La primera noche no pudo resistir el frío. No dispuso para Carlota y para sí más que de dos habitaciones del piso inferior, a uno y otro lado de la puerta de entrada y enfrente la una de la otra, sumamente frías, porque cuando la compró, como se fué a vivir con los reyes, accedió al ruego de Socorro Tudó, hermana de Pepita, de que se la prestase, pues su marido no estaba sobrado de recursos y tenía muchos hijos. Además, la otra hermana, Magdalena, también se había ido a vivir allí con los suyos, y resultaba la casa pequeña para tantos huéspedes.

reciente la convalecencia de la *mallaria* o tercianas que había contraído en la temporada que, a mediados de julio del año anterior, fué a pasar con los reyes en la Villa Albano.

Fallecida su esposa en 24 de noviembre de 1828, el 7 de febrero del año siguiente contraía Godoy en Roma matrimonio con Pepita Tudó. Ya entonces vivía en la Villa Mattei¹.

Años después marchó de Roma a establecerse en París, adonde llegó el 11 de abril de 1832. A primeros de mayo se le reunía allí Pepita en el piso que había alquilado en el número 59 bis del bulevar Beaumarchais, cerca de La Bastilla. En 1834, Pepita se vino definitivamente a Madrid, donde el 9 de septiembre de 1869 moría en su gran casa de la calle de Fuencarral², muy anciana, víctima de las quemaduras que, especialmente en las piernas, le causó, al incendiársele, el *matinée* que llevaba con una vela que colocó en un mueble bajo, el avivársele las llamas por correr horrorizada.

Pepita siguió, sin embargo, ocupándose en los asuntos de él en Madrid, y él la siguió escribiendo sobre sus apuros económicos, porque había puesto a nombre de ella la fortuna que le quedara. Ya vivía Godoy en una buhardilla o modestísimo piso cuarto del número 6 de la rue Neuve-des-Mathurins, una calle que ya no existe.

En unión del amigo de Godoy, el abate D. Juan Antonio Melón, lo visitó en París, hacia 1833, el periodista D. Ramón de Mesonero Romanos, presentado a él por el abate. «Dirigímonos, pues —dice Mesonero—, a la humilde morada del que aun se titulaba Príncipe de Bassano³..., viviendo pobremente en un piso cuarto, y tan resignado, al parecer, con su suerte y las asombrosas peripecias de su vida.»

Godoy les preguntó qué opinaba de él la nueva generación de

¹ Desde 1828, según Stendhal en sus *Promenades dans Rome*, Carlota se había casado ya, el 24 de noviembre de 1821, con el conde romano Camilo de Rúsoli.

² Tal vez esquina a la del Desengaño, donde la Tudó tenía una casa. Para averiguar el domicilio a su muerte he buscado en vano la partida de defunción, por haber ardido durante la República el correspondiente archivo de la parroquia de San Luis, de la calle de la Montera.

³ En 1850, y ante presiones de la Embajada española, recibió Godoy la promesa de ser nombrado príncipe de Bassano por el Papa, a cambio de entregar a éste el diploma en que se le nombró príncipe de la Paz, titulando sobre el feudo de Bassano, cerca de Sutri, que había adquirido en 70.000 piastras. Era un antiguo feudo de la familia Giustiniani, enclavado en territorio de los Estados de la Iglesia. (*Nota del autor.*)

España. Mesonero, al que acogió cortésmente y agradecido cuando Melón se lo presentó como escritor, pero ajeno a la política, le contestó que los odios apasionados y los prejuicios de sus padres no existían en la juventud española, y que después de lo sufrido en el reinado de Fernando VII, envidiaban a los que habían vivido bajo el gobierno liberal de Godoy.

«Habléle con interés —continúa Mesonero'— de sus benéficas disposiciones en pro de la ciencia y de la cultura de la nación; de la protección que dispensó a los grandes ingenios de la época; de los viajes que encomendó a Rojas Clemente y a Badía (Alí-Bey el Abasí); de la expedición de Balmis a América para propagar la vacuna..., y hasta de la Institución Pestalozziana..., todo lo cual pareció complacerle en extremo, dándome expresivas gracias en un lenguaje cuyos giros y pronunciación recordaban mucho la lengua italiana, de que habitualmente se servía hacia treinta años, y repitiendo que su más vivo deseo era regresar a España y *dar una vuelta por el salón del Prado*; pero que el Gobierno y los Tribunales, dilatando su rehabilitación, le privaban absolutamente de este placer; que todo lo esperaba todavía de la justicia de su causa y del talento de sus defensores, los señores Pérez Hernández y Pacheco. Yo le contesté que, honrándome con la amistad de ambos ilustres jurisconsultos, procuraría excitarles a redoblar sus esfuerzos en favor del príncipe, a quien por su parte, y en mi modesta esfera, le ofrecía hacer en mis escritos la justicia que me inspiraba mi convencimiento. Así lo cumplí en diversas ocasiones, particularmente en la *Reseña histórica* que precede al *Antiguo Madrid*.»

Mesonero logró que Pepita Tudó sumase sus gestiones a las del periodista, y un decreto de 31 de mayo de 1847, que quedó incumplido en lo referente a la devolución de sus bienes, dispuso en su artículo 1.º: «Queda autorizado para volver a España D. Manuel Godoy, Grande de España de 1.ª clase, Duque de Alcudia, caballero de la Insigne Orden del Toisón de Oro, Gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III, Capitán general de los Ejércitos Nacionales.»

Cada seis meses se le autorizaba renovadamente, como a capitán general, cuyo sueldo empezó a percibir, para que continuase en

¹ *Memorias de un seletón*, tomo I, págs. 29 y 30. (Renacimiento, Madrid, 1926.)

París un semestre¹. Pero Godoy no había de llegar a dar el anhelado paseo por el Prado madrileño, ni a vivir en la casa que tenía tomada en Madrid.

De nuevo, hacia 1848, se había mudado de casa en París. Ahora al número 20 de la calle de la Michaudière, hoy de Hauteville, inmueble modesto que en 1943 todavía existía enclavado en un barrio entonces elegante. De fines, sin duda, del XVIII, tiene un aspecto agradable, con su friso de piedra esculpido el segundo y tercer pisos, y sus ventanitas de tejadillo un tanto plano en el cuarto donde vivió. Allí murió el 4 de octubre de 1851; en un miércoles —los miércoles habían sido los días de recepción o audiencia en su palacio de Madrid— fué recibido a la terrible audiencia de Dios.

El cronista de Madrid Mesonero Romanos refiere en sus *Memoorias de un setentón*: «Sólo algunos españoles testigos de aquella respetable ruina acompañaron al cadáver a la bóveda de San Roque, mientras se disponía la traslación a su patria. Solas las presentes líneas ha merecido a la Prensa española la memoria del Príncipe de la Paz.»

Pero ni aun sus restos mortales han vuelto a Madrid. Exhumados el 16 de enero de 1852, fueron llevados al cementerio parisién del Père Lachaise, donde yacen los huesos y cenizas de tantos apátridas. El no lo fué; él amaba a su patria y ansiaba volver a ella, y como símbolo de este deseo, sus restos descansan a la izquierda de la capilla, en el llamado «islote de los españoles».

ANTONIO ALVAREZ DE LINERA.

¹ La primera real orden del Ministerio de la Guerra que le concede esta autorización es de 2 de julio. En los papeles de Estado hay otra real orden, de 14 de diciembre de 1848, con la inscripción: «Nueva prórroga por el término de seis meses a la Real Licencia que disfruta en París.» La última fué de 16 de junio de 1851.

LA IGLESIA DEL CARMEN

El desarrollo de Madrid y sus crecientes necesidades de población, circulación y tráfico imponen continuamente rectificaciones urbanísticas, que a veces crean conflictos de carácter históricoartístico. Tal ha sido, últimamente, el de la iglesia del Carmen, sita en la calle del Carmen, esquina a la de la Salud. La imperiosa necesidad de ensanchar la bocacalle de *Salud* a Carmen ha persuadido acortar los pies de la iglesia, demoliendo unos siete metros del edificio, para dárselos a la vía pública. A este propósito recordábamos un caso análogo intentado en Sevilla en los tristes tiempos de la «Gloriosa», allá en 1870. Decían los revolucionarios que había que demoler el ábside del templo de San Andrés, *porque avanzaba hacia la calle*. Y les objetaba Mateos Gago, el célebre catedrático polemista: «¡Lo que avanza es la casa de la acera de enfrente!»

Bien; ahora no ha habido polémica ni Mateos Gago. El templo cedió sus pies a la amputación, y aquí no ha pasado nada. Mejor dicho, todo el mundo puede pasar cómodamente.

Las obras realizadas en el antiguo templo nos convidan a reunir algunas noticias sobre él, acaso útiles para el conocimiento y estimación de esta iglesia madrileña. No deben de ser muy conocidas estas noticias, puesto que en un libro de madrileñista tan conspicuo como D. Hilario Peñasco se reduce lo que dice de la iglesia del Carmen a lo siguiente:

«En el solar que existe la iglesia se hallaba en el siglo xvi una mancebía. Se dijo la primera misa en la nueva fundación religiosa el 17 de Enero de 1575. La iglesia parece ser del siglo xvii: es espaciosa, pero sin mérito artístico.»¹

¹ Páginas de la *Historia de Madrid*, por D. Hilario Peñasco de la Puente (Madrid, 1891), pág. 86.

Estas líneas transcritas resumen todo el saber de un especialista en topografía madrileña en 1890. ¿Y quién duda que esta ignorancia histórica es causa principalísima de la desestimación en que se tienen edificios arquitectónicos dignos del mayor respeto?

Arte, literatura, historia y peripecia curiosísima concurren a la erección de este céntrico templo madrileño, para hacerlo interesante desde todos los puntos de vista. Empecemos por el principio:

Cerrado el Concilio de Trento (1563), vino a España de nuncio apostólico el arzobispo de Rosano, monseñor Castagna, apellidado por los españoles *Castáneo*, hombre que había hecho brillante papel en Trento. Venía el diplomático romano acompañado de un secretario, caballero seglar, nombrado Jacobo de Trenzi, natural de Mantua, donde naciera en 1517. Siete años pasaron Castáneo y Trenzi en Madrid (1563-1570), después de los cuales regresaron a Roma, dejando el secretario en España muchas y buenas relaciones en la alta sociedad madrileña. Transcurrieron los años; vino a la Corte del rey católico otro nuncio, llamado monseñor Hormaneto, y el Papa estimó que nadie mejor que Trenzi podía pilotear a su embajador en los asuntos de España. Esto motivó la segunda venida del caballero mantuano a Madrid, el año 1580, con el título de legado de Gregorio XIII. Ya no había de abandonar nunca las orillas del Manzanares. Una segunda patria fué para él la coronada Villa, y para Madrid un nuevo y santo ciudadano adoptivo el italiano, conocido popularmente con el nombre de *Caballero de Gracia*.

En este segundo período de la estancia en Madrid de este personaje (1580-1619), tuvieron lugar los hechos referentes a la fundación del Carmen. Erró en esto el cronista de Madrid Jerónimo de Quintana fijando la fundación de este convento el 17 de enero de 1575¹, celebrando, dice, la misa Juan Bautista Castáneo, nuncio de Su Santidad, cuando ya hacía cinco años que Castáneo había salido de Madrid. De Quintana han tomado estos erróneos datos muchos madrileñistas: Alvarez Baena, etc.

Ignoramos, pues, la fecha exacta de la fundación; pero estamos seguros de no errar mucho poniéndola entre 1580 y 1590. Y vamos a los curiosos hechos que la motivaron.

¹ *Grandeza de Madrid*, cap. XCIII.

Había en el lugar que hoy ocupa la iglesia del Carmen unas casas destinadas a mancebía, y el diablo inspiró a las pobres mujeres que allí vivían poner en la ventana una imagen de Nuestra Señora que por cierto artificio accionaba las manos y la cabeza; bien con el deseo de llamar la atención, bien por móviles confusos de devoción mal entendida. El caso fué denunciado a la Inquisición. Las profanadoras y sus cómplices fueron castigados. La mancebía, no obstante, permaneció en su sitio, y con el reclamo consiguiente al escándalo sucedido.

Estos hechos espolearon el celo de Jacobo de Trenzi a aventar de tan céntrico lugar la casa pública y fundar en aquel sitio un convento del Carmen. Para ello agotó las gestiones, los intentos y los medios legales. Por esta vía tropezó con la obstinación del cardenal Espinosa, presidente del Consejo de Castilla, que exhibía imperterrita la cédula real de Felipe II por la que se prohibía el establecimiento de nuevas Ordenes religiosas. El cardenal llegó incluso a amenazar con la horca a Trenzi, si persistía en sus propósitos. Pero Trenzi era ya a estas fechas el *Caballero de Gracia*, un hombre de Dios, dedicado a la vida espiritual completamente. No le intimidaban horcas. Compró las casas de la mancebía con su dinero, derribó los edificios, allanó el solar, levantó de madera un pequeño oratorio y unas pobres celdas, metió clandestinamente a cinco frailes carmelitas, llegados de Italia con un boleto autorizándoles a fundar el convento, y un buen día los vecinos se despertaron al toque de la campana que tocaba a misa. El Carmen estaba fundado.

Inmediatamente acudió a Felipe II, y puesto de rodillas le dijo: «He aquí la sogá para que me ahorque el cardenal Espinosa.» El rey le respondió: «Alabo vuestro celo en lo hecho, y desapruebo la forma como lo habéis hecho.»

Toda esta acción está escenificada por Tirso de Molina en la comedia *El Caballero de Gracia*, circunstancia que avaloraría especialmente el templo, aun cuando careciera de méritos arquitectónicos, que tiene de sobra. Pero antes de parar mientes en ellos, vale la pena sacar a claridad los versos de Tirso, y nimbar con ellos la oscurecida iglesia del Carmen. El *Caballero de Gracia* planea su obra de saneamiento moral de sitio tan próximo a la Puerta del Sol:

CABALLERO. Razón es que Madrid goce
las gracias que da el Carmelo.
¿Cuántos padres vienen?

FISBERTO. Doce.

CABALLERO. Al sacro Colegio imita
de Cristo; yo haré que aquí
tenga la Orden Carmelita
un monasterio.

RICOTE. Eso sí,
devociones ejercita,
que tú engordarás con eso.

CABALLERO. Ya que me he vuelto español,
su celo y virtud profeso;
ésta es la Puerta del Sol;
bien estuviera, os confieso,
aquí el sitio desta casa,
que el concurso de la gente
que por aquí al Prado pasa
es notable.

FISBERTO. Y excelente
vuestra elección, si es que pasa
por aquesto el Hospital
de la Corte.

CABALLERO. Dudáis bien,
que es pobre, aunque en nombre real;
demás que está aquí también
la Victoria, y se hacen mal
cuando las Comunidades,
por estar cerca, se quitan
provechos y utilidades
de devotos que visitan
sus conventos y hermandades.
Pero, decidme: ¿qué casa
es aquella donde tantos
salen y entran?

FISBERTO. Donde pasa
un trato no para santos.

RICOTE. Donde Venus da a la tasa
zupia que el seso derriba;
feria donde abre sus tiendas
el vicio a gente lasciva,
y es, en fin, porque lo entiendas,
Rastro de la carne viva.

CABALLERO. ¿Qué dices, loco?

RICOTE. ¿Esto ignoras?

A fe que lo saben hartos;
lonja de gente ruin,
de la basura rincón,
y por no hablar en latín,
es, hablando con perdón,
la casa pública, en fin.

CABALLERO. ¡Jesús! ¿La casa es aquesta
donde la gente perdida
vive o muere deshonesta?
¿Donde la vergüenza olvida
la honra que tanto cuesta?
¡Válgame Dios! Ya que admite
la costumbre y los engaños
que el vicio en la Corte habite,
y porque mayores daños
excuse, aquestos permite,
¿es posible que consienta
que en esta publicidad
tenga su casa el afrenta?
¿Que la deshonestidad
pague aquí al infierno renta?
Junto a la calle Mayor
por donde la gente pasa
de más caudal y valor,
¿la torpeza tiene casa
y a todos nos causa horror?
¿Qué doncella recogida,
qué mujer noble y de suerte
verá esta gente perdida
al pasar, que no despierte
la pasión más reprimida?
¿A quién no ha de dar enojos,
siempre que por aquí venga,
el ver que en viles despojos
esta nube Madrid tenga
en las niñas de sus ojos?
¿Donde el honor español
vive, la deshonra puebla,
siendo de virtud crisol,
la obscuridad y tiniebla

junto a la Puerta del Sol?
 Eso no. ¡Madre de Dios!
 ya tengo casa que os dar.
 Del mundo salió por vos
 el demonio, que habitar
 juntos, mal podréis los dos.
 Salga de aquí, pues abrasa
 la Corte su vil noticia;
 verá la gente que pasa,
 si fué casa a la malicia
 que es ya de la virtud casa.
 En el corazón me ha puesto
 Dios que aqueste sitio escoja
 para el convento propuesto,
 porque el alma me congoja
 que aquí el trato deshonesto
 a toda la Corte ofenda.

FISBERTO. Si así lo alcanzarais, no hay duda
 que es gran cosa.

RICOTE. ¿Y con qué hacienda?

CABALLERO. Virgen: dadme vos ayuda,
 que yo lo haré aunque me venda.
 Pero aguardad: ¿qué principe es aqueste
 que tanto coche y gente le acompaña?

FISBERTO. El Cardenal don Diego de Espinosa,
 invicto Presidente de Castilla,
 que a la Victoria va.

CABALLERO. Dios me le ofrece
 para que le suplique que al demonio
 quite el colegio vil de gente infame
 que en mitad de la Corte a cada hora
 con torpe amor la honestidad desdora.
 Vámosle a hablar. ¡Mi Dios, Virgen del Carmen:
 dadme palabras que a movelle puedan
 a que destruya aquestos que dan muerte
 al alma y son la gente más perdida!

RICOTE. ¿Qué muerte, si le llaman «de la vida»?

Esta compenetración topográficoliteraria de Madrid y del teatro clásico español, esta constante alusión del arte dramático a lugares concretos del Madrid de los Austrias, es cosa para poner miedo en

cualquier reforma urbanística. Mover una piedra en el viejo Madrid es alterar una escena del teatro de Lope de Vega, o dejar sin andamiaje un episodio de Calderón, o condenar a que no se entienda ya jamás un pasaje de Tirso, o de Rojas, o de Moreto, al que servía de clave la calle, la plaza, la iglesia o la casa que precipitada e inconsideradamente se modifica o se destruye. Si por un momento suponemos un ensanche uniendo la calle del Carmen y la de Preciados, en el mismo momento se arruina este pasaje de Lope:

- A. ¿A qué parte decís iba la ronda?
 L. De aquella parte de San Luis arriba.
 A. No hay secreto lugar que se le esconda.
 L. Subiendo por la calle de la Oliva,
 columbré las linternas, y de un vuelo
 bajéme al Carmen, y hacia el Carmen iba¹.

Y aun sin llegar a alteraciones de tanta monta. Basta una ligerísima variación urbana para causar alguna confusión en la exégesis de alguna página calderoniana. Vaya una prueba:

- D. Juan ... A dar iré una vuelta
 a mi posada, porque
 estar con cuidado es fuerza,
 pues desde anoche no he vuelto.
 D. Alvaro. ¿Dónde es?
 D. Juan. En la calle mesma
 del Carmen, en una esquina
 que tiene enfrente dos rejas².

¡Con qué tranquilidad (la tranquilidad del inconsciente) quitaría sus dos rejas el propietario de la casa frontera a la esquina! No es cómodo, ciertamente, ser herederos de una ciudad cargada de historia y mechada de literatura. Pero así es, y tal tesoro se nos ha confiado. Fácilmente se comprende que para guardarlo o transmitirlo sin menoscabo a la posteridad se requiere un mínimo de sentimiento y de estimación de los valores históricoartísticos.

¹ Lope, *Las Fiestas de Madrid*, II, R. Acad., N. E., V, 595-b.

² Calderón, *Fuero de Dios en el querer bien*. II. Rivad. XII, 318-b.

Volvamos a la iglesia del Carmen. El juicio de Peñasco sobre el escaso valor artístico del edificio es absolutamente rebatible. El templo es de lo más representativo de su época. Es un ejemplar, tal vez el mejor, de la arquitectura conventual del tiempo de los Austrias. Desaparecidos los grandes conventos de Trinitarios, Dominicos, Mercedarios, Agustinos, Capuchinos, Mínimos, etc., la iglesia del Carmen nos revela cómo eran aproximadamente los templos de Santo Tomás, de la Trinidad, de San Antonio del Prado, etc. Por fortuna, poseemos una descripción del Carmen, hecha en 1672, que nos descubre cómo estaba el templo en el siglo XVII, y nos permite apreciar las modificaciones que ha sufrido posteriormente. Dicha descripción se halla en un libro, despistante por su título y portada, que reza así:

«Gloriosos | triunfos, | solemnes fiestas, | y panegíricos sagrados, | en la canonizacion | de la extatica y prodigiosa Virgen | Santa María | Magdalena | de Pazzi, | florentina, religiosa | Carmelita observante. | Que con solemne pompa consagro a su culto su convento de Nues- | tra Señora del Carmen de antigua observancia de Madrid, a los | 22 de Septiembre de 1669. | Con tres tablas de lugares de escritura, cosas notables, y | aplicacion de las ferias comunes de Cuaresma. | Por el Rmo. P. M. Fr. Diego Lozano, calificador del | Santo Oficio de la Inquisicion, predicador de las | Majestades Católicas Felipe Cuarto y Carlos Segundo | y actual Prior segunda vez del mismo convento de esta | Corte. | Al Eminentísimo Señor Don Luís Guillen de Moncada Aragon | Luna y Cardona, Cardenal de la Santa Iglesia Romana, & | con privilegio en Madrid. | Por Francisco Sanz en la Imprenta del Reino. | Año de 1672.»

Vamos sucintamente a transcribir los párrafos atañaderos a la parte arquitectónica del edificio, omitiendo la parte decorativa que accidentalmente recubrió la iglesia, desde la cúpula hasta el suelo, durante las solemnidades de la canonización de Santa María Magdalena de Pazzis, que constituyen una página deliciosa del arte decorativo de la época; interesantísima para quien trace la historia de este aspecto de nuestra cultura suntuaria, completamente por hacer:

«Tiene de largo la Iglesia ciento noventa y siete pies, de ancho cuarenta, de alto hasta la bóveda sesenta; la Capilla mayor por la parte de los Colaterales tiene de largo ochenta y uno, veintiuno de

ancho, de alto hasta la linterna, ciento, que hacen una capacidad muy dilatada y vistosa, siendo de los mejores Templos que tiene la Corte, así por su grandeza, como por la arquitectura, que es de orden dórico. Es la media naranja de la Capilla mayor muy hermosa, en cuyo remate o linterna hay bien proporcionadas ventanas que la dan luz; y desde el anillo, baja la circunferencia con labores curiosas, que se componen de dieciseis vaciados, que son fondo de unas fajas con labor curiosísima fabricadas, que todo remata en el anillo o cornisa esférica, que descansa sobre los cuatro arcos torales; la cual está fabricada con bien curiosas labores, y debajo del friso variada de triglifos y metopas. Hay en las cuatro pechinas de los arcos torales las armas del Ilustrísimo Señor Don Fray Ambrosio Vallejo, Obispo de Popayan, que salió de esta Sagrada Familia, y a sus expensas fabricó la capilla mayor, en cuyo obsequio hizo este Convento de Madrid pintar en los cuatro ángulos sus armas, orladas de fajas de oro muy vistosas, que guarnecen el artificio de la fábrica, como lo está toda la capilla mayor, con no pequeña disposición y hermosura. Los arcos o techos de los cruceros están curiosamente labrados y doradas sus labores y lazos, y en medio unos florones dorados de bellísima compostura. Hay en los cruceros dos puertas grandes correspondientes, que salen a los colaterales a quien adornan fajas y vaciados de la fábrica.

»El cañón de la Iglesia tiene cinco recuadros o espacios cuadrados de dieciseis pies en cuadro guarnecidos de fajas, que vienen a descansar en la cornisa de la Iglesia, con labor bien artificiosa, a quien adornan trece ventanas rasgadas que bañan de luz toda su dilatación, dos en los lados de los cruceros, cinco por banda en cada costado del Templo y una en el testero del coro. Hay en la Iglesia dieciseis lunetas de a dieciseis pies de ancho, treinta y dos enjutas que están a los lados de las ventanas de ocho; y sus pechinas curiosas adornadas de vistosas fajas que todos acompañan la disposición lucida de las ventanas. Corre toda la cornisa curiosísimamente fabricada con mucha dilatación y labores con su friso que se compone de triglifos y metopas, con grande artificio y hermosura, debajo del cual se sigue el alquitra-be, con las molduras y labores que da el orden de arquitectura dórica que sigue todo el edificio. Tiene la Iglesia cuatro balcones grandes, de hierro, pintados de azul y oro, con sus celosías, dos a cada lado en correspondencia vistosa, a quien

sustenta una labor de cornisa dorica del mismo género con modillones, y las molduras que la tocan, con grande realce, prosiguiendo por la parte interior, con unos dilatados espacios, y relevadas molduras.

•El coro tiene un balcón muy grande, que ciñe todo el ancho de la Iglesia, con dos tribunas que salen a los lados (donde se colocan dos órganos muy lucidos) vestido todo de azul y oro, que siguiendo la disposición de los demás balcones hacen vistoso adorno para la grandeza del Templo.

•Diez pilastras coronadas con sus capiteles, cinco por banda, desde las esquinas de la Capilla Mayor, hasta los pies de la Iglesia, labrados con sus fajas y vaciados, reciben los arcos o cinchos de la bóveda, entre cuya latitud se contienen los cinco espacios cuadrados que la hermosean. Esto es lo material de la fábrica.»

No era sólo la iglesia lo que antiguamente tenía mérito artístico; otra pieza también de análogo estilo era el claustro, contiguo al lado del Evangelio, hoy derruido y reemplazado por un teatro moderno. Nuestro libro lo describe así:

•Es el claustro todo de piedra berroqueña, labrado con singular hermosura, de orden dórico y disposición muy curiosa. Consta de veinte arcos, cinco cada lienzo, a quien corresponden por la parte superior otros tantos balcones vestidos de color verde, y bolas muy curiosas, de bronce, en los extremos.

•En un lienzo del claustro hay tres capillas muy lucidas, de nuestra Magdalena, del S. Cristo, hechura de grande devoción, y de nuestro Padre San Francisco de Sena.»

Esta bella estampa del edificio del Carmen puede completarse con las curiosas noticias que nos dejó Jerónimo de Quintana acerca de las imágenes principales que recibían culto en iglesia y claustro, y que, en su orden, ofrecen extremado interés para la historia del sentimiento religioso popular del Madrid seiscentista. Dice así Quintana:

•Entre las imágenes de Nuestra Señora que hay en la Iglesia, son tres; con las cuales los fieles tienen particular devoción. La del Socorro, que está en una capilla de su nombre desde que se fundó el Convento, la dió Benito Pérez, Alguacil de Corte. La del Hábito es de bellísimas facciones, y muy antigua; está sentada en un escaño todo de una pieza; el niño le sale del pecho; tiene el calzado pun-

tiagudo; todo lo cual denota grande antigüedad. Dióla a esta casa Jerónima Ramírez, mujer de Juan de la Huerta, barbero de Su Majestad. La de los afligidos trajo de Roma Antonio del Monte, Correo mayor de Talavera de la Reina; túvola siempre en grande veneración mientras vivió; después de sus días vino a poder de Filipa de Carrión, vecina de esta Villa, la cual la tuvo por tiempo de cuarenta años consigo con gran decencia; y mediante su fe y devoción la ayudó nuestra Señora en muchas necesidades, particularmente en una muy evidente y clara, que fué motivo para que teniéndose por indigna de tener consigo este tesoro acordase darla a algún lugar sagrado, donde fuese venerada. Pedíansela para muchas partes, y determinó darla a este Convento; donde la divina Majestad ha obrado muchas maravillas en los fieles que han acudido a pedir favor a nuestra Señora en estas santas imágenes, como lo testifican las muchas presentallas y memorias de milagros, con que están adornadas sus santas capillas. Sin estas hay otra de la Esperanza, visitada de las mujeres preñadas, por aumentar la suya de tener buen suceso en aquel peligro, y otra que llaman del Tránsito, muy devota.»¹

No pararon aquí las presecas de esta iglesia. Pintores y escultores la enriquecieron con estimables obras, que la diligencia de Ponz reseñó puntualmente para desesperación de los que vemos hoy tamaño despojo. Dice Ponz:

«La iglesia de este Convento [el Carmen Calzado] es una de las mayores de Madrid, y de las que mejor parecerían, si no tuviese el Coro sobre la puerta principal, y aquel antepecho de madera en la cornisa. Hay en ella diferentes obras de escultura de Miguel de Rubiales, de Manuel Gutiérrez y de Juan Sánchez Barba. Por de éste se tienen la Virgen y otras varias estatuas del altar mayor, y la Concepción en una Capilla al lado de la Epístola; por de Manuel Gutiérrez el San Elías y el San Juan en sus altares; y por de Rubiales una Santa Elena en la Capilla enfrente la puerta del costado. En el remate del altar mayor hay una pintura de la Trinidad, de Antonio Pereda; y del mismo son San Elías y San Eliseo en el crucero de la Iglesia. El cuadro del Angel Custodio, junto al pulpito, es de

¹ *A la muy Antigua, Noble y Coronada Villa de Madrid. Historia de su antigüedad, nobleza y grandeza.* Por el licenciado Jerónimo de Quintana. (Madrid, 1629.)

Angelo Nardi. Un cuadro en la Capilla inmediata a la de la Concepción, que representa a San Dámaso sentado y a San Jerónimo de rodillas es del estilo de Luis Tristan. En una pieza que tiene comunicación con la Sacristía hay un San José con el Niño, que se estima original de Murillo. En el Claustro alto se ve un San Juan de Antonio Arias. Un cuadro del Claustro bajo, que representa a Santa María Magdalena de Pacis, a quien llevan los Angeles, es de Antonio Escalante. Otro del Buen Pastor, con la oveja sobre los hombros, lo hizo Andrés de Vargas; y el que representa el funeral de la Reina Doña Luisa de Orleans lo pintó Sebastián Muñoz. Se ven allí mismo diversas pinturas de Juan de Vande-Per. Otras cosas de menos importancia se omiten, fuera y dentro de la Iglesia, como también la arquitectura de los altares, que a excepción de uno u otro antiguo, es de mal gusto. La mejor portada de esta Iglesia es la que corresponde a la calle del Carmen; pero han cometido la extravagancia de pintar la piedra de las columnas, capiteles, etc.»

A vista de los datos recogidos sobre la iglesia del Carmen en el siglo xvii, vamos a señalar las modificaciones fundamentales que ha sufrido sucesivamente hasta nuestros tiempos.

A comienzos del siglo xviii hubo de colocarse sobre la cornisa que corona las pilastras una barandilla de madera, a modo de antepecho, que recorre toda la nave del templo. Como hemos podido observar, este aditamento no se menciona en la descripción del siglo xvii; pero existía ya a mediados del xviii. Ponz, como vemos, dice que «la Iglesia es una de las mayores de Madrid, y de las que mejor parecerían, *si no tuviese el coro sobre la puerta principal, y aquel antepecho de madera en la cornisa*»¹.

Ha sido desmontada la linterna que coronaba la cúpula, y cegado sencillamente el tragaluz.

De los dos órganos, ha desaparecido el del lado de la Epístola. De las cinco ventanas por banda, faltan las dos del tramo de los pies de la iglesia demolido, y la del testero del coro, al ser levantado de nuevo, ha sido sustituida por un ojo de buey. Las dos puertas grandes que había en los hastiales del crucero, una al claustro y otra a la calle, han desaparecido por completo. La del

¹ *Viaje por España* (Madrid, 1776), t. V, pág. 247.

claustro se ha macizado y se ha colocado delante un altar moderno; la de la calle ha sido reemplazada por un ventanal.

Respecto a la puerta que actualmente existe en el tercer tramo de la nave, aunque no la menciona la descripción de 1672, debía de existir ya, puesto que el padre Remón, en la *Vida del Caballero de Gracia* publicada por él a principios del siglo xvii, decía: «El monasterio de la sagrada religión de Nuestra Señora del Carmen Calzado, en el puesto y sitio que hoy está, que es cerca de la Puerta del Sol, *casi mirando las dos puertas principales a poniente.*» (Esta obra del padre Remón está hoy perdida. Una copia existía en el archivo de los Esclavos del Santísimo Sacramento, del Caballero de Gracia.)

Las modificaciones de detalle son innumerables. Todo el oro y azul de balcones, herrajes y adornos ha cedido a un lechoso blanco y gris azulado.

No ha sido una restauración, sino dos, las que ha sufrido la iglesia en los dos siglos últimos, el xix y el xx.

«En el año 1832 —decía Mesonero Romanos— se verificó la total reforma del adorno interior de este templo, habiéndose construido el retablo mayor y los colaterales con arreglo a las ideas del buen gusto, y despojado de extravagancias toda la iglesia, que ha quedado, por lo tanto, una de las más notables de Madrid.»

«La mejor fachada es la de la calle del Carmen, donde tiene una lonja espaciosa.»¹

Posterior a la reforma de 1832 fué la que se llevó a cabo a comienzos del siglo actual, que suprimió la lonja, con sus covachuelas ocupadas por tiendas de escasa importancia, y puso la acera de la calle del Carmen tal como hoy la vemos.

En los últimos sucesos de 1936 llegó a abrirse una zanja a lo largo de la nave para exhibir los huesos que yacían en sus antiguos enterramientos, ofreciéndolos estúpidamente como testigos de fantásticos crímenes cometidos por los frailes. ¿Podremos dar por terminadas las vandálicas destrucciones del Carmen, y aspirar a que no se toque más al histórico monumento?

MIGUEL HERRERO.

¹ Mesonero Romanos, *Manual Histórico-topográfico de Madrid* (1844), pág. 187.

٩٥٧

597

RECEIVED

• Always make sure that you are not in a position to be charged with a crime

ORGANIZATION: (if changed)

individual

100-443887-100

1. Die Bedeutung der Sprache ist ein zentraler Bestandteil der Kultur und der Identität eines Volkes. Sie ist ein Spiegelbild der Gesellschaft und ihrer Werte.

100-443887-100

249

MADRID, PLAZA DE ARMAS

Desde su exaltación a la capitalidad de la Monarquía, la historia de Madrid aparece íntimamente unida a la de España, y este paralelismo se acentúa cuando llega la gran crisis del Imperio en el reinado de Felipe IV, apellidado por antífrasis *el Grande*. Hasta entonces, Madrid había sido, con sus Consejos y Tribunales, el cerebro de aquella vasta organización política; de allí partían vi-reyes y embajadores, capitanes, órdenes y dinero para los lejanos frentes de guerra. Desde el año 1635, con la declarada intervención de Francia en la guerra de los Treinta Años, el rumor de las armas llega hasta el Pirineo, y en 1640, con la sublevación de Cataluña y de Portugal, la lucha se implanta en el mismo corazón de la Península.

En estas críticas circunstancias, Madrid no podía seguir siendo sólo la sede de un mando impersonal y lejano; sintió en su propia carne los efectos de la guerra fratricida, aprontó hombres y dineros, y casi a igual distancia de Fraga, atacada por los catalanes; de Ciudad Rodrigo, amenazada por los portugueses, y de Fuentes-rrabía, bravamente defendida y sostenida, fué el punto de concentración de todas las fuerzas nacionales y el centro de donde partieron las reacciones ofensivas que alejaron el peligro mortal que sobre la patria se cernía. No experimentó directamente el fuego enemigo; pero sí una serie de sacrificios y molestias, entre las cuales no eran las menores las derivadas de la presencia de soldados de toda España que, procedentes de alistamiento voluntario o de levass forzosas, se hallaban acuartelados en ella. Hoy, que los ejércitos guardan una disciplina estricta y tienen sus propios servicios de abastecimiento, nos resulta difícil comprender hasta

qué punto la estancia o el simple tránsito de una fuerza armada resultaba una calamidad para los pueblos¹.

En parte para remediar los inconvenientes de las levás ocasionales, y también para disponer en todo momento del núcleo de un ejército permanente, Felipe II organizó en los últimos años de su reinado una Milicia general de 60.000 hombres², independientemente de la que ya existía en los lugares marítimos de Andalucía y Levante para precaverse contra los ataques de los piratas. Madrid fué expresamente exceptuado de suministrar contingente a la Milicia por real cédula de 10 de noviembre de 1612, y este criterio de eximir todo lo posible a la capital de cargas militares siguió vigente hasta el siglo XVIII. Momentáneamente suprimida en 1619, a instancias de las Cortes, la Milicia fué restablecida por Felipe IV a los pocos años de su ascensión al trono³.

Lo que los pueblos reprochaban sobre todo a la recién creada fuerza militar era que los milicianos se reclutaban entre los más bajos estratos sociales, y que, aun no gozando formalmente del fuero de Guerra, por el hecho de vestir uniforme y portar armas se creían autorizados a cometer mil desafueros, sin que los alguaciles se atrevieran a reprimirlos ni sus propios jefes los castigaran con el debido rigor. Muy expresiva (aunque probablemente exagerada) en este aspecto es una queja elevada por Segovia en 1628, diciendo que «en las milicias se habían alistado los pelaires, tundidores y otros operarios, los forasteros que allí viven de varias regiones, gente en su mayoría indeseable, que ya antes causaban inquietudes y alborotos, y que ahora, con los privilegios que se les conceden, es de temer cometerán muchos excesos»⁴. Otra carta, dirigida por la ciudad de Toledo al Consejo en 29 de diciembre de 1629, manifiesta que «toda la gente maleante se ha inscrito en las milicias, de lo que resultan muchos alborotos y delitos; últimamente, tratando el

¹ Algunos datos se hallan recogidos sobre esto en Picatoste, *Estudios sobre la grandeza y decadencia de España*, tomo III, capítulo II, y en Deleito, *El declinar de la Monarquía española*. Véase también mi artículo *La ruina de la aldea castellana*. (*Revista Internacional de Sociología*, 1949.)

² Por real cédula de 25 de marzo de 1590, completada por disposiciones posteriores.

³ «Carta del Rey restableciendo la Milicia general», fecha 10 de abril de 1625, publicada por Fernández Duro. (*Memorias históricas de la ciudad de Zamora*, tomo III, página 569.)

⁴ A. H. N., *Consejos*, legajo 7.134, expediente sin número.

Alguacil Mayor de prender a un miliciano, éste se refugió en un cuerpo de guardia, donde tomaron las armas en su defensa los soldados que en él había, e incluso hicieron frente al Corregidor, por lo que estaba la ciudad tan indignada y alborotada, que si no salían de ella las tropas podía temerse un sangriento choque¹. Muchas quejas análogas se encuentran en los documentos de la época.

En realidad, el fuero privativo de Guerra no lo gozaban los milicianos, sino los soldados propiamente dichos, y en su defensa ponían los militares gran celo, originándose por este motivo continuas competencias con los Tribunales ordinarios, representados y defendidos siempre por el Consejo de Castilla; mas a pesar del aprecio que sentía por este alto organismo, Felipe IV experimentó siempre la más viva repugnancia a cercenar lo más mínimo el fuero de Guerra, aun constándole la lenidad con que procedía; y en esto no es posible eximirle de toda culpa, pues si Madrid mismo fué teatro de las escandalosas escenas de que luego hablaremos, y que en su mayoría quedaron impunes, cabe suponer lo que sucedería en lugares pequeños y destituidos de auxilio.

Un curioso ejemplo de estas contestaciones entre los Consejos de Castilla y de la Guerra nos lo ofrece el suceso del que el alcalde D. Pedro de Amezqueta dió cuenta al arzobispo gobernador del Consejo en estos términos: «Illmo. y Rmo. Sr.—Esta mañana en la Sala se acordó se pusiese a quistion de tormento a Francisco Diaz, preso por capeador². Entregose al Alguacil Martin de Cuellar para que lo tubiese en su casa preso y apartado como se acostumbra para tales casos; estandolo, llegaron entre quatro y cinco de la tarde una gran tropa de soldados de las Compañías que se estan levantando en esta Corte que el testigo dice que serian hasta cincuenta y mas todos con sus picas, y el sargento con su alabarda y llevando atambor que iba tocando a marchar tomaron la puerta de la dicha casa y subiendo donde el dicho preso estava algunos dellos que es en lo principal de la calle de Toledo cerca de la plaza sacaron al dicho preso con sus prisiones diciendole el dicho Sargento si queria ser su soldado y respondiendo él que sí le llevaron a casa de Eugenio

¹ A. H. N., legajo citado en la nota anterior.

² Capeador, en el lenguaje de la época, es el que con violencia roba la capa a un transeúnte; como muchas veces no se contentaban con esta prenda y cometían otros mayores excesos, podría traducirse a nuestro lenguaje moderno *capeadores* por *atracadores*.

hernandez herrero que esta a la buelta de la dicha calle como se va a la Puerta Cerrada y alli le quitaron los grillos teniendo tomadas las vocas de la dicha calle estando tocando a rebato y no dexando llegar ni pasar a persona alguna, y quitados los grillos los tomó y llevó el dicho atambor y le dieron al dicho preso un chuzo que le llevase en la mano, y cojiendole en medio de todos se fueron con él la Puerta Cerrada avaxo y aviendome ydo a dar quenta fui a la dicha calle de Toledo y hice la averiguacion y por ella consta todo lo susodicho»¹. Termina Amezqueta su informe diciendo que tiene las señas personales de los infractores y algunos testigos de vista que dicen los reconocerían; pero duda se atreviesen a hacerlo si llegaba el caso.

Esto sucedió a fines de mayo de 1636. En julio informó el Consejo de la Guerra dando una versión muy distinta de lo sucedido. Según sus informes, un sargento que recorría las calles reclutando gente vió que salía de una casa un hombre con grillos, diciendo que era soldado, y lo llevó al cuerpo de guardia; pero allí se aclaró que era un ladrón, y lo entregaron a los alcaldes; éstos dispusieron que se le diera tormento, y estando negativo lo condenaron a cuatro años de destierro. El Consejo de la Guerra achacaba la culpa del incidente al alguacil, que no tenía el preso a buen recaudo. Como no hay más documentos en el expediente, no es posible saber de parte de quién estaba la razón.

Hechos más graves que éste menudearon precisamente a partir de este año 1636, en que las necesidades militares obligaron a intensificar las levás y quintas; robos, atracos y muertes se sucedían diariamente, sin que los culpables encontraran el debido castigo. De ello se quejaba el Consejo de Castilla, responsable del orden interno de la nación, sobre todo en la Corte. En consulta fechada en 17 de julio de aquel año aludía a los excesos de los soldados y a la lenidad de sus superiores; pero el rey se limitó a apostillar: «Ved lo que el Consejo de Guerra dice en la materia y demos gracias a Dios que no experimentamos otras miserias de las que todos experimentan en europa oy.» La consulta de Guerra limitase a re-

¹ Esta documentación también se halla en el citado legajo.

² Integrado entonces por el duque de Villahermosa, marqueses de Silvano, Castrofuerte y Montejasso, conde de Montalvo, D. Fernando de Toledo, D. Alonso del Castillo, Bartolomé Spínola y Bartolomé de Anaya.

mitirse a las declaraciones que sobre el caso hizo el marqués de Castrofuerte, quien, como comisario general, era el principal responsable de los hechos de indisciplina registrados. El marqués, con bastante altanería, se extrañaba de que a los veintiocho años de servir dicho cargo se le tildara de flojedad en su desempeño. Decía que había hecho levass en la Corte y reino por un total de treinta mil hombres para los presidios y armadas, para Flandes, Italia y Cataluña, sin que ocurrieran más excesos que los inevitables (!) en tan gran concurrencia de gente; y pasando al contraataque, denunciaba las muertes que diariamente ocurrían en Madrid y cuyos autores no eran soldados. Acompañaba el marqués a su informe una relación de los castigos aplicados a militares delincuentes; pero su inspección demuestra lo contrario de lo que quiere probar, pues los castigos son pocos y en general poco severos, y algunas sentencias de muerte que en ella figuran recaían (sospechosa coincidencia) en delincuentes condenados en rebeldía¹.

El anónimo memorialista editado por Rodríguez Villa² relata otro incidente ocurrido en octubre de aquel año, que no tuvo la gravedad de otros que continuamente se registraban, pero que por la calidad del protagonista hizo mucho ruido en Madrid: «Habiendo ido el corregidor a casa de D. Pedro de Torres, tapicero mayor, ayuda de cámara del rey y capitán de una de las compañías de milicias que estaban levantándose, los soldados que estaban en el cuerpo de guardia le quebraron la vara, insignia de su autoridad, y maltrataron al paje que la llevaba; el corregidor los reprendió, y sus alguaciles prendieron a un soldado que llevó su insolencia hasta ponerle una pica en el pecho. Entre tanto se juntaron muchos soldados en la plazuela de la Villa con intento de sacar a su compañero de manos de la justicia, caso que tratasen de sacarle. Pero no por eso desmayó el corregidor: antes echó un pregón mandando que ningún soldado, so pena de la vida, quedase en la dicha plazuela, y él mismo prendió al que parecía caudillo, agarrándole de los pescozones y zampándole en la cárcel. A la tarde condenó al de la resistencia en doscientos azotes y galeras, y lo sacó a ejecutar acompañándolo en persona por las calles; al anochecer, en su pre-

¹ A. H. N., legajo citado.

² *La Corte y la Monarquía de España en los años 1636 y 1637* (Madrid, 1886), páginas 48-49.

sencia, se dió trato de cuerda al que había prendido en la plazuela. Discurrióse variamente acerca de este hecho. Parece que lo aprobaron los señores del Consejo Real; pero los de la Guerra lo tomaron diferentemente, porque habiendo el corregidor hecho en él su plática fundándola en razones, el marqués de Castrofuerte, a quien por su oficio tocaba de volver por los soldados, hizo también las suyas, y se mandó que entrambos informasen. Igualmente dicen que el corregidor pudo mandar ahorcar al soldado, pero no azotarle, y que el escribano de la causa hizo como un grandísimo bellaco atestando y borrando la cláusula en que protestaba el preso que era hidalgo y que fuesen a su casa por la executoria.»

La intensificación de la guerra en la frontera de Navarra, y las prevenciones para acudir al socorro de Fuenterrabia, cercada, perfilaban con rasgos cada vez más acusados la fisonomía bélica de Madrid: instaba el monarca a los caballeros de las Ordenes militares a que le asistiesen con sus personas a la jornada que proyectaba; venían tropas extranjeras a suplir la falta de soldados veteranos que en España se experimentaba; se multiplicaban los banderines de enganche, y como los alistamientos voluntarios eran pocos, se recurría a medios más violentos: levass de malhechores y vagabundos, quintas de mozos solteros cuando los demás arbitrios no bastaban. En Madrid se procuró no acudir a estos últimos extremos; sólo en los momentos de mayor apuro se hicieron levass forzosas de esportilleros y otra pobre gente; pero se instalaron muchos cuerpos de guardia y puestos de enganche en mesones y casas particulares; oíase por las calles el redoble del tambor de las rondas, que iban «haciendo gente», y desplegaban inusitada actividad los agentes encargados de completar los tercios que el Conde Duque y la Villa se habían comprometido a facilitar, empleando en su tarea los más variados y pintorescos recursos, no siempre de buena ley.

La verdad obliga a decir que no se registró en la masa de la nación el arranque patriótico que cabía esperar en aquellas circunstancias tan graves; aun las personas más obligadas trataban de esquivar la dura carga, teniéndose que acudir a las más severas conminaciones para que los nobles y caballeros acudiesen a la guerra o proporcionasen sustitutos si no podían ir personalmente. No es maravilla que ante el ejemplo de los que justificaban sus privilegios diciendo que eran el brazo armado de la patria, las clases medias

e inferiores no sintieran el menor entusiasmo guerrero. Aquellos Cuerpos apresuradamente formados tenían, aparte de la inevitable falta de preparación y adecuado entrenamiento, el gravísimo defecto de estar formados en su mayoría por la hez de la población, individuos enrolados por el acicate de la miseria o el aliciente de una vida desenfrenada. La Corte, que ya en épocas normales no era un lugar tranquilo ni seguro, por la deficiente Policía, el genio altivo y puntilloso de sus habitantes y la costumbre universal de portar armas, desde 1637 hervía cada vez más en disputas, pendencias, escándalos y muertes, causadas las más veces por soldados. Los cronistas mencionan algunos de estos incidentes; por ejemplo, en los *Avisos* de Pellicer se lee:

«24 de Marzo de 1639.—La noche antecedente mató un capitán a D. Pedro de Vega, caballero del hábito de Santiago, y el mismo día a D. Alfonso de Ayala, alférez de la armada, sobre unos cintarazos que dió a un cochero, castigando el haberle salpicado.»

«26 de Abril de 1639.—En Madrid han muerto atrozmente en quince días setenta hombres, y están heridas en los hospitales cuarenta mujeres: hazañas todas de soldados.»

«31 de Mayo de 1639.—No hay mañana que no amanezcan heridos o muertos por ladrones o soldados: casas escaladas y doncellas y viudas llorando violencias y robos: tanto puede la confianza que tienen los soldados en el Consejo de Guerra.»

«22 de Julio de 1642.—El viernes 18 entró aquí una compañía de Antequera con ciento ochenta hombres muy lucida, y por capitán D. Diego de Castro; alojáronla junto a Antón Martín. Hoy se han trabado unos soldados de ella con los del tercio de Madrid, porque sobre una gallega mataron un andaluz. Queda actualmente revuelto Madrid, porque se han acometido unos a otros mas de doce veces, y ha sido preciso sacar el Santísimo Sacramento de San Sebastián.»

Estos y otros parecidos testimonios impresos han sido ya utilizados y copiados por los señores Juderías, Deleito y otros; pero sólo relatan una mínima parte de los hechos, y además reflejan la impresión puramente externa del espectador o del que cuenta los sucesos de oídas. En la documentación perteneciente al Consejo de Castilla no sólo hay relaciones minuciosas y verídicas de aquellos deplorables sucesos, sino que se puede estudiar la pugna de jurisdicciones y la indecisión del rey, que no podía ignorar tales excesos, pero que,

por otro lado, tampoco quería disminuir un ápice los privilegios de los soldados, quizá pensando que si tal hiciera desaparecería el principal atractivo que tenía para muchos el alistamiento, y que en tiempo de guerra la máxima eficiencia guerrera debía primar cualquier otra suerte de consideraciones. Entre los muchos documentos que relacionados con este asunto hemos visto, vamos a comentar algunos de los más reveladores.

Un decreto de Felipe IV, fechado en 19 de febrero de 1639 y dirigido al Consejo comienza así: «He entendido que entre las muchas muertes que se an hecho estos días en Madrid an sido algunos Capitanes Irlandeses, sin que se aya hecho ninguna demostración y siendo esto tan en contra de la buena acogida que se les deve a los de esta nación...», ordena que se hagan las más rigurosas diligencias para encontrar a los autores y que se apliquen a éstos castigos ejemplares¹. En 28 del mismo mes replicó el Consejo que el capitán muerto era inglés, no irlandés, y que los heridos mejoraban. Como no podía negar la inseguridad reinante, achacaba toda la culpa a los milicianos, cuyo atrevimiento no tenía límites y a quienes los alguaciles no osaban hacer frente. Pero el rey apostilló la consulta con palabras escépticas: «Vos vereis quando se acaben las levas si será mas la Justicia y todos vemos lo que hazen los Alcaldes con arto escandalo...»

Entre los alborotos de que a diario eran testigos (cuando no actores) los vecinos de la coronada Villa, el sucedido en 24 de agosto de 1640 fué de excepcional gravedad, hasta el punto de obligar al monarca, contra su habitual política, a imponer severos castigos a los principales culpados. Dejemos la palabra al alcalde D. Francisco de Robles, quien el mismo día de autos informaba así al gobernador del Consejo:

«En cumplimiento de la orden de V. Ilma fui esta mañana a la Carcel de Corte y en la Sala mayor de Provincia empecé a examinar testigos sobre lo que havia sucedido en la calle de Toledo, entre unos soldados de la milicia de esta villa de la compañía de D. Pedro de Armunia Regidor de ella. Y lo que pasó antes de medio dia es que en la dicha calle veinte o trein-

¹ A. H. N., *Consejos*, legajo 7.135, núm. 5.

ta de los dichos soldados, combocados por uno de ellos que llaman Conejo, llegaron a dos Alguaciles de Corte y les dijeron que les volviesen un peto y una espada que tres meses a quitaron al dho. Conejo. Los alguaciles respondieron que no lo tenían allí, y habiendo pasado algunas palabras, dijeron los soldados que los alguaciles entregasen las espadas que llevaban en las cintas o los matarian, y metieron mano contra ellos, retiráronse a un meson donde los defendieron, encargandose una persona de cobrar el peto y la espada. Y bolviendo los alguaciles a hacer aberiguacion de lo referido parece que el Capitan D. Pedro de Armunia salió a hablarlos y les dijo que no tratasen de escribir porque estaban los soldados amotinados y sucederia algun alboroto, y en esta sazón salieron contra los alguaciles mas de quarenta soldados con chuzos, arcabuces y espadas, y sin que el capitán los pudiese detener los acuchillaron hasta que se retiraron.

Esto es, Señor, lo que pasó esta mañana y en cuya aberiguacion estava yo desde que V. Illma. me dió la orden hasta que siendo como las dos de la tarde poco mas o menos entró en la sala mucha jente de tropel diciéndome que saliese porque havia un gran tumulto junto a las Carnicerías. Sali y allé travada una pendencia entre muchos soldados de la Milicia y alguaciles de Corte sobre quitarles uno de los soldados que llevaban preso por haver dado una estocada a un hombre. Púseme en medio de los que reñian procurando detenerlos y poniendo detrás de mi todos los alguaciles de Corte, deteniendo a los soldados, echando la bara sobre las espadas a un lado y a otro, uno de ellos me tiró una estocada que sin hacerme daño pasó sobre el brazo y hombro derecho y volvió a tirarme otra que la desbió Hernando Pinto que estaba a mi lado poniendo paz. Entonces los alguaciles de Corte pasaron delante de mi y bolvieron a hacer rostro a los soldados. Retiréme a la Carcel de Corte y estando prosiguiendo los autos llegaron a la Carcel muchos soldados con su caja y todo genero de armas pidiendo el soldado que se avia preso y disparando algunos arcabuzazos por las rejuelas de las puertas, y acercandose mas empezaron a batir la carcel con palancas, y biendo los que havian entrado conmigo que desquiciaban ya las puertas y que no teniamos jente ni armas con que resistirles, me persuadieron y requirieron entregase el preso a los soldados, pues ellos le havian de sacar y quizá todos los que estavan en la Carcel, y reconociendo que era menor ynconbiniente dar

a la multitud el preso que poner en contingencia las vidas de tantos y la soltura de los demás presos, desde el patio de Provincia di orden al sota-alcaide que les entregase el que pedían, con que tocaron su caja a recoger y se fueron.

Estos escandalos, Señor, y los demas que cada dia se iran experimentando nacen de que los mas de los soldados de la Milicia son oficiales, gente del Rastro y de la plaza contra quienes cada dia procede la Sala y hacen causas los alguaciles, y como aora se ben con las armas en las manos juzgan que no son sugetos a la Justicia ordinaria, tratan de bengar sus pasiones, y si no se pone luego remedio combeniente no estará V. Illma. seguro en su casa. •

En consulta de 25 de agosto, el Consejo ponderó la gravedad de estos hechos, el insulto hecho a la justicia en su propia sede, los males que resultarían de que las milicias se pusieran en camino para la frontera de Cataluña en tal estado de indisciplina, pudiéndose temer que en su tránsito por los pueblos de Aragón cometiesen los mayores desmanes. Proponía como remedios: que se nombrasen dos alcaldes que ejerciesen el cargo de auditores de la gente de guerra; que se publicara bando imponiendo pena de muerte contra cualquiera que sacase espada, fuese o no soldado, y que en los cuerpos de guardia no se permitieran armas de fuego.

El rey reconoció que en un caso tan claro de resistencia a la autoridad no debía valer a los culpables el fuero privilegiado, y así, encargó al marqués de Castrofuerte, D. Antonio de Valdés, y al alcalde Robles que prendiesen al soldado origen de todo el tumulto, y también a dos de los que iban en primera fila entre los asaltantes de la cárcel. En cuanto a las peticiones del Consejo, ordenó se formara una Junta especial para su estudio. Dicha Junta opinó en cuanto al primer punto que era superfluo nombrar auditores, puesto que los milicianos estaban sujetos a la justicia ordinaria, y los soldados iban a salir en seguida de Madrid. Tampoco le pareció necesario el bando, porque ya había penas previstas; y sobre el último extremo, no había lugar a prohibir las armas de fuego, porque faltaban tales armas¹.

¹ A. H. N., *Consejos*, legajo 7.155, núm. 40.

Como se ve, bien fuera por inercia, bien por intereses particulares o de Cuerpo, toda propuesta de cortar radicalmente los abusos caía en el vacío, y a pesar de las protestas del Consejo de Castilla Madrid siguió siendo escenario de hechos lamentables. En los años siguientes, la situación del orden público, lejos de mejorar, fué empeorando. En aquel mismo 1640 se registró, entre otros incidentes, una resistencia al corregidor sobre mudar un cuerpo de guardia que estaba en la Cava Baja; pero en aquella ocasión fueron presos los culpables¹. De 1641 es una representación de los panaderos de Vicálvaro, Pinto y Vallecas denunciando que los soldados los esperan en los caminos, fuera de las puertas de la Villa, les acometen con armas y les quitan el pan hiriendo o matando a los que se resistían². Felipe IV anotó: «He mandado que se ponga remedio eficaz en esto.» Pero como tales quejas siguieron repitiéndose, la eficacia del remedio debió de ser muy escasa.

Lo mismo sucedía con las repetidas órdenes para que los soldados que se hallasen en la Corte siguiendo sus pretensiones o entregados a la ociosidad y vicios se reintegrasen al frente. Un decreto de 26 de julio de 1641 decía: «Haviendose reconocido lo poco que an obrado los vandos y demas diligencias que se an hecho y publicado para que los soldados viejos y particulares que se ausentan de los exercitos o ya dejando sus vanderas o ya viniendo con licencia de sus Generales a sus pretensiones, me consultó la Junta de Execucion lo que se contiene en la copia inclusa que va señalada de Don Fernando de Contreras, y para que tenga efecto el intento se promulgará la ley en conformidad.»³ Dicha ley disponía que desde el 1 de diciembre al 31 de marzo de cada año se despacharían las pretensiones de los soldados que se hallasen en la Corte con licencia de sus superiores, y en los restantes meses sólo las de los que se encontrasen sirviendo en el frente.

Ardía ya la guerra en el corazón de España; se multiplicaban las levás voluntarias y forzosas para los frentes de Aragón y Portugal, y Madrid estaba ya convertido en «una plaza de armas sin justicia ni disciplina», como decía el Consejo de Castilla en notabi-

¹ A. H. N., *Consejos*, legajo 7.155, num. 42.

² A. H. N., *Consejos*, legajo 7.134, expediente sin número.

³ Se halla en uno de los legajos citados anteriormente; pero olvidé anotar la signatura.

Ífsima consulta de marzo de 1642, año que probablemente fué, en este aspecto, el más agitado de los que conoció la Villa. Ninguna descripción dará una idea más cabal del estado en que entonces se encontraba que la susodicha consulta, que dice así:

«Señor. Los delitos i desafueros de estos dias en la Corte son tales i tantos que el Consejo, ya que no los puede castigar como deve y desea, se los propone a V. M. para que vivamente se trate del breve y eficaz remedio que piden. Eujenio de Castañeda y otros soldados entraron a media noche en la posada de don Jorje de Mendoza y otros Portugueses a matarlos rompiendo quatro puertas y irieron a don Jorje.—Don Gonzalo de Villaberde y de Bargas, soldado, cortó la cara a Josepha de Villarreal por celos.—Muchos soldados entraron por las casas de los mercaderes de la calle de las Postas cercandolas para robarlos.—Pedro Pobre, soldado, mató a puñaladas en un monte al alférez Antonio Nuñez por robarle.—Catorce soldados salieron al arroyo de brañigal i quitaron lo mas del pan que traian a los panaderos maltratandolos.—Otros soldados arrobado en el camino de Toledo a un religioso del Carmen calzado quitandole la maleta i hasta los abitos. Y en el salteamiento con muerte de junto a San Agustin estan indiciados otros soldados.—Freyle Marin Romero, del abito de Abis a muerto de una puñalada sin confesión a Alonso Sanchez, vecino y panadero de Pinto porque no le quiso dar un pan. Don Matheo Ruiz de Salazar, sarjento, por robar a una muger casada, mató a su hermano que la quiso defender.—Xptobal Beltran, soldado, fué con otros de noche a matar a Francisco Urjel, portero de la carcel.—El teniente Luis Jelpelt y Gabriel Frillon su ayudante y otros son culpados en la muerte del Capitan Campaña de un pistoletazo en la calle del Carmen y de dos arcabuzazos a la puerta de la carcel a Don Benito de Acevedo.—El Capitan Don Pedro Carachulo y otros mataron dentro del claustro del Carmen a Don Estevan Negron. Tiraron tambien un carabinazo en la calle del Principe al Capitan Diego Phelipe. Y Joan de Baldes, soldado, trató de matar a un Archero dentro de su casa, y para esto sentó plaza dos dias antes.—Un alférez con otros soldados de su compañía siguieron a un hombre solo para matarle hasta dentro de la tienda y casa de un mercader de paños, y se las visitaron sin dejar parte reservada poniendo las espadas a los pechos a dos hijas.

que tenía el mercader.—Otros dos soldados mataron a traycion junto a San Joachin a un albañil y irieron a otros a tres dias. La misma noche otros soldados dieron heridas de muerte a dos hombres en la calle de Atocha, y en esta y en la del Principe se hallaron mas de ciento con espadas desnudas y armas de fuego entrando por las casas como en busca de los contrarios y llebando lo que allaban.—A Manuel Cortizos¹ an rrovado su caxa rompiendo la reja i bentana de hierro aunque hasta aora no se sabe si son soldados los que lo an hecho.

»Estas son las causas escriptas, otras muchas ai, como la de haber entrado tropas de noche en casa de Don Manuel Villasante y a su bista llebadole mas de ochocientos ducados, quitádoles cantidad de dineros con amenazas a Duarte Coronel, Martín Alonso de Olivenza y otros hombres de negocios entrando de noche por sus casas yntentando lo mismo con Xptobal Martin Flores, y estafando a muchos que disimulan y callan temiendo si se querellan mayores riesgos.

»Madrid está hecha una plaza de armas sin justicia ni disciplina con muchísimas compañías en que ay muchos facinerosos que se precipitan a estos y mayores delitos con la impunidad, libertad y privilegio del fuero. Ba cesando no solo el comercio pero la provisión de los mantenimientos, las tiendas se cierran y los vecinos se recojen temprano porque saben que andan todas las noches a tropas los soldados cargados de pistolas. Los alcaldes y demas ministros de Justicia, quando fueran muchos mas, y menos ocupados en otras

¹ Llevaban este apellido dos hermanos, Manuel y Sebastián, riquísimos asentistas portugueses. Don Manuel estaba en condiciones de adelantar al siempre exhausto Erario sumas considerables; precisamente por la fecha en que fué victima del robo a que aquí se alude prestó un gran servicio a los reyes, adelantando 800.000 ducados para la jornada a Aragón, sin querer admitir las joyas que la reina ofrecía en prenda. (Amador de los Ríos, *Historia de la Villa y Corte de Madrid*, tomo III, pág. 361.) Quizá le sirvió esto para no ser molestado por la Inquisición, como otros *marranos* portugueses lo fueron, sobre todo después de la caída del Conde Duque. (Véase mi estudio sobre *Los cristianos nuevos*, *Boletín de la Universidad de Granada*, 1949.) Por el contrario, continuó hasta el final del reinado siendo uno de los más fuertes asentistas y ganando enormes sumas con el aprovisionamiento de los ejércitos. En cuanto a D. Sebastián, llegó a mayores honores, pues, según escribía Barrionuevo en 1657, «lo ha hecho Su Majestad Embajador de Genova, con que a toda la Corte ha dejado pasmada, y a D. Sebastián del Ferro, su cuñado, le ha dado la plaza de Presidente de la Sumaria del Reino de Nápoles, no teniendo ninguno de los dos gota de sangre de cristiano viejo ni cuarto que no sea de la ley de Moyses». (*Avísos*, III, 447.)

materias, no se atreven a rondar ni a tratar de remediarlo por no tener jurisdicción y porque la ynsolencia llega a punto que en los cuerpos de guardia allan sagrado los delincuentes no solo soldados pero vecinos particulares. . . En las mismas calles quitan los soldados a los alguaciles los pocos presos que llevan y salen con quanto yntentan sin que sus mismos cabos lo puedan remediar.»

Reconocía el Consejo que estos males son propios de las guerras intestinas, y renunciando a castigar los desafueros pasados, trataba de prevenir otros nuevos, para lo cual rogaba que «la Coronelia o Regimiento de su Alteza», principal culpable de los desórdenes, se marchase al frente, pues estada ya tan nutrido que era capaz de decidir la victoria. Además, con su marcha, las otras compañías que se estaban formando en Madrid, entre ellas la que costeaba la Villa, completarían su cupo, lo que hasta entonces no se había efectuado porque el regimiento ofrecía mayores ventajas a los que en él sentarían plaza¹. Y que si el comisario general no podía atender al mantenimiento de la disciplina, nombrase un delegado que, de acuerdo con uno de los alcaldes, rondase por la ciudad. El rey (entonces en el frente de Aragón) respondió: «He mandado que marche este regimiento, y al Marques de Santa Cruz y a Don Luis Ponce que precisamente executen el remedio de estos desordenes con plena autoridad y que quando pudiese asistir el Marques de Castrofuerte sea cuidado suyo.»

En 6 de junio del mismo año 1642 elevó el Consejo otra consulta exponiendo que, «demás de ser los excesos y delitos de los soldados tantos como el Consejo tiene representado a V. M., valense tanto

¹ A esto debe referirse una consulta de la Junta de Medios (una de las innumerables que se crearon entonces), que dice así: «Señor: Haviendo comenzado a poner en execucion la leva voluntaria de los quatro mil hombres que V. M. se sirvió de encargar a esta Junta para recrutar el Exercito de Cataluña, se ha reconocido que no alargandose el socorro que se da cada día a los soldados de los dos reales no haura que esperar que tenga efecto. Porque aunque se han arbolado vanderas, como ai otras levas adonde se socorre a quatro y a tres reales demas de dar a cada soldado alguna cantidad muerta (?) el día que sienta plaza todos acuden adonde el estipendio es mayor. Para cuió remedio y procurar conseguir lo que se desea ha parecido que podrá V. M. servirse de mandar que por lo menos llegue el socorro a tres reales con que se harán las diligencias posibles en orden a que se de cumplimiento a la resolución de V. M.—Madrid y diciembre 13 de 1641.» (A. H. N., *Consejos*, legajo 7.137, sin número.)

² A. H. N., *Consejos*, legajo 7.134, sin número.

del privilegio de soldados otros que no lo son, para gozar del de no ser castigados que se halla el Consejo obligado a representar a V. M. los grandes yncombinientes que se siguen de que este privilegio no se limite a los que verdaderamente fuesen soldados efectivos.» En apoyo de esta pretensión adujo, entre otros casos, que en «esta Villa Don Juan de Quirós mató a un portugués y abiendole preso los Alcaldes de Corte declinó jurisdiccion con ocasion de decir que abia firmado yr sirbiendo a V. M. en esta Jornada.» Pero el rey replicó: «Lo que ha sido estilo en favor de los soldados no parece razon el quitarlo agora.»¹

Parece que fué en los años 1641-43 cuando las molestias que al vecindario madrileño causaban las guerras civiles y extranjeras alcanzaron el máximo de intensidad; al menos, después de esta fecha las quejas del Consejo de Castilla por este motivo no son tan acerbos y frecuentes, bien que no sea fácil decidir si ello se debe a una mejoría de la situación, a insuficiencia de la documentación examinada o simplemente a cansancio producido por el escaso fruto de sus gestiones. En especial la pretensión de someter a los soldados a la justicia ordinaria, o al menos dar a ésta alguna participación en el conocimiento de sus delitos contra la población civil, debió de ser abandonada. Siguieron repitiéndose las órdenes para que los soldados abandonasen la Corte, donde con diversos pretextos permanecían sin ser de utilidad, antes bien causa de muchos trastornos. Un Real decreto de 8 de febrero de 1646 intimaba una vez más a todos los que se hallasen en Madrid y otras poblaciones de la retaguardia que volviesen al frente, so pena de ser tratados como desertores, antes del primero de marzo; declaraba caducados todos los permisos y licencias, y disponía que los que se excusaban con estar pretendiendo dejaran memoriales de lo que solicitaban². Sin embargo, esta orden no debió de tener más fruto que las anteriores, pues el siguiente año, en una consulta corta sobre excesos de los soldados en la Corte, se propone como remedio que se les enviara adonde hubiesen de servir³.

Es posible, como decíamos, que el orden público hubiese mejorado algo; en cambio, menudeaban los pedidos de hombres para el

¹ A. H. N., *Consejos*, legajo 7.131, sin número.

² A. H. N., *Consejos*, legajo citado, sin número.

³ A. H. N., *Consejos*, legajo 7.139, núm. 46.

Ejército, y como cada vez escaseaban más los voluntarios, se recurría a las levas y quintas, incluso en Madrid, a cuya población se había procurado hasta entonces reservar de estos medios violentos. Unas veces la recluta se encomendaba a los grandes, títulos y altos organismos, que, por invitación real, suministraban los fondos necesarios; así, en abril de 1647, el Consejo de Castilla ofreció 200 infantes pagados por seis meses para la campaña de aquel año contra los franceses¹. Otras se entregaba el dinero a agentes reclutadores, que tenían merecida fama de poco escrupulosos en el desempeño de su misión. En una consulta de 19 de agosto de 1648 sobre la forma de sacar de Madrid dos o tres mil hombres para el Ejército se dice entre otras cosas:

«A este propósito excluye el Consejo todos los medios violentos de esportilleros, moços de silla, lacayos, cocheros, sastres y çapateros, asi por la vileça de los sugetos, como porque quando en otras ocasiones se a usado de este arbitrio la experiencia a mostrado poco o ningun fruto respecto a las fugas que han hecho, no llegando a las partes donde se mandaron conducir, de encarecerse los precios de las cosas; y lo que mas es, haver comenzado este año a haver movimiento en la gente popular con solo puestose en execucion una noche, dejando muchos desamparadas sus casas y saltado por las cercas desta villa, sin embargo de estarse guardando la peste, y ydose a los campos donde hicieron algunos insultos, que sin duda se prosiguieran si no se atajara como se atajó el daño, y no es el menor hacerse forçoso estos apremios por las manos de alguaciles y escrivanos que miran a sus conveniencias propias...»

Esta última confesión no tiene desperdicio, y de una manera general no deja de ser decepcionante que el más alto Tribunal de la nación no desaconsejara esas redadas de infelices en nombre de la equidad, sino sólo por motivos utilitarios, si es que no era éste mero pretexto, pues la calidad de los soldados que se obtenían de las levas de maleantes no debía de ser óptima; y sin embargo, la consulta continúa:

¹ A. H. N., *Consejos*, legajo 7.135, expediente sin número.

«Parece que se debe proseguir en el desvelo y cuidado de que la gente mal entretenida, ociosa y vagabundos se prenda, y que para este efecto los alcaldes y fiscal de la carcel, corregidor y thenientes rondon continuamente, y quanto sea posible ajusten las penas en que bayan a servir al exercito...»

Termina pidiendo una vez más que se renovaran las órdenes y pregones para que los soldados que se hallan en la Corte vayan a servir, ofreciendo premios a los que obedecieren y conminando con castigos a los remisos.¹

Más tarde, en 1651, representó el Consejo contra el proyecto de quintar quinientos hombres en Madrid, aduciendo que sería contra justicia, porque los gremios habían pagado una suma para quedar exentos de quintas; además, los gremios y particulares que gozaban exención del servicio militar eran tantos, que apenas daría la quinta trescientos hombres. También era de temer que por temor muchos oficiales se ausentasen, de lo que se seguiría subida de precios y otros males, por lo que sería preferible encargar al Municipio que, sin apelar a quintas, se encargase de buscar los quinientos soldados. Así se hizo, pues el rey se mostró de acuerdo con el dictamen. Sin embargo, las necesidades de la interminable guerra no cesaban, y de nuevo en 1656 expuso el Consejo los múltiples inconvenientes de las levas que se estaban haciendo en Madrid, a lo que Felipe IV replicó que las urgencias militares eran tan perentorias que no era posible dejar de hacerlas, aunque sí debía procurarse evitar los desórdenes que se notaban². Dos años más tarde se impuso a los gremios de Madrid la obligación de suministrar mil hombres, que fué conmutada en un servicio de cuarenta mil ducados³.

También de este último año 1658 es una curiosa consulta acerca de los inconvenientes que se dimanaban de que las banderas y cuerpos de guardia de las compañías que se habían ordenado levantar en la Corte se pusieran en mesones, en vez de estar, como hasta

¹ A. H. N., *Consejos*, legajo 7.160, núm. 58. El rey decretó: «Confórmome en todo con el Consejo.»

² A. H. N., legajo 7.137.

³ A. H. N., legajo 7.165, núm. 22.

⁴ A. H. N., *Consejos*, legajo 82 (antiguo), núms. 108 y 110.

entonces se había venido haciendo, en varias casas particulares. No obstante, la orden, con gran desesperación de los mesoneros, no fué revocada¹.

Aunque disminuídas después de la desaparición del frente de Cataluña, las quejas sobre los desmanes de los soldados concentrados en Madrid no cesan en los últimos años del reinado de Felipe IV; su tenor es semejante al de los documentos que hemos citado ya, por lo que alegar nuevos testimonios parecería redundancia². Por otra parte, la documentación del Consejo de Castilla, aunque de capital importancia, necesitaría ser completada con la del Archivo Municipal y la de la Sección correspondiente (Guerra antigua) de Simancas para poder trazar un cuadro completo del esfuerzo de guerra de Madrid durante aquellos años de crisis del Imperio español. Nuestra intención sólo ha sido mostrar un aspecto de los sacrificios y molestias que el vecindario de la Villa y Corte hubo de soportar en aquella tempestuosa época.

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ.

¹ A. H. N., legajo 7.134, sin número.

² Véase, por ejemplo, la documentación contenida en el legajo 7.169 de dicho Archivo. Con más fuerza se reprodujeron las quejas a principios del reinado de Carlos II, con motivo de los atracos, muertes y otros inalicificables atropellos que cometían los soldados del recién creado regimiento de Guardias. Sobre esto contienen documentación los legajos 7.179 y 7.180.

EL CONDE DE MOTECZUMA, CORREGIDOR DE MADRID

(Conclusión.)

6.—LAS DESAVENENCIAS MATRIMONIALES DE MOTECZUMA

No he podido tropezar la escritura de capitulaciones matrimoniales que hicieran los condes de Moteczuma con los padres de doña Dolores Alvarez de Faria. Y las relaciones entre los dos cónyuges se torcieron por razones económicas fundamentalmente, aunque no faltaran otras razones, según vamos a ver en seguida.

La condesa se vió obligada a dirigirse personalmente al rey en documento que no tiene desperdicio. Puesta a los pies de Su Majestad, y con el más humilde respeto, le decía que «se halla en la dolorosa necesidad de implorar la piadosa proteccion de V. M. contra las injusticias y dureza inaudita con que de muchos años a esta parte la ha tratado y trata actualmente su marido el Conde de Moteczuma, que por fin la ve sin rubor reducida al estado de mendiguez.

«La que representa, Señor, sufrió con christiana paciencia los incesantes desprecios, vilipendios y malos tratamientos de su marido, creyendo que con ella lograría apartarle de sus vicios y escandalosos tratos con mugeres desacreditadas, hasta que en 11 de julio de 1809 llegó su furor y arrojo a maltratarla y ponerle afrentosamente la mano y abofetearla en presencia de algunas personas respetables que hoy dia se hallan tambien en esta Corte. Con tamaño insulto no creyó la que expone que podia cohabitar con decoro y sin peligro con un hombre de tan escandalosa conducta y vil proceder; para lo qual no tuvo jamas otro motivo que el desenfreno

de sus vergonzosas e infamadas liviandades. A pesar de tan grandes injurias y nunca merecidos ultrages, no tuvieron gran dificultad los mas distinguidos mediadores en aplacar el justo enojo de la que representa, en cuyo obsequio y mas aun con la lisonjera esperanza de que con su generosidad lograria separar a su marido del camino de la perdicion en que dolorosamente le veia, le perdonó, reconciliandose con él y reuniendose a los 15 dias de su separacion; mas pronto vió su desengaño, pues no solo no cumplió el Conde sus promesas, sino que continuó y aun aumentó sus disgustos y sus escándalos en Cadiz, y lo que es peor, que con motivo de la proximidad de los enemigos a fines de Enero de 1810, bajo pretexto de ir a Algeciras, fué a propagarlos y multiplicarlos a Tánger; en donde con la cómplice principal de sus desordenes, llamada por mote la Loquera, dió tanto que murmurar y que mofar a aquellos ynfieles que el cónsul o encargado de Negocios de V. M. en Marruecos se vió precisado a remitirla a Cadiz en un transporte ynglés, dando aviso a la Regencia, la que en 10 de Agosto, por orden que comunicó al Gobernador de aquella Plaza, mandó se la pusiera en un encierro. En 15 de Septiembre, no habiendo aun tenido efecto las providencias anteriores, se suavizó, conmutándosela en arresto en su casa, dando orden al citado Consul en Marruecos para que formase sumaria de la conducta observada por el Conde con su compañera, y en su consecuencia remitió con fecha 2 de Noviembre por la primera Secretaría de Estado, a fin de que se dirigiese a la de Gracia y Justicia, que correspondia, en un informe sustituyente de la sumaria, por el que podrá V. M. venir en conocimiento de la verdad de todo lo expuesto.

•Vuelto a Cadiz el Conde en seguimiento de su Dama y Depositaria de sus caudales, no fue a la casa de la que representa, sino a otra donde pudiese estar a sus anchuras. Pero Dios, que le buscaba, ordenó que contrajese el contagio que le puso en el ultimo trance y ver si el peligro le abria los ojos para su conversion. En semejante caso la que representa olvidó todos sus agravios, y deseosa de ganar aquella alma perdida, sin esperar a ser solicitada ni buscada, quiso volar a su socorro para asistirle con todo el esmero y ternura de su corazon; pero no fué admitida su oferta y continuaron viviendo separados, hasta que en Abril de 1812, buscando el Conde empeños poderosos y renovando las promesas de enmienda,

la que expone creyó sencillamente que habia llegado el fin de sus amarguras. Mas tambien se engañó, pues luego volvió a los mismos extravíos su marido, añadiendo la crueldad de no pasarle en esta ultima epoca los alimentos señalados en la otra separacion y fuga a Tánger. Esta misma dureza sigue, como el escandalo a que en esta Corte y a la vista de V. M., cuyos heroycos egemplos de virtud y de Religion deberían servir de freno al Conde, no menos que los honores con que V. M. se ha dignado honrarle, ignorando su escandalosa conducta publica y notoria, que le hace el blanco de la mofa y hablillas de las gentes, escandalizadas de ver tales desordenes en uno de los mas importantes Magistrados a cuyo cargo está reprimirlos y castigarlos en los otros.

•La que representa, Señor, no ha perdido medio alguno de ponerle en razon con cartas y mediadores respetables para que siquiera le pagase sus alimentos; todo ha sido inutil. Ha sido tambien inutil la insinuación muy seria que le ha hecho varias veces de que no la precisase a elevar a la noticia de V. M. estos motivos de su dolor y de sus quejas, insinuación que debió ser en cualquier hombre de honor, y mucho mas en un Grande, y Grande favorecido de V. M., el mas poderoso remedio para curar su locura. Todo ha sido inútil, Señor. El, deshonorando su cuna, se ha olvidado de lo que debe a V. M., a Dios, al decoro público y a la Justicia con que reclama su esposa desgraciada, y con ella todos los buenos. El Conde sabe que su muger tiene empeñadas sus alajas en el Monte Pio; que se halla llena de deudas; sabe que vive de limosna, pues todo se lo ha representado en sus cartas, y sobrandole caudales para gastarlos con las cómicas y demás cómplices de sus vicios, deja sin rubor a su esposa en el estado mas humillante y mas vil; y tal que sin la generosidad de varios personajes muy enterados de su suerte infeliz estaría mendigando.

•La que representa, Señor, se abstiene de expresar mas por menor otros muchos sucesos, creyendo suficientes los apuntados en este escrito, porque teme molestar la soberana atención de V. M. No es su ánimo por ahora la reunion con su Marido, mientras éste no dé pruebas positivas y seguras de su conversión: y en testimonio de su buena intención, tampoco tendría reparo, antes bien elegiría con preferencia retirarse a un Convento si no temiera que con esta novedad se aumentasen las hablillas, atribuyéndola a principios

equivocados. Para salvar, pues, todos los inconvenientes según lo exige su inocencia y decoro, ciñe todos sus deseos a suplicar rendidamente a V. M. que mientras se digna tomar en consideracion este importante asunto y surtan el debido efecto los remedios que V. M. estimare más oportunos, así para la enmienda del Conde como para la consiguiente paz de este desgraciado Matrimonio, mande V. M. a dicho Conde que satisfaga sin demora a la suplicante en esta Corte, y no en America como el pretende, todos los alimentos caidos, aunque no sea a razón de la tercera parte de sus rentas como le corresponde, sino de los 5.000 reales mensuales que señaló en su fuga a Tanger (cuyo paradero y destino ocultó baxo pretexto de ir a Algeciras), y subcesivamente los que se vayan devengando a fin de que pueda desempeñar sus alajas (que son parte de su dote) y cubrir las deudas que ha contrahido.

»Así lo espera, Señor, de la notoria benignidad de V. M., cuya importante vida ruega incesantemente a Dios conserve y dilate los muchos años que desea y necesita esta Monarquía.»

No consta la fecha de este memorial, pero es de principios del mes de enero de 1815, cuando ya era el conde corregidor de Madrid, caigo al que se alude, y puesto que la resolución de Su Majestad fué del 8 de febrero. Decidió el rey «que de las rentas que posee en Nueva España el Conde de Motezuma se paguen a la Condesa, su muger, anualmente por tercios anticipados, cuatro mil ducados, siendo de su cuenta su conduccion a España para sus debidos alimentos, y que de la consignacion de cinco mil reales mensuales por la misma causa, que no se la ha pagado veinte y un meses hace, la entregue el mismo Conde en esta Corte las correspondientes a ocho en los inmediatos, contados desde el presente, y el importe de los trece restantes en Mexico en un año y tres tercios, teniéndose consideracion a que queden a la Condesa cinco mil reales mensuales despues de pagar los derechos de flete y demas establecidos, a cuyo fin queria S. M. se diesen las ordenes competentes al Virrey de Nueva España, y al Conde de Moctezuma».

El conde recurrió a Su Majestad con dos memoriales, haciendo presente que «todo el caudal procedente de las rentas de su Casa en Mexico está, por privilegios particulares, exento de toda especie de cargas, como derechos, fletes y otros cualesquiera de los comunes». Después de hacer varias reflexiones en razón de la satisfacción que

se le prevenía, concluyó solicitando que Su Majestad se sirviese mandar que la condesa «se satisfaga con la asignacion de los quatro mil ducados anuales de que disfruta, por ser los que en realidad la corresponden, sin perjuicio de la Condesa Madre, su hermana, y del mismo Conde, y que cobre lo atrasado en Mexico, a razon de los mismos quatro mil ducados, por ser en donde se la asignaron y posee las rentas para satisfacer estas cargas».

Enterado Su Majestad de esta solicitud, «se ha servido resolver se esté a lo mandado en la citada Real Orden de ocho de Febrero anterior y que estando exenta la Casa del Conde de Motezuma del pago de los Reales derechos sobre la plata producto de sus rentas en Nueva España, a su introduccion en la Península, sólo deberá entregarse a su muger, o a su apoderado en Mexico, la correspondiente cantidad, para que puesta en España la queden cinco mil reales mensuales, y que a este fin se pase el correspondiente oficio al Ministerio universal de Yndias, para que en su conformidad expida las ordenes convenientes a su cumplimiento».

Asimismo se sirvió Su Majestad mandar que si los interesados tuviesen que reclamar alguna parte de esta resolución, lo hagan ante el Consejo de Castilla, «a quien S. M. encarga tambien el cumplimiento de las prestaciones mensuales que el Conde debe hacer a su muger por solos ocho meses en esta Corte».

De todo ello daba cuenta D. Tomás Moyano, secretario del despacho de Gracia y Justicia, el 2 de marzo de 1815, al señor presidente del Consejo y a los condes de Moctezuma, para su gobierno.

El presidente del Consejo de Castilla, que era el duque del Infantado, daba cuenta de sus actuaciones al señor secretario de Gracia y Justicia, con fecha 21 de marzo, en estos términos: «Con efecto, se me han presentado uno y otro consorte, y no me ha sido posible avenirlos, como deseaba, por ser opuestas las pretensiones de uno y otro al fin que me proponia de evitar la desunión y el escándalo que es consiguiente produzca, especialmente entre personas de su clase. La Condesa solicita se lleve a puro y debido efecto lo mandado por S. M., y que, por consiguiente, se la entreguen las ocho mesadas de a 5.000 reales, y el Conde manifiesta la imposibilidad de poderlo hacer, porque, siendo muy cortas las rentas que posee en España y dificultoso el transporte de las de Méjico,

no tiene lo suficiente para mantener su casa en el decoro correspondiente».

El conde decía estar pronto a la avenencia, y daba al duque presidente una nota de las bases que proponía para el arreglo, que decían así:

«*Bases sobre las cuales ha de pasar la reunion con mi muger.* Venida a mi Casa, disfrutará de las facultades de ella según su estado actual; el arreglo económico y doméstico de la misma será a mi elección; no se duda que las salidas de casa y su concurrencia seran qual conviene a el decoro de mi Muger, mio, y tranquilidad del matrimonio, y que en todo guardará la mejor armonía con mi Madre y hermana, evitando cualquiera motivo de disensión.»

«Yo no sé—continuaba diciendo el duque—la causa que pueda haberla producido (la discusión) hasta el extremo de separarse la Condesa de la sociedad conyugal; pero sí conozco que esta separacion no puede producir ninguna ventaja, y sí muchos males en los intereses y en la opinión, por el escándalo que es indispensable ocasionese, y mucho más entre personas de su calidad.

«Por lo mismo me parece que convendría mandase S. M. la reunión de este matrimonio en los términos que propone el Conde, y creo son racionales y prudentes, pues no se duda el derecho en el marido para gobernar su casa mientras no haya algun impedimento legal, y la obligación en la muger de obedecerle racionalmente y comportarse segun corresponde en este conocimiento; pero tambien comprendo ser muy justo que el Conde trate a su muger con el amor y decoro correspondiente a su estado y clase; que no la escasee lo necesario y conveniente a su decencia; que cumpla con darla puntualmente lo que se hubiese contratado entre ambos en las capitulaciones matrimoniales; y que se cargue y satisfaga las deudas contraídas por su muger por no haber cumplido aquellos, ni asistido a la Condesa durante su separación con los alimentos correspondientes.»¹

¹ De la actitud de la condesa da idea esta carta, dirigida al duque con fecha 13 de marzo: «No habiendome avisado V. E. como me ofreció en martes pasado siete del corriente, cuando por tercera vez fui a hablarle sobre la paga de las ocho mesadas que de Real Orden de 8 de Febrero debe hacerme en esta Corte mi marido el Conde de Motezuma, y comunicada a V. E. en 2 de Marzo encargandole su cumplimiento, me prometo de su justificacion y bondad que se servirá avisarme el estado que tenga este negocio para tomar la resolucion que me convenga, y en caso de morosidad por

Mandó Su Majestad (27 marzo) que el secretario de Gracia y Justicia «tome conocimiento de las verdaderas causas que han producido la separacion del Conde de Motezuma y consorte, procurando facilitar la reunion de este matrimonio, en términos que queden satisfechos los justos deseos de los interesados y sea durable la union; que mientras se realiza disponga V. E. que el Conde suministre sin dilaciones los alimentos señalados a la Condesa en conformidad de lo mandado por S. M.»

El presidente del Consejo se dirigió (30 marzo) a cada uno de los cónyuges, trasladándoles el deseo del rey y rogándoles se sirvieran decirle, «con la posible brevedad los medios de reconciliacion mas propios a la calidad y decoro de los interesados en ella, de modo que la avenencia y reunion sea permanente y se logren los paternales deseos de S. M.»

La condesa contestó inmediatamente (31 marzo) diciendo «que cumpliré por mi parte con quanto se sirve prevenirme de orden de S. M. con la brevedad que lo permitan la revista de papeles y sucesos relativos a este desagradable negocio, pronta como siempre a cumplir con todas mis obligaciones con el decoro correspondiente a nuestra clase; y como preveo que, por el caracter de mi Marido, podrá dilatarse el arreglo de este asunto más de lo que debiera, he de merecer a V. E. que como preliminar indispensable se sirva mandar llevar a efecto, sin admitir excusas, el pago de mis alimentos, conforme a lo mandado por S. M., cuya Real Orden ha desobedecido tantas veces; y aun en este mismo dia, que confiada en la orden tan expresa y terminante que me dice V. E. habersele dirigido, mandé a mi criado por la mesada, al que contestó que anoche habia recibido el oficio al que tenia que responder. Bien conocerá V. E. que éste es solamente un pretesto para prolongar mi triste situacion, la que cada dia es más intolerable, pues se me acaban todos los recursos, al paso que mi marido disfruta en España de diez a doce mil ducados de renta, buenos sueldos, y que no dejará de recibir de America poco o mucho.»

Moctezuma contestó el día 3 de abril, y enviaba al duque del

cualquier motivo que fuese acudir a S. M. para que se digne tomar la providencia más eficaz a fin de que no se paraliquen sus reales órdenes tan repetidas como terminantes en un asunto que cada día hace mas urgente y mas apurado en las circunstancias en que me ha puesto y tiene la injusticia de mi marido. Dios guarde, etc.»

Infantado una representación que deseaba llegase a manos de Su Majestad. El duque no creyó prudente presentar tal escrito al rey, y escribió particularmente a Moctezuma la carta siguiente, fecha 5 de abril:

«Amigo mío. Con el oficio de Vm. recibo la representacion que me acompaña para el Rey Nuestro Señor a consecuencia de la orden que le comuniqué sobre la reunion con la Condesa su muger y demás. Desde luego la dirigiré a S. M.; mas como por una parte le está mandado a Vm. el pago de los alimentos a su muger por repetidas Reales ordenes, sin perjuicio de tratarse de los medios de conciliacion entre ambos: y por otra nada ofrece Vm., siquiera por de pronto, para que desde luego queden socorridas las necesidades de la Condesa, recelo que la representacion de Vm., lejos de merecer acogida, ha de ser muy desagradable a S. M.

»Por el beneficio de Vm. y su decoro le hago estas observaciones; pero si a pesar de ellas desease todavia que yo dé curso a su representacion, estoy pronto a ejecutarlo, con su aviso.

»Entre tanto queda de Vm. afecto amigo, q. s. m. b.»

La condesa, el día 5, contestaba sobre las causas de la separación y sus condiciones para reunirse: «Quanto a las causas que han producido la separacion, son las mismas que expresé a S. M. en la representacion que tuve el honor de dirigirle por el Ministerio de Gracia y Justicia, sin que me haya desentendido de la reunion siempre que se hubiese de verificar con el decoro que corresponde y por los medios que aseguren la permanencia, según los deseos de S. M., a que por mi parte no se faltará, siempre que mi marido muestre a los ojos del público la reforma de su conducta, me asegure los alfileres que se pactaron en las capitulaciones matrimoniales, de modo que los perciba yo mensualmente con absoluta independencia suya; y bajo las mismas seguridades 5000 reales vellon, tambien mensuales, en el caso de nueva separacion, a que por mi parte no daré, ni he dado, jamás causa ni lugar, pues no parece justo haya yo de quedar en ningun caso expuesta a la triste situacion en que me hallo, a pesar de la orden de S. M., comunicada a V. E. a quien suplico se sirva dar las más terminantes a mi marido a fin de que sin excusa ni dilacion cumpla con el pago de alimentos segun la Real voluntad, en el supuesto de que cada dia es mas apurada mi situacion.»

A Moctezuma le hizo efecto la carta del Infantado, y pidió el escrito que le había mandado, para corregirlo y devolverlo después. La carta al duque decía: «Amigo mio: He recibido anoche su apreciable carta de V., y hecho cargo de su contenido, no puedo menos de darle mis gracias por lo mucho que se interesa en mis cosas, y deseando yo complacer a V., espero tenga la bondad de devolverme la representacion, la cual le volvere a remitir corregida inmediatamente para que la de el curso correspondiente.

«No he contestado a V. antes porque llevo ocho dias sin poder hablar casi y con la cabeza muy mala; pero ya hoy estoy mejor y no quiero retardar mas».

Con la segunda redacción de Moctezuma de la representación al rey, en la que expresaba la imposibilidad de cumplir la orden real sobre alimentos, acompañaba carta particular al duque presidente (9 abril), en la que se trataba de justificar: «Amigo mio: Por la representacion verá V. lo que he añadido, y que la pretension de la Condesa es injusta, pues tiene mas medios en el dia que yo, y quando no los tuviera, podria valerse de sus alajas para ver si el tiempo se mejoraba, como lo he hecho yo y en el dia ya no tengo de qué echar mano, como es público y lo puedo probar al instante; y si S. M. estuviera bien informado, estoy seguro de que no mandaría una cosa imposible, pues no quiere más que lo justo. Por lo que desearia yo que V. se tomara la molestia de hablarle al Rey personalmente, manifestándole a S. M. estos pormenores, bien persuadido que no es más que la verdad, y asi no me ha sido posible dar ninguna cantidad ni ofrecer nada, porque no la tengo ni he encontrado quien me preste un real, pues el hombre de honor no debe prometer una cosa que no pueda cumplir por ningun estilo.

«Yo no gobierno mi casa, que es mi manía; estoy lleno de deudas, que no sé por donde tirar, pues si no hubiera sido por los sacrificios de mi mamá y su manejo, estaria pereciendo; y asi lo que espero yo de su amistad de V. es que se lo haga presente a S. M. y contribuya por su parte a que las mesadas atrasadas las cobre todas la condesa en Mexico, como lo hacen mi Mama y Hermana, pues aqui no hay recurso para darla nada, como V. mismo podra ver si gusta desengañarse.

«Viva Vd. persuadido que me es menos sensible no poder cumplir con lo que S. M. manda, pues le consta a V. y a todo el mundo

lo puntual que soy en obedecer sus reales mandatos; pero mi situación es muy mala, pues desde el año de 1810 que no cobro un real, y así no quiero más que hablar con el lenguaje de la claridad.

«Siento molestar a V. tanto y espero que contribuya todo lo que este de su parte para que salga en este negocio como es justo; quedando en el interin de V. su afmo y seguro servidor.»

El rey (21 abril) desestimó la instancia del conde y mantuvo su orden anterior sobre el pago de alimentos a la condesa. El duque presidente, al comunicar esto a la condesa, le decía (23 abril): «Espero que V. E. se servira manifestarme si quiere, con la posible brevedad, reunirse con su marido el Conde de Motezuma, en qué terminos y bajo qué condiciones; y en el caso de rehusar V. E. la reunion, me expresará igualmente los motivos o fundamentos que la asistan para esta determinacion.»

En los mismos términos se dirigía el conde, añadiendo:

«Al mismo tiempo, y en puntual desempeño del encargo que Su Majestad se ha dignado hacerme y me ha repetido últimamente, no puedo menos de expresar a V. E. la absoluta necesidad de que contribuya a la Condesa desde luego con los alimentos señalados, porque repetidamente lo tiene mandado S. M., y yo no puedo prescindir del más exacto cumplimiento de sus Reales Disposiciones ni de los justos clamores de la Condesa, destituida por ahora de todo auxilio.»

La condesa contestó al requerimiento del duque presidente (25 abril) insistiendo en sus anteriores manifestaciones, y añadía: «Para evitar, en lo posible, el que en lo subcesivo haya causas para nuevas disensiones, que, a más de las condiciones que exponia, deberan estipularse las dos siguientes:

•1.^a Que he de continuar sola entendiendo en la testamentaria de mi difunto Padre, con total independencia de mi marido.

•2.^a Que se ha de llevar a efecto lo resuelto por S. M. con respecto a los alimentos, satisfaciendoseme a razon de los 5.000 reales vellon 8 mesadas en España y en America, todo lo que me adeude hasta el mismo dia en que se verifique la reunion, pues con estas cantidades he de desempeñar mis alajas y pagar los acrehedores de todo el tiempo que he carecido de aquel auxilio.

«Para que pueda V. E. venir en conocimiento con mas facilidad de los razones que hubo y han mediado para nuestra separacion,

le incluyo copia del memorial que en principios de Enero ultimo presenté a S. M., sobre el que recayó la soberana resolución de que se me satisficiesen los alimentos, la qual se halla aun ilusoria por parte de mi marido, pues a pesar de habersele repetido por el Ministerio de Gracia y Justicia, y aun por V. E., siempre dilata su cumplimiento con excusas, como ha sucedido ayer, y hoy, en que habiendo mandado a mi criado a cobrar en el primero lo citó publico al segundo y en éste para pasado mañana el que sera otro viaje excusado como los anteriores; por lo que espero que V. E., penetrado de mi critica situacion, lo apremie al pago, pues no verificandolo a la mayor brevedad me veré en la estrecha necesidad de recurrir a S. M. haciendole ver del modo que mi marido burla sus órdenes.»

Ante la firmeza con que el rey mantenía su primera decisión, y ante la recia conducta de la condesa, Moctezuma se decidió a dirigirse personalmente al rey, y aprovechó de su condición de gentil-hombre para pedir que su pleito doméstico con la condesa fuese resuelto por la Sumillería de Corps de Su Majestad, con audiencia de ambas partes.

La exposición a Su Majestad, fecha 29 de abril de 1815, muestra bastante el carácter ladino y taimado del descendiente del emperador azteca¹. Merece leerse íntegra:

«Señor: El Conde de Motezuma, puesto a los R. P. de V. M. con su acostumbrada veneracion y respeto, le hace presente que por el oficio que ultimamente le ha comunicado el Señor Duque Presidente, con fecha 23 del corriente Abril, se ha enterado de que Vuestra Majestad no ha tenido a bien acceder a la solicitud que humilló a sus pies en representacion de 3 del mismo, siendo su Real voluntad la de que se lleve a efecto lo mandado en Real orden de 27 de Marzo anterior en punto a los alimentos de la Condesa su muger.

»Añade el Duque Presidente, como una consecuencia de esta decision soberana, que le manifieste con la posible brevedad si quiere reunirse con la Condesa y en qué terminos, expresandole en caso contrario los fundamentos que le asistan para negarse a la reunion.

¹ Se conserva en el Archivo del Palacio Nacional, leg. 101.

•La profunda veneracion a los preceptos de V. M., de que el exponente hace alarde, le obliga a contestar a todos los pormenores que de él exige el Sr. Duque, con la verdad que le caracteriza y con la seguridad que inspira al hombre de bien el testimonio de su irrepreensible conducta en un negocio tan delicado; mas como, en su concepto, sea compatible con la obediencia la exposicion respetuosa de los derechos personales a los pies de un soberano tan justo como clemente, no puede prescindir el que expone de manifestar a V. M. que se cree en el caso, si no fuere del real desagrado, de ser oido en justicia sobre el punto de alimentos en que insiste la Condesa.

•El Exponente ha hecho presente a V. M., con fechas de 16 de Febrero y 3 de Abril del año corriente, su inculpabilidad absoluta en la resolucion que tomó la Condesa, quando se separó de él, los exquisitos oficios que hizo para volverla a su casa, y el motivo frío, aunque no criminal, que dió ocasion a la segunda separacion.

•Al mismo tiempo ha manifestado a V. M. los efectos de su propia pertenencia y de la de su marido, que llevó consigo la Condesa al separarse, los bienes propios de que disfruta, y la pureza y escrupulosidad con que la señaló los mismos alimentos que la cabían en rigor por la escritura de capitulaciones en el caso de viudedad, con más la distancia a que la casa del exponente tiene sus rentas principales, la irregularidad de su remesa y envío por las circunstancias de los tiempos, la cortedad de sus rentas en la Península, la existencia de su madre y hermana, la necesidad de conservar el decoro de su rango y empleo, y la que se halla, en fin, su madre misma de ayudarle en vez de ser ayudada.

•Quando después de unas exposiciones tan interesantes y hechas con la exactitud que corresponde a un Vasallo de la clase del exponente a los pies de un soberano a quien tanto ama y venera, V. M. no ha hallado arbitrio para apartarse de su primera resolución, no puede menos de fixarse la idea de que las exposiciones hechas por la Condesa son tales que neutralizan las del suplicante, y en semejante caso no queda más arbitrio que el de aspirar a depurar en el crisol de la comparacion por la prueba, quién es el que se ha equivocado al tiempo de presentar su excepcion y su queja, lo qual no puede conseguirse sino en una audiencia en justicia.

«Está tan distante el que expone de imaginar que puedan con esto ofenderse los respetos de V. M., que antes bien desea desde ahora que se eleve a sus Reales manos el resultado del juicio, para que su Real aprobacion eche el sello al fallo que recaiga en justicia, y para ello suplica rendidamente a V. M. se digne concederle esta gracia; designando el juzgado de Casa Real a que corresponde, para que los dos sean oídos sobre el punto de alimentos con arreglo a las leyes, mediante a que el de reunion, a pesar de que está pronto a ella en los términos que corresponde, y ha manifestado, se halla pendiente todavía de las nuevas exposiciones pedidas para enterar a V. M. sobre el particular con arreglo a sus Reales Decretos.

»Nuestro Señor guarde, etc.»

El decreto de Su Majestad, de 30 de abril, fué: «Hábleme Sn. Carlos.»

El sumiller de Corps acompañaba el dictamen del juez de la Real Cámara, a quien pasó las instancias del Conde y Condesa de Moctezuma, quien en su vista decía:

«Que si desea saber unicamente que es lo que tocará practicar en virtud de la Real orden de 27 de Marzo último, es que, siguiendo las partes los trámites comunes del orden judicial, usen de su derecho en el Juzgado de la Sumillería, para lo qual se les comunique dicha Real orden y haga saber a aquellos; mas si el objeto fuese que haciéndose cargo del contenido de las instancias, decretos que hay al margen, rubricados por V. M., y última resolucion, contempla del caso hacer presente:

•Primero: que el Conde solicita ser oído en punto a la sumistracion de alimentos a la Condesa, y aunque está pronto a juntarse, ha de ser, según dice, en los términos que aun están pendientes, y deberá resolverse, enterado que sea V. M. de las nuevas exposiciones pedidas a tenor de sus Reales decretos.

•Segundo: la Condesa supone haber dos Reales decretos de 15 de Febrero y 2 de Marzo para que se la paguen los alimentos a razón de cinco mil reales mensuales; para cuyo fin ha sido comisionado el Duque Presidente.

•Y lo tercero: es muy notable quanto la Condesa expone tocante a la conducta escandalosa del Conde su marido, desde el año nueve acá.

•Lo seguro es que entre tanto este matrimonio vive separado,

acerca de lo qual habla el Público no poco, y sobre ello urge infinito se tome una providencia pronta y eficaz, qual sea de la alta comprension de V. M., formando expediente. En esta inteligencia nada al parecer hay que hacer por lo perteneciente a la conducta de este matrimonio, mientras V. M. no acuerde la providencia que se haya de tomar.

»El de los alimentos, si fuere cierto lo que expone la Condesa de estar comisionado por V. M. el Duque Presidente, tampoco hay por ahora nada que hacer, mientras esta comision subsista, pues sería impropio que otro alguno tomase conocimiento hasta que no haya sido arreglado, por lo menos provisionalmente; o no haya una Real orden terminante que disponga otra cosa.

»Bajo estas consideraciones, no entiende el Juez de la Real Cámara cuáles sean los efectos convenientes que expresa la Real orden de 9 de Mayo último; a no ser que sera unicamente para que en cualquier recurso que por estas partes se interpusiese en el Juzgado, se tenga presente.»

El rey no se decidía a la resolución tajante que la situación de escándalo público exigía. Recuérdese que el marido era nada menos que corregidor de Madrid. A este informe puso el rey el decreto: «Aguardese el resultado de una persona comisionada por S. M. al efecto.»

La gestión de esta persona no debió de obtener resultado satisfactorio, ya que el rey (13 de julio) mandó—según comunicaba Moyano—que sin más contestacion dé S. E. alimentos a la referida Condesa o que se una con ella como corresponde, evitando los escándalos que son bien públicos, y nada regulares en su carácter, antes que S. M. tome la providencia que exige el caso, mediante no bastar los medios suaves de que se ha valido S. M.»

Moyano advertía al conde que había prevenido a la condesa de que diese cuenta dentro de tercero día si se había cumplido con lo mandado por Su Majestad en uno u otro extremo¹.

El conde, viéndose tan apurado, hubo de presentar al rey un memorial (12 de octubre) en que manifestaba su imposibilidad de satisfacer a sus acreedores, a causa de no ascender sus rentas de la Península en años pacíficos a 60.000 reales, y con las de

¹ A. H. N. Consejo de Castilla, Presidencia, leg. 11877, n.º 4.

América no podía contar por las notorias ocurrencias en aquel continente, ni podía obtener préstamo sobre ellas. Pedía moratoria «por el tiempo que durasen las circunstancias que impiden la conduccion de caudales de America».

Se observó que «la lista que ha presentado el Conde de sus deudas, al mismo tiempo que se observa defectuosa en haber omitido los nombres y vecindad de la maior parte de acreedores que en ella se expresan, da ya suficiente idea de la importancia de la moratoria que se solicita, atendida la considerable suma de 1.039.400 reales vellon a que asciende el importe de los créditos pasivos que manifiesta el Conde. De la Condesa viuda su madre y de la inmediata sucesora la Condesa de la Cimera¹, acreedores que pone el Conde en cantidad de 664.000 reales por atrasos de alimentos, dice que están convenidas en cobrar quando se verifique el percibo de estas asignaciones de America y se tranquilice aquel Continente; pero no es de creer, ni dice el Conde, que los menestrales y contistas, en numero de 11, y cuyos créditos importan 105.400 reales, hayan prestado igual consentimiento; sus créditos son notoriamente privilegiados y muy dignos de consideracion, atendida la clase de unas personas menesterosas que libran su sustento en el trabajo de sus manos. No deja tambien de ser reparable la incertidumbre del tiempo por el que se solicita la espera, pues no es posible adivinar quando llegará el Conde a percibir los fondos o caudales que dice existentes en America.

•En fin, previene la ley primera, título 33, libro II, de la *Novísima Recopilacion* que luego que se pida moratoria por qualquiera interesado, mandará el Consejo dar traslado a los acrehedores para asegurar el mayor acierto en punto tan grave; y que, vista la respuesta de éstos, en el caso de acordar el Consejo la moratoria, será con la calidad de dar fianzas a satisfaccion de los acrehedores para la paga de sus créditos pasado el tiempo de la concesion; con lo qual se les asegura su cobranza y los créditos de sus principales.

¹ La condesa viuda de la Cimera, doña Josefa Marcilla de Teruel, hermana de don Alfonso, casó en primeras nupcias con el teniente general D. Melchor de Calatayud; en segundas, con D. Jerónimo Mendinueta y Múzquiz, conde de la Cimera, de quien ya era viuda en esta fecha. No tuvo sucesión con ninguno de los dos maridos. Murió en Madrid el 6 de julio de 1825.—Parroquia de San Martín, libro 32, fol. 62. (Nota del marqués del Saltillo.)

»Así, pues, sin desviarse S. E. de la línea y espíritu de esta ley, y atendiendo además a otras disposiciones legales que rigen en puntos de esperas, entiende que S. M., siendo servido, podrá mandar que, supuesta la avenencia de la Condesa Viuda de Moctezuma y de la inmediata sucesora la Condesa de la Cimera, a la espera que solicita el Conde, según afirma éste en la nota puesta a continuación de dicha lista, sean convocados por cualquiera Alcalde de Corte que se nombre los demás acreedores menestrales, artistas y prestamistas, y se esté y pase por lo en que se conviniere la mayor parte, guardándose clases y privilegios; y que si este remedio no acomodase al Conde, dirija su solicitud al Consejo, para que en él se sustancie y determine a juicio de suplicatoria con arreglo a la ley citada.»

Informado el rey de lo anterior, nombró (24 octubre) al alcalde de Corte D. Francisco Alfonso de Tuero¹ para que reuniese a los acreedores y se hiciera lo que conviniera a la mayoría; y si el conde no se conformase, dirigiera su solicitud al Concejo para que en él se sustanciase y determinase el juicio de moratoria con arreglo a la ley.

Tuero, cumpliendo la orden de 24 de octubre, ofició a Moctezuma para que rectificara la lista de acreedores, especificando los nombres de aquéllos y sus domicilios. El 31 contestó el conde quedar enterado de la soberana resolución de Su Majestad, para cumplirla; pero pasaron catorce días sin hacerlo, y Tuero le repitió otro oficio, el 10 de noviembre, al que dijo Moctezuma «que S. M. no había concedido un término limitado para el cumplimiento de la Real Orden; que las varias y perentorias ocupaciones anexas a su destino le empleaban la mayor parte del tiempo, impidiéndole atender a otros asuntos mas que a los públicos, y que por lo mismo no le había sido posible la remisión de las listas pedidas, como deseaba, asegurando lo haría a la más posible brevedad».

Sin embargo, advirtiéndole que se iba a cumplir un mes y que el conde continuaba en su inacción, le volvió a oficiar en 6 de diciembre, haciéndole cargo del atraso tan notable que se sufría en franquear las noticias que se le habían pedido, y que el propio alcalde

¹ Toma posesión de la plaza de Alcalde de Casa y Corte el 2 de junio de 1816. Cesa en la Sala y pasa a la plaza de fiscal del Consejo de Ordenes en 13 de febrero de 1817.

A. H. N. *Catálogo de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte* (Madrid, 1925), páginas 795, 797.

se consideraba también culpable en la demora si no proveía lo correspondiente en el caso inesperado de que el referido conde prosiguiese en su silencio.

Este recuerdo le obligó a reiterarle en lo mismo que anteriormente, atribuyendo la tardanza a la notoria enfermedad de la condesa, su madre.

Por fin, en 20 del propio diciembre, remitió el conde dos listas de acreedores, y como en una de ellas se expresase «que los que comprende se hallaban satisfechos sus créditos», sin hacerlo constar, mandó que se instruyera al conde de la necesidad en que estaba de acreditar en debida forma el pago de estas deudas para dar al expediente la sustanciación oportuna, y que así debía exhibir en su Juzgado de Provincia los documentos competentes, en la inteligencia de que se le devolverían a su tiempo.

Este reparo, tan legal e indispensable, produjo la contestación de 3 de enero de 1816, en que gradúa por muy extraña la exhibición de los documentos no habiendo reclamación por parte de los interesados incluidos en dicha lista, diciendo además «que consideraría su honor muy agraviado si se le obligase a dar pruebas para justificar proposiciones puestas bajo su firma y a las que S. M. daba entero asenso».

El oficio de Tuero al duque del Infantado terminaba: «Por lo expuesto comprenderá la penetración de V. E. el empeño con que el Conde de Motezuma se negado hasta ahora a facilitar por su parte el cumplimiento de la citada Real Orden, valiéndose de excusas y dilaciones, que ponen en duda la buena fe con que debía conducirse y coadyuvar a las rectas intenciones de S. M., y que habiéndose desentendido el expresado Conde de los medios suaves y prudentes con que ha sido tratado, parece de necesidad usarse de otros mas vigorosos, para que no me contemplo autorizado, según el contexto de la orden de S. M. y de V. E., a quien ocurro con el expediente original, a fin de que, en su vista, provea lo que considere mas conforme a la pronta execucion de lo mandado.»

Este oficio era de 13 de enero. La solución no se hizo esperar: el 16 de enero fué destituido Moteczuma del cargo de corregidor. Al margen del documento se dice: «Sin embargo de que la Real Orden pasó original al Consejo, se trasladó por S. E. al Ayuntamiento de Madrid, al Capitán General, al Gobernador de la Sala de

Alcaldes y al teniente primero de Corregidor D. Leon de la Cámara, para su respectiva noticia y efectos correspondientes.»

Moctezuma se retiró a Alcalá de Henares, probablemente al colegio de San Ildefonso, del que era patrono como sucesor en el mayorazgo del cardenal Cisneros. El 22 de junio de 1816 el rey concedía permiso al conde para, desde la ciudad de Alcalá de Henares, donde se hallaba, pudiera trasladar su residencia al reino de Valencia; de cuya real resolución se dió traslado al capitán general de Valencia.

7.—SIGUEN LAS DISPUTAS MATRIMONIALES

No tengo noticias de las andanzas del ex corregidor por Valencia, ni sé si lo acompañó o no su mujer, y si hicieron las paces, como parece deducirse de documento posterior, en que se habla de la tercera separación del matrimonio (la primera sería la de Cádiz, en 1810; la segunda, la de Madrid, en 1815). En todo caso, duró poco la armonía, pues en 1919 continúan las desavenencias y disgustos, según noticias guardadas en el mismo expediente de la Presidencia de Castilla que venimos aprovechando, y basadas fundamentalmente en motivos económicos.

La disputa se reanudó a principios de 1819. La condesa pretendía que su marido no le dejaba vender unas fincas de la testamentaria de su padre, a pesar del poder que de él tenía otorgado en Cádiz en 1813, y a lo que se veía precisada por estar el término donde radicaba alguna de ellas infestado por bandoleros, los famosos Niños de Écija¹. Pedía que se la habilitara exclusivamente para

¹ «La Condesa de Motezuma, como encargada de la testamentaria de su difunto Padre, me ha expuesto que D. Josef Antonio Padilla, Mayordomo de una Hacienda perteneciente a aquélla en el Partido de las Lagunillas, término de esa Villa de Estepa, se ha visto acometido varias veces por los saltadores de caminos que cruzan aquel país, y especialmente por los Niños de Écija, a quienes ha resistido con valor no pocas veces, haciéndolos retirar fugitivos, y solicita se conceda al expresado Padilla la competente licencia para usar de Armas para su defensa.

»A su consecuencia, prevengo que constandole la probidad y honradez del señor Josef Antonio Padilla, y no ofreciendosele inconveniente por algún otro motivo, podrá conceder a dicho Padilla el correspondiente permiso para que pueda usar de armas para su defensa, siendo de las permitidas y no de las prohibidas por las Leyes.

»Dios guarde a Vm. muchos años.—Madrid, 5 de Febrero de 1818.—Al Alcalde Mayor de Estepa.»

concluir las testamentarias de sus padres, y asimismo para retener la herencia que le resulte, ínterin permanezca separada de su marido, «mediante a que los motivos de su desunion son causados por éste».

El secretario de Gracia y Justicia (5 febrero 1819) decía que «no puede informar con la instruccion oportuna, porque no la dá el Conde en su representacion, ni se sabe por los antecedentes que existen en la Presidencia si está o no reunido con su muger, o si se halla separado voluntariamente, o con autorizacion, ni en qué términos.

«Los bienes de la muger deben ser administrados por el Marido, sin que puedan enagenarse por ella sin el mismo o mutuo consentimiento y facultad o licencia, que debe prestar el marido, o con licencia del Rey en defecto de aquel consentimiento por causas o motivos que pueda haber para pedirla; esto en el caso de ser bienes libres, pues que para la enagenacion de los vinculados sabido es que no puede hacerse ni por uno ni por otro consorte, aunque haya mutua voluntad, sin que preceda para ello facultad real, que se libra por la Cámara.»

Se dió conocimiento al conde de la petición de su mujer, y a ésta se le pidió «testimonio del poder que dice tener de su marido para concluir la testamentaria, presentando nota firmada de las deudas que tenga contra sí, con la debida especificacion de créditos y cantidades respectivas y de las fincas que se propone enajenar, y valor de cada una de ellas».

El duque del Infantado, que seguía mediando en el asunto de orden del rey, escribió a la condesa (30 de enero de 1820), insistiendo en que diera satisfacción a los deseos del rey, expresados diez meses atrás por el secretario de Gracia y Justicia. Este pedía a la dama remitiese las condiciones, que ya otras veces había manifestado a Su Majestad, bajo las cuales ella se allanaba a reunirse con su marido. Ella sabía que éste siempre las había eludido, pues era notorio que no las había de cumplir.

Las condiciones que la condesa ponía para su reunión con el marido eran las siguientes¹:

¹ Constan en el expediente de la Presidencia, y una copia simple figuraba en el Archivo de Moctezuma en Lorca-Espín, n.º 3.

•Condiciones que pone la Condesa de Motezuma para verificar la reunion con su Marido, condescendiendo con la voluntad de S. M. a fin de que aquella sea permanente.

•1.^a La total reforma de conducta de su marido, bajo el supuesto de que, si verificada la reunión vuelve a sus extravíos, se pondrá en noticia de S. M. para que se les imponga, tanto al Conde como a las cómplices de sus desvaríos, el debido castigo merecido por la desobediencia a los preceptos de Dios y piadosos deseos de S. M.

•2.^a Que mediante a que la Condesa está activando por si la conclusión de la Testamentaria de su difunto Padre, cuyos pasos ha entorpecido el Conde, sin embargo del Poder que le confirió en Cádiz a 24 de Mayo de 1813, para evitar en lo subcesivo que repita semejante inconsecuencia, se le conzeda la habilitacion que tiene pedida a S. M.

•3.^a Que han de vivir los Condes independientes de su Madre, para evitar de este modo los disgustos que suelen acarrear el roze de distintas familias.

•4.^a Que antes de verificarse la reunión deberá entregar el Conde 5.000 reales vellon, que resta adeudando a la Condesa de los 40.000 que por Real Orden de 8 de Febrero de 1815 y repetida en 15 del mismo mes, 2 de marzo, 13, 16 y 19 de Julio de dicho año, se dignó S. M. mandar la entregase, quedandole al mismo tiempo expedita la acción de cobrar para pagar a sus acrehedores todo lo que hasta el dia en que se verifique tenga devengado en Nueva España por razon de los alimentos señalados por S. M. en dicha Real Orden de 2 de Marzo de 1815.

•5.^a Que para el pago de los 7.000 ducados que por las Capitulaciones Matrimoniales corresponden a la Condesa para alfileres, percibirá ésta, sin intervencion de su marido, la pensión que disfruta sobre la Encomienda mayor de Hornachos, y los dos mil reales mensuales que por Real Orden de 24 de Diciembre último cobra de Tesorería General a cuenta de lo devengado en America.

•6.^a Que el Conde ha de obtener la aprobación de S. M. de los artículos de las Capitulaciones Matrimoniales que necesitan este requisito.

»7.^a Que entregue el Conde las listas que tiene en su poder de las alhajas y muebles que devolvió a su Muger, pertenecientes al dote.

8.^a y ultima. Que en caso de dar lugar el Conde a nueva separación, percibirá la Condesa por alimentos la tercera parte de las rentas que disfrute su Marido, tanto en America como en la Peninsula, para no volver al estado de indigencia en que se ha visto.»

A este documento puso el conde, al recibirlo, la siguiente nota: «Este documento fué entregado a mi mismo, sin fecha ni firma, por el Excmo. Sr. D. Juan Solano de Torres, Secretario de Estado y del despacho de Gracia y Justicia, el día 11 de Abril de 1819.»

Queda el borrador de una carta del conde a su tío D. Antonio¹, que aclara la situación de ánimo del ex corregidor:

«Mi amado tío: Remito a V. el papelito adjunto de las condiciones puestas por esa bribona, y como si fuera asunto de V., con su talento y prudencia, ponga la contestacion a cada una como es justo y debido, y después nos veremos; pero todo reservadamente de usted para mi; pues cada vez que las leo me irrito y exalto hasta un punto que no puedo explicarselo a V., pues quiero quanto antes salir de estas cosas, y yo las copiaré de mi letra para entregarlas al amo.

»Vi ayer a Puente² y le dixe lo mismo en que habiamos quedado.

»Disimule V. estas molestias, pero yo no tengo ni debo acudir a nadie para mis cosas sino a V., y ya que le ha tocado la suerte de estar aquí, tenga V. paciencia, pues quiero ver si de una vez tenemos tranquilidad.

»De V. su affmo. sobrino que le quiere de corazon.—M. Alfonso. (Rubricado.) Hoy 11 Abril 1819.»

Ya sabemos quién redactó el escrito presentado al rey, con fecha 1 de mayo, obra de un hombre perito en materias jurídicas³:

¹ Espín-Lorca n.º 20. Este D. Antonio era hermano de su padre, D. José Marcilla de Teruel, y fué hasta su muerte administrador de la Real Empresa de Pantanos de Lorca, intendente de Provincia y padre de D. Pedro Nolasco, que heredó a D. Alfonso en sus bienes y títulos. (Nota del señor Espín Rael.)

² Don Pedro de la Puente Caballero fué corregidor de Lorca (1814-1819), gran amigo y compañero de D. Antonio, como se llamaban ellos en sus cartas. Hijo de éste fué don Fermín de la Puente Apecechea, académico de la Española después de Lista († 1848), y fallecido en 2 de agosto de 1875. (Nota del señor Espín Rael.)

³ A. H. N. *Consejo de Castilla. Presidencia*, leg. 11787.

«1.^a Aun en el supuesto efectivo de que la conducta del marido debiese sufrir una total reforma, la dictadura de la condicion es contra las buenas costumbres, trastorna el orden social, invierte el conyugal, y dicta en cierto modo leyes anticipadas a S. M. mismo. Ella supone por de contado una conducta indudablemente criminal, que la misma condicion trata de figurar incorregible, y no indica ciertamente sinceros deseos de reunion una muger que pacta castigos a diestro y siniestro por desobediencias a Dios y al Rey, anunciadas en globo para figurar sacrificios imaginarios, pues al fin si el marido, despues de la reunion, fuese tan delinquente, nadie la corta a la muger el arbitrio de la queixa, ni S. M. necesita de pactos preventivos para castigar a los que lo merecen, despues de estar bien seguro de la justicia de la queja. Las leyes saben que los maridos puedan delinquir como las mugeres, y refrenan y castigan a unos y otros con las penas correspondientes; pero reservan su imposicion al Soberano y a sus tribunales con pleno conocimiento de la causa, no consienten que en ningún caso dicten leyes la mugeres a los maridos, y aun en el mas crítico lanze, que es el de la demanda de divorcio puesta por la muger, decretan el depósito de ésta a eleccion y voluntad del marido, y reconocen su superioridad en todo el progreso del juicio, y hasta la executoria que le sanciona delinquente. Si esto sucede quando la muger pide una separacion perpetua de tálamo y casa, ¿cómo podrá tolerarse que para tratar de una reunion, ponga por condicion la muger la total reforma de conducta, suponiendo totalmente mala la de su marido, y prevenga castigos, como si sin su prevencion o pacto pudiera permitir el orden que el marido tuviese impunemente una conducta criminal en toda la estension de la voz? En fin, Señor, esta condicion es una acusacion formal, y ella sola basta para acreditar el espiritu de quien la dicta, para degradar enteramente al marido, y para abrir la puerta a quejas infundadas desde el dia siguiente de la reunion. Si la conducta del marido fuese mala, la muger puede quejarse, y probandola, debe estar segura de la justicia de V. M., asi como, en contrario caso, de su desprecio y de su indignacion; esto es lo que afianza el orden sin opresion de la muger, y sin impunidad ni degradacion del marido; todo lo demas le invierte y le destroza.

«2.^a La segunda condicion es de igual clase, aunque no de la misma trascendencia. El marido es el administrador absoluto y director

de los bienes de su muger, y todo lo que sea privarle de las gestiones de tal, no sólo es degradarle, sino calificarle en la opinion pública de inepto o de malversador. El Conde tiene igual interés que su muger en activar las conclusiones de la testamentaria de su Padre, y es más facil decir que probar, que la haya entorpecido, si dijera como satisfaria con seguridad, y con la misma hará ver, en caso necesario por documentos incontestables, que en los 17 años que corre a su cargo el manejo de su casa, ha sido un buen administrador, en cuyo supuesto no merece por cierto que se le califique de lo contrario en la opinion publica, defraudándole de una parte esencial de los derechos que le da la ley por su calidad de marido para ponerla en manos de su muger, a quien la misma ley rehusa la administracion de sus propios bienes, constante el marido.

»3.^a Esta condicion conspira a mortificar al Conde, por decirlo asi, a prevencion, pues que se dice que se propone para evitar los disgustos que suele acarrear el roze de distintas familias. El Conde ama tiernamente a su madre y es correspondido por ella; los deseos de esta Señora siempre han sido dirigidos a la conservacion de la paz con la discrecion propia de su edad, y de su entendimiento. Las familias, ya que se usa de esta voz impropriamente, porque los del suyo y la madre son una misma, no ocasionan disgustos cuando los que las gobiernan se conducen como deben. El Conde seria el primero que hiciera un sacrificio de su amor filial, a su quietud conyugal y a la de su muger, si hubiera visto antes, o previera para lo sucesivo, motivos de disgustos reciprocos que la prudencia no pudiera prevenir; pero ni ha visto ni vee ninguno de esta especie, y pues que la Condesa no los describe tampoco, no parece que hay justa razon para acceder a una separacion tan dolorosa y que ocasionaria ademas un conocido aumento de gastos a la casa, sobradamente atrasada.

»4.^a La quarta condicion es relativa solo a intereses que no debian ciertamente formar parte de un tratado preliminar de reunion. Si ésta no se verificase, la Condesa tiene expeditas las facultades que la concedieron los Reales Decretos; pero para el caso de verificarse es inadmisibile la condicion, porque correrán a cargo de su marido los pagos de sus acrehedores hasta la cantidad que para este objeto fue pedida y concedida por los Reales Decretos.

»5.^a La 5.^a condicion acaba de echar el sello a la demostracion,

ó de la injusta desconfianza que tiene la Condesa, ó (lo que será mas cierto) de que aspira directamente a evitar la reunion con que aparenta conformarse, poniendo para ello condiciones del todo inadmisibles. Con efecto, por esta condicion quiere destruir directamente uno de los pactos bajo que se celebró el matrimonio, pues que en las capitulaciones matrimoniales no se hizo designacion de finca para el pago de sus alfileres. Los 2000 reales mensuales que ultimamente la concedio V. M. se apoyan sobre el estado de separacion, y por consecuencia deberian cesar en el de reunion, no habiendo el menor motivo para aumentar a la Condesa su haber personal por haber vivido un tiempo separada de su marido. Repite éste que ni es ni ha sido disipador; que sus atrasos, que por necesidad habian de comprehender a su muger, unida o separada, nacen, como a V. M. le consta, de causas inculpables, y que su soberana dignacion trata de remediar en cuanto puede, y asi no hay ni razon ni fundamento para alterar en lo mas mínimo los pactos fundamentales del enlace, y solo el anunciarlo acredita que al allanarse la Condesa aparentemente a la reunion y estado de paz, prepara por todos estilos la guerra y la separacion, pues no pueden leerse sus condiciones sin abundar en la opinion de que quiere desposeer a su marido, en quanto la es dable, de las prerrogativas y derechos que le concede la ley en todo estado de cosas, y erigirse en celadora de su conducta con seguridad anticipada de buen exito en sus quejas, que si se accediera a sus condiciones serian tan continuas como frívolas, V. M. comprehendera que no hay hombre que pueda aceptar impunemente condiciones tan humillantes y en que está fixada a prevenicion la turbacion continua de su tranquilidad y de sus derechos.

•6.^a Esta conforme el Conde en solicitar la Real aprobacion de las capitulaciones matrimoniales que necesitan este requisito, sin que perjudiquen los derechos del inmediato a la Casa.

•7.^a En cuanto a la 7.^a condicion, dirá solo que ignora absolutamente el uso que quiere hacer la Condesa de las listas que pide en ella.

•8.^a No deberia poner gran dificultad en acceder por su parte a esta octava condicion siempre que le fuese decoroso o lícito dictar por su parte otra igual correspondiente para el caso en que fuese la Condesa la que diese lugar a una nueva separacion; pero está muy lexos de prevenir el juicio del soberano y de sobreponerse a las leyes

ni antes ni despues del acaecimiento de los sucesos. La Condesa, en caso de una nueva separacion, encontrará en las leyes lo que la corresponde, segun las causas que la hubieren motivado, y si, por accidente, no encontrara la ocurrencia bien marcada en ellas, hallará la ley que la convenga y la cuadre en la resolución de V. M., que no será nunca conforme a su voluntad, sino a la razón y justicia que indudablemente administrará V. M. a quien la tenga. ¿Pero es, por ventura, licito, decoroso ni honesto, al tratar de reunion, poner una condicion concreta al solo caso de que el marido la motive y suponiendo por lo mismo imposible que la motive la muger, para asegurarse ésta la parte que le acomoda de las rentas totales de su marido?

»Estas condiciones, Señor, o analizadas en particular o meditadas en general, hacen demostrable el pronóstico tantas veces repetido por el Conde de que su muger no está nada menos que dispuesta a la reunion, que no se atreve a resistir abiertamente por no oponerse a las intenciones y deseos de V. M. El Conde está dispuesto a recibir a su muger con olvido absoluto de lo pasado y a tratarla como debe hacerlo; pero con dignidad, con decoro y sin condiciones ominosas que anuncian condiciones hostiles y que, aun dictadas por un tribunal de justicia despues de un juicio contradictorio en que venciese la muger y sucumbiese el marido, y estampadas por consecuencia en una solemne executoria, debería una muger de su clase romper y olvidar, si deseaba sinceramente la reconciliacion del matrimonio, por que ésta no es efectivamente compatible con ningun género de leyes dictadas por la mujer al marido y mucho menos con las de esta especie.»

Dispuso el rey (24 diciembre 1819) que se enviaran los documentos anteriores al presidente del Consejo para que, con la brevedad posible, le informara y pudiera recaer en el asunto la real determinación correspondiente.

El duque presidente escribía a la condesa (30 de enero de 1820): «Enterado de tales proposiciones, no puedo menos de manifestar a V. E. que, sean los que quisieren los motivos que haya podido tener o tenga para ellas, acaso no serán muy conducentes al objeto, porque, sin ser decorosas al Conde, en cierta manera tambien ofenden la autoridad, como precisándola a que pacte condiciones para cumplirlas, como si necesitare de ello para hacer sus deberes en cualquiera caso.

»A V. E. y al Conde su marido interesa mucho esta reunion, y que sea permanente, procurando cada uno por su parte contribuir al objeto. El Conde está pronto a la reunion y a olvidar todo lo pasado, pero resiste condiciones que en cierta manera le degraden; y si V. E. desea por su parte esta reunion, tambien parece necesario que ceda algun tanto, limitando sus proposiciones a lo que pueda ser relativo unicamente a la testamentaria de su difunto padre y al pago de acreedores, pues en lo demás, si verificada la reunion el Conde diese ocasion por su parte a nuevas desavenencias o disturbios, V. E. debe descansar en la justificacion del Soberano, que sabrá poner remedio cuando fuere necesario y preciso.

»Yo deseo contribuir por mi parte al beneficio comun, y de ello tiene V. E. algun conocimiento; mas precisado ahora a manifestar a S. M. mi parecer sobre el asunto, espero que V. E., como tan interesada en la reunion del matrimonio, y teniendo presente que las proposiciones que ha hecho puedan parecer ofensivas e indecorosas al Conde y producir un efecto enteramente contrario, se servirá meditar sobre ellas y decirme su resolucion de modo que pueda yo proceder con este indispensable conocimiento.»

La condesa respondió inmediatamente (1 de febrero de 1820): «Procuraré—contestaba—por mi parte dar a V. E. toda la luz necesaria para que pueda fundar y evacuar su informe con la brevedad que de Real Orden se le exige. No ignora V. E. que esta es la tercera vez que me hallo separada de mi marido, y que de buena fee, luego que en las anteriores me llamó, ofreciendo su arrepentimiento (porque entonces le convenía enmendar esa nota) me presté a sufrir una suerte mas infeliz, y viéndome, por último, precisada a nueva separacion de cuyas resultas he experimentado en lo fisico y lo moral días muy amargos.

»V. E. mejor que nadie puede estar cerciorado de la necesidad de las condiciones que yo exijo, pues presencié que en el año de 1815 fueron precisas siete Reales ordenes para el cobro de 40.000 reales a cuenta de los atrasos que me adeudaba de alimentos, y consiguió que éstos se me continuasen en America, de donde no he percibido hasta el dia un solo maravedi, siendo de advertir que de dicha cantidad me resta aun 5.000 reales, que en los cinco años que han transcurrido no he podido cobrar.

«Estoy muy lejos de exigir condiciones de S. M. que depriman su soberana autoridad, y así es que las que siempre he presentado obligan sólo a mi marido a cumplir con su deber, y si no se hubiese separado de él, eran inútiles los esfuerzos para realizar la reunion, pues no hubiera ocurrido separacion.

«Las leyes que señalan el castigo que debe imponerse al que comete tal o cual delito no deprimen la Real autoridad, sino que obligan al vasallo a contenerse en sus límites, porque en saliendo de ellos sabe la pena en que incurre.

«Los contratos tampoco ofenden a las partes que los convienen, porque vemos de continuo a los soberanos, cuya esfera es superior a la de los demás hombres y de cuya buena fee no debe dudarse, hacer tratados para el buen regimen y gobierno particular de ciertos puntos que posteriormente pueden causar trastornos y nuevas competencias, que es lo que yo procuro excusar en las condiciones que he presentado.

«Me ha llamado mucho la atencion una proposicion que comprende el referido oficio de V. E., y es que mi marido está pronto a olvidar todo lo pasado; y quisiera ciertamente tuviera V. E. la bondad de aclararme qué defecto mio es el perdonado, y que ofrece olvidar, pues mi conciencia no me acusa de haber faltado ni a Dios ni a mis deberes.

«Si yo diese mas extension por escrito a las condiciones que he propuesto podría ocasionar disturbios e impedir mas la reunion que deseo porque sé que en ello complazco a S. M., de quien tantas distinciones he merecido y merezco, y así espero se sirva V. E. decirme cuáles son las que juzga se oponen a lo justo para expresar las causas en que las apoyo; y siempre que S. M. o V. E. las declaren, con su justificacion, infundadas, sucumbiré, prestándome con docilidad a obedecer los soberanos preceptos.»

No consta nada más en este largo expediente; pero sabemos, por el testamento del conde, que el matrimonio no llegó a reconciliarse. A su disposición de última voluntad, otorgada en París en el año 1826, añadió una instrucción a los testamentarios en relación con las cosas de su mujer, y en ella dice claramente: «Habiéndonos separado por convenio entre los dos, a causa de no poder-nos avenir, le entregué... todas sus alhajas, de brillantes, oro, perlas, plata...»

8.—¿ASPIRÓ EL CONDE DE MOTEZUMA AL IMPERIO DE MÉJICO?

Con pasaporte dado por el jefe político de Madrid el 27 de julio de 1821, en virtud de la nueva legislación sobre policía implantada por el Gobierno constitucional, salió de Madrid Motezuma, diciendo que iba a Bañeras, a tomar las aguas. Su viaje se desarrolló de otro modo, según contaba el embajador de España en París, marqués de Casa Irujo, en comunicación de 15 de septiembre de 1821, dirigida al ministro, D. Eusebio de Bardaxí y Azara¹:

«Hace pocos días —decía— sé presentó en esta Legacion el Conde de Motezuma con pasaporte dado por el Gefe Politico de Madrid con fecha 27 de Julio para pasar a Bañeras a tomar baños, con su ayuda de Camara D. Faustino Gallego, incluso en el mismo pasaporte; presentóse al mismo tiempo como compañero de viage de Motezuma otro español, portador tambien de un pasaporte de ese Gobierno Político, a favor de Don Antonio Garcia de la Puente, vecino de Madrid, dado para el mismo punto, con el mismo objeto y en el mismo día que el anterior, y ambos sugetos, segun sus pasaportes, han sido abonados por el Secretarió de ese Gobierno Político con dichos pasaportes, sin que conste hayan pasado a Bañeras, y, habiendose detenido algunos dias en Burdeos, han venido a esta Corte.

»A este tiempo el periódico francés *El Constitucional*, con fecha de ayer 14, en el capitulo de Madrid, fecha 3 del corriente, puso un articulo notable sobre el viage de Motezuma, que llamó desde luego mi atencion, y más aun las noticias que por conducto nada despreciable han llegado a mis oidos.

»Segun ellas, el Diputado de Cortes por Yucatán Don F. Zavala es el promovedor del proyecto, que se supone tiene el Conde de Motezuma de pasar a Nueva España a reclamar el trono de sus ascendientes: el mismo Zavala, segun me aseguran, se da francamente por autor de la idea. El plan formado primeramente era, según parece, el de embarcarse en Burdeos para Londres, y transfe-

¹ Archivo de Indias, *Estado*, 42-(52). Enviada por duplicado.

rirse de allí a un punto de los Estados Unidos, desde donde podría entablar sus pretensiones; le auxiliaban en su empresa un clérigo natural de Nueva España, llamado Carrera, y F. Santiago Rotalde, sugeto bien conocido.

•No se sabe qué les haya movido a variar el plan y pasar a París; pero no puedo menos de manifestar a V. E. que las intenciones de Motezuma y del compañero que se ha presentado baxo el nombre de Don Antonio García de la Puente son, efectivamente, de pasar a Londres, y me han pedido que les vise sus pasaportes para este destino; mas los antecedentes que llevo referidos me han puesto en el caso de suspenderles el visto hasta tomar mayor conocimiento y examinar, si es posible, la exactitud de los informes que se me han dado.

•Despues de escrito lo que precede se me ha presentado el Conde de Motezuma, insistiendo en pedirme le vise su pasaporte para Londres; pero he creído de mi obligación no acceder a su demanda en vista de todas las circunstancias accesorias de su misterioso viage, empleando en mi negativa la urbanidad correspondiente. El Conde supuso que mi resolucion se fundaba unicamente en los articulos que han aparecido impresos en las gazetas; pero yo le he asegurado, como en efecto es asi, que dimanaba de razones mas sólidas y fundadas. Le añadí que no podía entrar con él en explicaciones circunstanciadas, pero que le pronunciaria dos nombres, que le harian conocer estaba bastante bien informado de las ideas con que habian querido seducirle: entonces le nombre a Zavala y a Rotalde, lo que parecio hacerle bastante impresion. Entro en seguida en algunas explicaciones, manifestando que si él hubiera querido acoger semejantes ideas, no habria tanta necesidad de venir a París; que su viage a Londres no tenia mas objeto que el de ver el modo de negociar sus créditos contra sus estados de Nueva España, que ascendian a siete millones; que esto era impracticable en los puertos de la Peninsula; a lo que le contesté que todo eso podria muy bien ser cierto, pero que, atendidas todas las circunstancias del caso, y con presencia de que el pasaporte que se le dió en Madrid era para Bañeras, donde no ha estado, me creia obligado, aunque con mucho sentimiento mio, a negarle el visto que solicitaba para Londres. Me dixo me pasaria un oficio, tanto para esto como quizás para vindicarse de las opiniones y proyectos que tan injustamente se le atribuían; a lo que le observé que no tendria que responderle por

escrito más que lo que le habia dicho de palabra, y que él no podria menos de hacerse cargo de la responsabilidad que recaia sobre mi si baxo las circunstancias que se habian presentado aqui, y las noticias confidenciales, pero fidedignas, que yo tenia y no habian aparecido en las Gazetas, le diese yo un pasaporte que contribuyese a facilitar proyectos tan descabellados; que sabia muy bien que él podia irse a Inglaterra sin mi pasaporte, pero que en todo caso yo cumpliria con mi deber.

•Este es el estado que tiene ahora este negocio. Es probable que antes que pueda partir esta carta me haga el Conde de Motezuma la representacion anunciada; a todo evento, si hubiese algo que añadir, lo pondré a continuacion. •

Con la misma fecha 15 de septiembre repetía otro despacho Casa Irujo, en que aclaraba algo más el asunto.

•La aparicion aqui del Conde de Motezuma—decia—no ha dexado de sorprenderme: se me ha presentado con un pasaporte para Bañeras dado por el Xefe Politico de Madrid, Copons. Del pasaporte no resulta haya estado en Bañeras. Dicen viene acompañado del bien conocido en Cadiz y Madrid el Coronel Don Santiago Rotalde, y de un Cura del Reyno de Mexico, grande intrigante y embrollón. Si Rotalde viene con él ha llegado con un nombre supuesto¹. En la visita que me hizo el Conde a su llegada hace unos cinco días me dixo iba á Ynglaterra á arreglar algunos intereses, pues considerado el estado de la España consideraba necesaria esta medida y luego *retirarse á su casa*. Yo presumia queria decir á Murcia, pueblo de su nacimiento y de la residencia de su Familia; pero los rumores que se han esparcido con motivo de su viaje presumo ha querido el dar á las palabras *su casa* una interpretacion muy diferente.

•He sabido despues indirectamente por el Señor Arispe, Diputado Americano en Cortes, que los tales rumores, por descabellados que me pareciesen al principio, no carecen de fundamento, y que un Diputado tambien en Cortes por Yucatan, llamado Zabala, que se halla aqui y que tiene la reputación de grande intrigante, le ha metido en la cabeza el desatinado proyecto de trasladarse

¹ El embajador, en su despacho anteriormente copiado, se mostraba muy escamado del D. Antonio García de la Puente, vecino de Madrid, que iba con Moctezuma. ¿Sería acaso Rotalde el personaje oculto bajo aquel nombre?

á Mexico, y presentarse alli como un vástago de la familia de los antiguos Emperadores de aquel Pays, con la esperanza de que en las circunstancias actuales Ytúrbide, Guerrero, Victoria y Guadalupe le declararán Soberano y que á la sombra de este simulacro establecerán el Gobierno que les acomode. Me aseguran que la primera idea que tuvo fué embarcarse en Burdeos; pero como entre él y sus asociados no tienen mas fondos que 40.000 reales, les han aconsejado vaya Motezuma á Ynglaterra, donde la codicia aventurada de algunos comerciantes le habilitará, como hicieron con Cochrán, Renovales y otros, con Buques, dinero y otros articulos necesarios. Sea como quiera, antes de ayer me traxeron su Pasaporte para que lo visase para Ynglaterra, á lo que me he rehusado. Pienso enviarle á llamar, darle algunos consejos, avisar lo correspondiente á Onís, y tomar las demas medidas que exigen las circunstancias del caso.»

El día 16, Motezuma se dirigió al embajador en Paris con la siguiente carta: «Habiendo salido de España con pasaporte para Francia con el objeto de recuperar mi salud, y también con el de negociar mis créditos de América, sin cuyo cobro no puedo satisfacer mis atrasos ni atender a mi subsistencia, después de haber tratado en este reyno con algunos comerciantes, y de haber tenido el disgusto de oir proposiciones poco arregladas, determiné pasar á Inglaterra, donde me han dicho podré conseguir mejor cambio. A este efecto, y con expresión verbal de él, pedi á V. E. me renovase el pasaporte mismo que se me dió en España, y después de habermelo prometido¹ he oido con admiracion de la boca de Vuecencia que no quiere darmele, fundado en mi titulo y en los vagos rumores que se han esparcido, tal vez por émulos y enemigos mios respecto á el objeto de mi viaje».

«Como ni á mi salida de Madrid ni despues en todo mi viage he tenido motivo ninguno de ocultarle, ni tampoco las causas que le motivan, y como jamás pude persuadirme que por rumores vagos se me privase de hacer lo que en justicia no puede negarse

¹ No parece cierta esta afirmación del conde, si se tiene presente la primera carta del marqués de Casa Irujo.

² No es fácil pensar quiénes podrían ser estos «émulos y enemigos». Lo mismo había de decir más adelante al conde de la Puebla del Maestre, sumiller de Corps de Fernando VII.

á ninguno, principalmente por un Gobierno libre como el de España; para que en todo tiempo conste la conducta que conmigo se ha observado y pueda hacer público que no por culpa mia, sino por voluntad de V. E. se me ha privado de la libertad de que goza todo ciudadano, espero que V. E. se servirá contestarme, en el modo que tenga por conducente, y que sea bastante para que en el particular no quede en problema el motivo porque se me ha forzado á suspender mi paso á Inglaterra.»

A lo que contestó el embajador el 17: «He recibido el oficio de V. E., su fecha de ayer 16, en que me pide *vise*, para pasar á Londres, el pasaporte que sacó V. E. de Madrid para ir á Bañeras; y me es muy sensible no poder acceder desde luego, y hasta consultar con la Superioridad, á esta solicitud de V. E. Verbalmente le manifesté las fundadas razones que tenía para tomar esta determinación, y no veo en el oficio de V. E. motivo que me permita variarla.

•A fin de evitar á V. E., en cuanto esté de mi parte, los perjuicios que este retardo pudiera ocasionar á V. E., doy cuenta de todo á la Corte con esta misma fecha. Como la respuesta no debe tardar mas de tres semanas, me persuado que no podrá ser gravosa á V. E. ni notablemente perjudicial á sus intereses esta demora en Paris, y que, al contrario, reconocerá en la medida que he creído deber tomar, y que nada tiene de arbitraria, un verdadero deseo en mi de que V. E. pueda efectuar, con la debida autorizacion, el viage que piensa hacer á Inglaterra, y de que quede al mismo tiempo cubierta la responsabilidad que mi destino me impone.»

A estos despachos se les puso el 1 de octubre la siguiente resolución: «Enterados, y que ya se tenía aquí alguna idea del descabellado proyecto de Motezuma. Que ha hecho bien denegarle el pasaporte para Londres, y que avise lo que pueda averiguar.»

Supo el rey lo sucedido entre Casa Irujo y Moctezuma, y leyó las comunicaciones atrás referidas; «y enterado de todo, y teniendo en cuenta que el Conde, como Grande de España, no ha debido salir de su territorio sin Real licencia», se sirvió Su Majestad aprobar la conducta del marqués embajador¹.

El efecto producido por estas noticias en la Corte de Fernan-

¹ Comunicación de D. Vicente Cano Manuel, fecha 5 de octubre, al secretario del despacho de Estado. Se le comunicó á Casa Irujo, para su satisfacción, á 8 de octubre. (Archivo de Indias. *Estado*, leg. 42-52), cit.)

do VII se ve claro en la orden que por el Negociado político de la Sección de Gobierno de Ultramar, enviada reservadamente a los Jefes políticos de la Habana y Veracruz, se dió el 10 de octubre de 1821, y que decía así¹: «Teniendo el Rey noticias positivas de haberse ausentado de esta Península y pasado el Conde de Motezuma a Francia, sin su correspondiente Real permiso ni el debido pasaporte del Ministerio de Estado, y que con ideas muy torcidas y publicas trataba de trasladarse a Nueva España, es la voluntad de S. M. que V. S. le detenga inmediatamente que se presente en ese Puerto, y le remita con la seguridad y decoro convenientes á disposicion de este Ministerio de mi cargo; poniendo en efecto en ejercicio cuantos recursos esten á su alcance, á fin de descubrir al expresado, caso de que se presente disfrazado para poder ocultar sus siniestros designios.»

No desistía Motezuma de sus «ideas torcidas». El 13 de octubre volvía a comunicar Casa Irujo²: «Por el Diputado Americano Ramos Arispe (que acaba de marchar al Havre a embarcarse para su pays en uso de la licencia que tiene) he sabido que el Conde de Motezuma no ha abandonado sus proyectos descabelladamente ambiciosos, apoyado por el Diputado Zavala y por el Coronel Rotalde; el primero de estos parece piensa pasar a Burdeos a embarcarse para América; favorece la idea y aconseja su execucion el llamado Vice-Presidente de la Republica de Columbia, Zea. Estas noticias las ha dado Arispe al Secretario de esta Legacion Don José Noguera, y despues me las ha confirmado a mi mismo. Zavala ha dicho a otra persona que habia pedido licencia para restituirse a su pays por probarle mal el clima de Europa, y que pensaba pasar a Burdeos para estar pronto a embarcarse, si se le concedia la licencia, o a volver a España, si se le negaba. Rotalde dixo ayer en esta Legacion que Motezuma habia desaparecido de su posada y que creia que se habia marchado a Londres; afecta estar mal con aquél.

»Lo aviso a V. E. para su conocimiento y en consecuencia de lo que se sirve prevenirme con fecha de 1. (*sic*) del corriente, por lo que quedo enterado de haber aprobado S. M. el partido que tomé de negar el pasaporte a Motezuma para pasar a Londres.»

¹ Archivo de Indias. *Audiencia de México*, leg. 1680.

² Archivo de Indias, *Estado*, 42-(52).

«P. D.—Por si fuese cierta la desaparicion de Motezuma, se avisa a Onís lo conveniente para su gobierno, y para que vigile sobre su conducta y relaciones en Londres. Daré igual aviso al Ministro secretario del Rey en los Estados Vnidos, tanto más que hay motivos para sospechar que el plan de Motezuma es empezar a sondar y preparar el terreno desde la Nueva Orleans por medio de proclamas.»

Moctezuma siguió terco en su intento de pasar a Londres, y lo hizo sin pasaporte. El ministro de España en Londres, D. Luis de Onís, lo comunicaba a Bardaxí, con estas palabras, el 16 de octubre: «Acaba de llegar aqui el Conde de Motezuma: ha venido á verme y se ha quejado de que el Señor Marqués de Casa-Yrujo no le habia querido dar pasaporte y habia tenido que venir sin él. Me añadió que habia ido á Paris para ver si encontraba medio de negociar algunos créditos de los que tenia en Mexico, y que, no habiendolo obtenido, venia aqui con el mismo objeto, y que regresaria á España, pues lo que él queria, á pesar de cuanto las Gazetas habian publicado de su proyecto de pasar á Mexico, era reunirse á su familia en la Peninsula. Pidióme salvo conducto y recomendaciones para permanecer aqui, pero le dije que esto no era necesario, que conduciendose bien, nadie se meteria con él; pero que si le sucedia algo contase con mi proteccion, y con mi pasaporte para regresar a España por la via de Francia, pues lo de Mexico estaba bien seguro no le habia pasado por la cabeza. A pesar de esto, he pasado oficio al Consul General, para que traslade á todos los Señores Cónsules la orden más terminante de celar sobre el embarco de este sugeto, si por casualidad intentase hacerlo para América en alguno de estos puertos; y de impedirlo por todos los medios que esten en su arbitrio, y de no poderlo hacer, que lo comuniquen por todas las vias posibles á Vera-Cruz y la Habana, para que aquellos Gefes se hallen tambien prevenidos de ello. Pienso igualmente pasar hoy una nota á este Gobierno, valga por lo que valiese, á fin de que no permita que el citado Conde de Motezuma se embarque en ninguno de estos puertos para algun punto de America.»

El rey aprobaba (12 noviembre) estas medidas de Onís para impedir que Moctezuma pasara a Méjico, y le mandaba observar las conexiones de éste con «los aventureros de empresas descabelladas». Entretanto, Casa Irujo no lograba saber (20 octubre)

de cierto dónde estaba Moctezuma, ni si se había ido a Londres, a pesar de haber hecho las diligencias necesarias, incluso por medio de la Policía. Pero ya el 23 se enteró, y le comunicó a Onís las resoluciones del rey sobre el caso. El 27 de noviembre ya había vuelto a París el conde, después de haberse presentado en la Legación a pedir su correspondiente pasaporte. La conducta de Onís mereció la aprobación de Su Majestad.

Tal es el relato de la descabellada aventura de Moctezuma, según los agentes diplomáticos españoles. Veamos cómo la narran los historiadores mejicanos.

Las «ideas torcidas y públicas» que el de Moctezuma llevaba están reproducidas claramente por las noticias que el diputado mejicano D. Miguel Ramos Arizpe daba a D. Lucas Alamán en carta fechada en París a 15 de septiembre de 1821¹. Recordemos, antes de citar las palabras de Ramos, que los mejicanos habían decidido mantener la Monarquía como forma de gobierno después de la independencia, y andaban en busca del futuro rey, pensando en alguno de los hermanos de Fernando VII. Y Ramos se justificaba de las calumnias y rumores que lo suponían como partidario de nombrar al conde de Moctezuma emperador de Méjico².

¹ Algo de esto debió de decir Ramos al jefe político de la Habana, según comunicación de 23 de marzo de 1822. (Archivo de Indias. *Estado*, 42-52).

² Alamán, *Historia de México* citada, ap. n.º 20, pág. 75: «Miro como una prueba de su sincera amistad su apreciable carta de 3 del corriente, relativa a la desaparición del Conde de Moctezuma y voces que corrían en conversaciones y se insinuaban así por periódicos relativos a mí. El Universal, que he leído, habla con referencia a noticias que le han ido de Burdeos, y supuesto que no me nombre, creo que habla con exactitud, pero refiriéndose no a mí, sino a Carrera, a quien indiscretamente y por dar importancia al proyecto habían anunciado como hombre o presbítero respetable, etc. Sea de ello lo que fuere, todo ello es una farsa, pero diabólica, que no pudiendo producir bien alguno ni aun para sus autores, solo produciría males, bien que en mi concepto ni estos pueden de hecho producir.»

Justifica su conducta consecuente, y dice:

«En las actas de Cortes consta que no quiero que vayan los Sres. Infantes de delegados y habría de llevar a un Moctezuma de emperador? Pensar tal cosa es una maldad que ni aun los que la parlan la creen. Bien saben los españoles que he preferido los calabozos, etc., a las altas y pingües dignidades y a las mitras, ofrecidas por quienes tenían un influjo cierto para darlas, y las dieron; y había de prostituirme después de haber triunfado gloriosamente desde los calabozos? No merecen sino... los que con malignidad atroz y bajo el principio de «calumniare, quia semper aliquid haeret», propalan esas especies. Ninguno de los papeles de esa ni de los de esta nación han tomado mi nombre en boca, o expresamente nombrado, y por eso no he contestado por medio de la prensa; pero no tengo inconveniente en autorizar a V. para sí, de acuerdo con Michelena, Ramirez

Ramos contaba que Moctezuma estaba en París con Rotalde y Zabala, que llegó antes que ellos. Los periódicos franceses del 14 de septiembre hablaron mucho de España, y con referencia a Moctezuma decían que había sido llamado varias veces por los indígenas, que adoraban el nombre de Moctezuma, para que los librase de la opresión y vejación de los criollos insurgentes. Ramos exhortaba a todos los amigos a aplicar su talento y virtudes «para no dar ocasión a Moctezuma ni a otros a pensar tonterías».

El gran historiador mejicano D. Lucas Alamán recoge las noticias del intento de Moctezuma con estas palabras:

«Los recientes sucesos de México lo decidieron a dejar ocultamente la capital de España e ir a París en compañía de dos

y Cortázar, creyere oportuno publicar por periodicos, en Cortes, en el gobierno mi modo de pensar, lo puede V. hacer, asegurando que jamás visité ni recibí visitas de Moctezuma; que jamás hablé ni me habló de su proyecto imperial; y que no he tenido ni tengo parte en ese tal proyecto de sentarlo como sucesor de Moctezuma en el trono electivo que ocupó aquél. Yo no juro por dos.

»Por lo que V. me dice, que pretenderá derivar sus derechos de sus abuelos Moctezuma, digo por decir algo: que de estas y de peores partes han querido otros deducir derechos semejantes en todos tiempos... A lo más que pueden aspirar es a *disminuir los [males] que existen y evitar que se multipliquen*. Esto he procurado yo en cuarenta y siete años de edad para todos los hombres, particularmente españoles, y más los once años que he tenido por obligación hacerlo de un modo tan obligante. Otros cargan esta honrosa carga en el día, y la desempeñan. Puede V. asegurar a todos que si no bastan las pruebas que les he dado de consideración y deferencia a la opinión de la mayoría, que me exijan las que quieran, pues siempre obraré por lo que la mayoría con conocimiento y libertad opinen.»

[Habla de un proyecto de viaje.]

«Moctezuma y Rotalde estan aquí con Zavala, que llegó antes que ellos a ésta; éste me había dicho que Corner quedaba en Burdeos indeciso si embarcarse para la Habana u otro punto, pero creo que ha venido a ésta con los dos primeros. Ayer han hablado estos periodicos mucho de España, y con referencia a Moctezuma dicen que ha sido llamado varias veces por los indígenas, que adoran el nombre de Moctezuma, para que los libre de la opresión y vejación de los criollos insurgentes. ¡Cuantos males puede traer a esos mismos indios miserables, pero tan dignos de dejar de serlo, una idea tan infernal!»

«Escribo hoy al Excmo. Sr. Secretario de Ultramar por el ministerio de aquí, para borrar alguna impresión que esas voces malignas pueda haber causado hacia mí.»

«No tengo tiempo para escribir hoy a los paisanos: valga ésta para todos, especialmente para los Sres. Mora, Michelena, Ramirez, Conto, Fagoaga, Cortázar y todos. Bien han menester todos la aplicación de su talento y virtudes, para no dar ocasión a Moctezuma ni a otros a pensar tonterías.

»Adios, mi amigo y buen paisano. Quiera V. mucho a nuestra desgraciada patria...»

(Firma: *Arizpe.*)

oficiales de algún mérito, llamado el uno Corner y el otro Rotalde. Díjose que el objeto de la evasión era presentarse en México para hacer se le diese la corona de aquel imperio, corroborando estas especies el haberse unido en Burdeos con el padre Carrera, mexicano, que acompañó al Marqués del Apartado en su viaje a Inglaterra, y con D. Lorenzo Zavala, natural de Yucatán, por cuya provincia había sido diputado en las Cortes, hombre de oscuro origen, dedicado a la medicina y a la filosofía...

•Con estas disposiciones, pronto se unió a Moctezuma, de quien, según se decía, había de ser primer ministro, así como Rotalde sería nombrado para el despacho de guerra. Creíase, sin embargo, que en todo ello andaban personas de mayor influencia, y que Ramos Arizpe fuese el primer promovedor, o el principal apoyo a este proyecto, con cuyo fin había ido a París durante el receso de las Cortes para esperar en aquella capital al pretendiente del trono mejicano; mas esta era una calumnia que Arizpe desmintió de la manera más solemne¹.

•Ya sea porque, descubierto el plan, del que se había hablado en los periodicos, venía a ser inejecutable, o porque nunca lo hubo, como Moctezuma decía, sosteniendo que su objeto en salir de España no había sido otro que asegurar el pago de la pensión que disfrutaba en México², el viaje no se verificó, y el supuesto pretendiente se quedó en Francia por mucho tiempo. •³

El relato burlesco de la ceremonia lo trazó después el señor Tornel en estas palabras⁴:

«Se hallaba en aquella capital el Sr. Marzilla, conde de Moctezu-

¹ Alamán, *Hist. cit.*, V, ap. 20, citado en la nota anterior. La idea de Ramos Arizpe sobre Moctezuma se insinúa en el oficio del jefe político de la Habana, a quien Ramos contó lo de París. (Archivo de Indias. *Audiencia de México*, leg. 1680.)

² Jaime Delgado, *España y México en el siglo XIX* (1820-1850). Tesis doctoral, 1948, página 122. El trono de Méjico «quedó vacilante, para desmoronarse, por los ataques de los republicanos o ser el objeto de las intrigas de los ambiciosos que aspiraban apoderarse de él», como el conde de Moctezuma, D. Alfonso Marcilla de Teruel, a quien se atribuyó tal intento, aunque fué rotundamente desmentido por él, pues explicó que el objeto de su viaje a París había sido solamente el asegurar el pago de la pensión que disfrutaba en Méjico.

³ Alamán, *Hist. cit.*, V, 576-578.

⁴ *Breve reseña de los acontecimientos más notables de la Nación mexicana, desde el año de 1821 hasta nuestros días*, escrita por el general José María Tornel y Mendivil, senador de la República (México. Imprenta Cumplido, Rebeldes, 2, 1852), páginas 42-44.

ma, grande de España y ex-corregidor de la coronada villa de Madrid, y vino a las mientes de Zavala aprovecharse de su candor para sacar sus gastos de viage, proveerse de libros y de otras cosas precisas. Auxiliado activamente por el festivo clérigo D. Joaquín Carrera, y por algunos otros mexicanos, metió en la pobre cabeza de Marzilla, que con solo querer podía restaurar en su persona la monarquía de sus mayores, a pesar de que el conde era tan indio como Zavala judío o musulmán. Llevaron tan adelante la farsa, que el improvisado Moctezuma III, fué instalado emperador en la sala de un hotel, nombró su ministro universal a Zavala, vicario general castrense al padre Carrera, y concedió otros empleos y honores, no solamente a los actores, sino hasta los mites (*sic*) en la burlesca representación de que debía ser la única víctima. Instruido el Sr. Ramos Arizpe de estos peligrosos juegos del moderno Maese Pedro, y receloso de que tan desatinado proyecto pudiera servir en su país de nuevo elemento de anarquía, puso en conocimiento de lo que pasaba al embajador español en París, quien dió cuenta de todo a su corte, siendo el resultado que al infeliz conde se le privara de sus títulos, se le embargaran sus posesiones en la península, y se le extrañara de los dominios de España. Marcilla residió algunos años en la ciudad de Nueva Orleáns, y en ella murió despreciado, abatido y pobre. Si el fecundo Molière viviera en nuestros tiempos, he aquí un asunto en que hubiera empleado sus sales cómicas, acaso con mejor éxito que en su inimitable *Hipócrita*.»

Si estas versiones de los historiadores mejicanos son indudablemente falsas, por exageración, tampoco la que el propio Moctezuma dió de su fuga debió ser la verdadera. Decía al rey, en representación fechada en Burdeos a 30 de enero de 1822': «Que a consecuencia de lo quebrantada que estaba mi salud con la continuación de cólicos biliosos, y que con ningún medicamento podía encontrar alivio me aconsejaron los facultativos que era preciso tomar los baños de Bañeras para ver si se me quitaban, única medicina que creían buena, como la mudanza de clima y pays; al momento arreglé mi viage, saqué pasaporte del Gefe Politico de Madrid, como que está autorizado para darlos segun el nuevo sistema de gobierno a todos

¹ Archivo del Palacio Nacional. Madrid. *Sección de Personal*. Expediente del conde de Moctezuma, gentilhombre de Cámara en ejercicio. Leg. 101.

los ciudadanos Españoles, emprendí mi viage a Bayona, y habiendo llegado allí mui incomodado, hice llamar a los facultativos del Pays, a los que hice una relación y la causa de mi viage; y despues de observarme bien algunos días, me digeron que no estaba en el caso de tomar las aguas ni baños por lo débil que tenía mi físico; que eran de parecer que, viajando por lo interior de la Francia con la variación de clima, alimentos y demás, que mudase la naturaleza y conseguiría algun alivio, como el fortificarme para el año siguiente tomar dichos baños. Con este dictamen resolví pasar a París y Londres para ver si conseguia el restablecimiento de mi salud, y al mismo tiempo si podía negociar algunos intereses de los que tengo en America para mantener mi familia y cumplir mis obligaciones, pués desde el año 1810 todas las órdenes que V. M. mandó circular ninguna ha sido cumplida por ningun Virrey, de manera que no tenía auxilio ninguno para subsistir.

»Habiendo estado en ambas cortes y no habiendo podido conseguir nada más que buenas esperanzas, por no tener noticias de Nueva España y no haber relaciones de comercio establecidas entre estas potencias, resolví volverme desde Londres a este punto para esperar aqui algunas noticias; pero la situación y ocurrencias de aquel Pays dilatan éstas, siendo indispensable que permanezca aqui hasta recibirlas positivas y que pueda establecer mi correspondencia con mi apoderado, para arreglar mis intereses y tener con que vivir.

»A V. M. suplico que, convencido de lo justas que son estas razones, me conceda su Real Licencia a fin de permanecer en esta Plaza el tiempo necesario para dichos fines, y después restituirme a mi Patria.

»Gracia, etc.»

A la instancia, que venía tramitada por el conducto ordinario del sumiller de Corps de Su Majestad, el conde de la Puebla del Maestre, acompañaba una carta particular al conde, en la cual aclaraba algo de lo que no dice el escrito al rey:

«Mi querido conde: Por la representación que te mando para Su Majestad te instruirás bien por extenso de todas mis ocurrencias desde mi salida de esa Corte hasta el día; y los fines que me propuse en mi viaje tan justos como se vee en mi relación tan clara; pero como las circunstancias han sido críticas, y lo seran mientras

que las cabezas no entren en orden, pues todo el fin es hablar mal de todos por ideas particulares, como ha sucedido conmigo, pues te confieso con ingenuidad, *jamás he visto ni oído mayores disparates*¹; pero como el tiempo es el mejor testigo, todo lo dexaba a él, y así es que no he querido contestar a ningún papel por esta razón; pues si no pedi licencia a S. M. es porque me dixeron que no había necesidad, y así no lo hice en aquella época, *a lo que se ha dado una interpretación nada favorable para mí*, pues S. M. jamás debía pensar que yo tenía ideas como las que me atribuían los enemigos míos por sus ideas particulares, *como el tiempo descubrirá*; y así espero que S. M. se desengañará con el tiempo de los que le amamos verdaderamente, pues de mí no tiene motivo alguno para dudar, pues en los encargos que ha puesto a mi cuidado he procurado desempeñarlos como es público y notorio, y que si no he hecho más ha sido porque no alcanzaba a más: por lo que convencido de todo y de mi verdad, *pues soy incapaz de decir una cosa por otra*, espero que hables a S. M. para que me despache o me conceda la licencia que solicito, de la que usaré el tiempo más preciso para arreglar mis intereses si vienen noticias, *pues ya deseo volverme a mi Patria y a mi Casa para vivir con tranquilidad y con mis conciudadanos*, y sobre todo *para estar al lado de S. M. como siempre y servirle* en lo que sea de su Real agrado, pues mis sentimientos y mis ideas no han variado ni variarán jamás por nada, y en toda época me encontrará dispuesto *a sacrificarme en defensa de su persona*, favor que espero merecer de tu verdadera y fina amistad.

»Espero me pongas a los R. P. de S. M., haciendole de mi parte las ofertas que son propias de nuestra clase, y que no anhele ni deseo mas que el que S. M. me emplee en lo que me crea útil a su Real persona y a toda su Real familia.

•A Baces y a su muger mil cosas de mi parte. Disimula esta molestia y espero que la resolución de S. M. se la des a mi amada Madre para que me la remita aquí, y tú, si crees que alguna cosa puedo ser útil, manda lo que gustes a tu affmo. compañero y verdadero amigo Q. T. M. B.—*M. Moctezuma.*»

Fernando VII, seguramente más por prudencia política que por convicción, aceptó como buenas las explicaciones que Moctezuma

¹ Subrayo por mi cuenta este y otros pasajes de esta carta.

daba, y le perdonó el no haber solicitado, como debía, permiso para el viaje. Le concedió (26 de febrero de 1822) «su Real licencia para permanecer en esa plaza por todo el tiempo que necesite para arreglar sus intereses, mandando al mismo tiempo que en lo sucesivo tenga V. E. presente que como dependiente de su Real Casa ni debe ausentarse de esta Corte y mucho menos para pasar a Pais extranjero sin obtener antes la competente Real licencia».

Al documento oficial acompañaba el conde de la Puebla del Maestre carta suya diciéndole que «el rey, bondadoso como siempre ha accedido a tu súplica, como verás por la adjunta orden; pero tu marcha precipitada sin haber obtenido la licencia de S. M. como debías, ni haberme dado parte de que te ausentabas como a Gefe que soy de tu clase, creo que han sido causa para que te se haga la prevención que observarás en el final de la orden.

•Tranquiliza tu imaginación con respecto a las ideas que crees hayan imbuido tus enemigos, *pues ignoro aun si los tienes*, y recibe expresiones de mis hijos con el afecto de tu verdadero amigo», etc.¹

Los dos documentos enviados a la condesa viuda de Mottezuma el 5 de marzo llegaron muy pronto a manos de Mottezuma, quien desde Burdeos, a 16 de marzo, daba las gracias al rey y al Conde. En la carta de éste se lee que esta licencia era para él «la gracia mayor que S. M. pudiera hacerme, pues como mis intereses están todos en América, si no estoy en alguna parte donde pueda escribir esta perdido por el semblante que han tomado las cosas, y oxala no sea necesario el tener que hacer un viaje alla, pues si llega este caso ya te lo comunicaré para que se lo digas a S. M. y me conceda su Real permiso para pasar arreglarlos y liquidarlos, pues como no tengo otros intereses mas que aquellos para mantener mi familia, es preciso que los arregle: *pero di a S. M. que jamás dará un paso sin su conocimiento, pues siempre me he conducido con el honor que debo, y sé lo que debo a S. M. y que siempre soy agradecido y siempre dispuesto a servirlo en lo que me mande.*

•Si S. M. me permitiera, le pasaría una notita con respecto a las cosas de América y a lo que conviene hacer para la felicidad de la España, pues es preciso conocer las circunstancias del día; con que

¹ Archivo del Palacio Nacional. *Sumilleria de Corps*. Registrado en el libro III de Salidas, n.º 11, año 1822.

me avisarás si S. M. determina lo haga por tu conducto: y me escribes por medio de mi Mamá.

•Quedo enterado de la advertencia que se me hace en la orden, y te repito que no pedí permiso porque me dixerón no había necesidad en el día, y no fue otra la causa; *pero me servirá de gobierno para lo sucesivo.*

•Agradezco las expresiones, etc•.

Fernando VII y su Gobierno, aunque no dieran crédito a los rumores de los periódicos y no supusieran capaz a Moctezuma de aspirar nada menos que al Imperio mejicano, tampoco debieron creer a pies juntillas las afirmaciones del conde. Fácilmente pudieron haberse enterado de que el fugitivo se llevó consigo, para ir a los baños, a curar sus cólicos biliosos, tomados a préstamo de unos banqueros o negociantes, los Vallarino, hasta 650.000 reales, para cuyo pago todavía en el año 1827 tenía embargadas las rentas de su mayorazgo de Guadix¹.

Da la casualidad de que por estas fechas (6 de marzo de 1822) el Consejo de Estado consulta al rey en lo concerniente a la pretensión del conde de Moctezuma, su mujer y hermana, la condesa viuda de la Cimera, sobre que se les continúe pagando por Tesorería general la asignación que disfrutaban con descuento en las cajas de Méjico.

El contador general de distribución pedía que «se declare si, no obstante lo dispuesto en Real Orden de Enero del año proximo pasado, y de la situación en que se halla el reino de Nueva España, como tambien la circunstancia de hallarse fuera de España el Conde de Moctezuma se le ha de continuar por la tesorería general el pago de su asignación, la de su mujer, y la de la Condesa viuda de la Cimera, así como las demás que tienen la calidad de reintegro por las Caxas de la Provincia de Ultramar».

En tiempos normales era conveniente este sistema de anticipos, «porque no sólo era fácil, pronto y seguro el reintegro, sino que, abonándose por el interesado el diez y ocho por ciento de conducción y haciéndose ésta por los buques de Guerra, salía siempre ganando la Hacienda Nacional». Ahora no se podía cobrar ningún anticipo. El Consejo opinaba que no debía continuarse esta gracia².

¹ Nota de Espín-Loica.

² A. H. N. *Estado*, leg. 114. Consulta n.º 10. Año 1822.

9.—MOCTEZUMA, TRAIDOR A ESPAÑA

A pesar de las encendidas protestas de Moctezuma de afecto a Fernando VII, no volvió a España. Siguió viviendo en Francia, con el alma más cerca de sus dineros de Méjico que de su propia patria. Su pensión allá, reconocida por la ley mejicana de 7 de agosto de 1823, le atraía; y prefirió esperar en París a volver a Madrid.

De su vida en París nos queda un testimonio bien extraordinario: el propio testamento ológrafo del conde de Moctezuma, otorgado el 16 de octubre de 1826, y cuya copia debemos a la buena amistad de D. Manuel Núñez de Arenas, profesor de la Sorbona¹.

Lo otorgó con motivo de su viaje a Méjico (para el cual obtenía pasaporte, como amigo de Floridablanca, el 21 de septiembre de 1826); y extraña sobremanera la falta de toda cláusula de carácter religioso: sólo menciona su voluntad respecto a que el entierro fuera modesto. Y admira todavía más que nombre por albaceas a súbditos franceses, «y jamás quiero que sea ningún español, y lo firmo por ser así mi voluntad». Claro que esto no impedía que le pareciesen muy buenas las fincas, las rentas, los dineros españoles...

Nos aclara la cuestión de sus relaciones con su esposa, doña María de los Dolores Alvarez de Faria, a la cual había entregado, bajo recibo, todas las alhajas, muebles y ropas que llevó al matrimonio, y de la cual no le quedaba sucesión, por haber muerto en Cádiz en 1809 el hijo único que tuvieron.

Reconocía crédito general a lo que dijera su apoderado en Madrid, D. Juan José de la Sotilla, quien había de ver la lista de sus deudas en París, anotadas en un papel y que habían de pagarse escrupulosamente. Declaraba que todas sus deudas hasta la fecha «han sido por las circunstancias y por no haberme pagado las rentas en America desde el año 1810».

¹ La primera pista de este documento nos la dió el marqués del Saltillo, nuestro buen amigo y compañero, hallada en un protocolo de Madrid. El documento se conserva en la Notaría que fué de monsieur Bouclier.

² Archives Nationales de Paris, F 7 12025 (745).

Dejaba varias mandas a criados y servidores y a un ahijado que tenía en Madrid, llamado Alfonso Vidal, cuya educación corría por cuenta del testador, a quien encargaba cuidar de su hermana Eugenia.

Con los Vallarino, sus prestamistas, seguía pleito en Madrid, y éste lo llevaba el señor Sotilla. Reconoce el testador que éste le adelantó alguna cantidad a cuenta de las propiedades que le compró.

Tenía también cuentas con D. Vicente González Arnao, el que era académico de la Española, que vivía a la sazón en el boulevard Bonne Nouvelle, número 2. Había hecho contrato de sus rentas atrasadas en Méjico en las Cajas Nacionales, hasta el 18 de junio de 1824, con la casa de los señores Ben, Irving y C.^a; el notario estaba instruido de este negocio. Mandaba reclamar las rentas posteriores a 1824.

Le habían ayudado en sus apuros y escasez un monsieur Henri Ficher, vecino de París, faubourg St. Honoré, número 44, a quien mandaba 10.000 francos, y madame Lise Leroux, que vivía en París, rue Neuve d'Artois, número 48, a la que nombraba heredera general de todos sus bienes libres, «en recompensa de los grandes sacrificios que ha hecho por mí empeñando todo lo que tenía para mantenerme, y en recompensa la nombro mi heredera universal».

Encargaba de cumplir su testamento a monsieur Bouclier, escribano real y público, que vivía en la calle de Prouvaires, número 3, a quien había nombrado por su apoderado general en París, y al que habían de entregarse sus papeles, en caso de fallecimiento. Este Bouclier también había abonado cuentas por orden de Moctezuma, incluso a madame Leroux.

Hace la lista de todos los bienes que poseía en España, y las personas con quienes habían de entenderse los albaceas. Igualmente en Méjico, cuya administración llevaba D. Juan Gómez de Navarrete.

Insistía (30 noviembre) en que se pasaría por lo que hiciese el señor Sotilla, su apoderado en Madrid.

Se llevaba consigo en el viaje a Méjico todos sus papeles.

Insiste en la parte de sus relaciones con su esposa, en otro lugar recogidas.

Vida disparatada la que refleja este documento. Para mantener

su boato, si es que lo del Imperio lo abandonó pronto, tuvo que ir dejando en manos de administradores y de usureros los florones de su hacienda, deshecha a toda prisa y de recuperación humanamente imposible. Acaso fuera cierto lo que había de contar en 1831 de que la Policía lo detuvo, a instancias de sus acreedores, en 1824.

Pero andando el tiempo, Moctezuma había de explotar el haber comido «el negro pan de la emigración» y de sacar fruto al hecho de haber vivido en París «a consecuencia de la persecución que sufría en España por su adhesión a la independencia, sin tener con qué subsistir en aquella capital»¹. Nótese el contraste de estas afirmaciones con la benévola y bondadosa acogida que Fernando VII tuvo para las explicaciones del fugitivo.

Acaso fuera cierto que en París tuviera dificultades económicas, y que se gastara más pronto de lo que pensara los 650.000 reales tomados en préstamo al salir de España; pero todavía le quedó dinero y tiempo para seguir una aventura amorosa. La cual debió interesarle tan hondo, que llegó a otorgar testamento ológrafo, el día 26 de octubre de 1826, a favor de Lisa Leroux, disposición testamentaria que no había de revocar. Sin duda pensaría que, muerta su hermana doña Josefa, condesa viuda de la Cimera, sin sucesión, en Madrid el 6 de julio de 1825², y no teniendo él tampoco hijos de su matrimonio con doña María de los Dolores Alvarez de Faria, podía dejar sus bienes, sin excluir los del mayorazgo del glorioso cardenal Cisneros, a una mujer extranjera, con la cual había trabado conocimiento recientemente³.

La actuación de Moctezuma debió de parecer bastante favorable a los mejicanos, puesto que el Congreso, en el artículo 15 de la ley de 7 de agosto de 1823, dispuso tajantemente: «Quedan vigentes por ahora las pensiones que paga la hacienda pública a los descendientes del Emperador Moctezuma segundo, y procurará el Gobierno capitalizarlas a la mayor brevedad posible con fincas de la nación, para

¹ *Representación que a nombre del excelentísimo señor Ex-Conde de Moctezuma eleva su apoderado D. Guillermo S. Parrot a la Cámara del Senado del Congreso General, sobre el pago de sus pensiones, prevenido en el art. 15 de la Ley de 7 de Agosto de 1823, y formó su abogado D. José Basilio Guerra. México, 1831. Imprenta de Galván, a cargo de Mariano Arévalo, calle de Cadena, n.º 2. (Espín-Lorca, n.º 5.)*

² Archivo de la parroquia de San Martín, libro 32 de *Defunciones*, fol. 62.

³ Después reseñaremos este testamento.

su libre disposición y división entre el actual poseedor y sucesor con arreglo a la ley.»¹

Solicitaron el señor Moctezuma y su señora madre, por medio de su apoderado, D. Juan Gómez Navarrete, que se les pagase lo que se les debía (25 septiembre 1823). El Gobierno consultó al soberano Congreso la duda de si, habiendo mandado la Regencia en 7 de diciembre de 1821 que las pensiones se pagaran sólo a las personas existentes en el territorio de la nación, se debía satisfacer la que se pedía; y en caso afirmativo, si había de exigir prueba de su descendencia legítima por legítimos matrimonios de los primeros condes, a quienes el Gobierno español concedió las pensiones.

El Congreso, en su Comisión, supo que «el señor Moctezuma se hallaba emigrado en París, a consecuencia de la persecución que sufría en España por su adhesión a la independencia, sin tener con que subsistir en aquella capital; y con respecto a la señora viuda, era necesario se le concediese la gracia de que no le alcanzara la resolución referida del gobierno, en atención a su sexo, avanzada edad y circunstancias que la estrechaban a permanecer en la Península»².

La Regencia trataba de que los pensionados se nacionalizaran mejicanos, y evitar el auxilio indirecto a un país enemigo permitiendo las remesas de dinero, y se expidió la orden en odio de aquellos que abandonaron la nación mejicana por desafecto a su independencia.

«El Sr. Motezuma, por su entroncamiento con el último emperador, por su rango, por las especies que se esparcieron y se publicaron en Madrid cuando salió de España, y por otras consideraciones, no debió venir al territorio mexicano, ni ha sido culpable de no haberlo verificado, ni lo será mientras no se le exija como condición para que perciba sus pensiones.»

No se podía decir que socorría al enemigo, puesto que residía en Francia. Ni menos que se había escapado de Méjico.

La Comisión consideró que se podía dar la pensión a la viuda, por su dificultad de salir de la Península, por su avanzada edad y las atenciones que merecía su sexo, y la cortedad de la pensión, que era de 2.000 pesos anuales.

¹ Inserto en la *Representación... cit.*, págs. 3-4.

² *Ibid.*, págs. 4-5.

El Congreso debía ser generoso en atención y aprecio de la nación mejicana del descendiente del emperador Motezuma, ya que los descendientes del conquistador Cortés estaban disfrutando sus rentas.

Si se querían las pruebas documentales de la sucesión, se podía dejar para más adelante, y pagar desde luego las pensiones.

La Comisión propuso: primero, que al conde de Moctezuma se le pagaran las pensiones, con los atrasos de antes de la independencia, y en los términos que el Gobierno arreglara, «interin no conste que ha vuelto de París a la España». A la condesa viuda se le pagará, aunque residiese en la Península.

Segundo, que en caso que se presentaran nuevos sucesores, no se hagan los pagos si no se acredita su entroncamiento en la forma legal.

Se discutió en el Congreso, y la duda grave era el temor de que el dinero pudiera llegar a España, y aun a Francia, países con quienes Méjico estaba en guerra.

El señor Zavala dijo «que en la ley de mayorazgos está reconocido este crédito, y recomendó para que se envíen sus pensiones a los interesados, que el conde era muy liberal y había sido perseguido por adicto a la independencia de este país».

La discusión, pues, era favorable al pago.

Moctezuma seguía en París, y se reprodujo la instancia ante el primer Congreso constitucional de Méjico, y la Comisión dió lectura de su dictamen en 23 de marzo de 1825, con el voto particular del señor Covarrubias. La Comisión «hacía mérito de no haber prueba de que la permanencia de los Condes en países extranjeros hubiese sido exceptuada de la orden de la Regencia de 7 de Diciembre de 1821; de que ésta está derogada, ni de que hubiese dispensádoles de su cumplimiento el artículo 15 de la Ley de Mayorazgos». La Comisión, «sin olvidar las angustiadas circunstancias del erario nacional ni las particulares de los condes», hizo las siguientes proposiciones:

«1.^a El Gobierno daría al apoderado de los condes 4.000 pesos para ambos.

2.^a Igual suma les dará anualmente el Gobierno, mientras no disponga otra cosa el Congreso.

3.^a El conde quedará privado de su parte siempre que vuelva a España; y

4.^a La Cámara considerará estas pensiones, concedidas por los reyes de España, para determinar a la mayor brevedad sobre su continuación o cesación.»

Covarrubias decía en su voto particular que eran malas todas estas pensiones.

No se llegó a discutir el dictamen de la mayoría. El señor apoderado no cesaba de urgir exponiendo la miseria a que estaba reducido el señor conde de Moctezuma, acompañando al efecto una carta suya en que manifestaba las angustias que pasaba y golpes que recibía contra su honor, como que la mañana del 16 de noviembre de 1824 fué sorprendido en París por la Policía y puesto en prisión por no haber podido cubrir a sus acreedores, que le habían facilitado algunas sumas para su precisa subsistencia. Estas tristes circunstancias no podían menos que excitar la benevolencia del Cuerpo legislativo, y comprometerlo; «como que se trataba del principal descendiente de un príncipe mexicano, y cuyo crédito se había reconocido y prevenido su pago por una ley especial».

Después de varios recursos a la Cámara, volvió la Comisión, en 11 de mayo de 1826, a reproducir el dictamen, con la firma de Covarrubias (que retiró su voto). Lo hubo de González Angulo, en el sentido de:

•1.º Cúbrase al conde de Moctezuma su pension corriente según permitan las circunstancias del erario, y capitalícese cuanto antes según las reglas establecidas.

•2.º Liquéndose las pensiones atrasadas, y cúbransele por abonos parciales.»

Ni se discutieron estos dictámenes ni se volvió a tocar su asunto hasta la siguiente legislatura, en el segundo año de sus sesiones. En este intermedio, «urgido el conde de Moctezuma por sus amigos para que viniese a Méjico y allanase personalmente las dificultades, principalmente las que se habían pulsado desde los principios, se resolvió a emprender el viaje a costa de infinitos trabajos y empeños. Llega a Veracruz, y en virtud de la orden de 25 de abril de 1826 para que los españoles que pretendan venir a la República pidan pasaporte desde el punto de su residencia, se le prohibió subir a esta capital, permitiéndosele únicamente desembarcar y permanecer en Jalapa hasta la resolución de las Cámaras.

•Jamás pudo persuadirse el señor Moctezuma que le compren-

diera aquella disposición, porque, aunque nacido en España, era un vástago del Imperio Mejicano, y venía a su patria, por cuya independencia ha sufrido tan crueles persecuciones del monarca español, que aun se le confiscaron sus bienes. La Cámara de Diputados, teniendo presentes estas justas consideraciones, exceptuó al señor Moctezuma de la expresada orden, y habiéndose pasado el acuerdo al Senado para su revisión, lo reprobó, porque ocurrió la casualidad de que se sujetó a su deliberación en los momentos críticos en que se discutía con demasiado calor la ley de separar a los españoles de sus empleos. Volvió el acuerdo a la Cámara de su origen, y aunque las Comisiones de Crédito público y Gobernación, reunidas, manifestaron su disposición para reproducirlo, no hubo ya tiempo, por estar muy avanzado. Llegó el día del receso, y el Gobierno expidió orden para que el señor Moctezuma saliese fuera del territorio de la República.

•Así lo verifiqué, ahogado de aflicción, careciendo aun para los gastos indispensables del viaje, y así llegó a Nueva Orleans, en cuyo fatal clima permanece hasta ahora enfermo, pendiente de la conmiseración de personas compasivas, y en una posición tal, que la Cámara me permitirá pase en silencio su explicación, porque influiría en descrédito y oprobio de la República Mexicana.»¹

Ocurrió a Moctezuma lo que ya preveía Calderón: «El traidor no es necesario—siendo la traición pasada». Y de aquí en adelante fué todavía más lamentable su actuación pública. Desde Nueva Orleans continuó sus gestiones cerca del Congreso; desde allí siguió prodigando los actos de servilismo inaudito frente a sus nuevos compatriotas, que no dejaban de halagarle, pero que no le pagaban.

El nuevo apoderado de Moctezuma, D. Alejandro Dupruy, se presentó en la Cámara de Diputados (14 marzo 1828) y expuso los infortunios de Moctezuma; alegó sus razones de justicia para cobrar las pensiones, «y desistiendo del punto de la venida a Mexico de S. E. para no complicar el asunto del pago de sus pensiones, y por el inconveniente de la orden terminante del gobierno que lo había expulsado».

La Comisión, unánime, presentó su dictamen. En él decía: «Considerando que las dudas ocurridas al Supremo Poder Ejecu-

¹ *Ibid.*, págs. 11-12.

tivo no pueden tener lugar respecto al actual conde de Moctezuma, porque la condición exigida de residir en el país no está en su mano cumplirla, y nadie ha disputado hasta ahora la calidad de legítimo descendiente del emperador Moctezuma segundo, concluyen sometiendo a la deliberación de la cámara la siguiente proposición:

«Está comprendido en la declaración del art. 15 de la ley de 7 de Agosto de 1823 el actual conde de Moctezuma D. Alonso José Marsilla de Teruel.»

Se discutió en 14 de mayo, y según el extracto de la discusión, se dijo en contra «que supuesta la orden de la Regencia de 7 de Diciembre de 1821 que mandó suspender el pago de las pensiones a los individuos residentes fuera del territorio de la República, la Comisión no debió tomar este asunto en consideración hasta que se diera la ley que ha de arreglar el modo y términos en que se han de satisfacer las referidas pensiones».

La Comisión contestó que lo que había propuesto era «que se declarase comprendido en el artículo 15 de la ley de 7 de Agosto de 1823 al actual conde de Moctezuma, por haber cumplido éste con la condición que puso la orden de la Regencia, pues se presentó en Veracruz y pidió licencia para internarse hasta la capital de la Federación, y no se le concedió; y que además, aunque quisiera en el día dar cumplimiento a la orden, no podría verificarlo, por estar impedido, a virtud de la ley de 20 de Diciembre de 1827. Que tampoco podía aguardar el arreglo de que se ha hecho mérito, cuando existe una ley terminante, como es la de 7 de Agosto del 23, por la que debe resolverse el caso presente».

Declarado suficientemente discutido, hubo lugar a votar, y fué aprobado por el sufragio de cuarenta señores contra dos. En consecuencia, se remitió el acuerdo al Senado con fecha de 19 de mayo de 1828.

Iba a deliberar el Senado, y allí se presentó este informe de los abogados, que entienden se debe resolver con arreglo a estas leyes:

«Ya se ha visto que el Gobierno ha declarado comprendida en el crédito público una deuda por sólo la anticipación de veinticuatro horas a la entrada del ejército trigarante en la capital de México, no obstante que la ocupación de la suma que se reclamaba

se había verificado en el puerto de Campeche la víspera de aquel plausible acontecimiento.

• Por lo que respecta al pago de las pensiones posteriores a la independencia, el Gobierno no hallará inconvenientes en el Sr. Moctezuma, sino mucha consideración a las escaseces del erario, combinable con sus apuros actuales y con sus compromisos. El Sr. Moctezuma tiene bastante patriotismo, y es tan animada y sincera esta su virtud, que cuando se le debía suponer desalentado por la causa de esta su patria, a virtud de no haberse allanado en tantos años el pago de sus pensiones, y reduciéndose en consecuencia a la situación más deplorable, está prestando servicios de importancia a la República, como puede informar el supremo Gobierno.

• El tiempo ha allanado mas de una de las dificultades que consultó el Poder Ejecutivo en 25 de Septiembre de 1823, proveniente de la orden de la Regencia que mandaba que solo se pagasen las pensiones a las personas existentes en el territorio de la nación. Antes de ahora se había hecho presente que la referida orden no tuvo otro objeto que el de que no se pagasen esas pensiones a los que residiesen en España, por contemplarlos subditos de potencia enemiga, y que el Sr. Moctezuma ni se hallaba en este caso, como que residía en París, ni había emigrado de aquí disgustado de la independencia; por el contrario, se hallaba en Francia desde el año 21 huyendo de la persecución de S. M. C. por las ideas que sostenía favorables a la emancipación de México; y en tiempos anteriores no pudo residir aquí ni él ni sus antepasados, por cuanto se lo prohibían la leyes vigentes.

• Por otra parte, rumores que se procuró esparcir en odio de sus sentimientos, y que con tal objeto los publicaron los periódicos de Madrid, lo obligaron a proceder con estremada delicadeza para emprender viaje a la República tan luego que se logró la independencia, tanto mas cuanto que los señores diputados mexicanos a las Cortes de España le apoyaron esos miramientos y cauto modo de pensar.

• Hoy se ofrece además la circunstancia, que se notó en el dictamen de las Comisiones de 21 de Abril de 1828, de que la condición impuesta por la orden de la Regencia de residir en el país para percibir las pensiones, no puede cumplirla el Sr. Moctezuma, como que en virtud de una ley no puede entrar a la República. El em-

peño que tuvo en esta parte le produjo un regreso vergonzoso y dispendioso, impuesto por orden terminante del Gobierno; desnudo de la grandeza de España, de sus títulos y condecoraciones, y revestido de la sencillez de ciudadano mexicano, se presentó en el puerto de Veracruz, y al poco tiempo fue expelido. ¿Se le podrá exigir una condición, para cuyo cumplimiento se halla imposibilitado por una ley, en virtud de la cual no solo no se le admitió en el territorio mexicano, sino que se le expulsó?

•La otra dificultad que consultó el Poder Ejecutivo fue sobre si el Sr. Moctezuma había de acreditar su entroncamiento para que se le pagasen sus pensiones. Esta fué consulta muy escusada: lo primero, porque no era del resorte del Congreso, y lo segundo, porque esto se halla resuelto en las leyes que arreglan las sucesiones de mayorazgos, por la que entra en posesión el descendiente a quien en el juicio y tribunal que corresponde se declara la posesión. Al señor Moctezuma se le hizo la declaración por el Consejo en tiempo hábil, y se ha hallado en la posesión de la grandeza, condado y demás títulos y honores anexos, y hay la correspondiente constancia en la tesorería general; pero repito que este punto no corresponde al Cuerpo legislativo.

•Sólo le toca resolver si el actual descendiente de Moctezuma segundo, D. Alonso Marsilla de Teruel Moctezuma, se halla comprendido en el artículo 15 de la ley de 7 de Agosto de 1823 para el cobro de sus pensiones, a efecto de que no le sirva de obstáculo ni la orden de la Regencia, ni otra alguna de las dificultades que se han pulsado respecto a su persona con relación a las circunstancias, ni con respecto a la naturaleza del crédito.

•Ese es el acuerdo de la Cámara de Diputados y el Sr. Moctezuma confía en la sabiduría y justificación del Senado que merecerá su aprobación, para que se termine un asunto tan dilatado que abrevió la vida de la señora viuda, y que ha causado tantas aficciones, atrasos y compromisos a un vástago del antiguo Imperio que es acreedor a la consideración y aprecio de la República mexicana.»¹

Mientras el Congreso mejicano estudiaba y discutía año tras año la cuestión de las pensiones de Moctezuma, éste no dejaba ocasión de hacerse grato a los directores de la política mejicana. Basta para

¹ *Ibid.*, págs. 17-19 final.

conocer su reprobable modo de obrar leer alguna de las pocas cartas conservadas en su archivo y recogidas por el señor Espín Rael, cronista de Lorca.

Desde Nueva Orleans, a 8 de diciembre de 1829, remitía al general D. Antonio López de Santa Ana, residente en Jalapa, *La Abeja* del 3 del corriente, para que se enterase de la contestación que había dado, firmándose «El Amante de la Verdad», al escrito publicado el 16 de noviembre por D. Eugenio Aviraneta, secretario político del general D. Isidro Barrados y de la división española para justificar la conducta de dicha división «durante su invasión en nuestra cara patria». Le pedía su opinión sobre el artículo, y le advertía se reservaba para más adelante «el dar otros detalles *para hacer ver al orbe entero la inhumanidad, perversidad y crueldad de esos esclavos españoles del tirano Fernando 7.º*»¹. ¡Cómo había olvidado sus palabras de irrevocable adhesión a su rey, escritas años antes! No pudo esperar contestación de Santa Ana a carta del 20 de noviembre, «porque los amantes de la libertad y de la República mexicana ansiaban que contestase cuanto antes al citado escrito del Sr. Aviraneta»². También tenía sin contestar por parte del general otra carta del 13 de octubre, y le rogaba «que me favorezca con sus cartas, contando en todo tiempo con mi persona y bienes (cuando pedía, se declaraba puesto en la mayor necesidad) para lo que sea en utilidad de nuestra patria, a la que deseo ver en la mayor prosperidad constituida sólidamente y con el rango que le pertenece como nación libre».

El general Santa Ana contestó desde Manga de Clavo, a 19 de enero de 1830, con fría corrección, estas palabras: «Retirado de la vida pública y sumido en el aislamiento de esta hacienda no me es ya posible servir a V. con la remisión de los datos y las noticias que se ha servido pedirme en su muy grata del 8 de diciembre último.

»Celebro que V. sostenga con tanto interés a su Patria y sus derechos donde quiera que los vé atacados por sus enemigos: esto hace a V. honor.

¹ Subrayo por mi cuenta. Minuta autógrafa de Mottezuma. (Espín-Lorca, número 6.)

² Este Aviraneta es el personaje cuya vida ha puesto en claro D. Pío Baroja en sus novelas agrupadas bajo el epígrafe *Memorias de un hombre de acción*.

«Los últimos impresos de esta República que a esa se han dirigido impondrán a V. de los recientes sucesos y de su terminación. Sólo ansío ahora que la paz no vuelva a ser turbada y porque la nación prospere.

«Es de V. aftmo. amigo y servidor, etc.»¹

Remitió al mismo general (13 de enero) el número 40 del periódico *Español*, que se publicaba en Nueva Orleans, en el que Moctezuma salía en defensa de Santa Ana, quien decía mirar con el más profundo desprecio una producción que, «lejos de privarme del aprecio a que mis acciones han dado lugar en el concepto de la gente sensata, equivalen a un elogio, y ciertamente que sería mal agüero el que los españoles me ofreciesen inciensos, porque sería el lunar de mi reputación». Reponía en Manga de Clavo su salud, alterada en la campaña de Tamaulipas, y disfrutando del retiro que le era agradable².

También se dirigía Moctezuma (5 de julio de 1831) al general Lafayette dándole las gracias por la influencia que éste había ejercido sobre el Gobierno francés para que Francia reconociese la independencia mejicana. Le hacía las mayores alabanzas del Gobierno y de la Administración mejicana de aquel momento, y le contaba que él mismo cobraba sus pensiones desde el 12 de abril, por aprobación del Congreso. Había prosperado la representación de Parrot. Esto era prueba, según el ex conde de, «que l'administration actuelle gouverne avec la constitution et les lois. J'espere terminer tous mes affaires aussi bien. Je mets tout a votre disposition.» Y lo más grave era que se permitía terminar ofreciendo, «au nom de la Republique Mexicaine», los votos más sinceros por la felicidad de los franceses³.

En el mismo sentido, y con las mismas noticias, escribía (6 de julio) al duque de Montebello, en París. Se deduce que tenía con él alguna familia (¿sería Lisa Leroux?), y esperaba terminar el arreglo de todas sus reclamaciones lo más pronto posible, para retirarse a París y vivir tranquilo, ya que el clima de las colonias destruía su salud. Le contaba cómo desde hacía un año estaba encargado

¹ Espín-Lorca, n.º 7.

² Espín-Lorca, n.º 8.

³ Espín-Lorca, n.º 10.

por el Gobierno de escribir para dar a conocer a Europa el estado actual de Méjico, y ya estaba en correspondencia con editores y periódicos de Francia; por ejemplo, el *Constitutionnel*, de París¹.

Una copia de estas dos cartas envió Moctezuma a la Secretaría de Estado de Méjico, y de ellas le acusó recibo Alamán (16 agosto 1831), por orden del vicepresidente, quien le mandaba decir «que continúe V. cultivando estas relaciones, que pueden ser de utilidad para la República».

Las ilusiones del fugitivo a Nueva Orleáns no duraron mucho. Con los vaivenes convulsivos de los Gobiernos mejicanos, que se sucedían rápidamente, vió con tristeza que, a pesar del reconocimiento por el Congreso de su derecho, no le pagaban. En 1833 escribía otra vez al general Santa Ana (19 enero) felicitándolo por la terminación de la guerra, ofreciéndole sus servicios a la patria, y pidiéndole que contribuyera a que se le pagara lo que le correspondía por la ley de Mayorazgos de 1823². Casi a fines del año, en 21 de diciembre, volvía a escribir a Santa Ana (aunque no le había contestado a la anterior), para felicitarlo por el término de la revolución, que le había elevado a la Presidencia, y para mendigar una vez más que se atendiera a sus reclamaciones económicas inintermitentes³. El general le contestó desde Manga de Clavo (20 de febrero de 1834) muy afectuoso⁴: «Mi estimado amigo: Por obsequiar la voluntad nacional he aceptado la Suprema Magistratura con que me ha distinguido el mismo pueblo, cuya prosperidad ha sido siempre mi norte.

»La felicitación que V. me hace en su favorecida de 21 de Diciembre anterior la conservaré perpetuamente en mi gratitud, pues conozco la sinceridad de sus votos.

»V. no se equivoca cuando espera que influiré por que se atienda el derecho de V. en virtud de la Ley de 7 de Agosto de 1823; pues en efecto puede V. estar seguro que haré cuanto esté de mi parte si vuelvo a encargarme de la dirección de los negocios, por-

¹ Espín-Lorca, n.º 11.

² Espín-Lorca, n.º 9. Al dorso tiene la indicación autógrafa de Moctezuma de haberla recibido el 8 de noviembre.

³ Espín-Lorca, n.º 12.

⁴ Espín-Lorca, n.º 13.

⁵ Espín-Lorca, n.º 14. Recibida por Moctezuma el 7 de agosto de 1834.

que ahora estoy en el retiro de mi casa Campestre cuidando de reparar mi salud quebrantada.»

Una vez escribía Moctezuma al general Santa Ana sin hablarle de sus pensiones: el 4 de octubre de 1834: «Con el mayor placer tomo la pluma para felicitar a V. por la terminación de la guerra, y deseo que nuestros compatriotas se persuadan que las primeras bases que se necesitan para constituir una nación es la unión y obediencia a las autoridades legítimamente constituidas. Ya que el Ser Supremo ha hecho que V. ocupe el primer puesto de la República, emplee V. todos los medios que pueda para penetrar al pueblo de estas verdades, así V. hará la felicidad de nuestra patria y su nombre será inmortal.

»En todo tiempo y época cuente V. con mi persona y bienes para lo que sea en utilidad de nuestra amada patria; pues deseo verla en el rango que le pertenece como nación libre e independiente.»¹

El general presidente le agradeció (19 noviembre 1834) sus felicitaciones «por el restablecimiento del orden y la paz en la República, que tantos motivos hay para creer que se conservará imperturbable. Todos mis conatos se dirigen a hacer desaparecer las funestas divisiones que largo tiempo han causado nuestro descrédito. Mis esperanzas son muy fundadas, y no aparece ni el más pequeño síntoma de futuros desórdenes».

Agradecía también las ofertas de su persona; pero nada le contestaba sobre las pensiones².

Pasaban años y las pensiones no eran pagadas por el Gobierno mejicano, a pesar de las leyes favorables. Angustiosa es la carta que Moctezuma dirigía a Santa Ana con fecha 16 de febrero de 1835³: «La posición tan desgraciada y miserable que tiene mi familia y yo por carecer del pago mensual de las pensiones que el artículo 15 de la Ley de vinculaciones de 7 de agosto de 1823, y ratificadas por otra Ley de 12 de Abril de 1831 me tiene concedidas, pues desde el 2 de enero de 1832 que V. dió el grito en Veracruz hasta la fecha, que hace tres años, un mes y 14 días, no he cobrado más que mesa-

¹ Espín-Lorca, n.º 15. Minuta autógrafa de Moctezuma, muy corregida, tachada y enmendada.

² Espín-Lorca, n.º 16.

³ Espín-Lorca, n.º 17.

das, lo que me obliga a molestar su atención de V. para que hecho, como de la Justicia que me asiste, mande al Ministro de Hacienda pague a mi apoderado en esa, el Sr. D. M. S. Brown, corrientemente dichas pensiones; pues es muy poco decoroso para el Gobierno mexicano que una familia como la mía esté viviendo a expensas de extranjeros, que me adelantan lo mas necesario para poder conservar la existencia. Espero que V. nos saque de situación tan penible (*sic*), estando persuadido que cuando le molesto es porque no tengo otro recurso para mantener mis obligaciones.»

La última carta que nos queda del desgraciado conde es de recomendación a Santa Ana, a 3 de abril de 1835, en favor de Francisco Antonmarchi, médico de Napoleón Bonaparte, al que asistió hasta su muerte en Santa Elena, que pasaba a Méjico con el objeto de viajar¹.

10.—MUERTE DE ALFONSO MOCTEZUMA

El conde de Moctezuma, D. Alfonso Marcilla de Teruel, murió en Nueva Orleans el 12 de octubre de 1836. Oficialmente se supo de su muerte porque la Embajada de Francia en Madrid pedía (2 junio 1838) al conde de Ofalia, ministro de Estado, nota de los bienes del conde Alfonso Moctezuma. Este decretó a 30 de junio: «Pregúntese a Gracia y Justicia, expresando que se haga expresión de los que sean libres y vinculados; que estos últimos no pueden estar sujetos a responsabilidad por las deudas o crímenes de Moctezuma.»

Encargaron al juez de primera instancia de Madrid D. Miguel María Durán las diligencias, y se enviaron. Pero no dejaron copia o minuta. Dióse traslado a la Embajada el 12 de noviembre de 1838². No será aventurado presumir que en estas peticiones andaba el interés de la señorita Lisa Leroux.

El conde dejó los negocios de su Casa tan embrollados como los había tenido en vida³.

¹ Espín-Lorca, n.º 18. Carta en francés a Antonmarchi incluyéndole la carta para Santa Ana. N.º 19: Borradores autógrafos.

² A. H. N. *Estado*, leg. 5310, n.º 228.

³ Espín-Lorca, n.º 21. Instrucción para conocer los asuntos pertenecientes al señor conde de Moctezuma en Méjico. 1850. Redactada por D. Antonio Marcilla, actual conde y futuro duque (1865).

Parece que hizo un codicilo, en el que nombró por testamentario, entre otros, a D. Juan Antonio Roca de Santipetri¹. Este fué quien envió a la familia de España el codicilo de D. Alfonso y su partida de defunción. El sobrino y heredero de Moctezuma, D. Pedro Nolasco, le envió su poder, fecha 3 de diciembre de 1837; pero nada pudo hacer, porque al poco tiempo falleció. En enero de 1839 se extendió poder a favor de D. Manuel y D. Rafael Trueba, hermanos y españoles, residentes en Méjico.

Los Trueba empezaron haciendo las reclamaciones oportunas para la posesión de los bienes y derechos de la Casa y la del archivo de la misma, que existía en Nueva Orleáns en poder del hijo de Santipetri. Se recogió este archivo, con arreglo a un inventario, que se conserva. Los Trueba ocurrieron a varios pleitos sobre el mejor derecho a los indicados bienes, y cobraron 90.000 y pico de pesos fuertes que en papel les había entregado el Gobierno mejicano por atrasos de la pensión que anualmente disfrutaba la Casa. Estos 90.000 pesos se los señalaron los señores Trueba como precio de los trabajos prestados (30 enero 1845).

A virtud de juicio de árbitros que estos señores hicieron, se redujo la pensión a 13.609 pesos, en vez de 27.218 que eran antes, y conceptuaron con derecho a la mitad de la pensión a la que se titulaba heredera del difunto conde D. Alfonso, según el testamento que hizo en París, en el año 1826, ante el señor Boucher, cuya validez se puso en duda en España. Pero esta Lisa Leroux, que en 1860 era viuda de Luis Napoleón Armando Robín, que vivía en París, rue Madame, 21, llegó a un arreglo con D. Antonio Marcilla, sucesor en el condado; ella, que había heredado los bienes de América, renunció sus derechos en D. Antonio el 8 de octubre de 1860².

Lástima que el archivo que Moctezuma guardaba consigo en Nueva Orleáns, y que recogieron sus herederos por medio del Consulado español en 1841, no se haya conservado por los suce-

¹ Comandante del regimiento de Málaga y emigrado constitucional de Cuba. «Venerable de la logia de la sociedad secreta del rito escocés», a quien se presentó Aviraneta a su llegada a Nueva Orleáns. (Jaime Delgado, *Tesis cit.*, pág. 292.) Véase Pío Baroja, *Aviraneta*, caps. XXII-XXV.

² Noticias del Archivo de Protocolos de Madrid, que agradezco a la fina amistad del señor marqués del Saltillo.

sores en el condado. Allí estaban los documentos familiares de los mayorazgos y títulos de la Casa; allí estaba la correspondencia de D. Alfonso con el Gobierno mexicano, o con Londres, o con monsieur Pomin y C.^e, de Burdeos (1825-36); con el señor Parrot, su apoderado; con su primo hermano D. Pedro Nolasco (1824-36).

11.—SEMBLANZA DE MOCTEZUMA

Creo que queda bien delineada su torva figura. Mal sujeto; ladino, falso, vicioso, de poco talento; en su conducta hubo falsedad y perjurios sin tino. Traicionó a su patria y a su rey, prefiriendo unos miles de pesos (que no llegó a cobrar) a mantener con orgullo el honor de la grandeza de España y a sostener el peso de una tradición tres veces secular, que le venía colmando de mimos y privilegios. Hombre duro y tenaz, sin amor a nadie, hubo de buscar en el cariño mercenario el sustituto del hogar, que nunca cultivó.

Dejó a España, y los mejicanos no le quisieron. «El traidor no es necesario, siendo la traición pasada.» Y viejo y achacoso, víctima de prestamistas y aventureros, murió tristemente en Nueva Orleans, lejos de su patria verdadera, lejos de la que él creía haber adoptado.

Como castigo bíblico cayó sobre su raza y familia la maldición que Dios da a los traidores: su familia no prosperó, su hacienda se desmoronó, y hasta los papeles que demostraban su grandeza fueron aventados por las propias manos familiares. Sólo se han conservado, gracias a la piedad filial de D. Joaquín Espín Rael, como hijo del mismo pueblo, los suficientes para demostrar el encumbramiento de la familia Marcilla (que difícilmente pudo soñar en ser grande de España, con un título tan ilustre) y para probar, en las minutas y borradores de sus cartas, con su letra piojosa y diminuta, su propia traición y confesar sus esfuerzos para arrancar a Méjico de la soberanía de España y sus serviles zalemas a los revolucionarios.

Por ironía del destino, las pensiones por las que tantas vilezas cometió fueron cobradas por sus administradores, y alzadas en premio de sus servicios. Los pleitos devoraron su herencia, y sus legíti-

mos descendientes tuvieron que pasar por el bochorno de pactar con una persona extraña y extranjera, a la que él dejó insensatamente como heredera, sin acordarse de que era Moctezuma y de que reunía la representación en España del ilustre apellido del cardenal Cisneros. Ofreció sus servicios a los enemigos de su patria, y éstos no los aceptaron. Mendigó favores de los revolucionarios, que no le permitieron pisar la tierra mejicana y lo dejaron morir en la emigración.

Allí, en tierra extraña para sus dos patrias, recordaría el fausto y boato que el rey de España quiso dar a su toma de posesión en el cargo de corregidor de Madrid, momento en que reverdeció toda la vieja tradición española anterior a la época constitucional. Allí sentiría graves remordimientos por su proceder con Fernando VII, que podría ser lo que fuera como rey y como persona, pero que con él había sido un magnánimo favorecedor. Las protestas de fidelidad que le hacía cuando ya estaba en tierra extranjera, contrastan con los insultos que, por agradar a los revolucionarios, de quienes esperaba unos míseros pesos, le lanzaba en los papeles públicos y en las cartas privadas.

Al terminar el artículo, casi casi se arrepiente uno de haber tenido que tratar de personaje de tal ralea; pero la Historia obliga a los que la cultivan a reproducir la verdad, en lo posible, de los personajes y de las instituciones que pasaron. Y en la Humanidad no faltan personajes torvos y mal encarados que a veces tienen papeles preponderantes en un momento determinado, y que llaman la atención de sus contemporáneos y de los sucesores.

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA

Gea de Albarracín, 12 de septiembre de 1949.

A P E N D I C E

I.—*Testamento del conde de Moctezuma.*

•Paris le 11 Octobre 1826.

Ou (*sic*) nom de Dieu.

Dans ma plaine connaissance je fais mon testament lequelle (*sic*) je vais (*sic*) soi (*sic*) rempli de la manière que je l'ordonne et je recommande beaucoup l'exactitude en tout, et que mes derniers bolontés (*sic*) soient rempli comme je le previenne: et n'étant pas au courant de la langue française pour l'écrire en français, je le fais en espagnol, et après sera traduit en français pour l'execution.

Declaro que mi entierro sea a voluntad de mi albacea, y le encargo sea muy modesto y que lo que se había de gastar en un entierro magnífico se reparta a los Hospitales más necesitados.

Declaro que estoy casado en primeras nupcias con la excelentísima Sra. D.^a María de los Dolores Alvarez de Faria Sanz Merino, natural de Chuquisaca, en el Río de la Plata, y que no tengo hijo ninguno de mi matrimonio, pues el único que tenía se murió en Cadiz en Diciembre del año 1809, como consta de la partida de muerto que está entre mis papeles, y que el heredero de mi Casa, Mayorazgo y demás que poseo como Conde de Moctezuma, otros varios títulos, propiedades, es mi primo hermano el Sr. D. Pedro Nolasco Marcilla de Teruel Moctezuma, residente en la ciudad de Lorca, Reino de Murcia, en España, por lo cual así que yo falte debe entrar en posesión de todos los Mayorazgos que poseo.

Declaro que tengo entregados a mi mujer y a su apoderado, el Sr. D. Francisco Xavier de Ochoa en aquella época, como consta en recibos firmados por ambos, todas las alhajas, muebles, ropa y demás que trajo al matrimonio, como todo se verá por el paquete de papeles que hay relativos a este negocio, todos en un legajo suelto.

Declaro que teniendo en Madrid mi poder general el Sr. D. Juan José de la Sotilla (que vive calle de la Cruz n.º 3, cuarto principal, encima de la botica) para todos mis negocios y manejo de mis propiedades y demás es mi voluntad que mis albaceas o albacea se entiendan con el dicho apoderado para todo lo respectivo a este

punto, pasando por lo que diga, pues de su interés y hombría de bien estoy convencido.

Declaro que todas mis deudas en París estan anotadas por mí en un papel, las que se pagarán escrupulosamente todas, como las que tengo en Madrid, mandando las partidas o cantidades que sean aprobadas por el otro mi apoderado Sotilla no abonando ninguna que no esté perfectamente justificada.

Declaro que las ropas que tenga al tiempo de mi fallecimiento se den a mi ayuda de cámara para su uso.

Declaro que a todos mis criados que estén a mi servicio al tiempo de mi fallecimiento se les abone un año de salario a cada uno.

Declaro que estando en Madrid D.^a Narcisa Docesán, doncella de mi casa y que no la tengo conmigo por no tener domicilio seguro, en recompensa de los años que lleva en mi casa y de lo bien que se ha conducido es mi voluntad que para su dote se la den cinco mil francos.

Declaro que teniendo en Madrid un ahijado llamado Alfonso Vidal, hijo de D. Juan Vidal y de D.^a Ramona Aranguren, residentes en Madrid, en la calle de la Libertad, y que lo educaban de mi cuenta, la que suspendí por no tener medios, es mi voluntad que se le den a su padre para su establecimiento diez mil francos, encargándole al dicho mi ahijado cuide su hermana Eugenia mientras no se establezca, y si por casualidad faltase mi ahijado antes que yo, es mi voluntad se la den a la dicha hermana Eugenia cinco mil francos para su dote; pero si está casada sólo se la darán mil francos.

Declaro que todas mis deudas hasta la fecha han sido por las circunstancias y por no haberme pagado mis rentas en América desde el año 1810.

Declaro que a mi antiguo ayuda de cámara D. Francisco Zilbety (?), que lo empleé de celador del alumbrado en Madrid, se le den quinientos francos.

Declaro que estando pendiente un pleito en Madrid con D. Joaquin Vallarino (?), del que está encargado el Sr. Sotilla, se pase por lo que diga el Sr. Sotilla y se abone si le debo alguna cosa de lo que me adelantó a cuenta de las propiedades que me compró.

Declaro que no habiendo acabado las cuentas con D. Vicente González Arnao, que vive en la actualidad en el boulevard Bounne Nouvelle, n.º 2, se le liquiden con escrupulosidad teniendo presente para ello su correspondencia y cuentas, que todo está en un legajo separado, rotulado a su nombre.

Declaro que teniendo hecha una contrata de todas mis rentas atrasadas en Méjico en las Cajas Nacionales hasta el 18 de Junio

de 1824 con la casa de los Sres. Ben, Irving y Compañía, de Londres, se examinen todos los papeles relativos a este negocio y se termine, y se recojan las sumas que deban, después de estar hecha la inscripción en México a su nombre, con cuyas cantidades se pagará todo lo que llevo prescrito en este testamento, y de todo este negocio está instruido Mr. Boudier, que tiene todos los papeles.

Declaro que estando vencido ya desde el 19 de Junio de 1824 hasta el día de la fecha de este testamento más de dos años dichas mis rentas en las Cajas Nacionales se reclamen de dicho Gobierno, como las demás que me correspondan hasta mi fallecimiento, para lo cual todo lo dejo a la prudencia de mis albaceas o albacea.

Declaro que al dicho Sotilla se le abone lo que le corresponde como apoderado mío desde el principio, para lo cual se pasarán por las cuentas que presente.

Declaro que habiéndome hecho grandes servicios Mr. Henry Ficher, demeurant a París, faubourg St. Honoré, número 44, en el tiempo de mis apuros y escasez, es mi voluntad se le den diez mil francos para recompensarle sus servicios.

Declaro que después que estén pagadas mis deudas y todo lo demás que llevo expresado en mi testamento nombro por heredera general de todos mis bienes libres a Mme. Lise Leroux, demeurant a París, rue Neuve d'Artois, n.º 48, en recompensa de los grandes sacrificios que ha hecho por mí empeñando todo lo que tenía para mantenerme, y en recompensa la nombro mi heredera universal.

Declaro que si entre mis papeles se encuentra alguna nota escrita de mi letra y firmada por mí se tenga por parte de mi testamento y se la dé puntual cumplimiento a su contenido.

Declaro que estando para hacer mi viaje a México, si llegase a faltar en el viaje, es mi voluntad que todos mis papeles se entreguen en París a Mr. G. Bouclier, escribano real y público, que vive calle Prouvaires, n.º 3, para que como apoderado mío dé puntual cumplimiento a mi voluntad.

Declaro que a mi ayuda de cámara D. Faustino Gallego se le abonen diez mil reales para que haga el uso que quiera, y si yo llegase a faltar en el viaje, se le pague la vuelta a París de mi cuenta.

Declaro que es mi voluntad que todo se haga en buena armonía y sin que intervenga la justicia.

Por último, declaro que habiendo nombrado en París por mi apoderado general a Mr. Bouclier, Notaire, rue des Prouvaires, número 3, le nombro igualmente por mi único albacea para que dé cumplimiento a mi última voluntad y pasando todos los interesados.

en este testamento por lo que haga, pues su opinión y hombría de bien y desinterés así lo exigen, encargando a mis apoderados de México y Madrid se entiendan con derecho con el dicho Mr. G. Bouclier para la terminación pronta de todo lo expresado en este testamento, no pudiéndose oponer nadie a lo que haga el dicho Mr. G. Bouclier y no teniendo nada más que añadir hasta la fecha, lo firmo en mi domicilio en París, rue Hauteville, n.º 2 bis.—*M. Le Comte de Moctezuma.* (Rubricado.)

«It. declaro que teniendo mi poder general en esta Mr. G. Bouclier, el que me ha habilitado para hacer mi viaje a Méjico, y ha pagado por mi cuenta varias cantidades que tengo reconocidas como consta todo hecho según la ley, es mi voluntad se abonen todas las cantidades que digo ha pagado por mí, como igualmente todas las que haya abonado a Madame Leroux, que vive rue d'Artois, n.º 48, pues todas son por mi cuenta, como lo teníamos tratado; y así es mi voluntad que se pase por todo lo que diga pues mi confianza la ha merecido en todo y lo firmo en dicho mi domicilio.—*M. Moctezuma.* (Rubricado.)

«Advierto que si por casualidad faltase Mr. G. Bouclier, entonces será testamentario mío uno de su familia, el que nombre o elija (?) el mismo, y jamás quiero que sea ningún español, y lo firmo por ser así mi voluntad.—París 16 de Octubre de 1826. *M. Moctezuma.* (Rubricado.)

II.—*Noticia individual de los sitios en que tengo situadas mis propiedades en España, América, y los nombres de los administradores a cuyo cargo están, como igualmente de los censos que cobra mi Casa.*

En Madrid:

Mi casa calle Torija, n.º 4, de Mayorazgo.

La casa del Exmo. Sr. Marqués de Astorga, Conde de Altamira, etc., paga a la mía un censo de tres mil y tantos reales anuales, que él paga por medios años, remitiendo a la Contaduría de dicho Exmo. Sr. una carta de pago hecha por el escribano de mi Casa.

La Casa del Duque de Fernán Núñez paga otro censo al año de mil y tantos reales, y sólo se remite al recibo firmado por el poseedor actual, si está en Madrid, o por su apoderado.

En la Caja de Consolidación otros dos censos que no me acuerdo

Ayuntamiento de Madrid

a lo que ascienden cada año, pero en la Contaduría de mi Casa darán razón.

En juro igualmente hay y no me acuerdo en total, otros varios censos anuales que la Contaduría dirá los que son.

En Torrelaguna y demás lugares inmediatos:

El caudal formado por el Cardenal Jiménez de Cisneros, cuyo Mayorazgo disfruta mi Casa, su administrador se llama D. Juan López Bermúdez.

En Alcalá y demas lugares inmediatos:

El caudal formado por el mismo Cardenal Jiménez de Cisneros, que igualmente disfruta mi Casa, cuyo administrador es D. Benigno Vera, muy antiguo y hombre de bien.

En Torrejón de Ardoz:

Unas tierras que lleva en arrendamiento Wenceslao Burgos y tiene la obligación de poner la cebada en mi casa de Madrid.

En Carranque:

Otras tierras que lleva en arrendamiento Félix Retana, muy antiguo en la casa.

En el Viso:

Otras tierras que llevan en arrendamiento dos del pueblo, cuyos nombres no recuerdo y tienen la obligación de poner la cebada en mi casa, del arrendamiento.

En Guadix, Reino de Granada en Andalucía:

El Mayorazgo de Bocanegra, que disfruta mi casa, cuyo administrador es D. Gaspar Fernandez Cayón, hombre muy antiguo en la casa y cuyas cuentas se aprueban así que las presenta por ser conocida su honradez y hombría de bien en más de 40 años que está toda su familia sirviendo en casa.

En Lorca, Reino de Murcia:

El caudal de mi Padre, de Marsilla de Teruel, cuyo administrador se llama D. Narciso Ferrer.

Con la muerte de mi madre (Q. D. H.) he quedado inmediato al caudal de García de Alcaraz, que posee su hermano, mi tío (que está demente) y no tiene hijos por lo que pasa a mí, como los alimentos de inmediato y está encargado de la Administración de dicho caudal y de cuidar de dicho tío, mi primo, el Sr. D. Pedro Marcilla de Teruel Moctezuma, residente en dicha ciudad de Lorca.

La Contaduría abonará las deudas que se ofrezcan, advirtiéndome que todos los papeles pertenecientes a estos mayorazgos los tiene en su poder en Madrid D. Joaquín Vallarino o su apoderado, que lo es D. Bruno Vallarino, su hermano, a quien se reclamarán todos.

(Al margen de esta relación pone «Madrid».)

«París, 30 de Noviembre de 1826:

En caso de fallecimiento mío, se pasará por lo que diga mi apoderado en Madrid, el Sr. D. Juan Josef de la Sotilla, que está encargado de todos mis negocios e intereses de España y instruido de todos los pormenores.—*M. Moctezuma.*» (Rubricado.)

«En Méjico:

La provincia de Tula, que conserva siempre mi Casa, pues era el dote de la Emperatriz, cuyas tierras lleva en arrendamiento hace muchos años la Casa del Exmo. Sr. Conde de la Cortina por un precio muy bajo, a lo que han manifestado varias personas que conocen aquel terreno y la extensión de otras propiedades; pero las circunstancias han impedido hacer variación en dicho arriendo, y así lo que habrá que hacer será la liquidación con dicha Casa y las demás aclaraciones se sacarán de los papeles, que todos obran en mi poder.

Sobre la Tesorería de Méjico, cuatrocientos cuarenta mil reales de renta anual en remuneración y por contrato honeroso cuando la conquista del Imperio Mejicano.

A más cuatro mil duros de renta anual sobre la misma Tesorería, concedida por Carlos IV con fecha 26 o 27 de Julio de 1807 y que no se ha cobrado nada hasta el día por las circunstancias del País y por las intrigas y picardías de los Virreyes, que no obedecían las órdenes que se mandaban para pagar, y todo lo que haya que aclarar respecto a estas rentas se hará por los papeles pertenecientes a Moctezuma y por las personas encargadas de dichos negocios en los asuntos indicados.

Viendo lo que hay que advertir en esta noticia hasta el día, pues lo demás que ocurra lo pondré en segunda.—París 1 de Junio de 1825.—*M. El Conde de Moctezuma.*» (Rubricado.)

(Al margen de lo de Méjico):

«Paris 30 de Noviembre de 1826.

En caso de mi fallecimiento se entenderán mis albaceas y herederos con el Sr. D. Juan Gómez Navarrete, mi apoderado general en Méjico, para el arreglo y cobranza de lo que me corresponda hasta el día de mi fallecimiento, tanto de mis rentas sobre las Cajas Nacionales de Méjico como de mis propiedades en Tula, para lo cual mis albaceas no entregarán ningún papel perteneciente a Moctezuma hasta concluir lo que me corresponda. Como hago mi viaje

a Méjico para arreglar mis intereses, llevo conmigo todos mis papeles. Mi ayuda de cámara, que va conmigo, D. Faustino Gallego, entregará a mis albaceas todo lo correspondiente a mí para lo que haya que hacer y yo disponga en mi testamento. Si llegasemos a fallecer en el viaje, el sobrecargo del Navío Fallas, perteneciente al Sr. Larrea, que vive rue de Choiseul, n.º 8 bis, responderá de todos mis efectos y equipajes: lo demás todo queda advertido en mi testamento escrito de mi letra en papel timbrado.—*M. Moctezuma.*» (Rubricado.)

III.—*Acta del Tribunal de apertura del testamento.* (6 de enero de 1838.)

En ella se dice que Moctezuma ha muerto en Nueva Orleáns el 22 de octubre de 1836.

IV.—*Personas con quienes debe entenderse mi albacea ó albaceas, si llego a faltar, para dar cumplimiento a mi testamento, que estará escrito todo de mi puño y letra.*

«En Madrid.—Con el Sr. D. Juan Josef de la Sotilla. (Lo ya sabido.)

En Méjico.—Con el Sr. D. Juan Gomez Navarrete, Presidente del Supremo Tribunal de Justicia. (Lo sabido.)

En Veracruz.—Con el Sr. D. Pedro Antonio de Garay, del Consular, para si hay pendiente alguna cuenta, que se aclare todo y que se concluya como corresponde.

En Veracruz.—Con D. Pedro Noriega Alonso para que dé algunas instrucciones (si son necesarias) con respecto a la testamentaría del Marqués de Santa Cruz de Inganzo, que tuvo mis poderes hasta mi fallecimiento.

Méjico.—Condesa de la Cortina.

Londres.—H. Darthen Hermanos.»

V.—*Instrucción para en caso que falte, para los negocios de mi mujer, la Exma Sra D^a Marta de los Dolores Alvarez de Faria... residente en Madrid, y que sirva de norma a mis herederos y testamentarios.*

«Habiéndonos separado por convenio entre los dos a causa de no podernos avenir, la entregué, como consta de recibos firmados, unos por la misma dicha mi mujer y otros por el Sr. D. Francisco Xavier de Ochoa, residente en Madrid y su encargado, como consta

todo de cartas del mismo (en un legajo que se encontrará entre mis papeles) todas sus alhajas de brillantes, oro, perlas, plata y demás, con todas sus ropas, como igualmente los muebles que llevó al matrimonio, como todo consta en los recibos respectivos; lo que advierto para que se vea que jamás me he quedado con nada de su pertenencia; advirtiéndolo al mismo tiempo que una pluma de brillantes que le regaló su primo el difunto Marqués de Branciforte, cuando fué padrino de mi hijo en nombre del Exmo. Sr. D. Manuel de Godoy, etc., Príncipe de la Paz, en su bautismo, la ha vendido el año de 1808, y no sé lo que hizo con este dinero, cuyo valor era de 50 ó 60 mil reales, y por si reclamasen el importe de ella se tendrá presente para que se sepa que es la dicha mi mujer quien dispuso de ella sin mi conocimiento, y por consiguiente, la que debe responder de su importe; no quedando en nada responsables ni mis testamentarios ni mis herederos.

(200 mil reales que la había prometido a ella su madre no los entregó ésta porque no pudo. El, al separarse en Cádiz en 1810, dió a su mujer unas fincas de ella, probablemente en Estepa y en Hornachos.)

De lo que resulta que nada hay que entregarla a mi fallecimiento (si llega a suceder), sino una pequeña cantidad de cinco mil reales que la quedé debiendo de alimentos atrasados, como consta en el legajo de papeles que está con los de Moctezuma, encargando tanto a mis testamentarios y herederos, que después que se arregle todo lo que sea perteneciente a la dicha mujer jamás entreguen los papeles ni a la dicha ni a ninguno de su familia, sino que los quemen así que todo esté arreglado como se debe, pues no quiero que nadie se imponga de detalles desagradables y que deben quedar entre las mismas personas interesadas; y solo si daran mis testamentarios y herederos una certificación en toda forma, para que conste en todo tiempo que jamás me he quedado con nada de su interés....»

LA FRAGATA DEL BUEN RETIRO

I

El palacio del Buen Retiro fué lugar preferido para los espectáculos teatrales y los torneos y fiestas de toros a que siempre se mostró aficionado Felipe IV, a diferencia de su padre, que nunca permitió en palacio la diversión de las comedias y reservó sus aficiones mundanas a la danza, de la que fué apasionado cultivador. Los gustos literarios de la Corte hallaron adecuado ambiente en la regia residencia, y se manifestaron en certámenes poéticos y representaciones de comedias. Muchas de nuestro teatro clásico aparecieron allí por primera vez en las tablas, y no pocas compuso Calderón para las solemnidades cortesanas, en las que el uso en gran escala de la maquinaria teatral tiende a producir efectos sorprendentes, correspondiendo el derroche de riqueza y la brillantez escenográfica a la ampulosidad del gusto culterano. Por las frondas deleitosas del Buen Retiro discurrieron los personajes de aquella Corte refinada, en que se rendía culto a las musas y se imaginaban peregrinas invenciones, mientras se fraguaban intrigas políticas y se tramaban venganzas y desafíos. Paseando Olivares en cierta ocasión por los jardines con el embajador inglés Hompton, le dijo, señalándole una frondosa alameda: «Fijese vuestra merced en ese sitio; allí fué donde se acordó declarar la guerra de Mantua y el Monferrato.» El desacato, severamente castigado algunas veces, que suponía andar a cuchilladas en el real sitio, no impidió que menudeasen las reyer-tas, incluso por motivos literarios y entre poetas. En febrero de 1640, mientras se ensayaba una comedia, llegaron a desenvainarse las

espadas, y a consecuencia resultó con algunas heridas D. Pedro Calderón, y al año siguiente fué víctima de otra agresión el poeta D. Pedro Rosete Niño por asuntos literarios. No faltó tampoco la nota pintoresca de un extranjero que entró a servir como artífice de plata, haciendo fantásticas promesas de fabricarla de metales viles; pero la transmutación de que alardeaba el pretendido alquimista tuvo el picaresco desenlace de escaparse con dos mil ducados.

A fines de 1633, concluidos y ricamente amueblados los salones y cuartos, visitaron los reyes el nuevo palacio. Aparecían los muros cubiertos de magníficos tapices de Flandes y admirables pinturas, y alhajados los aposentos con primorosos muebles, todo tan costoso y extremado como era propio de la grandeza del monarca español. Corrió el gasto por cuenta de los Consejos, aventajando a todos el conde de Castriello, presidente de Indias, que aderezó la galería, y el protonotario de Aragón, que sirvió a Su Majestad con una riquísima tapicería de Flandes. Hubo en aquella ocasión espléndida merienda, y las damas fueron obsequiadas con bolsillos de ámbar llenos de escudos y con valiosos cortes de vestidos. En la noche de San Juan de aquel mismo año habían asistido los reyes a la fiesta que tuvo por escenario los jardines, y en esta nueva ocasión servía de causa o pretexto a las brillantes fiestas que se preparaban el nacimiento del príncipe de Bohemia, nuevo vástago de la Casa de Austria, hijo de la infanta española Doña María, reina de Hungría, a cuyo esposo enviaba el rey en misión especial, para darle la enhorabuena, al consejero de Hacienda D. Antonio Sarmiento, hijo de aquel D. Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, que en el reinado anterior había representado a la católica majestad con destreza de consumado diplomático y sagacidad de experto político en la Corte del monarca británico Jacobo I.

El lunes 5 de diciembre hubo toros y cañas, con asistencia de toda la Corte, Consejos, grandes y embajadores. La reina lució aquel día una saya bordada de oro y riquísimas joyas, y apareció rodeada de damas lujosamente ataviadas con telas de oro y plata. Lució su habilidad de rejoneador el caballero D. Francisco de Carvajal, que dejó satisfecha a la ilustre concurrencia. Concluidos los toros, se dió principio al juego de cañas, siendo el rey el primero en lucir su destreza al frente de su cuadrilla, compuesta del Conde Duque, los

marqueses del Carpio y Leganés, D. Luis de Haro y el conde de Aguilar. Sacó Su Majestad un vestido «de tafetán pardo, bordado en forma de cuchilladas, con caracolillos de plata, y en medio un entresacado, todo aforrado en lama de oro, encarnado y plata. El ferreruelo estaba todo gayado de arriba abajo de la misma guarnición del vestido, con flores de lis en los remates, penacho blanco, pardo y encarnado. Montaba un rucio rodado de sin par hermosura». La segunda cuadrilla fué la de la Villa, compuesta del alférez mayor y cinco regidores, vestidos de azul y plata. La tercera fué del condestable de Castilla, al que acompañaban el conde de Medellín, el marqués de Palacios, D. Gaspar Bonifaz, D. Juan Pacheco y don Bernardino de Ayala, todos de anaranjado, negro y plata. En la cuarta iban el conde de Miranda, el marqués de las Torres, D. Pedro Mejía, D. Diego de Quiñones, el conde de Villafranqueza y D. Diego de Zárate, vestidos de noguerado y plata. Estas cuatro cuadrillas formaban el bando del rey, que tenía por contrario a otro integrado por otras cuatro cuadrillas. La primera, a las órdenes del duque de Medina de las Torres, con el duque de Híjar, el marqués de las Navas, el vizconde de Santa Marta, el marqués de la Conquista y el conde de Villamonte, uniformados de negro y plata. La segunda, capitaneada por el condestable de Navarra, se componía de los marqueses de Velada, Frómista, Alcañices y Tavera y el conde de Cantillana; su color, blanco y oro. Era la tercera del almirante de Castilla, con el duque de Ciudad Real, el conde de Puñonrostro y los marqueses de Aguilafuente, Villanueva del Fresno y Almazán, de azul y plata; y finalmente la cuarta, regida por el conde de Niebla, a quien seguían los marqueses de Ayamonte, Guadalcazar y Belmonte, el conde de Garayes y D. Juan de Borja, vestidos de verde y oro. Los nombres ilustres de los capitanes de esas cuadrillas ponen de manifiesto que no sólo en el reparto de las mercedes y virreinautos más pingües y preeminentes, sino hasta en los puestos de mayor lucimiento y ostentación de las fiestas palatinas, llevaban la preferencia y sobresalían entre las Casas de la Grandeza las diversas ramas de los linajes de Guzmán y Zúñiga.

Fué espectáculo lucido y vistoso, así por la riqueza de los atavíos de los caballeros como por su gallardía y apostura, el desfile de las cuadrillas, escaramuzando entrambos bandos, dirigidos por el rey y el duque de Medina de las Torres. En esta fiesta ecuestre bri-

lló Felipe IV como el más diestro y galán caballero, con lo que conquistó los fáciles elogios de la cortesana lisonja y pudo aún disfrutar el aura suave y apacible del aplauso popular, no acallado todavía por el desaliento y el pesimismo que habían de engendrar fracasos y desastres. Perduraban frescos los laureles de Breda y Fleurus, y eran recientes las campañas de Alemania, Flandes e Italia, en que ganaron alto renombre los Spínola, Leganés, Feria y Córdoba, cuyas hazañas, inmortalizadas en el lienzo, decoraban los muros de la regia mansión.

El martes 6 prosiguieron los toros, sin que fuera obstáculo para la fiesta taurina la copiosa nevada que cayó aquel día. Las diversiones se prolongaron en los sucesivos, y el lunes 12 hubo estafermo y sortija, actuando como jueces de campo el duque de Alba y el marqués de Santa Cruz, y corriendo cada caballero tres lanzas de sortija y una de estafermo. Vistió Su Majestad ese día «calzon y ropilla de terciopelo negro liso, el calzon acuchillado todo a hilo, forrado en la misma tela, rica banda leonada con encaje de oro a trechos, con puntas de oro largas de a cuarta, bizarras y ricas plumas en el sombrero». Ganó el rey los premios de más galán y más diestro en la sortija, y envió las joyas, que consistían en tazones o bernegales y fuentes de plata dorada, por mano del marqués de los Gelves, a la reina, quien reservó una para sí y dió otra al príncipe. Al juego caballeresco siguió el circense de lucha de fieras, en que un toro fué vencido por un león, y algunos sabuesos salieron maltratados de entre las garras de un oso. Terminaron las diversiones con el regreso de los reyes al Alcázar madrileño, no sin ánimo de reanudarlas en breve plazo; pero «como las fiestas del mundo tienen por remate el llanto», según observa, filosófico, un cronista cortesano, estando Sus Majestades el 18 para ir a comer y a proseguir en el Retiro las que tan placenteramente habían comenzado, llegó la noticia de haber fallecido en Bruselas la infanta Doña Isabel Clara Eugenia el primero de aquel mes, con lo que, suspendiéndose toda manifestación pública de alegría, se retiraron los reyes a sus cuartos y vistieron luto, como también los grandes, títulos y ministros.

De las fiestas que se celebraron en el verano siguiente queda rastro por las alusiones o referencias que se encuentran en documentos coetáneos. Nueva ocasión ofreció el otoño con la llegada

a Madrid de la duquesa de Mantua, Margarita de Saboya, hija del duque Carlos Manuel y de la infanta Doña Catalina, que lo fué de Felipe II, y viuda del duque de Mantua Francisco Gonzaga. Era, por tanto, la duquesa prima hermana de Felipe IV, y el recibimiento que se le hizo en la Corte, de paso para dirigirse a tomar posesión del virreinato de Portugal, correspondió a su alto nacimiento. El día 4 de noviembre de 1634, que fué el de su llegada a la Corte, salió al campo a recibirla el Conde Duque con muchos señores a caballo. En el Retiro la esperó Su Majestad en la primera ermita, y allí la duquesa saltó de la litera abrazando a su augusto primo, y sentándose con él en el coche fueron a palacio, donde los aguardaba la reina. La condesa de Olivares la llevó después al cuarto que llamaban del Tesoro, en el que le tenían aderezado aposento. La estancia de esta ilustre dama fué solemnizada con grandes fiestas de cañas y toros, en las que no dejó el rey de lucir su bizarría. Habíale regalado el duque de Braganza un león ferocísimo, y ofrecióse en la corte el singular y emocionante espectáculo de que el rey de la selva midiese sus fuerzas con el toro más bravo que se pudo hallar. Puestos frente a frente ambos contendientes, el león se estuvo quedo hasta que el toro le arremetió, y entonces de un zarpazo le abrió por medio, dejándole muerto, y dió después majestuosamente una vuelta a la plaza para volver junto a su vencido adversario y lamer sus heridas hasta que lo retiraron a su jaula. La pasión por la lucha de fieras debió de ser muy grande, y lo vemos ofrecer como interesante espectáculo a los visitantes del real palacio, lo mismo fuesen discretas y encopetadas damas que graves y sesudos varones. Sabemos, por las noticias que con suma diligencia comunicaban algunos jesuitas a corresponsales de su misma Orden residentes fuera de la Corte, que por este tiempo fué al Retiro, invitado por el Conde Duque, el padre prepósito de la Compañía, acompañado de algunos padres, y el poderoso ministro, no hallando sin duda otro espectáculo más curioso con que obsequiar a los reverendos huéspedes, hizo soltar el león, el oso y el tigre, de lo que se holgaron mucho los religiosos y agradecieron al prócer su amable condescendencia.

Entreveradas con las alegres expansiones de la Corte más amiga de las musas, llegaban noticias de todos los rincones del mundo, donde nuestros tercios pugnaban por mantener el prestigio del

nombre español: unas, alentadoras y gloriosas; pero otras desfavorables y adversas; cada vez en menor número las primeras y más frecuentes las segundas. La vecina Monarquía, secular enemiga de la Casa de Austria, que tantas veces había experimentado a su costa la furia acometedora de los soldados hispánicos y contemplado estremecida el avance arrollador de los viejos tercios camino de París, veía llegada la hora de su desquite bajo el férreo gobierno del cardenal Richelieu, eterno rival de Olivares y más hábil que él en aprovechar todas las ocasiones favorables para suscitar enemigos al adversario. A primeros de julio de 1635 se corrieron toros en el Buen Retiro, y a la noche siguiente alguaciles repartidos por toda la corte entraron en las casas de los franceses y les embargaron sus haciendas, expulsaron a sus moradores y cerraron las puertas de sus establecimientos. Asociados de este modo en los «avisos» y cartas de la época van los recreos y solaces del Buen Retiro con las medidas gubernativas relacionadas con las guerras que desangraban y empobrecían a la nación.

Según nos informan las cartas de los jesuitas, representóse en los primeros días de julio un espectáculo escénico de gran tramoya titulado *Los encantos de Circe*, que se repitió durante cuatro días; el primero, dedicado a la familia real; el segundo, a los Consejos; el tercero, al reino, o sea a la diputación de las Cortes, y el cuarto, para el pueblo, mediante pago; ocasionando la aglomeración de gente choques y violencias, pues para contener a la multitud repartieron los alabarderos buena cantidad de palos, algunos de los cuales alcanzaron nada menos que al fiscal de Aragón, que llevó una herida en la cabeza, y al regente del mismo Consejo, que salió con otra. Fundado en que este título no se halla en el catálogo de La Barrera, conjetura Gayangos que la comedia representada debió de ser *El mayor encanto, amor*, de Calderón; opinión inadmisible, puesto que ésta no se estrenó en el Retiro hasta 1639; a no ser que se trate de una versión distinta del mismo asunto mitológico, debida a la pluma del gran dramaturgo. Tema muy manoseado y repetido el de las aventuras de Ulises, trataríase quizá, bajo el título de *Los encantos de Circe*, de una comedia de cualquiera de los poetas cortesanos (cuyos elogios al Buen Retiro fueron recogidos en un tomo por Covarrubias), no catalogada ni conocida hoy, pero cuyo éxito tuvo que ser enorme, hasta el punto de repetirse la representación en

más amplio escenario, como nos informan los mismos corresponsales en carta de 31 del mismo mes, refiriéndose a dos días antes, o sea el 29, de cuyos términos no cabe duda que se trata de representación distinta de la registrada en la carta del día 5, aunque la obra representada es la misma. «Hicieron en medio del estanque un tablado grande, y en él un bosque muy espeso con grandes montañas y árboles, fuentes, volcanes de fuego... Remataron la fiesta con danzas en tierra y en el agua; la riqueza de los vestidos fué increíble y la variedad de las cosas prodigiosa; duró seis horas y se acabó a la una de la noche.»

Imaginemos las figuras velazqueñas destacando en un paisaje de Juan Bautista del Mazo. Sobre el verde oscuro de tupido arbolado se dibujan la mancha blanca de una estatua de mármol y las columnitas de una balaustrada en la que luce su plumaje de áureos matices un pavo real, y sobre las mansas aguas del estanque, una lujosa embarcación, en cuya popa aparecen sentados una dama y un galán¹. En el tapiz de este fondo acuático se derrocharon con riqueza nunca vista todos los recursos escénicos que fué capaz de concebir la fértil imaginación del ingeniero Lotti para lograr una feliz amalgama de escenografía y forma dramática de efecto maravilloso. ¡Qué halago para la vista la súbita aparición y desaparición de tritones y sirenas, de ninfas y palacios encantados, las luces deslumbradoras, los artificios ingeniosos para cambiar rápidamente las decoraciones; y qué goce intelectual tan regalado la audición de los robustos versos de Calderón y la realización artística de las figuras simbólicas de su mundo teatral en un ambiente de jardín elegante! Al marqués de Eliche se atribuye la iniciativa de las mutaciones escénicas sorprendentes y las máquinas de gran espectáculo, «cosa que, siendo Mayordomo Mayor el señor Condestable de Castilla ha llegado a tal punto que la vista se pasma en los theatros, usurpando el arte todo el imperio a la naturaleza, porque las luces hacen convexas las líneas paralelas, y el pincel sabe dar concavidad a la plana superficie de un lienzo, de suerte que jamás ha estado tan adelantado el aparato de la escena ni el armonioso primor de la música como en el presente siglo», según nos informa Bances Candamo en

¹ Cuadro de Juan Bautista del Mazo en el Museo del Prado. (Número 1.215 del catálogo.)

el curioso tratado que escribió en defensa del teatro español contra sus detractores, principalmente contra los ataques del padre Camargo¹.

El elemento lírico propio del teatro calderoniano y la maquinaria escénica de las piezas que compuso al gusto cortesano para las fiestas del Buen Retiro recuerdan los caracteres externos de la ópera. La asociación de la música al verso en el arte dramático fué muy del agrado de los españoles del siglo xvii, y esta afición dió nacimiento a un nuevo género, en que alternaba la declamación con el canto. Estas comedias cantadas, que tomaron nombre del sitio real de La Zarzuela, fueron escritas, en colaboración con los más renombrados músicos, por autores de nota, como Lope, Calderón, Vélez de Guevara, Alarcón, Rojas, Moreto, Solís, Bances Candamo y otros muchos. El arte lírico, en combinación con el coreográfico, que tanto se prestaba a la decoración fantástica y a la tramoya, tuvo, a no dudar, favorable acogida en el ambiente palaciano. Luis Quiñones de Benavente, «pontífice de los bailes y entremeses», como fué llamado en un vejamen, escribió el entremés cantado de *Las Dueñas*, que representaron en el estanque del Retiro las compañías de Prado y Roque. En sus versos hay alusiones al lugar de la representación, y es evidente la adaptación musical.

A este mismo año de 1635 se atribuye la representación en el Buen Retiro de la comedia de capa y espada de Calderón *Casa con dos puertas mala es de guardar* y de *El Amor enamorado*, una de las que escribió Lope de Vega después de sacar a Plauto y a Terencio de su estudio para que no le dieran voces de protesta en nombre de la preceptiva clásica. Consta, por el final, que esta comedia fué representada ante los reyes, pues concluye diciendo:

«..... Y aquí
divino planeta cuarto,
luna, madre de otro sol,
que goceis por muchos años,
dé fin en vuestro servicio
El Amor enamorado.»

¹ *Theatro de los theatros de los passados y presentes siglos*, por D. Francisco de Bances Candamo. (Manuscrito núm. 17.459 de la Biblioteca Nacional.)

Observa Menéndez y Pelayo que en una *Relación* impresa citada por Hartzenbusch en las notas a Calderón se lee la siguiente noticia: «En 29 de Julio se representó en el Retiro la comedia de la fábula de *Dafne* con notables tramoyas de grande costa y artificio, que ordenó Cosme Loti, peregrino ingenio para ellas»; y en contra de la opinión del autor de *Los amantes de Teruel*, que supone pudiera tratarse de *El laurel de Apolo*, de Calderón, opina D. Marcelino que no constando que la zarzuela de Calderón fuese representada hasta el 4 de marzo de 1658, en las fiestas del nacimiento del príncipe Don Felipe Próspero, pudo ser más bien *El Amor enamorado*, de Lope, que no murió hasta agosto de aquel mismo año de 1635, o quizá alguna otra *Dafne* que hoy no conocemos.

En las relaciones de sucesos de la época se encuentra rastro frecuente del ambiente bullicioso y animado que presentaba el Retiro en los años siguientes. Estaba en su más alto grado la privanza del Conde Duque, y la real munificencia aprovechaba cualquiera oportunidad para dispensarle las gracias y mercedes más preciadas y honoríficas. En 8 de abril de 1636, con motivo del cumpleaños del rey, hubo comedia y muchas fiestas en palacio, y el Conde Duque recibió la merced de camarero mayor, oficio que «desde 150 años a esta parte nunca se ha probeydo desde la muerte de don Alvaro de Luna, Pribado del Rey don Juan el segundo». La simbólica dignidad de la Corte castellana, exhumada después de siglo y medio para halagar la soberbia y satisfacer la hidrópica sed de honores del omnipotente D. Gaspar de Guzmán, no causaría a éste, sin duda alguna, en aquellos días en que saboreaba las mieles de su enorme poderío, la menor aprensión supersticiosa al considerar la desdichada suerte de su histórico predecesor; mas pudo servirle de provechosa advertencia de la inconstancia de la fortuna y de cuán fácilmente se derrumban las más absolutas privanzas, y cómo quedan humillados los más incontrastables despotismos. Pero las graves ocupaciones del Gobierno no le impedían organizar holgorios y esparcimientos, como nos informa esta escueta anotación: «Lunes a 5 deste [mayo] se fueron sus Magestades a vivir al Retiro por todo mayo, donde el Sr. Conde Duque les tiene prebenidos grandes fiestas y entretenimientos, y en particular comedias de repente, mogigangas que hacen los secretarios de su Mag.^d y los que asisten mas en Palacio, y que habrá cañas y toros, caças de fieras y juegos

de armas, juegos de fuerças y otras cossas de grandiss.^{mo} entretenim.^{to}.

No tardó, en efecto, en desarrollarse el vasto programa recreativo. En la tarde del 8 soltaron un toro, un oso y un león en lucha fiera y descomunal, en la que llevó la mejor parte el león, que dió buena cuenta del toro, mientras el oso, amedrentado por la visible pujanza del terrible enemigo, se retiró prudentemente «a ver la fiesta». La misma tarde peleó otro toro con varios perros ingleses, que le sujetaron de forma que acabaron con el bravo cornúpeto. El siguiente día hubo comedia nueva, y en los sucesivos continuó el mismo entretenimiento.

Las clases adineradas, en especial los ricos genoveses arrendatarios de tributos, competían con grandes y títulos en ofrecer magníficos regalos para el ornato del palacio o el mayor lucimiento de las fiestas. Bartolomé Spínola presentó por aquellos días seis toros; Carlos Strata, gran cantidad de ricas colchas de Nápoles, y Octavio Centurión, algunos escritorios y otros objetos de primoroso gusto. Lo cortés no quita lo valiente, y los opulentos genoveses, engreídos con el oro que atesoraban, no cedían en punto de honra a los hidalgos españoles. Algo después de la fecha a que nos referimos, en febrero de 1637, mientras se hacía el ensayo de una mascarada, era tal el concurso de gente, que los soldados de la Guardia española encargados de mantener el orden a duras penas podían despejar, y como entre el público se encontrase un sobrino de Bartolomé Spínola, se refugió en un rincón de la plaza, y dirigiéndose altivo al teniente D. Francisco Zapata, apodado en palacio *Zapatilla*, le dijo: «Ah, señor D. Francisco, ¿no me conoce vuestra merced?»; a lo que replicó malhumorado el teniente: «¿Qué importa que le conozca?»; y le mandó echar como a los demás. Enojado el genovés por la descortesía con que había sido tratado, amenazó iracundo al soldado que le expulsó con que sus criados le darían de palos, y aguardó a que Zapata, concluido el ensayo, se dirigiese a su casa, y llamándole aparte en el Prado, le dijo que se apease, porque tenía que hablarle, a lo que respondió el interpelado que no traía espada; pero al mismo tiempo se apeó, y tomando la de otro, quiso acuchillarse con el genovés, evitándolo los que se hallaban presentes. De resultas de este lance el irritable genovés se ausentó de la Corte, y Zapata permaneció arrestado en su casa.

Hacíanse grandes preparativos para la celebración de una mascarada, que estaba fijada para el domingo 18 de mayo (1636), en que se aseguraba que el rey saldría *de rebozo*, y para otras divertidas recreaciones en los días sucesivos. Mientras llegaba, el martes 13 asistieron los reyes a una partida de campo en una de las ermitas. En diferentes días hubo juegos de armas, luchas de fieras y otras gustosas invenciones, y en la noche señalada salió la mascarada. Aquel día había solemnizado el conde de Oropesa sus capitulaciones matrimoniales con la marquesa de Alcaudete con una cena pantagruélica, a estilo de la época, de treinta «antes», treinta postres y noventa platos.

Formaban la mascarada cincuenta parejas de lo más lucido de la Corte, incluso secretarios y ministros con ejercicio en Palacio, todos con riquísimos disfraces. Entraron por la plaza nueva a caballo, haciendo caracoles, precedidos de un carro triunfal, obra del ya famoso Lotti, figurando un ánade dentro del cual se ocultaban los músicos. Salió a recibir el Conde Duque, seguido de cien lacayos, y fueron entrando hasta llegar a la segunda plaza, donde estaba el rey asomado a un balcón, y le hicieron la dedicatoria de la fiesta, cantando los músicos desde el carro. Trasladóse el rey a la otra plaza, que, alumbrada con doscientas hachas y gran número de faroles de cristal, ofrecía aspecto deslumbrador. Duró la fiesta hasta las once de la noche, y luego de retirados los reyes, pasearon las cuadrillas las calles de la Corte, despertando a sus pacíficos moradores, en aquella hora entregados al sueño.

El lunes 19, «de orden del Sr. Conde Duque todos los monteros y Oficiales de la casa de la Moneda y demás personas de m.^d que suelen celebrar la fiesta del hoyo, vinieron a festejar a su Mag.^d y corrieron toros y cañas en la plaza del Retiro con muchos rejones y lanzas; hubo perros ingleses que echaron, cuya ferocidad sujetaban». Acabada la fiesta, el conde duque de Olivares dió a los reyes y a las damas una espléndida merienda en el ala del palacio que daba vistas al Prado, en donde todos los coches y paseantes mudaron el paseo delante de la ventana a que se asomaban las reales personas.

Motivos de piedad se combinaban a veces con la atracción de las fiestas mundanas para organizar visitas a devotas imágenes, principalmente a la Virgen de Atocha, cuya proximidad al Retiro

contribuyó a que su capilla fuese preferida por los monarcas para sus actos de devoción. El acto religioso tenía a veces sabroso remate en la merienda con que los religiosos obsequiaban a la real familia y a las damas, sirviendo los frailes las viandas en platos de barro.

La fiesta de San Juan era una de las más celebradas con toros y comedias. La víspera del Santo se solemnizó con músicas y luminarias en el estanque, y el día de la fiesta se representó una comedia de Calderón por tres compañías, en diferentes tablados, que duró cinco horas, y en los entreactos hubo bailes y entremeses, dando principio a la fiesta con una famosísima loa. Creemos que sería esta comedia de Calderón la titulada *Los tres mayores prodigios*, que requería, en efecto, para su representación tres tablados o escenarios, e iba precedida de una loa en la que se encuentran alusiones muy transparentes al Retiro. El final de la loa prueba claramente que fué representada en presencia de los reyes y escrita expresamente para una fiesta palaciega, y la alusión que en ella se hace a la infantita Doña María Ana Antonia, nacida en 5 de febrero de 1635 y fallecida el 5 de diciembre de 1636, confirma nuestra opinión de ser la comedia expresada la que fué estrenada el día de San Juan de este año.

Apretaban los calores, y esta circunstancia hizo que se apresurasen las fiestas prevenidas, especialmente las mascaradas, aplazando los toros para el 2 de julio, en que debían lucir su arte doce famosos lidiadores, aunque la realidad no correspondió a la grande expectación que había por el acontecimiento. En la tarde del 27, debajo de las ventanas que daban al Prado, y a presencia de los reyes, hubo carreras, en que corrieron con grandísimo lucimiento grandes, títulos y caballeros.

Aproximábase el 29, dedicado a San Pedro, y para ese día se previno una fiesta musical en el nuevo estanque, no en el mayor, sino en uno de los chicos, que daba vista al Prado. La presión del agua sobre el paredón de cal y canto, recién construido, y la aglomeración de gente ocasionaron que, mientras los reyes hacían colación en la ermita más cercana, se desplomase la pared, inundándose el Prado, lleno de coches en aquellos momentos, sin que, por fortuna, hubiese que lamentar mayores desgracias. Aquella noche hubo comedia, también de Calderón, con muchos bailes y en-

tremeses, y en esta ocasión fué galardonado el gran poeta con el hábito de Santiago, con universal aplauso de toda la Corte¹.

El estío con sus rigores puso fin a la serie ininterrumpida de regocijos, que no se reanudaron hasta el mes de noviembre, con motivo de la llegada a la corte de la princesa de Carifián. Era esta dama hija del conde de Soissons, primo de Enrique IV, y pertenecía, por tanto, a la ilustre Casa de Borbón, reinante en Francia; hallábase casada con el príncipe Tomás de Saboya, hijo del duque Carlos Manuel y de la infanta española Doña Catalina Micaela, y se hallaba a la sazón el príncipe al servicio del rey católico en Flandes, por cuyo motivo la princesa, su mujer, residía en Milán desde 1634. La estancia en Madrid de la egregia dama era motivo oportunísimo para extremar las demostraciones de alegría y hacer alarde del lujo y magnificencia habituales en la fastuosa Corte del Buen Retiro, sin contar las miras políticas que pudieran fundarse en ser el conde de Soissons, hermano de la princesa, declarado enemigo de Richelieu. Habíanse ultimado las obras de una nueva plaza cuadrada en el Prado alto, y se preparaban carros triunfales de grandeza desmesurada y peregrino artificio, disponiéndose los grandes y señores a participar en la mascarada anunciada, y en toros y cañas, y por las tardes se ensayaban los caballeros para lograr mayor perfección en sus ejercicios. Los actos se celebrarían de noche, con tanta profusión de luces y faroles, que, según encarecían los bien informados, los afortunados que pudiesen presenciarlos no echarían de menos la luz del día.

El domingo 16, a las tres de la tarde, los grandes, títulos y señores fueron a la ermita de la Magdalena, todos a caballo, excepto el patriarca de las Indias, que iba en su coche. Al frente del brillante cortejo se puso el Conde Duque, vestido «de noguerado, guarniciones de plata y negro, sombrero negro, plumaje blanco y rica cadena al cuello», montado en blanco caballo. Adelantóse la comitiva hacia Alcalá cosa de un cuarto de legua, hasta encontrar a la princesa. Venía Doña María de Borbón en magnífica carroza, tirada por seis caballos blancos con sillas y guarniciones de terciopelo carmesí bor-

¹ *Anales de León Pinelo*, manuscrito de la Real Academia de la Historia.—*Cartas de Jesuitas en Memorial Histórico Español*, tomo XIII.—*Avisos de 1636-1641*, manuscrito núm. 2.339 de la Biblioteca Nacional.

dado, vestida a la francesa de brocado de oro y plata, y acompañada por sus cuatro hijos mayores, siguiéndole el pequeño en litera en brazos de su ama. Representaba entonces unos treinta y dos años, y era bien proporcionada de cuerpo y de rostro hermoso y agraciado, con dos lunares, ojos azules y nariz algo afilada. Seguíanla cuatro coches de damas y dueñas, ricamente vestidas a la moda francesa, y la servidumbre con libreas de terciopelo rojo y azul. Reunidos los caballeros con la princesa y hechas las cortesías de rigor, se dirigieron todos a la ermita donde se encontraba el rey, y al llegar apeóse la dama con airosa gravedad, recibéndola Felipe IV con afabilidad y benevolencia, y luego subieron los niños en brazos de señores a besar las manos a Su Majestad. Ocupó el rey con la princesa y sus hijos un coche real de seis caballos castaños, seguido del Conde Duque y el marqués del Carpio, capitán de la Guardia española, ambos a caballo. Entró la comitiva por la Puerta de Alcalá, y se dirigió al Alcázar, donde fué la de Cariñán recibida por la reina¹.

La época de Carnestolendas de 1637 ofrecía motivo suficiente para nuevas diversiones, si no se hubiera unido a esta causa, junto con la presencia de la princesa, la noticia de la elección de rey de Romanos recaída a favor de Fernando III, traída a la Corte por D. Felipe Ladrón de Guevara, hijo del conde de Oñate, embajador en Alemania. Duraban aún las obras de la gran plaza, e impaciente por verlas concluídas, el corregidor de Madrid, conde de Montalvo, que no se paraba en barras, puso pena de la vida a los doradores y pintores que en el plazo de tres días no acabasen su faena de dorar y pintar la plaza y las vallas para la carrera, si hemos de dar crédito a un diligente memorialista contemporáneo, por quien sabemos que por no estar fija la parte inferior de la plaza, se mandó terraplenar y atajar lo demás para que los coches lo allanasen. El sábado 7 de febrero llegaron los reyes con gran séquito de damas y caballeros, de vuelta de El Pardo, y sin detenerse en Madrid fueron a pernoctar al Retiro. Al día siguiente empezó el ensayo de la mascarada, en el que sucedió el incidente pintoresco que hemos referido entre D. Conrado Spínola y el teniente de la Guardia española D. Fran-

¹ *Diálogo compendioso de la antigüedad... de la Villa de Madrid y recibimiento que en ella hizo su Magestad Católica... a la Princesa de Cariñán.* Por Rodrigo Méndez Silva, Lusitano, vezino desta Corte de Madrid. (En 4.º, 42 follos.)

cisco Zapata. El respeto debido al lugar no siempre evitaba estos choques y desafíos, nacidos de la soberbia puntillosa y del pundo-nor exagerado de aquella época.

También dió mucho que hablar por aquellos días el frustrado desafío entre el conde de Salazar y un conde italiano llamado Jerónimo del Pozo, caballero de la Orden de Santiago y marido de la camarera mayor de la princesa de Cariñán. Habíase negado Salazar a dar tratamiento de señorfa al D. Jerónimo, que éste creía merecer como título italiano, y tomándolo a menosprecio se vengó devolviéndole el de merced, sin consideración a su dignidad de título de Castilla. Molesto, Salazar «se hacía duro de gorra» siempre que topaba con el italiano, hasta que de estas mutuas descortesías vino a estallar el conflicto. Encontráronse ambos un día en las galerías bajas o soportales del Buen Retiro, por donde se iba al cuarto del Conde Duque, y esta vez Salazar dió un profundo sombrerazo a Pozo, quien tuvo por conveniente pasar de largo sin quitarse el suyo, por lo que, irritado, Salazar volvió sobre sus pasos, y alcanzando por la espalda al D. Jerónimo, le quitó violentamente el sombrero, dándole con él un sombrerazo en la cara. Empuñaron entrambos las espadas; pero fueron oportunamente contenidos por los circundantes, que les gritaban consternados mirasen lo que hacían, porque estaban dentro de Palacio. Pozo desapareció, y Salazar buscó refugio en la Embajada de Alemania, donde se le sometió a rigurosa vigilancia para que no pudiese recibir ningún cartel de desafío. Pese a todas las precauciones, un gentilhombre de la princesa tuvo traza para penetrar donde se hallaba el conde y decirle que el conde Pozo le esperaba al día siguiente, a las siete. La notificación no fué tan secreta que no trascendiese, y cuando a la mañana siguiente acudió Salazar al sitio convenido, acompañado de un padrino, ya el conde del Pozo, que se le había adelantado, había sido preso por el alcalde Quiñones, personaje aludido en un vejamen con el mote de «Alcalde de todos los diablos», y más madrugador esta vez que los dos contumaces luchadores. Quiso hacer lo mismo el inflexible representante de la justicia en la persona del conde de Salazar; pero entonces surgió lo imprevisto con la aparición de D. Juan de Chaves, caballero del hábito de Santiago, invocando el fuero de las Ordenes militares. La competencia de jurisdicción, no sin mediar palabras recias, se dirimió al fin a favor de las Ordenes militares, y el preso

fué conducido a casa del condestable de Castilla. La actitud de Salazar regateando las consideraciones y cortesías debidas a un personaje del séquito de la princesa, a la cual los reyes se esmeraban en agasajar, era indefendible; pero la posición irreductible de Pozo, exigiendo muchas satisfacciones, dificultaba el arreglo. Al fin cometió el rey la solución del conflicto al consejero D. Carlos Coloma, cuya prudencia, talento y experiencia eran garantía de acierto, y se llegó a un acuerdo, haciéndose amigos los dos adversarios, con la declaración de que ambos habían procedido hidalga y caballerosamente. No se libró Salazar de un destierro que le impuso el rey, quien al cabo le perdonó y le hizo merced de la llave de gentilhombré de su Cámara, y el conde se decidió a marchar a Flandes a dar mejor empleo a sus ímpetus belicosos; pero detenido en La Coruña, donde por dos veces tuvo que refugiarse la nave en que iba, a causa de los temporales, cayó enfermo. Su triste sino le impidió cumplir el generoso propósito de derramar gloriosamente su sangre en lucha con los rebeldes flamencos; pero tuvo que verterla sin tasa y con menos gloria en tributo a la singular terapéutica de los médicos en cuyas manos tuvo la desgracia de caer, los cuales le sangraron diecinueve veces, con lo que no es de extrañar que ellos y la enfermedad, de consuno, dieran con el asendereado cuerpo del pobre conde en la sepultura. En cuanto a D. Jerónimo del Pozo, algunos meses después del suceso relatado casó a su hija con un hijo de D. Agustín de Samaniego, caballero navarro, que había sido capitán de caballos en Flandes.

Volviendo a las fiestas del Buen Retiro, a medida que se acercaba la semana de Carnaval continuaban los ensayos de lo que prometía ser fiesta lucidísima, así por la variedad y riqueza de libreas y jaeces como por el aparato suntuoso que se desplegaba en la plaza, en la que el último día del ensayo se hizo muestra de las luces, instaladas apresuradamente, con profusión tal, que ante el temor de un incendio se mandó poner debajo de los tablados gran cantidad de botes de agua y prevenir suficiente número de carros y aguadores. La plaza era la misma que luego se hizo de fábrica y se llamó de la Pelota, hacia la puerta principal del sitio; pero provisionalmente era de madera y medía seiscientos pies de largo y trescientos cincuenta de ancho. Los cuatrocientos ochenta y ocho balcones o palcos tenían, según las relaciones coetáneas, barandillas de plata

y oro, o dígase doradas y plateadas, y estaban por dentro colgados de variedades de sedas y tapices, y separados entre sí por pilares, cada uno de los cuales tenía suspendidas dos hachas blancas, y corriendo por toda la circunferencia, sobre el friso y cornisa, había novecientos faroles de hermosos vidrios y graciosa forma, a más de trescientos grandes de espacio a espacio, y entre uno y otro tres menores. Desde el primer piso u orden de aposentos hasta el de la plaza había una valla de un estado cubierta de leonado con mascarones y otros adornos, presentando el conjunto un aspecto deslumbrador, con más de siete mil luces encendidas. El balcón grande, dispuesto para las personas reales, era de barandillas doradas con gran primor y adornado de muchas vidrieras. Tenían puesto señalado para presenciar el espectáculo los Consejos, Diputación del Reino, Villa de Madrid, nuncio y representantes diplomáticos.

El rey se vistió en casa de Carlos Strata, genovés, caballero del hábito de Santiago, asentista acaudalado, que, como otros de su nación, *enterraban* en sus arcones el oro de las Indias. Corresponbió el genovés al singular honor que le dispensaba la católica majestad de elegir su casa para vestirse, con gran ostentación y derroche. Las piezas estaban adornadas con magníficos tapices de Flandes, preciosos doseles de oro y plata, ricos escritorios y suntuosísima cama, apareciendo por doquier pomos, salvillas, relojes, cazoletas y otras inestimables alhajas. El balcón de la cámara era dorado y con hermosa celosía de vidrieras, y en las galerías y piezas exteriores había bufetes de gran estimación y gusto. Había dispuesta una bien provista mesa por si Su Majestad gustaba de tomar algún bocado, y en ella dieciocho fuentes con dulces, pastas y conservas, y los vinos y licores más exquisitos y preciados. En la mesa de los caballeros de la Cámara había treinta fuentes, y abajo, despensa franca para los criados del rey, gente de la guardia y demás que quisieran entrar. Repartiéronse ochocientos ducados en dinero entre guardias y criados, regalos particulares a algunos señores de la Cámara, y a todos dos pares de guantes de ámbar, y uno para los ayudas de cámara y otros oficios palatinos. Carlos Strata, en memoria de la merced real, presentó al soberano un relicario que el cardenal Spínola le había dado con reliquias de los Santos Felipe y Santiago.

A las tres de la tarde del domingo 15 de febrero, al son de chirimías, trompetas y clarines, llegó Felipe IV a la casa del opulento genovés, quien le recibió acompañado de su hijo D. José, también del hábito de Santiago y futuro marqués de Robledo; de su sobrino Bartolomé Galberino y de su yerno, el conde de la Puente, y ofreció a su egregio huésped una llave dorada, y otra asimismo al Conde Duque. El Rey se entretuvo a ver las preciosidades que adornaban la casa, y mandó que la colación de los caballeros se llevase a doña Francisca Enríquez, menina de la reina, muy querida de él, y la de su mesa, a la condesa de Olivares. Alabó el rey una cruz de cristal que estaba en el aposento destinado al Conde Duque, y la cama que le estaba prevenida, y todo se lo envió después Strata con la tapicería y un brasero de plata, liberalidad que aceptó Su Majestad mandando colocar esos ricos muebles en una de las piezas del palacio del Buen Retiro. Al anochecer encendiéronse cien luces en el cuarto real, veinte hachas en los corredores, escalera, patio y portal, y sesenta en balcones y ventanas. Eran ya las ocho de la noche cuando el rey, vestido para la fiesta, salió de la casa de Strata y se dirigió al Retiro, recorriendo el trayecto hasta el convento de San Jerónimo entre dos hileras de luces.

Componíase la mascarada de dieciséis cuadrillas de a caballo, de doce caballeros cada una, precedidas de tambores, trompetas, clarines y atabales, con libreas de colores blanco y negro. Los vestidos de los caballeros eran de tela de plata con bordaduras negras; plumas y gualdrapas, de los mismos colores. El rey y el Conde Duque lucían igual vestido que los caballeros, bordado de rica y vistosa labor. Figuraban al frente de las cuadrillas el rey, Olivares, el condestable, los duques de Pastrana, Híjar y Peñaranda, el marqués del Carpio y los conde de Tendilla, Oropesa, Morente, Ricla, Alba de Liste y Montalvo. Seguían dos carrozas triunfales, obra del famoso Cosme Lotti, representando la guerra y la paz, con música y más de cien hachas, tiradas por veinticuatro bueyes cubiertos de paños rojos guarnecidos de plata y pieles de animales. Pusiéronse en marcha hacia San Jerónimo, en cuyo frontispicio se había construido un mirador de vidrieras con pasadizo hasta el balcón de la plaza. Allí se hizo alto hasta que apareció la reina, acompañada del príncipe Don Baltasar y de la princesa de Cariñán con sus hijos, para que pudieran contemplar el efecto del desfile. Entrando en la

plaza, rodeáronla toda para juntarse luego en medio, y se dividieron las cuadrillas en dos bandos, capitaneados por el rey y el Conde Duque, que vinieron a colocarse, después de ejecutar diversas figuras y caracoles, en sus correspondientes cuarteles. Comenzó luego la escaramuza cuadrilla a cuadrilla primero, dos contra dos después y todas juntas por último, con tal orden y concierto, que causó admiración a cuantos la presenciaron. Corrióse después un estafermo por las carreras que estaban entre dos vallas plantadas al pie mismo del balcón de la reina, y en él lució el rey su destreza en esta clase de ejercicios caballerescos. Dejó después el rey la plaza para subir al balcón de la reina y presenciar desde allí el resto de la fiesta, que consistió en un diálogo alusivo, representado por cómicos desde los carros. Con esto tuvo fin el fastuoso espectáculo, y los reyes, aclamados por la multitud, se retiraron al palacio a media noche.

El lunes, la condesa de Olivares llevó la dirección de la fiesta en la ermita de San Bruno, en donde aparecía el jardín adornado con varios géneros de frutas que pendían de los árboles y una parra de hojas postizas y uvas auténticas que anticipaban la estación de la vendimia, y por doquiera se ostentaba una frondosidad primaveral en flores y verdura. Consistió la fiesta en bailes, una pantomima de boda gallega, una loa de Francisco de Benavente y una comedia representada por Manuel Cortizos y otros aficionados, terminando con una merienda de cincuenta platos que dió la reina. El martes festejó el Conde Duque en la ermita de la Magdalena con una mascarada de tres compañías de cómicos, que hicieron baile, entremeses y comedia, concluyendo con otra merienda que dió la reina. Corrió a cargo de la condesa de Olivares la del miércoles, y consistió en un paseo por el estanque grande para ir a desembarcar en la ermita de San Isidro, donde se oyó música y se cenó espléndidamente en medio del bosque, profusamente iluminado. El jueves hubo toros a costa de la Villa de Madrid, que fueron lidiados y rejonados por varios caballeros. El viernes se dedicó a celebrar un certamen poético, en el que tomaron parte los mejores ingenios de la Corte, presidido por Luis Vélez de Guevara, y actuando de secretario Alfonso de Batres, que entró en vejamen con D. Francisco de Rojas. Fueron jueces del certamen el príncipe de Esquilache, don Luis Méndez de Haro, el conde de la Monclova, D. Francisco de

Calatayud, D. Antonio de Mendoza, Francisco de Rioja y D. Gaspar Bonifaz¹.

Existe otro vejamen, atribuido también a Rojas, pero diferente del citado, que fué publicado por Serrano y Sanz como apéndice a la edición crítica de *El diablo cojuelo* anotada por Bonilla y San Martín, atribuyéndole la fecha de 1637. Para demostrar que no corresponde a esta fecha basta observar que la Academia literaria de este año no se celebró el 21 de febrero, como expresa el epígrafe, sino el 20 de igual mes, y que haciéndose constar en el encabezamiento que este vejamen fué leído en justa poética celebrada en el Buen Retiro delante de Su Majestad la reina Doña Isabel y de la señora duquesa de Xebros (Chevreuse), no pudo esto suceder en febrero de 1637, puesto que la duquesa no llegó a Madrid hasta el 6 de diciembre de este año, de donde se deduce que la verdadera fecha de este vejamen de Rojas es febrero de 1638.

Reanudando el hilo de las fiestas carnalescas, digamos que el sábado transcurrió alegremente con juegos de palos ensebados o cañas al aire libre, y bajo techado, en los salones del palacio, con gentil escaramuza entre damas y galanes, lanzándose a guisa de proyectiles huevos de olor. El domingo de Carnaval (22 de febrero) hubo mojiganga, música y bailes, y a la noche, comedia de Luis Vélez, representada por la compañía de Olmedo. No saturada aún de diversiones la bulliciosa Corte, continuaron los festejos el lunes de Carnaval con toros y cañas y representación de la comedia de Rojas y Coello *El robo de las sabinas*², y el martes dieron fin con una mojiganga organizada por la Villa, con más de 400 máscaras y ocho carros triunfales de invención jocosa, y con la comedia *Don Quijote de la Mancha*, de D. Pedro Calderón³.

Estas celeberrimas fiestas carnalescas del Retiro el año 1637, que duraron sin interrupción desde el domingo de sexagésima (15 de febrero) hasta el 24 del mismo mes, martes de Carnaval, fueron las

¹ El cartel, temas y composiciones premiadas en este certamen del Buen Retiro figuran en el manuscrito núm. 10.293 de la Biblioteca Nacional. Morel-Fatio los publicó en su libro *L'Espagne au XVI et au XVII siècle*, añadiéndoles otros dos temas que no figuran en el manuscrito.

² La Barrera (*Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*) la atribuye a los hermanos D. Juan y D. Antonio Coello.

³ No figura esta comedia entre las de Calderón; pero fué mencionada por Vera Tassis, que prometió incluirla en la *Décima parte*, que no llegó a publicar.

más brillantes, sonadas y placenteras de cuantas vió la alborotada Corte del cuarto de los Felipes en los días en que aun no había aparecido a la superficie el cáncer lastimoso que corroía el cuerpo moral de la decrepita Monarquía, y no había entenebrecido los ánimos el fracaso estrepitoso de una política menos prudente que ambiciosa. Por muchos días constituyó tema obligado de corrillos y mentideros, para alimentar la murmuración y entretener la cháchara de los ociosos de la Corte, y no faltó algún cuentista de las gradas de San Felipe que aguzase su sagacidad hasta ver en la carnavalada una maniobra de profunda política¹. Harto más pusieron a contribución su ingenio cronistas y poetas para perpetuar el recuerdo de estas fiestas reales, de las que nos queda circunstanciada memoria en relaciones, cartas y otros papeles sueltos².

Con la primavera se renovaron los festejos, iniciándose con un banquete que dió a los reyes el 17 de mayo el poderoso privado, al tiempo que preparaba para el próximo mes grandes y nunca vistas invenciones. La noche de San Juan y el día de San Pedro se solemnizaron con esplendor, representándose comedias con grandes tramoyas, obra de Cosme Lotti, tan extraordinarias, que sólo dos de ellas costaron seis mil ducados, siendo de advertir que en hora y media se mudaba la decoración teatral trece veces.

El tibio otoño madrileño convidó a nueva temporada de recreos, en que tampoco faltó el espléndido banquete con que el Conde Duque agasajó a los reyes y al príncipe. El 6 de diciembre hizo su entrada solemne en la Corte, acompañada de gran séquito, y fué recibida ostentosamente, la duquesa de Chevreuse, María de Rohan Montbazon, esposa del duque Claudio de Lorena, hermano del de Guisa. El alto linaje de la noble dama, la gracia y belleza de su persona, su carácter de amiga y confidente de la reina Ana de Austria

¹ «Dicen los discursistas que tan grande acción ha tenido otro fin que el de recreación y pasatiempo, que fué también ostentación, para que el Cardenal Richelieu, nuestro enemigo, sepa que aun hay dinero en el mundo que gastar y con que castigar a su Rey.» (*Nuevas de Madrid*, publicadas por Rodríguez Villa, XIV.)

² León Pinelo, *Anales de Madrid*, manuscrito de la R. A. de la H.—*Avisos de 1636-1641*, manuscrito de la B. N. núm. 2.339.—*Cartas de Jesuitas*, M. H. E., tomo XIV.—Rodríguez Villa, *Nuevas o Noticias de Madrid*, en *La Corte y Monarquía de España en los años de 1636 y 1637*.—Alenda, en sus *Relaciones de fiestas y solemnidades públicas de España*, cita varias de estas relaciones.—Mesonero Romanos, en *El antiguo Madrid*, insertó (apendice 4.º) otra relación de estas fiestas, que es la misma publicada en el *Semanario Pintoresco Español*, segunda serie, tomo II (1840), págs. 195-196.

y la obstinada persecución de que era víctima por parte del omnipotente Richelieu, eran poderosos motivos para que fuese acogida con general aplauso por todos los madrileños, sin distinción de clases, y espléndidamente agasajada por Felipe IV, siempre dado a las fiestas suntuosas y a las manifestaciones de esplendor, justificadas en esta ocasión por el designio político de dispensar ostensible protección a la encumbrada dama que se acogía bajo su amparo, huyendo de la persecución del mayor enemigo que tenía entonces la Monarquía española. Matos Fragoso escribió un poema heroico de conceptos sutiles y alambicados a la feliz entrada de la bella francesa, quien de tal modo logró cautivar con su gracia y su viveza a los españoles, y tan enorme boato fué derrochado en su honor, que llegó a despertar la envidia y los piques de etiqueta de la Cariñán. Permaneció en Madrid la duquesa de Chevreuse hasta el 13 de febrero siguiente; en que partió para La Coruña a embarcarse con destino a Inglaterra, sin acceder a las instancias de Felipe IV para que permaneciese en España, ni aceptar una pensión de doce mil ducados que le fué ofrecida.

Las fiestas en honor de la duquesa de Chevreuse dejaron memoria y fueron relatadas en gacetas y papeles sueltos. El viernes 5 de febrero hubo estafermo y sortija. El balcón principal estaba ocupado por la reina, que tenía a su izquierda a la Cariñán, sentada en una almohada a respetuosa distancia, y a la derecha, separados por una cortina, al príncipe Don Baltasar y a la Chevreuse, sentada asimismo ésta en una almohada, y algo más retirada, la condesa de Olivares. Al son de trompetas y clarines apareció el brillante escuadrón de sesenta caballeros, vestidos de terciopelo negro con forros de lama de plata y blancas plumas, que airozas tremolaban al viento. Al frente cabalgaba el rey en un hermoso caballo andaluz, vestido de terciopelo negro, cabos blancos, botas y espuelas y muchas plumas blancas en el sombrero; cruzaba su pecho rica banda encarnada, y empuñaba su diestra medio bastón. A poca distancia seguía el Conde Duque, con vestido semejante al de Su Majestad, y a continuación, los demás caballeros, emparejados y con sendas lanzas plateadas en las manos, llevando cada uno dos lacayos; presentando un conjunto tan bizarro y tan galán, que daba aventajada idea de la grandeza y magnificencia de la Corte de España. Lucieron los jinetes su apostura y gallardía haciendo caracolear sus briosos corceles

y dando mil concertadas vueltas alrededor de la plaza. El rey mostró su destreza corriendo tres lanzas con el almirante de Castilla y ganando un reloj de oro guarnecido de diamantes, que envió a la reina; en la segunda carrera corrió con el duque de Híjar otras tres lanzas, alcanzando el premio de una salvilla de oro con un gran pedazo de ámbar, que regaló a la princesa de Cariñán, y la tercera carrera fué con el marqués de Cerralbo, mereciendo el premio de un aguamanil de oro de primorosa labor, con pedazos de finísimo ámbar, que esparcieron suavísima fragancia; este premio diólo Su Majestad a la duquesa de Chevreuse. A imitación del soberano, todos los caballeros cedieron galantemente sus premios a las damas de su predilección. Corrida la sortija, los mismos caballeros quebraron sus lanzas en cuatro estafermos colocados en los cuatro ángulos de un cuadro atajado, con su carrera cerrada con valla plateada, y como anoheciera, terminó la solemnísimas fiesta.

El miércoles 10 se dedicó enteramente a la fiesta de toros. Por la mañana hubo el encierro, y por la tarde se lidiaron veintiséis, rejoneándolos catorce caballeros, entre ellos D. Juan Pacheco, hijo primogénito del marqués de Cerralbo, que salió vestido de luto, montando un caballo negro y acompañado de veinticuatro lacayos negros, auténticos o fingidos, vestidos también de luto. Tan lúgubre aparato, que desdecía bastante de la alegría y color característicos de la fiesta taurina, era motivado por los desdenes de su dama, hija del marqués de Cadereita, con quien pretendía casarse, con la oposición del padre de la beldad, a quien no agradaba para yerno el D. Juan.

Al día siguiente hubo mascarada, y salieron doce parejas de uno y otro sexo, ricamente vestidas, cuyo coste se dijo que había excedido de 120.000 reales. Después de la mascarada hubo certamen poético sobre temas que poco antes se habían dado a conocer a los poetas, los cuales compitieron en ingenio y se esmeraron por conquistar los aplausos de la docta y aristocrática concurrencia. Dieron vejamen D. Antonio Coello y D. Francisco de Rojas. El del primero, dedicado a denostar con las acostumbradas burlas a poetas, grandes y cortesanos, fué dado a conocer por Paz y Meliá¹. El de Rojas contiene alusiones a muchos personajes de la Corte, y fué publicado,

¹ Paz y Meliá, *Sales españolas*, segunda serie, págs. 325-338.

como hemos dicho, por Serrano y Sanz, quien hace notar las semejanzas que tiene con la novela de Luis Vélez *El diablo cojuelo*, no publicada hasta 1641, lo que plantea el problema de la prioridad en la concepción de esa ficción satírica. Algunos de los zaheridos por Rojas, sintiéndose agraviados, se vengaron del autor causándole graves heridas, que pusieron en peligro su vida, hasta el punto de divulgarse la noticia de su muerte¹. Fundado en esta noticia, que recoge algún gacetista contemporáneo, conjetura La Barrera que, o bien se trata de un homónimo del ilustre autor de *García del Castañar*, o si en efecto el célebre dramaturgo fué herido de gravedad, dió lugar el hecho a que se esparciese la noticia equivocada o falsa de su muerte. El mismo autor se inclina a considerar el hecho como sucedido un año antes, y para ello se ve obligado a dar por equivocada la fecha de los *Avisos*, que erróneamente atribuye a Barrrionuevo, debiendo leerse, a su juicio, 1637 en vez de 1638. Tal suposición es infundada, pues bien clara aparece la fecha de 1638 en el manuscrito de la Biblioteca Nacional en que consta la noticia, sin que se trate de un dato o documento aislado en que pueda suponerse alteración en la copia, sino de un tomo de *Avisos*, de letra del siglo XVII, en que por orden correlativo se van anotando día por día los hechos más sobresalientes. Por otra parte, como hemos indicado anteriormente, el apóstrofe dirigido a la duquesa de Chevreuse en uno de los últimos párrafos del vejamen de Rojas le atribuye la fecha indudable del 11 de febrero de 1638, en que se celebró el único certamen poético a que asistió la dama francesa.

El viernes 12 se celebró una gran fiesta de Carnestolendas, en la que damas y caballeros, sin exceptuar las mismas personas reales, libraron una gran batalla, hostilizándose con nutrido tiroteo de huevos previamente rellenos de agua de olor, y se disfrazaron con diferentes máscaras. A la noche se representaron dos comedias con tramoya y bailes. El día siguiente, sábado, salió la duquesa de Chevreuse, después de haber sido espléndidamente agasajada por la Corte y celebrada por los poetas. No por eso dieron fin las fiestas del Buen Retiro, pues era inagotable la inventiva de aquellos cortesanos para discurrir diversiones. El domingo de Carnaval hubo comedia. El lunes, mascarada y danza, y después, comedia, a la que

¹ *Avisos* de 1636-1641. Manuscrito de la Biblioteca Nacional núm. 2.339, fol. 222.

asistieron representaciones de todas las Ordenes religiosas, invitadas por la condesa de Olivares. El martes la fiesta fué bajo techado y exclusiva de la servidumbre palatina, consistiendo en la celebración grotesca de una boda, en que tomaron parte casi todos los caballeros de la Corte, como actores o como espectadores. Oigamos a un narrador contemporáneo: «Fué portero aquel día el Sr. Conde Duque; salieron vestidos de alabarderos a lo tudesco el Conde de Oropesa, el Conde de Aguilar, el Marqués de la Guardia, D. Francisco de Luzón y otros; de gentileshombres el Conde de Puño en rostro, el Duque de Híjar, etc.; de dueñas D. Jaime de Cárdenas, D. Francisco de Cisneros etc.; de damas el Almirante, el Conde de Grajal, el Conde de Villalba, el Marqués de Aytona etc. De Reina hizo el obrero mayor, que se llama Carbonel; de Rey un ayuda de cámara viejo; de Príncipe el Duque de Pastraña; la novia fué otro ayuda de cámara viejo de muy mala cara, y el novio Zapatilla. Llevaban doce pajes hijos de señores. Los gentileshombres entraron en caballos de caña. Hizo oficio de Patriarca el Conde de la Monclova, que era el que había de casar a los novios. Hubo su modo de sarao y dichos, que cada uno llevaba estudiados, y a algunos no les ayudaba la memoria y sacaban su papel y iban diciendo lo que les tocaba por él, ayudados para leer de una candelilla. Los trajes fueron ridículos y de grande entretenimiento. Lo demás no fué de tanta consideración como se pensó. A algunos no ha parecido tan ajustado a la decencia el traje, aun para burlas, a las personas que lo llevaban; mas como fué fiesta otros lo excusan, y esto entre solos los de Palacio y criados de SS. MM. que estuvieron, y así no hizo tanta disonancia a algunos.»¹ Difícil resulta honestar esta ridícula mojiganga, que parece haber bordeado la irreverencia, por muy doméstica y a puerta cerrada que se la quiera suponer, y a la que no faltaron los más que tenían entrada en Palacio. Las comedias, justas poéticas y ejercicios caballerescos tenían un carácter literario y artístico que los ennoblece y hace perdonar de buen grado la frivolidad de la casi ininterrumpida diversión; pero esa parodia grotesca en que ilustres personajes se visten de mujer, adoptan disfraces ridículos y se ofrecen en espectáculo burlesco, y en que la misma reina figura representada por un hombre cuya horrible fealdad era tema de todas

¹ Avisos de 1636-1641, fol. 202.—*Cartas de Jesuitas*, M. H. E., XIV, págs. 321-335.

las sátiras cortesanas, no puede hallar disculpa ni aun en las libertades del Carnaval, por muy licenciosas y desenfrenadas que fuesen en aquella época.

La crítica situación de los negocios públicos era poco propicia para fiestas y saraos, y reclamaba una atención diligente a los cuidados del Gobierno, más que favorecía devaneos y francachelas. La presencia del enemigo en el suelo patrio, el fuerte asedio que tenía puesto a Fuenterrabía y la presencia en las costas cantábricas de la escuadra del arzobispo de Burdeos, prelado guerrero al estilo de la Edad Media, que lo mismo sostenía el báculo pastoral que empuñaba la espada, no fueron obstáculo para que se iniciase la jornada de primavera en el Buen Retiro el 3 de abril, y aun duraba el 12 de mayo, en que el Conde Duque dió a Sus Majestades una espléndida merienda junto a las ventanas bajas que daban al Prado; ocho días después regresaron los reyes a Palacio por estar la reina embarazada y tener que ir en silla.

El estado de la reina no interrumpió la costumbre de pasar en el Retiro el día de San Juan. La víspera hubo comedia, bailes y entremeses, terminando con música a las ventanas del Prado, la primera de las cuales fué del príncipe de Esquilache. El día del Santo fué solemnizado con diferentes invenciones, en particular una fábula que debió de ser de corta duración, ya que el espectáculo no impidió que los reyes saliesen aquella tarde a pasear por el Prado.

Al recibirse en 11 de septiembre la noticia de la victoria de Fuenterrabía, fué extraordinario el júbilo que causó, de tal modo que España entera la celebró, y Madrid por aquellos días ardía en luminarias, mascaradas, fiestas y alegrías nunca vistas y en ninguna ocasión mejor justificadas. A este plausible motivo de regocijo vino a unirse a poco una nueva y no menos loable causa de pública demostración de alegría por el nacimiento de la Infanta María Teresa, destinada por la Providencia a ser reina de Francia. La presencia en la Corte del duque de Módena proporcionó ocasión de fiestas en honor del personaje, que tuvieron su acostumbrado y propicio escenario en el Buen Retiro. El sábado 23 de octubre hubo lanzas, sortija y estafermo, mereciendo los premios, después del rey, el de Módena, que anduvo muy galante con las damas, a las que cedió, como los demás caballeros agraciados, incluso el rey, los premios que le fueron adjudicados. El lunes 25 hubo toros y cañas, como el jueves

anterior; pero los toros resultaron menos briosos, aunque los rejoneadores se portaron muy bien.

No hemos hallado memoria de la temporada de Carnaval del año 1639; mas sí de que el rey, convaleciente de sus achaques, se trasladó en mayo al Retiro. Estaba prevenida para el 12 de junio, domingo de Pentecostés, la representación sobre el estanque grande de un drama de espectáculo de Calderón titulado *El mayor encanto, amor*, referente a las aventuras de Ulises. La tramoya era obra de Cosme Lotti, y en ella había hecho alarde de toda su habilidad ingenieril para ostentar extraordinaria vistosidad, con mutaciones sorprendentes y un alumbrado fantástico de más de tres mil luces. La escena se desarrollaba a flote, y desde lujosas góndolas, remitidas desde Nápoles por el virrey, duque de Medina de las Torres, la presenciaban los reyes e invitados, debiendo concluir la fiesta en opípara cena, también a floté. Una turbonada de aire que se levantó de pronto, mató las luces, hizo vacilar las frágiles embarcaciones y las empujó violentamente unas contra otras, causando tal alarma y confusión, que todos procuraron ponerse a salvo, saltando precipitadamente a tierra, y el resultado fué que aquella noche se malogró la maravillosa fiesta. Volvió a ejecutarse la representación en la noche del jueves 16, esta vez felizmente, y se repitió el viernes 17 para los Consejos, y el lunes 20 para que la viesén los religiosos y el pueblo, estando francas las puertas para todos los que quisieron entrar.

En medio del estanque se había formado una isla, con un monte cercado de espeso bosque. La diosa Agua, rodeada de un coro de ninfas, deslizándose por la superficie del estanque en un carro tirado por dos monstruos marinos, dió principio a la escena con una loa. Una hermosa nave, adornada de flámulas y gallardetes, arribó a la isla, saltando a tierra algunos de los compañeros de Ulises, que descubrieron en ella diversidad de fieras, las cuales, en vez de saciar en ellos sus instintos feroces, los recibieron con un extraño baile al son de músicas salidas de árboles súbitamente transformados en figuras humanas, hasta que un espantoso terremoto, con horrísonos truenos, conmueve la isla, haciéndola saltar en pedazos, y en su lugar aparece un hermosísimo palacio, rodeado de jardines deliciosos con fuentes de aguas vivas. La diosa Circe se deja ver sentada en un trono, rodeada de hermosísimas doncellas, y son

llevados a su presencia los griegos, que refieren los sucesos de la guerra de Troya. Al golpe de la vara de la maga sale de la tierra una espléndida mesa, y al probar los griegos una bebida que se les ofrece en dorada copa, quedan convertidos en cochinos, menos uno, que corre a dar la noticia a Ulises. Mercurio, enviado de Júpiter, entrega al héroe una flor para que con ella se libre de los encantos de Circe. La maga le invita a beber, lo que rechaza Ulises; pero finge enamorarse de ella, con el designio de alcanzar la libertad de sus compañeros, los cuales, lavándose en una hermosa fuente, quedan restituídos a su forma humana. Aparecen seis embarcaciones gobernadas por cupidillos, en las que entran los griegos acompañados de las ninfas, y Circe con Ulises, y recorren el estanque pescando peces frescos, menos el gracioso, que permaneciendo en la forma de cochino, saca pescado salado. A una orden de la diosa surgen sobre las aguas diversidad de peces y monstruos marinos, arrojando por bocas y narices chorros de aguas odoríferas. De repente aparece la Virtud en figura de maga sobre una gran tortuga marina, y desembarcando todos en un florido prado, Circe hace salir un gracioso escuadrón de sirenas y tritones, que después de figurar una danza extravagante desaparecen; y quedando con Ulises Circe y la Virtud, pregunta aquélla a ésta, desconociéndola bajo su disfraz, la causa de haber dejado sus entretenimientos mágicos, a lo que responde la interpelada que su objeto no ha sido otro al visitarla que los amores de Ulises, a quien tiene destinado para sí desde que nació. Celosa Circe, hace grandes conjuros y encantos para librarse de su rival; pero vencidos los la Virtud, hace que Circe, enojada, desaparezca, quedando sola con Ulises, al que, descubriéndose, reprende su modo de vivir y le afea su femenino trato. Ulises promete seguirla y apartarse de los vicios. Aparece entonces un descomunal gigante, diciendo que es el Buen Retiro y aconsejando al héroe griego que le siga para hacerse famoso y entrar en el templo de la Inmortalidad.

Tal es en extracto la famosa comedia de magia de Calderón representada en el estanque del Retiro, según nos la da a conocer el papel que insertó Hartzenbusch en el tomo VII de la colección de Rivadeneyra al frente del texto de *El mayor encanto, amor*, cuyo desenlace difiere bastante del expuesto, lo que induce a creer que el texto que ha llegado a nosotros no es exactamente el representa-

do en el estanque. Según el texto que conocemos del drama, Ulises se libra de los encantos de la diosa al despertarse su ardor guerrero con el recuerdo de sus glorias militares, suscitado por los ecos marciales oportunamente lanzados por sus compañeros, y al aparecérselle el espíritu de Aquiles, que le reprende su molicie. Huye entonces del blando encanto de las redes amorosas que le tiende la diosa, y al final aparece Galatea rodeada de tritones y sirenas para proteger a los griegos en su navegación, mientras se hunde entre llamas el palacio de Circe.

En 1640 fué inaugurado el nuevo coliseo del Retiro, que superó en capacidad y lujo a los dos corrales existentes en Madrid: el de la Cruz y el del Príncipe. Estaba situado al sudeste de la plaza grande, y tenía acceso por la misma en su fachada Sur, que daba al jardín del Rey. El escenario estaba dispuesto de tal modo, que descubriéndose el fondo, ofrecía vasta perspectiva de jardines, árboles y fuentes naturales. Enfrente estaba el balcón real, y a ambos lados, los aposentos para grandes, embajadores y Consejos. En el patio había gradas y bancos para el pueblo¹.

Desde el 3 de febrero hasta la Cuaresma estuvieron los reyes en su predilecto palacio, acompañados de la princesa de Cariñán, presenciando comedias y otros entretenimientos. La inauguración del coliseo tuvo efecto el 4 con la comedia de Rojas *Los bandos de Verona*, que tiene por asunto las rivalidades y odios entre las dos ilustres familias de Montescos y Capeletes, y donde, entre discreteos conceptuosos y sutilezas de amor dignas de Amadís, hay lances espectaculares, como cuchilladas entre los bandos adversarios y el asedio de una torre con artillería y todo. Los versos con que concluye la comedia serían, por su transparente alusión, prueba fehaciente del lugar en que fué estrenada, si no lo supiéramos por referencias documentales².

La diversión predilecta del rey eran las comedias, que siguieron representándose en el nuevo coliseo, donde se vieron por vez primera muchas de las que enriquecen nuestro teatro, y en no pocas ocasiones la comedia constituyó el ameno epílogo de las graves

¹ E. Cotarelo y Mori, *D. Francisco de Rojas Zorrilla. Noticias biográficas y bibliográficas*, págs. 69 y 70.

² *Avisos de 1640-1642*. Manuscrito núm. 8.177 de la Biblioteca Nacional, folio 12 vuelto.

tareas de los Consejos. En la madrugada del 20 de aquel febrero se declaró un terrible incendio, que marcó con trágico contraste la loca alegría del Carnaval. Tenía el Conde Duque prevenida una gran fiesta, y para divertir a las damas en la carnavalesca contienda se habían gastado veinte mil reales en huevos plateados, rellenos de diversas aguas de olor, a guisa de proyectiles. Prevenidas estaban asimismo las tramoyas para las comedias que debían ser representadas en el coliseo. Serían las siete y tres cuartos de la mañana cuando unos hombres dieron voces de alarma diciendo que se quemaba el cuarto de Su Majestad, y dando lugar apenas a tomar rápidas precauciones, propagóse el voraz incendio con tanta fuerza y rapidez, que pronto se vieron saltar llamas por tres o cuatro partes. El fuego, originado al parecer por haber prendido el hollín de una chimenea, alcanzó la altura de una torre que daba acceso a los cuartos de las damas. Para socorrerlas entraron por el salón dorado el protonotario, el conde de Aguilar y el marqués de Aytona, y rompiendo una puerta fueron llamando a todas las habitaciones, una a una, sacando apresuradamente a medio vestir a las asustadas damas. Acudió el rey en cuerpo, y la reina, «no muy vestida», y reyes, damas y criadas, saliendo a los jardines, buscaron cobijo en la ermita más próxima, que era la de San Pablo. La condesa de Olivares tuvo a su cuidado al príncipe y a la infanta. Junto a lo trágico nunca suele faltar el detalle cómico, y así nos cuenta un testigo que «fué mal día éste para las señoras damas, porque algunas entre lo soberano del palacio, con la falta de los adornos, mostraban mas años; y otras, sin los aliños menos deidad». Menos mal que las criadas no se descuidaron, poniéndose a riesgo de quemarse, para recoger las jaulillas y redomas de sus amas.

Divulgada la noticia, alborotóse Madrid, y no hubo grande ni chico que no acudiese al lugar del suceso con igual apresuramiento, aunque con diferentes designios: unos, al remedio, y otros, al pillaje; movidos unos por la curiosidad y aguijoneados otros por el afán de ser vistos; deseosos éstos de acreditar su lealtad y ganosos esotros de aprovechar la ocasión para mostrarse adictos y cosechar ventajas y mercedes. Rodearon los guardias el lugar; acudieron grandes, caballeros, consejeros, alcaldes y religiosos, entre ellos el general de San Francisco, que se presentó acompañado de toda la Comunidad. Retiráronse las tapicerías, cuadros, muebles y alhajas para

ponerlos a salvo del fuego; pero con tal apresuramiento y falta de esmero, que arrancando tapices y cortinajes con palos y a tirones, arrojábanlo todo por las ventanas. El Conde Duque estuvo todo el día presente para dirigir los trabajos de extinción y salvamento, recogiendo con sus manos los objetos preciosos para llevarlos a un salón, donde eran custodiados por los duques del Infantado y de Híjar. A la tarde se pidió a las religiones que enviasen doce frailes cada una para ayudar a la extinción del fuego, y los jerónimos, por su parte, derribaron un pedazo de su convento para evitar la propagación del incendio, que duró, sin embargo, hasta el día siguiente. Quemáronse dos lienzo de la plaza de las fiestas, que correspondían a los cuartos del rey, la reina y las damas; perdiéronse joyas, muebles y tapices de gran valor, y, lo que es más lamentable, los trabajos de extinción causaron varias desgracias: un hombre muerto, otro con un brazo quebrado y un alcalde y un capuchino que salieron algo descalabrados.

Los Consejos y las Cortes del Reino hicieron donativos para la reedificación del palacio, que pronto excedieron de 20.000 ducados, rechazándose el de la Villa de Madrid para que no recayese sobre los pobres; y el martes de Carnestolendas los reyes, que se habían retirado al Alcázar madrileño, volvieron al Retiro a presenciar comedias, que fueron muy animadas y concurridas, sin que faltasen los Consejos, grandes y pueblo a presenciar y aplaudir las ingeniosas invenciones de Calderón.

El jueves 26 de abril fueron obsequiados en el Retiro con un banquete pantagruélico los capitanes extranjeros que se hallaban en la Corte procedentes de Flandes, y en él se sirvieron cien platos de a cuatro servicios, sin contar postres ni principios. En mayo se reanudó la temporada del Buen Retiro, y en 8 de este mes se corrieron toros, que pasaron de veinticuatro, y salieron más de doce caballeros a torear. «Fué—dice un cronista—una fiesta muy regocijada y lucida, y mas para los Consejos, que llevaron propinas.»

Un verano templado y apacible permitió este año prolongar la temporada hasta bien avanzado julio. En la noche del 2 de este mes se representó en el estanque la comedia que estaba destinada para la noche de San Juan, compuesta por D. Antonio de Solís, D. Francisco de Rojas y D. Pedro Calderón. Don Emilio Cotarelo considera inexacta la noticia dada por Vera Tassis, biógrafo de Calderón,

de que éste escribiese en esta ocasión, en colaboración con los ingenios nombrados, su comedia *Certamen de amor y celos*, fundándose en que el gran dramaturgo excluyó de la lista de sus obras dramáticas aquellas en que sólo había escrito una jornada, y haber incluido en ella *Certamen de amor y celos*; y de ahí deduce que es inexacta la noticia de Vera, que escribió muchos años después, o hubo en 1640 más de una representación en el estanque del Retiro¹.

En el otoño siguiente no impidieron las agitaciones de Cataluña reanudar los acostumbrados espectáculos. Festejóse espléndidamente al embajador del rey de Dinamarca, llegado en noviembre de aquel año, al que se atribuía la finalidad de tratar el matrimonio del infante cardenal con una princesa de aquel reino. Una corrida de toros en obsequio de esta Embajada fué fecunda en incidentes, porque habiendo puesto muy bien sus rejonos uno de los caballeros, recibió una cornada el caballo que montaba, y el animal, al sentirse herido, sin poder ser dominado por el jinete, fué dando saltos y corcovos por toda la plaza hasta que cayó muerto; y otro caballero fué herido en una pierna. Estos incidentes dieron ocasión a un episodio que cuenta con zumba una relación contemporánea de este modo: «Un dinamarco se desmayó de ver correr tanta sangre, y volvió en sí con que le dijeron que era vino; lleváronle a prisa un confesor, y fué lo mismo que llevar misales al Turco, porque era herege. Al fin vivió sin confesión. De poco se mueren los vecinos al polo.» En otro lugar hallamos este comentario: «Cumplióse la ansia al Sr. Embajador de Dinamarca, que es la que traen todos los extranjeros que vienen a España, de ver este género de lid tan celebrada en las naciones de Europa y no tenida en ninguna.» De antiguo viene la fascinación que en las imaginaciones nórdicas ejerce el pintoresquismo de la fiesta taurina².

Desde la caída de Olivares, destrozada España en luchas interiores, con dos regiones sublevadas y comprometida en sangrientas guerras en toda Europa, efectos de una política imprudentemente

¹ Esta comedia fué anunciada por Vera Tassis entre las que debían incluirse en el tomo X de las obras de Calderón, que no llegó a publicarse. Hartzenbusch dice que halló noticia de haber sido impresa. No figura en el catálogo de La Barrera.

² *Avisos* de Pellicer en *Semanario Erudito* de Valladares, tomo XXXI.—*Avisos* de 1640-1642, manuscrito núm. 8.177 de la B. N.—*Cartas de Jesuitas* en el M. H. E., tomos XV y XVI.

centralizadora y desmedidamente ambiciosa, no aparecen registradas tan a menudo y descritas con tanta admiración y entusiasmo las fiestas del Buen Retiro. Podrían llenarse los vacíos que dejan las relaciones, cartas y avisos con párrafos entresacados de la correspondencia de Felipe IV con sor María de Agreda, en que el rey desahogó su alma afligida y dejó consignados sus buenos propósitos de apartarse de frivolidades y placeres para consagrarse por entero a hacer la felicidad de sus pueblos.

La segunda boda de Felipe IV con Doña Mariana de Austria inició una nueva etapa en los espectáculos del Buen Retiro, por el que mostraba la joven reina tanto agrado como aversión al sombrío Alcázar madrileño. Los propósitos de austeridad cayeron en olvido, y las leyes suntuarias se relajaron paulatinamente; resonó el real sitio con alegrías y retozos, y las comedias y mascaradas adquirieron nueva actualidad. Continuaron representándose las obras de nuestros poetas dramáticos, luciendo la gala y esplendor de nuestro riquísimo teatro.

En 1650 se representó ante los reyes una comedia burlesca del aragonés D. Jerónimo de Cáncer, en colaboración con D. Juan Vélez de Guevara, titulada *Los siete infantes de Lara*, parodia de las que sobre este tema del Romancero escribieron otros ingenios, como *El traidor contra su sangre*, de Matos Fragoso; *El bastardo Mudarra*, de Lope, y la tragedia en lenguaje artificiosamente antiguo *Los siete infantes de Lara*, de Hurtado de Velarde. También se representó por este tiempo la zarzuela de Calderón *La púrpura de la rosa*.

Con motivo del cumpleaños de la reina Doña Mariana de Austria, se representó con gran lujo escénico una comedia de Calderón, no sólo para los reyes y la Corte, sino asequible también al pueblo durante treinta y siete días con extraordinario concurso. Se titulaba la comedia *Las fierezas de Anaxarte y el amor correspondido*, y duraba la representación siete horas, con otras tantas decoraciones y profusión de luces, según exigían las perspectivas, y en algunas de esas mudanzas desaparecían los telones para dejar ver en el fondo del escenario los jardines y bosques naturales con maravillosa iluminación¹. En 1654 se representó *La fábula de Perseo*, de Calderón².

¹ León Pinelo, *Anales de Madrid*, manuscrito de la R. A. H., fol. 607.

² Existe también una tragicomedia de Lope de Vega con los títulos de *La fábula de Perseo* y *La bella Andrómeda*.

El nacimiento del príncipe Felipe Próspero y su bautizo en 13 de diciembre de 1658 sirvió de pretexto para brillantes fiestas en el Retiro. Los toros, comedias y luminarias en celebración del fausto acontecimiento duraron varios meses. Señores y caballeros principales, asistidos de infinidad de lacayos, lucieron su brío y destreza en clavar rejones a bravos toros para solaz del encoquetado público. Don Antonio de Solís hizo las delicias de los espectadores con una comedia, la más portentosa que se vió en Madrid y aun en Europa, como asegura el analista León Pinelo, fundada en las fábulas de *Psiquis y Cupido*, *Endimión y la Luna*, con muchas y admirables tramoyas y mudanzas, obra del ingeniero romano D. Antonio María Autozi. Fué presenciada sucesivamente por la Corte, los Consejos, el Reino, la Villa de Madrid y el público en general, con tanto interés y agrado, que las representaciones tuvieron que suspenderse por la llegada de la Cuaresma, y se reanudaron después, siendo tan crecido el concurso, que faltaron días para satisfacer a todos cuando la endeble salud del príncipe obligó a suspenderlas de nuevo por unos días, o la fiesta del Corpus dió fin a estos espectáculos.

Las calamidades públicas no hacían decaer el entusiasmo de los alborozados madrileños, según la impresión del día que nos transmite un curioso gacetista, a la manera que podría hacerlo un periodista de nuestro tiempo: «Es de manera la gente que va a la comedia del Retiro, que a las siete de la mañana no cabe un hombre ni mujer, y las que llevan guardainfantes, o se vuelven, o se los dejan a la puerta en un aposentillo que allí hay, que el buen tiempo y serenidad que ahora Dios ha sido servido de darnos, da lugar a que se pueda ir allá, cosa que con las aguas era imposible totalmente.» Como se ve, no era preciso para que la gente madrugase adelantar las manecillas de los relojes ni marcar horas oficiales en desacuerdo con las solares.

Aquel invierno, con ser frío y lluvioso en demasía, no impidió que Madrid se llenase de forasteros, que contribuyeron a la animación y bullicio. La gran afluencia de gentes y la frecuencia de las reuniones numerosas llegó a deteriorar los tablados y balcones de madera de la plaza grande del Retiro hasta el punto de amenazar ruina. Para su restauración, los Consejos pagaron sus respectivos aposentos a once ducados por cada pie de hondo. El arrendatario de estas fiestas era el marqués de Eliche, famoso por el escandaloso proceso a que fué sometido por intento de volar el teatro, y pagaba

por la entrada 500 ducados diarios. Entonces se propuso reformar todas las compañías de comedias, reduciéndolas a cuatro, que llamaban de la *Fama*, con lo que se prometía grandes mejoras en el arte escénico y proyectaba magníficos espectáculos teatrales. No era sólo amor al arte lo que movía a Eliche en sus proyectos, porque sus manejos de empresario le valían buenos ducados, sin contar las ventajas de otra índole que pudiera proporcionarle el trato frecuente de comediantas, al que no era esquivo. He aquí cómo nos informa puntualmente el gacetista, sin omitir el acerbo comentario que nos da a conocer el estado de la conciencia pública: «Cada día que se ha hecho la comedia se han sacado de ella mil ducados y los soldados claman viendo que solo el dinero se gasta en fiestas y para ellos no hay un real.» Más adelante, y después de haber perpetrado su ruidosa calaverada del Buen Retiro, dió mejor empleo a sus actividades el atolondrado marqués sirviendo con una pica en Portugal en el tercio de D. Aniello de Guzmán, hijo de Medina de las Torres, y quedó prisionero en la batalla de Estremoz, y cuando en 1666 se ajustó la paz con Portugal, fué investido del carácter de plenipotenciario para negociarla¹.

En 1 de noviembre de 1661 dió fin a su breve y frágil existencia el principito D. Felipe Próspero, frustrando las esperanzas sucesorias que con su nacimiento había infundido, y aquella misma noche, en medio de una espantosa borrasca de agua y viento, fué llevado su cuerpo a inhumar en el panteón de El Escorial. La aflicción que produjo en el ánimo de los reyes la pérdida de su hijo único varón quedó pronto mitigada por el consuelo que tuvieron con el feliz nacimiento de otro príncipe, «hermosísimo de facciones..., cabeza grande, pelo negro y algo abultado de carnes», que vino al mundo el domingo 6 de noviembre, a las doce y media de la mañana, y fué bautizado el día de la Presentación de la Virgen en el templo, 21 del mismo mes, con solemnidad ritual y ostentosa magnificencia palatina. Este príncipe estaba destinado por la Providencia para ser, con el nombre de Carlos II, el último vástago de su egregia dinastía².

¹ *Avisos de Barrionuevo*, tomo IV, cartas 211, 212 y 220.—*Anales del Reinado de Felipe IV*, manuscrito de la Biblioteca Nacional, fol. 110.—Alenda, *Ob. cit.*, núms. 1.143 y 1.144.—León Pinelo, *Anales de Madrid*, fols. 634-635.

² Diego de Soto y Agullar, *Epítome de las cosas sucedidas en tiempos del señor Rey Don Felipe IV*. Manuscrito de la R. A. H., G-32 bis, fols. 703 y siguientes.

Pasaron con Felipe IV los días áureos del Buen Retiro, cuyo recuerdo está asociado al más brillante florecimiento de nuestro teatro. En la menor edad de Carlos II sólo suena el nombre del Buen Retiro como escenario de las intrigas y maquinaciones de los partidos rivales de *nithardistas y austriacos*; y en todo el reinado de este monarca su salud precaria, su espíritu melancólico y su temperamento doliente favorecieron poco las alegres expansiones y los jocundos y admirables espectáculos que habían embelesado con la magia del arte y de la poesía a la Corte de España, siendo escasas las memorias y relaciones que existen de esa época¹.

¹ *Relación verdadera de las reales y magníficas fiestas de cañas y toros que los señores Grandes y títulos de Castilla celebraron en la Plaza del Real Sitio el Retiro los días 24 y 25 de Mayo deste presente año de 1679 al Gran Monarca Español Don Carlos Segundo nuestro señor, que Dios guarde.* Dos hojas en folio. (Hemos visto un ejemplar en la Biblioteca de Palacio.)

En la *Colección de Jesuitas* de la Real Academia de la Historia hay una poesía satírica (tomo LXXXII, núm. 23): *A la fiesta que hizo en el Retiro a los Rryes el Principe de Estillano* (sic) en 29 de Enero de 1672 Citada por Alenda, *Ob. cit.*, núm. 1.357.

II

El estanque del Retiro se construyó en 1638 con cuatro embarcaderos y algunas norias para surtirle de agua, y en su centro una isleta con árboles en la que se representaron las comedias de gran tramoya descritas en las páginas anteriores. Como escenario de las comedias de nuestros grandes poetas alcanzó fama imperecedera; pero no sobrepujo al exiguo Manzanares en las burlas y donaires que mereció éste de los ingenios de la Corte, como si le diese categoría superior y le amparase de la maledicencia poética su situación privilegiada en medio de los jardines reales. Alude, sin duda, el entremesista Quiñones de Benavente a los fuegos artificiales que en él se hicieron y a las profusas iluminaciones de las noches de comedia, cuando dice

«El estanque del Retiro,
donde el agua y el fuego
se han hecho amigos.»¹

Los cortesanos de Felipe IV, no muy prácticos en el arte náutico, ejercitábanse en apacible navegación sobre la tersa superficie del estanque, que a pesar de su invariable calma no dejó de proporcionar algún chasco desagradable a algún nauta inexperto que se aventuró sobre sus cristalinas aguas en frágil embarcación. Era a fines de octubre de 1635 cuando los duques de Pastrana y del Infantado entraron en unos botes que había en el estanque. En uno de ellos se hallaba Pastrana, acompañado de un clérigo catalán, agente del duque de Cardona, «en lo pesado catalanísimo, y en lo atezado del aspecto canónigo árabe del alcorán»: Llamaron éstos al duque del Infantado, que estaba en otro bote, y su excelencia, para acudir presto a donde estaban sus amigos, dió un ágil salto de una embarcación a otra, sin pensar en las consecuencias que sobre su estabilidad pudiera tener el peso de su cuerpo al caer sobre uno de

¹ Entremés cantado de *Las Dueñas*.

los costados del bote, el cual, zozobrando, dió la voltereta y proporcionó a los dos duques y al clérigo un improvisado baño, del que salieron, remojados y mohinos, gracias al auxilio de los que en otros botes acudieron a socorrerlos¹.

Para la fiesta acuática del día de Pentecostés de 1639, que tuvo desastrado fin por el ímpetu del viento, que hizo chocar unas con otras las embarcaciones y desbarató las luces y bambalinas, había enviado desde Nápoles el duque de Medina de las Torres seis góndolas muy ricas y lucidas. La princesa de Astillano, mujer del duque, había mandado para cada una de las damas un regalo, consistente en un canastillo de plata con una pequeña salvilla de oro, y dentro de ella un huevo de oro, un rico lienzo, una toalla de Holanda de Cambray, y para la cabeza un serenero de tafetán todo guarnecido con riquísimas puntas, y otras cosillas de tan subido valor que fué apreciado cada regalo en más de 300 ducados².

Por este tiempo se construyó en Sevilla un galeón que llevó el nombre de *El Santo Rey Don Fernando*, y fué regalado a Felipe IV para navegar en el estanque. Era un precioso barco en miniatura, dorado y maravillosamente decorado por Zurbarán³.

Entre falúas, góndolas, botes y otras clases de embarcaciones menores, fueron muchas las que se destinaron al estanque del Retiro. Sabemos por Barrionuevo que en 1658 existía una minúscula galera con artillería y todo, y que con el navío sevillano, que al parecer aun existía, formaba una pequeña escuadra con artillería de juguete, pronta a rendir honores al monarca español. «El sábado (9 febrero 1658) se fué [el rey] al Retiro, donde le hicieron salva Real con la artillería de la galera y navío de los estanques, y con otras muchas piezas que han traído en carros de diversas partes, y al ruido se dice no queda inglés que no tome las de Villadiego y se vaya»⁴.

Ninguna noticia dan los gacetistas de una pequeña fragata que, dividida en trozos, fué llevada a Madrid en carretas de bueyes desde Santander, adonde la había enviado por mar desde Flandes el

¹ *Cartas de Jesuitas*. M. H. E., tomo XIII, pág. 309.

² M. H. E., tomo XV, pág. 268.—*Avisos de Pellicer*, pág. 33.

³ Fernández Duro, *Armada Española*, tomo V, cap. V.—María Luisa Caturia, *Pinturas, frondas y fuentes del Buen Retiro*, pág. 44.

⁴ *Avisos de Barrionuevo. Clásicos Castellanos*, tomo IV, carta 211.

gobernador de aquellos Estados, marqués de Caracena, de lo que hemos encontrado abundantes y curiosos datos, totalmente inéditos.

Don Luis de Benavides y Carrillo de Toledo, marqués de Caracena, vencedor con D. Juan de Austria y Condé en la batalla de Valenciennes en 1656, obtuvo el gobierno de Flandes en 1659, que dejó en 1661 para tomar el mando del Ejército de Galicia¹. En el último año de su gobierno remitió al rey, para navegar en los estanques del Retiro, una fragata, que debió de llegar al puerto de Santander a fines de 1661.

En 30 de enero de 1662, el señor D. Juan de Góngora, de los Consejos Real y Cámara de Castilla y presidente del de Hacienda, dirigió al maestre de campo D. Gabriel Díaz de la Cuesta, corregidor, superintendente de las Armas y capitán a guerra de las Cuatro Villas de la costa de la mar de Castilla, la siguiente carta:

«Su magestad, Dios le guarde, por su Real orden de ocho deste presente mes a mi dirigida a sido seruido de mandar se prouean luego en esa villa de Santander, en poder de el pagador de las quatro villas zinco mil escudos de a diez reales de vellón, para la paga de lo que importaren los portes y carruajes de los cajones y fardos que an desembarcado en ese puerto en que viene un navío en forma de fragata que remite a su mag.^d desde Flandes el marqués de Carracena para los estanques del buen Retiro, y que esta cantidad se distribuya y pague por hórdenes y libranzas de Vm. con ynteruenz.^{on} de los Oficiales Reales que residen y asisten con el pagador de dhas. quatro Villas en la paga de lo que importaren dhos portes y carruajes y en los demas gastos que se ofrecieren hacer para este transporte hasta llegar a Madrid, segun les buscare y ajustare el capitan bernardo Galuan que trae a su cargo desde Flandes este navio, y en esta conlormidad remito a Vm. quatro letras de estos zinco mil escudos dadas en esta corte en doze deste mes por Luis Montero de el Carpio a pa-

¹ Las gacetas de aquel tiempo avisan «que en el puerto de Ostende se hallaban sus navios de guerra y otros muchos fletados de dichos paises, en que se hablan de embarcar para España tres mil y ochocientos soldados veteranos». «Que al mismo tiempo que esta gente se embarque para España, hará su viaje por Francia el Marqués de Caracena, que viene a gobernar las armas del Reino de Galicia.» (*Gacetas* de 1660-1661. Real Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, tomo CLXXIII.)

gar a quinze dias de la vista al Pagador que reside en esas quatro Villas, una de catorze mil Reales en esa villa de Santt.^r sobre don G.^{mo} de zeuallos y pedro Gonzalez de soto, Administradores de el alfoli de la sal de ella, y otra de ocho mill Reales sobre mateo de merodio administrador de el alfoli de san vicente de la uarquera y otros ocho mil Reales sobre gaspar perez de el solar administrador de el alfoli de Castro de urdiales, y la otra de los veinte mill Reales restantes sobre el liz.^{do} Thomas de el corral, administrador de las salinas de el partido de Reinosa, las quales hará Vm. azeptar y que se cobren luego de man.^a que el cap.^{an} bernardo Galuan sea asistido prontamente a la paga del carruaje y azémilas que buscare y a los demás gastos que fueren necesarios para que este vajel pueda estar conduzido a Madrid a lo mas largo dentro de dos meses, que es el tiempo en que él se ha encargado de hazerlo asistiéndole con este dinero porque su mag.^d pueda gozar de su embarcaz.^{on} en buen Retiro el mes de mayo y Vm. me remitirá relaz.^{on} ajustada por menor de los Oficiales Reales de lo que para el efecto referido se ubiere distribuydo y pagado de estos zinco mill escudos, para que conforme a ella se pueda ajustar aquí la cuenta de lo que ymportare toda la costa de el transporte, como su mag.^d lo manda, y encargo a Vm. asista con todo cuydado a esta dilijenzia para que se consiga con la mayor breuedad que sea posible, aziendo se den todos los carros y azémilas que pidiere el cap.^{an} bernardo Galuan, pagándoles lo que justam.^{te} ubieren de auer por su traslado, para lo qual lleua el cap.^{an} zédula particular de su mag.^d para Vm. y para todas las justicias de el Reino y tanuien para que en las aduanas no se detengan ni abran los cajones y fardos y Vm. me abisará de el reziuo desta horden y de las letras y de todo lo demás que se le ofreziere en este negocio.—Guarde Dios a Vm. muchos años.—Madrid y henero 30 de 1662.—Don Ju.^o de Góngora.—Señor Don grabiél diaz de la cuesta, Correg.^{or} de las quatro villas.»

La fragata venía «liada en tercios y trozos», y al ser desembarcados fueron depositados los bultos en los almacenes reales de Santander, procediéndose seguidamente al remate del transporte de la misma a la corte. Adjudicóse el remate a D. Fernando Sigler y a D. Juan González de Collantes, vecinos de los lugares de la

Población y Corconte, en la merindad de Campoo, quienes, por escritura de 26 de febrero, se comprometieron a realizar la conducción en carretas de bueyes a su costa, debiendo hacer la entrega en el Retiro el 15 de abril, bajo pena, en caso de demora, de 500 ducados, y descuento de medio real por arroba por cada día de retraso en la entrega. El precio que recibirían por el servicio era de quince reales por cada arroba de peso; y como pesadas las piezas con el embalaje pesaron 2.352 arrobas, alcanzaba el porte 35.280 reales, y según lo estipulado debían entregarse los dos tercios de esta cantidad al contado a los contratistas, y el tercio restante ser depositado en poder del capitán D. Fernando Antonio de Herrera Calderón, vecino de Santander, hasta que, justificada la conducción y entrega de la fragata a su destino, se diese la procedente orden de pago a favor de los contratistas. Obligábanse estos igualmente a «traer aprouada y afianzada esta escriptura a satisfaz.^{on} y por riesgo del Correg.^{or} de la dha. merindad de Campóo y de presentar ante su mrd. la dha. aprouacion y de traer parte de la dha. carreteria para dha. conduzion dentro de diez dias deuaxo de las dhas. penas y de los daños que a la real hazienda se causaren».

Los mismos contratistas, en 10 de marzo, presentaron un poder, otorgado en 3 del mismo en Reinosa, por el que ocho vecinos de aquella jurisdicción se obligaban mancomunadamente con ellos a conducir en carreterías de bueyes, de que declaran disponer, a su costa, riesgo y ventura, «de la villa de Santander a la de Madrid, la fragata que de los estados de Flandes remitió a la dha. villa y su puerto para servir en los estanques del Buen Retiro el Excmo. señor Marques de Caracena, la qual está al presente en los almagazenes de la dha. villa de Santander».

La fragata procedía de Flandes, a cargo del capitán Bernardo Galván, y su dotación estaba constituida por tres marineros flamencos, cuyos nombres, con más o menos corrección ortográfica, nos han conservado los documentos. Llamábanse Estacio Haelinque, de veinte años; Santiago Sinecquaert, de veintiuno, y Diego Jansens, de dieciocho, y todos tenían sus pagas satisfechas hasta el 18 de febrero, a razón de treinta florines mensuales cada uno. En 12 de marzo se les libraron 450 reales de vellón a cuenta de sus sueldos para poder seguir su viaje y pagar el gasto que hicieren en las posadas. Con la misma fecha los contratistas Sigler y Collantes confesa-

ron haber recibido del capitán D. Pedro de Pontejos, pagador de Armadas y gente de guerra, una letra de 20.000 reales dada a su favor por Luis Montero del Carpio, administrador de las salinas de Castilla, sobre el licenciado Tomás del Corral, administrador de las salinas del partido de Reinosa, a cuenta de los 23.520 reales equivalentes a los dos tercios del porte que debían satisfacerse al contado. Confesaron también haber recibido de manos de Pedro González de Soto 8.000 reales de vellón en tres libramientos, y acreditando por los dos tercios de la conducción los expresados 23.520 reales, quedaban en su poder 4.480 reales de exceso a disposición del maestre de campo Díaz de la Cuesta, comprometiéndose a reintegrarlos del depósito de 11.760 en poder del capitán Herrera. En el mismo documento declaraban haber recibido 176 fardos y otros tercios y bagajes con las piezas y accesorios de la fragata, con un peso total de 2.352 arrobas y dos libras.

La conducción de los bultos descargados desde el muelle hasta los almacenes fué realizada por nueve carreteros con sus carretas de bueyes, y costó la faena cincuenta reales de vellón. La operación de sacar los fardos de los almacenes, pesarlos y ayudar a cargar los carros para su transporte a Madrid duró siete días, y por esta faena, más la tabla y clavazón gastados en reclavar algunos cajones, los trabajos del cerrajero y los de traer una balanza del lugar de Liérganes, se pagaron 287 reales.

Para el cobro de las letras y conducción de caudales hubo que enviar comisionados, y así, «en la conduç.^{on} de ocho mill Reales de uellon que desde la u.^a de Castro se trujeron a las arcas por ser librados en aquel alfoli por cuenta de los dhos. zinco mill escudos y en los gastos de los propios que fueron a azeptaz.^{on} de las demas letras y en los salarios de la perss.^a que fué a la cobranza de los dhos. ocho mill Reales» se invirtieron 290 reales y medio. Juan de Escajedo, en funciones de pagador, cobró 130 reales, «los ochenta y ocho de ellos por la ocupazion que en zinco días tubo en ir desde esta uilla a la de san bizente de la barquera con mi orden a la cobranza de los 8.000 R.^s de vellón que alli se libraron para la dha. conduzion y los 42 R.^s restantes al dho. cumplimiento por los talegos que compró y gastos menudos que se hizieron para traer el dho. dinero».

Los carreteros Diego Muñoz y Juan de la Portilla, dueños de las
Ayuntamiento de Madrid

carretas en que hicieron el viaje a Madrid el capitán Galván y los tres marineros flamencos, con su ropa y bagajes, computado cada carro a razón de treinta arrobas, a quince reales cada una, percibieron 900 reales de vellón.

El capitán Galván, con fecha 11 de marzo, había solicitado ayuda de costa en estos términos:

«El Cap.^a Bernardo Galuan, a cuyo cargo viene de Flandes una frag.^{ta} p.^a los estanques del buen retiro, digo q.^e he estado detenido en esta villa, y de ella a Madrid y buelta p.^a el mejor cobro de su conduzion asistiendo a los conziertos de las carreterias, su cargazón y acomodar los terzios p.^a q. vayan mas bien trazados, en que he gastado mas de lo q. tenia y me falta aora p.^a proseguir mi viaxe, ademas he gastado veinte y quatro pesos en un correo que despaché a Madrid con el auiso de la llegada: en cuya consideracion supp.^{co} a vmd. mande q. el dho. correo se me pague y q. p.^a mi viaxe y socorro se me libren asta mil Reales q. es la cantidad mas corta y de q. necesito q. reciuiré de mrd. — Bernardo Galuan.»

Con la misma fecha fué dictada por Gabriel Diaz de la Cuesta esta providencia:

«Que en q.^{to} al propio que dice despachó y pretensiones que tiene se remiten a la mejor direzion del Sr. D. Ju.^o de Góngora. Y por aora atento a su ocupazion en el conzierto de carreteria y asistencia a los pessos y a que a de yr en su conserva hasta entregar en Madrid la fragata y p.^a su viaje se le libren setezientos Reales de vellon del din.^o remitido p.^a dha. conduzion de fragata. — Santander y marzo once de 1662. — Gabriel Diaz de la Cuesta.»

Tampoco andarian muy sobrados de dinero, a juzgar por el atraso en que estaban en el percibo de sus pagas, los oficiales y ministros reales, a quienes se libraron, aprovechando la oportunidad, algunas partidas por cuenta de sus haberes. Don Alonso de Montoya y Mújica, caballero del hábito de Santiago, veedor y contador, perci-

bió 1.100 reales, «a buena cuenta de su sueldo, en consideracion de estarsele deviando mucha cantt.^d de lo atrasado en su off.^o y de que su mag.^d por diferentes zédulas de 23 de julio de 58, 14 de abril de 59 y 25 de henero de 61 fué seruido de mandar que lo que se recobrase de las pagas de los marineros fuxitibos se repartiese entre el dho. señor vee.^{or} y demas ministros y offiziales por cuenta de lo que se les deuia de sus sueldos, y porque fué corta cantt.^d la que se cobró y allarse con nezesidad y para que mejor pueda acudir al Real servicio»; al oficial mayor de la Veeduría, Pedro de Camargo Velasco, se le libraron 500 reales, «en consideracion de hallarse con nezesidad y de que su mag.^d por diferentes zédulas a m.^{do} que de lo recobrado de las leuas se le pague respetibe por cuenta de su alcanze y de que asiste con puntualidad al exercicio de su ofi.^o»; a Francisco de Vargas, mayordomo de la artillería y tenedor de bastimentos, «a buena cuenta de mayor cantidad que se le está deuiedo del sueldo benzido por tal thenedor de bastim.^{tos} en consideracion de allarse con nezesidad, enfermo y de auer algunos años no se le paga su sueldo», se le libraron otros 500 reales. La situacion de estos funcionarios no era muy holgada y próspera, como se ve, y el propio maestro de campo D. Gabriel Díaz de la Cuesta no gozaría de mejor situación económica, cuando aprovechó la ocasión para librarse a sí mismo 1.100 reales «por bia de ayuda de costa en consideracion de mas de 30 días que me ocupé en hazer halmagzenar la dha fragata, pesarla, ajustar los tercios, reclauar los cajones y liarlos para la m.^{or} seguridad de los tercios en que yban, personas que despaché de unos lugares a otros a mi costa, buscando a las carreterías para la mas breue conduzion, barcos en que se pasaron las caualgaduras, de benidas y bueltas a la uilla de laredo, asistencias en los remates y ajustam.^{to} de arrouas para mas aorro de la hazienda R.¹ y otros gastos menudos». Después de esta circunstanciada enumeración de sus trabajos y gastos, el corregidor se cuidó de consignar en el libramiento, en descargo de su responsabilidad, que «unos y otros [gastos] los he moderado en tan corta cantt.^d de que no resulta cargo».

La fragata llegó sin novedad a la corte y fué entregada en la fecha prefijada, según acredita la siguiente acta notarial, en que el capitán Galván reconoce la entrega hecha a su debido tiempo por los contratistas del transporte:

•En la villa de Madrid a primero día del mes de mayo de mil y seis.^{tos} y sesenta y dos años, ante mí el S.^{no} y testigos pareció press.^{te} el Cap.ⁿ D. Bernardo Galban, residente en esta corte y persona a cuyo cargo corre la fabrica y conduzion de una fragata que de los estados de Flandes remitió a los puertos de Santander para servir en los estanques del Buen Retiro el Excmo. Sr. Marqués de Caracena, y como tal confesó auer rescuido de D. Juan de Collantes y Don Fernando Sigler Bustamante vecinos de los lugares de la poblazion y Corconte de la merindad de Campóo, la dha. fragata que se les entregó a los suso dhos. en la villa de Santander en ciento y ochenta y tres pieças con mas los sacos y bagaxes que se les entregó en dho. puerto, la qual se obligaron a traer y entregar en dho Buen Retiro para quince de abril passado de este presente año por escriptura de obligazion otorgada a favor de su Mag.^d que dios guarde, en diez de março passado de este presente año en la dha. villa de Santander ante Pedro de Camargo Velasco S.^{no} de su Mag.^d pu.^o y del núm.^o della como consta de ella a quien se remite y cumpliendo con la dha. obligacion los suso dhos. la han traydo a esta corte¹ y entregadosela al otorgante de zédula que dijo tener para ello en el dho. día de abril passado de este dicha fragata se dió por contento y entreg.^{do} a toda su voluntad por auerla reziuido realmente y con efecto y renunció porq^e su entrega de presente no pareze, las leyes de la entrega y excepcion de la cosa no vista-ni reziuida, dolo y engaño y las demás de este caso y de ella dió y otorgó carta de pago y reziuo en favor de los dhos. Don Juan de Collantes y D. Fer.^{do} Sigler Bustamante y de cada uno de ellos tantas tanse (*sic*) y firme como a su der.^o conuenga y assi lo otorgó y firmo y doy fee que le conozco y fueron testigos Juan Matellano de Valenzia, Ju.^o de Alday y Fran.^{co} Fernandez, residentes en esta corte. Bernardo Galuan. — Ante mí, Fran.^{co} de Alday. — Yo el dho. Fran.^{co} de Alday S.^{no} de su Mag.^d vez.^o de M.^d que auito en la calle de las Postas pres.^{te} firmé y signé en testimonio de verdad.—Sig+no. Fran.^{co} de Alday.»

¹ En el original está cortado el sello del papel, sin duda por algún coleccionista bárbaro, que no vaciló en mutilar el documento.

Preventivamente, los dos contratistas se otorgaron mutuamente poder para reclamar y percibir lo que se les adeudaba, en virtud de escritura fechada en el lugar de Bustamante, jurisdicción de la villa de Reinos, en 11 de junio de 1662. En 9 de junio de 1663 reclamaron el resto que se les adeudaba, consistente en 7.280 reales, y si bien el corregidor dictó auto para que se les despachase el libramiento por la cantidad que acreditaban los reclamantes, el veedor estimó que éstos no habían presentado justificación bastante de haber cumplido sus obligaciones contractuales. Esta negativa obligó a los interesados a acudir en queja al Consejo de Hacienda, motivando su reclamación esta carta del secretario de Su Majestad, D. Andrés de Villalán, al sucesor de D. Gabriel de la Cuesta:

«En el Consejo de Haz.^{da} se ha dado un memorial por parte de Don Fr.^{do} Sigler Bustamante y Don Juan Gonzalez de Collantes, vezinos del lugar de la poblacion, jurisdizion de la villa de rreynosa, en que han rreferido que otorgaron escriptura de obligazion a fauor de su mag.^d y del mro. de campo don Gabriel diaz de la Cuesta, Correjidor que fué de las quatro villas en su nombre, encargándose de conduzir y entregar en el Sitio R.¹ del buen rretiro p.^a el dia quinze de abril del año pass.^{do} de mill y seisientos y sesenta y dos la fragata que ymbió de Flandes el marques de carazena para seruicio de su mag.^d en el dho. sitio, la qual dha. obligazion habian cumplido enteramente como constaua de la carta de pago de que hazian presentazón, otorgada por el cap.ⁿ Don Bernardo Galban, perssóna que trujo a su cargo desde Flandes la dha. fragata; y que una de las condiziones de la dha. escriptura fué que el dia que lleuasen carta de pago de pers.^a lex.^{ma} del entrego del dho. nauio se les hauia de entregar la terzia parte de los prezios a que le hauian conduzido que quedó depositada p.^a este efeto en poder del cap.ⁿ Don Fr.^{do} Ant.^o de herr.^a Calderon, y que haviendo presentado la dha. carta de pago al dho. Bernardo Galban ante el dho. mro. de campo de hauer cumplido con la dha. obligazion y entregado el dho. nauio en el dho. sitio de Buen Retiro y pedidole les mandasse pagar y entregar la dha parte que assi se les hauia quedado deuiendo, abia respondido que lo haria presentando reciuo de pers.^a lexitima y horden del Sr. Presidente de hazienda y que p.^a justificacion de lo referido hazia presenta-

zion de una zertificazion dada de horden del Señor Duque de medina de las torres alcaide de dho. Real Sitio por Don Melchor de albear Veedor y contador de él, por la qual constaua hauer entregado el dho. Bajel en el día de su obligazion supp.^{do} se les diesse despacho para que les hiciesse entregar la dha. terzia parte que quedó depositada de la cantidad que huuieron de hauer por la dha. conduzion. Y hauiendose visto en el consejo la pretension destas partes y los instrumentos que para su justificazion han presentado por donde consta ser zierto el cumplimiento de su obligazion y hauerse entregado enteramente el dho. vagel con sus adornos y peltrechos en el dho. Real Sitio de buen Retiro en el plazo a que fueron obligados, acordado q.^e respecto de no constar de la canttidad de arrobas q.^e pessó el dho. bajel se remita a Vm. el ajustam.^{to} destes portes abisando de la cantt. que ynportan al prezio de los 15 R.^s por arroba que se ajustó por la dha. escriptura. Y la cantt.^d que por esta q.^a se les ha entregado a los dhos. Don Fr.^{do} Sigler y Don Juan Gonzalez de Collantes. Y lo que se les estaua deuiendo y la cantt.^d que despues de satisfechos sobrará de los 50 (*síc*) escudos de vellon que se remitieron y proueyeron en poder del pagador de quatro villas a disposiz.^{on} del dho. mro. de campo para costear la conduzion del dho. vajel desde Santander a este Corte para q.^e con bista de todo se tome la resoluzion que conuenga de que doy auisso a Vm. para que en esta conformidad se sirua de ejecutarlo en resp.^a desta.—Gde. Dios a Vm. como deseo.—M.^d y noub. 25 de 1663.—Andres de Villaran.—Señor Don Miguel Codornio.»

De los 5.000 escudos de a diez reales de vellón que por orden de Su Majestad se situaron en las arcas reales en poder del pagador de las Cuatro Villas, se gastaron en total las siguientes partidas:

«Al capitan Ber. ^{do} Galban 700 r. ^s de vellon que se le libraron de ayuda de costa en consideraz. ^{on} de la asistencia para el transporte de la fragata al Buen Retiro. Fho. en 16 de m. ^{so} de 1662.....	700	r. ^s
A Simon Perez, Ju. ^o de la Castañera y otros 287 R. ^s de vellon que se les libraron por dif. ^{tes} ocupaciones que tubieron en el desembarco de la fragata p. ^a el Buen Retiro.—Fho. en 12 de m. ^{zo} de 1662.....	287	»

Diego Muñoz y Juan de la Portilla 900 r. ^s por llevar a Madrid en sus carros.—Fho. en 12 de m. ^{zo} de 1662.	900	r. ^s
A Fran. ^{co} de Toca, Ju. ^o del Callejo y otros 50 r. ^s de vellon por el desembarco y almacenar los caxones donde venía la frag. ^{ta} para el Buen Retiro. Fho. en 12 de março de 1662.	50	»
A D. Fernando Sigler y D. Ju. ^o de Collantes 23.520 ¹ r. ^s de vellon que se les libraron por dos tercios de paga a q. ^{ta} de los 35.280 ¹ r. ^s que han de haber por la conduz. ^{on} de la fragata p. ^a el buen retiro. Fho. en 12 de m. ^{so} de 1662.	23.520	»
A Estacio Haelinque y otros marin. ^{os} 450 r. ^s de vellon que se le libraron a q. ^a del sueldo que gozan de marineros en la frag. ^{ta} que viene de Flandes para el Buen Retiro.—Fho. en 12 de m. ^{so} de 1662.	450	»
Al Pag. ^{or} D. P. ^o de Pontejos Salmon R. ^{do} de 290 r. ^s y medio de vellon que pagó a Juan de Escaxedo y difer. ^{es} correos por ocupaz. ^{es} en azeptar las letras de los 5.000 ¹ escudos que se remitieron p. ^a la conduz. ^{on} de la fragata p. ^a el Buen Retiro.—Fho. en 20 de m. ^{so} de 1662.	290 1/2	»
A Santos de la caudilla y otros comp. ^{os} 120 r. ^s de vellon por el trabajo y ocupaz. ^{on} de meter en la lonja de la fragata para el Buen Retiro.—Fho. en 22 de março de 1662.	120	»
A Juan descaxedo Comisario 130 r. ^s de vellon que se le libr. ^{on} por la ocupaz. ^{on} y gastos que hizo en la conduzion desde San Viz. ^{te} a esta villa de 8.000 ¹ R. ^s . Fho. en 28 de m. ^{so} de 1662.	130	»
A Pedro de Camargo Velasco 240 r. ^s de vellon por la ocupaz. ^{on} que tubo en el almacenar la frag. ^{ta} para el Buen Retiro, pessarla y encaminarla al Buen Retiro.—Fho. en 28 de m. ^{so} de 1662.	240	»
A Don Fr. ^{do} Sigler y Compañía 4.480 ¹ r. ^s que se le libraron a buena cuenta de lo que an de auer del último terzio del transporte de la fragata del Buen Retiro.—Fho. en Santt. a 4 de julio de 1662.—Cargo.	4.480	»
Al mre. de campo Don Gabriel Díaz de la Cuesta		

¹ Se sustituye por guarismos el signo ortográfico de mil que figura en el original, por carecer de tipos adecuados.

1.100 ¹ r. ^s de vellon que se libró a sí mismo por abiertos gastado y ocupaciones que tubo en el des- pacho de la fragata del Buen Retiro.—Fho. en 8 de agosto de 1662.—No resulta cargo	1.100	r. ^s
A Pedro de Camargo Velasco 500 r. ^s a buena q. ^{ta} de su sueldo.—Fho. en 8 de agosto de 1662.....	500	»
May. ^{mo} Francisco de Bargas 500 reales que se le libra- ron a buena q. ^{ta} de su sueldo en el dinero de la fragata del Retiro.—Fho. en 8 de agosto de 1662...	500	»
Al vee. ^{dor} Don Alonso de Montoya y Múxica; 1.100 ² r. ^s que se le libraron a buena q. ^{ta} de su sueldo.—Fho. en 8 de agosto de 1662.....	1.100	»

El total de libramientos reseñados suma 34.367 reales y medio, que, junto con el resto del último tercio pendiente de abonar a los contratistas de la conducción, que era, como hemos dicho, 7.280 reales, hacen un total de gastos efectuados por la conducción, o con ocasión de ella, de 41.647 reales y medio.

No obstante el interés que los documentos revelan de transportar la fragata a Madrid sin demora, y el «crecido porte» que se ajustó, «por la prisa que su Mag.^d daba con ocasión de haber de nabegar la fragata en los estanques del Buen Retiro el mes de mayo siguiente» a la fecha de la obligación, y haberse acreditado la entrega puntual del bajel con sus adornos y pertrechos en el real sitio, no hemos hallado memoria alguna de dicha fragata, que sería puesta a flote, luego de entregada, en una época en que el Retiro había dejado de ser lo que antes fué, no permitiendo los achaques de Felipe IV y las tristezas de sus últimos años las fiestas y alegrías de que fueron adecuado escenario aquel palacio y aquellos jardines.

Fué esta fragata mudo testigo de los últimos esplendores del Buen Retiro, pues todavía antes de 1662 se estrenó en el coliseo una *fiesta cantada* de Calderón titulada *Celos, aun del aire, matan*, de asunto mitológico, tomado de Ovidio³. En aquellas fiestas reales

¹ *Ibidem*.

² Archivo del Departamento marítimo de El Ferrol, *Documentos procedentes de la Veeduría de las Cuatro Villas*, leg. núm. 64.

³ Menéndez y Pelayo, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega. Comedias mitológicas*, VII.

de toros, cañas, sortijas y estafermos se derrochaba riqueza y se hacía ostentación del más primoroso gusto. Pero la predilección por las bellas letras de aquella sociedad, sensible como pocas al mágico poder de la poesía, queda patentizada por la frecuencia con que se celebraban justas poéticas, comedias improvisadas y fiestas teatrales en las que se ponían en escena las obras de los más celebrados autores. Calderón, Rojas, Solís, Mendoza y otros muchos poetas famosos hacían las delicias de la Corte y del pueblo con sus niejores obras, algunas de ellas decorativas y barrocas, en combinación con elementos escenográficos y pictóricos de efectos prodigiosos. La música y la danza contribuyeron a porfía a embellecer la escena y a echar los cimientos del arte lírico nacional. La feliz y maravillosa síntesis de las galas poéticas, el decorado escénico y las ingeniosas mudanzas era espectáculo grato a una Corte culta y refinada, y no sin razón se ha comparado el Buen Retiro de la época de Felipe IV al Versalles de Luis XIV. El lujo de la Corte dió pábulo a hablillas y censuras, y hasta creó entre los doctos una tendencia contraria a la licitud de las comedias, que se manifestó en escritos de graves religiosos, como el padre Camargo, y que resolvió el rey en 1651, después de consultar a todas las Universidades y ventilar el asunto en Roma, en sentido favorable al espectáculo. Conocemos el disgusto del almirante de Castilla porque no se le cumplía lo ofrecido en hombres y dinero cuando se ocupaba angustiosamente en organizar un ejército para socorrer a toda prisa la plaza de Fuenterrabía, en los días mismos en que seguían sin interrupción las músicas y comedias del Retiro; los discretos consejos de sor María de Agreda, que haciéndose eco del rumor público, excitaba al rey a ocuparse directamente de los negocios del Gobierno, abandonando sus frívolas y pecaminosas diversiones; los amargos comentarios de gacetistas anónimos, que señalaba el contraste entre el derroche de la Corte y la miseria de los soldados. Refiriéndose a uno de los más costosos espectáculos de magia, un comunicante jesuíta, dejando entrever el escándalo que empezaba a cundir entre la gente piadosa ante el despilfarro de la Corte en tiempos en que menudeaban las calamidades públicas, exclama irónico: «Para el miedo tan grande que hay de peste son muy buenas rogativas.» Esta censura del boato y derroche del Buen Retiro traspasó las fronteras y, quizá exagerada, alentó murmuraciones de los súbditos y aun creó ambien-

te desfavorable en superiores esferas. Denunciaba esta atmósfera adversa desde Roma, en carta dirigida al Conde Duque en 25 de mayo de 1641, D. Juan Chumacero y Carrillo, del Consejo y Cámara de Castilla, enviado a la Corte pontificia desde 1633 para negociar, junto con el obispo de Córdoba, fray Domingo Pimentel, el Concordato conocido con el nombre de ambos negociadores. Las palabras de Chumacero encierran una grave advertencia, que no aprovechó Olivares en los días en que su privanza declinaba rápidamente para ir en derechura a una inevitable caída.

«No puedo ocultar a V. E. lo mucho que se ha scrito a esta curia de ocho años a esta parte y referido los que vienen a ella s.^e el gasto del buen retiro; una de las causas que se insinuaron para no conzeder decimas sobre el estado eclesiástico fué este gasto. En el Reyno de Sicilia y mucho mas en el de Nápoles ha alterado los ánimos lo que de allí se ha ymbiado para alaxas, adorno y recreacion de aquel palacio y jardín, encareciendo los gastos sobre su verdadero cómputo, y haciendo odiosos a este tít.^o los tributos para las necesidades públicas. Si V. E. mandase hacer quenta del consumo veria quantos socorros se podrian hauer hecho con aquellos arbitrios. Téngole por mui exempulosso en tpo. que emprobezen y afligen tanto los ympuestos, siendo en ellos lo mas sensible el gasto que les parece se pudiera excusar. Ninguno como V. E. es ynteresado en que se aplique todo p.^a la defensa costándole tanto lo que p.^a ella se exige.»¹

JAIME SALVA

Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

¹ *Correspondencia de D. Juan Chumacero y Carrillo siendo embaxador Extrahordinario en Roma con el Señor Rey Don Phelipe Quarto y cartas de su Magestad a el mismo Don Juan y también la correspondencia de el mismo Dⁿ Juan con el Conde Duq. de Olivares.* Biblioteca Nacional, manuscrito núm. 10.984.

1907/08

HUERTAS Y JARDINES DE ARANJUEZ

EL PAISAJE NATURAL

A un conjunto de jardines y huertas, prados, árboles, flores y frutos, que preside la majestad y gracia de un palacio rococó; a un paisaje alegre y gozoso como una cornucopia rebotante de su tesoro vegetal, cercan y oprimen cerros y páramos esteparios, tierras polvorientas de tintas grises y entonaciones amarillentas o blanquecinas, de pobre y austera vegetación. Es el paisaje que comienza en las mismas puertas de Madrid y que sólo interrumpen las vegas del Tajo y sus afluentes. Los materiales del suelo son margas de una fuerte proporción de yeso, de un verde apagado o gris ceniza; bancos de yeso cristalino, margas blancas compactas y bancos de sílex y sepiolita formando la cobertera protectora de oteros y altozanos. La vegetación que vive sobre los páramos, cerros y laderas de los valles es la que Reyes Prósper llamó esteparia, incluyendo toda esta comarca en la que designó con el nombre de estepa central. No es la vegetación herbácea de las estepas de la Europa Oriental o estepas propiamente dichas, sino una vegetación leñosa de carácter xerófilo, propia de climas secos y de suelos yesosos y salinos. Páramos y cerros estuvieron cubiertos por bosques de encinas (*Quercus ilex*) y coscoja (*Quercus coccifera*), de los que hoy sólo quedan ejemplares aislados y degenerados. Al bosque ha sucedido en ellos el monte bajo y el matorral. En éste, la asociación más característica es la del tomillo (*Thymus zygis* L.), de la cual forman parte, entre otras especies, el esparto o atocha (*Stipa tenacissima* L.); la retama vulgar (*Retama sphaerocarpa*,

Boiss), el garbancillo terrero (*Ononis tridentata*, L.), el espino negro (*Rhamnus lycioides*, L.), la gatuña (*Teucrium spinosum*, L.). El predominio del yeso en otros puntos trae consigo una flora adicional gipsófila que, como prueba Rivas Goday, disintiendo de la opinión de H. del Villar, no se asocia a la climática regional calcícola, sino que tiene carácter excluyente con especies como la saponaria de la Mancha (*Gypsophila struthium* L.) y la ontina (*Artemisa Herba-alba*); y aun existe en las hondonadas salinas una flora halófila con especies tan características como la barrilla común (*Salsola soda*, L.), el caramillo (*Salsola vermiculosa*, L.), el llantén (*Plantago maritima*, L.) y el albolol (*Frankenia pulverulenta*, L.). El mar de Ontígola, de aguas salobres y suelo de yeso, es uno de los ejemplos más caracterizados de este tipo de vegetación, así como un caso de zonación o disposición en ondas concéntricas desde la flora de la laguna hasta la de aquella parte, a la que no alcanzan, ni en forma temporal, las aguas de ésta.

Atribuyó H. del Villar la degeneración del bosque o climax del *xeroquercetum* (encinas y coscoja) y la formación de las etapas sub-seriales (principalmente el tomillar) a la acción del hombre, a la explotación ganadera y agrícola; pero en lo que él llama el esteparizado hay que admitir con Rivas Goday que al factor antropozoógico no acompaña otro de tipo climático y edáfico. En las zonas de yeso, dice Rivas Goday, el esteparizado «lo considero en un principio climático, y en la actualidad, al disminuir la pluviosidad y quedar con mayor influencia el factor suelo, como edáfico».

Aun así hay que convenir en que la acción del hombre ha tenido un papel decisivo en la transformación del paisaje vegetal de los cerros y páramos que se asoman a la vega del Tajo y sus afluentes. En éstos la vegetación natural está formada por árboles mesófitos de hoja caduca, olmos, álamos, chopos, fresnos (*Ulmus*, *Populus*, *Salix*, *Tamarix*), que constituyen un enclave climático dentro del esteparizado. Este soto o pequeño bosque galería fué el paisaje original de la vega de Aranjuez, en el cual también, por consiguiente, se ha ejercitado la actividad transformadora del hombre.

Tajo y Jarama fertilizan la vega de Aranjuez. La característica morfológica del Tajo, a la que permanece fiel en casi todo su curso en España, y de la que recibe su nombre, es el encajamiento de su cauce entre altas orillas, que no alcanzan a regar sus aguas. De esta

norma general la excepción más considerable es la de la vega de Aranjuez. Desde que al sur de Colmenar de Oreja sus aguas empiezan a ser canalizadas, el valle del río se ensancha, su lecho se dilata y sus orillas se cubren de verdor vegetal.

Abrese el valle en el espesor de las margas yesíferas del mioceno. Su perfil transversal es disimétrico: la orilla derecha forma una cuesta más suave y tendida que la izquierda, en dirección a la cual, por la inclinación general de esta parte de la meseta hacia el Sur, se desplazó el río, cuyos meandros muerden en algunos puntos las margas, cortándolas en cantiles verticales. El fondo del valle se halla recubierto por un manto de aluviones, arenas finas y arcillas, que el río comienza a excavar, formando una terraza, y por el cual divaga en meandros. Esa excavación ha determinado una diferencia de nivel entre el lecho mayor y el menor del río, que varía entre uno y tres metros.

Las terrazas cuaternarias forman cuatro niveles. La más alta y antigua se halla a 100 metros sobre el río, y está formada por gruesos cantos coherentes de cuarzo y cuarcita; por debajo, la segunda terraza, constituida por fragmentos de cuarzo, cuarcita y caliza, se mantiene a una altitud de 50 metros; la tercera desciende a 25 metros y su estructura es menos coherente, y menos aun lo es la de la cuarta, de cantos menos gruesos, de naturaleza silíceas, formando un escalón de 10 metros sobre el nivel del río. Las terrazas intermedias no aparecen siempre claras, y con frecuencia falta la de 25 metros, que ha sido destruida por la erosión. La huerta se extiende por el lecho mayor del río y la terraza más baja, que alcanzan a regar los canales. Algunos frutales utilizan aun la tercera terraza, y el olivar llega hasta la primera.

El régimen del Tajo en Aranjuez sufre las acusadas oscilaciones propias de los ríos de la meseta. El débito máximo se aproxima a 150 metros cúbicos y tiene lugar en los meses de noviembre a diciembre, o en los de febrero y marzo. Estas últimas crecidas son debidas a la fusión de las nieves del sistema central y a las lluvias equinocciales, mientras que las del otoño son exclusivamente debidas a esta última causa. El estiaje, que ha llegado al mínimo absoluto de 4,25 metros cúbicos por segundo (del 12 al 14 de septiembre de 1926), tiene lugar en los meses de agosto y septiembre.

Las grandes avenidas duran seis o más días e inundan toda la

extensión de la vega, con grave perjuicio de los cultivos de la huerta y de los frutales más tiernos¹.

La vegetación acusa los caracteres de un clima seco y continental, cuyos caracteres específicos no podemos precisar. Los datos de la Estación de Horticultura y Jardinería de Aranjuez son incompletos e insuficientes, por no contar con los años de funcionamiento requeridos para permitir sacar conclusiones. Para el estudio del clima de Aranjuez es preciso recurrir a los datos del Observatorio de Toledo, que es la localidad en condiciones de mayor analogía con aquella. Pero la analogía con Toledo no es perfecta, puesto que el Observatorio toledano se halla en el alto cerro que domina el curso del Tajo, y no en la vega. El microclima de la huerta de Aranjuez no es exactamente el que reflejan los datos de aquel Observatorio. Estos no dan más que las características generales de una región dentro de la cual se halla enclavada la huerta de Aranjuez con indudables modalidades propias y formas de detalle.

La temperatura media anual es en Toledo de 14°,8; la media del mes más cálido, de 25°,32, y la del mes más frío, de 5°,74, y las medias de las extremas, 32°,5 la del mes de agosto y 0° la del mes de enero, con extremas absolutas que pasan de 40° y alcanzan -10°. La temperatura media es superior a 20° en los meses de mayo, junio, julio y agosto, y es inferior a 10° en los de noviembre, diciembre, enero y febrero. El promedio de días de helada pasa de treinta y siete; los golpes de frío y las heladas tardías pueden presentarse aun en los meses de abril y mayo. Un documento de 1836 habla de los perjuicios causados por las *fuertes heladas* del mes de mayo de este año², y el hecho se ha repetido en años posteriores.

Las lluvias que aportan del Océano los vientos del Oeste y del Sudoeste alcanzan un promedio anual de 362 milímetros, repartidas en ochenta y cinco días. Su distribución por meses acusa dos máximos: uno en noviembre y diciembre, y otro en abril y mayo, más acusado el primero que el segundo. El mínimo corresponde a los meses de julio y agosto. En estos dos meses las lluvias o no existen en absoluto o tienen carácter ocasional, como consecuencia de las

¹ En estos últimos años, las máximas avenidas han sido la del 21 de enero de 1941 y la de febrero de 1947. En ambas las aguas llegaron a cubrir las estufas de los jardines.

² Archivo de Palacio. *Patrimonios*, Aranjuez, legajo 74.

tormentas estivales, que causan daños en los cultivos, especialmente graves cuando van acompañadas de granizo, afortunadamente poco frecuente.

Todos estos datos nos dan las características de un clima continental y árido, en armonía con el cual se halla la vegetación natural de cerros y páramos, directo reflejo de aquél, mientras que la vega, el soto y la huerta son la obra del río, pues *la huerta de Aranjuez es un presente del Tajo*.

LA FORMACION DE LA HUERTA

A la acción del hombre, que ha transformado el paisaje de cerros y páramos en el actual matorral y esteparizado, corresponde la ejercida sobre el soto y la pradera espontáneos de las orillas del Tajo, y su conversión en huerta y jardín; es decir, en el paisaje de más intensa humanización.

Esta conversión, que aun no ha llegado a sus máximas posibilidades, es resultado de la ampliación progresiva de los beneficios del riego artificial. Comenzó posiblemente en época romana, y se continuó durante la dominación árabe; pero hasta el siglo xii no tenemos noticia de un sistema de riegos. Alvarez de Quindós¹, de cuya obra extraemos los datos a base de los cuales hacemos la siguiente reconstrucción, dice que ya en dicho siglo existió en las proximidades de Aranjuez una presa y azuda para sacar el agua y verterla en un gran estanque que estaba donde hoy el palacio, y que la azuda existía aún en 1494. Rectifica así a Fr. José López de Argueleta, quien en su *Vida del Fundador de la Orden de San Francisco* afirmaba que los más antiguos riegos databan del siglo xiii, basado en un documento del Archivo de Uclés que Quindós transcribe en su obra. Se trata de una concesión hecha por el gran maestre de la Orden de Santiago, D. Gonzalo Rodríguez Girón, a Martín Abad y dos aparceros suyos del derecho de construir aceñas para regar con las aguas del Tajo, en 1220.

¹ Juan Antonio Alvarez de Quindós y Baena, *Descripción Histórica del Real Bosque y Cusa de Aranjuez*. (Madrid, 1804.)

Otros dos interesantes documentos del siglo XIII publica A. Quindós. Son un contrato de venta hecha por Martín Abad en 1226 a Pascual de la Forcajada de «cuanto avia en las azeñas de Aranzuel e en toda la azuda», y de otra hecha en 1224 por dos hijos de Juan Orguio, aparcerero de Martín Abad, de «una azuda en Aranzuel», también a favor de Pascual de la Forcajada. Las aceñas, se dice en este último documento, se hallaban entre Alpajés y La Forcajada, y se sabe que duraron hasta 1727. La parte regada era, pues, la de La Horcajada o confluencia de los ríos Tajo y Jarama, aunque en otros puntos de la ribera del Tajo debieron de existir otras pequeñas huertas.

Las vegas del Tajo y del Jarama estuvieron bien pobladas desde época romana. En tiempos medievales, reconquistadas por Alfonso VI, volvieron a sufrir, poco después, la invasión de los almorávides, y nuevamente reconquistadas, la repoblación es lenta hasta tiempos de Alfonso VIII.

La tierra se hallaba abandonada del cultivo, y la vegetación natural había vuelto a recobrar sus derechos. En los siglos XII y XIII, y conforme la frontera se desplaza del Tajo a Sierra Morena, estas tierras se pueblan y cultivan. Entonces, dice D. Rodrigo Ximénez de Rada¹, florecieron Aurelia, Aranzuel, Alpajés, Castellanos, Villafraña, Gulpijares, Las Puebas de la Horcajada, Requena, Alhóndiga, Barciles, Aceca, Mazarabuzaque, Villamejor, Cinco Yugos, Pelai-Cabeza, Otos y Peralejo. Todos estos nombres debieron corresponder a pequeñas aldeas y caseríos de escasa población, cuya identificación, con ayuda de los datos de A. Quindós, intentaremos hacer en los siguientes párrafos.

Aurelia, hoy Oreja, era la población más importante de la actual vega de Colmenar. En los *Anales Toledanos* se la nombra Orella o Urella, aludiendo a su emplazamiento en el borde del páramo, suspendida sobre la vega del río. Su nombre latino es erudito y de época posterior. Alfonso VII le otorgó fuero en 1139², asegurándole como término desde la confluencia del río Tajo y el Jarama hasta Ontígola; desde aquí, hasta Arzuela y Ocaña; desde aquí, hasta Noblejas, y desde Noblejas, y al otro lado del río Tajo, «fasta dentro de las Alcarrias, así como descende Tajuña en Jarama», dato este

¹ Quindós, *Op. cit.*, parte 1.^a, cap. X, págs. 59-60.

² Muñoz Romero, *Colección de Fueros y Cartas pueblas*, págs. 525-28.

último que puede tener interés para la delineación de la comarca alcarreña.

Aranzuel aparece antes con el nombre de Aranz en un documento del año 1118. Destruída por los almorávides, A. Quindós supone que se reconstruyó después de la Reconquista en el lugar llamado de la Estrella, al oeste del Palacio, donde hasta el siglo XVIII existió una iglesia de Santa María de la Estrella.

Alpajés se hallaba en la orilla izquierda del Tajo, donde existieron las casas llamadas del *Paxés viejo*. En la visita mandada hacer por el Capítulo de la Orden de Santiago celebrado en Tordesillas en 1494, se dice que era *villar*, y que en otro tiempo fué lugar. En este sitio, en 1789, aparecieron restos arqueológicos romanos. Fué aldea de Ontígola.

En la vega de Colmenar se hallaban *Castellanos*, a la que, según la tradición, pertenecía la ermita de San Agustín cercana a los molinos de Colmenar, y *Villafranca*, tal vez junto al caz del Embocador, donde al cavar el suelo, para hacer un malecón de defensa, en 1724, aparecieron ruinas en la llamada huerta de Mingo, a la derecha de la vereda de Carabaña, que conduce a Colmenar.

En uno de los documentos citados del siglo XIII, los hijos de Juan Orguio, aparcero de Martín Abad, se dicen de *Gulpijares*, por donde queda probada la existencia de este pueblo en 1220. A. Quindós cree que se hallaba en el lugar llamado La Carrizosa; pero no fundamenta la identificación.

La Forcajada era la península comprendida entre los ríos Tajo y Jarama, en su zona de confluencia. Ya la hemos visto mencionada en el documento de 1226. En ella se hallaban *Las Pueblas de la Forcajada*.

El nombre de *Requena* se conserva en el camino de las Barcas de Requena, aguas abajo de La Forcajada. La dehesa del mismo nombre se extendía por las orillas del Tajo y Jarama, y lindaba con el término de Seseña. Al sur de ella se encontraba la dehesa de la *Alhóndiga*, en donde estuvo el poblado de este nombre. *Barciles* se hallaba al sur de Añover. *Aceca*, que aun existe, dice en 1804 Quindós, aparece mencionado en un documento de 1115 firmado por Alfonso VIII, en el cual la villa aparece como cabeza de varias aldeas. Destruída en 1128, volvió a reconstruirse en 1138 en distinto lugar.

La existencia de *Mazarabuzaque* consta por una donación de Alfonso VII (1184), y se hallaba dentro de la dehesa del mismo nombre, la cual lindaba con la de Aceca, entre los ríos Algodor y Melgar. *Villamejor* estaba entre este último arroyo y el Tajo. En esta misma zona se hallaban *Cinco Yugos* y *Pelai-Cabeza*. *Otos*, que adquirió la Orden de Calatrava, aparece localizada por un documento de 1604, en el cual se habla del castillo de Otos, cerca de donde después estuvo Casa Serrano. Por último, de *Peralejos*, en la concordia de límites con Aranzuel, se dice que estaba frente al somo del otero que separa los arroyos del Regajal y de Galapagar, al oeste de Aranjuez.

En otros documentos medievales aparecen citadas *Carabaña*, de la que subsiste la iglesia de San Miguel, como ermita rural, al este del Real Cortijo, y *Ontigola*, mencionada en el fuero de Aurelia de 1139. Fué cabeza de varias aldeas, y su nombre deriva de *Fon-ticula* (Fuentecilla). En la vega de Colmenar existen además los despoblados de *Torrejón* y los de las iglesias de *San Juan* y *San Pedro*. Distanciados de la vega se hallaban también *Añover* y *Ciruelos*, cuya existencia en tiempos medievales consta también.

La toma de posesión de la vega, su roturación y primer poblamiento se realizó, pues, en forma de numerosas y pequeñas aldeas y caseríos, que en ella tenían sus pastos, campos de sembradura y pequeñas huertas locales. El proceso posterior en tiempos modernos es de tipo inverso. Las pequeñas entidades van desapareciendo, al mismo tiempo que los espacios regados y transformados en huerta se extienden y establecen contacto hasta formar una mancha uniforme.

Este proceso no obedece a las causas naturales de evolución del poblamiento, sino que se efectúa bajo la acción de causas políticas. Su iniciación se debe al establecimiento por los maestros de la Orden de Santiago de su Mesa maestral en Aranjuez. Entre 1387 y 1409 construyeron aquéllos un palacio en el mismo sitio que el actual, y en la isla formada entre el Tajo y la aceña de los antiguos molinos hicieron huerta y jardín. Los Reyes Católicos, después, incorporaron el Maestrazgo a la Corona, y en su tiempo se incorporó al Maestrazgo el señorío del término de Aurelia, en donde se hicieron repartimientos de tierras para su repoblación y colonización. Estas fueron después recobradas por compra y herencia, y se

transformaron en dehesas, entregadas en encomienda a los caballeros de la Orden, con lo cual se retrocedió en el camino emprendido y se volvió al tipo de explotación ganadera.

Carlos V acotó el término de la Mesa maestral, dedicándolo a caza y substrayéndolo al pastoreo. Además agrandó considerablemente el término: desde la dehesa de Biedma, al sur de Colmenar, hasta la de la Alhóndiga. Las vegas de Colmenar y de Aranjuez quedaron convertidas en un hermoso bosque y sitio de caza. Sin embargo, algunos espacios se dedicaron al cultivo. Entonces se hicieron las huertas de Pico Tajo, en donde hubo también prados de riego y casas de vacas. Además, como luego veremos, construyó la presa del Embocador, y comenzó el sistema de riegos que habían de hacer la huerta.

Más aun debe ésta a la iniciativa de su hijo y sucesor, Felipe II. Construyó el monarca otro palacio junto al de los maestros, y prohibió que se hiciera nueva población en Aranjuez, no permitiendo que se levantasen nuevas casas ni se autorizase más vecindad que la de la servidumbre y empleados de la Corte.

Seducido el rey por los halagos y bellezas de las orillas del Tajo, hacía en ellas periódicas estancias, y tentado estuvo de levantar en ellas el monasterio y palacio que habría de dedicar a San Lorenzo en los montes de El Escorial. Estas aficiones del Rey Prudente descubren un aspecto de su personalidad, alegre y luminosamente humano, que ha sorprendido a los habituados a la contemplación de la sombría imagen trazada por la leyenda negra. Las cartas a sus hijas, que son el mejor documento para conocer esta intimidad tierna y recatada, contienen bellas alusiones al encanto con que los jardines y bosques de Aranjuez cautivaban al monarca.

Felipe II agrandó los límites del real bosque, e hizo a orillas del río nuevos jardines y huertas, y dió un vigoroso impulso a la obra de los riegos. A él se debió la reforma del jardín de la Isla de la Reina, así llamado en recuerdo de Isabel la Católica, en cuyo tiempo ya debía existir un jardín, para el que se trajeron mirtos y naranjos de Valencia, garrofas de Navarra y árboles de distintos lugares de España. En tiempos de Felipe II se hizo también el jardín de los Estanques, frente al Palacio y a ambos lados de la calle de Toledo; se rehizo la Huerta Nueva, al final de la calle de Ontígola (después llamada de la Escuadra Alta), que se arrendó para cultivo de morera

y de seda; se labró las huertas de La Forcajada y otras nuevas (Huertas Grandes) en Pico Tajo, plantándose entre las calles de árboles sarmientos de vid traídos de San Martín de Valdeiglesias, y se comenzó a labrar la Huerta de Secano para moreras, como la Huerta Nueva.

Continuaron la roturación y plantaciones en el siglo xvii. En tiempo de Felipe III se hizo la Huerta de las Tejeras, junto a la de Pico Tajo, y se plantó en 1613 la plaza de las Doce Calles en el soto del Rebollo. Felipe IV hizo traer de Valencia 400.000 plantas de moreras para el real sitio.

En el mismo siglo, la Huerta de Secano experimentó nuevo crecimiento. En 1625 consta que estaba plantada de viña, y en 1681 se roturaron otras cien fanegas, que en 1691 se unieron a la huerta antigua, cuya extensión hasta entonces era inferior a treinta fanegas.

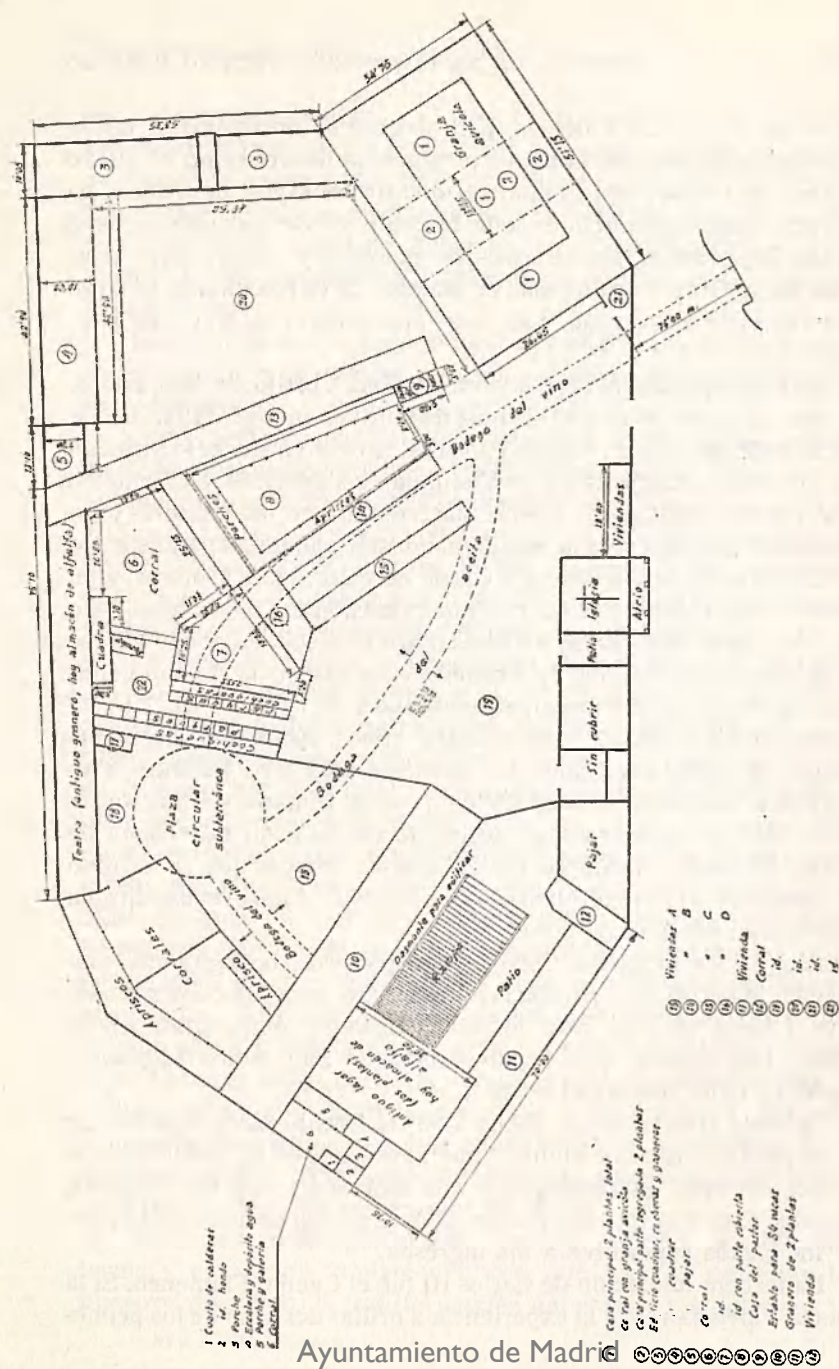
Pero es con los Borbones cuando la huerta y jardines de Aranjuez adquieren su concreción definitiva. El primer impulso lo da Felipe V. Se continuó en su reinado la Real Acequia del Jarama; se hizo el jardín del Vergel, en la Huerta de los Deleites, y en 1733 se desmontaron los sotos del Espino y Redondo para regarlos con aguas del caz de Sotamayor, que allí desemboca en el río.

Fernando VI mandó hacer nuevas plantaciones en las huertas grandes de Pico Tajo, en donde se plantaron árboles frutales, viveros, un gran esparragal y cultivos de fresas. En su reinado también se hicieron nuevas siembras en la Huerta de Secano, y se roturaron tierras en Legamarejo, los Deleites y en los lugares de la Tejera y Tejerilla, de Sotogordo.

Viene después la obra de Carlos III, el gran artífice de la huerta y jardines. Quiso el monarca hacer de ellos campo de experiencia y modelo de explotación agronómica que sirviesen de ejemplo y estímulo al resto de España en la gran empresa de restauración económica que fué su ambicioso y noble designio.

Además de lo hecho en la obra de los riegos, la mano de Carlos III se dejó sentir en el nuevo impulso dado a la Huerta de Secano y la fábrica de otras nuevas: el Real Cortijo de San Isidro y la Huerta Flamenca.

La Huerta de Secano se aumentó hasta 241 fanegas de tierra cultivada, y en 1773 se mandó, por real orden de 1 de septiembre, hacer



una labor al estilo de Valencia, para lo cual se hizo venir al labrador valenciano Joaquín Cotanda, de donde la huerta tomó el nuevo nombre de *Valenciana*. Cotanda hizo varios ensayos, no todos afortunados, para introducir en ella los cultivos de Levante, y llevó a cabo importantes plantaciones de moreras y vides, entre ellas todas las variedades cultivadas en Málaga, de cuyo cuidado encargó a un viticultor malagueño. Las cepas plantadas eran, en el año 1780, 10.500.

Mayor importancia tuvo la obra del Real Cortijo de San Isidro, en el cual los artífices y el sistema de cultivos fueron italianos. De Italia había hecho traer Carlos III vacas, para cuyo sustento se hicieron praderas artificiales en el Vadillo de los Pastores, La Cenizosa y tierras de Villafranca. Luego, pareciendo que las praderas eran demasiado grandes para la manutención del ganado, se transformó cierta extensión de ellas en cultivos de cereales, vides y olivos, y en 1766 se fundó el Real Cortijo, con una extensión de 534 fanegas, bajo la dirección de labradores italianos. Para su riego, en el año 1764 se había abierto la acequia de Fornells y se alargó la de Colmenar desde las casas de Malabrigo, atravesando toda la finca. En 1786 ya había plantadas 128.000 vides y 25.000 olivos. Eran las vides españolas e italianas, alternando los cuarteles de Pedro Jiménez, Valdeiglesias, malvares, moscateles, etc., con la romana y otras variedades itálicas. Para el abono de las tierras se trajo un rebaño de ovejas. El Cortijo se amplió en 1777 con 402 fanegas que en término de Colmenar se habían plantado de vid y olivos aprovechando una exención de renta hecha por el rey.

Las edificaciones del Cortijo eran graneros, bodega para vino y aceite, lagar, molino para la aceituna, hato para las ovejas y quesería y dependencias para los trabajadores y empleados. En el centro, una ermita, bajo la advocación de San Isidro Labrador, presidía y daba nombre al Cortijo.

Durante tres años, de 1795 a 1798, el Cortijo fué propiedad de Godoy, quien introdujo algunas modificaciones en él, reduciendo el viñedo, creando una yeguada y una fábrica de licores. Después, vuelto al Real Patrimonio, Carlos IV ordenó que se arrendasen, por ser los gastos superiores a los ingresos.

La tercera fundación de Carlos III fué el Campo Flamenco. Si la Huerta Valenciana fué la experiencia a orillas del Tajo de los primo-

res del vergel levantino, y el Real Cortijo introdujo el estilo de las huertas de Napoles y Lombardía, el Campo Flamenco fué un ensayo de pradera al estilo de los llanos de Flandes, con el fin de disponer del forraje necesario para alimentar la yeguada real. El campo se estableció aguas abajo de Aranjuez, en la dehesa de Otos, en 1775, y para su riego se volvió a limpiar el caz de Sotomayor, que estaba abandonado.

En un principio se sembró todo de trébol y alfalfa; pero después se cultivaron cereales y se hizo plantación de viñas, olivos, mazorcas y frutales.

Otras roturaciones del siglo XVIII fueron el encinar plantado en 1772 en un cerro próximo a los Deleites, que, no habiendo prosperado, fué sustituido diez años después por olivos; las praderas de Badino, que Carlos IV hizo plantar entre el Real Cortijo y la Casa de las Vacas, en el Vadillo de los Pastores, y las praderas de Casa Serrano, regadas a partir de 1790 con el caz de Sotomayor, y situadas a continuación del Campo Flamenco hasta Castillejo.

La roturación de la vega, tanto en el Tajo como en el Jarama, suscitó cuestiones de competencia con la Mesta. Ya en 1667, los alcaldes entregadores de la Mesta quisieron entender en algunos rompimientos de tierras hechos por vecinos de Colmenar de Oreja en la vega, impidiéndoselo el monarca. Más tarde, Carlos III dispone que los jueces de la Mesta no puedan intervenir en los rompimientos, «pues—dice el monarca—les inhiho de las causas que les tocaba antes de ahora en todo el terreno y jurisdicción que corre la Real Acequia», y por otra parte ordena «que ningún dueño de posesiones que lindan con las Cañadas o Veredas Reales, que del monte bajan al río para el paso de ganados y rebaños podrá entrarse en ellas cultivándolas, pena de 100 ducados, pues estas han de quedar libres y con la misma anchura que ahora tienen». Prohíbe también hacer casas, corrales, ni otro género de obras en ella, y si se hace casa sobre la linde, ordena que sea sobre ella la fachada y puertas principales, y sólo en tiempo de recolección se permite el hacer parvas y trillar los frutos, siempre que dejen paso suficiente para los ganados que hubieran de transitar.

Al comenzar el siglo XIX, la huerta y jardines han recibido la forma y estructura fundamental con que han de perdurar hasta nuestros días. Pero la transformación del paisaje y la intensificación

y extensión del cultivo, dentro de este marco general, se continúa a lo largo de este siglo y del nuestro. Después de la revolución de septiembre de 1868, la ley de 5 de julio de 1869 desamortizó y puso en venta la mayor parte del Real Heredamiento de Aranjuez, dejando al rey el Palacio con los edificios anejos a su dependencia, los jardines del Parterre, la Isla y del Príncipe, con la Casa del Labrador y el área de las Doce Calles. La ley de 12 de mayo de 1876 devolvió a la Real Casa las propiedades y límites de 1865; pero exceptuó las fincas vendidas por el Estado a particulares a título oneroso. Estas, entre las que figuraba La Flamenca, sufrieron, como consecuencia de estas medidas desamortizadoras, nuevas roturaciones. Las propias fincas del Patrimonio, al suprimirse la Real Yeguada, dejaron de ser terrenos de pastos para convertirse en tierras de labor. Como resultado de estas transformaciones, el área de la huerta de la tierra regada llegó en 1878 a 4.889 hectáreas¹; en 1912 era de 4.892², y actualmente de 5.419³. Este proceso no está aún terminado. Las labores emprendidas por el Instituto de Colonización en el Cortijo de San Isidro y otros proyectos tienden a la ampliación de la huerta hasta sus máximas y mejores posibilidades. Pero éstas, desde el punto de vista económico, tendrán la limitación impuesta por las especiales condiciones que ha dirigido desde su fundación el régimen del Real Heredamiento, derivadas de su carácter de jardín. El jardín de la Isla y el del Príncipe ocupan una extensión de 170 hectáreas, y la superficie de las calles alcanza la extraordinaria cifra de 1.669, hecho este último sobre el que volveremos a insistir. (Fig. 6.)

EL SISTEMA DE RIEGOS

Por los canales, las aguas del Tajo y el Jarama amplían sus favores y beneficios, a la vez que ganan en regularidad y constancia. El agua del río, por sí sola, derramada en las crecidas y filtrada a través de las tierras de los ribazos, crea el soto y praderío que en

¹ F. Ortiz Cañavate, *Cultivos principales de la provincia de Madrid* (Madrid, 1884).

² Juan L. Chicheri, *Servicio agronómico del Catastro. Avance catastral del término de Aranjuez*. (Archivo de Palacio. *Patrimonios*, A. Legajo 120.)

³ Mapa Agronómico Nacional. Hoja número 203. (Aranjuez. *Memoria*.)

estado natural cubre sus orillas. Los canales permiten la transformación del soto y la pradera en jardín y huerta, y la extensión del verdor vegetal allí donde no llega el agua del río sino en las grandes avenidas.

La relación en que se hallan los canales respecto a los ríos, de los que nacen y a los que vuelven, es la misma que la de la especie silvestre con la planta y el frutal cultivado, que la del toro bravo de los sotos jarameños con la vaca de apacible mansedumbre. En el paisaje imprimen un sello de naturaleza sumisa, dócil al hombre, de tierra en domesticidad. Sus líneas son uniformes y regulares, con tendencia a la recta, y eliminación de los meandros en los que el río divaga perézoso y con holgura. La pulsación de sus aguas es semejante a la del río; pero más regular y tranquila. Cavados en la tierra o revestidos de piedra o cemento, acentuando su presencia en las construcciones de presas, aliviaderos y desagüadores, los canales que han hecho la huerta son hoy uno de sus más acusados rasgos morfológicos.

Del riego de la vega del Tajo en tiempos romanos y árabes no queda constancia documental o arqueológica. De tiempos medievales conocemos, como queda dicho, que en los siglos xii y xiii ya se hicieron aceñas para riego con las aguas del Tajo. Del siglo xii fueron la presa y azuda que perduró hasta el siglo xv; alimentaba el estanque situado en tierras del actual palacio y que servía para regar los terrazgos inmediatos a éste. Otras huertas debieron de existir en otros puntos; pero de carácter local y área muy reducida.

Carlos I dió el primer impulso de gran alcance a los riegos de la vega cuando en 1535 hizo (después de la incorporación de la dehesa de Sotomayor) construir la presa del Embocador. Se halla ésta en el Tajo a la altura del kilómetro 5 de la carretera, al este de Aranjuez, dentro de la citada dehesa. De las aguas de la presa se nutren dos canales. Por la orilla derecha, el llamado caz del Embocador, del Rebollo o de la Azuda, que ya estaba construido en 1565; por la izquierda, el caz de Sotomayor o de las Aves. El primero, con una longitud de siete kilómetros, amplió notablemente las posibilidades de riego en la orilla derecha del Tajo hasta la confluencia con el Jarama, donde, como queda dicho, la vega alcanza su mayor anchura. El segundo, cuya longitud es de 15 kilómetros, permitió regar otra

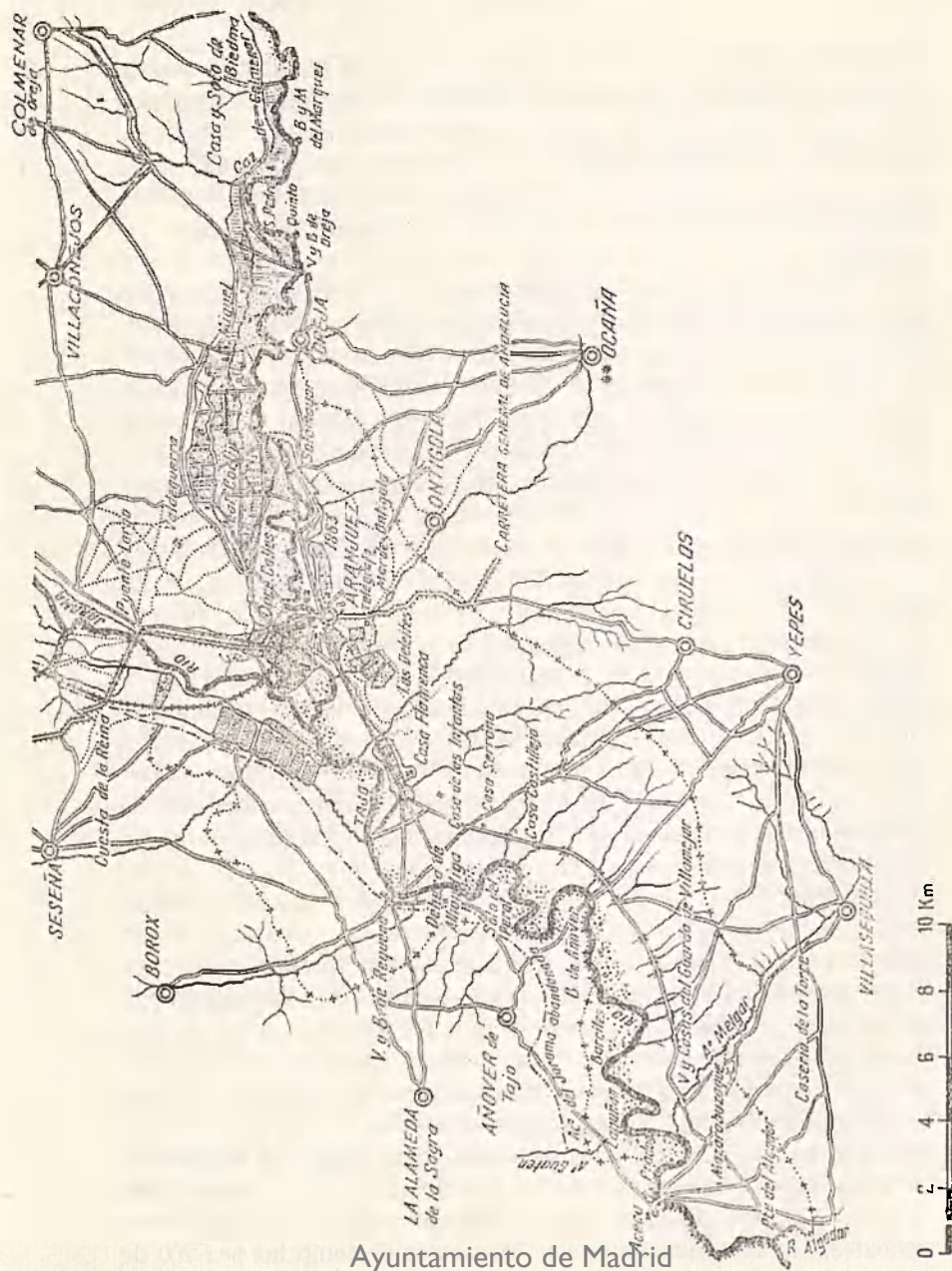
faja en la orilla izquierda del río, de menor anchura, pero mayor longitud.

Ambos canales fueron contruídos por Felipe II, a quien también se debe el canal de Colmenar. La primera iniciativa en la construcción de éste partió de la villa de Colmenar de Oreja, cuyos vecinos decidieron hacer un caz para regar la vega del Tajo desde el lugar llamado El Cascajar, en la encomienda de Biedma, hasta La Puebla de la Horcajada. Obtenida la aprobación real en 1527, firmaron contrato en 1530 con los comendadores de Biedma y Oreja. En 1530 fué contruída la presa de Valdajos. Después, por causas desconocidas, se opusieron a la continuación de la obra la ciudad de Toledo y los propietarios de los molinos de Colmenar de Oreja. Continuó, sin embargo, aunque por poco tiempo, pues siendo empresa superior a las posibilidades y recursos de la villa de Colmenar, sus vecinos hubieran de suspenderla.

En 1577, Felipe II firmó contrato con los labradores de Colmenar, en cuya virtud se comenzaría un caz a partir de la presa de Valdajos. Se encargó de las obras Juan Francisco Sitón, e intervino en el planteamiento Juan de Herrera, en calidad de arquitecto mayor del rey. En 1581, el caz estaba terminado hasta las casas de Malabrigo, en la dehesa del Parral, y el 12 de marzo de 1589 se dictó una ordenanza de riegos, que instituí una Junta de Labradores, que a su vez nombraría un alcalde mayor del agua, cinco cuadrilleros y varios diputados anuales encargados de dirigir la obra y distribuir el agua. Esta ordenanza fué modificada por reales cédulas de 1694, 1696 y 1754. La consecuencia fué una nueva ampliación de los riegos en la orilla derecha del río y en dirección hacia el Oeste.

Después es preciso llegar hasta el siglo XVIII para encontrar un nuevo impulso en la construcción de obras de riego. Carlos III ordenó en 1770 roturar nuevas tierras en la vega de Colmenar y Carabaña; incorporó a la Real Hacienda en 1771, previa indemnización a los vecinos de la villa, el caz de Colmenar¹; acometió su reparación, pues se hallaba en estado de gran abandono, y lo mandó continuar desde las casas de Malabrigo hasta el Real Cortijo, por medio del llamado caz de la Cola Alta, que vierte en el caz de la Azuda.

¹ Real cédula de Su Majestad por la cual, a consulta del Consejo en Sala de Justicia, se sirve incorporar a la Real Corona la acequia de la vega de Colmenar de Oreja. Año 1771. En Madrid. Archivo de la División Hidráulica del Tajo.



Ayuntamiento de Madrid

Figura 2.—La vega de Aranjuez en 1817 según el mapa de Cuello.

La prolongación del caz permitió abarcar en el área regada toda la extensión de la vega en la zona de su máxima anchura, desde el caz de la Azuda hasta el límite superior de la terraza baja.

Por último, Carlos III suprimió las instituciones de la ordenanza de Felipe II, y a la Junta de Labradores y alcalde del caz sucedieron los funcionarios del rey, jueces del agua, recogedores, guarda y escribano.

En 1856 se proyectó prolongar el caz de las Aves hasta Castillejo y Mazarabuzaque, y regar 18.000 hectáreas; pero este y otros proyectos existentes no llegaron a ejecutarse.

Al riego de la vega del Tajo contribuyen también en su parte última, en la confluencia con aquél, las aguas del río Jarama, y en grado menor las del llamado «mar de Ontígola».

La acequia o caz del Jarama fué comenzada también por Felipe II. Para ello se construyó la presa de Pajares, junto a Vaciamadrid. Interrumpida la obra poco después de su iniciación, no fué reanudada hasta tiempos de Felipe IV. En 1699 ya regaban con sus aguas los vecinos de Ciempozuelos.

La guerra de Sucesión determinó su suspensión hasta 1717. Nuevamente se interrumpió en 1738, continuándose años después hasta llegar a las proximidades de Toledo. La acequia fué más tarde abandonada por las copiosas filtraciones y el gran estiaje del Jarama, y en 1748 se comenzó por Carlos de Wite la construcción del caz de la Media Luna, más bajo y próximo al cauce del Jarama. Arranca de la acequia del Jarama, al sur de Ciempozuelos, y remata en el río en el meandro que forma en La Horcajada.

El llamado mar de Ontígola fué en su origen una laguna natural en la que se recogían las aguas de Vallemayor. En el siglo XVI se hizo un caz para regar con sus aguas el llamado prado del Regajal o del Riego. Felipe II, en 1561, para aumentar su capacidad de embalse, encargó a Juan Bautista de Toledo la construcción de un malecón de tierra que encerrara la salida de la laguna, la cual empezó a llamarse mar de Ontígola. En 1586, Juan de Herrera, el gran arquitecto de Felipe II, hizo nuevo muro de mampostería, y en años posteriores sus aguas fueron utilizadas para regar los árboles de algunas calles, las huertas de los Deleites, la Huerta Valenciana y la del convento de San Pascual. Actualmente, las aguas de este embalse, cuyas dimensiones son 700 metros de longitud por 200 de

anchura media, alimentan los⁹ surtidores del jardín de la Isla y algunos riegos eventuales en las inmediaciones de Aranjuez.

Las acequias que actualmente riegan la huerta de Aranjuez son las siguientes: la acequia del Tajo, el canal de las Aves, el canal de la Azuda y el canal del Caz Chico.

La acequia del Tajo es la antigua acequia de Colmenar. Corre por la margen derecha del río; su longitud es de 19,40 kilómetros, y su capacidad, de 5.320 metros cúbicos por segundo en su origen. Riega la vega de Colmenar, y luego se divide en dos ramas: las llamadas Cola Alta y Cola Baja, que riegan el antiguo cortijo de San Isidro. El primero mide 8.360 metros, y su capacidad es de 3.320 metros cúbicos por segundo, y el segundo, 6.075 metros de longitud y un metro cúbico por segundo. El canal de la Cola Alta se une al de la Azuda, y el de la Cola Baja desemboca en la presa del Embocador. En total, la acequia del Tajo y los dos ramales de la Cola Alta y Baja riegan 2.126 hectáreas, que se ampliarán en 600 más con la prolongación de la Cola Alta.

De la presa del Embocador nacen los tres canales de la Azuda, Chico y de las Aves. El de la Azuda arranca por la margen derecha. Su longitud es de 7.125 metros, y su capacidad, de tres metros cúbicos por segundo. El canal se termina en La Horcajada en tres acequias: Cola Alta, Cola Baja y Desaguador de las Tejeras, que entre los tres miden 5.040 metros. Las acequias secundarias miden 19.718 metros. La superficie regada es de 879,75 hectáreas.

Entre la Cola Alta y la Azuda corre el Caz Chico, que nace en la presa del Embocador y muere en el primero. Su longitud es de 3.978 metros; su capacidad, de un metro cúbico, y la zona regada, de 98,94 hectáreas.

El canal de las Aves, o antiguo de Sotomayor, corre por la margen izquierda del Tajo, con una longitud de 15.375 metros y un caudal de origen de 8.575 metros cúbicos por segundo. Domina una zona de 1.795 hectáreas, ampliables en 6.000 con la prolongación proyectada de 27 kilómetros. Riega este canal el jardín del Príncipe, el de la Primavera y la Huerta Valenciana; atraviesa por debajo de Aranjuez la población, el jardín de la Reina, los Deleites, el Campo Flamenco, tierras de la dehesa de Otos, hasta desaguar en el arroyo de Orzagas por el desaguador de Quintana.

El canal de la Media Luna no pertenece administrativamente

a la huerta de Aranjuez, sino a la de Seseña; pero ésta, en su parte meridional, se une a aquélla, constituyendo una unidad natural.

Además de los canales existen actualmente algunas norias para el riego con agua de pozo, más dos motores (uno eléctrico y otro por gasolina) que elevan el agua de la Cola Alta: en el cortijo de San Isidro, el uno, y en la Azuda, el otro.

PROPIEDAD DEL AGUA, COSTE Y SISTEMA DE RIEGO

Carlos III, al mandar construir la real acequia del Jarama, dictó un reglamento y ordenanzas en 1771, valederos también para la acequia de Colmenar. Mandó hacer un padrón de todos los propietarios con tierras de riego. Hecho el padrón, se señalaron las horas. El rey corría con todos los gastos de construcción y conservación, exigiendo en cambio de los regantes un diezmo de todos los frutos que produjeran las tierras regadas. En el siglo XIX, el canon de riego por viñas, frutos verdes y riegos sueltos se pagaba en metálico. En 1893, por real orden se fijó para cereales en 12 pesetas hora.

Las tierras regadas por el caz de las Aves o Sotomayor, descontadas las 220 hectáreas de los jardines, que pertenecen a la Administración patrimonial, son del dominio y propiedad particular, adquiridas por sus dueños en virtud de la ley de Desamortización del patrimonio que fué de la Corona. Con la tierra adquirieron del Estado el derecho al uso de las aguas necesarias para el riego, con la obligación colectiva para todos los regantes de atender a los gastos de conservación y reparación de las obras de toma, conducción y distribución de las aguas. En 1872 formaron la Comunidad de la acequia de Sotomayor o caz de las Aves, y redactaron las ordenanzas para la distribución equitativa de las aguas. Estas correrían sin interrupción desde el 1 de marzo hasta el 30 de noviembre de cada año. El riego tiene lugar tanto de día como de noche, y en casos de escasez se establecen turnos de riego, dando más tandas a los frutos que más lo necesiten. Las tandas tendrán en cuenta los de derecho anterior; entre éstos se seguirá un orden geográfico, empezando a contar desde el Embocador. Los frutos por orden de primera necesidad son: primero, fresas; segundo, judías, pimiento, melón,

tomate y patata; tercero, las demás hortalizas, cáñamo y lino; cuarto, cereales, árboles frutales, árboles lineales de sombra, y quinto, barbadillo en preparación y pastos.

Hay también propietarios que no adquirieron sus fincas con derecho a riego, los cuales pueden obtenerlos de la Comunidad mediante el pago de una cuota de ingreso y la participación anual en los gastos colectivos.

Los turnos o tandas de riego en los períodos de escasez eran los siguientes: primer riego o tanda, lunes y martes, desde Sotomayor hasta la Huerta del Canero y tranzón contiguo del mismo en Las Cabezadas; segunda tanda, miércoles, jueves y viernes, desde la finca anterior hasta el fin de La Flamenca, y tercera tanda, sábado y domingo, la vega, Casa de Serranos y Matalonguilla. La fresa en producción tendrá riego los miércoles y domingos aunque se halle fuera de la demarcación de turno.

La Comunidad tenía un Sindicato, compuesto de cinco miembros y dos suplentes, elegidos por los regantes el 8 de diciembre de cada año de turno, y con duración de tres, y un Jurado para dirimir contiendas e imponer penas. Lo componían tres jueces y tres suplentes, elegidos como el Sindicato, y durando lo que éste. Sus juicios eran públicos y orales.

Actualmente no existe ningún reglamento para la administración del riego; pero existe la tendencia a una reglamentación, que la extensión del regadío hará más necesaria. La administración de los canales dependió del Patrimonio durante el tiempo de la Monarquía, y después, de la División Hidráulica del Tajo. El canon pagado por los propietarios no pasa de 15 pesetas por fanega, existiendo una distinción entre tierras de derecho preferente y de aguas sobrantes. En estas últimas el pago se hace según los frutos y cosechas recogidos.

LOS CULTIVOS DE LA HUERTA

De una extensión total de 18.651 hectáreas que abarca el término municipal de Aranjuez, la tierra que se beneficia del riego representa 5.419 hectáreas, y el secano, 12.639. Como hemos visto, la formación de la huerta no fué resultado de la libre y espontánea ocupación y transformación de la vega cultivable, sino de una vo-

luntad directora y de un plan racionalmente concebido, que más que la utilización económica del suelo se propuso la creación de una bella composición vegetal. Este original carácter de la huerta del Real Sitio de Aranjuez ha de tenerse en cuenta para explicar su figura y ordenación. Esta se hizo sobre la pauta de un jardín. Lo primero fueron los jardines y las largas y espaciosas calles plantadas de árboles, entre los cuales se hicieron después las huertas. De aquí ese sorprendente y generoso derroche de tierra cultivable, prodigada en plazas y avenidas, en contraste con el codicioso aprovechamiento del suelo, con reducción de los caminos al mínimo indispensable, que caracteriza el paisaje de huerta.

Hasta la confluencia del Jarama con el Tajo, la huerta se extiende por la orilla derecha de éste, con algunas parcelas en la izquierda. El río, dada la inclinación general de la meseta hacia el Sur, tiende a desplazarse lateralmente en esta dirección, lo que explica la disimetría del valle, cuya orilla izquierda es más alta y escarpada que la derecha. Pero a partir de la confluencia, el río se aleja de la orilla izquierda, y después de un corto trayecto por la línea media de su lecho mayor, se acerca y se ciñe a la orilla derecha, dejando en aquélla espacio suficiente para las labores del Campo Flamenco y otros cultivos de huerta. La tierra es areno-limosa y profunda, con una proporción de materia orgánica que oscila entre 15 y 35 por 1.000; caliza, en proporción muy variable, que puede llegar a 183, y arcilla, en cifra que oscila alrededor de 200 por 1.000¹. Como correctivo se puede decir que el único abono empleado es el estiércol; por lo menos, el de uso más extenso y general, sobre todo en estos últimos años. Como la comarca no es ganadera y los animales de labor no pueden proporcionar el estiércol necesario para el intenso consumo que supone la huerta, se recurre a las vaquerías de Madrid, cuyo estiércol transportan a Aranjuez los mismos camiones que llevan sus frutos y hortalizas a la capital.

Los cultivos más importantes y de mayor rendimiento económico son los frutales, hortalizas y remolacha azucarera. Las circunstancias y coyuntura propias de cada tiempo han tenido su influencia en la elección de los cultivos considerados como más

¹ Los datos proceden de los análisis publicados en la *Memoria* que acompaña a la Hoja de Aranjuez del Mapa Agronómico Nacional.

reproductivos, sobre todo desde que la Administración del Real Sitio empezó a arrendar las tierras de éste con libertad para el cultivo que el arrendatario estimara más útil. Pero en las huertas reales habían éstos de ajustarse a los gustos y caprichos del soberano, siendo ésta otra consecuencia del peculiar carácter ya indicado de la huerta de Aranjuez.

Una curiosa ordenanza de 1795 prescribe los cultivos que habían de hacerse en las huertas reales. «Tendrá mucha cuenta el jardinero mayor—se dice en ella—de que se observe puntualmente la antigua prohibición de criar en ellos puerros, cebollas, coles, calabazas, pepinos, tomates, berenjenas, acelgas ni otras verduras ordinarias que no sirvan al regalo y gusto de mi Persona y Familia; y que en su lugar se planten y crien en su respectivo tiempo otras finas, como son espárragos, fresas, sangüesas, grosellas, guisantes, alcachofas, coliflores, brécoles finos, lechuga flamenca, ensalada italiana, rábanos pequeños, escarola rizada, lombarda fina, coles de Milán, cardos y bretones, y cuanto sea delicado y de exquisito gusto.»¹

La inestabilidad y variabilidad de los tipos de cultivo y de rotación de éstos se ha intensificado en los últimos tiempos, a medida que la dependencia de la huerta con respecto al mercado de Madrid se acentúa. Las fluctuaciones en el régimen de éste, así como la intervención oficial en la fijación y tasa de los precios, explica las variantes que de año en año introduce el hortelano, adaptándose a la situación del mercado en busca del precio remunerador. Esta inestabilidad es propia de la producción hortícola, ya que casi toda ella es de demanda elástica; pero se ha hecho mayor en los últimos años. Cultivos tradicionales, como el del espárrago, han sufrido un retroceso en beneficio de otros ya existentes, como el del tomate, o algunos nuevos, como el del lino, iniciado en 1945 con carácter circunstancial, amparado en la crisis y elevados precios de los productos textiles. En cuanto al algodón, no ha pasado de un ensayo.

Dentro de esta elasticidad y mutación cabe, sin embargo, distinguir algunos tipos de rotación más constantes y seguidos por un gran número de hortelanos.

La *Memoria* que acompaña a la hoja correspondiente a Aran-

¹ *Ordenanzas para el gobierno del Real Sitio de Aranjuez* (Madrid, 1795), título X, capítulo VI, página 201.

juez del Mapa Agronómico Nacional señala como más constantes los cuatro siguientes: cultivo intensivo con rotación de hortalizas, cereales y leguminosas, y constancia de frutales; cultivo extensivo con rotación de cereales, leguminosas, tubérculos y raíces, y constancia de frutales; regadío extensivo con alternativa de cereales y leguminosas, y regadío eventual con alternativa de cereales y barbecho.

La primera es propia de las tierras más ricas, mejor regadas y con mayor capital de explotación. Su dominio abarca 750 hectáreas en la zona directamente regada por el canal de la Azuda y el caz de las Aves. Las hojas de cultivo son en ella seis, de las cuales la dedicada a fresa, fresón y espárrago no entra en la rotación por las condiciones especiales de su cultivo, que más adelante examinaremos. En las restantes hojas se cogen una o dos cosechas al año. En el primer año, en una de las hojas, segado el trigo en el mes de julio, se deja entrar el ganado durante quince días, para aprovechar el rastrojo, y se abona el campo con estiércol; en el mes de febrero se siembra de patatas, y la cosecha se recoge en julio. En este primer año la tierra no ha dado más que una cosecha de patata. En el segundo año, después de recogida la patata, se prepara la tierra y se la deja en reposo durante el verano. Al final de éste, unas veces se siembra de habas en octubre, y, otras, en noviembre, se trasplantan a ella lechugas sembradas en semillero. Esta es la cosecha de invierno, que se recoge en abril si es de lechugas, y en mayo si es de habas. Inmediatamente después se siembra la cosecha de verano, de judías para seco, que se recoge en octubre. La tierra ha producido este año dos cosechas. El tercer año, en octubre o noviembre se siembra un cereal de invierno, generalmente cebada, y segada ésta, en julio o agosto se asientan los repollos o coles sembrados en semillero en primavera, los cuales permanecen en la tierra hasta el invierno. La cosecha en este año ha sido sólo la de cebada. El cuarto año, en el mes de febrero, se hace la recolección de repollos y coles, y entretanto se preparan los semilleros de pimientos, tomates, pepinos y melones, que serán la cosecha de verano, a la cual, como cosecha de invierno, sucede en el quinto año el trigo, que se siembra en el mes de noviembre y se cosecha en el de julio.

La rotación de cultivo extensivo es practicada en tierras regadas por los mismos canales que la primera, y además por motores eléctricos.

cos en una extensión de 1.420 hectáreas. Las tierras dedicadas a ella difieren de las anteriores, más que por su calidad, por su mayor extensión, lo que determina el carácter de su cultivo. Las hortalizas son excluidas de éste. La alfalfa ocupa con carácter permanente una hoja, y en las cuatro restantes la alternativa es la siguiente: en el primer año se siembra el trigo en noviembre, y se recoge en julio; en el segundo, el barbecho dura hasta marzo, sembrándose entonces la remolacha, que se recoge en noviembre del año siguiente; en éste, y el mismo mes, se siembran habas o cebada, cuyos frutos se levantan en mayo o junio, respectivamente, y el cuarto año, después de un nuevo barbecho, en una parte de la hoja se plantan patatas, en febrero, y en otra, remolacha, en marzo, recogiendo los frutos en julio y noviembre, respectivamente. La cosecha, fuera de la hoja dedicada a la alfalfa, es siempre una sola.

El regadío extensivo es el de las zonas marginales, peor regadas con agua de pie derivada del río o elevada con motor. La extensión de este tipo de cultivo es de 2.607 hectáreas, y su característica, las tres hojas. A una cosecha de patatas tempranas, recogidas en junio, sucede en el segundo año otra de cebada, y en el tercero, una cosecha de trigo.

Por último, en la rotación del regadío eventual, que ocupa tan sólo 330 hectáreas, alternan barbecho, cebada y trigo en tres hojas.

El barbecho, con duración anual, ocupa aquí, por consiguiente, 110 hectáreas. En los restantes sistemas su carácter es eventual. En la rotación de cultivo intensivo, en un mismo año ocupa una hoja de 105 hectáreas durante seis meses: de julio a febrero; otra, de la misma extensión, en la que a la cebada sigue el repollo, descansa un mes, y otra, la sembrada de trigo, seis. En la de cultivo extensivo todas las hojas pasan por un período más o menos largo de reposo, de tres a seis meses, excepto la dedicada a la alfalfa, y análoga es la situación en la rotación de regadío extensivo. Durante los meses de agosto, septiembre y octubre, 3.715 hectáreas (el 68 por 100 de la huerta) se halla en barbecho; pero excepto en las dos últimas rotaciones, los frutales mantienen la continuidad del verdor vegetal, al mismo tiempo que los cultivos intensivos hacen que estos mismos meses sean tiempo de gran actividad económica, mientras que los meses de noviembre a marzo, desnudos de hojas los árboles, en semillero algunas de las plantaciones, apenas iniciada la vida de

otras y en suspenso la actividad de los fresales, es el momento en que la huerta adquiere sus características invernales, hasta que en el mes de marzo la primavera, que irrumpe con la espléndida floración de los frutales, hace de toda la huerta un mosaico de cuadros de verdor variado, en relación con los distintos cultivos.

Los dos cultivos más originales y representativos de la huerta de Aranjuez, aunque en el momento actual no sean los de mayor extensión superficial ni de mayor rendimiento global, son la fresa y el espárrago, a los que dedicaremos especial consideración.

Cultívanse en Aranjuez la fresa y el fresón. La fresa cultivada es una variedad llamada «Fragania» espontánea en la ribera del Tajo, de fruto pequeño, muy azucarado y aromático, lo que explica la estimación de que goza en el mercado¹.

El fresón es de origen americano, e introducido en la huerta en el siglo XVIII. Hoy, el fresón de Aranjuez o «Mariguín» ha adquirido caracteres propios, que hacen de él una variedad indígena. Los frutos del fresón son menos aromáticos que la fresa; pero azucarados, de mayor tamaño y excelente presentación. Su cultivo aumenta a expensas de la fresa, pues aunque el precio de ésta es más elevado, su producción por hectárea es menor, y mayor el gasto de explotación. Sólo en la recolección el gasto es doble, pues en una hora una mujer coge doble cantidad de fresón que de fresa. Pero tanto el cultivo del fresón como el de la fresa han hecho pocos progresos en los últimos años, y más bien tienden a disminuir, pues ocupan de un modo total y permanente el suelo, no admitiendo alternativa con otros cultivos y no siendo compatibles con los árboles frutales, por lo que el hortelano, dado el precio alcanzado por otros frutos y hortalizas en el mercado de Madrid, prefiere el cultivo de ellos.

Fresa y fresón tienen exigencias semejantes. Las tierras preferidas son las arcillo-arenosas, con alguna proporción de materia orgánica y caliza, condiciones reunidas por los aluviones del Tajo, especialmente en las tierras ganadas al bosque. En cuanto al clima, el fresón prefiere los parajes soleados, mientras que la fresa gusta de los umbríos. Uno y otra agotan el suelo en que se cultivan. Cuando

¹ Mención de la fresa hace Felipe II en las cartas a sus hijas, escritas desde Lisboa. «Mucha envidia — dice — tiene Magdalena a las fresas y yo a los ruiseñores.» Y también: «De Aranjuez escriben ser muy ruines [las fresas] este año y que ay muy pocas». (M. Gachard, *Lettres de Philippe II a ses filles*, II y XXVIII, Paris, 1884.)

el suelo reúne buenas condiciones, dan de cuatro a cinco cosechas; si el suelo es de inferior calidad, la planta degenera antes, y hay que dejar transcurrir quince años al menos para que pueda volver a cultivarse en el mismo lugar.

Los abonos han de ser abundantes y frecuentes. Antes de la plantación ha de prodigarse el estiércol, y en la primavera, antes de dar el fruto, exige el empleo de abonos químicos (superfosfatos, nitrato sódico y sulfato de sosa), cuya escasez y elevado precio en los últimos años viene a reforzar las razones que aconsejan su abandono por el hortelano.

La reproducción se hace en la fresa por semilla o esqueje, y en el fresón, por esqueje siempre, pues, como planta híbrida, no admite la reproducción por semilla.

La siembra de la semilla se hace en primavera, en pequeñas eras, cavadas y estercoladas, en las cuales se esparce a voleo, cubriéndola después con una delgada capa de mantillo. Al mes de su germinación se trasplanta a unas eras mayores, y llegado el otoño, al lugar definitivo de la plantación.

La reproducción por esqueje supone también un periodo de permanencia en el vivero durante todo el verano antes de su asiento definitivo en el otoño. La tierra, antes de recibir las plantas, se cava y labra profundamente con tres labores cruzadas de vertedera, y se estercola abundantemente. Después se labra en caballones, separados por pequeñas caceras. La distancia de lomo a lomo es de 70 centímetros en el cultivo del fresón y de 90 en el de la fresa, cuya planta se extiende más. La tierra ha de tenerse bien limpia de hierbas mediante frecuentes escardas, y todos los años debe abonarse en el mes de marzo.

Los riegos deben ser frecuentes desde que se empiezan a formar los frutos. Primero se dan cada seis u ocho días, y durante la recolección, cada tres. En el verano y otoño sólo se riega cuando la planta corre peligro de marchitarse.

La recolección se hace en los meses de mayo y junio, y corre a cargo de mujeres especializadas en esta faena. Las horas de recolección son las primeras de la mañana y últimas de la tarde, para evitar las del mediodía, en que los frutos calientes se marchitan al ser arrancados. La jornada de recolección se reduce así a seis o siete horas. La de la fresa se hace desprendiendo el fruto del cá-

liz; la del fresón, cortando con la uña el pedúnculo que sostiene el fruto, con su cáliz respectivo; el coeficiente de recolección es de ocho a diez kilos diarios por obrera en la fresa, y de dieciséis a veinte en el fresón. El fruto se recoge en cestas de mimbre, en las cuales se traslada desde la huerta a la población, donde se procede a su clasificación y preparación en envases de mimbre o cestas de tiras de caña.

La producción por hectárea es en el fresón de 300 kilos, doble que en la fresa, que es de 150.

Como el de la fresa, y por razones análogas, el cultivo del espárrago ha retrocedido. Un esparragal no da rendimiento económico hasta el cuarto año después de la siembra, y como la fresa, el espárrago no admite la alternativa con otros cultivos, aunque en los dos primeros años se puedan aprovechar los espacios que quedan entre las zanjas para plantar algunas hortalizas.

El espárrago común es planta espontánea en la vega del Tajo, Pero el llamado de Aranjuez es una adaptación a las condiciones del suelo y del clima de la huerta del Tajo del espárrago de Holanda, obtenido a principios del siglo XVIII a partir del espárrago común. Su introducción en Aranjuez, en este mismo siglo, se atribuye al jardinero mayor del Real Patrimonio, D. Esteban Boutelou. Pero según creencia muy arraigada en Añover del Tajo, su introductor fué el vecino de esta localidad D. Casimiro Ortega, botánico notable y amigo de Godoy¹. El cultivo, según la misma creencia, comenzó en Añover; pero ya en 1756 consta que Fernando VI hizo plantar en las huertas grandes de Aranjuez un gran esparragal, bien que el ensayo quedó sin consecuencias, y hasta mediados del siglo XIX no comenzó el cultivo en gran escala en la huerta de Aranjuez, más tarde que en la vega de Añover, en donde desde principios de aquel siglo era ya un cultivo de importancia.

El espárrago de Aranjuez, conocido hoy en el mundo con el nombre de *espárrago blanco de España*, es planta de larga vida. Bien cuidado, un esparragal puede durar en explotación hasta treinta años. Alguno ha llegado a cincuenta; pero la duración normal es de quince a dieciocho años. Planta resistente al frío, soporta las hela-

¹ F. Carmena y Ruiz, *Los espárragos. Su cultivo y explotación* (Málaga, 1912), página 7.

das del invierno; tanto mejor cuanto que la planta permanece enterrada durante esta estación. Pero las heladas tardías retrasan el crecimiento de la planta y la recolección de sus turiones. Los aluviones del Tajo, por su naturaleza arcillosa, convienen muy adecuadamente a la planta, siendo lo suficientemente sueltos para el desarrollo de la «madre» o «garra», nombre que se da a las raíces, y para el crecimiento en sentido vertical, sin deformaciones, de los turiones. Como abono se emplea el estiércol. Una estercoladura cada tres o cuatro años es suficiente para una mediana cosecha de 3.000 a 4.000 kilos por hectárea. Pero para rendimientos mayores se necesita la estercoladura cada dos años, alternando con abonos químicos a base de superfosfatos, sulfato o cloruro de potasa y alguna cantidad de nitrato.

La plantación de un esparragal exige cierto método y trabajo. El sistema de Aranjuez es el de zanjás de 30 centímetros de profundidad y 40 de anchura, cavadas de Este a Oeste, en dirección contraria a la de los vientos dominantes, entre las cuales queda un banco de 1,10 a 1,60 metros de anchura. La planta permanece los dos primeros años en el semillero. Su trasplante se hace en el mes de febrero, seleccionando los ejes, que se plantan en el fondo de las zanjás, a distancia de 30 centímetros unos de otros, y después se cubren de una capa de tierra y otra de estiércol. Durante otros dos años el esparragal no se explota, y al cabo de ellos se hace la primera recolección. Llegado el mes de febrero, se hace una cava y se amontona la tierra sobre las plantas, formando un caballón para protegerlas de la luz; en marzo se rompe la corteza para facilitar la salida de los turiones, y en abril se cortan éstos. Todas las operaciones requieren una mano de obra experta y educada; pero más aún la recolección, en la que tradicionalmente han sido especialistas los hortelanos de Añover del Tajo.

En el primer año de explotación la recolección no debe durar más de veinte o treinta días, para no agotar la planta; a partir del segundo año, la duración puede llegar a cincuenta o sesenta días, y cuando el esparragal cuenta con seis o más años puede durar tres meses. Pero la calidad va disminuyendo conforme pasan los días. Los espárragos de abril son mejores y más estimados que los de mayo, y éstos que los de junio. La recolección de los turiones se hace introduciendo en el caballón un cuchillo de 40 centímetros de

longitud, que termina en una cabeza dentada. Una vez cortados, generalmente por mujeres, se procede a su lavado, clasificación y amanojado, colocándolos en moldes de madera y atándolos con un cordel de cáñamo. Un buen cortador, conocedor de la estructura de la planta, puede recoger al día de 5.000 a 6.500 espárragos, o sea de 275 a 300 kilos, y una amanojadora puede trabajar a razón de 18 a 20 paquetes por hora. En cuanto al rendimiento del esparragal, va aumentando hasta alcanzar su máximo entre el quinto y el octavo año, y después disminuye. En estos años el rendimiento por hectárea varía entre 5.000 y 8.000 kilos, dependiendo de la cantidad de abono empleado. Los precios disminuyen progresivamente conforme avanza la estación, hasta alcanzar su mínimo en junio. En el mercado de Madrid los precios más altos son los alcanzados en el mes de diciembre por los espárragos cultivados en camas calientes.

Los frutales más abundantes en la huerta de Aranjuez son el manzano, el ciruelo y el peral. Su cultivo se asocia al de las hortalizas, por lo cual estos árboles aparecen suficientemente espaciados (10 a 12 metros) para que su sombra no las perjudique. El manzano, en sus dos variedades de «Verde doncella» y «Berruga»; el ciruelo, en las llamadas «Claudia» y «Santa Rosa», y el peral, en los de «Roma», «Real», «Espadona», de «Agua» y «Naranja», ocupan extensos tablares de la vega.

Las hortalizas y otros frutos cultivados son el tomate, pimiento y cebolla; repollo, coliflor, lechuga y acelga; judías, habas y guisantes; patata y remolacha; maíz, trigo y cebada; alfalfa, melón, pepino, etcétera.

El tomate, el pimiento y la cebolla se siembran en semillero en el mes de febrero. La siembra se hace en cajoneras o camas calientes, cavadas éstas en la tierra y rellenas de estiércol. Por la noche, los semilleros se cubren con esteras de carrizo, y como protección contra los vientos del Norte se hace una espaldera de cañas. El cultivo del pimiento se hace por medianeros. Familias de Añover y Mocejón, especializadas en este cultivo, llegan en el mes de febrero, construyendo chozas de adobe, cañas y ramaje, en las que habitan durante todo el tiempo que dura el cultivo. Cada familia cultiva de ocho a nueve fanegas, y la variedad cultivada es el pimiento llamado guindillón de Aranjuez, fruto de grandes dimensiones y exce-

lente presentación. El trasplante se hace en mayo, y la recolección comienza a primeros de agosto y dura todo el verano.

El tomate, cuya importancia económica es mucho mayor, se cultiva generalmente sin medianeros. El trasplante tiene lugar en abril, y la recolección, que comienza mediado julio, no se interrumpe hasta primeros de noviembre.

Mención especial merece también el cultivo del melón, hecho también por medianeros. Estos son gentes de Villaconejos, que vienen en marzo para preparar las camas de estiércol, y permanecen hasta octubre, viviendo en chozas de carrizo. Su nombre alude al contrato que hacen con el propietario o arrendatario de la tierra, sobre la base de la repartición de los beneficios por mitades.

De otros cultivos, el de la alfalfa, a la que se dan siete cortes anuales, tiende a aumentar desde hace algunos años, mientras que el de la remolacha disminuye.

Los datos de producción son muy variables e inseguros. Los proporcionados por la citada *Memoria*, que aunque no presenta fecha alguna apareció en 1943, dan las siguientes cifras:

«Trigo, 39.536 quintales métricos; cebada, 41.236 ídem íd.; avena, 2.286 ídem íd.; centeno, 810 ídem íd.; habas, 9.154 ídem íd.; judías secas, 1.680 ídem íd.; garbanzos, 749 ídem íd.; algarrobas, yeros y almortas, 2.560 ídem íd.; veza y forraje seco, 800 ídem íd.; patatas, 208.530 ídem íd.; remolacha, 85.000 ídem íd.; espárragos, 4.500 ídem ídem; fresón, 1.500 ídem íd.; fresa, 945 ídem íd.; alfalfa, 96.660 ídem ídem; lechugas, 157.000 docenas; repollos, coles, etc., 14.175 quintales métricos; pepinos, 3.480 ídem íd.; tomates, 10.440 ídem íd.; melones, 405.000, y frutas, 21.020 quintales métricos.»

De ellos resulta que los valores mayores corresponden a la patata, frutas (pera, manzana, ciruela), tomate, espárrago, fresón y fresa. Su mercado de venta es Madrid, descontadas pequeñas cantidades para el consumo local y el de la comarca. El transporte es en su mayor parte en camiones, lo que dificulta su control estadístico. Este comercio se extiende a todo el año; pero alcanza su máxima actividad en los meses de verano. La mínima, naturalmente, corresponde al invierno. En los meses de diciembre y enero la única exportación es la del repollo y la coliflor. Menor es la actividad exportadora en febrero, que es mes de siembra de las cosechas de verano. Las condiciones son semejantes en marzo. En abril comienza

la exportación de hortalizas. Entonces se exporta la lechuga y comienza la de la acelga, que se continúa en los dos meses siguientes. Estos dos meses son los del espárrago, que ya en abril hace su aparición en el mercado madrileño, y la fresa. La curva de tonelaje y valores alcanzada es aún superada en los meses de julio, agosto y septiembre, sostenida por ciruelas, peras, manzanas, melones, tomates, pepinos, cebollas y judías verdes. Durante el mes de octubre aun se sigue exportando tomate y pimiento; pero la curva ha iniciado un descenso, que se precipita en el mes de noviembre. En cuanto al destino de los productos exportados, se puede calcular que en más de sus tres cuartas partes se dirigen al mercado de Madrid. (Fig. 8.)

LA PROPIEDAD Y EL TRABAJO DE LA TIERRA

Hasta las leyes desamortizadoras de 1865, y sobre todo las que siguieron a la revolución de septiembre de 1868, la propiedad de la tierra pertenecía al Real Patrimonio, que arrendaba su disfrute. La desamortización, creando la propiedad privada, fué causa de importantes modificaciones en la fisonomía de la huerta y en la población de Aranjuez.

Felipe II dictó una ordenanza prohibiendo establecerse en el Real Sitio otra gente que su propia servidumbre, y esta disposición fué reiterada por Felipe III y Felipe V. En 1717 no vivían en Aranjuez más que 725 personas, según consta de la matrícula de la parroquia de Alpajés, citada por C. López y Malta¹. La situación cambió con Fernando VI, quien para que se alojase la Corte entera ordenó a Santiago Bonavit hacer un plano para la nueva población, plano que, según Quindós, aunque llevaba la firma de aquél, era en realidad obra del pintor y arquitecto Alejandro González y Blázquez. En 1750 se comenzó a derribar las casas existentes, se hizo el trazado de las calles, y en los años sucesivos se dictaron normas para la construcción de las casas, que, según real orden de 1757, se habían de hacer con arreglo a una planta uniforme. No

¹ C. López y Malta, *Historia descriptiva del Real Sitio de Aranjuez* (Aranjuez, 1869), pág. 145.

serían éstas, por consiguiente, viviendas rurales, sino urbanas. La población campesina, arrendatarios y jornaleros, viviría en las edificaciones hechas en la huerta, y especialmente en las del Cortijo de San Isidro y la Casa Flamenca, así como en otras construidas posteriormente, como la Casa de las Infantas, Casa Serrana y Casa de Castillejo. El censo de 1797 da como cifra total de población 4.226 habitantes, de los cuales 13 arrendatarios y 386 jornaleros, lo que prueba que la mayor parte de las tierras de la huerta eran llevadas en explotación directa por la Casa Real.

La desamortización, al aumentar el número de propietarios, y por consiguiente el de cultivadores, al mismo tiempo que al dejar de ser Aranjuez sitio real, trajo consigo una transformación de la población mandada construir por Fernando VI, produciéndose una readaptación de las viviendas urbanas a la vida rural, por lo cual actualmente, sin que se pueda hablar en el propio Aranjuez de una casa rural, existen, sin embargo, en muchas de sus edificaciones reformas introducidas para alojar el ganado y almacenar frutos, que confieren a las antiguas edificaciones una especial fisonomía. Pero las auténticas construcciones rurales siguen siendo los grandes edificios citados, más los añadidos después de la desamortización en torno a la Casa de Infantas y de Castillejo, convertidos en verdaderos poblados, y las pequeñas construcciones de carácter temporal o *casillas* diseminadas por la huerta. A veces no son más que chozas de cañizo; pero generalmente se trata de barracas de una o dos habitaciones, una de ellas cocina y otra alcoba, construídas de adobes y cubiertas de ramaje y caña. Otras veces existe otra pequeña edificación, separada de las anteriores y destinada a cuadra. En las más simples, la cocina, reducida a un fogón, se halla fuera de la casa; pero cuando existen dos habitaciones, hay dos fogones: uno fuera y otro dentro para los días de lluvia. Como aditamentos de la casa figuran porches y cobertizos para protegerse del sol y guardar los frutos y aperos. Cada labrador tiene la suya para el trabajo de la huerta, y en ella pasa el día con su familia; pero por la noche no queda en la casilla más que una persona para la guarda de la propiedad.

Para una población de 26.646 habitantes, según el censo de 1940¹,

¹ De ellos, 21.771 en la capital, y el resto diseminados en varios grupos, de los cuales el mayor, el de las Infantas, con 736.

existen en Aranjuez 263 personas clasificadas como labradores, de los cuales 68 propietarios, 31 aparceros y el resto arrendatarios. Existen además más de 1.400 jornaleros fijos, cerca de 500 eventuales y más de 600 mujeres, que como trabajadores eventuales participan también en las labores de la huerta.

El Patrimonio Nacional es el primer propietario, pues posee 913 hectáreas entre jardines y huertas, sin contar la superficie de las calles y las tierras de secano. Los jardines de la Isla y del Príncipe representan 170 hectáreas, en las cuales el cultivo se reduce a algunos frutales, más el aprovechamiento de los cultivos florales. Las restantes posesiones del Patrimonio son: El Rebollo (246 h.), Legamarejo (120 h.), Las Doce Calles (170 h.), Sotomayor (185 h.), y el resto, huertas menores, diseminadas, con una superficie algo superior a 20 hectáreas. El Patrimonio explota directamente la finca de Sotomayor y los jardines. El resto se halla arrendado. La renta anual oscila entre 195 y 780 pesetas, siendo lo dominante la renta de 520 pesetas. En cuanto a las dimensiones de los lotes arrendados, dominan los de tres a cuatro hectáreas.

Fuera del Patrimonio, y descontado el Cortijo de San Isidro, cuya parcelación está haciendo el Instituto de Colonización, existen en regadío dentro del término de Aranjuez seis grandes propiedades superiores a cien hectáreas, que son las fincas siguientes, para cuya extensión hay que advertir que no se computa el secano: Mazarabuzaque (200 h.), Villamejor (323 h.), Castillejo (133 h.), otra en Castillejo (400 h.), La Flamenca (332 h.), Las Cabezadas (100 h.). En total son 1.468 hectáreas, y en unión con las del Patrimonio, 2.381; es decir, el 44 por 100 de la superficie total regada. En el resto sólo dos propiedades pasan de 50 hectáreas; 10 oscilan entre 25 y 50, y las demás son inferiores a esta cifra¹. Lo dominante es la explotación directa con jornaleros, pues de los arrendatarios más de la mitad son los del Patrimonio Nacional, y éstos, por las ventajosas condiciones del contrato de arrendamiento, se hallan en situación muy semejante a la del propietario. La vinculación de la tierra al Real Patrimonio, y las especiales condiciones históricas y culturales de la huerta de Aranjuez, son, en conclusión, las que imprimen al

¹ Los datos relativos a propiedad me han sido facilitados por la Administración del Patrimonio Nacional y por la Casa Sindical de Aranjuez.

paisaje sus más característicos rasgos, cuya comprobación se hace bien patente comparando el plano parcelario de Aranjuez con el de la huerta de Colmenar de Oreja, en donde vemos la fragmentación parcelaria de la tierra regada, característica siempre en el paisaje hortelano, en contraste con las amplias parcelas de la huerta de Aranjuez. (Figs. 4 y 5.)

MANUEL DE TERÁN.

BIBLIOGRAFIA

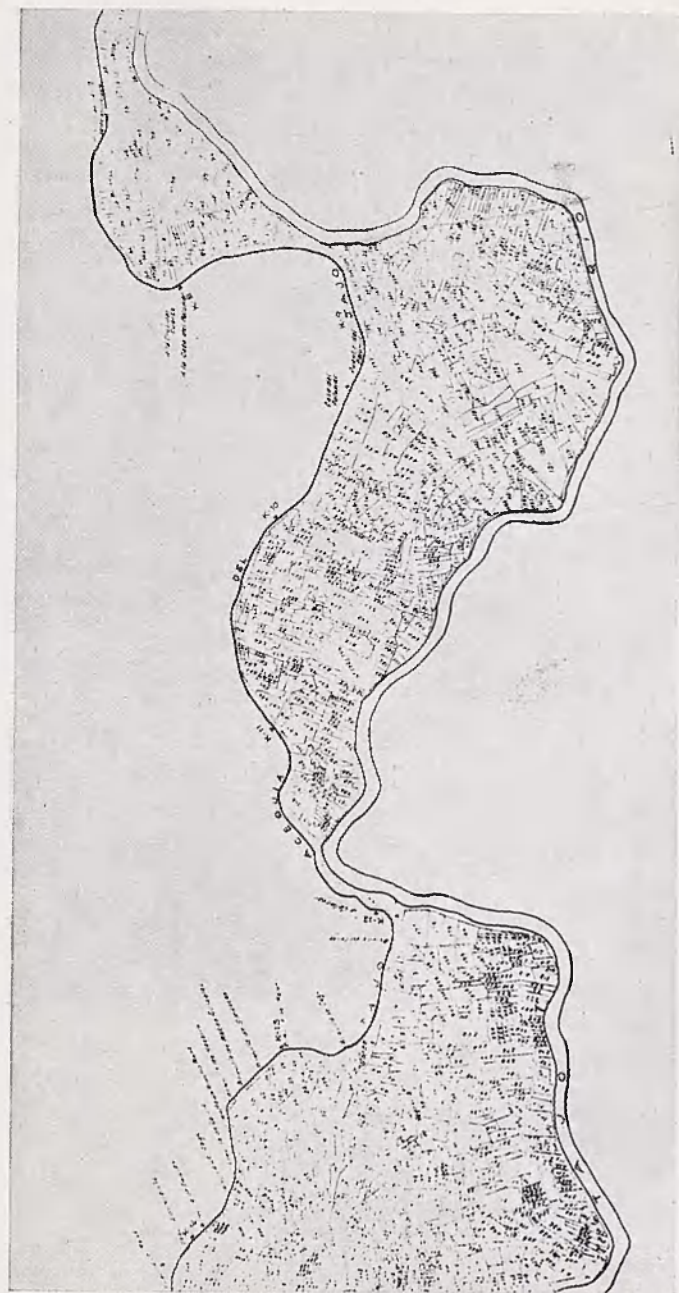
- Abela y Sainz de Andino, Eduardo.—*Memoria sobre el estado de la agricultura en la provincia de Madrid*. Madrid, 1876.
- Alvarez de Quindós Baena.—*Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez*, 1804.
- Anuario de la provincia de Madrid*. Diputación Provincial, 1868.
- Aranegui, P.—*Las terrazas cuaternarias del río Tajo entre Aranjuez (Madrid) y Talavera de la Reina (Toledo)*. Bol. de la Real Sociedad de Historia Natural. T. XXVII, 1927, págs. 285-90.
- Arróniz, César.—*El cultivo de la fresa en Aranjuez*. Ministerio de Agricultura. Hojas divulgadoras, 1945.
- Arróniz, César.—*Cultivo del espárrago en Aranjuez*. Ministerio de Agricultura. Hojas divulgadoras, 1945.
- Brunhes, J.—*L'irrigation dans la Péninsule Ibérique et dans l'Afrique du Nord*. París, 1904.
- Carmena y Ruiz, F.—*Los espárragos. Su cultivo y explotación. Sistemas de Aranjuez y de Gressent*. Málaga, 1912.
- Cervantes, M. y P.—*Recopilación de las reales ordenanzas de los bosques reales de El Pardo, Aranjuez, Escorial, Balsain y otros*. Madrid, 1687.
- Cos-Gayón, Fernando.—*Historia jurídica del Patrimonio Real*. Madrid, 1881.
- Cutanda, Vicente.—*Flora de Madrid y su provincia*.
- División Hidráulica del Tajo.—*Monografías de aprovechamientos de aguas*. Monografía número 1: *Real acequia del Jarama*. Ingeniero D. Luis Justo, 1912.

- H. Pacheco, F., y Aranegui, P.—*Las terrazas cuaternarias del río Jarama en las inmediaciones de San Fernando y Torrelaguna (Madrid)*. Bol. de la Real Sociedad Española de Historia Natural T. XXVII, 1927, págs. 310-16.
- H. Pacheco, E.—*Aranjuez y el territorio al sur de Madrid*. Publicación del Instituto Geológico. XIV Congreso Internacional, 1926.
- López y Malta, Cándido.—*Historia descriptiva del Real Sitio de Aranjuez*. Aranjuez, 1869.
- Llauradó, A.—*Tratado de aguas y riegos*. Madrid, 1878.
- Mapa Agronómico Nacional*, hoja núm. 605 y *Memoria* correspondiente Ministerio de Agricultura. Consejo Agronómico.
- Mapa geológico de España*. Escala 1 : 50.000. Explicación de la hoja número 605, Aranjuez. Madrid, 1945.
- Memoria estadística del Real Sitio de Aranjuez*, por su administrador, D. José Serrano, año 1847. Mss. 6.676. (Biblioteca Nacional.)
- Ordenanzas de Riego de la Acequia de Sotomayor o Caz de las Aves*. Aranjuez, 1931.
- Ordenanzas para el gobierno del Real Sitio de Aranjuez*. Madrid, año 1795.
- Ortiz Cañavate, Fernando.—*Cultivos principales de la provincia de Madrid*. Madrid, 1884.
- Prado, C.—*Descripción física y geológica de la provincia de Madrid*. Madrid, 1864.
- Real Cédula de límites y Ordenanzas que Su Majestad manda hacer de los términos, límites y vedados del Real Heredamiento, expedida en el Real Sitio de Aranjuez*. 21 de enero de 1721.
- Reglamento y Ordenanzas de la Real Acequia del Jarama, que deben servir también para la de Colmenar, unidas ambas baxo un gobierno*. De orden de Su Majestad. En Madrid, en la Imprenta Real de la Gaceta. Año de 1771.
- Reyes Prósper, Eduardo.—*Las estepas de España y su vegetación*. Madrid, 1913.
- Rivas, Salvador.—*Observaciones edafocológicas en la flora de la provincia de Madrid*. Anales del Instituto de Edafología, Ecología y Fisiología vegetal. T. I. Noviembre 1942, págs. 273-294.
- Román, F.—*Les terrasses quaternaires de la haute vallée du Tage*. Comptes rendues. Acad. Scienc. T. CLXXV, 1925.
- Tormo, Elías.—*Aranjuez*. Madrid.





Figura 4.—Un fragmento del plano catastral de Aranjuez realizado por la División Hidráulica del Tago.



Ayuntamiento de Madrid

Figura 5.—Un aspecto de la vega de Colmenar según el plano catual realizado por la División Hidráulica del Tajo.

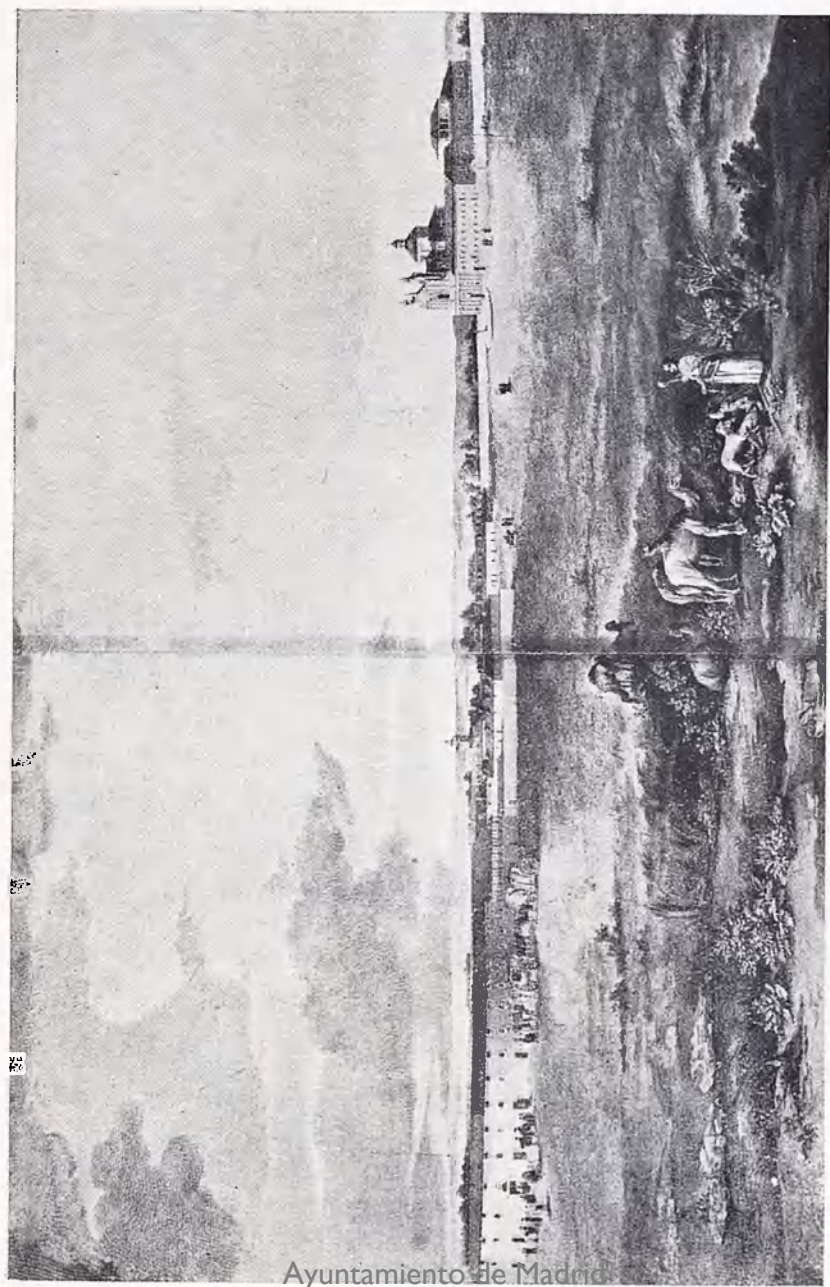


Figura 6.—Sitio Real de Aranjuez, visto desde el arca del agua junto al camino de Ocaña.

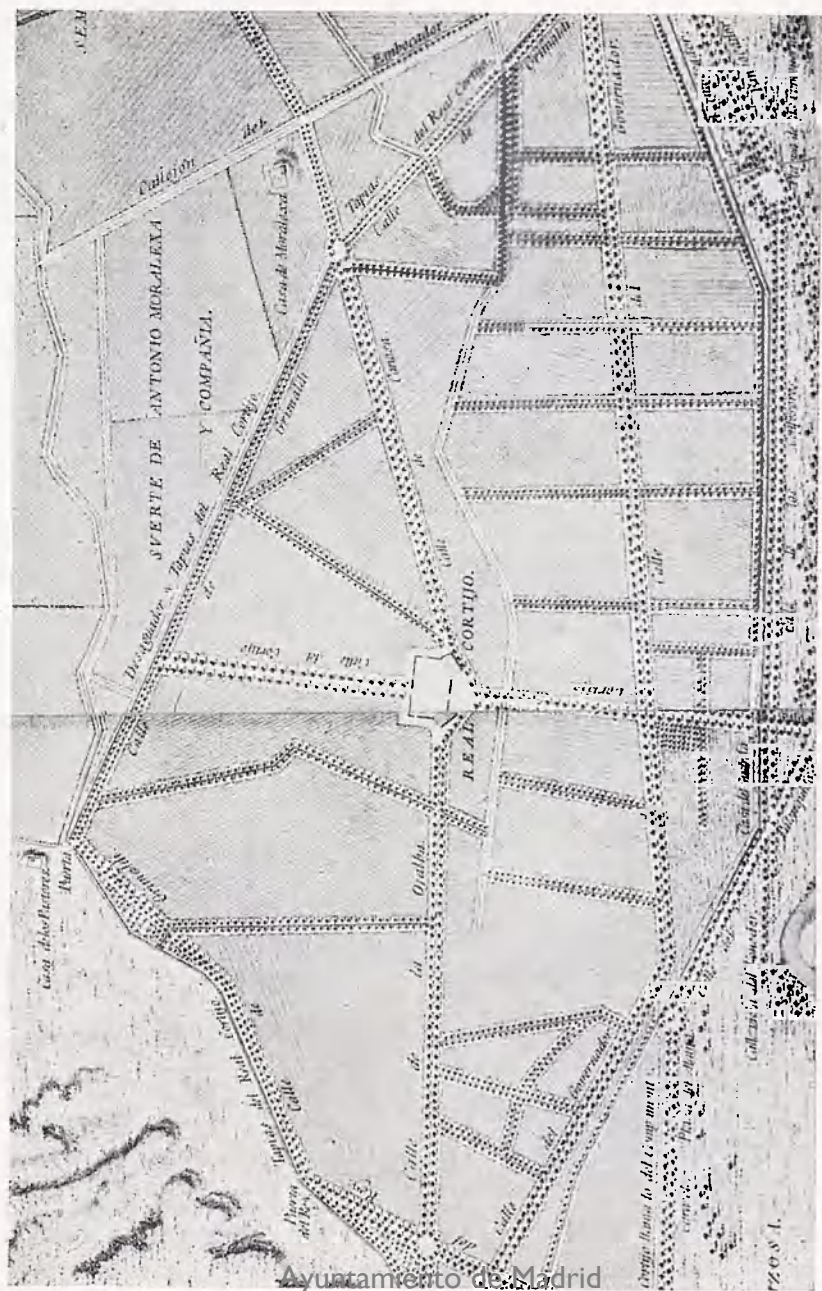


Figura 7. — El Real Cortijo de San Isidro según el plano de Domingo de Aguirre en 1775.

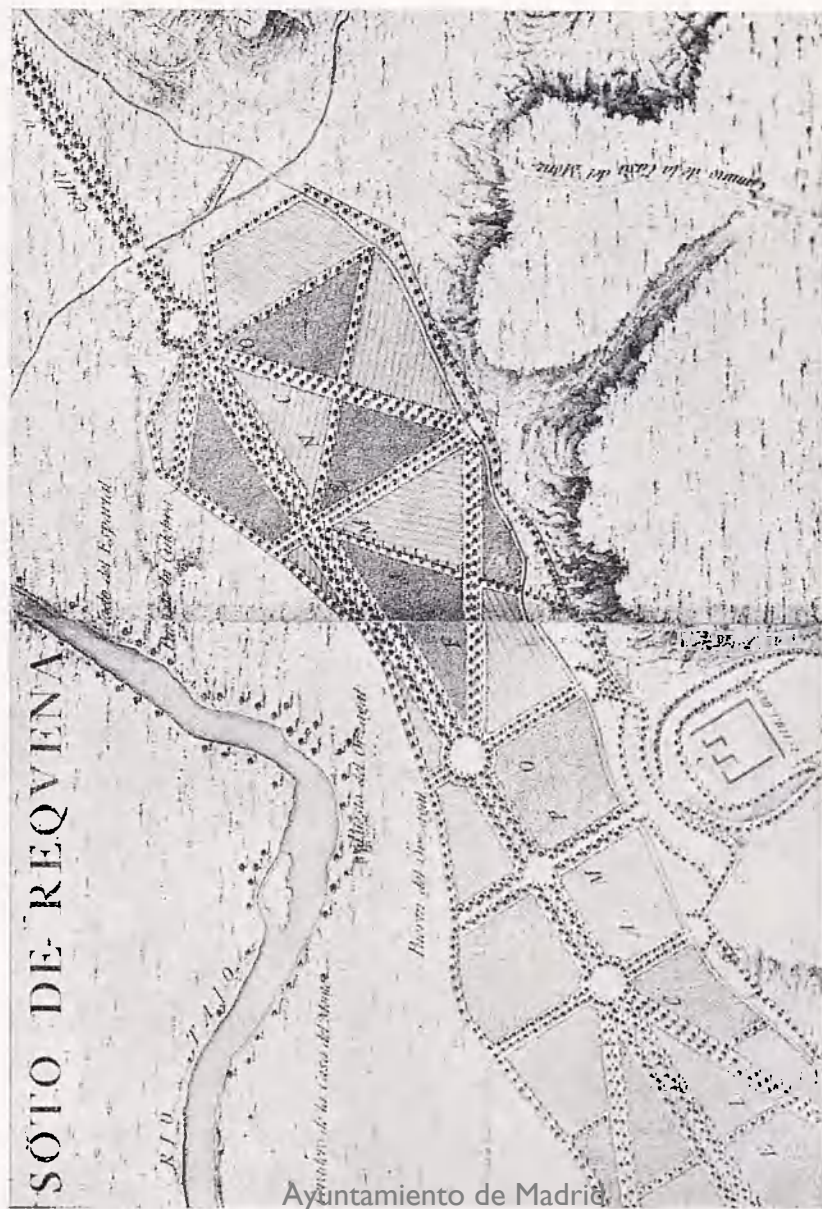


Figura 8.—E| Campo Flamenco según el plano de Domingo de Aguirre.

18.12.16

2

18.12.16

Ayuntamiento de Madrid



Figura 9.—El palacio y los jardines de Aranjuez según el plano de Domingo de Aguirre.



Figura 10. — Vista aérea de Aranjuez. (Faciliada por el Servicio Fotográfico del Catastro.)

[REDACTED]

[REDACTED]

[REDACTED]

[REDACTED]

[REDACTED]

[REDACTED]

[REDACTED]



Figura 11. - Chozo de guarda en la huerta.





Figura 13.—Canal de riego.



Figura 14.—La iglesia del Co-tijo de San Isidro

۱۰۳۴

4522



LARRA Y MADRID

Del madrileñismo de Larra se puede dudar. Hay una tradición que acusa a Larra de extranjerismo. Más adelante veremos que sólo una observación superficial de sus obras nos permitiría aventurar esta hipótesis; pero de momento dejémonos llevar por la corriente de ideas que durante todo el siglo xix consideró a Larra, tomando quizá como el más expresivo de sus artículos aquel en que arremete contra «El castellano viejo»¹, como un hombre educado fuera de su patria, partidario de todo lo extraño y lleno de desdén hacia lo suyo. Pensemos entonces que, más que del madrileñismo de Larra, cabe dudar de su españolismo, y habrá que considerarle comprometido en la empresa de rehacer las bases intelectuales y morales del pueblo español mediante la copia servil de modelos extranjeros. Pero como a poco que se lean sus obras y a poco que se profundice en su espíritu empiezan a asaltarnos muy serias dudas de que esta postura sea aceptable, pronto comenzamos a tomar en consideración las apasionadas apologías de su casticismo. Y como, además, Larra es en una gran parte de su producción—considerable por su calidad y cantidad—un escritor costumbrista, he aquí por qué el madrileñismo de Larra puede ser postulado con todo derecho.

MADRID EN LA VIDA DE LARRA

Como es frecuente que tratemos de buscar argumentos para defender nuestras hipótesis antes que de deducir los resultados de los datos que poseemos, no es de extraño que muchas veces no se

¹ Citamos siempre la edición Larra, Mariano José de, *Artículos completos*. (M. Aguilar, editor. Madrid, 1944.) «El castellano viejo», pág. 67. (Publicado en *El Pobrecito Habla-dor*, número 8, diciembre de 1832.)

haya puesto de relieve en debida forma la importancia que tuvo Madrid en la vida de Larra¹. Baste decir tan sólo que Larra nace en Madrid y en Madrid muere. En Madrid se casa, en Madrid nacen sus hijos, publica sus obras literarias, estrena sus obras dramáticas, desarrolla su labor periodística; es decir, que Madrid es el escenario de lo más importante de su corta vida.

Nace Larra en Madrid, el día 24 de marzo de 1809, a las ocho de la mañana, en la Casa de la Moneda, situada en la cuesta de Ramón, junto a la calle de Segovia². Su padre, madrileño, aunque sus abuelos paternos, de Lisboa³. Su familia materna procede toda de Villanueva de la Serena, en Extremadura. Tiene ya Larra un primer título de madrileño, y aun un segundo, ya que su padre lo es también, y él pertenece a la segunda generación que nace en la corte.

Pasa los primeros años de su vida en Madrid. No se tienen noticias de que en esta época, de primeras y decisivas impresiones, haga viaje alguno, ni los tiempos estaban entonces para ello. A su abuelo, que en estos momentos es el principal personaje de la familia, nos lo describen siempre como patriota entusiasta y hombre extraordinariamente apegado a los usos antiguos españoles. El barrio donde vive, típicamente madrileño.

A principios de 1813, es decir, cuando el niño cuenta sólo cuatro años, se interrumpe su educación madrileña. Va a parar a un colegio de Burdeos, donde comienza una nueva vida, completamente separado de su familia y de su patria⁴. El cambio es excesivamente brusco para que pueda dejar de tener una influencia apreciable en su educación. Es lo cierto que en esta época mucho hubo de aprender el pequeño Larra; pero también lo es que aun a edad tan tierna no dejaría de sentirse extraño en tierra ajena. Quizá haya que buscar en este momento de su vida la explicación de muchos de los rasgos de su carácter, en particular su terrible timidez, el más acusado, que había de desarrollarse más tarde para dar lugar a su

¹ La biografía que nos ha servido de guía es el apasionado estudio Burgos, Carmen de, *Figaro*. Revelaciones, «Ella» descubierta, Epistolario inédito. Numerosos grabados. (Madrid, 1919.)

² Véase su partida de nacimiento en *Op. cit.*, pág. 18.

³ *Op. cit.*, pág. 25.

⁴ *Op. cit.*, pág. 26.

misantería, su espíritu crítico y su pesimismo. Es posible que en momentos tan importantes de su vida Larra comenzara a sentirse solo, extraño y hasta perseguido, en una situación de inferioridad que le haría reaccionar buscando refugio en el estudio, en la meditación y en el cultivo de su espíritu.

El destierro acaba en 1818, año en que Larra reanuda su vida madrileña con nueve años, que no había de emplear sino estudiando. Fué a parar a los Escolapios de San Antón. En una de las biografías de Larra leemos esta afirmación, enteramente gratuita: «Peor que el colegio francés debió parecer a «Fígaro» el enorme y destartalado Colegio de la Escuela Pía de San Antonio Abad que, regido por Religiosos escolapios, estaba ya instalado en la calle de Hortaleza, donde ingresó como interno cuando contaba nueve años de edad. Allí era todo frío, formulista; las aulas inmensas, coronadas todas por una galería corrida; los grandes dormitorios; el comedor, capaz para más de 150 cubiertos; todo habría de helar su espíritu.»¹

Todo esto, ciertamente, no es sino una suposición que, a decir verdad, no tiene mucho de verosímil. El colegio debió de parecerle mejor que el francés, aunque sólo fuera por ser español. Ahora bien; no es extraño que el pequeño Larra tuviera ya un carácter difícil cuando apareció en el colegio de la calle de Hortaleza. Las noticias que de esta época dan sus biógrafos, todas perfectamente aceptables, suponen una malsana influencia de los años de destierro y una rara primera sensación de sentirse de nuevo en su patria. Larra dejó el colegio de los Escolapios; pero después de un año de ausencia de la corte continuó estudiando en Madrid, en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, y simultáneamente en la Real Sociedad Económica de Amigos del País.

En 1822, Larra dejaba Madrid sólo por un año. En 1825 abandonaba la capital de nuevo. De sus andanzas hasta su definitivo establecimiento hay muchos puntos oscuros. Parece ser que estuvo en Corella, ciudad navarra, donde su padre ejercía su profesión de

¹ *Op. cit.*, pág. 31. Una vez más la estúpida frase «En este país», satirizada por Larra. ¿Por qué había de ser mejor el colegio de Burdeos? Nombela, en su obra *Nombela y Campos*, Julio, *Larra (Fígaro)* (Madrid, 1906-1908), arremete en cambio contra el colegio de Burdeos con la misma falta de justificación y con la poca precisión que le caracteriza. (Vid. pág. 37 y sig.)

médico¹; en Valladolid, adonde se trasladó más tarde, y en Valencia. Pero en todos estos sitios su estancia fué corta, y, lo que es más importante, son muy escasos los recuerdos que de estos lugares quedan en sus obras. Poco después está ya Larra en Madrid, y para vivir en él de una manera definitiva.

El Madrid de entonces era un Madrid amplio y cosmopolita para la época; pero fácilmente conquistable para un espíritu inquieto y una mente llena de imaginación, como la del joven Larra. Llega a Madrid con un empleo, que deja pronto, y empieza a recorrer, de una manera sistemática e infatigable, las tertulias literarias, teatrales y políticas. Literatura, teatro y política van a ser, con las afecciones de su vida privada, las ocupaciones todas de su corta existencia. En aquellas reuniones y aquellos círculos, todos ellos tan cargados del espíritu de la época y, por qué no decirlo, de tipismo madrileño, será en donde Larra irá desarrollando poco a poco sus talentos en los años que le quedan de existencia.

A su residencia en Madrid hay que abrir pocos paréntesis. Quizá hiciera algún viaje del cual nosotros no tenemos noticia. Sólo nos han llegado referencias, bastante minuciosas por cierto, de uno largo realizado en los últimos años de su vida², y de otro a Avila que, si no fuera por su contenido sentimental, no merecería sino el nombre de excursión. El largo viaje a que hemos aludido tuvo el siguiente desarrollo: Larra sale de Madrid en la primavera de 1835. Va primero a Extremadura; pasa algunos días en Badajoz, donde le retienen asuntos particulares. El viaje, todo él, está motivado por complejos asuntos de índole totalmente privada. Pasa después a Portugal; está en Lisboa unos veinte días, y de allí sale para Londres. Su estancia en Londres es ciertamente breve. El 29 de mayo —y estos son datos del mismo Larra— sale de Londres a Dover. El 30 toma el vapor para Calais; el 31, la diligencia hasta Dunquerque, y de ahí marcha a Poperinghe, adonde le llevaban sus negocios. De allí a Iprés, Cambray, Menin, Gante, Lille y París, adonde llega el 6 de junio. Todo este recorrido fué rapidísimo; no así su

¹ Nos parece desprovista de fundamento la conjetura de Carmen de Burgos en su obra citada. En la página 35 dice: «Mucho debió de influir en el joven de trece años la estancia en el pequeño y apacible pueblo de Navarra, en medio de ese ambiente de severidad de sus campos y de sus montañas.» No hay de esto la menor reminiscencia en su obra.

² *Op. cit.*, cap. XIII, págs. 173-184.

estancia en la capital francesa, en donde estaba todavía el día 27 de septiembre, y aunque salió de nuevo para Poperinghe, fué con tan mala suerte que hubo de permanecer veinte días enfermo en Iprés.

El 8 de noviembre escribía de nuevo desde París y esperaba salir pronto para España; pero lo cierto es que el 26 aun no lo había realizado; el 7 de diciembre llegaba a Burdeos, y a Madrid no pudo hacerlo sino ya entrado el último tercio del mes de diciembre. En el viaje, pues, había empleado unos nueve meses. Su estancia en París duró unos seis, pasando alguna parte de este tiempo enfermo. No hace falta sino leer su correspondencia para ver que el viaje, en que le guiaban asuntos particulares poco claros y un deseo muy natural de ver tierras extrañas y ponerse en contacto con las más notables personas de otros países, especialmente de Francia, sólo pudo dejar en su espíritu una huella superficial.

Larra, de vuelta a Madrid, sin que sepamos de otro viaje que de uno corto, aunque muy interesante en su biografía, realizado a Avila, permanece ya en la ciudad que le vió nacer hasta el día 13 febrero de 1837, fecha de su muerte.

Hemos dicho que Larra se casa en Madrid. Lo hace en 1829 con doña Josefa Wetoret, igualmente madrileña. En Madrid, el 17 de diciembre de 1830, nace su primer hijo, Luis Mariano. De nuevo en Madrid, y en 1832, su hija Adela. Un año después se separaba de su mujer, que todavía había de tener otra niña, Baldomera, nacida también en Madrid¹.

Pero tanta importancia como todos estos hechos de su vida tuvieron para él los jalones de su carrera literaria. Comienza² con una oda a la Exposición de la Industria Española, Exposición celebrada en Madrid en el año 1827. La oda, a pesar de su no excesivo mérito, fué premiada. Se da a conocer publicando un periódico en 1828, al

¹ *Op. cit.*, págs. 165 y ss. No pretendemos hacer una biografía de Larra, sino señalar su relación constante con Madrid. Pasamos por alto por ello multitud de pasajes de su vida que han sido siempre los preferidos de cuantos han pretendido desentrañar los interesantes enigmas de la conducta de Larra. Nada más lejos de lo cierto que la afirmación de Cayetano Cortés en su conocido prólogo a la edición postuma de sus obras: «Muy engañados están los que crean que la vida de D. Mariano José de Larra debe ofrecer grande alimento a la curiosidad y excitar casi el mismo interés que una novela.»

² Dejemos aparte los trabajos escolares tantas veces citados, y reconozcamos que su verdadera carrera literaria ha de empezar cinco años más tarde.

que pone el nombre de *El Duende Sattrico del Día*¹. Desaparecido, éste al año siguiente, le vemos tomar parte en algunos concursos literarios, o componer una nueva oda al terremoto de 1829, o dedicar sus versos a algunas otras circunstancias que se le ofrecen, como la muerte de doña María de la Piedad Roca de Togores, duquesa de Frías, y el casamiento del rey Fernando VII con Doña María Cristina de Borbón, o escribir un soneto «Con motivo de hallarse encinta nuestra muy amada Reina D.^a María Cristina de Borbón»; aparte de algunas otras composiciones de carácter más lírico². Todas estas actividades le daban al menos nombre y cartel en los ambientes literarios madrileños en que pretendía introducirse.

El 29 de abril de 1831 estrena su primera comedia en el madrileño teatro de la Cruz, y desde entonces su labor literaria teatral e entusiasmo. Continúa estrenando en los teatros madrileños obras, todas ellas traducidas del francés³, a excepción de su *Macías*, representado por primera vez en el teatro del Príncipe, de Madrid, el 24 de septiembre de 1834⁴.

Entra de lleno en el campo periodístico, primero con *El Pobre-cito Hablador*, y después con sus abundantes colaboraciones en *Revista Española*, *El Correo de las Damas*, *El Observador*, *El Español*, *El Redactor General* y *El Mundo*⁵, todos ellos periódicos madrileños.

Publica la novela *El Doncel de Don Enrique el Doliente*⁶, su

¹ Véase el prólogo de Emilio Cotarelo a Larra, Mariano José de, *Postfigaro*, artículos no coleccionados, tomo I, biblioteca de *El Sol*, 4. (Madrid, 1918.)

² Para las obras literarias no periodísticas de Larra sigue siendo imprescindible la consulta de Larra, Mariano José de, *Obras completas*. (Montaner y Simón, editores. Barcelona, 1886.)

³ Son éstas: *Felipe*, *El Rapto*, *Roberto Dillon o El católico de Irlanda*, *Julia*, *Siempre*, *Un desafío o Dos horas de favor*, *Las desdichas de un amante dichoso*, *El arte de conspirar* (una buena comedia y un gran éxito), *Partir a tiempo*, *¡Tu amor o la muerte!*, *Don Juan de Austria o La vocación*. Aun encontramos otros títulos: *La madrina*, *Los inseparables*, *El retrato de Shakespeare*, y algún otro de los que tenemos pocas noticias.

⁴ Su otro drama, *El conde Fernán González o La exención de Castilla*, no llegó a estrenarse y permaneció inédito hasta la edición de Montaner y Simón (Barcelona, 1886). Melchor Fernández Almagro lo da como estrenado en 1832 en su prólogo a la edición de artículos completos de Aguilar (Madrid, 1944), pág. XLVI. Entre sus obras comenzadas en el momento de su muerte podemos señalar un título, *Una imprudencia*, y un tema, la azarosa vida de Quevedo, que corresponden a sendos proyectados dramas.

⁵ Pone de relieve el mérito de su labor periodística el hecho de que en 1835 hiciera ya Larra la primera edición de sus artículos, en donde inserta alguno no publicado antes, omitiendo, por el contrario, muchos de los que ya habían visto la luz.

⁶ Otra novela, traducción de Finimore Cooper, *El Piloto*, no llegó a publicarse.

traducción del *Dogma de los hombres libres*, sus folletos de índole política *Buenas noches*, *Dios nos asista* y *Desde 1830 a 1836*, traducido éste del francés; todo ello en Madrid. Madrileños son sus editores, sus libreros, las tertulias literarias en donde sus libros y artículos se aplauden, el público que le elogia, los enemigos que le persiguen, los amigos que le defienden y todo, en fin, lo que sirve de asunto para sus numerosos artículos de crítica de costumbres, literaria y teatral.

En los últimos años de su vida, Larra, que en alguna ocasión había manifestado su deseo de no intervenir en política, empujado, probablemente, por la personalidad del duque de Rivas¹, entonces ministro de la Gobernación, decide ser diputado gubernamental. Y ciertamente que, por una vez, Larra hace traición a su Madrid. Se presenta diputado por Avila; pero, a decir verdad, no sabemos que fuera muy conocido en este distrito, ni que hiciera muchos viajes a él con motivo de la campaña electoral. Como es sabido, sus actividades políticas tuvieron un fin desdichado y pocas derivaciones.

Hemos pasado revista a la vida de Larra y hemos visto que Larra es madrileño por su origen, por su nacimiento, por su vida. Tres paréntesis tiene su estancia en la Corte: uno, sus estudios en el colegio de Burdeos; otro, algunos cambios de residencia al comenzar la época de su juventud, y un tercero, su viaje de última hora por Extremadura, Portugal, Inglaterra, Bélgica y Francia. En el primero puede estar la controversia, pues del escaso influjo que los otros dos dejaron en su espíritu no cabe duda. Y sin embargo, nos parece que una observación profunda nos lleva a la convicción de que su educación en la niñez más acentuó su madrileñismo que enturbió su españolismo. Es difícil hablar en un tono de absoluta seguridad cuando nos referimos a problemas psicológicos, máxime cuando, como en el caso de Larra, tropezamos con el grave inconveniente de que los datos que poseemos son escasos y aun contrarios. Mientras unos resaltan el hecho de que Larra llegó a olvidar el español², testimonios de otra índole nos demuestran claramente que era

¹ Véase «Azorín» en el prólogo de su libro *Rivas y Larra*.

² Cortés, pról. cit., dice: «Una circunstancia bien singular obligó, sin embargo, a su padre a interrumpir esta educación interior y puramente de familia. Una circunstancia singular decimos, porque lo es mucho, en efecto, que aquel que más tarde había de mane-

el francés lo que años más tarde usaba con dificultad¹. Los que se fijan en sus críticas hacia lo castizo quieren ignorar con cuánta mayor vehemencia depone contra lo extranjerizante y aun lo extranjero². Pero el más elocuente testimonio de su escaso interés y afecto por tierras extrañas es su correspondencia, conservada en parte, relativa al viaje efectuado en 1835³.

El hecho de que no diga nada la carta fechada en Burdeos, 7 diciembre 1835, ya es bastante elocuente. «Acabo de llegar a esta hermosa ciudad...» no es mucho escribir⁴. Ni una palabra más sobre Burdeos. Pero sobre todo ese tan hermoso y tan natural «pienso en mi España más que nunca, y la considero siempre como mi cuartel general», que escribe al editor Delgado desde París en 20 de agosto de 1835⁵.

Quizá pueda parecer necesitada de más pruebas; pero podemos mantener la opinión de que su estancia en el país vecino influyó decisivamente en el carácter del niño Mariano José; mas no como se ha pretendido. Posteriormente, Larra se siente furiosamente español, sobre todo cuando abandona su patria. Y su patria es sobre todo Madrid. ¿Qué hay en sus escritos de Corella o de Valladolid? ¡Si hasta cabe dudar que haya estado en Valencia!

El estudio de sus obras nos llevará, no obstante, a conclusiones más completas.

jar con tanta maestría nuestra habla y burlarse en tono tan festivo de los malos escritores de la misma, y en especialidad de la nube de traductores que la destrozaban sin piedad, alterándola con galicismos, no menos opuestos a su espíritu que a su material estructura, a los nueve años no supiese hablar apenas el español, ni conociera otro modo mejor de expresarse que la lengua francesa. Esta era, empero, la pura verdad. Habiendo marchado a Francia desde tan niño y vivido allí encerrado cinco años en uno de sus colegios, el idioma de este país había llegado a ser nativo para él, y héchole olvidar casi completamente el castellano.» (Larra, ed. Montaner y Simón, pág. 8.)

¹ En la biografía de Carmen de Burgos se lee en una carta de Larra a su editor Delgado: «La gran dificultad ha consistido y consiste en el francés; pero tengo quien retoque mis composiciones, y al cabo, escribiendo siempre diariamente, he de adelantar. Hay que agregar a esto que el francés fué mi primera lengua, y estaba *rouille*, como los goznes de una puerta; el uso me vuelve a poner corriente.» (Op. cit., pág. 179.) Esta carta confirma la afirmación de Cortés; pero impide sacar de ella testimonios en contra del españolismo de Larra.

² Véase «En este país», ed. cit., pág. 101. Publicado en la *Revista Española*, número de 30 de abril de 1833.

³ Publicada por Carmen de Burgos, Op. cit., cap. XIII, págs. 173-184.

⁴ Op. cit., pág. 183.

⁵ Op. cit., pág. 180.

MADRID EN LA OBRA DE LARRA

En su obra literaria Larra presenta dos aspectos claramente diferenciados. Es, por una parte, un representante señero de la nueva generación romántica, a la cual sirve con entusiasmo y acierto. Por otro lado, Larra es un periodista entregado de lleno a su tarea, polemista infatigable, crítico sagaz y profundo, dotado sobre todo de oportunidad y de medida.

El romanticismo prende en Larra en forma tal, que algún día la figura joven y delicada del autor del *Doncel* será un símbolo para los que traten de reverdecer los laureles de la gran época. Sus primeros pasos son vacilantes: se advierten en él contradicciones y titubeos. Es explicable. Es uno de los primeros que valientemente, en lucha con la indiferencia, la inercia y los prejuicios del ambiente, tratan de conquistar para el arte nuevos horizontes de belleza.

La romántica historia del poeta enamorado Macías es el tema de sus obras más genuinamente literarias: el drama que lleva por título el nombre del poeta, *Macías*, y la novela *El Doncel de Don Enrique el Doliente*. El *Macías* es, dentro del drama romántico, una obra notable. *El Doncel* alcanza dentro de la novela un puesto análogo. No hay que olvidar, sin embargo, que las producciones románticas de este último género alcanzaron en España un nivel bastante inferior al de las obras teatrales. Ambas acusan excesivas semejanzas con otras del mismo género y estilo, lo cual nos obliga a cierta circunspección para considerar como utilizables posibles elementos autobiográficos. Asombra que esta corriente literaria, que en su época fué considerada como el ápice de lo personal y de lo subjetivo, resulte hoy para nosotros tan difícilmente aprovechable si queremos estudiar el carácter de los autores. Los que han querido profundizar en el alma de Larra y desenmascarar sus pasiones, de una manera particular sus relaciones amorosas, han encontrado grandes semejanzas entre la heroína de esta historia y la amada de Larra, y en la actitud del poeta sentimental, ardiente, desesperado, lleno de inquietud, abatimiento y zozobra, el trasunto más exacto

de la situación del autor¹. No es nuestro objeto en este momento estudiar hasta qué punto las relaciones entre la literatura y la vida son recíprocas, y cómo no podríamos determinar de una manera precisa si fué la vida de Larra la que dió forma a su obra, o su obra, su formación literaria, su estilo artístico, el que influyó de una manera decisiva en su vida.

Por estas y otras razones, las obras de Larra influidas por el romanticismo tienen poco valor para nuestro estudio; además, una de las características de esta tendencia literaria, muy de acuerdo con la exaltada imaginación de sus secuaces, fué escoger como marco de sus asuntos lo exótico y lo lejano. La Edad Media fué, con mucho, la época predilecta; una Edad Media convencional y ficticia, pura creación literaria, utilizada en este caso como ambiente más propicio para la historia, tan subyugante para Larra, de un amor desgraciado.

Más interés tiene para nosotros estudiar el otro aspecto de que antes hablábamos en la producción literaria de Larra: el periodístico. Larra es sobre todo periodista. Como periodista alcanza fama y mérito excepcionales. Larra es uno de los primeros periodistas de España. Su labor es abundante, en proporción a la corta duración de su vida, y de excepcional calidad. Tiene, además, facetas muy variadas. Difícil sería decir cuál de éstas es la más importante. Descuella probablemente como periodista político.

A pesar de que en la época de Larra el periodismo era ajeno a la preocupación que hoy invade casi por completo esta tarea, en que la actualidad, la oportunidad y el caudal informativo constituyen uno de los primeros requisitos para que una tarea periodística pueda considerarse valiosa, y de que las mismas circunstancias materiales imponían a su trabajo unas características muy distintas, Larra se nos muestra celoso de estas cualidades. Desde un punto de vista doctrinal, su crítica puede ser discutible, máxime si se tiene en cuenta que exploró todos los campos, para hacerlos objeto por igual de sus ataques. Comenzó ridiculizando de una manera cruel la postura del carlismo²; pero pronto empieza una dura

¹ Nombela, *Op. cit.*, pág. 134 y sig.

² «Nadie pase sin hablar con el portero o Los viajeros en Vitoria», ed. cit., pág. 955. «El hombre menguado o El carlista en la proclamación», pág. 962. «La planta nueva o El.

ofensiva contra los mismos liberales. Al principio es el moderado Martínez de la Rosa el que provocará su indignación¹; pero poco después será el progresista Mendizábal². Quizá con sus ataques a éste termina su gran época de periodista político. Posteriormente, pasos en falso y posturas poco afortunadas le llevaron en el terreno político a una situación de absoluto desánimo³, unido —al menos en su espíritu— a lo que es peor: el fracaso.

En cuanto a periodista político, Larra está, naturalmente, ligado a Madrid. La política ha sido por muchos años patrimonio casi exclusivo de la capital. En Madrid han tenido lugar los principales acontecimientos, y sólo por excepción han ocurrido éstos en otras poblaciones. Además no podemos decir que Larra sea un político de café, en el sentido peyorativo de la frase; pero también es cierto que podríamos utilizarla con algo de razón, ya que el mérito indiscutible del gran escritor está en recoger un estado de opinión, un ambiente; el plasmar en sabrosos y bien escritos artículos lo que se dice y se piensa sobre todo en las tertulias, que en aquella época constituyen los centros fundamentales de la opinión pública.

En relación con sus artículos políticos están aquellos que han sido agrupados con el nombre de artículos sociales. A esta clase pertenecen una media docena de pequeños estudios, verdaderamente notables por su calidad, escritos en su última época, caracterizados en el fondo por estar impregnados de un indudable pesimismo, que no impide el que podamos observar en ellos el tono y la eficacia que le son característicos. Están en este grupo los titulados «La pena de muerte» y «Los barateros o El desafío»⁴, ambas piezas maestras en su género. El tema podría inclinarnos a clasificarlos entre los artículos de costumbres de que luego hablaremos; pero la manera de estar tratados y la intención moral y educativa que los guía domina por completo y les da un tono totalmente distinto.

faccioso», pág. 967. «¿Qué hace en Portugal su majestad?», pág. 980, y «La Junta de Castello-Branco», pág. 848.

¹ «Los tres no son más que dos, y el que no es nada vale por tres», pág. 972. «Modas», pág. 985.

² Basta citar sus dos folletos *Buenas Noches*, pág. 1024, y *Dios nos asista*, pág. 1037.

³ Especialmente característico su artículo «El Día de Difuntos de 1836», pág. 1061.

⁴ Pág. 1111 y pág. 1118, respectivamente. Véase también la crítica *El pilluelo de París*, pág. 1096.

El género probablemente más querido de Larra, y aquel al cual se entregó con mayor entusiasmo, es el periodismo literario; periodismo crítico, naturalmente, especialidad en la que pronto alcanza un primer puesto, pues fueron muchos y muy sustanciosos los artículos que en esta importantísima época de la historia literaria española, coincidente con la introducción del romanticismo en nuestra patria, escribió en las revistas en que colaboraba. Dentro de esta categoría cabría incluir sus artículos sobre teatro. No hay que olvidar que, probablemente, la mayor ilusión de «Fígaro» estaba cifrada en él. Autor, traductor y crítico, en constante relación con las figuras más representativas del teatro de entonces, dedicó a éste alguno de sus mejores artículos y una parte notable y escogida de su actividad literaria. En estos aspectos su madrileñismo es aún más patente. En Madrid se han fraguado, con excepciones que en este caso no cuentan, los principales movimientos literarios, y de una manera particular en la vida teatral española Madrid ha tenido, y aun hoy tiene, un papel preponderante. Si hacemos un estudio utilizando exclusivamente los artículos de Larra, obtendremos un panorama bastante completo de la vida literaria madrileña, con escasas lagunas, coincidentes, naturalmente, con sus contados viajes o retiros. Independientemente de su crítica, llena de acertados juicios, notables sobre todo en su última época, admira más que nada lo completo de su visión. Pero hay todavía algo quizá más importante: en esos artículos de costumbres de que vamos a hablar, inmediatamente trasciende con frecuencia su visión del mundo literario. Utiliza abundantemente la descripción del literato, del cómico, de la gente de teatro y de letras, la discusión de unas y otras ideas¹; en una palabra: la traída de las corrientes literarias al mundo del tópic, y de una manera particular la ridiculización del principal producto de la época: lo romántico. Sobre todo el hombre que no entendiendo perfectamente el sentido de lo nuevo, y pagado exclusivamente de sus aditamentos externos, constituye la caricatura viviente de las ideas que pretende profesar, fué un elemento utilizado con extraordinaria frecuencia por el genio satírico de Larra.²

¹ «Una primera representación», pág. 151. «Don Cándido Buenafé o el Camino de la gloria», pág. 211. «Don Timoteo o El literato», pág. 218. «La polémica literaria», página 226; etc.

² Uno de sus primeros artículos refleja ya toscamente esta postura: «El café», pág. 5.

Pero es indudable que nada nos resulta más importante para este estudio que sus artículos de costumbres. Se pretende para Larra que él haya sido en calidad el primer maestro del género; se quiere, además, que sea, antes que Mesonero Romanos o Estébanez Calderón, el más antiguo cultivador de esta modalidad literaria. La discusión es totalmente baladí; más importancia tendría el poner en claro su originalidad en relación con los modelos franceses: Jouy, Didier, Mercier, etc.. Sea como quiera, el caso es que en la edición, otras veces citada, de Aguilar, se nos ofrecen como artículos de costumbres cuarenta y ocho pequeñas joyas literarias, a las cuales habría que sumar probablemente algún otro que por su carácter poco definido figura en otros apartados.

Los artículos de costumbres de Larra pueden agruparse en torno a los tres momentos más significativos de su vida literaria: su iniciación, la primera época de sus trabajos serios y la época en torno a su viaje a París. Es difícil hablar en Larra de decadencias, ni esta triple división corresponde naturalmente a un ciclo completo. Su vida acabó cuando Larra estaba empezando, cuando comenzaba a lograrse una madurez que todavía no había dado los primeros frutos; repitiendo palabras que sus apologistas de entonces tanto utilizaron, «cuando hacía concebir a cuantos le admiraban las más ciertas esperanzas»¹. Sin embargo, en estos tres momentos se puede observar cierta transformación, correspondiente a una evolución completa. Estas tres etapas no son de igual valor, lo mismo que son de duración diversa. La intensidad en el trabajo literario es también muy distinta.

Larra es terriblemente precoz. En enero de 1828, con sólo dieciocho años, comienza a editar *El Duende Satirico del Día*, una publicación periódica escrita íntegramente por él, de la cual salieron cinco cuadernos. Si hemos de decir la verdad, los artículos insertados en ella son poco originales y harto pesados². Si tenemos en cuenta la edad a que fueron escritos, seremos, sin duda, más indulgentes; pero sin llegar a otorgarles el mérito de que carecen. Interés para estudiar a Larra tienen, indiscutiblemente, mucho, ya que el autor fué a dar en ellos las primeras muestras y frutos de su edu-

¹ Cortés, Cayetano, prólogo cit. En la ed. de Montaner y Simón, 1883, pág. I.

² Véase Larra, Mariano José de, *Postfigaro*, Artículos no coleccionados. (Madrid, 1918, dos vols.)

cación. Tienen un carácter terriblemente escolar: se adivina en ellos al muchacho que acaba de abandonar las aulas, que todavía escribe bajo la mirada inquisitiva de sus profesores. Están llenos de citas eruditas, de digresiones poco amenas, y sobre todo, de rasgos de ingenio harto infantiles. Pero quizá por todo esto resulten evidentes algunos extremos que nos interesaba hacer constar, como es la educación clásica recibida por Larra, a la vez conservadora y profundamente española. No sé si es el ardor de la sangre juvenil, el afán de contradecir o el efecto de la educación; pero el autor a quien más adelante han de motejarle de afrancesado, dice espontáneamente en el segundo cuaderno de su *Duende*, al hablar de una comedia francesa recién estrenada, *Treinta años o La vida de un jugador*: «¿Quién había de decir al *Duende*, que nada gusta de París, a pesar de la moda y de haber vivido en él, que de París le había de venir materia para su segundo cuaderno...? Y efectivamente, como dice cierta comedia moderna: ¿debemos dejar escapar los de aquí una ocasión tan hermosa para dar en las orejas a los de allá?». Y ojalá repitiera el público, siquiera por esta vez: «¿Por qué ha de tener razón, siendo forastero?»¹

La segunda época de Larra comienza con su comedia *No más mostrador*. Algo se ha discutido sobre la originalidad del tema, y él mismo confiesa que se inspira en *Les adieux au comptoir*, de Scribe, haciendo con ella algo más que una adaptación, lo cual le permitió, sin remordimientos de conciencia, dar la comedia como original suya. Por esta misma época comienza la publicación de *El Pobrecito Hablador*, en el cual imita también a autores franceses, como Jouy y Courier, imitación que él mismo declara². Pero tanto en un caso como en otro, los problemas sociales reflejados por los autores franceses son llevados al ambiente español con tan notable acierto, que se pierde de vista por completo la intención del original. En *No más mostrador* se presenta, con toda la gracia de una comedia de tipo bretoniano, el deseo de la clase media de aristo-

¹ Ed. cit., págs. 337 y 338.

² *Vindicación*, pág. 431.

³ Véase el artículo «¿Quién es el público y dónde se encuentra?», con el subtítulo «Artículo mutilado, o sea refundido». La edición citada dice por error «artículo robado», página 41. Véase también «Empeños y desempeños», con el subtítulo «Artículo parecido a otro». La edición citada sin subtítulo, pág. 49.

cratizarse, y vemos cómo un honrado comerciante tiene que soportar los delirios de grandezas de su mujer, empeñada en que deje de ser mercader para convertirse en noble, aprovechando la ocasión que le brinda para ello el matrimonio de una hija suya con un aristócrata. Ridiculizada y burlada esta manía, contrapuestos los tipos del noble, inútil y calavera, y el de un nuevo pretendiente, comerciante también, dechado de virtudes, transcurre plácidamente la fábula moral. Pero en ella se adivina a Madrid, un Madrid en el cual se están realizando transformaciones notables, una de las cuales consiste en el enriquecimiento de la clase media, que da pábulo a toda clase de vanidades. En sus artículos, los argumentos son más variados. Comienza con la pregunta «¿Quién es el público?»¹, mientras *El Pobrecito Hablador* se lanza a la calle en busca de lo que podamos llamar con este nombre, y van desfilando delante de él los tipos más variados que existen en la corte: la pintura más concentrada de tipos madrileños. El público va siendo, éste o aquél, madrileños característicos que le pueden leer o escuchar, y su juicio tanto puede ser favorable como adverso. Los artículos escritos en *El Pobrecito Hablador* abordan posteriormente la crítica de las costumbres madrileñas².

Publica después una nueva serie de artículos en otras revistas madrileñas de la época, entre las cuales destacan *El Español*, *El Correo de las Damas* y *La Revista Española*. Esta nueva serie, sin embargo, ofrece algunas diferencias respecto a la anterior. Estos artículos se concentran ya alrededor de los tres temas que habrían de constituir los ejes de su obra literaria. Son unos — quizá los más notables — de carácter político. En ellos nos va dando, con un ingenio que le coloca a la cabeza de los periodistas políticos españoles, una visión de la situación política española, en la cual se fustiga por igual el mundo carlista y el isabelino, en manos éste de Martínez de la Rosa, cuyas ideas moderadas ocasionaron el descontento de la opinión extremista, sector en el cual se contaba por entonces el joven e impetuoso Larra. Son otros de carácter literario. Larra, con una postura poco clara, aplaude con

¹ Art. cit.

² Sus principales artículos. Véase ed. cit. en su primera parte, artículos de costumbres.

entusiasmo las iniciativas románticas, sin dejar de tomar como autoridades a los clasicistas para combatir las muchas obras que por aquel entonces circulaban en contra, no ya de unos juicios convencionales, sino de las más elementales normas del buen gusto. El tercer eje ha de ser el costumbrismo, el artículo social, con el cual se trata de provocar una reforma profunda de la vida española.

Larra no está, ni mucho menos, exento de patriotismo. Uno de sus artículos, catalogado entre los famosos y leídos, basta para demostrar a qué grado de sensatez llegaba su postura. Es el artículo titulado «En este país»¹. Dice Larra, a propósito de la frase «en este país»: «Borremos, pues, de nuestro lenguaje la humillante expresión, que no nombra a este país sino para denigrarlo. Volvamos los ojos atrás, comparemos, y nos creeremos felices... Olvidemos esa funesta expresión, que contribuye a aumentar la injusta desconfianza que de nuestras propias fuerzas tenemos; hagamos más favor y justicia a nuestro país y creémoslo capaz del esfuerzo y felicidad. Cuando cada español cumpla con sus deberes de buen patriota, y en vez de alimentar nuestra inacción con la expresión de desaliento «cosas de España», contribuya cada cual a las mejoras posibles, entonces este país dejará de ser tan mal tratado de los extranjeros, a cuyo desprecio nada podemos oponer siempre que les demos nosotros mismos el vergonzoso ejemplo.»²

La tercera época de Larra, que empieza al comenzar su madurez, está representada por sus más profundos y desalentados artículos, sobre todo esa trilogía que forman «El Día de Difuntos», «La necrología del conde de Campo Alange» y «La Nochebuena de 1836»³. En ellos el costumbrismo está casi diluido por completo. Sus ideas han llegado a un punto en que pueden prescindir de lo anecdótico y suprimir lo accesorio para centrarse en el tema fundamental. Se puede observar en ellos cierto simbolismo, que los coloca más allá de cualquier interpretación concreta. El macabro paseo de «El Día de Difuntos» es a través de la sociedad, de las instituciones, y no de Madrid, como se realiza. El criado que le sirve de interlocutor en

¹ Pág. 101.

² Pág. 108.

³ Pág. 1061, pág. 1106 y pág. 197, respectivamente.

«La Nochebuena de 1836» es tan sólo una personificación de su conciencia exaltada.

Larra, en resumen, nos ofrece en sus artículos de costumbres material suficiente para tenerlo por madrileñista. Veamos, sin embargo, hasta qué punto conviene darle este nombre.

COSTUMBRISMO Y MADRILEÑISMO EN LARRA

Varias veces Larra se confiesa escritor de costumbres¹; es más: no existen en Larra esas preferencias, tan corrientes en otros autores, hacia aquellos géneros en los cuales están a menor altura y en muchos casos no alcanzan siquiera la mediocridad. No encontramos en Larra confesiones explícitas de apego a su teatro, y menos aun a sus versos o a su novela. Larra, en cambio, se declara autor de artículos de costumbres, y siempre que habla de este género literario es para proclamar que ha sido en todo momento el principal objeto de sus desvelos y de su cuidado. Larra, a pesar de todo, no es un escritor costumbrista, y mucho menos madrileñista.

La forma en que Larra cultiva el artículo de costumbres no es, ni mucho menos, la forma típica. Leyendo los artículos de Larra, experimentamos a este respecto una sensación extraña. No conseguimos ponernos en contacto con los ambientes que describe; se nos escapan por completo en sus líneas externas y aparentes. Por el contrario, un interés vivo se apodera de nosotros, porque hay en sus palabras algo de universal y de imperecedero. Los caracteres descritos por Larra son válidos para todas las épocas, porque en su descripción se ha prescindido por completo de detalles y se ha querido retener tan sólo lo que en ellos había de humano y social.

Pero a Larra le falta otra característica no menos importante, y en esta falta está quizá una clave de su obra; al menos teniéndola en cuenta se explicarían muchísimos misterios que han quedado sin entrañar en su biografía y en la historia de sus obras, y es que Larra no simpatiza con lo que ve ni con lo que describe. Su coetáneo Mesonero publica por aquella época las primeras series de sus artículos,

¹ Escritores nosotros también de costumbres..., pág. 762.

las *Escenas matritenses* y el *Panorama matritense*¹. Podremos negarle a Mesonero valor literario, podremos considerar su obra como notablemente inferior a la de Larra; pero tendremos que reconocer que Mesonero pone en sus relatos una gran dosis de simpatía. Escribió convencido de que su tarea es una contribución de afecto filial hacia la tierra donde ha nacido. Quizá inaugura un género. Inaugura, ciertamente, un estilo, ya que detrás de él vendrán muchos autores que sólo han de poner en sus producciones esa simpatía.

Larra es al contrario, y por más que en este trabajo queramos poner de relieve sus relaciones con Madrid, no por eso podemos desvirtuar una verdad palmaria. A Larra no le interesa para nada perpetuar los usos y costumbres de su tierra, llevar a los demás —nacionales y extranjeros— el color vivo y exacto de la sociedad española. Si en alguna ocasión arremete contra aquellos que por su torpeza o malevolencia han contribuido a que exista de nuestra patria una pintura desafortunada, no es con el afán de reivindicar nuestras verdades, sino de poner de relieve el error de los que tal hicieron. Al hablar de costumbrismo en Larra tenemos que reconocer que su costumbrismo es especial, y en cierto modo impropio.

Más que costumbrista, es un crítico. Se nos dirá, tal vez, que otros escritores costumbristas hacen también crítica en sus artículos. Sin embargo, no tienen punto de comparación con nuestro «Figaro». En los demás la crítica es accidental, es un pretexto para que se les juzgue escritores morales, beneficiosos y dignos de entrar en el concierto de una burguesa República literaria. Lo que a ellos más les interesa es una región, un pueblo amado, cuya fisonomía hay que perpetuar. A Larra, muy al contrario, el afán crítico le domina. Y es en cambio el elemento descriptivo el que pasa a un segundo plano, escenario inevitable del relato que sirve de base a la intención principal.

Varias veces se ha observado que es notable en Larra la influencia de Quevedo. Cuando muere, en el inventario de sus bienes figuran en lugar preeminente siete tomos en folio de las obras de Quevedo². Pues bien; la escuela de Quevedo queda patente, en

¹ Véase Mesonero Romanos, *Escenas matritenses* (Madrid, 1881) y *Panorama matritense* (Madrid, 1881).

² Véase Burgos, Carmen de, *Figaro*, pág. 264.

toda la obra de Larra, en ese afán crítico y mordaz tan característico de ambos. Larra, sin embargo, tiene una cualidad en la cual el contraste con su modelo, Quevedo, es total: la de la exactitud. Quizá la gran fama de Larra, quizá la cualidad cumbre, lo que le hace insuperable entre los críticos de todas las épocas, es el haber sabido unir la exactitud con la crítica más depurada, llevada a los últimos extremos. Si leemos a Quevedo, veremos que para conseguir sus efectos deforma totalmente aquello que trata de criticar, que una vez deformado se presenta, indiscutiblemente, más vulnerable a sus maliciosas consideraciones. En Larra, por el contrario, todo es exactitud. Quizá sea ésta la cualidad más acusadamente madrileña de sus escritos¹.

Es difícil que el lector actual de Larra pueda hacer comprobaciones que tiendan a demostrar la verdad de esta observación. Es algo que más bien se encuentra en el ambiente de sus obras. Lo que él dice, de tal manera está rodeado de un clima de verosimilitud, que no tenemos inconveniente ninguno en asegurar que todo lo por él escrito refleja exactamente el modelo adoptado.

En cambio, en los escritos de Larra se nota, con mucho, la falta de comprensión. Larra, con una viveza de ingenio admirable, penetra en cuantos temas se le ponen por delante. Observa en seguida, con rapidez y precisión notables, todos sus fallos; pero falta siempre en sus labios una frase de disculpa. Al observar el atraso de España en muchos aspectos², podría hacer la observación de que este atraso era explicable, por mil circunstancias diversas. Larra, sin embargo, no tiene jamás esto en cuenta.

Para sus contemporáneos, Larra fué peligroso; diríamos, con toda exactitud, peligrosamente perverso, cosa que para nosotros es ciertamente un poco inexplicable. No obstante, si pensamos bien, vemos que el mayor peligro de sus críticas estaba en su terrible exactitud. En efecto, Larra señalaba defectos reales, sin exagerarlos ni deformar jamás ninguno; no había nada más lejos de sus palabras que la exageración o la caricatura, y este tino, precisamente, de sus

¹ Hemos observado muchas veces que la gracia madrileña estriba en la exacta adecuación de la metáfora, en contraposición a otros tipos de ingenio cuya base es la hipérbole.

² Tema constante en sus artículos. Véase, por ejemplo, «La fonda nueva», página 108.

críticas le hacía doblemente peligroso. En ello estriba más que nada la gravedad de sus escritos.

Otro aspecto muy notable podemos observar también en su biografía: es su acrimonia. «Larra, el hombre que hacía reír a todos — dice Cayetano Cortés, su primer biógrafo —, era profundamente triste.»¹ ¿Será esto exacto? El mismo Larra nos dirá, a propósito del escritor satírico, que éste, en el fondo, obra guiado por una terrible amargura. Algo hay de desengaño, de desilusión, en sus invectivas. Ciertamente, algo de verdad ha de haber en estas palabras; pero la amargura de Larra entra dentro de un complejo más vasto, basado en su temperamento romántico.

Admira, quizá, el observar que son de un mismo autor obras como *Maclas* o como *El Doncel de Don Enrique el Doliente*, escritos en verso o prosa, llenos de imágenes pintorescas, sin que los conceptos tengan el menor lugar en un lenguaje eminentemente directo, y sus artículos de costumbres, en los cuales toda su retórica está destinada a conseguir sentidos opuestos. El carácter romántico de sus obras de ficción contrasta a primera vista con sus artículos, llenos de verismo. Sin embargo, en la pretendida amargura de «Fígaro» se encuentra el elemento de uniformidad y de concordancia entre tendencias tan dispares. «Fígaro», ya en un caso, ya en otro, es siempre el mismo: el hombre inadaptado y soñador que aúna el ideal y el descontento.

Tendremos ocasión de hacer el paralelo entre los dos grandes costumbristas madrileños; pero nos anticipamos porque hay aquí también un punto de divergencia al personalizar en ambos las dos manifestaciones más notables de la vida española en la época romántica. «Fígaro» ha de representar la pasión y el descontento; Mesonero, una burguesa benevolencia, un satisfecho logro de sencillos ideales de tranquilidad y de bienestar. Y así, hemos de quedarnos en un término medio, entre las palabras de Mesonero, al hablar de la diferencia entre ambos, y ese juicio, algo despiadado, de don Ramón Gómez de la Serna, que cuelga de los lentes de Mesonero su pequeñez, y de la valentía para comprometerse, la grandeza de «Fígaro».²

¹ Ed. cit. de Montaner y Simón (1886), pág. 1.

² Vid. pág. 324.

³ Vid. ambas citas en Correa Calderón, Evaristo, *El escritor costumbrista*, en esta misma REVISTA, 1948, I, pág. 25.

Fácil era decir, poco después de su muerte, que «Fígaro» había sido un hombre triste y amargado; fácil era decirlo, porque quedaba plenamente demostrado que su vida no había sido dichosa. Sin embargo, la mayor parte de sus biógrafos, al menos los fervorosos, tienen que reconocer en él a un hombre con alteza de miras y con ideales elevados.

Resumiendo las características del costumbrismo de Larra, tenemos que reconocerle agudo, despiadado y romántico, lo cual nos da esas tres notas de exactitud, frialdad y amargura que a tantas personas han asustado al leer las más brillantes páginas del primer costumbrista español.

Y llegamos a su madrileñismo. Si alguna tesis hubiéramos de defender en este trabajo, sería ésta de proclamar el entronque radical de Larra con Madrid. Queremos que el lector saque esta consecuencia; pero no queremos que los principios que utilice sean falsos, y por ello, no nos importa el declarar que nada hay más lejos de «Fígaro» que el concepto que actualmente tenemos del madrileñismo.

Aun no han desaparecido los madrileñistas: todavía quedan, refugiados por regla general en las columnas de los periódicos, representantes del madrileñismo. Algunos son lo suficientemente jóvenes para que pensemos incluso que no está el género en vías de desaparecer. Reciente está todavía el fallecimiento de un Arniches, un Répide y un Carrère. Entre la escuela de estos autores y la de nuestro Larra media un abismo. Tan es así, que si consideramos a éstos como madrileñistas típicos, habríamos de negarle ese carácter a «Fígaro». Sin embargo, estamos seguros que si a Larra se le hubiera planteado el tema, hubiera contestado, sin la menor vacilación, que él era madrileñista. El hecho de que él se considerase articulista de costumbres, y que sea Madrid, casi sin excepción, la ciudad que le sirve de escenario, la ciudad explícita e implícitamente retratada, nos lo aseguraría.

Larra escoge a Madrid como escenario de sus composiciones por motivos de índole diversa. Por una parte, es Madrid la ciudad más representativa de España, ciudad en donde se desarrollan todas las virtudes y vicios de los españoles, del mismo modo que en ella confluyen sus energías y realizan sus empresas. Es, además, Madrid la ciudad de España en donde la lucha entre lo antiguo y lo moder-

no, lo viejo y lo nuevo, se da de una manera más determinada y clara, sobre todo en una época en que el resto de las provincias permanece, por regla general, asida de una manera fervorosa a las antiguas costumbres, y en que, merced a una política cada vez más centralizadora, van congregándose en la capital de la nación los nuevos valores, sobre todo aquellos que habían de ser propugnadores principales de la gran reforma de las costumbres de nuestra patria.

Pero, quizá como razón más importante, Larra escoge a Madrid por escenario de sus obras porque es en cierto modo casi la única de sus ciudades conocidas. Larra es lo suficientemente culto para que no podamos considerarle como un hombre que no ha salido de las cuatro paredes de su casa, no se ha movido del sitio en donde nació; pero lo cierto es que no vemos nunca en sus obras excesivas referencias y alusiones a otros países que él haya visitado. Es más: sus alusiones casi siempre dejan adivinar un fondo literario. Sabe lo que pasa más allá de las fronteras de la nación y más al otro lado de los muros de su ciudad, porque se lo cuentan o porque él lo lee. El extranjero, como para tantos hombres de su época, está casi reducido a Francia, y ya es hora de no fantasear demasiado sobre el extranjerismo de «Fígaro», puesto que, como dijimos en su lugar, ni por contacto personal, ni siquiera por gusto, es demasiada su relación con el país vecino. Dentro de España, sus escasos—y en algún momento problemáticos—viajes han dejado en él muy poca huella. Siempre será Madrid el mundo entero para «Fígaro».

Pero lo que echamos de menos en él es, sin duda, lo que luego han de ser los ingredientes básicos del madrileñismo típico. Le falta, sobre todo, erudición madrileñista. Ese desenterrar viejos textos (González Dávila, Jerónimo de Quintana, León Pinelo), que ha de darle años más tarde a Mesonero casi hecho *El antiguo Madrid*, será totalmente ajeno a «Fígaro»; pero no sin que en alguna ocasión hubiera tenido sus momentos de erudito, sobre todo en la primera época de sus escritos, a decir verdad con escasa fortuna.

Fáltanle también ciertas concesiones a determinados tópicos madrileños, que habrán de alcanzar años más tarde su apogeo, y sobre todo está ausente de su obra lo que constituye el más importante, quizá, de los recursos de Mesonero: la preocupación por el futuro urbano de Madrid. Larra se preocupa más del futuro de España, pensando tal vez en ocasiones que España no es más que los salones.

de la Corte. Se preocupa de los grandes problemas, sobre todo el de la educación popular; del buen gusto, de la literatura y de las artes, del teatro, de los problemas políticos de la nación; pero sin dedicar su atención a Madrid en cuanto ciudad. Ni sus calles, ni sus plazas, ni sus casas, ni su ensanche, ni sus servicios municipales son nunca objeto directo de sus artículos. Diríamos, por ello, que el madrileñismo de Larra no es un madrileñismo consecuente y reflejo, sino espontáneo y directo. Es madrileño por naturaleza y por ambiente; pero nunca lo es porque Madrid sea el tema escogido en sus artículos, ni porque él pretenda presentarse como madrileño en ellos. Resumiendo, podremos decir que Larra—periodista y crítico por su intención—resulta ciertamente el primer costumbrista moderno por su temperamento, llegando a recapacitar en alguna ocasión sobre las costumbres madrileñas; pero sin que llegue a considerarse como madrileñista.

EL COSTUMBRISMO, VISTO POR LARRA

Larra confiesa paladinamente que él es escritor de costumbres. En sus artículos críticos, comentando el panorama madrileño de Ramón de Mesonero Romanos, publicados en *El Español* los días 19 y 20 de junio de 1836, dice: «Escritores nosotros, también, de costumbres, ramo de literatura en que comenzamos a publicar nuestros humildes ensayos casi al mismo tiempo que «El Curioso Parlante», si no pretendemos haber alcanzado igual grado de perfección, tenemos, sí, la persuasión de poder mejor que otros apreciar las dificultades del género, y nos reconocemos con suficiente amor a la justicia para hacer en sus aras el sacrificio de nuestras propias pretensiones.»¹

Extrañará, quizá, el que Larra alabe a Mesonero. Los artículos que le dedica no son, ciertamente, de encendido elogio; pero no se ve en ellos tampoco ataque alguno, cosa notable, sobre todo si tenemos en cuenta que por esta época la sátira de «Figaro» había ya fustigado muchos autores y había de escribir por entonces sus páginas más crueles. Dice que pocos escritores como Mesonero tienen

¹ Págs. 752 y sigs.

una idea exacta de lo que es un artículo de costumbres, y, repitiendo las mismas palabras de «El Curioso Parlante», abunda en que el mejor complemento de la descripción del Madrid físico, tal y como lo había presentado en el famoso *Manual de Madrid*, era aquella serie de artículos llenos de «utilidad y deleitación». Tres observaciones hace Larra sobre los artículos de Mesonero, que, ciertamente, nos resultan interesantes. Se refiere la primera a su utilidad máxima. De acuerdo con las ideas progresistas tan en boga en la época, estriba ésta en que el hombre se pone en camino de su perfección mejor preparado detalladamente el mundo en que vive y las costumbres que ha de mejorar. Así, el gran valor y el carácter benemérito de la obra de Mesonero está en proporcionar a sus contemporáneos el espejo de sí mismos.

La segunda observación que hace se refiere a la época en que vive. La época de los primeros artículos de Mesonero es la época de los artículos de Larra, y Larra reflexiona sobre esto, mira a aquella época como un momento crucial en la Historia. Ve que desaparecen las viejas costumbres, para aparecer las nuevas, y considera su tiempo como un período de transición. Queda mucho de lo antiguo; pero ya ha llegado bastante de lo nuevo, y por ello todavía hay grandes regiones en donde una y otra mentalidad luchan denodadamente, en donde todo es, de momento, nada más que confusión y dificultades. No deben de ser muy claras tampoco las ideas de Larra. Larra piensa que las corrientes nuevas y extranjerizantes — de Francia e Inglaterra — terminarán imponiéndose en España. Parece pensar, en cierto modo, que lo que en el momento es ridículo, e incluso vituperable, será con el tiempo perfectamente imitado y digno de elogio, y aunque en esto en gran parte no se equivoca, ya que los comienzos de toda moda son penosos, y una vez llegada a su auge se desarrolla, sin embargo, con entera normalidad, lo cierto es que la extranjerización de España no fué tan profunda ni tan total como Larra suponía. A Larra le parece que aquella época corresponde, dentro del desarrollo normal de los pueblos, a un momento de rápida y constante transformación, por lo que, ciertamente, la mezcla de costumbres es grande, y así ha de alabar en Mesonero la exactitud con que ha retratado tanto unos ambientes como otros como puntos de fricción y lucha, junto a otros cuadros, alegres o serios, independientes de este grave problema. Hasta qué punto

es cierta la observación de Larra, es cosa que se puede demostrar pasando revista brevemente a la situación de aquellos momentos; pero todavía nos interesa más considerar hasta qué punto ha exagerado si ponemos de relieve que no hay época de la Historia en que no se den conflictos semejantes ni puedan presentarse situaciones parecidas.

La otra observación que hace Larra sobre Mesonero se refiere a su estilo. Larra es excesivamente benévolo: «Culto, decoroso, elegante, florido a veces, y casi siempre fluído en su estilo. Castizo y puro en su literatura, y muy a menudo picante y jovial.»¹ Quizá todas las adjetivaciones sean exactas, si no es la de elegante. Aun no está de acuerdo el gusto moderno, y sin embargo, es curioso observar que, si bien una observación superficial hace pensar que esto constituye un haz de lucidos elogios, un análisis más detenido nos hace ver que falta en ello algo que llegue a constituir ciertamente el verdadero elogio de un estilo.

Finalmente, habla «Figaro» de la trascendencia práctica de las palabras de Mesonero; pero esto, que tanto enorgullecía a este último, es cosa que queda un poco fuera de nuestro intento. Palabras de censura podemos decir que casi no encontramos. Llama Larra a Mesonero «imitador felicísimo de Jouy». ¿Es esto una velada censura? Le llama menos erudito que su modelo, objeción, en realidad, de poca monta. Y por último, dice que sus cuadros carecen en parte de vida, por sobra de reflexión o por falta de intención. En una palabra: no son de tan agradable literatura como debieran de serlo.

Larra considera que el artículo de costumbres es un género nuevo, aunque sólo en cierto modo, ya que no dejan de existir antecedentes. En primer lugar, los escritores morales, es decir, aquellos que se han ocupado de las costumbres de los hombres en general, en géneros diversos, desde el teatro al aforismo. No resulta nunca brillante Larra cuando pretende dar a sus artículos un tono doctrinal o erudito, y así, no es de extrañar que la larga disquisición que dedica a demostrar que los hombres primitivos tenían una homogeneidad que poco a poco fueron perdiendo, sea tan poco humana como profundamente falsa. Lo cierto es que el artículo de costumbres así considerado resulta sólo relativamente

¹ Vid. art. cit.

nuevo en cuanto a la forma, ya que en el fondo la observación crítica de las costumbres fué cosa que no dejó de hacerse en ninguna literatura antigua. Lo que constituía una novedad, teniendo siempre en cuenta los nombres de Addison, Mercier y Jouy —y otros no citados por Larra—, junto a los de Mesonero, Estébanez y el mismo Larra, entre los españoles, más aún dentro de la historia del periodismo, que dentro de la historia de la literatura. Era la incorporación del costumbrismo al periódico. Al comenzar el siglo xix, el periodismo estaba todavía en sus comienzos, y ciertamente era para el público ingenuo de aquellos días un aliciente considerable el poder leer, en gratos artículos, relatos más o menos ingeniosos donde viera reflejado con la mayor exactitud el ambiente en que se movía. En tres puntos fundamentales podemos resumir las consideraciones que hace Larra sobre las condiciones que requiere el articulista de costumbres.

El primero, pedirle una observación atenta, sagaz, profunda, filosófica; es decir, crítica, y a la vez discreta; una observación que discrimine perfectamente aquellas cosas que debe recoger y aquellas otras que debe callar.

En segundo lugar, lo que ha de ser la teoría general del retrato, o mejor de la caricatura. El saber escoger aquellos rasgos característicos, no por ser más o menos salientes, sino por ser los que resultan suficientes para individualizar una fisonomía. No se trata de recoger absolutamente todos los detalles, sino aquellos mediante los cuales lo retratado será reconocible absolutamente de todos los que se hayan puesto una sola vez en contacto con ello.

Finalmente, en lo que al estilo corresponde, la ligereza y una aparente superficialidad, que sin embargo pierden fuerza cuando no van unidas a una expresión velada y maliciosa. Ciertamente, el artículo de costumbres tiene necesariamente que tocar muchos puntos delicados, y hacerlo con tal arte que, dejando totalmente claro para el público aquello que se quiere iluminar, no pueda, sin embargo, persona alguna protestar y darse por aludida de que esta iluminación haya puesto al descubierto sus defectos. Tocamos aquí el gravísimo problema de las alusiones personales. En varias ocasiones declara Larra de una manera terminante que sus artículos no van en absoluto dirigidos contra nadie, ni pretenden reflejar vicios o defectos particulares, ni tratar precisamente de individuos, sino

poner de relieve aquellas características más generales de la situación moral de su pueblo y de su época, teniendo en cuenta que todo aquel que se diera por aludido mejor haría — esta frase se ha repetido siempre — en corregirse, para que ni remotamente pudiera semejarse al modelo, que protestar indignado de que se censure en él algo que en sí es realmente vituperable.

En relación con todas estas observaciones está el problema de la sátira. En realidad, los artículos de Larra son siempre satíricos, aun más que de costumbres. Podemos considerar a Larra superior a Mesonero y a Estébanez como articulista de costumbres. Probablemente, ésta será la opinión de casi todos los intelectuales de hoy; pero lo cierto es que tenemos que reconocer que artículos genuinamente costumbristas pertenecen más a aquéllos que a éste. Larra escribe pocos artículos de costumbres, y aun éstos, mixtificados. Ixart, el crítico catalán del pasado siglo que prologó la edición de Larra de la Biblioteca Clásica, dice, atinadamente, que a Larra le faltó imaginación, y que la suplía con su juicio penetrante y agudo. No podemos buscar en nuestro autor el colorido y la abundancia de detalles. Nos tenemos que contentar con que exponga con sagacidad y sin excesivo lujo de detalles una pintura de lo real, sobre la cual va a descargar inmediatamente el peso de su criterio. Es esto cuestión de temperamento artístico; pero va mezclado con ella otra cuestión de humor, y es que casi siempre su punto de vista ha de ser el de la condenación y el de la reforma; es decir, el satírico.

Larra ha reflexionado en alguna ocasión sobre su sátira. Un artículo publicado en *El Español* el 2 de marzo de 1836 es titulado «De la sátira y de los satíricos»¹, y en él comienza haciendo una declaración que pudiéramos llamar declaración de principios. ¿Cuáles son los móviles del escritor satírico? ¿Será, como algunos se suponen, un móvil ruin el que lleve a los hombres a burlarse unos de otros, o será, por el contrario, generoso?

El escritor satírico, en primer lugar, es un producto de la Naturaleza; es un hombre que ve las cosas con mayor profundidad, con luces más claras, con perspectivas más ricas, con mayor abundancia de detalles; sobre todo, que ve las cosas más intensa y radicalmente que el resto de los humanos. Cae Larra en el error de

Vld. pág. 736.

pensar que al escritor satírico le hace falta además un desinterés absoluto por las cosas, que le permita adoptar una postura de total ecuanimidad en su cometido satírico. Sobre esta postura habría mucho que hablar. Mesonero hace constantemente alusión a ella, y Larra no es ajeno a esta preocupación. Vistas las cosas con la perspectiva de nuestros días, vemos claramente que ambos escritores —y de una manera particular el autor de *El antiguo Madrid*—vivían a este respecto en un continuo engaño, porque si bien aparentemente podían hacerse la ilusión de que eran pocos los casos y raras las ocasiones en los cuales se veían obligados a torcer las líneas de sus escritos por intereses ajenos al puramente literario, lo cierto era que el ambiente en que se movían, su clase de vida, sus preocupaciones habituales, constituían en torno a ellos —sobre todo en torno a cada uno de ellos— una serie de obligados cauces por donde habría de correr su vena satírica. Quizá las diferencias entre Mesonero y Larra, siempre señaladas, encuentran en una pequeña parte su explicación en el mayor sometimiento de Mesonero a las preocupaciones burguesas de la tranquilidad, la independencia y la vida cómoda y fácil. Es curioso que aceptemos plenamente la paradoja; pero el hecho es que D. Ramón pasó toda su vida esclavo de una radical preocupación de no depender nunca de nada.

Hará Larra, también, concesiones al buen gusto en sus ideas sobre la sátira. Quizá una de las causas que más nos separe de su época, una de las razones por las cuales no podamos enaltecer sin medida su figura, es por la estrechísima idea que del buen gusto se tenía entonces. Quizá sea porque en nuestros días el buen gusto es algo, si no relegado al olvido, al menos colocado en un plano muy secundario de nuestras consideraciones. Hoy día alabamos las cosas, desde el punto de vista literario, considerándolas humanas más que bellas, y por esto, sin hacer demasiadas concesiones al buen gusto, que desvirtúa lo humano en aras de lo bello. Quizá pueda ser nuestra postura equivocada; pero lo cierto es que busquemos, por regla general, una vibración profunda, y para ello apelamos a todos los resortes, incluso a aquellos que hace años hubieran parecido inconcebibles. Aquí está, quizá, la raíz de esta incomprensión y que en algunos oídos resulten extrañas esas preocupaciones por el buen gusto literario, que en gran manera aquejaban a los hombres de la época de Larra. En el progreso de los tiempos, una de las cosas que

la Humanidad ha conquistado es quizá esa suerte de disimulo que consiste en dejar adivinar lo que pensamos, o, lo que es lo mismo, en expresarlo de una forma ambigua y oscura. Hasta qué punto Larra recoge esta idea, nos lo expresa el siguiente párrafo de su artículo: «Para aquellos que no vean, como nosotros, la marcha absolutamente progresiva del género humano; para los que no vean mayor perfección en nuestras costumbres comparándolas con las de los siglos anteriores, nuestra cultura sería, por lo menos, hipocresía, y si esto es, como se ha dicho, *un homenaje que el vicio rinde a la virtud*, no nos podrán negar que es una ventaja, pues mucho lleva adelantado para hacer una cosa el que la cree buena.»

La sátira tiene además otra característica: lo difícil que es para el escritor el acometer seriamente la empresa de poner en constante ridículo la sociedad que le rodea. En efecto, la vida para el escritor satírico no es agradable. El escritor satírico molesta, hace reír —exactamente hace que unos hombres se rían de otros, y si bien hoy ríe éste de aquél, mañana reirá aquél de éste—; cree hacer el bien, y todo el mundo supone que hace el mal; se mueve por un impulso generoso —al menos así lo asegura Larra—, y todo el mundo le considera lleno de envidia y de bajas apetencias; es calumniado al ser atacado, y sus enemigos no perdonarán en él defecto, ya que suponen que él no los perdonaría en ningún caso.

Nos lleva esto al terreno de la biografía de Larra, y sobre todo al de su interpretación, ya que, ciertamente, en muchos casos se ha hablado del carácter de Larra como uno de los puntos determinantes de su extraña biografía. No hemos de creer, sin embargo, mucho en las palabras que Larra escribe en este artículo. No es que por esto le tachemos de mentiroso; se trata de una creación literaria, y no de una declaración jurada. Larra habla de ciertos defectos que existen en la vida de los críticos, y tiene, naturalmente, que generalizar, que referirse a ejemplos ajenos, e incluso hacer un alegato defensivo de sus compañeros de oficio. Pero sabemos bien que la vida de Larra no fué en este aspecto desgraciada. No podemos reunir casi juicios adversos contra el escritor. Nadie le critica seriamente (el caso Bretón no es de verdadera monta, y, por otra parte, merecería un estudio independiente), a pesar de que no deja de tener en su vida puntos vulnerables: su matrimonio desgraciado, su apasionado amor, su actividad política, e incluso sus mismas producciones lite-

rias. Tiene amigos, y abundantes, y éstos no dejan de alabarle y de aplaudirle. No tiene, pues, motivos para decir que la vida del escritor satírico se vea radicalmente amargada. Sin embargo, es posible que su carácter hiciera de las pequeñas contrariedades de la vida, producidas a veces por su condición de crítico, dificultades verdaderamente insoportables.

Larra nos llama la atención además acerca de otra consideración, y sobre ésta — también ajena a la literatura — podríamos igualmente decir bastante sobre su falta de autenticidad. Se trata de esta frase, tantas veces repetida, de que el hombre que ríe por fuera llora a veces por dentro. Este tema, que da circunstancia para tantas creaciones literarias, tiene, sin embargo, un vicio radical: el satírico que hace reír, hace también meditar. No siempre sus palabras provocan la risa, y cuando se ríe, no es con una risa limpia y clara, sino con una risa llena de malicia. Todo esto, sin embargo, tiene escaso valor ante la consideración simple de que, siendo el crítico hombre de reflexión profunda, tiene que plantearse seguramente sus propios problemas. Cualquiera percibe a simple vista la inmensa diferencia que hay entre un escritor festivo y un escritor satírico, sin olvidar que muchas veces los escritores festivos guardan también humanas amarguras.

Dijimos que el artículo sobre la sátira era un alegato. Y ciertamente, Larra termina declarando que no hay ninguna pasión dominante en su ánimo, y sólo el ideal de ser, como citamos en otra ocasión, «útil y deleitoso». Su discreción y su buen gusto habían de quedar tan a salvo como su buena intención. Pero al lado de los satíricos están sus enemigos. A ello se refiere, al menos, el artículo que publica en la *Revista Española* en el número del 15 de marzo. Un D. Clemente Díaz había arremetido en sonoros tercetos contra los escritores satíricos, y Larra no encuentra otra solución que ensartar una erudita — con ribetes de filosófica — disertación, justificativa de valor de la sátira. Don Clemente opina que la sátira es inútil y poco agradable. Aunque ciertamente Larra no consigue propiamente demostrarnos nada, toma con calor, no exento de elocuencia, la defensa del género, haciendo hincapié nuevamente en cuanto de buen gusto y conveniencias sociales hay en la sátira. Este artículo, tres años anterior al antes comentado, denota claramente cuán notable habría de ser el progreso de sus ideas en los tres años posteriores.

MADRID, VISTO POR LARRA

Hemos dicho que Larra es ante todo un escritor satírico, y que descuella más en el juicio que de las costumbres de sus contemporáneos hace, que en la pintura de éstas. Sus artículos de costumbres, aunque notabilísimos, no son, ni mucho menos, los más numerosos. Muchos se resisten a ser clasificados como tales, ya que la crítica política o literaria asoma frecuentemente en ellos, y en muchas ocasiones llega a invadirlos, e incluso a suplantar su condición originaria, como algunas de las cartas escritas en *El Pobrecito Hablador* por sus dos famosos corresponsales, «El bachiller Pérez de Munguía» y «Andrés Niporesas». Otros, como el famoso artículo de «La Nochebuena de 1836»¹, difícilmente encajan en la clase de artículos de costumbres, entendida en su concepto más puro, ya que en él las consideraciones morales oscurecen por completo la pintura de las costumbres. La evolución literaria de «Figaro» se marca con toda claridad en sus artículos de costumbres: los escritos en *El Duende*, los de *El Pobrecito Hablador* y los escritos posteriormente en periódicos diversos.

La producción de «Figaro», como es sabido, abarca desde 1828 hasta 1837. Nueve años que, al decir de Mesonero, suponen una transformación extraordinaria, no ya en el aspecto moral, sino en el aspecto físico de Madrid. Madrid, en 1828, es una ciudad pequeña y pobre, y precisamente los vientos renovadores comienzan por entonces a introducir las grandes reformas que en 1837 ya se vislumbraban. El año de 1830 es quizá la fecha convencional más a propósito para cerrar una época. El *Manual de Madrid*, de Mesonero², publicado en este año, tiene el valor inapreciable de reflejar con bastante exactitud cómo era Madrid en ese momento crucial. La Corte, a pesar de fluctuar entre los diversos sitios reales, Aranjuez, en moda sobre todos; La Granja y El Escorial, también utilizados, daba a Madrid, sin embargo, casi toda su importancia. La capitalidad, en cambio, todavía no le proporcionaba la situación privilegiada

¹ Ya citado.

² Mesonero Romanos, Ramón de, *Manual de Madrid*. (Madrid, 1830.)

de que gozó después. Los mismos Ministerios, con su nombre de Secretarías de despacho, daban bien a entender que eran todavía considerados como meras dependencias palatinas. Algunos tenían sus oficinas en el mismo Palacio, y otros en edificio contiguo, cuyo último resto es hoy el Museo del Pueblo Español. A la Nobleza correspondía dar a Madrid tono e importancia; pero, a decir verdad, Madrid no fué nunca ciudad de grandes palacios. Los nobles se habían aposentado en la Corte no con excesivo lujo, y así, Madrid se veía privado de grandes edificios, salvo las excepciones, de todas conocidas, entre las que descollaban los palacios de Alba y Liria, contruídos, poco más o menos, en la misma época.

El clero, aunque numeroso, había comenzado a ser perseguido, y no obstante gozar en aquel momento de calma, se avecinaban para él días de luto. Tampoco éste contribuyó mucho al esplendor de la edificación madrileña. Madrid carecía entonces, como ahora, de grandes y hermosos templos; lo mejor era, en cierto modo, reciente: San Francisco el Grande, de los franciscanos, y Santa Bárbara, de las salesas. Por lo demás, San Isidro, la Encarnación y las Descalzas. De templos parroquiales, si hemos de citar alguno, San Andrés o San Millán, en San Cayetano.

Si nos referimos al tercer estado, aquí es en donde podremos observar con mayor amplitud la gran transformación que en Madrid se avecinaba. A punto de suprimirse los gremios, próxima la instalación de la Universidad de Madrid y en vísperas de realizarse una gran transformación política que iba a variar por completo el concepto de la burocracia, el de la administración, eran el comercio, la cultura y la vida pública los tres campos de conquista que a la clase media se le presentaban. Comenzaban ya a andar por todas partes hombres enriquecidos con sus negocios, admitiendo en su sociedad a graduados de las Universidades o políticos del día, que ciertamente veían mucho más satisfechos cómo realizaba su presencia en las nuevas tertulias que no en la antigua estructura de la sociedad. Tan es así, que muchos de los nombres que con títulos de nobleza aparecen en estos momentos son personas a quienes su genio empuja a descollar en la literatura o en la política, defendiendo, en la mayor parte de los casos, principios bastante opuestos a los que en cierto modo interesaba a personas procedentes de la Nobleza. Estamos pensando en los amigos de Larra que, como el duque de

Rivas, el duque de Frías, el conde de Campo Alange, fueron entusiastas liberales.

Está entonces en su apogeo la vida de los barrios populares madrileños. Cabe hacer un estudio sobre este tema apasionante. Se vería entonces que estos barrios carecen de personalidad en la literatura anterior a D. Ramón de la Cruz, tienen un desarrollo poderoso entre los grandes escritores del *xviii* y los últimos costumbristas del *xix*, y entran en franca decadencia a fines del pasado siglo, a pesar de que la literatura quiera resucitarlos, como en el caso de Arniches. Los barrios populares tienen una vida de acusado tipismo. La calle Toledo, con sus abundantes e indefectibles forasteros; Embajadores y El Avapiés, con sus manolos, y el Barquillo y Maravillas, con sus chisperos.

Larra, como hemos dicho, no hace, ni mucho menos, un estudio sistemático, ni aun completo, de todas estas particularidades de la vida madrileña. Larra, sin embargo, tiene un valor extraordinario, porque toma el pulso, sobre todo, a la clase social que estaba efectuando la gran transformación española: la clase media; porque vive en contacto, más que nada, con una minoría que en cierto modo es la que lleva sobre sí el peso de toda la reforma. La visión de Larra de Madrid es, por tanto, muy reducida.

Quizá sea en sus artículos donde por primera vez se expuso lo que posteriormente habría de ser llamado el todo Madrid. No olvidemos que, junto a los nombres pomposos de liberalismo, romanticismo o desamortización, está también, soportándolos a todos, el de robustecimiento de la clase media, creación de una nueva buena sociedad, advenimiento de nuevas ideas y nuevas costumbres, ocasionadas, sobre todo, por la entronización en el gobierno de la sociedad de una nueva clase social. El todo Madrid está compuesto, ciertamente, de familias aristocráticas que no se desdénan en rebajarse, y sobre todo, por familias populares, cuya única preocupación es remontarse. Larra se va a quejar muchas veces de Madrid; va a decir que lo encuentra pobre, feo y atrasado; se va a quejar mucho de la gente de antes y de la gente a la antigua. Larra va a clamar en muchas ocasiones sobre cosas que no le parecen bien en su Madrid; pero Larra no va a aplaudir inconsideradamente cuanto se haga por renovar la vida madrileña; no se va a poner sin restricciones del lado de aquellos que tratan de intro-

ducir en España los nuevos usos sin más instancia. No faltan en Larra artículos que pudiéramos llamar plenamente municipales. Quizá ninguno como «La fonda nueva», «Las casas nuevas» o «Jardines públicos», en los cuales se hace referencia, y a veces concreta, a problemas de la vida ciudadana¹. Pero la mayor parte de sus artículos toman entre manos un pequeño aspecto de la vida, para presentarnos su lado criticable. Las críticas de Larra abarcan, ciertamente, todas las clases sociales. De su primera época es el artículo sobre los toros, fiesta de la cual, por motivos que, aun ignorándolos, fácilmente adivinamos, no era aficionado. Sus años de colegio en Francia, la influencia de su padre y otros motivos análogos tuvieron esta consecuencia. Pero lo importante es que, con este motivo, Larra, entonces muy joven, no solamente arremete contra una fiesta a la que califica de bárbara, sino más bien contra un público, y aun más contra un pueblo, a quien fustiga por divertirse con ese espectáculo; pero en el fondo lo que desea es zaherirle y criticarle por lo que él considera su falta de cultura. En los cortos escritos desde «Las Batuecas»², «El bachiller Pérez de Munguía» va a clamar en varias ocasiones contra el estado de postración cultural en que se encuentra un pueblo que no lee; ¿porque no se escribe, o porque el no leer es ocasión de que no se escriba? Quizá las dos cosas a la vez.

Es curioso observar hasta qué punto el liberalismo de 1830 es totalmente impopular, y en qué forma el pueblo es poco grato a los ojos de los liberales. Larra, en efecto, no lo aprecia nunca. En uno de sus momentos terribles, en la plenitud de su talento artístico, cuando escribe sus artículos más profundos, en ese tétrico desahogo de «La Nochebuena de 1836», colocará una frase: «Yo y mi criado», con esta nota, realmente admirable para nuestra mentalidad³: «Por esta vez sacrifico la urbanidad a la verdad. Francamente, creo que valgo más que mi criado; si así no fuese, le serviría yo a él. En esto soy al revés del divino orador, que dice: Cuadra y yo». El artículo nos proporciona en multitud de ocasiones la pintura de este criado, que ciertamente no sale muy bien parado. En él se dice: «Una risa estúpida se reflejó en la fisonomía de aquel ser, que los naturalistas

¹ Ed. cit., pág. 106, pág. 114 y pág. 126.

² Véase esp. pág. 774.

³ Nota a la pág. 197.

han tenido la bondad de llamar racional sólo porque le han visto hombre. Mi criado se rió.»¹ Y en otra ocasión: «Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto, es un mueble cómodo... Las manos se confundirían con los pies si no fuera por los zapatos y porque anda, casualmente, sobre los últimos. A imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas a uno y otro lado de la cabeza, como los floreros que están en la consola de adorno, o como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada.»

De esta falta de solidaridad de Larra con cuanto describe ya hemos hablado más arriba.

Así, pues, la visión que Larra nos deja de Madrid presenta como características más notables: Su interés, ya por el momento que recoge y por los ambientes que retrata, ya por la maestría con que lo hace. Parcialidad, por circunscribirse muy particularmente a una clase y a dedicar especial interés a ciertas materias; además ingenuidad, una dosis extraordinaria de ingenuidad, que se traduce en críticas despiadadas y diatribas interminables, alternando con trozos vulgares, dedicados a descripciones sin interés y a reflexiones sin novedad. Mas esta ingenuidad no nubla para nada el valor de sus artículos, del mismo modo que la parcialidad que antes señalamos no rebaja su mérito, ya que, a pesar de todo, o quizá por ello mismo, la imagen que Larra nos ofrece de Madrid es la más valiosa y la más utilizable.

Pero hablar del «Madrid de Larra» sería interminable. Quede aquí la cosa, y convengamos en que del madrileñismo de Larra, aunque reconociendo en él características especiales, no se puede dudar.

ENRIQUE PASTOR MATEOS.

¹ Pág. 200.

² Pág. 202.

1880

1881

1882

1883

M I S C E L A N E A

Un recuerdo curioso de la «Biblioteca de San Isidro»

En lo que en tiempos fuera Colegio Imperial de los Jesuitas, compartiendo vivienda —si tal puede decirse— con el Instituto de Segunda Enseñanza, se hallaba desde decenios atrás, hasta el advenimiento de la República, la Biblioteca de San Isidro. Era curioso su *status vitae*, ya que se solía llamar a esta Biblioteca de Filosofía y Letras, sin que la Facultad hubiera ejercido nunca jurisdicción sobre ella, y sus lectores procedían de campos bien diferentes, ya que eran los bulliciosos estudiantes de Bachillerato —para los cuales Francisco Lupiani guardaba sus desvelos— o sesudos varones eruditos, como D. Manuel Serrano y Sanz, quienes iban allí en busca de la edición rara o del manuscrito inédito.

En otras palabras: era una biblioteca *sui generis*, tranquila, sosegada, de amplias salas de pavimento ondulado, con estanterías de madera que llegaban hasta el techo, cuajadas de libros teológicos del antiguo fondo bibliotecario de los jesuitas del Imperial Colegio. Salas y pasillos que evocaban tiempos muy antiguos, despachos para los funcionarios facultativos, en los que se alzaban vetustos ficheros (en los que no era difícil encontrar alguna ficha en francés, literalmente copiada del título del libro, con la observación de «escrita en idioma desconocido»); sólidas mesas de escribir y arcaicos sillones y sofás. Una biblioteca que hubiera valido conservar como un museo, concediéndole las indispensables renovaciones necesarias para que no se hundiera.

Pero el Hado no tenía dispuesto que fuera así. El siglo xx hizo irrupción violenta en su tranquilo ambiente. Pero no el siglo xx de las revoluciones, las ocupaciones militares y los incendios, sino ese otro, más fatuo y poseído, que es el siglo xx del progreso, de las innovaciones, de los inventos y las metodizaciones. Abreviando: el

modernismo de la *Clasificación decimal*, de la prisa y del orgullo de enmendarle la plana a los siglos de la ciencia sosegada y fecunda. Una prisa y un modernismo de cuyo pecado me acuso también en el caso de la Biblioteca de Filosofía y Letras, pues «todos pusimos en ella nuestras manos...»

Si cuento todo esto no es porque en sí constituya el curioso recuerdo de la Biblioteca, sino porque, gracias al removimiento general que supuso una catalogación y clasificación nueva de sus fondos, con vistas a un traslado a los locales de la Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria, iba a producirse un hecho singular, que es el que entonces nos sorprendió y que hoy quiero rememorar, siguiendo las borrosas líneas de unos apuntes que tomé entonces y que — muy maltrados por la guerra — aparecieron entre los escombros de mi casa madrileña, destruida en el período 1936-39.

El hecho es que, según mis notas, «aparecieron unos centenares de volúmenes tapiados, encajonados en el grueso de uno de los muros de las galerías del viejo colegio». Sí. Al retirar una estantería y dejarla vacía de los tesoros que guardaba desde el siglo xvii, apareció una tablazón, en lugar de pared. Levantada esta cubierta, quedó de manifiesto una nueva estantería, que estaba cuajada de arriba a abajo de otros libros, guardados allí celosamente por los años. ¿Desde cuándo? ¿Por qué? Estas preguntas nadie parecía poder contestarlas, y de poderlo hacer alguien, éste era el contenido mismo de la biblioteca encerrada. Si «alguien» puede ser la calificación de un conjunto de libros.

La primera contestación que cabía — *a priori* — era que se trataba de un «infierno» u ocultación de libros prohibidos, a los que sólo tendrían acceso algunos padres, autorizados a consultarlos. Una mirada a los títulos bastó para desechar tal hipótesis, ya que los libros no se hallaban en la categoría de los nefandos, ni siquiera de los raros, puesto que entre ellos había algunos como la *España Sagrada* de Flores-Risco. ¿De qué se trataba, pues? Para ayudarnos teníamos — y ahora tenemos, aunque menguadamente, por la falta de muchas de mis mutiladas notas — tres caminos: los lugares de impresión, los detalles accesorios de los libros y algunos papeles abandonados en ellos por los lectores que los consultaron. Con este auxilio podríamos además entrever la fecha en la que tuvo efecto el «emparedamiento». Por medio de ellos surgía una teoría, que adelanto para que luego veamos si con estos datos tenemos o no la razón. Los libros debieron de pertenecer a colegios jesuitas de alguna ciudad centroitaliana, y debieron de ser enviados a Madrid no juntamente, sino en diferentes veces, para engrosar la antigua

gran Biblioteca jesuítica, en tiempos en que ya no pertenecía a la expoliada Compañía, siendo guardados todos en años posteriores a 1801, pero antes de que la Biblioteca hubiera sufrido cambios esenciales en su organización¹.

Los lugares de impresión son, en cierto modo, algo significativos en este conjunto tan heterogéneo, pues junto a los muchos libros impresos en París o Lyon, destacan las imprentas italianas de Palermo, Brescia, Turín, Bolonia y Roma. Esto es lo que da un marcado carácter y sabor italianos a esta colección singular. Pero por sí solos los lugares de impresión no son suficientemente orientadores, ya que un libro impreso en lugar lejano—aunque se repita—, en sí mismo no quiere decir nada. Por ello presto mayor importancia a los detalles accesorios, que se adquieren al reunirse los libros en una biblioteca. Son las minucias cotidianas que el lector o el custodio del libro le va añadiendo, haciendo que el libro se convierta en un testigo mudo.

En uno de los libros se leía: *Est Monasterio s. Jo.: nuntio Bononiae* y en otro, en tinta, un sello rezaba *Coll. cler. reg. S. Pauli Bonon*, al tiempo que en otro aparece el escudo de Isabel Farnesio. En el número 24 bis del catálogo que hice—y que he perdido en su casi totalidad—se hallaba un sello en tinta con las lises y el emblema de la Compañía de Jesús, siendo lo verdaderamente curioso el que su perfil—exactamente (como si se hubiera querido hacer desaparecer un detalle identificador)—se encontraba recorido a tijera en gran número de otros volúmenes. Estos detalles nos van inclinando a la creencia de que quizá el rimero de libros pudiera haber pertenecido alguna vez a un colegio jesuíta de alguno de los Estados italianos donde la segunda mujer de Felipe V se complugo en ir colocando a sus vástagos. Pero esta suposición se contradice un poco en el número 18, en el cual una cartela decía *Ex libris F. Petri Thomas Cacciari Carme | litae hujus Conventus Alumnii, Propa | gandae Fidei Theologiae Polemicae | Lectoris*.

Algunos papeles, fechados afortunadamente, que dejaron los lectores de los libros, nos pueden también servir de guía en nuestro empeño. En un libro de San Agustín² aparece un papel impreso y fechado en 1764, procedente de la iglesia parroquial de Bolonia,

¹ Me hubiera gustado, para mejor documentar mi hipótesis, brindando a todos una información completa, poder dar el catálogo íntegro que en 1932 hice de todos los libros «emparedados»; pero la mayor parte de estas notas fueron dispersas en la guerra civil española, y sólo conservo algunas, suficientes, a mi juicio, para construir estas breves líneas rememorativas y curiosas.

² *Sancti Aurelii Augustini Hiponensis, episcopi. Nilleloquium veritatis A. F. Bartholomae Urbinate episcopo digestum. Brixiae. Jo: Baptista Bossinus. 1734.*

con ocasión de una comunión pascual. Otro libro¹ nos trae dos papeles, el uno de 1766, en italiano, y el otro de 1777, en español, escrito en Daganzo y dirigido al cura de Camarma. Por último, tenemos otro papel en italiano, encontrado en un libro de Lorenzo Justiniano, fechado en 1801, lo que nos demuestra que no todos los libros vinieron simultáneamente y que su encierro se verificó, conforme este término *post quem* nos permite deducir, o sea en el siglo XIX, cuando no eran los jesuitas ya dueños de su Biblioteca.

Estos son todos los datos que poseemos y que—con las fichas de algunos de los libros²—nos dicen de un conjunto bibliográfico

¹ *Sebastiani Barradas Olyssiponensis e societate Iesu, doctoris Theologi, et Eboresni Academia quondam sacrarum litterarum Professoris, commentariorum in Concordiam. Historiam quatuor Evangeliorum.* Lugduni Sumptibus Iacobi Cardon et Petri Cavellat. 1621. 3 vols. Fol. En el tercer tomo, en la portada, manuscrito, *P. Bonard*.

² *Divi Laurentii Justiniani Protopatriarchae Veneti Opera Omnia...* Lugduni, 1528. Fol.

³ Doy como muestra la ficha de algunos de los libros, según las pocas notas que he conservado:

1. *Sermones | in parabolas evangelicas | totius anni: | auctore. r. p. Alphonso | Salmerone Toletano, Societatis | IESU Theologo | Nunc primum in lucem editi, adiecta Auctoris Vita, | Et Indicius copiosissimis [grabado alegórico] Antuerpiae, | ex officina petri belleri [al fin: Typis Andreae Baccii typographi iurati] Anno seculari sacro | M. D. C. (Port. 11 h. 364 págs. 17 h. 4, escritura a dos columnas, con reclamos, apostillas marginales, signaturas e iniciales grabadas. En la portada, manuscrito, *Est monast. s. Jo: in munitio Bononiae*) Perg.*

2. *Expositio | Litteralis et moralis | sancti evangelii | Jesu Christi | secundum | Matheum | auctore | R. P. F. Natali Alexandro | Ordinis Fratrum Praedicatorum, in in Sacra Facultate Parisiensis Doctore, | et emerito Theologiae Professore. | Opus sacrarum litterarum cultoribus, necnon Verbi Dei Praeconibus utilissimum. | editio novissima | novo indice confectionato et ab innumeris mendis | ac malis citationibus, quae aliis Editionibus irrepserant, | summo labore expurgata. | [grabado decorativo] Parisiis. | Expensis Thomae Betinelli Veneti | MDCCCLXIX. (xii, 644 p. Fol., con signaturas, reclamos, apostillas marginales, iniciales grabadas). Piel con hierros dorados, sobre fondo rojo en el lomo.*

3. *Gasparis | Sancti | centum puteolani, | e societate Iesu | Theologi. | in collegio complutensi | sacrarum litterarum quondam Interpretis. | In librum Job | Commentarii | cum Paraphrasi. | Nunc primum proderunt. | Indicibus cum Locorum Scripturae, Regularum, | et Proverbiorum; tum rerum memorabilium illustrati, | cum Privilegio Regis. | Lugduni | sumpt. Iacobi Cardon et Petri Cavellat | MDXXV. (Portada a dos tintas, con orla alegórica. 9 h. 516 p. 16 hs. Vifetas, iniciales grabadas, escritura a dos columnas, apostillas marginales, signaturas y reclamos.) Fol. Perg.*

4. *De rebus gestis S. Augustini | Latinorum Patrum nobilissimi, | Librisque ab eodem conscriptis | Commentarius editus ab humillimo ejus filio | F. Joanne Laurentio Berti, | Accedit de Sanctissima ejusdem S. Augustini Parente Monica, | El quibusdam aliis ipsi necessitudine, | & religiosae vitae | professione junctis, | Historica Lucubratio | [grabado decorativo]. Venetiis, MDCCCLVI | Excudebat Antonius Bessanese. | Superiorum facultate, ac privilegio. | Venerunt una Via Mercatoria ad signum Sacrae Scripturae. (Port. 7 h. 334 p. 1 h. 4.º, con signaturas, reclamos e iniciales grabadas.) Perg.*

inespecífico, de procedencia italiana, algunos de cuyos elementos estuvieron en Madrid o sus cercanías en épocas diferentes, y que hasta por lo menos 1801 gozaron del aire libre, ya que no es dable creer que fueran siendo ocultados en años sucesivos, sino todos de una vez. ¿Fueron escondidos mientras la ocupación francesa, que acontece apenas siete años después? Esta es una hipótesis plausible, que se complementa con el hecho de que ninguno de sus libros portaba el sello general de la Biblioteca jesuítica, que pasó a formar el fondo de la futura de San Isidro.

Pero si no formaron parte de ella *ab initio*, si estuvieron más de un siglo silenciosamente, haciéndole compañía, para reunírsele y fundirse en la desgracia que la asoló por razón de la guerra civil.—MANUEL BALLESTEROS-GAIBROIS.

DOCUMENTOS

PAPELES SOBRE EL SERVICIO DE «EL CHAPIN DE LA REINA» CONSERVADOS EN EL ARCHIVO DE VILLA

En el sistema financiero español de la Edad Moderna existe un impuesto de tipo extraordinario, un *pedido* o *servicio* de los concedidos al monarca voluntariamente por las Cortes, que posee una denominación novelesca y soñadora y unos orígenes inciertos. La interpretación filológica restringe algo el atractivo de tal denominación; mas el arcano original aguarda todavía la claridad de la crítica histórica.

A más de su primer sentido, antiguo, frecuente y clásico, la palabra *chapin* viene a ser sinónima de *dote*. Para la evolución semántica hay que partir de la remota costumbre recogida por Covarrubias: «En muchas partes no ponen chapines a una mujer hasta el día que se casa, y todas las doncellas andan en çapatillas»¹; y del significado de la frase *poner en chapines*, que «es poner en estado a una mujer, casándola y dándola diferente nombre o empleo de mera doncella; y así en lo antiguo equivalía esta locución a lo mismo que casarse...»². El *chapin de la reina* es, pues, «la dote de la reina». Resulta, sin embargo, curioso observar el hecho de que, mientras este servicio lo solicita y se concede al rey en ocasión de bodas, otro pedido semejante, el de la *dote de infantas*, no se denomina *chapin* en los documentos.

¹ *Tesoro de la lengua castellana o española* (Madrid, 1611), fol. 291 v.

² *Diccionario de Autoridades*, tomo II, pág. 306.

Escasos tratadistas mencionan este tributo¹. Merece reproducirse la nota de Canga Argüelles, clara y breve:

«Contribución de origen oscuro, reducida al servicio de 150 millones de maravedís que los vecinos del estado llano pagaban en Castilla para los gastos de la boda del rey. Su exacción se repartía en siete plazos de a cuatro meses cada año. Los señores Don Carlos II y Don Felipe V la rebajaron al tercio. Desde la época de este último monarca no se ha cobrado, por no haber habido desde entonces hasta el reinado de Fernando VII casamiento de rey.»

Y el más extenso texto de Sánchez de Ocaña, que mezcla las cuestiones relativas a ambos servicios y contiene apreciaciones un tanto vagas y poco felices, lo que permite hacer algunos reparos interesantes:

«Era el Chapín de la Reina y de las Infantas una cantidad que se comenzó a pagar en Castilla a la Reina o a las Infantas, como regalo o dote popular en sus bodas, y por el respeto que debía tributarlas el reino en aquella solemnidad, elevándola a una suma proporcionada a su alta clase y nacimiento; consta en documentos notables que a fines de la Edad Media ascendía a una suma considerable la dote de las infantas, ofrecida por el reino; pues según Mariana (*Historia de España*, lib. XXIV, cap. XI), Zurita (*Anales de Aragón*, lib. XII, cap. XLIX) y otros autores, era costumbre ofrecer en dote a la de Castilla 200.000 doblas. Con respecto al Chapín de la Reina, parece que ascendía generalmente a 150 millones de maravedís, cuya cuota se solía repartir en siete plazos de a cuatro meses cada uno, hasta que más tarde Carlos II y Felipe V la rebajaron al tercio, dejando de cobrarse desde la época del último de aquellos monarcas.»²

Si no inoportuno, el testimonio de Zurita no parece correctamente interpretado por Ocaña. La lectura del texto indica que la dote asignada a la infanta Doña María, hermana del rey Juan II de

¹ Así, Cos Gayón, *Historia de la Administración pública en España* (Madrid, 1851), que trae datos interesantes sobre servicios, no trata concretamente del *chapín*. (Véase, por ejemplo, la página 231.)

² *Diccionario de Hacienda* (Madrid, 1833), tomo I, pág. 204.

³ Ramón Sánchez de Ocaña, *Contribuciones e impuestos en León y Castilla durante la Edad Media*. Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (Madrid, 1896), pág. 166.

Castilla, es, más que tradicional costumbre, compensación obligada por su renuncia al ducado de Villena; incluso pudiera invocarse como un precedente, al menos en lo que atañe a la cuantía de la propia dote:

«Estando el rey don Juan en Valladolid a 8 del mes de mayo de este año [1415], considerando que convenía que las villas y lugares de aquel estado de Villena se cobrasen para la Corona real y que en su lugar se señalase a la Infanta *dote razonable*, según la ordenanza del rey don Enrique [se refiere, suponemos, a lo concertado por Don Enrique de Castilla entre su sobrino Don Alfonso y Doña María, su hija, de que habla más arriba] y *traspusase en el Rey de Castilla, su hermano, todo el derecho que le pertenecía en el Ducado*, y en las villas y fortalezas de él, se acordó que la dote fuese de *dozientas mil doblas de oro castellanas*. *Renunció* la Infanta, como Duquesa y señora del Ducado de Villena, y el Rey de Castilla, con licencia y autoridad de la reina, su madre y tutora y regidora de sus reinos, y el juez Carrillo, su curador, se obligó a pagar a la Infanta, su hermana, en dote y casamiento, las dozientas mil doblas castellanas o su estimación, que era por cada cuatro doblas castellanas siete florines del cuño de Aragón, y más quatro maravedís de la moneda blanca que se usaba en los reynos de Castilla, de dos blancas el maravedí, contando aquella moneda blanca a cincuenta y dos maravedís por cada florín...»¹

Tampoco es acertada la cita de Mariana, y de ella no cabe deducir que la dote de infantas fuese una costumbre seguida, ni que ésta montase a doscientas mil doblas. El historiador jesuita relata que para el casamiento de Don Fernando, nieto del rey de Nápoles, y Doña Isabel, hija de Fernando el Católico, se señalaron (1476) en calidad de dote doscientos mil escudos, que prometió el de Nápoles, y ciento cincuenta mil escudos, ofrecidos por el Católico en el caso de que hubiese un hijo y heredero varón². Como se ve, trátase

¹ Zurita, *Anales de la Corona de Aragón*, libro XII, cap. XLIX.

² Mariana, *Historia*, libro XXIV, cap. XI. Sánchez de Ocaña no tomó la cita directamente, sino de algún otro autor; quizá de Canga Argüelles: «Mariana, en el cap. 11, libro 24, de la historia de España, refiere que para el casamiento de don Fernando, nieto del rey de Nápoles, y doña Isabel, hija de don Fernando de Castilla, se depositaron el año de 1576 (*sic*) 50.000 ducados por arras, y 200.000 doblas que se acostumbraban a dar de dote a las infantas de Castilla.» (Véase *Diccionario*, tomo I, pág. 369, de la edición de 1833.)

de una gracia, y no de continuar una tradición. A la ratificación de la escritura otorgada por sus procuradores en Cortes acerca de la mentada dote se refiere la carta misiva enviada por los Reyes Católicos a la villa de Madrid¹.

Años después, y dentro del reinado de los Reyes Católicos, ocurren repartimientos en el reino, motivados por las bodas de las infantas, al menos las de Doña Catalina de Aragón (1497), Doña Isabel (1497) y Doña María (1500)². Los catálogos correspondientes a archivos locales nos informan cumplidamente de ello. Así, Zamora custodia en su Archivo Municipal una provisión, dada por Fernando e Isabel (Toledo, 1502), nombrando recaudador para la recogida de los maravedís votados en Cortes por los procuradores de la ciudad³; y para Cuenca, Iglesias Mantecón registra dos repartimientos, ocurridos en 1500 y 1501⁴.

Todo ello nos induciría a asentir a la tesis del padre Medrano, continuador de la historia de Mariana, acerca de la cronología de los servicios: «Los tributos—dice—empezaron en tiempo de los Reyes Católicos; después se repartieron los chapines de las infantas; cesó esto y empezó el servicio ordinario...»⁵. Mas el testimonio contenido en la cédula de convocatoria de Cortes de 1499 obliga a suponer un más rancio abolengo para este servicio: «e otrosi porque segund estilo e antigua costumbre destos dichos nuestros Reynos e Sennorios, ellos son obligados a nos fazer cierto seruicio para las dotes de los casamientos de nuestras hijas...»⁶.

Resulta, pues, evidente que este impuesto extraordinario está aún por estudiar, tanto en el aspecto de sus orígenes como en aquel de su evolución histórica; mas la cuestión de los orígenes se empareja con aquella de los comienzos de otro impuesto análogo, ya

¹ Dada en Madrigal a 4 de mayo de 1476. Publicada por T. Domingo Palacio, *Documentos del Archivo General de la Villa de Madrid*, tomo III, págs. 225 y 226.

² El convenio de las dobles bodas de Doña Juana con el archiduque Felipe y del primogénito Don Juan con la princesa Margarita de Austria estipula (1490) que ninguno de los hijos llevase dote. (Véase M. Lafuente, *Historia de España*, tomo VII, pág. 139.)

³ Carmen Pescador del Hoyo, *Documentos históricos del Archivo Municipal de Zamora* (Zamora, 1948), págs. 212 y 213.

⁴ Timoteo Iglesias Mantecón, *Indice del Archivo Municipal de Cuenca* (Cuenca, 1930), pág. 289.

⁵ Citado por Sánchez de Ocaña, *Ob. cit.*, pág. 153, sin mencionar pasaje.

⁶ Dada en Granada a 12 de octubre de 1499. Publicada por T. Domingo Palacio, *Ob. cit.*, pág. 512.

mentado: *el chaplín de la reina*. Manifiestos precedentes medievales de ambos *pedidos* son fácilmente distinguibles. Era esencial al vasallaje prestar consejo y ayuda al señor, y una de estas ayudas se concreta al casamiento de la hija mayor del señor y al equipo de su heredero; ambas *ayudas* constituyen auténticas costumbres en ciertas comarcas del ámbito europeo ya en el siglo XI¹, y nuestra ley de Partidas reconoce como obligación general que «deve el pueblo fazer al Rey en consejarle, e en servirle en las cosas quel fueren menester, cada uno segund el seso que oviere e el logar que toviere». Hallamos igualmente un precedente más concreto en los tributos del *coronatge* y el *maridatge*, atestiguados en numerosos documentos y satisfechos al rey en Cataluña con motivo de su coronación y bodas; esta costumbre alcanza el tiempo de los Reyes Católicos².

Creemos también muy pertinente aludir al *pedido extraordinario de las doblas* solicitado en las Cortes de Bribiesca (1387) por el rey Don Juan I de Castilla a fin de satisfacer al duque de Lancáster las cantidades estipuladas en el tratado de Troncoso por su renuncia a toda pretensión sobre los reinos de León y Castila y por la dote de la prometida de Enrique III, doña Catalina de Lancáster³; y asimismo la súplica de las Cortes de Valladolid (1447) sobre ayudas de costas, vestuarios, mantenimientos, *bodas* y salarios a los oficiales del rey, que Don Juan II atendió: «Otrosy consideradas las necesidades que al presente nos ocurren, es mi merced de sobreseer al presente en mandar librar de aquí adelante ayudas de casamientos, asy a caualleros como a otras quales quier personas omes o mugeres de cualquier estado o condición, preheminencia o dignidad que sean, e que este sobreymiento se guarde por algunos annos

¹ Louis Halphen, *L'Essor de l'Europe (XI-XIII siècles)*, de la *Histoire Générale de Halphen y Sagnac* (París, 1948), pág. 15.

² Ley VII, título 13, part. 2.^a

³ Dato recogido y divulgado por el ilustre medievalista D. Antonio Latorre durante su fecundo magisterio; pendiente aún de publicación. Debo la noticia, así como algunas otras aquí consignadas, a la cortesía del doctor Urgorri Casado, nuestro compañero del Archivo de Villa.

⁴ No se eximieron del repartimiento «ni eclesiásticos, ni hijosdalgo, ni persona alguna de cualquier condición que fuese, ya que contribuyó cada uno en rigurosa proporción de su fortuna...» M. Lafuente, *Historia*, tomo V, págs. 200 y 201 de la edición de Barcelona, 1889.

fasta que me plega por mi carta firmada de mi nombre e sellada con mi sello de proueer sobrello de otra guisa.»¹

Ahora bien; si en la Edad Media existía la ayuda de casamiento en favor de los oficiales del rey y el tributo catalán del maridaje; si el servicio de la dote de infantas era ya una costumbre antigua en la época de los Reyes Católicos, habrá que suponer, con fundadas razones², una existencia también medieval para el servicio de ayuda a los gastos de la boda del rey, a cargo de las villas y ciudades del reino de Castilla; servicio más o menos cuantioso, conforme a su voluntad y a las singulares posibilidades económicas de la ocasión. El hecho de que la palabra *Chapín* no aparezca en los documentos medievales, ni tampoco en ninguna de las enumeraciones de pechos al rey contenidas en los cuadernos de Cortes durante la Baja Edad Media, no constituye un obstáculo a tan verosímil supuesto, ya que tal denominación, aplicada al impuesto, ocurre muy tardíamente documentada.

La documentación sobre el impuesto denominado *chapín de la reina*, que damos abajo, corresponde a los siglos xvi-xviii; toda ella pertenece al Municipio matritense, y se custodia en el Archivo de Villa. Su examen atento nos permite hacer algunos asertos acerca de la naturaleza, evolución y peculiaridades del impuesto.

Primero. El *chapín de la reina* era un servicio extraordinario que el monarca proponía a los procuradores del reino de Castilla, junto en Cortes, a fin de atender a los gastos de su casamiento; y los procuradores lo otorgaban en nombre de las villas y ciudades por ellos representadas (véase: 2, 1, 2 y 3; 3; 6, 3, 5, 6). Posteriormente, y cuando las Cortes cesaron de convocarse (1665), el rey encarga directamente la concesión del *pedido* a los Concejos de villas y ciudades, mediante cédula real (10, 1; 12, 1; 15, 1, y 16, 1). Como otros ingresos de carácter extraordinario, este impuesto viene a ser prontamente concesión ordinaria, debido a su persistencia continua (5).

Segundo. A partir de los dos últimos casamientos de Felipe II, efectuados (1560, Isabel de Valois; 1570, Ana de Austria) cuando ya era rey, el tributo aparece plenamente formado y con cuantía fija:

¹ *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla*, publicados por la Real Academia de la Historia, tomo III, pág. 507.

² «...acordaron... se dé... algo para el casamiento, como se acostumbra en las otras villas e cibdades del Reino y en esta Villa...» Vid. *Documentos*, núm. 1; también 2, 1.

150 cuentos o millones de maravedís (2, 1, 2 y 3, y 3). En atención a las difíciles circunstancias, Carlos II remite y perdona (1690) la tercera parte del impuesto (12, 7); su ejemplo es seguido después por Felipe V en 1701 (15, 4) y 1716 (16, 6).

Tercero. Con motivo de las bodas del emperador Carlos V e Isabel de Portugal (1526) no hubo propiamente *chapín*, sino una ayuda de cuantía muy variable: cuatro ducados la villa de Madrid¹, frente a cien cuentos de maravedís concedidos al emperador por la ciudad de Zamora². ¿Obedecía ello a la circunstancia de que la dote de la emperatriz Isabel la dieron los portugueses, o a que el impuesto no había evolucionado plenamente?

Cuarto. El título de *chapín de la reina* aparece en la documentación a partir de 1648, época de Felipe IV (5 y ss.); con anterioridad a esta fecha carece de título específico (2 y 3). Esto concuerda con los testimonios que ofrece el Archivo de Simancas³.

Quinto. La mecánica de la recaudación se ajusta a lo preceptuado en las Cortes de Toledo de 1523 a propósito de los repartimientos de servicios⁴. Así, en las cartas de receptoría despachadas por el Consejo y Contaduría Mayor de Hacienda para la cobranza del *chapín*, va echado o repartido lo que debía pagar la Villa y «los lugares de su partido y provincia por quien habla en Cortes»; cantidad que en total ascendía a cuatro cuentos, más 189.950 maravedís (6, 3, 6; 10, 4, 5; 12, 5, etc.), antes de la remisión de la tercera parte. En su calidad de juez mero ejecutor para la cobranza del servicio, el corregidor de la Villa y su Tierra ordena su cumplimiento y ejecución; previene que no haya exenciones entre los vecinos y hacien-

¹ Un ducado de oro valía en esta época 11 reales de plata y un maravedí, o bien 375 maravedís. Vid. Pedro de Cantos Benítez, *Escrutinio de maravedises y monedas de oro antiguas* (Madrid, 1763), pág. 121.

² C. Pescador del Hoyo, *Documentos*, pág. 231.

³ A la gentileza de mi compañero y amigo D. Ricardo Magdaleno, distinguido director del Archivo de Simancas, debo la indagación efectuada a través de los inventarios y catálogos de este Archivo, sin que se haya encontrado referencia alguna al *chapín*. Sin embargo, el legajo 53, perteneciente a la *Escribanía Mayor de Rentas*, trata de un servicio titulado en el inventario de *Casamiento*; mas en los varios documentos ocurre sólo la palabra servicio; por su fecha (1500-1516), debe referirse a la dote de infantas arriba mencionada; tampoco aparece la palabra *chapín* en el legajo 758 de la *Contaduría de Rentas*, correspondiente al año 1599, año del casamiento de Felipe III, donde se habla de un tributo para los gastos.

⁴ Ley IV, título 14, libro 6.º de la *Nueva Recopilación*, fols. 164 v.-165 v. (Madrid, 1640.)

das pecheras, despacha verederos, dispone que el dinero vaya al arca formada para la cobranza de las rentas, derechos y servicios reales en Madrid, a disposición del factor general; atiende o rechaza las peticiones y súplicas de villas y lugares, y ordena las ejecuciones judiciales procedentes en sus propios y rentas (6, 6, 9, 10; 8; 9; 10, 3, 7, 8; 12, 8, 9; 16, 8, 9, 10).

Sexto. De los mencionados cuatro cuentos y 189.950 maravedís repartidos a la Villa y su Tierra, correspondían «a la villa de Madrid y congregación de mercaderes de ella» 631.000 maravedís primeramente y 420.000 después, o sea durante los reinados de Carlos II y Felipe V (15, 9; 16, 5 y 8).

¿Mas era efectivo el pago? Los sucesivos acuerdos municipales (10, 3; 12, 3; 15, 3; 16, 4), y sobre todo las órdenes del corregidor ordenando el pago de tal cantidad a los diputados de Rentas, no permiten dudar que la Villa pagaba el impuesto (15, 9; 16, 8); en cambio, el repartimiento ulterior y la aportación de los gremios eran nulos (16, 3). Sin embargo, la resistencia al esquilmo era patente y fundada (11, 1, 2, 3, 4; 13).

Séptimo. Las numerosas súplicas y reclamaciones de villas y lugares demuestran que la recaudación se hacía por *encabezamiento* de vecinos, y nos ofrecen interesantes pormenores, no sólo acerca de las características de la derrama, sino también detalles sobre su población, jurisdicciones, propiedades rústicas, demarcaciones, etc. (6, 9; 9; 10, 8; 12, 9, y 16, 10)¹.

A. GÓMEZ IGLESIAS.

¹ La documentación carece de valor lingüístico; por tanto, la ortografía y la puntuación se modernizan; no obstante, se mantiene la original para los nombres propios y en el número 1.

I

1525.—Acuerdo del Concejo sobre el casamiento de Carlos I con Isabel de Portugal.

1525, noviembre, 16. Madrid.

«Este día estando en el ayuntamiento en las casa de la Villa los señores, corregidor don Juan Manrique de Luna, e Pedro Suarez e Francisco de Vargas, regidores

«Llego un mensajero de su majestad con una carta firmada de su real nombre, refrendada de Francisco de los Cobos, su secretario, en que hacía saber a esta Villa la buena nueva de como era desposado con la señora infanta, doña Isabel de Portugal, para questa Villa hobiese plazer e holgase dello, como cosa que tanto bien avía sido destos reinos y tan deseado y suplicado a sido por ellos. Acor-daron los dichos señores, corregidor e regidores, que pues por tan buena nueva es cosa muy justa que se de al mensajero algo para el casamiento, como se acostumbra en las otras villas e çibdades del reino y en esta Villa se suele fazer; mandáronle dar cuatro ducados, librados en el mayordomo de la Villa.»

Libro de Acuerdos, 1521-1526, fols. 233 r. y v.

2

1570.—Acuerdos del Concejo y cédulas reales referentes a las bodas de Felipe II con Ana de Austria.

1) 1570, marzo, 14. Madrid.

«En este ayuntamiento el señor tiniente dió una carta de su majestad firmada de su real nombre, el tenor de la cual es este que se sigue:

«El Rey. Concejo, justicia, y regidores, caballeros y escuderos, oficiales y hombres buenos de la noble villa de Madrid. Habiéndose

Ayuntamiento de Madrid

propuesto a los procuradores del Reino que aquí se han juntado, lo del servicio, que por razón de nuestro casamiento se nos ha de otorgar, según que en estos reinos se ha acostumbrado, aunque en virtud del poder general que tienen, y siendo esto cosa tan justa, y que jamás se ha hecho dificultad, ellos lo pudieran hacer sin otra comunicación. Entendimos que vuestros procuradores, tomando ocasión de que en la convocatoria no se hizo mención de lo del casamiento, ni allá se había tratado particularmente, os lo habrán comunicado. Y aunque somos cierto que vosotros les enviareis luego orden para que hagan el dicho otorgamiento, y que para ello no será necesario de nuestra parte advertiros, todavía lo habemos querido hacer, encargandoos mucho que despacheis y les respondáis luego, por lo mucho que importa la breve conclusión y resolución de estas Cortes, y el inconveniente que traería la dilación en ellas y en lo demás. En esta parte os podríamos decir lo remitimos a don Antonio de Lugo, nuestro corregidor de esa Villa, a quien daréis crédito.—De Córdoba, a 9 de marzo de 1570 años.—Yo el Rey. Por mandado de su majestad: Francisco de Heraso.

•Por el Rey. Al Consejo, justicia, y regidores, caballeros y escuderos, oficiales y hombres buenos de la noble villa de Madrid.

•Y por los dichos vista, fué obedecida con el acatamiento debido; y, en cuanto al cumplimiento de ella, mandaron a los porteros de esta Villa, que, para mañana a las dos de la tarde, llamen a todos los regidores que estuvieren en esta Villa y dos leguas al rededor para el dicho efecto. Testigos: Alonso de Vega y el licenciado, Saavedra de Vargas. »

Libro de Acuerdos, 1567-1570, fol. 364 v.

2) 1570, marzo, 15. Madrid.

•En este ayuntamiento se otorgó poder cumplido, como pareciere signado de mi signo, a los señores Luis de Herrera y don Francisco de Vargas Viñero, vecinos de esta Villa, ausentes como si fuesen presentes; especialmente para que, en las Cortes que se celebran de presente en la ciudad de Córdoba, puedan otorgar en nombre de esta Villa, y su tierra y partido, el servicio que les pareciere, para el gasto que su majestad ha de hacer en el casamiento, que de presente su majestad quiere celebrar, y tiene concertado, con la muy alta y muy poderosa señora reina, doña Ana, hija de la majestad del emperador Maximiliano y emperatriz doña María.

Ayuntamiento de Madrid

•Testigos, Marcos de la Vega y Pedro de Medina, vecinos de esta Villa, y Julián Sánchez, vecino de Canillejas.

•Estando en el ayuntamiento de la dicha Villa corregidor don Antonio de Lugo y Diego de Vargas y Bartolomé Velazquez de la Canal y don Pedro de Vozmediano y Alonso Martínez de Cos y Miguel de Cereceda y Nicolas Suarez y Pedro Rodriguez de Alcántara.»

Idem, fol. 365 v.

3) 1570, abril, 26. Madrid.

«En este ayuntamiento se presentó por el señor corregidor una cédula real de su majestad, firmada de su real nombre, del tenor siguiente:

»El Rey. Concejo, justicia y regidores, caballeros, escuderos, oficiales, y hombres buenos de la noble villa de Madrid. Por el aviso que os habían dado vuestros procuradores, habreis entendido lo que en estas Cortes, que mandamos convocar y celebrar en esta ciudad de Córdoba, hasta ahora se ha hecho acerca del otorgamiento del servicio ordinario y extraordinario, y el de nuestro casamiento, que por los dichos vuestros procuradores y los demás del Reino, en tanta conformidad, en virtud del poder que trujeron, y con vuestra orden y consentimiento, se nos ha otorgado, en que esa Villa, y las otras y sus procuradores, han bien mostrado su antigua fidelidad y la voluntad y amor con que nos sirven. Y como quiera que quisieramos que lo que queda para la conclusión de estas Cortes, tocante al bien y beneficio público de estos reinos y de esa Villa y de las demás, se concluyera y acabara aquí, antes de nuestra partida, y se respondiera a los capítulos y peticiones generales que de parte del Reino se nos han dado, pero habiendo entre aquellas, algunas cosas de mucha importancia, para cuyo bien, despacho y resolución será menester algunos dias más, deseando, como deseamos, en todo aquello que se pudiere, satisfacer al Reino, y proveerlo lo que a él, y a su bien y beneficio convenga, a que tenemos y habemos de tener siempre tan principal fin e intento, y no se habiendo podido excusar ni diferir nuestra partida de aquí, por algunas causas que importa mucho a nuestro servicio, habemos suspendido y diferido la conclusión de las dichas Cortes, en conformidad de lo que por parte del Reino se nos ha pedido, y nos ha parecido convenir para esa Villa de Madrid; donde mandamos que los dichos procuradores entren para mediado el mes de junio,

y llegados Nos allí, mandaremos luego proseguir y continuar las dichas Cortes, y que se mire y trate con gran cuidado todo lo que por parte del dicho Reino se nos ha pedido, y entendiéremos que a su bien y beneficio importa y conviene, siendo, como está dicho, lo que Nos tanto deseamos y a lo que tenemos tan principal fin. Y mandaremos dar orden como las dichas Cortes se concluyan y vuestros procuradores sean despachados con la brevedad que se pudiere, de que nos ha parecido advertiros para que lo tengais entendido, y en esta conformidad deis orden a vuestros procuradores en lo de su ida, y estad allí para el dicho tiempo.—De Córdoba, a veintidós de abril de MDLXX años.—Yo el Rey.—Por mandado de su majestad, Francisco de Heraso.

•Por el Rey, al Concejo, justicia y regidores, caballeros, escuderos y oficiales y hombres buenos de la noble villa de Madrid.

•Y por los dichos señores vista, fué obedecida con el acatamiento debido, y, en cuanto al cumplimiento de ella, se cometió al señor Pedro de Herrera que escriba a los procuradores de esta Villa que vengan luego. Testigos: Diego Gomez y Marcos de Vega y el bachiller Arias.

•Estando en el ayuntamiento de la dicha Villa los señores corregidor don Antonio de Lugo y Pedro de Herrera y Nicolás Gómez y Pedro Rodríguez de Alcántara y el licenciado Diego de la Canal y Diego de Vargas y Miguel de Cereceda y Marcos de Almonacid. •

Idem, fol. 387 r.

3

1599.—Acuerdo del Concejo acerca de la concesión de un servicio extraordinario motivado por la boda de Felipe III y Margarita de Austria.

1599¹, enero, 15. Madrid.

«Y luego los dichos señores, habiendo visto la certificación de don Ioan de Inistrosa, secretario de Cortes, sobre el servicio que se hizo al rey nuestro señor, que esté en gloria, en los casamientos de las reinas doña Isabel y doña Ana, nuestras señoras, y conside-

¹ Por error, 1598 en el acta.

rando la mucha obligación que esta Villa tiene a su majestad, acordaron se le conceda el servicio extraordinario y el mismo que al rey nuestro señor su padre se le concedió en cada uno de los dichos casamientos, que son ciento y cincuenta cuentos de maravedís, de la misma forma que se han pagado los años pasados y con las mismas ejecutorias que esta Villa por lo que toca a ella y su tierra, partido y provincia, por quien habla en cortes, lo tiene así por bien. Y los señores don Diego de Barrionuevo y Diego de Muriel, sus procuradores en las presentes cortes, representen a su majestad este servicio y la voluntad con que esta Villa acudirá siempre al de su majestad.

»Se juntaron en el ayuntamiento de la dicha Villa los señores don Rodrigo de Aguilar, corregidor desta Villa y su tierra por su magestad, don Francisco de Herrera y Saavedra, don Juan de la Barrera, don Iñigo de Mendoza, etc.»

Libro de Acuerdos, 1599-1607, fol. 2 v.

4

1647 y 1648.—Ordenes reales, cartas y comunicaciones diversas acerca de una petición a la Villa de cien mil ducados para ayuda del casamiento de Felipe IV.—Contiene:

1) 1647, agosto, 31. Madrid.

•He tenido un decreto de Su Majestad de los treinta del corriente del tenor que se sigue=

•Hállase mi Real hacienda tan falta como se sabe de los medios necesarios para la disposición de las provisiones generales ordinarias y extraordinarias del año que viene, y concurriendo a un mismo tiempo mi casamiento, a que (como sabeis) me he dispuesto por el amor que tengo a mis vasallos, esperando que ha de ser para mucho servicio de Dios, bien de la cristiandad y conveniencia de mis reinos, con que es forzoso recrecerse muchos gastos así en la jornada como en la celebración de este matrimonio. He resuelto, entre otros muchos medios que se me han propuesto para ayudar a suplir la falta arriba referida, que se pida en mi nombre a esta villa de Madrid socorra con cien mil ducados de plata o ciento y veinte

y cinco mil en vellon, tomándolos a daño con ocho por ciento de intereses, ofreciéndole para que pueda pagarlos que desde luego se le dejarán diez mil ducados libres y desembarazados de la cantidad que paga del derecho de los dos por ciento de lo arrendable, con que no tendrá necesidad de grabar sus propios ni imponer nuevas sisas, disponiéndose (como he mandado al presidente de Hacienda lo disponga) que lo consientan los hombres de negocios, a quien está consignado este derecho por algunos años, y después de pagados se quedará libre a la Villa lo que valiere el dicho derecho enteramente, para ir desempeñando la concurrente cantidad de los dichos cien mil ducados hasta que con efecto lo haya hecho. Vos el presidente del Consejo lo dispondreis así con la Villa y me dareis cuenta de lo que resultare=

»V. m. dispondrá con la Villa la ejecución de lo que Su Majestad manda y me dará cuenta de ello para darsela de lo que se resolviere. Dios guarde a V. m. muchos años. Madrid 31 de agosto 1647.—Don Juan Chumacero y Carrillo (*Presidente del Consejo de Castilla*). Sr. D. Alvaro Queipo de Llano (*Corregidor de Madrid*).»

2) 1647, octubre, 17. Madrid.

»El Rey.—Concejo, justicia, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la noble villa de Madrid: La conveniencia pública y amor que tengo a mis vasallos me ha obligado a tratar del segundo matrimonio que tengo concertado con mi sobrina, y aunque yo he deseado excusar siempre todo género de gasto, por no grabar a mis reinos, como lo habreis reconocido en todas ocasiones y ahora lo estais experimentando en el tributo que estos dñs os he remitido; siendo preciso traer a mi sobrina desde los confines de Alemania con la decencia y autoridad correspondiente a mi persona y a la suya, también lo es que me sirvais para estos gastos, como lo han hecho estos reinos, y tienen la obligación de hacerlo en tales ocasiones. Y tocando esto a Castilla tan inmediatamente y siendo su obligación tan asentada, espero que cumpliendo con ambas cosas adelantareis por vuestra parte este servicio, de manera que en la cantidad y prontitud se vean los efectos de vuestra fidelidad, de que yo quedaré con memoria para honraros y haceros merced.—De Madrid a 17 de octubre de 1647.—Yo el Rey (*rubricado*).—Por mandado del Rey nuestro señor, Antonio Carnero (*rubricado*).»

Original. Sello de placa al dorso. Firma autógrafa del monarca.

Ayuntamiento de Madrid

3) 1648, septiembre, 28. Madrid.—Carta del presidente del Consejo de Castilla a Madrid, en la que se incluye un decreto real.

«Su Majestad, Dios le guarde, en decreto de 25 de este mes se sirve decirme lo siguiente=

»He resuelto apresurar todas las prevenciones concernientes a la jornada de la archiduchesa Mariana mi sobrina y mandado que para los veinte y cinco del mes de octubre que viene esté embargado el carruaje necesario para la casa que ha de ir a recibirla y venirla sirviendo, y siendo tantos y tan inexcusables los gastos de esta jornada, me ha parecido encargáros significéis a esta Villa que las experiencias de la fineza con que en otras ocasiones se ha esmerado y acudido a mi servicio me hacen prometer que en esta tanto mayor, y en que tanto más interesa la causa común y su particular afecto, me servirá con demostración tal que haga ejemplo a todas las otras ciudades, como lo acostumbra a hacer, esperando yo que por grande que sea la estrechez de los tiempos la ha de superar su fineza, sirviéndome con cantidad pronta y que no baje de cien mil ducados. Haréis luego la diligencia y me avisaréis de lo que resultare de ella=

»Aunque la causa, por su calidad, está solicitando en el amor de V. I. el afecto de este servicio, y el modo con que Su Majestad lo propone debe obligar a concederlo... estoy muy confiado, que con la brevedad en la concesión del servicio, ha de corresponder lo grande y lo efectivo en la cobranza, para que se pueda lograr; y si para disponerlo y abreviarlo fuera necesaria la autoridad y ayuda del Consejo y mi asistencia particular, suplico a V. I. me lo avise, que a todo se acudirá con las veras que conviene.—Dios guarde a V. I. los muchos años que deseo.—Madrid 28 de septiembre de 1648.—Don Diego Adriano y Gamboa (*Presidente del Consejo de Castilla*).—A la Imperial Villa de Madrid.»

4) 1647, noviembre, 28.—1648, noviembre, 13.—Cinco cartas y comunicaciones dirigidas por el presidente del Consejo de Castilla, o persona delegada, a los corregidores D. Alvaro Quijano de Llano y conde de Torralba y a la villa de Madrid sobre el servicio ofrecido por la Villa para la jornada de la Archiduchesa Mariana. La cuantía del ofrecimiento es variable: háblase en ellas de cuarenta mil, ochenta mil y aun ochenta y ocho mil ducados.

5) S. a.—Nota acerca de los precedentes del servicio del chapín de la reina:

•En 20 de enero de 1599 se dió en el Reino por el caballero Procurador de Cortes que fué por la villa de Madrid el voto siguiente:

•Don Diego de Barrionuevo dijo que en nombre de la villa de Madrid y su tierra y partido concede a Su Majestad el servicio de los 150 cuentos de maravedís para su real casamiento, como se hizo con el Rey que esté en gloria el año de 70.

•En 10 de septiembre de 621 se dió asimismo por el caballero Procurador de Cortes de Madrid el voto siguiente:

•El señor don Antonio de Monrroy dijo que en nombre de la villa de Madrid y con muy gran amor y gusto concede a Su Majestad el servicio de su felicísimo casamiento, como lo ha hecho otras veces y sin perjuicio de sus privilegios.

•Estos dos servicios se concedieron con calidad de que se pagasen a los plazos de los servicios ordinarios y extraordinarios.

•Estas dos concesiones se hicieron estando el Rey junto en Cortes, en las que se propusieron los años de 1598 y 621. •

Signatura: 2-312-51.

5

1648.—Cinco cartas del presidente del Consejo de Castilla, enviadas a los mismos corregidores, en las que se dispone que el servicio del chapín de la reina quede incluso en el propuesto para la jornada de Alemania. La más importante dice así:

1648, junio, 18. Madrid.

•En 5 de febrero de este año escribí a V. S. una carta del tenor siguiente: =

•Siendo concesión ordinaria la de el Chapín de la Reina en ocasión de bodas, no ha querido Su Majestad (Dios le guarde) dividir este servicio de el que ha propuesto para la jornada de Alemania, sino unirlo para mayor alivio de los vasallos aunque el gasto presente necesitaba de uno y otro; y así me ha mandado lo signifique a V. I. para que haciendo este servicio ordinario sirva

Ayuntamiento de Madrid

para su satisfacción la cantidad que ha ofrecido V. I. para la jornada, con que queda inclusa en la otra. V. I. disponga con toda brevedad la concesión y se sirva de avisarme porque se pueda acomodar este efecto.—Guarde Dios a V. I. con la felicidad que deseo. =

•Y porque han venido en este servicio diez ciudades de las de voto en Cortes y V. I. no ha tomado hasta hoy acuerdo en él, he querido hacer a V. I. este recuerdo porque no es bien falte cuando concurren tantas.—Guarde Dios a V. I. con la felicidad que deseo. Madrid 18 de junio 1648.—Don Juan Chumacero y Carrillo (*Presidente del Consejo de Castilla*).—A la Villa de Madrid. •

Signatura: 4-328-5.

6

1648-1652.—Repartimiento hecho para la paga del servicio del chapín de la reina.—Juez: el vizconde de Laguna (*corregidor de Madrid*).—Escribano: D. José Martínez (*escribano mayor del Concejo de la Villa*).

1) 1648, abril, 23. Madrid.—Real cédula de comisión al factor general, D. Juan Esteban de Imbrea, conde de Yebes, caballero de la Orden de Calatrava, para la cobranza de los efectos y consignaciones de sus factorías y de las de la casa de Lelio Imbrea, su hermano.

2) 1649, julio, 25. Madrid.—Otra autorizando al mismo señor, a fin de que pueda despachar ejecutores destinados a la cobranza del servicio del chapín.

3) 1648, octubre, 3. Madrid.—Provisión del Consejo y Contaduría mayor de Hacienda para la cobranza del servicio en Madrid y su provincia:

•Don Felipe por la gracia de Dios Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Portugal, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, etc. A vos los concejos, alcaldes, alguaciles, regidores, caba-

lleros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la villa de Madrid y de las demás villas y lugares que entran en su provincia, que en esta mi carta sereis declarados, y a cada uno de vos a quien fuere mostrada o su traslado signado de escribano. Sabed, que el Reino me concedió para ayuda a los gastos de mi casamiento ciento y cincuenta cuentos de maravedís por una vez, como se ha hecho otras veces, para que se cobre de las ciudades, villas y lugares, tierras, provincias, partidos y personas que los suelen y deben pagar; repartidos entre las personas entre que se repartieron los servicios que de esta calidad se hicieron a los reyes mis antecesores, como se repartiere y debiera cobrar y se hizo los servicios pasados, de los cuales tocan a cada uno de vos, los dichos concejos, la cantidad de maravedís siguientes:

•A la villa de Madrid, sin perjuicio de su franqueza, seiscientos y treinta mil maravedís.

•A los lugares de la tierra de la dicha Villa, que son Getafe, Villaverde, Fuencarral, Chamartín, Aravaca, Caramanchel de Abajo, Las Rozas, Caramanchel de Arriba, Majalahonda, Vallecas, Pozuelo, Humara, Leganés, Vicálbaro, Latorre,—que diz que está despoblada,—Bililla, Baciamañad, Ribas, Ambroz, Rejas, Canillas, Canillejas, Ortaleza, Coslada, Alcorcón, Boadilla, Perales, Zorita —que diz que está despoblada—, Fuenlabrada, San Bastián de los Reyes, Fuente el Fresno, que solía llamarse Billanueva, Humanes o Casarrubielos, Torrejoncillo de la Calzada, El Algarrada—que diz que está despoblada—, novecientos y veinte y ocho mil y doscientos maravedís.»

«A Borox setenta y dos mil setecientos y cincuenta maravedís.»

•A Polboranca siete mil y ochocientos maravedís.»

Condado de Puño en Rostro

•A los concejos de las villas de Torrejón de Velasco, Alcobendas, San Agustín y Pedrezuela ciento y ochenta y siete mil seiscientos y cincuenta maravedís.»

•A Casarrubios del Monte y lugares de su tierra, que son las Ventas de cabe Retamosa, Balmojado, Villamanta, El Alamo, doscientos y catorce mil y quinientos maravedís.»

•A Arroyo Molinos nueve mil y novecientos maravedís.»

•A los concejos de las villas de Barajas y El Alameda setenta y cinco mil maravedís.»

•A Cubas y Griñón cincuenta y un mil maravedís.»

Ayuntamiento de Madrid

Seimo de Casarrubios

«A Odon, Brunete, Quijorna, La Zarzuela, Sacedon, La Beguilla, Serranillos y Moraleja de en Medio, Moraleja la Mayor, y La Villa la Cabeza, que son en el seimo de Casarrubios, doscientos y diez y siete mil trescientos y cincuenta maravedis.»

Lugares del Alcarria, Prado de Zurita

«A los concejos de las villas y lugares de Almoguera, Brea, El Pozo, Albardubres, Mazueco y Llanos, Albala de Almonazid, Pastrana, Ontoria, Escariche, Hueba¹ y Ebraes², Copete, Moratalla, Fuente Novilla, Baldeconcha, Auñon, Berninches y Fuente el Encina y Sayaton, un cuento doscientos y cuarenta y un mil quinientos y cincuenta maravedis.»

«A Zorita cuatro mil y ochocientos maravedis.»

«Alhocen treinta y seis mil cuatrocientos y cincuenta maravedis.»

«Alondiga treinta y nueve mil y seiscientos maravedis.»

«A Pozuelo de Belmonte cuarenta y cuatro mil y setecientos maravedis.»

«A la villa de Maqueda setenta y cinco mil cuatrocientos y cincuenta maravedis.»

«A la tierra de la dicha villa de Maqueda, que son Carmena, Bal de Santodomingo, Quismonde, Urtada, ochenta y tres mil y cuatrocientos maravedis.»

«A Santa Cruz del Retamal diez y ocho mil maravedis.»

«A Peñalver setenta y un mil novecientos y cincuenta maravedis.»

«A Parla treinta mil maravedis.»

«A Buendia ciento y cuarenta y dos mil y quinientos maravedis.»

«A Mejorada diez y siete mil y setecientos maravedis.»

«Y mando a la persona que sirviere esta Receptoría que demas de las dichas cantidades cobre de cada uno de los dichos concejos lo que montare los quince maravedis por cada millar de lo que se les

¹ Más adelante, Guebra y Gueba.

² Sic; sin duda, Driebes.

reparte que me pertenece, lo cual ha de tener por cuenta aparte, para hacer de ello lo que por mi le fuere mandado.

»Y porque cada uno de vos, los dichos concejos y personas, puedan pagar lo que les toca con más comodidad y menos costa, procurando relevaros cuanto fuere posible, tengo por bien se me pague en siete pagas, y cual es la primera fin de diciembre de este año de mil seiscientos y cuarenta y ocho; y las seis restantes en los años venideros de mil seiscientos y cuarenta y nueve y mil seiscientos y cincuenta, por los tercios de cada uno de ellos de cuatro en cuatro meses; y mando a cada uno de vos repartais lo que os toca entre los vecinos y haciendas pecheras, que los suelen y deben pagar, lo más justamente que ser pueda, sin que ningún pechero se exima de la paga de ello, aunque sean oficiales del Concejo, allegados de caballeros, ni de otra persona, ni se haga agravio a los que no lo son; y repartido, hareis lo cojan vuestros cobradores, para que junto cada uno de ellos acuda con lo que montare a la persona que cobrar por su cuenta y riesgo, el mi corregidor, cabildo y ayuntamiento de la villa de Madrid, que ha de ser precediendo los requisitos y calidades, que fueron declaradas en la Receptoría que se despachó para la cobranza del servicio ordinario y extraordinario de esta provincia este presente trienio; puestos a vuestra costa y riesgo en la dicha villa de Madrid, con más quince maravedís por cada millar de lo que les va repartido, que así mismo se ha de cobrar de los dichos concejos, y todo ello en el arca que por mi mandado está mandada formar para la cobranza de mis rentas, derechos y otros servicios reales en la dicha villa de Madrid, donde se ha de entregar en conformidad de las ordenes e instrucciones, que para este efecto están dadas y se dieron, para que se acudan con lo uno y con lo otro a la dicha arca y de ella se pague a quien lo hubiere de haber en virtud de cédulas o libranzas mías, despachadas por el mi Consejo de Hacienda; que con ellas y recaudos bastantes mando se reciban en cuenta y tomad su carta de pago, con las cuales mando no se os pidan otra vez; y si no lo pagaredes en virtud de esta mi carta o su traslado signado de escribano, mando a cualesquier mis jueces y justicias y al mi corregidor de la villa de Madrid, mi juez mayor ejecutor que es para la cobranza de este servicio, y en especial a la persona o ministro, que con comisión mía estuviere entendiendo en las cobranzas de mis rentas y servicios de la dicha Villa y su partido o provincia, al cual ha de tocar privativamente lo referido, para que hagan y manden hacer en cada concejo y personas que debieren el dicho servicio y en sus bienes todas las ejecuciones, prisiones, ventas, trances y remates de bienes que convengan como por mara-

vedis de mi haber, hasta que los hayan pagado enteramente, según (*rotura*) y de las costas que por culpa de los deudores o justicias omisas se hicieren en la cobranza, que yo hago seguros los bienes que por esta razón se vendieren a quien los comprare por siempre jamás. Y en caso que conforme a sus comisiones e instrucciones se hubieren de despachar ejecuciones para la cobranza del servicio contra los concejos, justicias y personas en ellas contenidas, lo harán como está ordenado, para que con vara de justicia vayan a ejecutar a cada uno de los concejos, justicias y personas omisas por lo que debieren de plazos cumplidos con el servicio o sueldo que se les señalare a cada uno, no excediendo del que en estos casos está permitido, y estos se han de repartir y cobrar prorrata de los concejos, justicias y personas, a quien se ejecutare o contra quien procedieren a un tiempo igualmente, y traigan testimonio del repartimiento con intervención de la justicia de cada lugar para la cuenta que han de dar de sus comisiones, y hasta que la hayan dado de una, no sean proveídos de otra; que así es mi voluntad, y que tomen la razón de esta mi carta mis Contadores de Relaciones.—Dada en Madrid a tres de octubre de mil seiscientos y cuarenta y ocho años.—Licenciado Samper (?) González (*rubricado*).—El Marqués de Almon... (*rubricado*).—Manuel Corticos de Villa... (*rubricado*).—El Conde de Bivaven (*rubricado*).—Don Luis Alonso de Yepes y Rojas (*rubricado*) Juan de Alvear (*rubricado*).—Juan Félix de Vega (*rubricado*).—El Canciller Mayor: Miguel de Olariaga (*rubricado*).—Rentas.—Registrado.»

Original. Sello de placa.

4) 1649, agosto, 28. Madrid.—Otra del propio Consejo sobre la entrega de la receptoría del servicio a Jerónimo Gastalde.

Original. Sello de placa.

5) 1648, diciembre, 2. Madrid.—Provisión del Consejo y Contaduría mayor de Hacienda acerca de una libranza a Juan Esteban de Imbrea, conde de Yebes, a cuenta del servicio del casamiento de Don Felipe IV.

«Don Felipe por la gracia de Dios, Rey de Castilla... A vos el que hubiere sido, es, o fuere mi tesorero, recetor, administrador, o recaudador mayor, de lo que el servicio que estos mis Reinos me

han concedido, para ayuda a los gastos de mi casamiento tocara a pagar a *la Villa de Madrid y su provincia* el trienio de los años de seiscientos y cuarenta y ocho y seiscientos y cuarenta y nueve, seiscientos y cincuenta, y a otra cualquier persona, a cuyo cargo hubiere sido, es, o fuere en cualquier manera la cobranza y paga del dicho servicio. Sabed, que yo mandé dar, y dí para el Presidente, y los del mi Consejo y Contaduría mayor de Hacienda, una cédula firmada de mi mano que está asentada en mis libros de Relaciones y extraordinario, que es del tenor siguiente: El Rey. Presidente y los de mi Consejo de Hacienda y Contaduría mayor della, yo os mando que el servicio del Chapín de la Reina de todos los partidos del Reino, excepto los de Extremadura y Galicia, y señaladamente en lo procedido y que procediere del en los años desde primero de julio de este presente de mil y seiscientos y cuarenta y ocho, hasta el de mil y seiscientos y cincuenta y uno, libreis al Conde Juan Esteban Imbrea, caballero de la Orden de Calatrava, y mi Factor General, treientos y ochenta y cinco mil escudos de a diez reales en vellón, que valen ciento y treinta quentos novecientos mil maravedís, por iguales partes, a ciento y veinte y ocho mil treientos y treinta y tres escudos, en cada uno de los dichos tres años, en cuenta de lo que se le habrá de librar para extinción y paga, intereses, premios, conducciones y otros gastos de su factoría de setecientos y diez mil escudos, de que se encargó en este dicho año de mil y seiscientos y cuarenta y ocho en esta mi Corte, Flandes, y Italia; y para la cobranza de los dichos treientos y ochenta y cinco mil escudos le dareis las libranzas y demás despachos necesarios en la forma que convenga solamente en virtud desta mi cédula, de que han de tomar la razón los Contadores que la tienen de mi Hacienda. Fecha en Madrid a diez y nueve de octubre de mil y seiscientos y cuarenta y ocho años.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro señor Juan Lucas Manzolo.—Tomó la razón Pedro de León.—Tomó la razón Martín de Medina Laso de la Vega. E agora por parte del dicho Juan Esteban Imbrea, Conde de Yebes, mi Factor General, me ha sido suplicado que en conformidad de la dicha mi cédula, suso incorporada, fuese servido de mandarle librar los dichos ciento y treinta quentos y novecientos mil maravedís en ella contenidos, según y como por ella se manda, o que proveyese como la mi merced fuese; visto por el Presidente y los del dicho mi Consejo y Contaduría mayor de Hacienda, y lo que cerca de lo susodicho parece por mis libros de Relaciones y extraordinario, fué acordado se le librasen, y en cuenta dellos en vos, *cuatrocientos y ochenta y nueve mil novecientos y cincuenta* maravedís. E yo túvelo por bien, y os

mando que de los maravedís de vuestro cargo del servicio que estos mis Reinos me han concedido para ayuda de los gastos de mi casamiento en el dicho trienio deis y pagueis al dicho Conde Juan Esteban Imbrea, o a quien su poder hubiere o por el lo hubiere de haber los dichos *cuatrocientos y ochenta y nueve mil novecientos y cincuenta* maravedís en dineros contados, en las siete pagas iguales, a que me los debeis pagar; que la primera cumple fin deste presente año de mil y seiscientos y cuarenta y ocho, y las seis restantes por los tercios de los años de seiscientos y cuarenta y nueve y seiscientos y cincuenta, de cuatro en cuatro meses, guardándole en la paga de los dichos maravedís la antelación de diez y nueve de octubre de este presente año de mil y seiscientos y cuarenta y ocho, que es el día de la fecha de la dicha mi cédula suso incorporada, y tomad su carta de pago, o de quien el dicho su poder hubiere, o por el lo hubiere de haber, con la cual y traslado signado de esta mía de libramiento para las primeras pagas que les hicieredes, y para la última la original serán bien dados y pagados; y mando se os reciban y pasen en cuenta los dichos maravedís sin otro recado alguno, que así es mi voluntad.—Dada en Madrid a *dos de diciembre* de mil y seiscientos y cuarenta y ocho años.—*Licenciado Samper González* (rubricado).—*El Marqués de Almon...* (rubricado).—*Don Juan de Otañes* (rubricado).—*Manuel Corticos de Villa...* (rubricado).—*Don Luis Alonso de Yepes y Rojas* (rubricado).—*Juan Félix de Vega* (rubricado).—*El Canciller Mayor: Miguel de Olariaga* (rubricado).•

Original e impresa; en cursiva lo manuscrito.

Sello de placa.

6) 1649, septiembre, 16. Madrid.—Repartimiento ordenado por el corregidor de la Villa y su tierra, D. Luis Jerónimo de Contreras, vizconde de Laguna de Contreras, caballero de la Orden de Santiago:

«Repartimiento hecho por mandado del señor don Luis Gerónimo de Contreras, caballero de la Orden de Santiago, Vizconde de Laguna de Contreras, Corregidor de esta Villa y su tierra por el Rey nuestro señor, de cuatro quentos ciento y ochenta y nueve mil novecientos y cincuenta maravedís, entre esta villa de Madrid y lugares de su partido y provincia, por que habla en Cortes, para hacer pago al señor Juan Esteban Imbrea, caballero de la Orden de Calatrava, conde de Yebes, factor general de Su Majestad, de la dicha cantidad, por tanto que Su Majestad, Dios le guarde, le ha situado

en la cantidad de maravedís, que el Reino junto en Cortes concedió a Su Majestad, para ayuda a los gastos de su casamiento y Chapín de la Reina nuestra señora; lo cual se ha de pagar en siete pagas iguales, que la primera cumplió en fin de diciembre del seiscientos y cuarenta y ocho, y las seis restantes por los tercios de este presente año de seiscientos y cuarenta y nueve y el venidero de seiscientos y cincuenta, de cuatro en cuatro meses, en conformidad de la cédula y provisiones para ello despachadas. Y del repartimiento se hace en la forma y manera siguiente:

- Madrid. •A la villa de Madrid y congregación de los mercaderes tratantes de ella han de pagar seiscientos y treinta mil maravedís, en siete pagas iguales, en la misma forma dela (*sic*) y en cada una de ellas noventa mil maravedís.
- Vallecas. »El lugar de Vallecas ha de pagar ochenta mil cuatrocientos y noventa y cuatro maravedís.
- Vicalvaro. •El lugar de Vicalvaro ha de pagar cuarenta mil y treinta y nueve maravedís y en cada paga seis mil docientos y noventa y tres maravedís.
- Iden por la Torre. •El dicho lugar de Vicalvaro por la Torre del Campo ha de pagar seiscientos y cuarenta y ocho maravedís y en cada paga noventa y seis maravedís.
- Ambroz. •El lugar de Ambroz ha de pagar cuatro mil ciento y treinta y nueve maravedís y en cada paga quinientos y noventa y tres maravedís.
- Rejas. •La villa de Rejas ha de pagar ocho mil ciento y sesenta y cuatro maravedís y en cada paga mil ciento y sesenta y ocho maravedís.
- Canillejas. •La villa de Canillejas ha de pagar catorce mil cuatrocientos y noventa maravedís y en cada paga dos mil y setenta maravedís.
- Barajas y Alameda. •Las villas de Barajas y El Alameda han de pagar ochenta y un mil quinientos y cuarenta y ocho maravedís y en cada paga once mil seiscientos y cuarenta y nueve maravedís.
- Canillas. •La villa de Canillas ha de pagar dos mil y setecientos maravedís y en cada paga trecientos y ochenta y cinco maravedís.
- Velilla. •La villa de Velilla ha de pagar cinco mil docientos y treinta y dos maravedís y en cada paga setecientos y cincuenta maravedís.

- Ortaleza. »La villa de Ortaleza ha de pagar doce mil novecientos y setenta y seis maravedís y en cada paga mil ochocientos y cincuenta y ocho maravedís.
- Fuencarral. »El lugar de Foncarral ha de pagar cuarenta y siete mil ochocientos y sesenta y un maravedís y en cada paga seis mil ochocientos y treinta y siete maravedís.
- San Sebastián. »El lugar de San Sebastián de los Reyes ha de pagar treinta y dos mil setecientos y veinte maravedís y en cada paga cuatro mil seiscientos y setenta y cuatro maravedís.
- La Rosa. »La villa de Larrosa, que antes se llamaba Chamartín, ha de pagar mil seiscientos y veinte maravedís y en cada paga docientos y treinta y dos maravedís.
- Alcobendas. »La villa de Alcobendas ha de pagar cuarenta y tres mil cuatrocientos y setenta y ocho maravedís y en cada paga seis mil docientos y once maravedís.
- San Agustín. »La villa de San Agustín ha de pagar treinta mil setecientos y ochenta y seis maravedís; cada paga cuatro mil trecientos y noventa y ocho maravedís.
- Pedrezuela. »La villa de Pedreçuela ha de pagar veinte y seis mil novecientos y cuarenta y cuatro maravedís y en cada paga tres mil ochocientos y cincuenta y seis maravedís.
- Fuente el Fresno. »El lugar de Fuente el Fresno ha de pagar ocho mil y cincuenta y un maravedís y en cada paga mil ciento y cincuenta maravedís.
- Cobeña. »Los herederos del Burrillo, vecinos de la villa de Cobeña, han de pagar siete mil seiscientos y sesenta y cinco maravedís; en cada paga mil y noventa y cinco maravedís.
- Coslada. »El lugar de Coslada ha de pagar siete mil cuatrocientos y cuarenta y seis maravedís y en cada paga mil y sesenta y cuatro maravedís.»
- Ribas. »La villa de Ribas ha de pagar tres mil ciento y cuarenta y dos maravedís y en cada paga cuatrocientos y cuarenta y nueve maravedís.»
- Mejorada. »La villa de Mejorada diez y ocho mil ciento y veinte y seis maravedís y en cada paga dos mil quinientos y noventa maravedís.»
- Aravaca. »La villa de Aravaca ha de pagar veinte y seis mil y ochenta y ocho maravedís y en cada paga tres mil setecientos y veinte y siete maravedís.»

- Umera. «La villa de Umara ha de pagar mil y ochenta maravedis y en cada paga ciento y cincuenta y cuatro maravedis y medio.»
- Pozuelo. «La villa de Pozuelo de Alarcón, que se llama de Arabaca, ha de pagar treinta y dos mil setecientos y cuarenta y tres maravedis y en cada paga cuatro mil seiscientos y setenta y siete maravedis y medio.»
- Las Rozas. «El lugar de Las Rocas ha de pagar cuarenta mil seiscientos y veinte maravedis y en cada paga cinco mil ochocientos y tres maravedis.»
- Boadilla. «La villa de Voadilla ha de pagar diez y nueve mil cuatrocientos y diez maravedis y en cada paga dos mil setecientos y setenta y dos maravedis.»
- Majadaonda. «El lugar de Majadaonda ha de pagar treinta y siete mil setecientos y setenta y un maravedis y en cada paga cinco mil trecientos y ochenta y un maravedis y medio.»
- Alcorcón. «El lugar de Alcorcón ha de pagar cuarenta y cuatro mil novecientos y siete maravedis y en cada paga seis mil cuatrocientos y quince maravedis.»
- Parla. «La villa de Parla ha de pagar treinta mil setecientos y treinta y cuatro maravedis y en cada paga cuatro mil trecientos y noventa maravedis.»
- Polboranca. «La villa de Polboranca ha de pagar siete mil y novecientos maravedis y en cada paga mil ciento y veinte y ocho maravedis y medio.»

Otra vereda

- Villaverde. «El lugar de Villaberde ha de pagar cuarenta y ocho mil ochocientos y treinta y ocho maravedis y en cada paga seis mil novecientos y setenta y siete maravedis.»
- Getafe. «El lugar de Getafe ha de pagar docientos y tres mil seiscientos y cuatro maravedis y en cada paga veinte y nueve mil y ocho y seis maravedis.»
- Umanejos. «El lugar de Umanejos ha de pagar cuatro mil quinientos y setenta y cinco maravedis y en cada paga seiscientos y cincuenta y dos maravedis.»
- Fuenlabrada. «El lugar de Fuenlabrada ha de pagar ochenta y dos mil setecientos y ochenta maravedis y en cada paga once mil ochocientos y veinte y seis maravedis.»

- Torrejón de la Calzada. «El lugar de Torrejón de la Calzada ha de pagar cinco mil cuatrocientos y un maravedis y en cada paga setecientos y setenta y dos maravedis.»
- Casarrubuelos. «El lugar de Casarrubuelos ha de pagar nueve mil seiscientos y cuarenta maravedis y en cada paga mil trescientos y setenta y siete maravedis.»
- Perales. «El lugar de Perales ha de pagar siete mil seiscientos y veinte y cinco maravedis y en cada paga mil y ochenta y nueve maravedis y medio.»
- Leganes. «La villa de Leganes ha de pagar sesenta y ocho mil cuatrocientos y ochenta y tres maravedis y en cada paga nueve mil setecientos y ochenta y cinco maravedis y medio.»
- Caramanchel de Arriba. «El lugar de Caramanchel de Arriba ha de pagar cuarenta y un mil seiscientos y setenta y cinco maravedis y en cada paga cinco mil novecientos y cincuenta y tres maravedis y medio.»
- Caramanchel de Abajo. «El lugar de Caramanchel de Abajo ha de pagar cuarenta y tres mil setecientos y ocho maravedis y en cada paga seis mil docientos y cuarenta y cuatro maravedis.»
- Torrejón de Velasco. «La villa de Torrejón de Velasco ha de pagar sesenta y siete mil ochocientos y treinta maravedis y en cada paga nueve mil seiscientos y noventa maravedis.»
- Cubas y Griñón. «La villa de Cubas y Griñón ha de pagar cincuenta y dos mil docientos y treinta y tres maravedis y en cada paga siete mil cuatrocientos y sesenta y dos maravedis.»
- Borox. «La villa de Vorox ha de pagar setenta y cinco mil ochocientos y cuarenta y cinco maravedis y en cada paga diez mil ochocientos y treinta y cinco maravedis.»
- Odon. «La villa de Odon ha de pagar treinta mil trescientos y setenta y cinco maravedis y en cada paga cuatro mil trescientos y treinta y nueve maravedis.»
- Iden por la Veguilla. «La dicha villa de Odón ha de pagar por la Veguilla cuatro mil seiscientos y veinte y seis maravedis y en cada paga seiscientos y sesenta y un maravedis.»
- Quijorna. «La villa de Quijorna ha de pagar veinte y siete mil ochocientos y cinco maravedis y en cada paga tres mil novecientos y setenta y dos maravedis.»
- Brunete. «La villa de Brunete ha de pagar noventa y siete mil ochocientos y treinta y cuatro maravedis y en cada paga trece mil novecientos y setenta y seis maravedis.»

- Sacedón. «La villa de Sacedón ha de pagar diez y nueve mil ciento y sesenta maravedis y en cada paga dos mil setecientos y treinta y siete maravedis.»
- Zarçuela. «La villa de La Çarzuela ha de pagar dos mil treientos y treinta y seis maravedis y en cada paga treientos y treinta y dos maravedis.»
- La Caveza. «La villa de La Caveça ha de pagar seis mil quinientos y setenta y seis maravedis y en cada paga novecientos y treinta nueve maravedis.»
- Serranillos. «La villa de Serranillos ha de pagar veinte mil treientos y veinte y ocho maravedis y en cada paga dos mil novecientos y cuatro maravedis.»
- Iden. «La villa ha de pagar por los vecinos del término de Cormalache tres mil ciento y cuarenta y cuatro maravedis y en cada paga cuatrocientos y cuarenta y cinco maravedis.»
- Moraleja la Mayor. «La villa de Moraleja la Mayor ha de pagar dos mil trecientos y treinta y seis maravedis y en cada paga trecientos y treinta y tres maravedis y medio.»
- La de en medio. «La villa de Moraleja de en medio ha de pagar diez y ocho mil seiscientos y noventa y tres maravedis y en cada paga dos mil seiscientos y setenta maravedis.»
- Vacia Madrid. «La villa de Vacia Madrid ha de pagar tres mil docientos maravedis y en cada paga cuatrocientos y sesenta y tres maravedis.»
- Belmonte de Tajo. «La villa de Belmonte de Tajo ha de pagar cuarenta y cinco mil setecientos y ochenta y un maravedis y en cada paga seis mil quinientos y cuarenta maravedis.»
- Peñalber. «La villa de Peñalber ha de pagar sesenta y tres mil cuatrocientos y cuarenta y cuatro maravedis y en cada paga nueve mil y sesenta y tres maravedis.»
- Alocen. «La villa de Aloçen ha de pagar treinta y siete mil docientos y ochenta y ocho maravedis y medio (*al margen*: 5288 $\frac{1}{2}$).»
- Buendia. «La villa de Buendia ha de pagar ciento y cuarenta y nueve mil novecientos y noventa y nueve maravedis y en cada paga veinte y un mil cuatrocientos y veinte y ocho maravedis.»
- Alondiga. «La villa de Alondiga ha de pagar cuarenta mil novecientos y cincuenta y cinco maravedis y en cada paga cinco mil ochocientos y cincuenta maravedis.»

- Illana. «La villa de Illana ha de pagar sesenta y seis mil ciento y sesenta y siete maravedis y en cada paga nueve mil cuatrocientos y cincuenta y dos maravedis.»
- Albalete. «La villa de Alvalate ha de pagar sesenta y ocho mil ciento y setenta y tres maravedis y en cada paga nueve mil setecientos y treinta y nueve maravedis.»
- Almonaci. «La villa de Almonaci ha de pagar ciento y dos mil quinientos y ocho y un maravedis y en cada paga catorce mil seiscientos y cincuenta y cuatro maravedis.»
- Yebra. «La villa de Yebra ha de pagar ochenta y cinco mil ciento y setenta y siete maravedis y en cada paga doce mil ciento y sesenta y ocho maravedis.»
- Fuente Novilla. «La villa de Fuente Novilla ha de pagar treinta y cinco mil trecientos y noventa maravedis y en cada paga cinco mil y cincuenta y cinco maravedis.»
- Ontoba. «La villa de Ontoba ha de pagar treinta y nueve mil cuatrocientos y noventa y seis maravedis y en cada paga cinco mil seiscientos y cuarenta y dos maravedis.»
- Escariche. «La villa de Escariche ha de pagar treinta y siete mil cuatrocientos y cuarenta y dos maravedis y en cada paga cinco mil trecientos y cuarenta y nueve maravedis.»

Otra vereda

- Guebra. «La villa de Guebra ha de pagar treinta y un mil y veinte y nueve maravedis y en cada paga cuatro mil cuatrocientos y treinta y dos maravedis.»
- Moratilla. «La villa de Moratilla ha de pagar sesenta y cuatro mil seiscientos y veinte y siete maravedis y en cada paga nueve mil docientos y treinta y dos maravedis y medio.»
- Fuentelenzina. «La villa de Fuentelenzina ha de pagar ciento y cuatro mil seiscientos y treinta y nueve maravedis y en cada paga diez y siete mil ochocientos y cinco maravedis.»
- Baldeconcha. «La villa de Valdeconcha ha de pagar cuarenta y seis mil ciento y sesenta y dos maravedis y en cada paga seis mil quinientos y noventa y cuatro maravedis y medio.»

- Verlinches. «La villa de Berlinches ha de pagar cinco mil ochocientos y ochenta y nueve maravedis y en cada paga ochocientos y cuarenta y nueve maravedis y medio.»
- Auñon. «La villa de Auñon ha de pagar ciento y dos mil ciento y diez maravedis y en cada paga catorce mil quinientos y ochenta y siete maravedis.»
- Sayaton. «La villa de Sayaton ha de pagar cinco mil ciento y veinte y ocho maravedis y en cada paga setecientos y treinta y dos maravedis y medio.»
- Pastrana. «La villa de Pastrana ha de pagar ciento y setenta y nueve mil quinientos y veinte y ocho maravedis y en cada paga veinte y cinco mil seiscientos y cuarenta y siete maravedis.»
- El Común de Zurita. «La villa de El Común de Zurita ha de pagar seis mil seiscientos y sesenta y siete maravedis y en cada paga novecientos y cincuenta y dos maravedis y medio.»
- Almoguera. «La villa de Almoguera ha de pagar veinte y cinco mil ciento y treinta y dos maravedis y en cada paga tres mil quinientos y noventa maravedis y medio.»
- Mazuecos. «La villa de Maçuecos ha de pagar diez y seis mil cuatrocientos y trece maravedis y en cada paga dos mil trecientos y cuarenta y cuatro maravedis y medio.»
- Brea. «La villa de Brea ha de pagar cuarenta y ocho mil docientos y catorce maravedis y en cada paga seis mil ochocientos y ochenta y siete maravedis y medio.»
- Driebes. «La villa de Driebes ha de pagar treinta y tres mil ochocientos y cincuenta y dos maravedis y en cada paga cuatro mil ochocientos y treinta y seis maravedis.»
- Albares. «La villa de Albares ha de pagar cincuenta y siete mil novecientos y cincuenta y nueve maravedis y en cada paga ocho mil ducientos y ochenta maravedis.»
- El Poço. «La villa del Poço ha de pagar doce mil trecientos y diez maravedis y en cada paga mil setecientos y cincuenta y ocho maravedis.»
- El Común de Almo-
guera. «La villa de El Común de Almoguera ha de pagar diez y seis mil novecientos y veinte y seis maravedis y en cada paga dos mil cuatrocientos y diez y ocho maravedis.»

Otra vereda.

- Maqueda. «La villa de Maqueda ha de pagar ochenta mil seiscientos y cincuenta y dos maravedis y en cada paga cinco mil quinientos y veinte y un maravedis y medio.»
- Carmena. «La villa de Carmena ha de pagar cincuenta mil y setenta y tres maravedis y en cada paga siete mil ciento y cincuenta y tres maravedis.»
- Val de Santo Domingo. «El lugar de Val de Santo Domingo ha de pagar por si mismo y el concejo de Urtada veinte y tres mil ochocientos y treinta y cinco maravedis y cada paga tres mil y cuatrocientos y cinco maravedis.»
- Quismondo. «El lugar de Quismondo ha de pagar trece mil quinientos y treinta y seis maravedis y en cada paga mil novecientos y treinta y siete maravedis.»
- Casarrubios del Monte. «La Villa de Casarrubios del Monte ha de pagar ciento y dos mil maravedis y en cada paga catorce mil quinientos y setenta y un maravedis y medio.»
- Villamanta. «La villa de Villamanta ha de pagar sesenta y ocho mil maravedis y en cada paga nueve mil setecientos y diez y nueve maravedis.»
- El Alamo. «El lugar de El Alamo ha de pagar veinte y cuatro mil maravedis y en cada paga tres mil cuatrocientos y veinte y ocho maravedis y medio.»
- Las Ventas. «El lugar de las Ventas ha de pagar doce mil quinientos y dos maravedis y en cada paga mil setecientos y ochenta y seis maravedis.»
- Valmojado. «El lugar de Valmojado ha de pagar veinte y cuatro mil maravedis y en cada paga tres mil cuatrocientos y veinte y ocho maravedis.»
- Arroyomolinos. «La villa de Arroyomolinos ha de pagar diez mil ciento y cuarenta y ocho maravedis y en cada paga mil cuatrocientos y cuarenta y nueve maravedis y medio.»
- Santa Cruz del Retamar. «La villa de Santa Cruz del Retamal ha de pagar diez y ocho mil cuatrocientos y treinta y cuatro maravedis y en cada paga dos mil seiscientos y ochenta y un maravedis y medio.»
- Zurita. «La villa de Zurita ha de pagar cuatro mil novecientos y catorce maravedis y en cada paga setecientos y dos maravedis.»

«Y visto este repartimiento por el dicho señor Vizconde de Laguna de Contreras, mandó se guarde cumpla y ejecute como en el se contiene, y para su cobranza se despachen verederos a los lugares en el contenidos, para que se les haga notorio y traigan el dinero a poder de Gerónimo Gastaldi, persona nombrada por el dicho señor Conde de Yebes para recibir el dicho dinero, con apercebimiento que no pagando luego las dichas cantidades, contra ellos se despacharán ejecutores con días y salarios; y de la cantidad que obra del dicho repartimiento se pague a los dichos verederos. Asi lo mando y firmo en Madrid, a diez y seis días del mes de septiembre de mil y seiscientos y cuarenta y nueve años.—El Vizconde de la Laguna (*rubricado*).—Don Joseph Martínez. (*rubricado*).

Original.

7) 1650.—Tres oficios del conde de Yebes al escribano mayor del Concejo, José Martínez, sobre que las comisiones del chapín se den a las personas que dijere Jerónimo Gastalde, su oficial.

8) 1650-1652.—Varias relaciones de lugares, firmadas por Jerónimo Gastalde, a fin de que el mencionado José Martínez despache comisión a favor de las personas encargadas de la cobranza.

9) 1650.—Súplicas de las villas de Boadilla, Odón y Villamanta, fundadas en la exigüidad y pobreza de su vecindario. En los tres casos, el corregidor, vizconde de Laguna, las atiende, y rebaja considerablemente la asignación.

Particularmente interesante es el caso de la villa de Odón. Se le habían asignado treinta y cuatro mil novecientos treinta y nueve maravedís, de ellos cuatro mil seiscientos veintiséis por el despoblado de la Vega. Los dos memoriales de su escribano, Simón Fraile, y el de Juan Gómez, su procurador, manifiestan: a) Que el despoblado de la Veguilla pertenecía al conde de Chinchón, y no a la jurisdicción de Odón. b) Que el repartimiento se había efectuado atendiendo al padrón antiguo de ciento veinte años atrás, en el que figuraban doscientos cincuenta vecinos, mientras que en el año de la fecha, 1650, agrupaba tan sólo setenta vecinos, según lo probaban las recientes contribuciones de alcabalas y servicio real. c) Que ningún vecino

poseía hacienda raíz, tierra ni heredad alguna en propiedad, «porque todo cuanto labran son de rentas, y no propios, que es por lo que se causa y adeuda el dicho repartimiento». d) Que las tres cuartas partes del término eran tierras labrantías del conde de Chinchón, y la otra parte del vizconde de Santa Marta, convento de Santa Clara de Madrid, del convento de monjas de San Jerónimo el Real de Segovia, del convento de San Leonardo de la Orden de San Bernardo de Toledo, y otras capellanías y memorias, «de manera que todas las haciendas que arnan los vecinos son de las dichas personas, sin que pechen ni paguen contribución alguna por ser de personas caballeros hijosdalgo y de eclesiásticos, a quien contribuyen las rentas». Se le rebajan 6.000 maravedís y se reconoce la exención de la Veguilla.

10) 1650-1652.

El resto del voluminoso expediente lo componen veintiún mandamientos judiciales, despachados por el corregidor de Madrid y su tierra, don Luis Jerónimo de Contreras, maestre de campo, vizconde de Laguna y caballero de Santiago, nombrando otros tantos alguaciles ejecutores, a fin de que vayan a las villas y lugares declarados en cada mandamiento, y ejecuten en sus bienes propios y rentas, y por las cantidades declaradas, en vista de que el término de pago «es pasado y mucho más». Las ejecuciones habrían de hacerse «conforme a derecho, prisión, y como por maravedís y haber de su majestad, prendiendo un alcalde y un regidor de cada una de las dichas villas y lugares; y los traireis o enviareis presos a la Cárcel Real de esta Villa, con las guardas y prisiones necesarias, y embargareis todos y cualesquier bienes, que parecieren ser y se hallaren en los dichos concejos; y seguireis las vias ejecutivas hasta sentencia de remate y mandamiento de pago, hasta que con efecto se haga a Jerónimo Gastaldi...»

Signatura: 2-482-37.

7

1650.—Relación de las fianzas que ha dado Juan de Villagas para la receptoría del chapín de la reina.

Signatura: 2-482-36.

8

1651.—Mandamiento judicial expedido por el corregidor Contreras, conde de Covatillas, etc., contra los lugares de Vallecas, Getafe y Barajas.

Incompleto. Carece de fecha y firma, así como de la cuantía del adeudo, que determina Gastalde en nota adjunta.

Signatura: 2-482-40.

9

1651.—Memorial de la villa de Carmena solicitando una rebaja en su asignación.

1652.—Otro del alcalde ordinario de la villa de Fuentelen-cina sobre que la Casa de la Moneda «desta Villa» reciba 3.514 reales —«mil seiscientos y sesenta y seis del servicio ordinario y los mil y ochocientos y cuarenta y ocho reales restantes del chapín y bodas»— en moneda rebajada.

Sin indicación de lugar ni fecha; mas se entiende que se trata de la Casa de Moneda madrileña.

Signatura: 2-482-42.

IO

1679 y 1680.—Repartimiento hecho para la paga del servicio del chapín de la reina.—Juez: el marqués de Ugena (*corregidor de Madrid*).—Secretario: Martín Verdugo. Contiene:

1) 1679, febrero, 28. Madrid.

«El Rey.—Concejo, Justicia, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la noble villa de Madrid. La conveniencia pública y amor que tengo a mis vasallos me obliga a no dila-

tar el tomar estado y tratar luego de mi casamiento, y aunque he deseado excusar siempre todo género de gasto por no gravar a mis vasallos, como lo habéis experimentado en todas ocasiones, es preciso valerme en esta del servicio que acostumbra hacer el Reino para estos gastos, que es el que llaman chapin de la reina, y el que se ha concedido y ejecutado siempre que ha habido casamientos reales. Y así he querido después de participaros esta noticia, encargaros, como afectuosamente os encargo, dispongais cuanto antes la concesión de este servicio y la satisfacción de él, según y como se hizo el año de seiscientos y cuarenta y ocho en la ocasión del casamiento del Rey, mi señor y padre (que santa gloria haya), que del celo y amor de tan buenos vasallos espero lo ejecutareis con toda brevedad, dando ejemplo a las demás villas, para que a vuestra imitación hagan lo mismo; que todo lo que obraredes y adelantaredes en eso le hará mayor en mi cariño para favoreceros y haceros merced. Madrid a veintiocho de febrero de mil seiscientos setenta y nueve. Yo el Rey (*rubricado*).—Por mandado del rey nuestro señor: Licenciado Gregorio Altamirano Portocarrero.»

Original. Sello de placa y firma autógrafa del monarca.

2) 1679, marzo, 1. Madrid.—Carta del presidente del Consejo de Castilla, D. Antonio de la Puente y Guevara, dirigida a Madrid, a fin de estimular su celo en el mismo asunto.

3) 1679, marzo, 18. Madrid.—Copia simple del acuerdo de la Villa sobre la concesión del servicio:

«..... se juntaron en el Ayuntamiento el señor don Francisco de Herrera Enriquez, marqués de Ugena, del Consejo y Contaduría Mayor de Hacienda de Su Majestad, corregidor de esta villa, y los señores don Cosme de Abaunza, etc., regidores de esta dicha Villa.

•Habiendo precedido llamamiento para ver una carta de Su Majestad tocante al servicio del chapín de la reina, nuestra señora, y la del señor Presidente que la acompaña, que su tenor es como se sigue (*insertan cédula y carta precedente*).

•Y vistas dichas cartas y los acuerdos de Madrid, que sobre esta materia se hicieron en el año pasado de mil y seiscientos y cuarenta y ocho, con los demás papeles que conducen a este fin, tratado y conferido =

•Se acordó se vote y se votó en la forma y manera siguiente: El señor don Francisco Antonio Méndez Testa dijo que respecto de haberle dado un llamamiento para ver una carta de Su Majestad y decirle el señor marqués de Ugena, corregidor de esta Villa, y certificarle el secretario, don Martín Verdugo, que el llamamiento se mandó dar para ver y resolver sobre el contenido de la carta de Su Majestad, y ser la precisión de haberse de votar hoy, no traía discurrido ni hecho dictamen conforme a su conciencia; queda con el sentimiento debido de que no se le conceda término para discurrir el modo de servir a Su Majestad, y en el interin no viene en ello, y suplica al señor marqués se den los llamamientos como se deben dar y ante diem.

•El señor don Fernando de Soto dijo lo mismo que ha dicho el señor don Francisco Mendez Testa.

•El Señor don Francisco Antonio Martínez de Velasco dijo que viene en servir a Su Majestad con el dicho servicio del chapín de la Reina, nuestra señora, en la misma conformidad que se concedió en el año pasado de mil y seiscientos cuarenta y ocho.

•El señor Don José Martínez Verdugo dijo lo mismo que el dicho señor don Francisco Martínez de Velasco.

•El Sr. don Juan Ochoa dijo que siente mucho no poder venir en este servicio por no tenerlo comunicado, y serle de gran escrúpulo el cargar a los lugares de la provincia y partido más tributos por estar tan aniquilados, como es notorio.

•El señor don Antonio Fernández de Somoza dijo lo mismo que el señor ... Velasco.

•El señor don Juan Godo dijo lo mismo; el señor don Lope Gaspar de Figueroa dijo lo mismo; el señor don Nicolás Rubio dijo lo mismo; el señor don Gonzalo Pacheco dijo lo mismo.

•El señor don Diego Manrique dijo que sin perjuicio de los privilegios y de las condiciones del Reino y por sola esta vez, viene en que se sirva a Su Majestad con la cantidad con que sirvió el Reino en el dicho año de seiscientos y cuarenta y ocho; y en la misma conformidad que se contiene en el acuerdo de Madrid.

•El señor don Juan Antonio de Lorca dijo que respecto de no haberse dado el llamamiento sobre la carta que Su Majestad ha sido servido de enviar a este Ayuntamiento tocante a que se le sirva con el servicio que llaman del chapín de la Reina, nuestra señora, para su casamiento; y ser materia de escrúpulo por haber de tocar gran parte de esto a los lugares de la provincia, y de conocer el que vota la imposibilidad en que se hallan, pues habiendo oído el repartimiento que en el dicho año se hizo a algunos lugares, los más de ellos

los eximieron de esta carga por hallarse despoblados. Y pone en la consideración de su Majestad el que vota que con el curso de las necesidades y epidemias, que corren desde áquel tiempo a este, parece se hallan con grandes trabajos. Y por estas consideraciones no viene, con hartó dolor suyo, por ahora en este mandato hasta tanto que lo comunique con personas que le saquen del escrúpulo.

»El señor don Angelo Garretón dijo lo mismo que... Velasco; el señor don Francisco de Rivas dijo lo mismo; el señor don Francisco Vela dijo lo mismo; el señor don Manuel de Aliedo dijo lo mismo; el señor don Juan de Cárdenas dijo lo mismo.

»El señor don Tomás de Alava dijo que suplica al señor marqués de Ugena, que en cumplimiento de las leyes del Reino y autos del Consejo, y estilo inconcuso de esta Villa, mande dar llamamiento ante diem, para todas aquellas materias que se hubieren de resolver en el Ayuntamiento, especificando ser para su resolución, pues las leyes, para evitar los inconvenientes de lo inconsulto, lo tienen así prevenido; lo cual experimenta hoy por este motivo el no poder votar este servicio, como no le vota, que pudiera ser para otro día que trujese dictamen para hacerlo. Y en este estado, cesó en el voto el dicho señor don Tomás de Alava, por haber mandado el señor corregidor que no prosiguiese.

»El señor don Diego Carballido dijo lo mismo que... Velasco; el señor don Rafael Sanguineto dijo lo mismo; el señor don Pedro Vicente de Borja dijo lo mismo; el señor don Andrés Martínez Navarrete dijo que viene en servir a su Majestad con el dicho servicio; el señor don Cosme de Abaunza dijo lo mismo que... Velasco.

»Y el señor Corregidor se conformó con lo votado por la mayor parte.—Don Martín Verdugo.—Concuerda con el original.»

4) 1679, agosto, 9. Madrid.—Provisión real del Consejo de Hacienda, que contiene las instrucciones para la cobranza y reparto del tributo a la Villa de Madrid y a los lugares y villas de su Tierra y provincia.

De la totalidad de los ciento cincuenta cuentos concedidos en ocasión del matrimonio de Carlos II con María Luisa de Orleans, corresponden a la villa de Madrid y a los lugares y villas de su Tierra y provincia cuatro cuentos, ciento ochenta y nueve mil novecientos cincuenta maravedís, cantidad idéntica a la del año 1648 (v. 6, 3). Igualmente la asignación a cada lugar concuerda en absoluto con la de tal ocasión.

Original. Sello de placa.

Ayuntamiento de Madrid

5) 1680, julio, 31. Madrid.—Repartimiento ordenado por el corregidor de Madrid y su Tierra, D. Francisco de Herrera Enríquez, caballero de la Orden de Alcántara, etc., en virtud de la provisión real precedente.

Se distribuyen los lugares en veredas, y se conserva el orden y la cuantía en la asignación de maravedís del año 1649 (v. 6, 6).

Figura en blanco el nombre de la persona encargada de percibir el producto de la cobranza del servicio.

6) 1680, agosto, 21. Madrid.—Acuerdo del Ayuntamiento nombrando tesorero a Diego de Santiyán «para que entre en su poder todo lo procedido y que procediere del repartimiento, que se ha hecho a todos los lugares de la provincia, para el servicio que esta Villa tiene concedido a su Majestad, que llaman chapín de la Reina...»

7) 1680, septiembre, 4. Madrid.—Tres mandamientos expedidos por el corregidor, marqués de Ugena, a razón de uno por cada vereda, para que las villas y lugares traigan a la corte las cantidades repartidas. Cada partida consigna una de las siete pagas en que el servicio se distribuía, y se da un plazo de veinte días, a partir del requerimiento, a fin de satisfacer «las dos caídas, que cumplió la una fin de diciembre del año pasado de seiscientos y setenta y nueve, y la otra fin de abril de este presente de seiscientos y ochenta».

La comisión se encarga a los verederos Juan de Encinas, Pedro Giménez y Alonso Valaguera.

A continuación de cada mandamiento va nota con las dietas asignadas a cada uno, firmada por el propio Ugena. Suelen ser de seis y doce reales por lugar, según la menor o mayor extensión del distrito, y a cuenta del propio y principal asignado.

8) 1680.—Completan el expediente los oportunos requerimientos y notificaciones a los alcaldes ordinarios de las diferentes villas y lugares pertenecientes a la Villa y Tierra madrileñas.

La mayoría «la obedece con el respeto debido y pone sobre su cabeza y está presto de cumplir con su tenor...» Sin embargo, Quismondo contesta «que por lo imposibilitado y corta vecindad, necesita enviar persona a pedir rebaja, y si no se consigue se pagará lo repartido»; Val de Santo Domingo manifiesta que la alcaldía de Hurtada no era de su jurisdicción, sino de la de Maqueda; Serranillos, que no le toca pagar por los vecinos y término de Cormaleche, que «era del estado de Chinchón y fué vencida esta Villa en pleito que usó entre su excelencia y ella, y después dicho señor conde de Chinchón lo vendió a la villa de Carranque, a quien le toca pagar»; Vallecas, que el lugar estaba pagando el repartimiento de moneda forera...» Barajas pide separar su contribución de aquella correspondiente a la villa de El Alameda, puesto que ésta ha pagado aparte y Barajas no tiene jurisdicción sobre ella; y en cuanto a El Alameda, suplica que se atienda a su repartimiento, por cuanto tiene la misma vecindad que Canillejas y Torres Pardo.

Signatura: 2-482-47.

I I

1683.—Autos contra Madrid y petición de la Villa relacionados con el servicio del chapín del año 1680.

1) 1683, enero, 27. Madrid.

•Notifíquese a esta villa de Madrid en su ayuntamiento, que dentro de tercero día pague y ponga en poder de don Domingo de Ceballos Castañeda, tesorero de las alcabalas y unos por ciento de esta Villa, seiscientos y treinta mil maravedís, que está debiendo por los mismos, que se la repartió por el chapín de la Reina nuestra señora, como parece por la relación dada por don Diego Santian; y que lo cumpla dentro de dicho término, con apercibimiento que pasado, no lo habiendo hecho, se proveerá lo que fuere de justicia. El señor don Luis Moreno Ponce de León, caballero de la Orden de Santiago, del Consejo y Contaduría mayor de Hacienda de su majestad, superintendente y administrador general de todas las rentas reales de esta Villa y su provincia, lo mandó en Madrid a veinte y siete de enero de mil y seiscientos y ochenta y tres, y lo señaló. Ante mí: Juan de Vallecas Domingo.»

Ayuntamiento de Madrid

2) 1683, julio, 23. Madrid.

«..... visto el auto antecedente en el ayuntamiento de esta Villa, se remitió al señor procurador general, para que ejecute lo que lleva entendido.—Don Martin Verdugo (*rubricado*).»

3) S. a.

«Don Agustín Antonio de Alava, caballero de la orden de Santiago y procurador general de esta villa de Madrid en su nombre, digo: Que se ha hecho notorio a Madrid un auto de V. S., en que manda que dentro del tercero día etc. El cual V. S. se ha de servir de reformar..., declarando que Madrid no debe pagar dicha cantidad. Así lo pido y se debe hacer, lo primero por lo general y favorable; lo otro porque el dicho auto se dió sin conocimiento de causa, y así con ella se puede y debe reformar; lo otro porque es hecho cierto y sin disputa el que Madrid no debe pagar la dicha cantidad que se le reparte, por no haberla pagado en ningún tiempo, aunque se le haya repartido, y así tiene a su favor la posesión inmemorial, en la cual se le debe mantener; lo otro porque esto se esfuerza, atendiendo a los servicios que continuamente está haciendo a su majestad en sus propias sisas municipales para las necesidades de la corona, con que parece cesa el motivo de su repartimiento y cobranza de él. Atento a lo cual, a V. S. pido y suplico que, manteniendo y amparando a Madrid en la posesión en que se halla, provea y determine como en esta petición se contiene, pues así es de justicia...—Agustín Antonio de Alava (*rubricado*).—Licenciado don Antonio Suarez de Aguilera (*rubricado*).»

4) 1683, agosto, 14. Madrid.

«Sin embargo de lo que se alega... se vuelva a notificar a esta Villa de Madrid en su ayuntamiento, que dentro de cuatro días primeros siguientes al de la notificación, ponga en poder de don Domingo Ceballos Castañeda, tesorero de las alcabalas y unos por ciento de esta Villa, los seiscientos y treinta mil maravedís, que está debiendo por el repartimiento que se le hizo del chapin de la Reina nuestra señora, como por autos de su señoría de veinte y siete de enero pasado de este año esta mandado, y que lo cumpla con apercibimiento.—El señor don Luis Moreno Ponce de León...—Ante mí: Pedro Navajas (*rubricado*).»

Signatura: 2-482-48.

Ayuntamiento de Madrid

I 2

1690-1692.—Cartas de Su Majestad y papel del gobernador del Consejo para que Madrid concediese el servicio del chapín de la reina, y acuerdo de Madrid concediéndolo en la forma y cantidad que lo fué en los años de 1649 y 1680. Contiene:

1) 1690, septiembre, 7. Madrid.

«El Rey.—Concejo, Justicia, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la noble villa de Madrid. La conveniencia pública y amor que tengo a mis vasallos me obligaron a no dilatar el volver a tomar estado, y aunque he deseado escusar todo género de gasto por no grabar a mis vasallos, es preciso valerme en esta ocasión del servicio que acostumbra hacer el Reino para estos gastos, que es el que llaman chapín de la Reina, y el que se ha concedido siempre que ha habido casamientos reales. Y así os he querido encargar, como afectuosamente os encargo, dispongais cuanto antes la concesión de este servicio, y que su exaccion sea suave y con proporción a la miseria en que se hallan los pueblos por los gastos extraordinarios, que generalmente se han recrecido a la mayor parte de ellos con las levass que me han servido para esta campaña, y otros que han ocurrido; en la forma, según y como se hizo así el año de 648, en la ocasión del casamiento del Rey, mi padre y señor que está en gloria, y el mio del año de 79. Que del celo y amor de tan buenos vasallos espero lo ejecutareis con la brevedad y fineza que acostumbrais, dando ejemplo a las demás ciudades, para que a vuestra imitación hagan lo mismo; que de todo lo que obraredes y adelantaredes en esto, le hará mayor en mi cariño y estimación para favoreceros y haceros merced.—Madrid a siete de septiembre de mil seiscientos noventa.—Yo el Rey (*rubricado*).—Por mandado del Rey nuestro señor, don Eugenio de Marban y Mallea (*rubricado*).»

Original. Sello de placa y firma autógrafa del monarca.

2) 1690, septiembre, 19. Madrid.

«Habiendo participado a V. S. por la Cámara la real orden, que bajó de Su Majestad (que Dios guarde), sobre el servicio del chapín de la Reina, concurro con mucha confianza a encargar a V. S. (como

lo hago) que continuando el amor y celo con que en todas ocasiones ha procurado señalarse en cuanto se ha ofrecido del servicio de su Majestad, se sirva de ejecutar lo mesmo en esta; que por ser la primera que ha ocurrido de calidad, despues que tengo a mi cargo el gobierno del Consejo, será para mí cualquier esfuerzo que haga V. S. de suma estimación y desearé acreditarlo en cuanto se ofrezca.—De la mayor estimación de V. S., a quien guarde Dios en toda felicidad dilatados años.—Madrid.....—Antonio, obispo de Zaragoza (*rubricado*).—Muy noble y coronada villa de Madrid.»

3) 1690, octubre, 2. Madrid.

«..... estando juntos en el ayuntamiento de esta Villa los señores Corregidor y Madrid entre otros acuerdos hicieron el siguiente: Habiendo precedido llamamiento, se volvió a ver una carta de su majestad que se vió en el ayuntamiento de 11 de septiembre, su fecha de 7 de él, mandando que Madrid haga el servicio, por lo que toca a su casco y lugares de su provincia que en las ocasiones de casamientos reales acostumbra a hacer el reino, que llaman chapín de la Reina; y así mismo se vió un papel escrito a Madrid por el ilustrísimo señor arzobispo de Zaragoza, gobernador del Consejo, encargando que en este servicio se adelante esta villa, con el celo etc. Y vista dicha carta y papel y los demás que se han traido a este ayuntamiento, de lo que se executó en los años de cuarenta y nueve y ochenta con ocasión de los casamientos reales, en que parece se sirvió con cuatro cuentos y ciento y ochenta y nueve mil novecientos y cincuenta maravedís, las seiscientas y treinta mil que tocan a pagar a la Congregación de Mercaderes, y el resto a los lugares de la jurisdicción y provincia de esta Villa; de conformidad se acordó, se concede el servicio que su majestad manda, en la misma forma y en la dicha cantidad que se sirvió en los años de cuarenta y nueve y ochenta.—Concuerda con el original.»

4) 1690, noviembre, 9. Madrid.—Carta del secretario de la Cámara Real, Eugenio de Marván y Mallea, dirigida al nuevo corregidor, Francisco Ronquillo Briceño, sucesor del marqués de Vallehermoso, instando a la pronta concesión del servicio.

5) 1690, abril, 6. Madrid.—Provisión del Consejo de Hacienda con instrucciones para la cobranza y reparto del servicio del chapín a la Villa de Madrid y a las demás villas y lugares de
Ayuntamiento de Madrid

su tierra y provincia. La cantidad total, así como las diversas partidas y asignaciones del servicio, motivado por el segundo casamiento de Carlos II, concuerda con el de los años 1648 (v. 6, 3) y 1679 (10, 4).

Original. Sello de placa.

6) 1691, junio-septiembre. Madrid.—Acuerdos del Ayuntamiento relativos a la designación de Pedro Cano de Buedo, tesorero del servicio ordinario y extraordinario, para la recepción del chapín. El nombramiento se hace por un año y «en la misma forma que se nombró el año setenta y nueve a Diego de Santiyán».

Copias autorizadas por Diego de Orejón, secretario del Concejo.

7) 1691, noviembre, 5. Madrid.—Provisión del Consejo y Contaduría mayor de Hacienda para que el superintendente de Rentas reales de la provincia de Madrid guarde y cumpla lo que se ordena en la cédula real inserta:

«Don Carlos, por la gracia de Dios rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Murcia, de Jaen, etc. A vos el Superintendente de mis rentas reales de *la villa de Madrid y su provincia*. Sabed, que yo mandé dar y di una mi cédula, firmada de mi real mano, y refrendada de don Ignacio Baptista de Ribas, de mi Consejo y Contaduría Mayor de Hacienda, y mi secretario en él, que es del tenor siguiente: El Rey. Gobernador, y los de mi Consejo de Hacienda y Contaduría Mayor de ella: Ya sabeis, que por orden mia de dos de octubre de mil seiscientos y noventa, y en resolución a consulta de ese Consejo de primero de este presente mes de septiembre, tuve por bien de resolver y mandar, que respecto de las necesidades que padecen las ciudades, villas y lugares del Reino por los accidentes del tiempo, se les remita y perdone la tercera parte de lo que se les hubiere repartido por el servicio del Chapín de la Serenísimá Reina, mi muy cara y muy amada mujer; y que para excusarles las costas de enviar a la corte a sacar despacho, se diese orden a los Superintendentes de todas las provincias, que teniéndolo

entendido, dejen de cobrar la tercera parte referida de lo que a cada pueblo se le hubiese repartido por este servicio del Chapín, para que sea general el beneficio que les concedo. Y para que mi resolución tenga cumplido efecto, visto en ese Consejo, he tenido por bien de dar la presente, por la cual os mando deis las ordenes y despachos necesarios, a fin de que los Superintendentes generales de mis rentas reales de las provincias del Reino, y otros cualesquier ministros o personas a quien tocare, no procedan contra las dichas ciudades, villas y lugares del Reino a la cobranza de la tercera parte de lo que se les ha repartido por razón del dicho servicio, por cuanto yo se las remito y perdono, para que no se les pueda pedir ni hacer pagar; lo cual ejecutaréis solamente en virtud de esta mi cédula, que así es mi voluntad, y que de ellas se tome la razón por mi Escribano Mayor de Rentas, Contadores de ellas y los de Relaciones.--Fecho en Madrid a diez y seis de septiembre de mil seiscientos y noventa y un años. Yo EL REY.—Por mandado del Rey nuestro señor, don Ignacio Baptista de Rivas.—Y visto por el Gobernador, y los del dicho mi Consejo y Contaduría Mayor de Hacienda, he tenido por bien de dar la presente para vos, por la cual os mando veais la dicha mi cédula en esta inserta, y la guardéis, cumpláis y ejecuteis, y hagáis guardar, cumplir y ejecutar en todo y por todo, como en ella se contiene, y en su conformidad no procedáis contra las Ciudades, Villas y Lugares de esta dicha Provincia a la cobranza de la tercera parte de lo que se les ha repartido por razón del dicho servicio de mi casamiento, que me concedió el Reino el año pasado de mil seiscientos y noventa, por cuanto les remito y perdono la dicha tercia parte, que así es mi voluntad lo cumpláis, y ejecuteis en virtud de esta mi carta. Dada en Madrid a cinco días del mes de *Noviembre* de mil seiscientos y noventa y un años.—*Don Bartolomé de Espejo y Linera (rubricado).*—*El Marqués de... (rubricado).*—*Don Francisco del Vaus y... (rubricado).*—... *Fernández Hermosa (rubricado).*—*Rentas (rubricado).*—*El Canciller Mayor: Don José Pérez Villar (rubricado).»*

Original e impresa; en cursiva lo manuscrito. Sello de placa.

8) 1691, diciembre, 7. Madrid. —Tres mandamientos despachados por el corregidor, Francisco Ronquillo, caballero de la Orden de Calatrava, en su calidad de juez mero ejecutor para la cobranza del servicio.

Tras las notificaciones de carácter general, tales como la concesión por el Reino de los ciento cincuenta cuentos tradicionales,

Ayuntamiento de Madrid

la remisión de la tercera parte del pago (v. 12, 7), distribución en los siete plazos, vencimiento de tercios, etc., se enumeran las partidas señaladas a cada lugar, rebajadas en la tercera parte, y siguiendo la agrupación y orden acostumbrados. La comisión se da a Bartolomé Gómez, Nicolás Nieto y..., quienes percibirían diez reales de vellón de cada lugar «por el trabajo que han de tener en hacerles los requerimientos».

9) 1691 y 1692.—Requerimientos a los alcaldes ordinarios de las diversas villas y lugares de la Villa y Tierra madrileñas.

Las súplicas y reclamaciones son más frecuentes ahora, en parte debido al vencimiento de tres y aun cuatro tercios, y a la brevedad del plazo de quince días. Así, Berlinches alega que, como carece de Propios y no se ha hecho la comisión, considera el plazo muy corto, ya que es preciso repartir entre los vecinos, etc.; y también dimanadas de la fecha en que las más de las veces se hace la notificación (diciembre de 1691, o sea de vacación inminente de oficios), o enero de 1692, mes en que la mayoría no se había aún posesionado de ellos. Así, Fuenlabrada alega «que lo dirán a sus sucesores, que están para ir a jurar»; y Albalate, que «por estar para dejar su oficio, que cumplió la Navidad próxima pasada y estar esperando las elecciones del señor duque del Infantado y Pastrana está presto al repartimiento y en cuanto a la cobranza...» Esto aparte, Hueba aduce la extremada pobreza de sus vecinos, lo que le impide acudir con los cuatro plazos. Ontoria, el pedrisco, y Fuencarral, «que al presente se hallan los vecinos de este lugar muy aniquilados, cumple repartimiento de la puente que Su Majestad mandó hacer camino del Escorial y demás padrones, como por la piedra que cayó en las viñas». Hay casos de agravio, motivados por un injusto reparto, como el de Carmena respecto de Val de Santo Domingo, y Villamanta en proporción a El Alamo y Valmojado, que con más vecindad reparten menos. Finalmente, y omitiendo el ya conocido caso de Odón con la Vega, Barajas y El Alameda vuelven a pedir la separación en sus respectivas contribuciones; mas las cosas se complican y enconan cuando El Alameda pide que se tenga en cuenta que Barajas tiene «más de trecientos vecinos y están muy ricos y hacendados y esta no tiene veinte y ocho vecinos y estos muy pobres». Por su parte, Barajas responde: «y en cuanto al informe que el escribano de la villa de El Alameda hace... es muy siniestro el informe, como siendo necesario se dará informe ante su señoría dicho señor Corregidor».

Signatura: 2-482-55.

13

1690.—Minuta sobre el servicio del chapín, sin fecha ni firma.

Del texto se desprende la referencia al año 1690. En ella se pide la minoración a la mitad de los cuatro cientos ochenta y nueve mil novecientos cincuenta maravedís correspondientes al casco de Madrid y su provincia: «Por sí y por la representación de su provincia se halla precisado a poner en la suprema consideración de V. A. el miserable estado en que se hallan los lugares, por las grandes cargas y tributos en que contribuyen, siendo los más gravados de todo el Reino, pues en todo el resto de él no se pagan ni contribuyen las sisas de quiebras de millones, y sólo han quedado permanentes en Madrid y su provincia, pues no se le pudo aliviar de esta carga, cuando Su Majestad alivió a las demás, por el empeño contraído con los interesados que prestaron sumas considerables sobre este efecto, para las ocasiones de la mayor urgencia del servicio de Su Majestad y defensa de la monarquía, teniendo por muy sensible esta nueva contribución a vista de las cantidades que deben de los derechos reales no pudiéndose lograr el cobro de ninguna porción, aun haciéndose con ellos las más vivas diligencias que permite el tiempo...»

Signatura: 2-482-53.

14

1698.—Autos incoados por Pedro Cano de Buedo, tesorero del servicio ordinario y extraordinario de Madrid y su provincia, contra la villa de Casarrubios del Monte sobre la paga de 201.997 maravedís que debe de tales derechos y del chapín de diferentes años, hasta fin del de 1692.

Signatura: 3-282-16.

15

1701 y 1702.—Servicio del chapín de la reina correspondiente a las bodas de Felipe V y María Luisa de Saboya.

1) 1701, junio, 25. Madrid.

«El Rey. Concejo, Justicia, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la noble villa de Madrid. La conveniencia pública y amor que tengo a mis vasallos me obliga a no dilatar el tomar estado; y aunque deseo excusar siempre todo género de gastos por no gravarlos, es preciso valerme en esta ocasión del servicio que acostumbra a hacer el Reino en semejantes casos, que es el que llaman chapín de la Reina, y el que se ha concedido siempre que ha habido casamientos reales de los reyes mis antecesores. Y así os he querido encargar (como afectuosamente os encargo) dispongais cuanto antes la concesión de este servicio, en la forma según y cómo se hizo en las dos ocasiones de los casamientos del Rey mi tío y señor (que está en gloria), los años de setenta y nueve y noventa y se ha practicado por lo pasado; que del celo y amor de tan buenos vasallos espero lo ejecutareis con la brevedad y fineza que acostumbrais, dando ejemplo a las demás ciudades para que a vuestra imitación hagan lo mismo, que todo lo que obraredes y adelantaredes en esto, le hará mayor en mi cariño y estimación para favoreceros y haceros merced.—De Madrid a 25 de junio de 1701.—Yo el Rey (*rubricado*).—Por mandado del Rey nuestro señor, Don Francisco Nicolás de Castro.»

Original. Sello de placa y firma autógrafa del monarca.

2) 1701, junio, 28. Madrid.

«Por la carta del Rey entenderá V. S. la resolución de su feliz casamiento, de que a su tiempo dará a V. S. más formal cuenta. Y respecto de que a 16 de agosto parte a Barcelona a recibir la Reina, hace memoria Su Majestad a V. S. del servicio acostumbrado en estos casos para socorro de los precisos gastos de tan gran función sobre los inmensos que desde la muerte del Rey (que está en el cielo) han causado, y están causando, los recelos de una injusta

guerra, a que Su Majestad con altas providencias está ocurriendo en todas las partes de la monarquía. No tengo que decir a V. S. en esta contingencia por ser tan regular, y porque por medio de sus diputados tendrá entendido V. S. que Dios nos ha dado por Rey un angel en las virtudes y en las prendas naturales, de que debemos esperar coger copioso fruto para alivio y gloria de estos reinos. Repito a V. S. mi verdadero afecto a su servicio, deseando guarde Dios... —Don Manuel Arias (gobernador del Consejo).—Muy noble y muy leal e imperial y coronada villa de Madrid.»

Original.

3) 1701, julio, 4. Madrid.

Acuerdo del Ayuntamiento sobre la concesión del servicio; importa los acostumbrados cuatro cuentos ciento ochenta y nueve mil novecientos cincuenta maravedís. Disienten dos regidores.

Copia simple.

4) 1701, julio, 29. Madrid.

«El Rev. Concejo, Justicia, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la noble villa de Madrid. Ha sido tan de mi real gratitud la puntualidad con que habeis manifestado vuestro celo y aplicación a mi real servicio en la concesión del que llaman del chapín de la Reina, con la ocasión de mi feliz casamiento, que habeis facilitado mi real ánimo, que de más de daros las gracias (como lo hago), os explique el paternal amor, con que deseando vuestro mayor alivio he venido en remitiros y perdonaros la tercera parte del referido servicio, para que solo queden exequibles las dos. Y si las urgencias tan grandes que tendreis presentes, y lo exhausto de mi real erario, lo permitiesen, le experimentarais desde luego íntegramente; fiando en la divina misericordia que serenándose las inquietudes de tan injusta guerra como se tiene a la vista, y cesando tan grandes como precisos gastos para la defensa de mis dominios, logreis nuevamente efectos de mi real benignidad y propensión a cuanto sea de vuestro mayor alivio y conservación.—De Madrid a 29 de julio de 1701.—Yo el Rey. (*Rubricado.*)—Por mandado del Rey nuestro señor, Don Francisco Nicolás de Castro.

Original. Sello de placa y firma autógrafa del monarca.

Ayuntamiento de Madrid

5) 1701, agosto, 6. Madrid.—Carta del gobernador del Consejo sobre el contenido de la cédula precedente.

6) 1701, agosto, 8. Madrid.—Nuevo acuerdo del Ayuntamiento recogiendo la baja y remisión ordenadas.

7) 1701, octubre, 25. Madrid.—Provisión del Consejo de Hacienda acerca del reparto y rectoría del servicio en Madrid y su partido.

Los diversos asientos recogen la baja de la tercera parte. Los demás datos e instrucciones están de acuerdo con los correspondientes a 1648 (6, 3), 1679 (10, 4) y 1690 (12, 5).

Original. Sello de placa.

8) 1702, agosto, 11. Madrid.—Acuerdo del Ayuntamiento relativo a la designación de tesorero para el cobro.

Triunfó el voto del regidor Alonso de Buendía, que proponía a Felipe Cabello.

Copia simple.

9) 1702, octubre, 24. Madrid.—Auto del corregidor, Francisco Ronquillo Briceño, caballero de la Orden de Calatrava, marqués de Villanueva de las Torres, capitán de las cien lanzas, guardas viejas de Castilla de la costa de Sierra Nueva, maestro de campo, general electo gobernador de la ciudad de Cádiz, del Consejo de Su Majestad en el real de Hacienda, ordenando que los diputados de Rentas Antonio Becerreiro y Juan Sáez de Buruaga paguen al tesorero Francisco Cabello los cuatrocientos veinte mil maravedís, «en siete plazos, igualmente lo que a cada uno correspondiere, con más quince al millar de dicha cantidad; que los tres tercios primeros cumplieron, el uno en fin de diciembre de dicho año pasado de mil setecientos y uno, y los dos en fin de abril y fin de agosto de este año de mil setecientos

y dos, y los otros cuatro tercios en la misma forma sucesivamente, que el último ha de ser en fin de diciembre del año que viene de mil setecientos y tres; que es la forma en que siempre se han pagado dichas cantidades por la diputación de Rentas, haciéndose a este fin los repartimientos que convengan entre los gremios o personas que hubiere sido costumbre.»

Copia autorizada.

16

1715 y 1716.—Ordenes reales, acuerdos de Madrid y otros autos referentes al servicio del chapín, motivado por las segundas bodas de Felipe V.—Juez: El marqués del Vadillo (*corregidor de la Villa*).—Secretario: D. Martín Marcelino de Vergara (*Secretario del Concejo*). Contenido:

1) 1715, diciembre, 2. Buen Retiro.

«El Rey. Concejo, Justicia, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la noble villa de Madrid. Habiendo estilado el Reino conceder en ocasión de todos los reales casamientos el servicio que comúnmente se llama el chapín de la Reina, cuyo consentimiento, como de su obligación, y que se ha acostumbrado en casos semejantes es materia ya asentada, y como tal se concedió en mi primer casamiento; y aunque he deseado siempre excusar todo género de gastos por no gravar a mis vasallos, no obstante lo referido, con el motivo de mi segundo desposorio me es preciso valirme del mencionado servicio, por no permitir otra cosa las urgencias presentes. Y así he tenido por bien encargaros (como afectuosamente os encargo) dispongais cuanto antes la concesión de este servicio, en la forma según y como se hizo el año de mil setecientos y uno al tiempo de mi primer casamiento; que del celo y amor de tan buenos vasallos espero lo ejecutareis con la brevedad y fineza que acostumbrais, dando ejemplo a las demás ciudades para que a vuestra imitación hagan lo mismo, asegurandoos que todo lo que obraredes y adelantaredes en esto, le hará mayor en mi afecto y gratitud, y lo tendré presente para favoreceros y haceros

merced.—De Buen Retiro, a dos de diciembre de mil setecientos quince.—Yo el Rey (*rubricado*).—Por mandado de el Rey nuestro Señor Francisco de Quincoces (*rubricado*).

Original. Sello de placa.

2) 1715, diciembre, 15. Madrid.—Carta del secretario de la Cámara, Quincoces, remitiendo la cédula precedente al corregidor, marqués del Vadillo.

3) 1715, diciembre, 12. Madrid.—Informe de los diputados de Rentas del Concejo madrileño sobre las «cantidades que importa en cada un año el servicio del chapín de la Reina, desde su última concesión, y de qué personas o efectos se cobra y ha cobrado».

«Habiendo reconocido los libros y papeles de la Diputación de los Gremios de Madrid, no consta en ellos, ni en el tiempo que ha que somos diputados, se haya pagado ni repartido cantidad alguna sobre el servicio del chapín de la Reina; y habiéndonos informado de los diputados que han sido anteriormente, han expresado lo mismo, y que en los tiempos que lo han sido no han pagado cantidad alguna. Que es lo que se nos ofrece decir y poner presente a Madrid y diciembre.....—Lucas de Ortega (*rubricado*).—Miguel de Santa Coloma (*rubricado*).

4) 1716, enero, 8. Madrid.—Acuerdo del Ayuntamiento acerca de la concesión del servicio en la forma acostumbrada.

Copia autorizada.

5) 1716, enero, 8. Madrid.—Acuerdo del mismo sobre que los diputados de Rentas, Miguel de Santa Coloma y Lucas de Ortega, expidan certificación de la forma en que se ejecutó e hizo efectivo el año de 1701 el servicio del chapín en la cantidad de 420.000 maravedís que, le tocaron de repartimiento al vecindario de Madrid sin perjuicio de su franqueza. Todo ello, en vista de su informe precedente (16, 3).

No consta en el expediente la certificación pedida.

Copia autorizada.

Ayuntamiento de Madrid

6) 1716, julio, 23. Madrid.—Provisión del Consejo de Hacienda sobre el reparto y receptoría del servicio en la Villa de Madrid y demás lugares y villas de su tierra y provincia.

Se manifiesta en ella la remisión de la tercera parte del servicio, ya otorgada por Carlos II y el propio Felipe V en ocasión de su primer casamiento. Las diferentes partidas recogen esta baja. Los restantes datos y disposiciones concuerdan con aquellas referentes a los años de 1648 (6, 3), 1679 (10, 4), 1690 (12, 5) y 1701 (15, 7).

Original. Sello de placa.

7) 1716, septiembre, 23. Madrid.—Acuerdo del Ayuntamiento nombrando a Juan de Bringas, tesorero de alcabalas y del servicio ordinario y extraordinario de la Villa, tesorero asimismo del servicio del chapín, a fin de que en su poder entre el producto del repartimiento.

Copia autorizada.

8) 1716, octubre, 9. Madrid.—Despacho del corregidor, Francisco Antonio de Salcedo y Aguirre, marqués del Vadillo, del Consejo y Cámara de Indias de Su Majestad, superintendente general de Rentas reales, por el que se ordena que los diputados de Rentas de la Villa paguen al referido Juan de Bringas y Campillo «los cuatrocientos y veinte mil maravedis que tocan a la Diputación de Rentas de Madrid»; haciéndose a este fin los repartimientos que convengan entre los gremios o personas que ha sido costumbre y lo deben pagar».

El pago habría de hacerse, como siempre, en siete plazos, «lo que a cada uno correspondiere, que la primera paga se debió hacer en fin de agosto de este presente año, y las seis restantes se han de satisfacer en los dos años siguientes, hasta fin del mismo mes de agosto del de mil setecientos y diez y ocho, por los tercios de cada uno, de cuatro en cuatro meses. . .»

Copia autorizada.

9) 1716, octubre, 12. Madrid.—Tres mandamientos, expedidos por el corregidor, marqués del Vadillo, para la cobranza

Ayuntamiento de Madrid

del servicio en los lugares y villas pertenecientes al partido y provincia de Madrid, como juez mero ejecutor de tal cobranza.

Encárgase la comisión a Miguel Ruiz, Juan Coronel y Juan de Encinas; se previene que los ocho reales de comisión por lugar serán a cuenta de las cantidades del repartimiento.

10) 1716.—Requerimientos a los justicias, alcaldes ordinarios o regidores de las distintas villas y lugares pertenecientes a la Villa y Tierra madrileñas.

Destacan algunas declaraciones. Así, Cobeña manifiesta que «dichos señores alcaldes están requeridos por el señor corregidor de la ciudad de Guadalajara, para pagar y poner dicho débito en las arcas reales de Su Majestad...»; El Alameda sigue pidiendo la consabida separación, y dice que ha quedado reducida a ocho vecinos; el sacristán de Zurita de los Canes requiere, en ausencia del escribano, al señor Alejandro Domínguez, «por no estar ni alcalde ni regidor, para que se lo haga saber cuando venga, y visto y entendido este despacho le obedece; pero dice que toca al gobernador de Almonacid, porque es quien corre con las rentas del común, como consta de un testimonio que hay en casa del escribano»; sobre los lugares de Ambrox, Zarzuela y Canillejas da fe el juez nombrado al efecto, Miguel Ruiz, quien habiendo llegado a la villa de Zarzuela, «sólo hallé entre muchas ruinas una venta sin persona alguna, y que es notorio en toda aquella tierra que ha años está despoblada y su jurisdicción es de Navalcarnero=y habiendo llegado al lugar de Ambrox, no hallé puerta alguna abierta, ni menos hallé vecino alguno, y sí solo unas lavanderas de Vicalvaro, que dijeron sabían de cierto estaba el alcalde en Madrid y el regidor en otro lugar, sirviendo=llegando a la villa de Canillejas y buscando al alcalde, dijeron en su propia casa estaba en Madrid enfermo, y requiriendo al sacristán con dicho despacho, para que me diese fe de diligencia, respondió no quería ni podía hacerlo, por privilegio que dice tener»; en Buendía la notificación se hace al capitán Juan Morales de Gamarra, «corregidor y justicia mayor en ella», quien se queda con la razón del despacho «para hacerlo saber al ayuntamiento de la villa a fin de que lo ejecuten»; en Albalate no habían sido requeridos con despacho alguno para el repartimiento del chapín, «por cuyo motivo no se ha ejecutado el repartimiento, como se manda, y no se ha dado testimonio del vecindario, para que en vista de él su señoría el Sr. Corregidor de la villa de Madrid, en su vista se sirviese la

cantidad que se había de repartir por ser la vecindad muy corta»; en nota aparte, incluída en el expediente, se indica «Belmonte del Tajo y por otro nombre Pozuelo de la Soga»; en Polvoranca declara el alcalde mayor que «esta villa en tiempos antiguos, según dicen, ha sido de mucha población; al presente se halla tan acabada que únicamente se compone del cura y tres vecinos, que habrá un año que se buscaron de los lugares del contorno, para estar aquí en lugar de otros tres que se fueron a Fuenlabrada, a los cuales el excelentísimo señor marques de Laconi, cuya es esta villa, les da casas reparadas de todo lo necesario para que habiten sin llevarles interés alguno, por conocer su pobreza, y a fin de conservar el lugar y que no se despueble del todo por cuyo motivo y por no tener esta villa propios ni carnicería ni tienda ni taberna ni mesón ni otra cosa, sobre que se puedan causar tributos, lo pone en la consideración, para que atendiendo a la excesiva pobreza de esta villa se le dé por libre de lo que se le pide por dicho despacho»; acerca de Perales, pone en claro Juan de Encinas, notario apostólico, que se trata de Perales «el que está en la ribera del Manzanares, poco más de media legua de la villa de Villaverde y legua y media de esta Corte»; allí no se pudo requerir a nadie, porque «el lugar hoy es despoblado, sin haber en él ningún vecino, más que los criados de Juan Morante (*que reside en Madrid*), ni casa alguna más que la de su labranza, y un parador, al que por tiempo de vendimia acude alguna gente; y así mismo otra casa mesón y taberna, que tiene Carlos Delgado vecino de esta Corte; en cuya consideración le parece no puede recaer se pague lo que por dicho despacho se manda»; de Zurita, Umancejos y La Cabeza dice el propio Juan de Encinas «a donde habiendo llegado y hallado a dichos lugares despoblados y sin vecindad alguna y estarlo de mucho tiempo a esta parte, no se hicieron estos requerimientos por no haber a quien...»

CATALOGO DE LOS FONDOS DOCUMENTALES DEL ARCHIVO DE VILLA REFERENTES A INSTI- TUCIONES E INSTRUMENTOS DE CREDITO

Van aquí reunidos los papeles referentes a diversas instituciones, así como a instrumentos de crédito, completando de cierto modo el *Catálogo de los fondos documentales del Archivo de Villa referentes al valor y curso de la moneda y otros aspectos de la historia numismática*¹.

Los materiales utilizados pertenecen al ARCHIVO DE LA SECRETARÍA DEL AYUNTAMIENTO (A. S. A.), y se encuentran incluidos en los antiguos índices bajo el epígrafe «*Grupo VIII.—Comercio e Industria: 3, Bancos de crédito; 27, Vales reales; 28, General.*».

Las firmas a que se hace mención en este catálogo² son las siguientes:

ARCHIVO DE LA SECRETARÍA DEL AYUNTAMIENTO

1-494-11	2-128-17	2-162-14	2-162-30	2-163- 7
	2-130-16	2-162-22	2-162-31	2-163-19*
2-128-10	2-138-39	2-162-28	2-162-49	2-163-24*

¹ En esta misma REVISTA, año XVII, número 57, pág. 441.

² *Catálogo de los fondos documentales del Archivo de Villa referentes a gremios, oficios y profesiones*, en esta misma REVISTA, año XVI, número 55, págs. 393-467, en el cual se explican sumariamente algunos aspectos de la organización del Archivo, interpretación de firmas, etc., útiles para la mejor comprensión del catálogo.

Recomendamos también la consulta del citado catálogo en lo que se refiere a Gremios mayores, en donde se encuentran papeles relacionados con el tema que aquí nos ocupa.

³ *Gaceta de Madrid*, hoy en la Hemeroteca Municipal.

2-163- 65	2-164- 76 ¹	2-170- 14	2-374- 9	4- 32-26
2-163- 66 ¹	2-164- 95	2-170- 23	2-374-10	4- 59-71
2-163- 77	2-164- 98	2-170- 31	2-374-11	4- 81-79
2-163- 82	2-164- 99	2-171- 56	2-374-12	4- 81-95
2-163- 86	2-164-111	2-172- 62	2-374-13	4- 82-10
2-163- 93 ¹	2-164-113	3-172-113	2-461-19	4-164-20
2-163-104	2-164-124	2-356- 50		
2-164- 2	2-165- 2	2-373- 82	3-135-23	5-206- 9
2-164- 3	2-165- 45	2-373- 83	3-135-24	5-208-23
2-164- 4	2-165- 78	2-373- 84	3-221-15	5-208-26
2-164- 6	2-165- 82	2-374- 1	3-227-10	5-208-47
2-164- 12	2-165-146	2-374- 2	3-357- 9	
2-161- 13	2-166- 6	2-374- 3	3-387-91	6-160- 2
2-164- 14	2-166- 22	2-374- 4	3-459-74	
2-164- 15	2-166-111	2-374- 5		7-443-14
2-164- 39 ¹	2-166-116	2-374- 6	4- 6-66	
2-164- 46	2-167- 63	2-374- 7	4- 15-36	
2-164- 59 ¹	2-167- 77	2-374- 8	4- 15-81	

ENRIQUE PASTOR MATEOS.

¹ *Gaceta de Madrid*, hoy en la Hemeroteca Municipal.

INDICE POR ORDEN CRONOLÓGICO

1. Madrid, 22 de abril de 1697.—Depósito de un vale de 12.000 reales de vellón, y expediente para su cobro. Ultima actuación: 11 de julio. (A. S. A., 3-227-10.)
2. San Ildefonso, 20 de septiembre de 1780.—•† | Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la cual se manda observar | las condiciones, y prevenciones insertas para el | curso de los vales que dimanen de la negociacion | ajustada con varias Casas de Comercio acreditadas | y establecidas en estos Reynos, para el apronto | efectivo de nueve millones de pesos, en la | forma que se declara. | Año 1780. | En Madrid: | En la Imprenta de Don Pedro Marin. Impreso. Tres ejemplares. (A. S. A., 2-162-14.)
3. El Pardo, 20 de marzo de 1781.—•† | Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por lo qual | se mandan observar las condiciones | y prevenciones contenidas en el decreto inserto, para | el curso de los medios Vales de á trescientos pesos que | dimanen de la negociación ajustada con varias casas de | comercio establecidas, y acreditadas en estos Reynos, | para el apronto efectivo de cinco millones de | pesos, en la forma que se declara. | Año 1781. | En Madrid | En la Imprenta de Pedro Marin. Impreso. (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 2-162-22.)
4. Madrid, 11 de septiembre de 1781.—•Expediente promovido a instancia de Joaquin Bazquez, fabriquero del Abasto de Carbón de la Corte contra la Ciudad de Segovia para que se le admitan 5 Vales Reales de 600 pesos cada uno en pago de determinado suministro. El Consejo provee y pasa a informe del Ayuntamiento de Madrid. Este remite su informe en 5 de febrero de 1782. (A. S. A., 3-221-15.)
5. Aranjuez, 2 de junio de 1782.—•Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se crea, erige y autoriza | un Banco nacional y general para facilitar las operaciones | del Comercio y el beneficio público de estos | Reynos y los de Indias, con la denominacion de | Banco de San Carlos.

- baxo las reglas | que se expresan. | Año 1782. | En Madrid: | En la Imprenta de D. Pedro Marin. • Impreso. Tres ejemplares. Uno, autorizado¹. (A. S. A., 2-162-30 y 2-374-1.)
6. Aranjuez, 2 de junio de 1782.—•† | Pragmatica | sancion | por la qual se declara | y establece lo que debe observarse en | el pago y aceptacion de Letras de Cam- | bio, para evitar tergiversaciones y | providencias arbitrarias é inconstantes. | Año 1782. | En Madrid: | En la Imprenta de Don Pedro Marin. • Impreso. Dos ejemplares. (A. S. A., 2-162-28.)
 7. San Ildefonso, 20 de junio de 1782.—•† | Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se sirve S. M. crear | catorce millones setecientos noventa y nueve mil y | novecientos pesos de á ciento veinte y ocho quar- | tos cada uno en medios Vales de á trescientos | pesos, en la conformidad que se | expresa. | Año 1782. | En Madrid: | En la Imprenta de Don Pedro Marin. • Impreso. (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 2-162-31.)
 8. Madrid, 27 de agosto de 1782.—•† | Real Provisión | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se concede | generalmente permiso a todos los Pueblos | del Reyno para subscribir en acciones del | Banco Nacional, los caudales sobrantes | tes de sus Propios, Arbitrios y Encabezamientos | Año 1782. | En Madrid: | En la Imprenta de Don Pedro Marin. • Impreso. (A. S. A., 2-374-1.)
 9. San Ildefonso, 27 de agosto de 1782.—•† | Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se mandan | observar las reglas que van insertas para | las Subscripciones que hagan los Pueblos | del Reyno en el Banco Nacional, de sus | caudales sobrantes de Propios, Ar- | bitrios, Encabezamientos, y | de los Pósitos. | Año 1782. | En Madrid: | En la Imprenta de Don Pedro Marin. • Impreso autorizado². (A. S. A., 2-374-1.)
 10. Madrid, 21 de enero de 1783.—Expediente incoado por escrito, fecha *ut supra*, del señor conde de Campomanes en virtud de comisión real a fin de que Madrid suscribiera de sus caudales sobrantes acciones del Banco de San Carlos. Ultima actuación, comunicando el nombramiento de apoderado, una vez suscritas las acciones: 14 de febrero. (A. S. A., 2-374-1.)

¹ Oficio de remisión de 7 de junio.

² Oficio de remisión de 9 de septiembre: Visto en sesión de 19 de septiembre.

11. El Pardo, 3 de febrero de 1783.—«Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se manda guardar | y cumplir el Real Decreto inserto, en que se declara que | todos los caudales pertenecientes por qualquier titulo, y | que deban imponerse a favor de Mayorazgos, Cofradias, | Capellanias, Hospitales y Obras Pias, puedan emplearse | en acciones del Banco Nacional de San Carlos, y se han | de considerar su capital y réditos como parte de la | propiedad de los Vínculos, ó Fundaciones, | á que correspondan. | Año 1783. | En Madrid: | En la Imprenta de Don Pedro Marin.» Impreso. (A. S. A., 2-163-7.)
12. Madrid, 20 de diciembre de 1783.—«Segunda Junta General | del Banco Nacional | de San Carlos | celebrada | etc.» Impreso. (A. S. A., 2-373-83.)
13. Madrid, 9 de abril de 1784.—Real cédula por la cual se mandan observar en la renovación anual de los vales reales de Tesorería las reglas que van insertas¹. (A. S. A., 2-162-49.)
14. Madrid, 22 de diciembre de 1784.—«Tercera Junta General | del Banco Nacional | de San Carlos, | celebrada en | Madrid. | por D. Joachin Ibarra | impresor de cámara de S. M.» Impreso. (A. S. A., 5-208-23.)
15. Madrid, 9 de abril de 1785.—«Real Cédula de S. M. y Señores del Consejo, por la qual se mandan observar en la renovación anual de los Vales Reales de Tesorería las reglas que van insertas.»² Impreso. (A. S. A., 2-162-49.)
16. Madrid, 11 de abril de 1785.—«Caxa | de descuentos | del Banco Nacional | de San Carlos | de Cadiz. | Madrid MDCCLXXXV. | Por D. Joachin Ibarra | impresor de cámara de S. M.» Impreso. (A. S. A., 5-208-23.)
17. Madrid, 31 de julio de 1785.—Oficio de D. Pedro Escolano de Arrieta, escribano del Consejo, al corregidor de Madrid sobre el transporte de grano y carbón a la corte, en el cual entendían los directores de provisiones del Banco Nacional de San Carlos, los diputados de los cinco gremios y el director del Real Pósito. Citaciones y acuses de recibo. (A. S. A., 2-128-17.)
18. Madrid, 15 de septiembre de 1785.—Oficio de D. Pedro Escolano de Arrieta, escribano del Consejo, al corregidor de Ma-

¹ *Gaceta de Madrid* del martes 4 de mayo de 1784 (número 36, pág. 381). En el Archivo.

² *Idem id.* del martes 4 de mayo de 1784 (número 36, pág. 389).

- drid dándole cuenta de haber sido autorizado el Banco de San Carlos para extraer determinado número de fanegas de trigo de los puertos de Santander y Requejada con destino a los de Cartagena y Málaga. (A. S. A., 2-128-10.)
19. Madrid, 29 de diciembre de 1785.—«Cuarta Junta General | del Banco Nacional | de San Carlos, | celebrada | en la Casa del mismo Banco | el día | Madrid MDCCLXXXVI. | En la Imprenta de la Viuda de Ibarra, | hijos y Compañía.» Impreso. (A. S. A., 5-208 47.)
 20. Madrid, 18 de diciembre de 1786.—«Quinta Junta General | del Banco Nacional | de San Carlos | celebrada | en la casa del mismo Banco | el día | Madrid MDCCLXXXVII. | En la Imprenta de la Viuda de Ibarra, | Hijos y Compañía.» Impreso. Tres ejemplares. (A. S. A., 5-208-26 y 5-206-9.)
 21. Madrid, 17 de abril de 1787.—Reparto de utilidades del Banco de San Carlos. Intereses devengados por las 134 acciones de la Villa de Madrid. Visto por el Ayuntamiento a 19 de abril. (A. S. A., 2-374-3.)
 22. Madrid, 4 de julio de 1787.—Orden mandando al archivero del Ayuntamiento entregar seis acciones del Banco de San Carlos. (A. S. A., 7-443-14.)
 23. Madrid, 24 de febrero de 1788.—«Sexta Junta General | del Banco Nacional | de San Carlos | celebrada | en la casa del mismo Banco | el día | Madrid MDCCLXXXVIII. | En la Imprenta de la Viuda de Ibarra, | Hijos y Compañía.» Impreso. Con un apéndice. (A. S. A., 2-373-82.)
 24. Madrid, 1 de mayo de 1788.—Dos oficios, certificaciones y providencias del Consejo por las que se autoriza al Banco Nacional de San Carlos a extraer trigo de diversos puertos, y se recomienda su comunicación y acuerdo con el Real Pósito de Madrid. Vistos en el Ayuntamiento a 6 de mayo, y comunicados al director del Pósito a 9 de mayo. (A. S. A., 2-130-16.)
 25. Madrid, 2 de mayo de 1788.—Reparto de utilidades del Banco de San Carlos. Intereses devengados por las 134 acciones de la Villa de Madrid. Expediente para su cobranza hasta 16 de junio. (A. S. A., 2-374-2.)
 26. Madrid, 11 de junio de 1788.—Orden mandando al archivero del Ayuntamiento entregar dos acciones del Banco de San Carlos. (A. S. A., 7-443-14.)

27. Madrid, 29, 30 y 31 de marzo, y 1 y 2 de abril de 1789.—«Septima Junta General | del Banco Nacional | de San Carlos | celebrada | en la casa del mismo Banco | en los dias | Madrid MDCCCLXXXIX. | En la Imprenta de la Viuda de Ibarra.» Impreso. Con una memoria y un apéndice. Dos ejemplares. (A. S. A., 1-494-11 y 2-373-84.)
28. Madrid, 16 de junio de 1789.—Reparto de utilidades del Banco de San Carlos. Intereses devengados por las 134 acciones de la Villa de Madrid. Expediente para su cobranza hasta 7 de julio. (A. S. A., 2-374-2.)
29. Madrid, 9 de marzo de 1790.—Orden mandando al archivero del Ayuntamiento entregar dos acciones del Banco de San Carlos. (A. S. A., 7-443-14.)
30. Madrid, 19 de mayo de 1790.—Orden mandando al archivero del Ayuntamiento entregar dos acciones del Banco de San Carlos. (A. S. A., 7-443-14.)
31. Madrid, 13 de julio de 1790.—Orden mandando al archivero del Ayuntamiento entregar dos acciones del Banco de San Carlos. (A. S. A., 7-443-14.)
32. Madrid, 31 de agosto de 1790.—Orden mandando al archivero del Ayuntamiento entregar seis acciones del Banco de San Carlos. (A. S. A., 7-443-14.)
33. Madrid, 7 de octubre de 1790.—Papeles relacionados con el pleito sostenido por Madrid con el Banco Nacional de San Carlos sobre la propiedad de unos terrenos situados en el soto de Salmedina. Sus fechas, 3 de julio de 1790 y 21 de abril de 1803. (A. S. A., 3-135-23 y 24.)
34. Madrid, 3 de marzo de 1791.—Real cédula por la cual se confirma la creación de vales reales de la Real Compañía de Filipinas¹. (A. S. A., 2-163-19.)
35. Madrid, 31 de julio de 1791.—Circular del Consejo disponiendo que los vales reales que no sean presentados al cobro a su debido tiempo se paguen por sólo su valor, sin cargar intereses ningunos². (A. S. A., 2-163-24.)
36. Madrid, 2 de septiembre de 1791.—Orden mandando al archivero del Ayuntamiento entregar dos acciones del Banco de San Carlos. (A. S. A., 7-443-14.)

¹ *Gaceta de Madrid* del martes 8 de marzo de 1791 (número 19, pág. 161). En la Hemeroteca Municipal.

² *Idem id.* del martes 16 de agosto de 1791 (número 65, pág. 577). En la Hemeroteca Municipal.

37. Madrid, 25 de octubre de 1791.—Orden mandando al archivero del Ayuntamiento entregar dos acciones del Banco de San Carlos. (A. S. A., 7-443-14.)
38. Madrid, 24 de enero de 1792.—Orden mandando al archivero del Ayuntamiento entregar dos acciones del Banco de San Carlos. (A. S. A., 7-443-14.)
39. Madrid, 17 de febrero de 1792.—Reparto de utilidades del Banco de San Carlos. Intereses devengados por las 134 acciones de la Villa de Madrid. Expediente para su cobranza hasta 5 de marzo. (A. S. A., 2-374-2.)
40. Madrid, 12 de abril de 1792.—Orden mandando al archivero del Ayuntamiento entregar dos acciones del Banco de San Carlos. (A. S. A., 7-443-14.)
41. Aranjuez, 16 de enero de 1794.—«† | Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se manda guardar | y cumplir los dos Reales Decretos insertos, en | que se crean diez y seis millones y doscientos pesos de ciento beinte y ocho quartos en | Vales Reales de á trescientos cada uno; y estable- | ce un fondo de amortizacion para extinguir anual- | mente los mismos Vales, y los creados en el | anterior Reynado | Año 1794. | En Madrid: | En la Imprenta de la Viuda e Hijo de Marin.» Impreso. (A. S. A., 2-163-65.)
42. Madrid, 27 de enero de 1794.—Orden mandando al archivero del Ayuntamiento entregar cuatro acciones del Banco de San Carlos. (A. S. A., 7-443-14.)
43. Madrid, 5 de junio de 1794.—Orden mandando al archivero del Ayuntamiento entregar cuatro acciones del Banco de San Carlos. (A. S. A., 7-443-14.)
44. San Ildefonso, 29 de agosto de 1794.—«Instrucción que se ha de observar para la recaudación de la contribución extraordinaria sobre las rentas líquidas de los propietarios, impuesta temporalmente en las 22 Provincias de los Reynos de Castilla y Leon con el objeto de aumentar el fondo creado por Real Decreto de 12 Enero de este año para la extinción de Vales Reales.»¹ (A. S. A., 2-163-66.)
45. San Ildefonso, 8 de septiembre de 1794.—«† | Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | en que se crean diez y ocho | millones de pesos de ciento veinte y ocho quar- |

¹ *Gaceta de Madrid* del viernes 5 de septiembre de 1794 (número 71, pág. 1.057). En la Hemeroteca Municipal.

tos en Vales Reales; y se establece una contri- | bucion
extraordinaria y temporal, | sobre las ren- | tas líquidas de
propietarios en las veinte y dos | Provincias de los Reynos
de Castilla y Leon, | con el objeto de aumentar el fondo
destinado | para la extincion de Vales Reales, todo con |
arreglo a los Decretos é Instruccion | insertos. | Año 1794 |
En Madrid: | En la Imprenta de la Viuda é Hijo de Ma-
rin. » Impreso. (A. S. A., 2-163-77.)

46. Madrid, 25 de febrero de 1795.—Real decreto por el que se autori-
za una nueva emisión de Vales Reales¹. (A. S. A., 2-163-93.)
47. Madrid?, 25 de febrero de 1795.—Real decreto por el que se da
cuenta al comisario de Cruzada de haber aprobado Su
Señoría que los fondos procedentes de vacantes se apli-
quen a la extinción de vales reales². (A. S. A., 2-163-93.)
48. Madrid?, 25 de febrero de 1795.—Real decreto por el que se
ordena al colector general de Expolios y Vacantes dar
cumplimiento al breve de Su Señoría, en el que se autoriza
a aplicar los fondos procedentes de vacantes en la extin-
ción de vales reales³. (A. S. A., 2-163-93.)
49. Aranjuez, 4 de marzo de 1795.—«† | Real Cedula | de S. M. |
y Señores del Consejo | por la qual se manda guardar | y
cumplir el Real Decreto inserto, en que se | crean treinta
millones de pesos de á ciento vein- | te y ocho quartos en
Vales Reales; | en la forma que se expresa. | Año 1795. |
En Madrid: | En la Imprenta de la Viuda e Hijo de Ma-
rin. » Impreso. Cinco ejemplares. (A. S. A., 2-163-82.)
50. Aranjuez, 10 de junio de 1795.—«† | Real Cedula | de S. M. |
y Señores del Consejo, | por la cual se manda | que en
qualquiera litigio que ocurra en todos los | Tribunales del
Reyno acerca de la pertenencia de | Vales Reales, se oiga
a las partes interesadas | breve y sumariamente, y decida
el asunto con- | forme a la práctica universal del Comer-
cio | en las diferencias sobre Letras | de Cambio. | Año 1795. |
En Madrid: | En la Imprenta de la Viuda e Hijo de Ma-
rin. » Impreso. Tres ejemplares. (A. S. A., 2-163-86.)
51. Madrid, 22 de julio de 1795.—Orden mandando al archivero del
Ayuntamiento entregar cuatro acciones del Banco de San
Carlos. (A. S. A., 7-443-14.)

¹ *Gaceta de Madrid* del martes 10 de marzo de 1795 (número 20, pág. 265). En la Hemeroteca Municipal.

² *Ibidem.*

³ *Ibidem.*

52. San Ildefonso, 24 de agosto de 1795.—«† | Real Cédula | de S. M. | y Señores del Consejo, | en que con el fin de aumentar | el fondo creado para la extincion de Vales, se manda | imponer y exigir un quince por ciento de todos los | bienes raíces, y derechos Reales que de aqui en ade- | lante adquieran por qualquier título las manos muertas | en todos los dominios de S. M. en que no se halla | establecida la ley de amortización, baxo las reglas | y precauciones que se expresan. | Año 1795. | En Madrid: | En la Imprenta de la Viuda e Hijo de Marin.» Impreso. Tres ejemplares. (A. S. A., 2-163-104.)
53. San Ildefonso, 24 de agosto de 1795.—«† | Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se manda guardar | el Real Decreto inserto, en que se impone un quince | por ciento sobre los bienes que se destinan á vincula- | ciones de Mayorazgos, aunque sea por via de agrega- | cion, o mejora de tercio y quinto, y demas que se expresa, | con el fin de aumentar el fondo de amortizacion | de Vales Reales. Año 1795. | En Madrid: | En la Imprenta de la Viuda e Hijo de Marin.» Impreso. (A. S. A., 2-163-104.)
54. Madrid, 12 de julio de 1797.—Real decreto abriendo un empréstito de 100.000.000 de reales de vellón, distribuidos en 25.000 cédulas de 4.000 reales cada una, y normas para su suscripción¹. (A. S. A., 2-164-39.)
55. Madrid, 15 de julio de 1797.—«Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se manda observar | el Real Decreto inserto, en que se abre un Prés- | tamo, de cien millones de reales de vellon, repartidos | en veinte y cinco mil cédulas ó acciones de á qua- | tro mil reales cada una, por el tiempo y baxo | las reglas y condiciones que se expresan. | Año 1797. | En Madrid | En la Imprenta Real.» Impreso. Dos ejemplares. (A. S. A., 2-461-19.)
56. San Lorenzo, 22 de noviembre de 1797.—Real decreto ampliando el empréstito decretado en julio anterior en 60.000.000 de reales, repartidos en 15.000 acciones de 4.000 reales². (A. S. A., 2-164-59.)

¹ *Gaceta de Madrid* del viernes 21 de julio de 1797 (número 58, pág. 645). En la Hemeroteca Municipal.

² *Idem id.* del martes 5 de diciembre de 1797 (número 97, pág. 1085). En la Hemeroteca Municipal.

57. San Ildefonso, 25 de septiembre de 1798.—«Real Cedula | de S. M., | y Señores del Consejo, | en que se manda cumplir el decreto inserto | por el cual se establece una moderada contribucion sobre | los legados y herencias en las sucesiones transversales, | para atender con sus productos al importante objeto de | acopiar en la Caxa de Amortizacion una masa de rentas | anuales proporcionada al pago de intereses de los prés- | tamos que deben subrogarse el lugar de los Vales Reales | que extinga, ó de otros créditos gravosos a la Corona, | en la forma que se expresa. | Año 1798. | En Madrid | En la Imprenta Real.» Impreso. (A. S. A., 2-164-2.)
58. San Lorenzo, 26 de octubre de 1798.—«Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se manda observar | el Decreto inserto, en que se abre un Préstamo | de quatrocientos millones de reales vellon, re- | partidos en ciento sesenta mil cedulas ó acciones | de á dos mil y quinientos reales cada una, por | el tiempo y baxo las reglas y condiciones | que se expresan. | Año 1798. | En Madrid | En la Imprenta Real.» Impreso. (A. S. A., 2-164-3 y 2-164-4.)
59. San Lorenzo, 26 de octubre de 1798.—«Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | en que se manda cumplir el decreto inserto, | expedido en veinte y cinco de Octubre de mil | setecientos noventa y ocho, por el qual se anticipan las épocas señaladas en el de quince del pro- | pio mes para el reintegro de las acciones del Real | Empréstito de quatrocientos millones de reales | creado por él, en la forma que se expresa. | Año 1798. | En Madrid | En la Imprenta Real.» Impreso. Dos ejemplares. (A. S. A., 2-164-3 y 2-164-6.)
60. Aranjuez, 6 de abril de 1799.—Real decreto por el que se autoriza una nueva emisión de vales reales¹. (A. S. A., 2-164-76.)
61. Aranjuez, 6 de abril de 1799.—Real decreto tomando medidas contra los abusos cometidos en la negociación de los vales reales². (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 2-164-76.)

¹ *Gaceta de Madrid* del martes 30 de abril de 1799 (número 35, pág. 333). En la Hemeroteca Municipal.

² *Ibidem*.

62. Aranjuez, 8 de abril de 1799. - «Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se manda guardar | y cumplir el decreto inserto, en que se crean | cincuenta y tres millones, ciento nueve mil y tres- | cientos pesos de á ciento y veinte y ocho quartos | en Vales Reales, en la forma y con las declara- | ciones que en él se expresan. | Año 1799. | En Madrid | En la Imprenta Real.» Impreso. (A. S. A., 2-164-12.)
63. Aranjuez, 8 de abril de 1799.—«Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se manda guardar | el Decreto inserto, en que se prohíbe a toda clase de | personas, baxo las penas que se expresan, mezclarse con | ningun pretexto como corredores o mediadores en la ne- | gociacion de Vales Reales, | pues solo deberán intervenir | en ellas los Corredores jurados de número de cada Plaza, | con las condiciones y formalidades que se previenen, | y lo demas que contiene. | Año 1799. | En Madrid | En la Imprenta Real.» Impreso. (A. S. A., 2-164-13.)
64. Madrid, 20 de abril de 1799. — Oficio de remisión de una escritura de obligación, otorgada en nombre de Madrid, de devolver al Banco Nacional de San Carlos 1.634.403 reales que anticipó para el abasto de carnes. (A. S. A., 2-374-7.)
65. Madrid, 7 de julio de 1799. — «Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se manda guardar | y cumplir el Decreto inserto en que se extingue la Junta | Suprema de Amortización, creada para dirigir las enage- | naciones de bienes de manos muertas y otros encargos, y | manda reponer en todas sus partes la Real Casa ó depó- | sito de Amortizacion de Vales en el ser y estado de su | primitivo establecimiento, contenido en el Real Decreto de | doce de Enero de mil setecientos noventa y quatro, con | lo demas que se expresa. | Año 1799. | En Madrid | En la Imprenta Real.» Impreso. Dos ejemplares. (A. S. A., 2-164-14.)
66. Madrid, 17 de julio de 1799.—«Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual para consolidar | el crédito de los Vales, y evitar los daños que causa el | excesivo premio de su reduccion, se fixa este por ahora | al seis por ciento sobre su primitivo valor, sin incluir | los intereses, y se manda establecer caxas de reduccion | en las Capitales que se expresan, baxo las reglas | que contiene. | Año 1799. | En Madrid | en la Imprenta Real.» Impreso. (A. S. A., 2-164-15.)

67. Madrid, 19 de julio de 1799.—Expediente promovido para nombrar dos vocales, regidores del Ayuntamiento de la Villa, en la Junta creada en el artículo 13 de la real cédula de 17 de julio. Fueron nombrados, a 20 de julio, por mayoría de votos, los señores D. Manuel de Santa Clara y el marqués de Perales. (A. S. A., 2-164-15.)
68. Madrid, 21 de agosto de 1799.—Auto del Consejo dando traslado a una real orden, de 20 del mismo mes y año, aclarando algunos extremos de la real cédula por la que se fijó en un 6 por 100 el premio de la reducción de los vales. Impreso. (A. S. A., 2-164-46.)
69. Madrid, 7 de octubre de 1799.—Orden mandando al archivero del Ayuntamiento entregar cuatro acciones del Banco de San Carlos. (A. S. A., 7-413-14.)
70. San Lorenzo, 9 de noviembre de 1799.—•Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se manda guardar | y cumplir el Decreto inserto, en que se dispone | que el Consejo de Hacienda sobresea por ahora en | la execucion de las órdenes expedidas sobre la | incorporacion á la Corona de los Oficios enage- | nados; y que los dueños de ellos presenten los tí- | tulos de su pertenencia, y sirvan con la tercera | parte de su valor para las Caxas de reduccion de | vales; todo en la forma que se expresa. | Año 1799. | En Madrid | en la Imprenta Real. • Impreso. Dos ejemplares. (A. S. A., 22-164-98.)
71. San Lorenzo, 10 de noviembre de 1799.—•Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se aplican á las Caxas de Reduccion de Vales | los caudales que produzcan los arbitrios destinados á la | amortización de ellos: se manda exigir con la propia | aplicacion un servicio anual sobre varios objetos; y se | concede permiso á los que tengan contra sí censos per- | petuos y al quitar, y á los que posean fincas afectas á | algun canon enfiteútico, para que los puedan redimir con | Vales; con lo demas que se expresa. | Año 1799. | En Madrid | en la Imprenta Real. • Impreso. Dos ejemplares. (A. S. A., 2-164-99.)
72. San Lorenzo, 1 de diciembre de 1799.—•Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se manda guardar | y cumplir el Decreto inserto, en que con el fin | de aumentar los recursos de las Caxas de Re- | duccion de Vales, se concede permiso y facultad | a la de Madrid para hacer una rifa con variedad | de suertes, que consistirán en premios

pagade- | ros por una vez, y en rentas vitalicias, | en la forma que se expresa. | Año 1799. | En Madrid | en la Imprenta Real. • Impreso. (A. S. A., 2-164-95.)

73. Madrid, 7 de abril de 1800.—Auto del Consejo en el que se inserta una resolución de Su Majestad destinada a cortar los abusos que en el comercio común ocasionaba la falta de crédito de los vales reales. Impreso. (A. S. A., 2-165-2.)
74. Aranjuez, 6 de mayo de 1800.—«Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | en que se manda guardar y cumplir | el Decreto inserto, por el qual se incorpora á la Ri- | fa concedida á las Caxas de Reducción de Vales, la | que se había permitido hiciese la Villa de Madrid para | verificar el pago de la cantidad con que debe contribuir | por su cupo en el repartimiento de trescientos millones | con que ha de servir el Reyno en el presente año, | en la forma que se expresa. | Año 1800. | En Madrid | en la Imprenta Real. • Impreso. Cuatro ejemplares. (A. S. A., 2-164-95 y 2-164-111.)
75. San Ildefonso, 30 de agosto de 1800.—«Pragmatica Sanción | en fuerza de ley | por la qual ratifica Su Magestad, | y en caso necesario de su propio motu y cierta ciencia declara ser | los Vales Reales de las siete creaciones publicadas hasta el día una | deuda legitima de la Monarquía: responsable á ella en todos tiempos | la Monarquía misma; y obligada la Corona a pagar sus intereses. Con- | signa a S. M. á este efecto varios arbitrios antiguos y modernos, con cu | yo producto han de satisfacerse también los réditos de los capitales | pertenecientes a Vinculaciones, Memorias, Obras pías &c., por las | ventas hechas y que se hicieren en conformidad a sus Reales Decretos | de diez y nueve de Setiembre de mil setecientos noventa y ocho, des- | tinando el sobrante para la Amortizacion de los mismos Vales. Y en- | carga S. M. al Consejo que baxo la inmediata autoridad de su Real Persona cuide de la execucion del nuevo sistema administratorio | que ha tenido á bien aprobar para la consolidación | de los Vales Reales. | Año 1800. | En Madrid | en la Imprenta Real. • Impreso. (A. S. A., 2-164-113.)
76. Aranjuez, 3 de junio de 1801.—«Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se suprimen los vales creados | con la denominación de la Acequia Imperial de | Aragón y Canal de Tauste, y manda se reunan é | incorporen con los demás Vales Reales que estan á | cargo del Consejo

y su Comision gubernativa, | con lo demas que se expresa. | Año 1801. | En Madrid | en la Imprenta Real. Impreso. (A. S. A., 2-164-124.)

77. Madrid, 16 de septiembre de 1801.—Auto del Consejo comunicando una real orden de 4 del mismo mes por la cual se derogan los fueros privilegiados de los particulares en los litigios relacionados con los arbitrios destinados a la consolidación de vales. Impreso. Dos ejemplares. (A. S. A., 2-165-45 y 2-167-63.)
78. Aranjuez, 21 de febrero de 1802.—«Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | en que se dispone que los dueños | de los Vales Reales que no los presenten á su | renovacion en las Oficinas destinadas al efecto en | el perentorio término de tres años, perderán in- | defectiblemente el capital de ellos, sin que | tengan derecho á reclamarle. | Año 1802. | Madrid | en la Imprenta Real. Impreso. (A. S. A., 2-165-82.)
79. Barcelona, 6 de noviembre de 1802.—«Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo | en que por via de adicion a la Real Pragmatica | de dos de junio de mil setecientos ochenta y dos | se declara el modo de repetir contra los endosantes | y librador de letras de cambios en caso de | protesto, en la forma que se expresa. | Año 1802. | Madrid | En la Imprenta Real. Impreso. (A. S. A., 2-165-78.)
80. Aranjuez, 10 de febrero de 1805.—«Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se manda | que todas las personas que sean nombradas para | poseer Capellanías Laycales paguen media anua | lidad de su producto con destino á la extinción | y amortización de Vales Reales, baxo | las reglas que se contiene. | Año 1805. | Madrid | en la Imprenta Real. Impreso. (A. S. A., 2-165-146.)
81. San Ildefonso, 15 de agosto de 1805.—«Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | en que se manda cumplir y executar | un Breve de S. S. relativo á que la contribucion del | tres y un tercio por ciento, impuesta sobre los productos de los bienes de la Corona donados á manos muertas con destino á la Consolidación de Vales, | sea y se entienda de solo un dos por ciento, ex- | tensiva á los frutos, rentas y derechos | que se expresan. | Año 1805. | Madrid | en la Imprenta Real. Impreso. (A. S. A., 2-166-116.)
82. San Lorenzo, 7 de noviembre de 1805.—«Real Cedula | de S. M. | y Señores del Consejo, | por la qual se declara | que corresponde al Consejo privativamente el co- | nocimiento y de-

cisión de los pleytos é instancias | relativas á pagos en Vales Reales por todo | su valor ó con moneda metálica. | Año 1805 | Madrid en la Imprenta Real. • Dos ejemplares. (A. S. A., 2-166-111.)

83. Madrid, 17 de mayo de 1806.—Circular dando cuenta de haber sido nombrado director del Banco Nacional de San Carlos D. Pedro Sainz de Baranda, y remitiendo su firma. Vista en Ayuntamiento el 27 de junio. Impresa. Firmas autógrafas. (A. S. A., 2-374-8.)
84. Madrid, 25 de mayo de 1808.—Auto del Consejo trasladando dos resoluciones del «Lugarteniente General del Reyno», de 22 de mayo, por las cuales se restablece la extinguida Comisión Gubernativa de Consolidación de Vales reales, y se nombra superintendente general de la misma al conde de Cabarrús. Impreso. (A. S. A., 2-166-22.)
85. Madrid, 31 de octubre de 1808.—Auto del Consejo trasladando una resolución de la «Junta Central Suprema Gubernativa del Reyno», de 23 de octubre, para salvaguarda de los caudales pertenecientes a la «Caja de Consolidación de Vales Reales». Impreso. (A. S. A., 2-166-6.)
86. Madrid, 3 de mayo de 1810.—Recibo de la Tesorería General de la Municipalidad de haber sido entregado a ésta por el archivero 136 acciones del Banco Nacional de San Carlos. (A. S. A., 2-374-4.)
87. Madrid, 6 de febrero de 1811.—Recibo de la Tesorería General de la Municipalidad de haber sido entregadas a ésta 33 acciones del Banco Nacional de San Carlos. El expediente relacionado con este asunto comienza en 26 de enero. (A. S. A., 2-374-4.)
88. Madrid, 15 de junio de 1813.—Expediente relacionado con un préstamo de 1.000.000 de reales que había de hacer el Banco Nacional de San Carlos a la Villa de Madrid, cuyas condiciones ésta rechazó¹. Última actuación: 30 de junio. (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 2-374-10.)
89. Madrid, 12 de julio de 1813.—Oficio remitiendo una petición de varios accionistas del Banco Nacional de San Carlos solicitando celebrar en Madrid su junta general. Visto en Ayuntamiento en la misma fecha. (A. S. A., 2-374-9.)

¹ Figuran en este expediente tres cartas cruzadas entre D. José de Zorraquín, diputado por Madrid en las Cortes de Cádiz, y el Ayuntamiento. Sus fechas, 4 y 28 de septiembre y 27 de octubre de 1812.

90. Madrid, 5 de noviembre de 1813.—Expediente incoado con un oficio del Gobierno Político de la Provincia de Madrid pidiendo informe sobre una solicitud elevada a las Cortes, en la cual se pedía que se diese curso legal a los vales sellados por el Gobierno intruso. Informe del Ayuntamiento de 8 del mismo mes y año. (A. S. A., 3-459-74.)
91. Madrid, 29 de septiembre de 1814.—Una certificación de la Oficina de Renovación y Expedición de Documentos del Crédito público de estar retenido un vale de 300 pesos de 1 de enero de 1808. Documento remitido años después (1881) al Archivo de Villa por haber caducado sus acciones. (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 6-160-2.)
92. Madrid, 3 de octubre de 1814.—Una certificación de la Oficina de Renovación y Expedición de Documentos del Crédito público de estar retenidos seis vales de 150 pesos de 1 de enero de 1809. Documento remitido años después (1881) al Archivo de Villa por haber caducado sus acciones. (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 6-160-2.)
93. Madrid, 9 de diciembre de 1818.—Oficio de los directores generales del Banco Nacional de San Carlos pidiendo que les fuese entregado un documento en poder del Real Pósito. Visto en Ayuntamiento a 24 de diciembre. (A. S. A., 2-138-39.)
94. Madrid, 1 de julio de 1822.—Real orden trasladando un decreto de Su Majestad, de julio de 1822¹, proveyendo al pago de intereses de los vales a fin de dar impulso a su crédito. Impreso. (A. S. A., 2-170-14.)
95. Madrid, 10 de julio de 1822.—Real orden trasladando un decreto de las Cortes, de 29 de junio, sobre impresión de letras de cambio y libranzas de comercio. Impreso. (A. S. A., 2-170-23.)
96. Madrid, 1 de agosto de 1822.—Real orden trasladando un decreto de Su Majestad, de 31 de julio², dando curso legal a los vales conocidos con el nombre de duplicados por el Gobierno intruso. Impreso. A. S. A., 2-170 31.)
97. Madrid, 11 de febrero de 1823.—Expediente promovido por el Banco Nacional de San Carlos al solicitar del Ayuntamiento el pago de cuatro créditos antiguos. Última actuación: 4 de marzo. (A. S. A., 2-374-5.)
98. Madrid, 24 y 25 de noviembre de 1825.—Junta General | de

¹ Acuerdo de las Cortes de 29 de junio.

² Idem.

Accionistas | del Banco Nacional | de San Carlos, | celebra-
da | en la casa del mismo Banco | en los días. . . . | Madrid |
por Ibarra, impresor de Cámara de S. M. | 1826. Impreso.
(A. S. A., 2-373-83.)

99. Madrid, 7 de febrero de 1827.—Real orden de 10 de noviembre de 1826 por la cual se dispone que en adelante los depósitos judiciales se hagan en el Banco Nacional de San Carlos. Impreso. (A. S. A., 2-171-56.)
100. Madrid, 30 de marzo de 1830.—Expediente promovido por una real orden comunicada por el Ministerio de Hacienda mandando pagar los créditos adeudados al extinguido Banco Nacional de San Carlos. Última actuación: 24 de diciembre de 1839. (A. S. A., 3-357-9.)
101. Madrid, 15 de junio de 1830.—Circular dando cuenta de haber sido nombrado director del Banco Español de San Fernando D. Antonio Martínez, y subdirector D. José Francisco de Muguiro, y remitiendo sus firmas. Vista en Ayuntamiento a 2 de julio. Impreso. Firmas autógrafas. (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 2-374-12.)
102. Madrid, 16 de junio de 1830.—Real orden de 4 de junio por la cual se ordena que los depósitos judiciales se efectúen en el Banco Español de San Fernando. Impreso. (A. S. A., 2-172-113.)
103. Madrid, 5 de julio de 1830.—Circular dando cuenta de haber sido nombrado director del Banco Español de San Fernando el señor Marqués de Casa Irujo, y remitiendo su firma. Vista en Ayuntamiento a 16 de julio. Impreso. Firmas autógrafas. (A. S. A., 2-374-12.)
104. Madrid, 25 de octubre de 1830.—Oficio del secretario del Banco Español de San Fernando comunicando haber sido autorizada la emisión de billetes por valor de 12.000.000 de reales de vellón. Visto en Ayuntamiento en 10 de noviembre. (A. S. A., 2-374-11.)
105. Madrid, 18 de noviembre de 1830.—Circular de la Dirección General de Propios y Arbitrios del Reino comunicando haber sido autorizada al Banco Español de San Fernando la emisión de billetes por valor de 12.000.000 de reales de vellón. (A. S. A., 2-172-62.)
106. Madrid, 23 de diciembre de 1830. —«Año de 1830. Testimonio de la Copia de la Escra de transacción de todos los créditos que tenía a su favor el extinguido Banco Nacional de San Carlos contra la villa de Madrid, otorgada en 23 de Dic.º de 1830 ante D. Miguel de Llama, escribano de

- Num.º de esta Corte. Librado Por el Licenciado D. José García Lastra, Escribano propietario del numero de Madrid en 29 de Mayo de 1861.» (A. S. A., 2-374-6.)
107. Madrid, 20 de marzo de 1833.—Circular dando cuenta de haber sido nombrado director del Banco Español de San Fernando D. Andrés Caballero, y primer consiliario D. Julián Aquilino Pérez, y remitiendo sus firmas. Vista en Ayuntamiento a 23 de marzo. Impreso. Firmas autógrafas. (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 2-374-13.)
108. Madrid, 25 de abril de 1834.—Real decreto, fecha *ut supra*, por el que se crea con el nombre de «Real empresa de Isabel II» un establecimiento destinado a facilitar créditos a entidades y particulares y llevar a cabo obras que por su envergadura rebasen las posibilidades de unos y otros. Impreso. (A. S. A., 2-167-77.)
109. Madrid, 26 de enero de 1835.—Expediente relativo al cobro de intereses de las 26 acciones y cuatro quintos que tenía la Villa de Madrid en el Banco Español de San Fernando. Ultima actuación: 30 de julio de 1840. (Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, 4-81-79.)
110. Madrid, 11 de marzo de 1837.—Circular dando cuenta de haber sido nombrado director del Banco Español de San Fernando D. Joaquín Fagoaga, y remitiendo su firma y la de D. Miguel Nájera, consiliario primero del Banco. Vista en Ayuntamiento a 13 de marzo. Impreso. Firmas autógrafas. (A. S. A., 2-356-50.)
111. Madrid, 29 de noviembre de 1837.—Justificante del depósito de un recibo de intereses de vales reales no consolidados. Remitido años después (1881) al Archivo de Villa por haber caducado sus acciones. (A. S. A., 6-160-2.)
112. Madrid, 19 de julio de 1841.—Oficio del director del Banco Español de San Fernando dando cuenta de haberse hecho cargo de la Secretaría del mismo, en ausencia de su titular, el síndico D. Antonio Guillermo Moreno. Visto en Ayuntamiento a 21 de julio. (A. S. A., 3-387-91.)
113. Madrid, 20 de septiembre de 1841.—Oficio del director del Banco Español de San Fernando dando cuenta de haberse reintegrado a su puesto el secretario del mismo, D. Manuel González Allende. Visto en Ayuntamiento a 21 de septiembre. (A. S. A., 3-387-91.)
114. Madrid, 5 de septiembre de 1842.—Oficio del encargado de la liquidación del extinguido Banco de San Carlos autorizan-

- do a D. Pedro Alcántara García para cobrar cierta asignación semanal. Visto en Ayuntamiento a 8 de septiembre. (A. S. A., 4-15-36.)
115. Madrid, 17 de octubre de 1842.—Oficio del encargado de la liquidación del extinguido Banco de San Carlos dejando sin efecto una autorización anterior para cobrar determinadas cantidades. (A. S. A., 4-15-36.)
116. Madrid, 11 de abril de 1843.—Circular dando cuenta de haber sido nombrado director del Banco Español de San Fernando D. José Segundo Ruiz, y remitiendo su firma. Vista en Ayuntamiento a 11 de abril de 1843. Impreso. Firmas autógrafas. (A. S. A., 4-15-81.)
117. Madrid, 22 de febrero de 1844.—Exposición documentada que dirige a S. M. la Junta de Gobierno del Banco Español de San Fernando con motivo de la erección del de Isabel II, autorizada por Real Decreto de 25 de enero de 1844. Madrid: Imprenta y fundición de D. Eusebio Aguado. 1844. Impreso. (A. S. A., 4-164-20.)
118. Madrid, 7 de junio de 1844.—Oficio del gobernador político de la provincia de Madrid dando cuenta de haberse abierto el Banco de Isabel II, y remitiendo la lista de los individuos que componen la dirección del mismo. Visto en Ayuntamiento a 11 de junio. (A. S. A., 4-6-66.)
119. Madrid, 28 de julio de 1845.—Circular dando cuenta de haber sido nombrado director interino del Banco Español de San Fernando D. Dámaso de Cerragería, y remitiendo su firma. Visto en Ayuntamiento a 1 de agosto. Impreso. Falta la firma. (A. S. A., 4-32-26.)
120. Madrid, 11 de marzo de 1846.—Circular dando cuenta de haber sido nombrado director del Banco Español de San Fernando D. Joaquín de Fagoaga, y remitiendo su firma. Vista en Ayuntamiento a 13 de marzo. Impreso. Firma autógrafa. (A. S. A., 4-59-71.)
121. Madrid, 28 de marzo de 1846.—Expediente promovido a partir de una propuesta de petición al Gobierno de la indemnización correspondiente al valor de las acciones del Banco de San Fernando de las cuales dispuso en 1837. Última actuación: 3 de mayo de 1847. (A. S. A., 4-81-95.)
122. Madrid, 31 de marzo de 1848.—Expediente promovido a causa del daño sufrido por los fondos municipales con motivo del cambio de billetes de Banco. Última actuación: 21 de noviembre. (A. S. A., 4-82-10.)

INDICE ALFABETICO POR MATERIAS

Banco de Isabel II: 117 y 118.

Banco Español de San Fernando:

Billetes (emisión y curso de): 104, 105 y 122.

Intereses (cobro de): 109.

Liquidación del extinguido de San Carlos: 100, 106, 114 y 115.

Nombramientos: 101, 103, 107, 110, 112, 113, 116, 119 y 120.

Privilegios y concesiones: 102.

Propuestas: 117.

Reclamaciones: 121.

Banco Nacional de San Carlos:

Caja de descuentos: 16.

Creación del Banco: 5.

Custodia de acciones: 22, 26, 29, 30, 31, 32, 36, 37, 38, 40, 42, 43, 51, 69, 86, 87, 91, 92 y 111.

Extinción y liquidación: 100, 106, 114 y 115.

Juntas: 12, 14, 19, 20, 23, 27, 89 y 98.

Nombramientos: 83.

Privilegios y concesiones: 99.

Relaciones y pleitos con el Ayuntamiento: 17, 18, 24, 33, 64, 88, 93 y 97.

Repartos de utilidades: 21, 25, 28 y 39.

Suscripción de acciones: 8, 9, 10 y 11.

Empréstitos: 54, 55, 56 y 58.

Letras de cambio: 6, 79 y 95.

Real Empresa de Isabel II: 108

Vales de particulares: 1.

Vales reales:

Amortización: 44, 47, 48, 49, 52, 53, 57, 65, 70, 71, 78, 80, y 94.

Consolidación: 75, 81, 84 y 85.

Curso, negociación y reducción: 4, 61, 63, 66, 67, 68, 71, 72, 73, 74, 90 y 96.

Emisión y transformación: 2, 3, 7, 34, 41, 45, 46, 60, 62, y 76.

Prácticas judiciales: 50, 77 y 82.

Renovación y vencimientos de intereses: 13, 15, 35 y 59.

EXTRACTO DE LOS «LIBROS DE ACUERDOS» DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID A PARTIR DEL AÑO 1601

INTRODUCCION

Fundamental labor del archivero es abrir a los estudiosos el acceso a los tesoros documentales que su archivo custodia, bien sea por la publicación de los manuscritos mismos, debidamente transcritos, bien mediante la elaboración de catálogos sistemáticos, o bien dando extractos del contenido de los documentos, acompañados de una cuidadosa indicación de su signatura o emplazamiento, que permitan al investigador especializado acudir derecho a la fuente que alumbré el tema histórico por él estudiado y le ahorren trabajosas búsquedas y ciegas calicatas en el inmenso campo de la documentación.

Conscientes de este grato deber nuestro, y acuciados no sólo por nuestra exigencia profesional, sino también por la íntima complacencia de continuar con nuestra modesta aportación la brillante labor iniciada por nuestros predecesores en el Archivo de Villa, hemos considerado que acaso uno de los más ricos filones de historia madrileña, todavía por explotar debidamente, sea el constituido por los *Libros de Acuerdos* del Ayuntamiento. De la cuidadosa lectura de sus folios se obtienen curiosas y muchas veces inéditas noticias sobre personajes, instituciones, economía, administración, problemas de la vida diaria de nuestra Villa en siglos pasados, y, en fin, una imagen justa y fidedigna de los afanes, desvelos y desarrollo de nuestro Concejo a través de la Historia.

Iniciamos hoy, pues, estos extractos, fiados de que con ellos y con los índices completos de nombres, materias y lugares que serán su epílogo haremos accesibles los *Libros de Acuerdos*, no ya al

Ayuntamiento de Madrid

investigador que llega a ellos con paso seguro, guiado por una fecha concreta, sino a aquel que trata de localizar la actuación de un regidor, la relación de determinada persona con el Ayuntamiento, la noticia aislada, pero a veces luminosa, sobre un escritor, un arquitecto, un letrado; la gestación y curso de una institución, una costumbre, o el acontecimiento político desconocido o confuso en otras fuentes.

Si hemos comenzado el trabajo por el año 1601 ha sido por respetar un proyecto, ya antiguo y justificado, de publicar las actas en transcripción íntegra hasta 1600. Semejante tarea requiere plazo y detenimiento mayores. Pero juzgando que lo mejor es enemigo de lo bueno, no hemos querido demorar la publicación de estos extractos hasta que la edición de las actas anteriores se haya llevado a cabo, y esperamos que esta decisión sea bien acogida por muchos.

Entrando ya en las necesarias advertencias que aclaren al lector la estructura del trabajo y sistema que en él se va a seguir, diremos:

1.º Estos extractos aparecerán de manera continuada en las páginas de esta REVISTA.

2.º También con el fin de no dilatar mucho la posibilidad de utilizar el material histórico contenido en ellos, se publicarán periódicamente índices que abarquen períodos prudencialmente amplios, sin perjuicio de que al coronar la tarea que nos imponemos, es decir, al llegar al año 1800, se reúnan todos ellos en otro general.

3.º Se procurará recoger todo lo esencial, sin omitir los nombres propios allí donde aparezcan. Esto, refiriéndose especialmente al caso de regidores y corregidores, servirá para establecer con seguridad las fechas de actuación de cada uno de ellos en sus respectivos cargos. No obstante, para ahorrar espacio, sólo se consigna el nombre y apellido completos de éstos la primera vez que surgen. En esta primera aparición del nombre damos en negritas la parte de él que en lo sucesivo será la única citada, estableciendo así una a modo de sigla¹.

4.º Hemos numerado correlativamente las sesiones, con el fin de facilitar las referencias en los índices; y

5.º Se indica siempre al comienzo del resumen de cada sesión el folio del volumen correspondiente en que aparece el acta, para facilitar la consulta directa de ésta.

¹ Tanto en estos nombres como a lo largo de todo el trabajo, se ha modernizado la ortografía, con excepción de aquellos pasajes que van transcritos entre comillas.

I

RESUMEN DE LOS ACUERDOS CORRESPONDIENTES A LAS SESIONES
DEL 8 DE ENERO DE 1601 AL 28 DE FEBRERO DE 1601¹

Fol. 131.

1.—1601, enero, 8.

Reunidos en el Ayuntamiento el Corregidor de Madrid y su tierra, Mosén Rubí de **Bracamonte** Dávila, con Gregorio de **Usategui**, Francisco **Enríquez**, Antonio Díaz de **Navarrete**, Lorenzo de **Prado**, Juan **Fernández**, Sebastián **Hurtado**, el licenciado **Valdés**, Luis de **Valdés**, Melchor de **Matute**, Diego de **Cárdenas**, Francisco **Martínez**, Francisco de **Herrera**, Pedro **Fernández** de Alarcón, Jerónimo de **Barrionuevo**, Diego de **Urbina**, Diego de **Vera**, Bartolomé de **Sardaneta**, Gabriel de **Oviedo** y Alonso **Laso** tomaron los siguientes acuerdos:

Nombrar a D. Iñigo de Mendoza patrón del colegio de San Ildefonso (niños de la Doctrina Cristiana) para el presente año.

Nombrar a Pedro Fernández patrón de la memoria de Juan Bautista de Toledo; a Sebastián Hurtado, de la de Luis de Lodeña; a Francisco Enríquez, de la de Esteban Centurión; a Lorenzo [de Prado], de la de Rodrigo de Vargas; a Diego de Cárdenas, de la de Pedro de Limpias; a Luis de Valdés, de la de Francisco de Herrera; a Alonso Laso, de la del Bachiller Santo Domingo.

Nombrar patrón del hospital de la Latina a Jerónimo de Barriónuevo; del colegio y hospital de los Donados, a Juan de Sosa.

Nombrar patrón de la memoria de María de Paredes a Diego de Urbina; de la de Sebastián Suárez, clérigo, a Gregorio de Usategui.

Nombrar a Luis Calderón patrón de las dotaciones de Esteban Centurión, Rodrigo de Vargas, Pedro de Limpias, Luis de Lodeña y María de Paredes; comisario de la cera, a Pedro Fernández.

Comisarios del Hospital General, a Gregorio de Usategui y Alonso Laso.

Comisario de los pleitos y negocios de Valladolid, a Diego de Chaves.

¹ *Libros de Acuerdos* del Ayuntamiento de Madrid, vol. 25, que comprende las sesiones de 1599 a 1607.

² Vid. *Introducción*, pág. 416, núm. 3.º

Comisario de los negocios de Roma, al señor Matute.

Comisarios de los autos de la fiesta del Santísimo Sacramento, a Diego de Urbina y Juan Fernández.

Comisarios de las danzas de la misma fiesta, a Lorenzo [de Prado] y Gabriel de Oviedo.

Acordóse que Luis de Valdés prosiga la misión que tiene, ordenando que del producto de la venta de harina del Pósito se paguen los censos que la Villa debe del dicho Pósito, y que el depositario general liquide lo que se deba de las rentas del Peso y Correduría.

Que se pague lo que se le debe a Diego de Albornoz.

Que se tramite el pago de lo adeudado a los señores Usategui y Navarrete por su viaje a Zaragoza, y a Lorenzo y Sebastián Hurtado por su viaje a Toledo.

Entran los señores Juan [Bautista] de Sosa e Iñigo de Cárdenas [Zapata].

Se nombra a Juan Fernández patrón de la memoria de María Suárez.

Ante mí: Martínez, escribano.¹

Fol. 131 v.

2.—1601, enero, 10.

Reunidos en el Ayuntamiento el Corregidor, Mosén Rubí de Bramonte, con los quince regidores mencionados en el acta anterior, más Pedro de Villamor y Diego de Barrionuevo, acordóse nombrar a los señores Granizo y Alonso de Castro para que asistan al repeso de la carne en la Carnicería de la Villa, la cual se ha encargado de nuevo «de la tabla que tenía Martín Ochoa».

Diego de Barrionuevo y Pedro Fernández, en nombre de la Villa, dan la bienvenida al condestable de Castilla, y la enhorabuena por su calidad de presidente de Italia.

Los señores Usategui, Urbina, Navarrete, Diego y Jerónimo de Barrionuevo y el licenciado Valdés son nombrados comisarios para ver cómo se paga lo que del «servicio de los millones» toca a la Villa, y la situación del erario.

Se acuerda «que se llame a la villa» con motivo de la propuesta del Corregidor acerca «del desempeño desta Villa».

Se nombran veedores del oficio de sastres y de tejedores.

¹ No cambia el escribano hasta que se indique lo contrario.

Fol. 132.

3.—1601, enero, 12.

Reunidos en el Ayuntamiento el Corregidor de Madrid citado, con los dieciséis señores mencionados en actas anteriores, más Pedro **González de Mendoza** y Juan de **León**, se acuerda hacer las gestiones necesarias para que se ponga en libertad a Diego Sánchez Castellanos, mayordomo del Pósito de Madrid, preso por la deuda del obispo de Sigüenza.

Vista la petición de Diego Sánchez Castellanos, según el cual existen en el Pósito más de 16.000 fanegas de harina añeja a punto de perderse, se acuerda repartirla entre los panaderos y pasteleros de Madrid y pueblos a ocho leguas a la redonda, impidiéndose además la entrada de pan cocido.

Se da trámite a una petición de Juan de Villalba.

Se trata de los bienes de Andrés Obrero, fiador de Pedro Alvarez el Viejo.

Se acuerda el libramiento de los setecientos cincuenta y nueve mil seiscientos noventa y seis maravedís de la renta del escribano ordinario y extraordinario.

Se convoca para el día siguiente a fin de tratar «de cosas tocantes al desempeño desta villa y a su bien y beneficio».

Se nombran veedores y examinadores del oficio de peinar y cardar para este año.

El precio del celemín de cebada se fija en veintiocho maravedís, y el de la libra de jabón, en treinta y dos.

Fol. 132 v.

4.—1601, enero, 13.

Reunidos el Corregidor con once de los concejales mencionados anteriormente, se acuerda que, en vista de las muchas deudas que la Villa tiene, se suplique al Consejo excuse a Madrid de algunas costas, pidiendo se quiten «las guardas de la peste» y salarios que en ello se gastan.

Fol. 132 v.

5.—1601, enero, 15.

Asisten el Corregidor, Mosén Rubí de Bracamonte, y los señores Herrera, Usategui, Iñigo de **Mendoza**, Matute, Juan Fernández, Diego de Barrionuevo, Martínez, Hurtado, Oviedo, González de

Mendoza, licenciado Valdés, Pedro Fernández, Luis de Valdés y Diego de Cárdenas.

Se recibe por vecino de Madrid a Martín Ortiz de Matienza, que da las fianzas acostumbradas.

Se designa a Juan Fernández y Pedro González de Mendoza para ir a la ermita de Nuestra Señora de la Paz, y a Sebastián Hurtado y Luis de Valdés, para ir a San Vaviles y lleven, como es costumbre, un teniente y escribano.

Se acuerda conceder veinticuatro fanegas de cebada a precio de tasa al doctor Morquecho, relator del Consejo de Su Majestad.

Se nombra a Juan Fernández para que vea si es bastante la fianza del pescado, de ochocientos diez mil maravedís, a la que están obligados Francisco Alonso, Antonio de Guarda y Gaspar López de Nájera.

Se acuerda llamar a la Villa para el primer Ayuntamiento, con el fin de ver las fianzas prestadas por el licenciado Valdés, depositario, que tendrá a su cargo las sisas y otros asuntos, presentándose en él las fianzas de las Carnicerías, Pósito y Propios; y que se notifique a Andrés de Morales que dé fianzas «para la rreçetoría».

Entran Navarrete y Jerónimo de Barrionuevo.

Se encarga a Iñigo de Mendoza el hacer reparar la parte del puente de Toledo que se ha hundido.

Se acuerda llamar a la Villa para acabar de resolver los asuntos del desempeño.

6.—1601, enero, 16.

Asisten el Corregidor, Mosén Rubí de Bracamonte, y los señores Herrera, Usategui, Urbina, Mendoza, Matute, Prado, Juan Fernández, Diego de Barrionuevo, Juan **Ruiz de Velasco**, Pedro Fernández, Diego de Cárdenas, Jerónimo de Barrionuevo, licenciado Valdés y Luis de Valdés.

Se acuerda convocar para el día siguiente a los regidores y letrados de la Villa, con el fin de tratar convenientemente del desempeño.

Fol. 133.

7.—1601, enero, 17.

Se reúnen el Corregidor y los señores Herrera, Usategui, Enríquez, Mendoza, Matute, León, Juan Fernández, Hurtado, Jerónimo de Barrionuevo, Oviedo y Diego de Cárdenas.

Jerónimo de Barrionuevo informa de que no hay inconveniente

Ayuntamiento de Madrid

para la Villa en conceder el terreno solicitado por D. Agustín Alvarez, del Consejo de Indias, para la construcción de cocheras.

Se acuerda que el mayordomo de los Propios informe al comisario, D. Iñigo de Mendoza, de los censos perpetuos que no se cobran, para ordenar lo que convenga.

Que en el próximo Ayuntamiento se examinen las fianzas dadas por el licenciado Valdés, y se trate de si se le ha de nombrar para la cobranza de las sisas.

Entran Martínez, Urbina, licenciado Valdés, Sardaneta, Luis de Valdés, Navarrete y Diego de Chaves.

Se acuerda que D. Iñigo de Mendoza, D. Juan de León y el doctor Lorenzo López redacten un memorial sobre los posibles remedios a los «tan grandes daños como esta Villa rresçive de la mudanza de la Corte desta Villa a la ciudad de Valladolid, a causa de su mucho empeño y deudas sueltas que debe, causado todo por el beneficio universal de la Corte y del reino.»

Fol. 133 v.

8.—1601, enero, 19.

Asisten el Corregidor y los señores Iñigo de Cárdenas, alférez mayor perpetuo de la Villa; Herrera, Mendoza, Matute, León, Juan Fernández, Diego de Barrionuevo, Martínez, Hurtado, Villamor, Luis de Valdés y Pedro Fernández.

Se acuerda pagar a D. Pedro Zapata de Cárdenas el pan situado que tiene en las iglesias de Madrid y su tierra.

Reelígese a D. Iñigo de Mendoza patrón del colegio de San Ildefonso para niños de la Doctrina Cristiana.

Entran D. Lorenzo [de Prado] y el contador Sardaneta.

Con el fin de remediar las posibles confusiones que el traslado de la Corte origine al entregar los escribanos de provincias a los de número los procesos de los vecinos de Madrid que ante ellos pasan, se nombra comisarios a Juan de León y Juan Fernández para que presenten los memoriales y hagan las diligencias que convengan.

Entran Oviedo, Sosa y Jerónimo [de Barrionuevo].

Se lee el memorial redactado sobre el problema del desempeño de la Villa, y además de acordarse sea presentado a Su Majestad, se autoriza al Corregidor para añadir lo que crea conveniente, insistiendo en que el rey autorizó al Consejo para tomar a censo 150.000 ducados bajo la garantía de las sisas, destinados a comprar

pan para el Pósito, así como en la conveniencia de que no se prive a Madrid de dichas sisas hipotecadas «hasta que estos censos estén quitados y desempeñados».

Fol. 134.

9.—1601, enero, 22.

Asisten con el Corregidor Bracamonte los señores Herrera, Usategui, Mendoza, Juan Fernández, Martínez, Hurtado, Oviedo y Luis de Valdés. Entran retrasados Jerónimo de Barrionuevo, Navarrete, Matute, León y el contador Sardaneta.

Se comisiona a Luis de Valdés para arrendar la barca de Arrebatardos, si es posible, y para que procure preste el debido servicio.

Se nombra a Juan de León para hacer las diligencias necesarias con el fin de liquidar las cuentas pendientes del licenciado Valdés hasta fin del año 1600.

Se acuerda tratar en el próximo Ayuntamiento de las fianzas pedidas por Juan Fernández.

Fol. 134.

10.—1601, enero, 24.

Asisten con el Corregidor los señores Herrera, Usategui, Enriquez, Mendoza, Matute, León, Martínez, Oviedo, licenciado Valdés, Sardaneta y Villamor. Entran después Diego y Jerónimo de Barrio-nuevo.

Se trata de la subida del precio de la carne.

Se acuerda que se eleven los salarios de los regidores, y que se paguen trescientos reales al soto-portero por los trabajos y diligencias efectuados.

Visto el informe de los doctores Asensio López y Luis de Rojas, letrados de la Villa, se declara rescindido para los herederos el contrato hecho con la Villa de Madrid por Francisco Rodríguez, según el cual se le permitía residir en ella franco de alcabalas durante ocho años a cambio de tener «tinos y tinte de seda».

Se acuerda pagar sendos cien ducados a los señores Usategui y Navarrete por los gastos efectuados con motivo de su viaje a Zaragoza, que realizaron por comisión del Concejo para tratar con Su Majestad sobre la disolución de la Junta, teniendo en cuenta que lo por ellos desembolsado excede de esta cantidad debido a la carestía de los bastimentos, posadas y transportes, y especialmente a haber tenido que seguir las jornadas de Su Majestad.

Fol. 135.

11.—1601, enero, 26.

Se reúnen el Corregidor, Bracamonte Dávila, y los señores regidores Usategui, Mendoza, Prado, Sardaneta y el licenciado Valdés. Entran retrasados Iñigo de Cárdenas, Juan Fernández, Herrera, Luis de Valdés, León, Navarrete y Jerónimo de Barrionuevo.

Se acuerda notificar al mayordomo de los Propios de la Villa de Madrid que deberá cubrir totalmente las cantidades a que ascienden los censos perpetuos, con apercibimiento de que lo que de ello falte será por su cuenta y riesgo; y que se dé traslado de este acuerdo a los contadores. (Según nota marginal, fuéle notificado a D. Jerónimo de Riaño a 15 de febrero del mismo año.)

Don Iñigo de Cárdenas se opone a que la Villa conceda gratificación alguna a Cristóbal López por los memoriales que hizo en relación con el asunto de la peste y el traslado de la Corte.

Se acuerda que el procurador general responda a la demanda del doctor Herrera, comisionándose a los señores Urbina y Fernández.

Se trata de la conveniencia de librar al licenciado Ocaña lo que le corresponde por nueve años de salario que se le deben, a razón de 6.000 maravedís anuales.

Se acuerda llamar a la Villa para el próximo Ayuntamiento, con el fin de examinar y resolver la petición presentada por Francisco de Monzón.

El contador Sardaneta suplica no se libren a los señores Usategui y Navarrete los doscientos ducados que se les ha concedido por su viaje a Zaragoza, sin antes obtener para ello licencia del Consejo.

Don Iñigo de Mendoza y D. Jerónimo de Barrionuevo informan de que, por ellos visitadas las obras de la Casa Panadería, no es posible llevar a cabo el proyecto de darle salida a la calle Mayor, debido a que con el traslado de la Corte no se dispone ya de medios para hacerlo. Conviene, en cambio, terminar la obra en la forma comenzada «porque en obra tan grandiosa no es necesario se haga lo que falta de remiendos sino como está comenzado». La Villa acuerda responder así a la Junta.

Fol. 135 v.

12.—1601, enero, 29.

Asisten con el Corregidor los señores Iñigo de Cárdenas, alférez mayor de la Villa; Herrera, Usategui, Enríquez, Urbina, Mendoza, Prado, Ruiz de Velasco, Juan Fernández, Diego de Chaves, Ba-

Ayuntamiento de Madrid

ñuelos, Hurtado, González de Mendoza, Oviedo, Luis de Valdés, licenciado Valdés, Sardaneta, el **Conde de Barajas**, Pedro Fernández, Matute, Sosa, Diego de Barrionuevo, el contador Navarrete y Jerónimo de Barrionuevo.

Se aprueba la petición de Francisco de Monzón, escribano de la Villa, en la cual, por haber de trasladarse con la Corte a Valladolid, pide pase su oficio a su hijo Pedro de Monzón, e interinamente, mientras éste alcance la edad necesaria, a su primo Francisco Testa.

Se acuerda conceder cien reales para gastos de pleitos a Juan Yáñez, ayudante de procurador general, librándoselos Gregorio de Riaño, mayordomo de Propios.

Leída la petición de Felipe de la Fuente en la que anuncia que, según se dice, quedan en la Villa tres alcaldes de Corte y tres o cuatro escribanos de provincia, se acuerda convocar a los comisionados para este asunto.

Francisco Testa jura cumplir bien y fielmente el oficio de escribano que se le ha otorgado.

Fol. 132 v.¹

13.—1601, enero, 31.

Asisten el Corregidor Bracamonte y los señores Usategui, Mendoza, Juan de la **Barrera**, Matute, Prado, Juan Fernández, Diego y Jerónimo de Barrionuevo, Martínez, Oviedo, Luis de Valdés y Sardaneta, entrando retrasados Herrera, Urbina, Chaves y González de Mendoza.

Se acuerda que el Corregidor libre, de los fondos de obras públicas, a Alonso Mingo 556 reales por la reparación del puente de Toledo que ha efectuado.

Teniendo en cuenta la gran cantidad de trigo y harina almacenados en el Pósito y bóvedas de la Casa Panadería, así como las muchas deudas que la Villa tiene contraídas, procedentes de este grano, se acuerda vender los mencionados harina y trigo, no dejando de éste más que 20.000 fanegas.

Se acuerda vender el pan de Propios a precio de tasa, entregándose al mayordomo de sisas el dinero procedente de esta venta.

Se acuerda recibir 300 ducados de D. Melchor de Matute, quien los redime del censo que tiene sobre el Pósito.

¹ Tras el folio 133, la numeración ha sufrido un error y comienza de nuevo con el folio 132.

Se acuerda convocar a todos los regidores para el próximo Ayuntamiento, con objeto de examinar las fianzas de las sisas y las obligaciones del pescado y aceite.

Se comisiona a Juan de Sosa para pedir en la Audiencia a don Juan Pacheco que los culpables contra quienes procede paguen las costas de juez, escribano y alguacil.

Se acuerda que Jerónimo de Riaño, mayordomo de Propios, libre 300 ducados para los gastos del «pleito y ejecución de la carta ejecutoria del real» que lleva el licenciado Juan Pacheco.

Acuérdase librar 100 ducados a Gregorio de Usategui, y otros tantos a Juan de la Barrera, por el tiempo que ocupan en asistir a la ejecución de la mencionada carta ejecutoria.

Se comisiona a Gregorio de Usategui para solicitar del licenciado Argüello su asistencia a la vista de la causa «de la carta ejecutoria del real».

Fol. 133.

14.—1601, febrero, 5.

Se reúnen en el Ayuntamiento el Corregidor Bracamonte y los regidores Barrera, Juan Fernández, Mendoza, Matute, Martínez y Oviedo. Entran en el curso de la sesión el conde de Barajas, Pedro Fernández, Prado, Luis de Valdés, Sardaneta, Herrera, Urbina, León, Jerónimo y Diego de Barrionuevo y Hurtado.

Se acuerda que Francisco Martínez trate con los alcaldes ante quienes están ejecutadas algunas de las deudas de la Villa, pidiendo que las rentas embargadas sean depositadas en la Depositaria General para que no se pierdan.

Se acuerda suplicar al Consejo que el gasto efectuado en la reparación de los caminos desde Madrid hasta más allá de la venta de Viveros y desde Barajas hasta la venta de Villanueva, que se llevó a cabo con motivo de la jornada de Sus Majestades al bosque de Buitrage, sea repartido entre Madrid y su tierra y los lugares a ocho leguas a la redonda.

Que el licenciado Valdés pague los 14.390 maravedís del censo de doña Juana de Vallejo.

Que se libren a Miguel Sánchez y a Francisco de Grajal 20.000 maravedís a cada uno por el tiempo que han dedicado a la tasación de las obras de la Casa Panadería.

Que se vea y ejecute lo ordenado sobre la tasación detallada de las obras de la Panadería.

Que se libren 385 reales a Esteban García por la reparación de los carros de limpieza.

Se acuerda tratar en el próximo Ayuntamiento de la deuda de Gregorio de Pas, de las fianzas del licenciado Valdés y de las sisas.

Fol. 133 v.

15.—1601, febrero, 7.

Asisten el Corregidor y los señores Herrera, Mendoza, Matute, Prado, Sosa, Hurtado, Oviedo, Luis de Valdés, Pedro Fernández, licenciado Valdés y Diego de Barrionuevo. Entran retrasados Chaves, Jerónimo de Barrionuevo, León y Sardaneta.

Se acuerda que los 189.002 maravedís prestados por D. Juan Pascual a la Villa y entregados al mayordomo de los Propios sean pasados en cuenta al dicho señor, previa la licencia del Consejo.

Que Juan Fernández y Sebastián Hurtado den cuenta a D. Diego de Ayala de lo aprobado sobre las cajas de las carnicerías.

El licenciado Alonso de Valdés, depositario general para las sisas y alcances de mayordomos, da cuenta detallada de las fianzas depositadas para el desempeño de su cargo, que ascienden a 1.500 ducados de oro cada año. Considerado el asunto por los regidores, se procede a votación, y la mayoría es favorable a que el licenciado Valdés desempeñe la Depositaria General de la Villa con las fianzas enunciadas.

Fol. 135.

16.—1601, febrero, 9.

Asisten con el Corregidor Bracamonte los señores Herrera, Mendoza, Matute, León, Juan Fernández, Hurtado, Jerónimo de Barrionuevo, Oviedo y Pedro Fernández. Entran retrasados Diego de Barrionuevo, Martínez, Barrera, Luis de Valdés, Chaves y el conde de Barajas.

Se acuerda el libramiento de 500 reales como ayuda de la reparación de las casas de justicia, que se están hundiendo.

Se acuerda pedir al señor presidente solicite la conclusión del pleito que Madrid lleva, ya en grado de segunda súplica, con el señor y villa de Polboranca.

Que Antonio de Buentalante sea recibido por familiar del Santo Oficio de la Inquisición del distrito de Toledo, conforme a la fami-

liatura despachada por los inquisidores en Toledo a 24 de marzo de 1599, refrendada por el secretario Juan de Ricobayo; sin perjuicio del acuerdo tomado por la Villa, que regirá en adelante.

Que se hagan las diligencias necesarias para que Diego Sánchez, mayordomo del pan del Pósito, salga de la prisión en la que está encarcelado a petición de D. Pedro Zapata de Cárdenas «por lo del pan que pide de lo que tiene situado».

Fol. 135 v.

17.—1601, febrero, 12.

Se reúnen el Corregidor y los regidores Herrera, Mendoza, Prado, Juan Fernández, Diego de Barrionuevo, Hurtado, Oviedo, licenciado Valdés y Luis de Valdés. Posteriormente entran el conde de Barajas, Barrera, Martínez, Jerónimo de Barrionuevo, Sardaneta y Pedro Fernández.

El regidor Gabriel de Alarcón presenta una cédula de Su Majestad, refrendada por D. Luis de Salazar, secretario del rey, cuya transcripción literal es la siguiente:

«El Rey

Concejo, justicia y regidores, cavalleros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la Villa de Madrid: Ya sabeis como Nos, por una nuestra carta y provisión firmada de mi nombre, sellada con nuestro sello, dada en Villacastín a dos de Setiembre del año pasado de mill y seisçientos, hezimos merced de un regimiento de esa Villa a Gabriel de Alarcón, por renunçiaçión de Diego de Henao con que no tuviese boto en ese ayuntamiento hasta que toviere hedad cumplida, según más largo en la dicha nuestra carta y provisión a que nos rreferimos se contiene. Agora saved que por parte del dicho Gabriel de Alarcón nos a sido suplicado que, atento que no le faltan más de quatro meses para los diez y ocho años que a de tener para usar y exercer el dicho oficio y tener boto en ese ayuntamiento, fuesemos servido de mandarselos suprir o como la nuestra merced fuese y Nos lo abemos tenido por bien y por la presente suplimos al dicho Gabriel de Alarcón los dichos quatro meses que le faltan para los dichos diez y ocho años y os mandamos le admitais y reçibays su boto en todas las cosas que en el dicho ayuntamiento se tratare, no embargante que en la dicha provisión se manda que no tenga el dicho boto hasta tener hedad cumplida, que así es nuestra voluntad.

Fecha en Tordesillas a siete días de febrero de mill y seisçientos.

y un años.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro señor, don Luis de Salazar. »

Cumpliendo lo mandado en esta cédula real, el Ayuntamiento concede el voto al regidor Gabriel de Alarcón.

Obedeciendo la orden de Su Majestad, dada en Tordesillas a 7 de febrero de 1601, se recibe como nuevo regidor a Juan de Vallejo, que ocupa el puesto vacante por la renuncia de D. Diego de Cárdenas, y se le toma juramento.

Se acuerda rematar en el precio fijado las rentas de las Tabernillas, de las tierras de los Soterranos y de las pilas.

Se acuerda reparar la barca de Arrabatacardos con cargo a los Propios.

El Corregidor recuerda que en pasada junta se acordó dejar sin vender diez mil fanegas de trigo almacenadas en sala aparte. Se acuerda que Matute, Oviedo y Luis de Valdés supliquen al señor presidente que no se modifique esta decisión, entregándose las llaves al Corregidor y al comisario.

Juan de la Barrera y Juan Fernández son designados para tratar con los priores y guardianes de los monasterios de la Villa respecto a los sermones de Cuaresma.

Fol. 136.

18.—1601, febrero, 14.

Asisten el Corregidor Bracamonte y los regidores Mendoza, León, Prado, Juan Fernández, Hurtado, Oviedo, licenciado Valdés, y Vallejo. Entra retrasado Urbina.

Se acuerda pagar cien reales a Francisco de la Concha por las notificaciones y diligencias efectuadas con motivo de la cobranza de los maravedís que se deben a esta Villa.

Que para la próxima sesión se cite para nombrar procurador del número en sustitución de Andrés de Ocaeta.

Se acuerda suplicar a Su Majestad que, ampliando los arbitrios concedidos para el desempeño de la Villa, se sirva autorizar la acuñación en Madrid de moneda de vellón en cierta cantidad para subvenir al desempeño, dando traslado de esta petición a la Junta, recordando a Su Majestad y al duque de Lerma lo concedido sobre los arbitrios mencionados.

Se acuerda que Urbina y Oviedo saquen traslado del acuerdo que se tomó sobre el pleito entre D. Juan de León y su villa de Gil Barranca, por una parte, y la de Madrid, por otra, referente a la

jurisdicción de aquélla, pidiendo el parecer de los letrados que entienden en el pleito.

Que D. Juan de Vallejo dé los informes necesarios a los jueces de la Contaduría mayor de Hacienda sobre el descuento que Corcuera pide de la renta de la ropa vieja.

Que se libren trescientos reales al procurador general Avellaneda para gastos de pleitos.

Que al pintor Luis de la Puente se le libren veinte ducados «por la pintura de los bienaventurados San Isidro y Santa María de la Cabeza».

Fol. 136 v.

19.—1601, febrero, 16.

Asisten el Corregidor y los señores Herrera, Barrera, Mendoza, Prado, Juan Fernández, Martínez, Hurtado, González de Mendoza, Oviedo, licenciado Valdés, Pedro Fernández, Luis de Valdés, Alarcón, Vallejo, Urbina y Jerónimo de Barrionuevo. Entran con retraso el conde de Barajas, Sardaneta, Navarrete, León y Chaves.

Se acuerda el pago de diez reales gastados en mandar un peón a Colmenar Viejo para presentar al procurador general asuntos sobre la ejecución de la carta ejecutoria.

Que para la próxima junta se cite para nombrar un letrado en sustitución del licenciado Ocaña.

Se nombra a Gabriel de Oviedo comisario para examinar la tasa que Villarroel ha hecho de los censos de las carnicerías de la Villa, que tiene arrendados.

Se acuerda que el doctor Vellerín haga la escritura que ofrece sobre la petición de batir moneda de vellón en Madrid.

Fol. 136. v.

20.—1601, febrero, 18.

Se reúne el Corregidor con Navarrete, León, Oviedo, licenciado Valdés y Luis de Valdés.

Examinada la difícil situación en que la Villa se encuentra para pagar a sus acreedores, y considerando que sería demasiado oneroso para los vecinos de Madrid el imponer las nuevas cargas o tributos adicionales, el Ayuntamiento considera que la mejor solución será dar salida al trigo y harina que están almacenados en el Pósito. A este fin se decide prohibir la venta de pan cocido si no es elabo-

rado con trigo o harina adquiridos al Pósito, fijando minuciosamente las normas que han de regir a este respecto, y principalmente las referentes a la prohibición de introducir en la Villa trigo o harina de fuera de ella.

Fol. 137.

21.—1601, febrero, 19.

Reunidos el Corregidor Bracamonte y los señores Herrera, Navarrete, Barrera, Mendoza, Juan Fernández, Martínez, Hurtado, Prado, Oviedo, Pedro Fernández, Luis de Valdés, y Sardaneta, Diego de Barrionuevo y el licenciado Valdés, que llegan retrasados, se acuerda que Diego Sánchez, conforme a la orden dada por Jerónimo de Riaño, mayordomo de Propios, entregue en diezmo al monasterio de Nuestra Señora de Atocha ciento sesenta fanegas de cebada, de la que los Propios tienen en el Pósito.

Presentada por D. Alonso Díaz de Navarrete una familiatura, fechada en Toledo a 9 de febrero de 1601, en que se le nombra familiar del Santo Oficio de la Inquisición, se acuerda admitirla, ordenándose, no obstante, que en lo sucesivo se cumpla lo acordado de no admitir ninguna otra, ni recibir petición alguna de familiatura.

Se nombra procurador de número de la Villa de Madrid, con salario de dos mil maravedís anuales, a Juan de Valcárcel, en el puesto de Andrés de Ocaeta.

Se acuerda que D. Juan de la Barrera dé a D. Juan de Sosa una relación escrita de los letrados que al presente tiene la Villa en la Chancillería, con sus salarios, de cuáles quedan en Valladolid, cuáles van con la Audiencia y quiénes, según su parecer, han de recibir nuevo nombramiento.

Se acuerda conceder el salario de ocho mil maravedís anuales al doctor Matute, letrado, como a los demás, teniendo en cuenta que desde su nombramiento no ha recibido paga alguna y si mucho trabajo.

Se ordena citar para el viernes próximo, día 23, para tratar del Erario y para examinar las fianzas dadas por el señor Morales y las demás de mayordomo de Pósito y Propios.

Acuérdase que Jerónimo de Riaño, mayordomo de los Propios, deposite fianza por todas las condenas pecuniarias que el licenciado Juan Pacheco, juez ejecutor de la ejecutoria contra el real y condado de Manzanares aplique a la Villa de Madrid.

Francisco Martínez pide se averigüe si se han gastado los cuatro mil reales aprobados para la reparación de la Casa Panadería, y lo que se hizo con los postigos que se pusieron cuando Su Majestad estuvo en las fiestas.

Fol. 138.

22.—1601, febrero, 21.

Con el Corregidor se reúnen los regidores Herrera, Mendoza, Prado, Juan Fernández, Martínez, Hurtado, Oviedo y Luis de Valdés. Urbina, León y el licenciado Valdés entran retrasados.

Se acuerda escribir a D. Juan de Sosa ordenándole permanezca en Valladolid hasta nueva indicación, con el fin de cuidar de los asuntos que Madrid tiene pendientes de resolución de Su Majestad «sobre su desempeño y negocios de la gobernación y otras cosas tocantes al bien de esta Villa». Si fuera necesario, vaya a hablar con el rey, acompañado de otro de los regidores de Madrid que se encuentran en Valladolid, y se haga memorial sobre lo de la moneda de vellón, recomendando este asunto al señor duque de Lerma.

Fol. 138.

23.—1601, febrero, 23.

Se reúnen el Corregidor Bracamonte y los señores Herrera, Barrera, Mendoza, Juan Fernández, Jerónimo de Barrionuevo, Oviedo, Pedro Fernández, Luis de Valdés, Sardaneta, Alarcón, Prado y Hurtado. Posteriormente entran León y el licenciado Valdés.

Se acuerda escribir a Juan de Sosa que vaya a Valladolid para presentar a Su Majestad, al duque de Lerma y demás personas de la Cámara las cartas y memoriales que se le envíen, y ofrezca lo que a la Villa corresponde para el servicio de la emperatriz, de modo que no quede en Madrid alcalde alguno, o, si quedare, no entienda en cosa alguna de la gobernación.

Se acuerda nombrar a D. Jerónimo de Barrionuevo comisario de los asuntos de Medina del Campo y de los que se presenten en Valladolid, poniéndose en relación con D. Juan de Sosa.

Que Gabriel de Oviedo y Luis de Valdés hablen con D. Pedro Zapata de Cárdenas «para que se contente con el pan de su situado por que tiene ejecutada a esta Villa que se le llevó salarios».

Se presenta por seismero del seismo de Vallecas para este año Francisco Pérez, vecino de Vicálvaro.

Por veedor y examinador del oficio de tejedores de paño de Madrid y su tierra, José de la Oliva, que presta juramento.

Por veedores y examinadores del oficio de calceteros para este año se presentan Juan de Alfaro y Juan Barahona. Por veedores del mismo oficio, Andrés de Hita y Juan de Artigas.

Fol. 138 v.

24.—1601, febrero 26.

Se reúnen el Corregidor Bracamonte y los regidores Herrera, Enriquez, Urbina, Mendoza, Prado, Hurtado, Jerónimo de Barriónuevo, Oviedo, Luis de Valdés, Alarcón, Íñigo de Cárdenas, Barrera, Juan Fernández, Pedro Fernández y León.

Tratado por el Ayuntamiento lo que se ha de dar a Gabriel de Oviedo y Luis de Valdés por el trabajo que han hecho y harán en lo tocante al abasto de las carnicerías de la Villa, se acuerda conceder cien ducados a cada uno. Comunicada la decisión a los interesados, éstos se muestran disconformes con la cantidad, alegando que el trabajo que pesa sobre ellos es muy grande y que por dedicarse a él han perdido otros ingresos. El Ayuntamiento decide aumentarla a ciento cincuenta ducados; mas ante la protesta de Lorenzo de Prado, fundada en que, por lo muy empeñada que está la Villa, se debe mantener en lo de años anteriores, se acuerda mantener la primera decisión, abonando en cambio cien ducados a Francisco Martínez, librados de los fondos de las carnicerías.

Se acuerda enviar a D. Juan de Sosa un peón con un memorial para Su Majestad sobre el asunto de las rentas, y otro sobre lo que el Ayuntamiento le encomendó en la pasada sesión.

Fol. 139.

25.—1601, febrero, 28.

Reunidos el Corregidor Bracamonte Dávila con los regidores Herrera, Urbina, Barrera, Mendoza, Matute, Prado, Hurtado, Oviedo, Luis de Valdés, Chaves y Pedro Fernández, se nombran fieles ejecutores para el mes de marzo a Pedro Fernández y Luis de Valdés.

Jueces para el mismo mes son nombrados el licenciado Valdés y Pedro de Villamor.

Se acuerda que D. Jerónimo de Barrionuevo escriba al señor presidente comunicándole el envío a Su Majestad de un memorial en el que se suplica resolución del asunto de las alcabalas.

Los regidores aprueban las fianzas depositadas por Andrés de Morales para la receptoría que desempeñará en el presente año, siendo fiador Ambrosio Espínola. Con el voto en contra de D. Luis de Valdés.

Se aprueba la petición de Juan de Murcia, ordenándose se le libren quinientos ducados que se le adeudan por la fianza que depositó en favor de Pedro Alvarez de Henao, mayordomo del Pósito en 1600.

F. PÉREZ CASTRO.

Se aprueba la petición de traslado

al Ayuntamiento de Madrid

El Ayuntamiento de Madrid

R E S E Ñ A S

JUAN BERNIA (seudónimo).—*Historia del palacio de Santa Cruz, 1629-1950*. Madrid, Blass (S. A.), 1949. 226 págs. y XXX láminas. (205 × 290 mm.)

Con notable empaque editorial, y bella y abundantemente ilustrada, se nos ofrece esta obra, glosa de la historia de uno de los edificios más próceres del viejo Madrid, antes y ahora admirado, y calificado por Lampérez como la más bella de las construcciones cortesanas de los Austrias y la más interesante entre las destinadas a la administración de justicia. La amplia época transcurrida y los avatares por los que pasó desde su destino original de Cárcel de Corte y sede de la Sala de Alcaldes, han inducido además al autor a trazar un cuadro ambientador, descriptivo de la Corte en los sucesivos periodos. Revestida la narración de amenidad, hace gala de dotes literarias, aun a costa de mayores precisiones en determinados puntos históricos.

Dividida la monografía en dos partes, la primera está consagrada a la Cárcel de Corte. Tras relacionar lo referente a la «cárcel vieja» del siglo xvi y al acomodo de los alcaldes de Casa y Corte, totalmente inadecuado, afirma que el proyecto, patrocinado con decisión por éstos, de construir una nueva, vióse impulsado por la tesis del prestigio judicial y de las necesarias garantías en la custodia de los presos. Contribuyeron al gasto de la fábrica los Consejos, y luego el propio pueblo de Madrid con una «sis» sobre el vino establecida por auto de la Sala de fecha 17 de junio de 1630. Iniciadas las gestiones preliminares en diciembre de 1627, y formalizada la adquisición de terrenos y edificaciones, éstas se derribaron en julio de 1629, y en 14 de septiembre siguiente tuvo lugar el acto de colocación de la primera piedra. Aun cuando las obras no finalizaron hasta 1643, la Sala se instaló en el nuevo edificio antes de que se diese cima a todos los trabajos.

No se han aportado aquí testimonios documentales que fijen con toda claridad la paternidad de tan importante edificación. Ha sido atribuido, señaladamente por Ponz, a Juan Bautista Crescenci, opinión que de modo bien justificado no comparte el autor; y entre la bibliografía más reciente, un artículo de D. Fernando Chueca, «Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo xvii», publicado en *Archivo Español de Arte* (1945), sugería ya los nombres de Juan Gómez de Mora y Alonso Carbonell. Ahora, respecto al primero, el autor aduce un importante documento, cuya procedencia es lástima no señale. Su fecha, 12 de julio de 1629, inmediatamente anterior al comienzo de las obras, le dota de especial interés. Se trata de una comunicación, firmada por Gómez de Mora y dirigida con toda probabilidad a un miembro de la Sala, que acompañaba a una lista del personal necesario «para la ejecución de la obra de la cárcel», si ésta había de realizarse «a jornal», a lo que se mostraba contrario, porque se prolongaría en exceso. Manifestaba en ella, que tenía en limpio la «traça» que había enseñado días antes a la Sala, con las enmiendas que se indicaron, y «otras comodidades muy necesarias y otras cosas» que habían de dar lustre a toda la obra. También tenía dibujada la fachada «en forma grande y muy diferente de la primera» y con algunos detalles nuevos.

Añadía que había llegado a su conocimiento que la Sala había escogido unos «traços» del maestro Cristóbal de Aguilera, lo que, de confirmarse, haría innecesaria la presentación de los anteriores; de saberlo, ni los hubiera realizado, ni acometido siquiera el estudio correspondiente; y lamentábase de que, habiendo él iniciado la labor, no se debía haber hecho intervenir a Aguilera, al que tenía «por muy hombre de bien y gran maestro», mas «no por trazador», y el que, seguramente, le había plagiado, dado que le habían sido entregados sus planos cuando él se encontraba en Salamanca. Corroboraríalo el hecho de que nunca se había accedido a que viese los de Aguilera. Por último, Gómez de Mora manifiesta su sentimiento de que, «dando ocasión a que el pueblo dice lo que no es justo», no se le hiciese «merced y justicia», que merecía no sólo por su capacidad profesional, sino por la autoridad de su cargo oficial, sobre todo tratándose de una obra real. Para dar mayor fuerza a su alegato, manifestaba que el monarca deseaba ver las «trazas» y que él le diese cuenta de todo; mas no sabía de qué darla sin conocer la final resolución y órdenes de la Sala.

Como afirma muy justamente el autor, ante este documento no es posible excluir la participación o, en último término, la influencia de Gómez de Mora en la edificación de la Cárcel de Corte.

En sucesivos capítulos se refleja la historia de la Sala de Alcaldes durante el siglo xvii, de su jurisdicción y funciones, así como la de la prisión, descrita en sus características más señaladas, con su distribución en cuarteles, aposentos, encierros y calabozos. Con vivo anecdotario pinta ampliamente aquel recinto atormentado, inquieto y bullicioso, de personajes y sucesos dramáticos, al par que refleja el animado cuadro del mundo exterior inmediato: las vecinas plazas de Provincia y de Santa Cruz. La versión de que la Cárcel de Corte acogió sólo a nobles y «sujetos distinguidos», resulta infundada, ya que albergó a todos los que se denominaban «presos del Rey».

En la centuria siguiente hiciéronse sentir las nuevas ideas en la organización judicial y penal; de ello es reflejo la favorable descripción de la Cárcel transmitida por John Howard años antes del terrible incendio sufrido por el edificio en 1791, que duró cinco días, dirigiendo los trabajos de extinción el arquitecto D. Juan de Villanueva. Este siniestro habría de apartar en adelante a los presos de los magistrados, pues dado que la Sala venía necesitando mayor espacio para sus actividades, coincidió el anterior suceso con la dedicación a cárcel de un edificio inmediato, a sus espaldas, con entrada por la calle de la Concepción Jerónima, que había ocupado la Congregación de Sacerdotes Misioneros del Salvador del Mundo. Villanueva, con la colaboración de otros dos arquitectos—Guill y Bautista Sánchez—, acomodó aquel viejo caserón, en solución meramente transitoria, instalándose a los presos allí en 1792. Iniciadas a la vez las obras de reconstrucción en el otro edificio, proyectadas también por Villanueva, resultaron de lentísimo desarrollo.

La prisión del Salvador, totalmente inadecuada, prolongaría su existencia hasta mediados del siglo xix. De ella escaparon los presos y contribuyeron a la gesta del Dos de Mayo combatiendo en la Plaza Mayor. Conoció la presencia de numerosos y caracterizados detenidos políticos durante la primera mitad del siglo, conviviendo con delincuentes comunes, entre ellos el célebre Luis Candelas, huésped frecuente de ella. Amenazada de ruina, fué clausurada en 1846, en que se trasladaron los presos al «Saladero», y en su solar se construyeron casas de viviendas, que quedaron separadas por una calle, la de la Audiencia, del antiguo palacio. En éste, tras la nueva organización judicial, se mantuvieron la Audiencia y los Juzgados, y antes de finalizar el siglo se llevaron a cabo parciales reformas de su interior y se reedificó el torreón, dañado cuando el incendio. Cambió de destino al instalarse allí el Ministerio de Ultramar, y por fin, en 1900, se decidió albergara al de Estado.

La segunda parte de la obra, congruentemente, está consagrada a reseñar la organización de la Secretaría de Estado y de nuestros servicios diplomáticos en los últimos siglos, y a describir las instalaciones del actual Ministerio de Asuntos Exteriores, recentísimamente ampliadas con el alzado, en los citados terrenos de la que fuera cárcel del Salvador, de un edificio acordado al estilo del palacio austríaco, con el que vuelve a mantener comunicación a través de la calle de la Audiencia.

Concluye la obra con un elogio de la Diplomacia española, destacando al propio tiempo su tradición cultural, mantenida por conocidos juristas, historiadores, poetas y ensayistas. Va completada con una cronología, bibliografía e índices.—*M. Molina Campusano.*

FERNANDO CHUECA Y CARLOS DE MIGUEL.—*La vida y las obras del arquitecto Juan de Villanueva.* Estudio biográfico-artístico presentado por Carlos de Miguel y Fernando Chueca, arquitectos, al certamen promovido por la Real Academia de San Fernando para conmemorar el centenario de Villanueva en 1939, premiado por la Real Academia. Ampliado y corregido por Fernando Chueca Goitia. Versión inglesa de los resúmenes por K. J. J. Munden. Madrid, Gráficas Carlos-Jaime, 1949. Un vol. de 456 páginas con 157 figuras numeradas y otras sin numerar, 215 × 285 milímetros. Cart.

«En España, un poco olvidadizos, como somos, de nuestros méritos, no hemos valorado nunca la importancia de D. Juan de Villanueva. El aplauso que logró en su vida, y que fué, con mucho, superior al de cualquier otro artista español contemporáneo, nos debió hacer pensar en su verdadero significado. Creemos que, fundamentalmente, este significado consiste en haber realizado con el calor del arte una obra en la que latén todas las teorías abstractas, todas las pasiones, todos los cultos de entonces.» Estas palabras resumen el pensamiento de esta obra, la que tan extensamente vamos a reseñar, por constituir uno de los mejores logros de nuestra bibliografía artística y revestir un notable interés madrileñista. La valoración del gran arquitecto Villanueva ha sido lograda aunando felizmente el entusiasmo por su figura y el estudio ejemplar de su obra. La investigación ha obtenido el más importante conjunto de su acervo

documental en el archivo de la Academia de San Fernando; pero debemos destacar aquí la aportación de fondos del Archivo de Villa y el estudio de algunos de los que custodia el Museo Municipal. Tal documentación, acertada y sobriamente utilizada, se recoge también en interesantes apéndices, añadiéndose una bibliografía específica de la persona y obra de Villanueva, unas tablas cronológicas, «La vida y la obra de Villanueva, inscritas en su época», y completos índices de personas, geográfico y de figuras, de las que, a más de las numeradas, aparecen otras varias en el texto, algunas como bien elegidas viñetas.

Juan de Villanueva nació en Madrid, en el seno de una familia de artistas, venida de Asturias. El padre, D. Juan, escultor, supo transmitir a sus hijos las características de un arte español correcto, disciplinado y elegante; según Ceán, sus figuras se destacan «por sus buenas actitudes». El hermano mayor de nuestro biografiado, Diego de Villanueva, perteneciente propiamente a una generación anterior, tuvo la más destacada participación en la educación del futuro gran arquitecto, por lo que en esta obra su personalidad es estudiada con respeto y detalle. Arquitecto de pensamiento y estudio, inquieto y disconforme con su medio —en una época en que la corriente arquitectónica, guiada por maestros extranjeros llegados con los Borbones y que contaba con jóvenes seguidores españoles, representaba un postbarroco italofrancés con precedencias en la arquitectura noble y monumental de Fontana y Bernini, pero que a causa de su creciente formulismo llevaba camino de convertirse en algo trivial, de desacreditarse—, fué el primero que, además de volver los ojos a la tradición española, empezó a percibir y a expresar de manera teórica las ansias de renovación comenzadas a sentirse en Europa. Para destacar la singular situación de Diego de Villanueva, resulta de gran interés el parangón que, guardada toda proporción, se establece con el gran D. Ventura Rodríguez, y las consideraciones conducentes al juicio de que no cabe considerar a éste como nuestro «restaurador de la arquitectura clásica». Diego de Villanueva, en cambio, avistó dentro de su época las perspectivas que se abrían, y entusiasta, a la par, de nuestra arquitectura del tiempo de los Austrias (lejana ya de la «amable y graciosa» de entonces, aunque acordada al rigorismo que comenzaba a imperar entre las minorías cultas de la época), mostraba ya la doble raíz de tradición y modernidad específica de los Villanueva, nombre vinculado a la formación de una arquitectura que, siendo muy de su época, mostró un profundo españolismo, sin que puedan sus producciones confundirse con otras coetáneas europeas, si bien

representativas todas del espíritu de entonces, «barroco aún, neoclásico por equilibrio, romántico hacia el porvenir».

Juan estudió con D. Diego, que, miembro de la Academia y teniente director de Arquitectura en ella, conocería lo precario de su enseñanza y habría de completar la formación y suplir con su celo las lagunas de la educación del hermano menor en el arte oficial, del que había que recibir el espaldarazo en la Academia, entonces instalada en nuestra Casa Panadería. Mas allí obtuvo señalados e ininterrumpidos triunfos escolares; los premios en la tercera, segunda y primera clases de Arquitectura durante tres años consecutivos; caso insólito y sin reiteración en la historia académica. El galardón inicial lo ganó, contando quince años, en 1754; y a propósito de la distribución de premios, solemnidad en la que el joven Villanueva comenzó a ponerse en contacto con el elevado medio en el que más tarde sabría desenvolverse tan bien, se describe con sugestivos matices la vida y el espíritu de la Academia, precisándose, con motivo del discurso pronunciado entonces por el viceprotector, Aguirre, que «el purismo artístico no lo trajo simplemente la Academia con su fundación, y que existió una evolución, aunque ésta fuera muy rápida, para llegar a las intolerancias de Ponz diez o quince años más tarde».

En los trabajos para estos premios acusó ya el joven Villanueva un acento personal, y en el último, un proyecto de convento, hasta se descubren algunas soluciones y particularidades reveladoras del gran arquitecto en potencia. En 1757 fué nombrado delineador en la obra del nuevo Palacio, durando allí poco, por haber ganado la primera plaza de pensionado en Roma por la Academia. Interesantes resultan las detalladas instrucciones formadas por ésta para dirigir las actividades de los estudiantes en el curso de los seis años de duración de las pensiones; prescribían viajes a otros países europeos, así como la adquisición de conocimientos múltiples y variados en extremo. Mas todo ello en balde, comenzando porque los pensionados no llegarían a salir de Roma.

Vivía entonces ésta «un nuevo renacimiento, que, quizá imperfectamente, se ha llamado neoclasicismo», fraguado en gran parte en Italia, mas por artífices extranjeros en su mayoría, con interesante participación de investigadores, pensadores y artistas españoles. Villanueva, que aprendió muy bien la lección de las ruinas, de su grandeza y estructura arquitectónica, comprendería, con su doble personalidad de pensador reflexivo, ordenado y categórico, y de artista exuberante, sensual y apasionado, todos los problemas, y así-
milaría el encanto de los restos inmensos y de los fragmentos colosa-

les en el suelo. En el siglo XVIII, la Roma antigua no fué vista como en el Renacimiento —cuando el preceptismo vitrubiano preocupaba por encima de las propias obras—, sino que fascinó por su belleza pintoresca y se persiguió el arte mismo, visible y palpable. Villanueva —que en Roma acudía a bibliotecas y Centros para estudiar ciencias y artes concernientes a su profesión, que daba clases de figura y desnudo y modelaba—, al estudiar la antigüedad buscó, como en ocasión única de su vida, un método propio, desarrollando su particular genio: realizó un análisis minucioso y profundo de las formas antiguas para encontrar críticamente el secreto esencial de su belleza. Ello repercutiría luego en su obra y constituiría un método seguro para el aprendizaje de los dedicados a su arte: precedente de sus sistemas de escuela, que alcanzaron tanto desarrollo y lograron formar arquitectos capaces de enfrentarse con todos los problemas.

Relacionado con personajes y artistas, y entre ellos con los muchos compatriotas residentes, quizá tratara allí a Ponz (que luego habría de influir en su carrera), a los franceses que más tarde dirigirían la renovación del gusto y de la arquitectura de su país bajo Luis XVI y la Revolución, y prepararían el estilo Imperio; sufriría el influjo de las láminas grabadas por Piranesi; entraría, en fin, en contacto con todo aquel medio social. Se aplicó, y con talento; pero asimismo se permitió dar a sus estudios el giro que quiso, mereciendo por su falta de docilidad admoniciones académicas; sin embargo, sus trabajos, como los de los otros pensionados, recibidos en España, fueron públicamente expuestos y agradaron mucho a la familia real, a la que se ofrecieron algunos: carta de presentación a la Corte, de quien llegaría a ser su primer arquitecto.

En Italia, empero, habría de sufrir el único tropiezo serio de su carrera y que le afectó seriamente: presentado en 1764 a la distribución de premios de la Academia de Parma con un proyecto de templo destinado a panteón de hombres insignes, no obtuvo ningún galardón. Con este motivo se avivaron en él anteriores deseos de regresar a España, y tras una visita a Nápoles para instruirse en las antigüedades de Herculano, encontróse de vuelta en Madrid en julio de 1765. De Roma traía un rico caudal de experiencias sobre la realidad magnífica de los monumentos eternos, y en especial un sentimiento grandioso de las formas.

Su retorno al hogar precedió sólo unos días al fallecimiento de su padre. La familia padeció entonces estrecheces; mas no llegó a entenebrecerse la fortuna del más joven de sus miembros. La Academia, que le estimaba discípulo predilecto y le llegó a conside-

tar obra suya, su hijo espiritual, le presentaría, satisfecha, a la admiración de todos, y más adelante le colmaría de honores. Sin embargo, debiéndole tanto, Villanueva nunca llevó sus desvelos por ella hasta el punto de abandonar ocupaciones que juzgó más esenciales: su propia formación y realizaciones, e incluso, luego, sus propios y directos discípulos.

El primer encargo oficial de la Academia, que recibió a la par que su aventajado compañero Juan Pedro Arnal, consistió en acompañar como auxiliar a D. José Hermosilla en un viaje a Granada y Córdoba para estudiar y levantar planos de sus monumentos árabes, trabajo por el que percibió cien doblones y le valió en 1767 el título de académico de mérito y el nombramiento de profesor asistente de la clase de Geometría. Pero todo lo dejó, guiado por su instinto, para marchar a El Escorial, donde sus obras — las primeras que construyera — valdrían ya para su consagración como arquitecto. Seguiría desde entonces a la Corte, a cuyo amparo un artista ambicioso como él vería alguna vez plasmados en la realidad sus pensamientos. Por añadidura, nada había creído la arquitectura española que le fuera más admirado y comprensible que El Escorial: «Entre tantas apariciones como ha hecho El Escorial en la historia viva de la arquitectura española, quizá la más interesante y espléndida es la que realizó por medio de Juan de Villanueva, quien, a través de la obra madre, se unió a la línea castiza de nuestra arquitectura, escribiéndonos uno de sus mejores capítulos.»

El nombramiento, por parte de la Comunidad de religiosos jerónimos, de arquitecto director de las obras del real convento, era importante, y lo debió a D. Antonio Ponz, a quien guardó reconocimiento durante toda su vida.

Que iba bien recomendada su personalidad nos lo prueba el hecho de que el cónsul de Francia le encargara una casa para su residencia en El Escorial durante las jornadas reales. Así, en 1768 realizó su primera obra, una construcción de trazado sencillo y gracioso que, pese a su pequeñez, «parecía un palacio romano reducido», y poco después una bella casa-palacete para el marqués de Campo-Villar, la que se nos muestra con un acento italiano en su balconaje. En ambas manifiesta ya una gran solidez y fuerza y notable honradez constructiva al querer resolver todos los problemas usando sólo los recursos de las fábricas y sirviéndose aceriadamente de bóvedas. Mas alguno de los motivos utilizados — las balaustradas, por ejemplo —, que tan solicitados fueron durante el Renacimiento y el barroco, no volverá a emplearlo en adelante, considerándolo, seguramente, impropio de la pureza clásica.

Otra prueba de su rápida carrera es la de haber proyectado en 1770, y mientras se hallaba en El Escorial, la sacristía y la capilla del venerable Palafox de la catedral de Burgo de Osma, obras patrocinadas por el propio Carlos III y que se estudian aquí en el capítulo dedicado a la arquitectura religiosa del maestro. Los hijos del soberano Don Antonio y Don Gabriel pronto (1771) recabarían sus servicios, y la llamada Casa de Infantes, en el mismo Real Sitio, la alzó siguiendo en lo exterior el orden arquitectónico del monasterio, con lo que quedó, en la gran plaza ante su fachada principal, un frente homogéneo y vistoso. Luego sería el príncipe de Asturias, Don Carlos, quien le encargaría un pequeño casino de recreo, la Casita del Príncipe o de Abajo, «una de las joyas más delicadas de nuestra arquitectura dieciochesca», y poco después, para el citado infante Don Gabriel, construiría en la Herrería otro delicioso casino. En ambas obras triunfó «de manera tan rotunda, que se puede decir que con ellas empieza su consagración definitiva y su larga carrera de éxitos». «Hay en estas casitas un no sé qué de auténtico como el mismo paisaje. Ni por su gracia alada, ni por su imponderable armonía, pierden su verdadera estirpe, nacida de las piedras», de la abrupta montaña escurialense.

«En estos pequeños casinos de campo está implícitamente todo Villanueva: la fantasía de sus fértiles soluciones, pintoresca, pero todavía sin llegar a lo descoyuntado y violento, a lo romántico, de algunas obras posteriores; la realidad material de su arquitectura, inspirada en las ruinas de mármoles y sentida en los peñascos de granito; la atención de siempre por un lenguaje netamente racial, recogido en su hogar con los primeros balbuceos del aprendizaje y renovado a la sombra del descomunal monasterio; el afán de novedad que su arte representaba por entonces y que empezó con las lecciones de su hermano y se desarrolló en la cátedra internacional de Roma.»

Mostró ejemplos de españolismo en la textura de sus muros, de superficies inertes bien recogidas y recuadradas, y en sus cubiertas, alguna de creación original y felicísima, que luego copiarían sus discípulos y hoy se imita. Aun cuando aquella época, influida por la antigüedad mediterránea, desdeñaba y ocultaba la cubierta, Villanueva la utilizó cual preciso y gentil remate de su obra, y allí parece «dió rienda suelta a todo su deleite por la forma sinuosa..., dió alas a su lápiz con mayor libertad y capricho». Se ofrecen también rasgos reveladores de su modernidad, como el peristilo dórico tetrástilo de la Casita de Abajo. Prefirió los pórticos verdaderos, bien destacados y formando ámbito, y se preocupó siempre por que

los elementos arquitectónicos cumpliesen realmente su misión, por llegar a la «sinceridad mecánica» de los griegos y lograr una solución clara y expresiva del sistema adintelado.

En la Casita de Arriba aplicó por primera vez una de sus más felices y características composiciones: el pórtico interior, con dintel soportado por dos columnas exentas situadas en la línea de fachada y destacadas sobre el ámbito oscuro del vestíbulo: pretexto para hacer valer la terminante plástica de las columnas aisladas, elemento arquitectónico por el que sentiría predilección. También logró felices combinaciones, de variado encanto, en el trazado de los jardines de una y otra Casitas.

El fallecimiento de su hermano en 1774 le hizo abandonar su actividad estudiosa de El Escorial. Diego, que había llegado a director de Arquitectura y Perspectiva en la Academia, no logró fortuna, pese a su extraordinaria vocación, en la práctica profesional. Sus realizaciones: la decoración, con muy buen gusto, del interior de las Descalzas Reales; la reforma y adaptación del edificio del Estanco del Tabaco, en la calle de Alcalá, para sede de la propia Academia, y cuya portada muestra cumplidamente su adhesión a la sencillez helénica; algunos retablos, como el de San Dámaso, en San Ginés, también en Madrid, entre otras obras, no podían corresponder a sus ambiciosos proyectos. En 1769 había luchado por quedarse con la rectificación de las obras de San Francisco el Grande, manteniendo un ruidoso altercado con Ventura Rodríguez, incidente significativo que habría de convertirse en pugilato entre escuelas: la moderna de los Villanueva frente a D. Ventura, que representaba el viejo estilo.

El mismo año del fallecimiento de su hermano, D. Juan fue elegido en la Academia teniente director de Arquitectura. Por entonces todo había ido cambiando en Madrid, renovado y transformado, en una época de franco bienestar, por Carlos III y sus ministros, y a los artífices principales—Sabatini, Ventura Rodríguez y Hermosilla—se uniría luego el propio Villanueva.

Al sonar la hora de madurez y expansión total de las nuevas ideas—cuando Mengs hacía sentir su influjo en la Academia y Ponz, secretario de ella, lograba imponer sus iniciativas—, ascendía a la primera Secretaría de Estado un decidido protector de las artes y artistas nacionales: el conde de Floridablanca. La censura académica de las construcciones fue el paso decisivo para desde arriba disciplinar las artes, el tránsito de la doctrina a la acción. Villanueva, indiscutiblemente, sería el arquitecto que representase las nuevas ideas llegadas al Poder, y quien, con su arte, las desarro-

llaría felizmente. Ventura Rodríguez, grande y brillante artista, aun cuando había evolucionado mucho y acercándose, con sensibilidad e intuición, al ideal clásico, no se había formado en el estudio de la antigüedad. Sabatini había quedado atrás; sólo por la noble compostura y sobriedad de sus edificios se acordaba con el espíritu imperante; pero su influjo, más que por sus obras, se mantenía por el favor de la Corona. Villanueva, en cambio, «sería capaz de hacer hablar a la arquitectura su lenguaje más elevado», llegaría a ser «el artista de mayor significación de su época. No nos reducimos a las artes plásticas, sino a todas las manifestaciones artísticas. El hombre que mejor supo convertir en obra de arte todas las teorías, ideas y sentimientos del final de nuestro siglo XVIII».

La arquitectura, por entonces, ocupaba un lugar preeminente, más sentida y preferida que ningún otro arte, y resultó natural que produjese las obras de más alta significación.

Continuaron, entretanto, los servicios de Villanueva en los Sitios Reales. En 1776, Sabatini le nombró teniente de Arquitecto suyo en las obras del palacio de El Pardo. Hábilmente fué escalando nuevos puestos: en 1781, el de arquitecto de las obras del palacio y del común del Real Sitio de San Lorenzo, donde realizó trabajos muy diversos en la reparación y arreglo de diferentes edificios, y construyó la tercera Casa de Oficios o Casa del Ministro de Estado, de notable escalera. Pero la obra más interesante de esta etapa, y una de las más bellas y simples entre las suyas, es la Casita del Príncipe, en El Pardo; la planta, sencilla y simétrica, con motivo central vigoroso y noble, dos cuerpos de flanco y naves de enlace, intermedias—un trazado característico de Villanueva—anuncia la del Museo del Prado y sigue, sin saberlo, la tradición francesa de mover las fachadas por medio de cuerpos salientes. Sustituyó los anteriores conjuntos graníticos por la combinación de piedra y ladrillo, acordada al paisaje, usando por primera vez un juego de materiales que luego le haría célebre e influiría tanto en buena parte de la fisonomía madrileña. El pórtico jónico, con «toda la simple corrección, toda la gracia exquisita que Villanueva supo dar a este orden clásico, tan querido por él y tan repetido en todas sus obras», es el más personal y feliz de los suyos.

Esta Casita posiblemente es la obra más equilibrada y con mayor unidad de todas las creadas «por un arquitecto en quien son raras estas cualidades». Anuncia la manera madrileña, a la que parece pertenecer: «Si hubiéramos de precisar diversas épocas en el arte de nuestro arquitecto, cabría señalar un primer período escorialense y un segundo período madrileño», en los que se interfieren

también razones ambientales. «En cuanto a madurez, puede decirse que en esta Casita ha llegado Villanueva a su punto más alto de arquitecto. Tenía entonces cuarenta y cinco años.»

Por mostrarse ya en este edificio, se aborda ahora en la obra que reseñamos uno de sus estudios más destacados: el de la «arquitectura de las sombras», que pretendía que las masas de los monumentos, por sus salientes relativos, produjesen efectos seductores a la vista, juegos de luz y sombra muy del deseo de la época. El francés Boullée se decía su creador y la consideraba el medio más seguro para influir en el alma del espectador; la arquitectura, plena de poesía, hablaría emotivamente con la tristeza de sus cenotafios, la majestad de sus arcos de triunfo o la gravedad de sus casas para la justicia, poseyendo a la vez una finalidad didáctica, como todas las artes; ideas y sentimientos, contradictorios a veces, que fecundarían algo más tarde el Romanticismo. Villanueva, artista el más representativo de entonces, llevándolos latentes, dió a su obra variedad, libertad, pasión, poesía y carácter. «Los mejores ejemplos para ilustrar una teoría de esa vaga arquitectura de las sombras habría que buscarlos en las obras del maestro madrileño.»

Por entonces, y a causa de sus ocupaciones, había renunciado el cargo académico de teniente director de Arquitectura; mas fallecido Ventura Rodríguez en 1785, pasó a convertirse en su sucesor oficial: en la Academia, director honorario, pero con jerarquía y ascendiente superiores a la dirección real; en el Municipio madrileño, como maestro y fontanero mayor de la Villa, puesto desde el que se podía influir en su desarrollo urbano y realizar obras de gran importancia.

En la continuidad de sus trabajos es de destacar el Nuevo Rezado, palacio —más bien castillo o fortaleza por su solidez— de gran serenidad de líneas, notables proporciones y riqueza extraordinaria de materiales, si bien carente casi en absoluto de ornato. En la fachada, sobria, con todo su efecto en las proporciones y en el modo de acentuar las diferentes alturas de los pisos, la portalada unida al balcón principal inspirase en Herrera; utilizado hasta la saciedad por nuestro arte anterior, Villanueva logró dar forma definitiva a un bello modelo de este motivo, y hoy Madrid está lleno de tales portadas, herederas de la mayor, más noble y grandiosa de todas: la del Nuevo Rezado.

Por aquel tiempo alzó también en Madrid varias casas para vivienda, conocidas algunas por los planos de los expedientes municipales de construcción. De especial interés es la observación de que Villanueva llegó a establecer la que durante muchos años sería típica casa urbana madrileña.

Y entonces precisamente el maestro se acercaba a la cumbre, a los proyectos fundamentales, al favor y consideración del soberano que iba formando un Madrid monumental. Contó el arquitecto con el apoyo de los infantes y de los consejeros y ministros, de Floridablanca sobre todo, que le tuvo entre sus colaboradores técnicos para su gran plan de trabajos públicos, y que buscaba, decidida y patrióticamente, el resurgimiento del arte genuinamente nacional y el ascenso de artífices españoles. Aun cuando Sabatini conservaba sus títulos oficiales, merecidos por los grandes servicios prestados al país y a su rey, «fué a Villanueva a quien en los últimos años del reinado de Carlos III se encargaron las obras más importantes: el Jardín Botánico, el Observatorio Astronómico y, sobre todo, el gran Museo de Ciencias Naturales». Y a comienzos del siguiente ascendería a arquitecto mayor trazador de la Real Casa, con ejercicio en los palacios de los Reales Sitios, en tanto que continuaba Sabatini como arquitecto mayor del Palacio Nuevo. De este artista, sin menoscabar su valía, se juzga quedó un tanto atrás, habiendo palidecido su arquitectura al lado de las geniales muestras de Ventura Rodríguez y de Villanueva, afirmándose que, en fin de cuentas, el encumbramiento de éste sobre el arquitecto de origen italiano fué simplemente función de densidad.

Al llegar a este tiempo de apogeo de Villanueva se nos describe en un inciso al hombre y a una de sus dedicaciones más queridas: la de los propios discípulos. Se nos presenta la breve familia del artista y la casa, en la calle de San Juan —actual de la Farmacia—, de clásica construcción madrileña y por desdicha recientemente derribada. Se nos lo retrata como persona de sentimiento y sensibilidad, pero de tan inflexible lógica, que jamás dejara un cabo por atar: uno de los motivos de su éxito y permanencia en los puestos conseguidos. Orgullo desmedido, pero oculto bajo la flexibilidad del hombre dúctil por táctica; energía sin aristas, fogosidad dominada. Con aquella seguridad de su valer y la ambición de prolongar su obra haciendo escuela, se convirtió en un auténtico maestro. Desinteresóse por los anónimos cursos de la Academia y se consagró a los pocos y buenos discípulos que él mismo escogía entre jóvenes de talento, pertenecientes algunos a familias de artistas que le eran estimadas, cual la de los González Velázquez. Isidro González Velázquez, precisamente, sería su discípulo predilecto. Con él, su primo Antonio Velázquez, Mateo Guill, Juan de la Milla, Igniaban Haan, Antonio López Aguado y Juan Antonio Cuervo estudiaban alrededor de Villanueva y propagarían luego sus doctrinas con fe que dió a la escuela una fuerza inmensa. Dos de ellos vinie-

ron a ser también los continuadores de su trabajo y empleos: González Velázquez, en el real servicio, como arquitecto mayor de Fernando VII; López Aguado, heredando la plaza de arquitecto y maestro mayor de la Villa de Madrid y su puesto en la Academia. Sin embargo, Silvestre Pérez, «el arquitecto más grande que ha seguido la escuela de Villanueva», el que mejor asimiló las lecciones de sus edificios, no había estudiado a su lado.

Aquellos discípulos no sospecharían que con el maestro iba a terminar una época feliz de la arquitectura española; apenas tuvieron ocasión de construir, cuando ya la Península fué un inmenso incendio. Por vivir una época nada propicia a la construcción monumental, «la escuela de Villanueva hay que estudiarla en los proyectos más que en las obras».

Existió un segundo grupo de seguidores de Villanueva, que no se formaron con él, pero le conocieron y fueron los discípulos de sus discípulos: Francisco Javier Mariátegui, Custodio Teodoro Moreno —a quien tocaría la delicada tarea de concluir algunas obras madrileñas de Villanueva— y Pedro Zengotita Vengoa. Otro arquitecto de esa generación, ferviente continuador de sus doctrinas, fué Juan Miguel de Inclán Valdés.

El hacer un estudio de la escuela de Villanueva equivaldría a historiar nuestra arquitectura de la primera mitad del siglo XIX. En este libro se muestra su importancia, y a causa de la relación humana que mantuvieron con el maestro, se recuerda a alguno de los discípulos, aun cuando ninguno alcanzó su altura ni gozó sus excepcionales condiciones. Quien más se le acercó, Silvestre Pérez, con mayor fortuna quizá nos hubiera legado algunas de las obras mejores de nuestro clasicismo romántico.

Pero a todos legó el maestro sus fórmulas y soluciones más queridas: la arquitectura que es llamada aquí *clasicista-romántica* a causa de lo singular de su concepción formal. A propósito de esto destaquemos como la nota más brillante de este libro tan innovador la conceptualización que a esta arquitectura y a la barroca y a la clásica, respectivamente, se aplica. La clásica, un conjunto de formas puras con valor propio, agrupadas con unidad; muro en reposo, sin resaltes, plano, asible y claro, envolvente de volúmenes también claros y definidos; sombras, las propias, con un valor limitado. La barroca, un conjunto de formas fundidas que han perdido su personalidad, pero que conservan, y hasta acrecen, su unidad; muro tembloroso, lleno de pequeños resaltos, inasible, desintegrador del volumen; sombras pequeñas, movedizas y con un valor de indeterminación. La clasicista-romántica, un conjunto de formas que llevan

al máximo su personalidad y autonomía, perdiendo por completo su unidad; el muro, grandemente quebrado, asible separadamente, y, en su conjunto, atormentado, convulso, con grandes salientes; sombras grandes y arrojadas, con un valor perturbador.

«La utilización de componentes clásicos, mejor dicho, de los componentes arquitectónicos universales, no es razón para llamar clásica a la arquitectura de tiempo de Villanueva...», la que modificó los elementos, aunque por un camino opuesto al del barroco, haciéndolos más violentamente definidos y simples en sí para servir mejor lo contundente de sus juegos plásticos. Se insiste en considerarla totalmente distinta a la clásica, y se expone una concepción de gran valentía: la de que Villanueva fué un arquitecto *romántico* que dejó escuela y las mejores obras románticas.

También los discípulos heredaron su gusto por las grandes galerías con columnas exentas; por la composición, como de templo «in antis», de pórticos interiores; por los muros a la española, con cadenas de ángulo, fajas y recuadros; por la diferenciación de pisos establecida sólo por las proporciones de los huecos, abandonando la norma que triunfó en la obra del Palacio Nuevo y desarrolló Ventura Rodríguez, de basamento almohadillado, cuerpo principal, de uno o más pisos, apilastrado, y entablamento o balaustrada. Imitáronse las cornisas de gran vuelo, apeadas por modillones; los huecos de autonomía muy definida siempre—, y entre ellos el semicircular y el mixtilíneo, y la molduración con exquisito arte.

El ascenso definitivo de Villanueva se produjo con el advenimiento de Carlos IV. De la ocasión inaugural del reinado se nos conservan estampas con decoraciones para engalanar edificios, interesantísimas al revelarnos el gusto fugaz del momento; hizo las de las casas de la condesa viuda de Benavente y del duque de Alba, en la calle de Alcalá, mostrando su ingenio y animación de recursos.

Años de extraordinaria actividad—en Madrid sobre todo, con sus obras cumbres, y en los Reales Sitios—, en los que a sus títulos se agregaría en 1792 el de director general de la Academia. En El Escorial dispuso una gran escalera para el servicio de las habitaciones reales en el monasterio: rompimiento difícil en la obra de Herrera, que resolvió con habilidad y gusto sorprendentes. En Aranjuez quedó todo, incluso la jardinería, a su cargo, y mostró fantasía e imaginación en el alzado de templetes, quioscos, ruinas ficticias y baluartes imitados. Los jardines paisajistas debían resultar muy de su agrado, y prácticamente fué el primer arquitecto español que los compuso.

Tras la muerte de Sabatini pasó a ser, de derecho, el principal arquitecto del rey, quien le confirió asimismo los honores de comisario ordenador, y en 1802 los de intendente de provincia. Con ellos, en el punto más alto de su magnífica carrera, continuó hasta la invasión napoleónica.

Como arquitecto mayor y fontanero entró en la espléndida serie de alarifes al servicio de Madrid: Sachetti, Ventura Rodríguez, Villanueva y, tras él, López Aguado. También el propio Sabatini, por encargo de la Corona, había intervenido en muchos asuntos de la Villa. Todo confluye a explicar la esplendidez arquitectónica y monumental de Madrid en la segunda mitad del siglo XVIII.

Fué celoso e inflexible guardador del decoro urbanístico, a la par que demostró la flexibilidad de su talento, e incluso modestia, al crear arquitectura personal plegándose y sometiendo a las exigencias de los edificios a que la aplicaba. Así, en las Casas Consistoriales abrió la galería de columnas toscanas (proyectada por Mateo Guill, su teniente, no sabiéndose qué es lo que tomaría el superior al subordinado) sin turbar el conjunto preexistente. Su reconstrucción de la Plaza Mayor tras el incendio de 1790 sirvió para unificar aquel recinto, que, aunque de trazado general bello y amplio, con un monumento de mucho empaque—la Casa Panadería—adolecía de pobreza y desaliño en su conjunto. Considerada generalmente como de los Austrias, es, salvo la citada Panadería, absolutamente de Villanueva, que dejó allí muestra admirable de lo que es una sencilla y noble fachada tratada a la española; mas no tuvo la suerte de contemplarla así, ya que su conclusión por Custodio Moreno alcanzó hasta 1853. A la vez había tratado la ordenación de las nuevas casas de la calle de Toledo—el portal de Cofreros—, vecinas a la plaza, una de las perspectivas más típicas y acertadas de Madrid. Es lástima que rigiéndose entonces la construcción por Ordenanzas anticuadas, quedase frustrado en 1808 el proyecto de otras, encomendado a Villanueva.

En el desarrollo de esta magnífica monografía se llega ahora al estudio de las obras magnas del maestro, en primer término el Museo del Prado, resumen de toda su arquitectura y de la española de casi medio siglo. En el análisis de las circunstancias relacionadas con la fundación del edificio se destaca la actuación de Florida-Blanca, de patrocinio inestimable para un arquitecto ambicioso; con miras puestas en el paseo del Prado, cumpliría a su sentido de lo grande y suntuario un edificio sin fondo, «una cabalgata solemne de arquitectura», y de ahí lo singularísimo de su planta, tan alargada.

Las observaciones sobre los primeros planos, expuestos en nuestro Museo Municipal, revelan una concepción muy distinta a la realizada; más sencilla y menos rica que la actual, pero notabilísima por como aparecía resuelto un programa poco corriente, mezcla extraña de edificio y pórtico. Abandonada la idea de éste, se trató sólo del edificio, pero dotándole de gran majestad y riqueza; el modelo en madera conservado en el Prado refleja este segundo proyecto, análogo en su conjunto al estudio definitivo. Este condensa lo mejor, más elevado y característico de la obra de Villanueva. El gran pórtico dórico en la fachada principal es lo más sinceramente constructivo alzado en España desde hacía mucho tiempo, lo más próximo y comparable a la noble, viril y evidente manera de construir de los antiguos, y con anterioridad a su fecha quizá no exista en la Europa moderna columnata que le alcance. El gran ábside acusado en la fachada posterior semeja un colosal resto antiguo. Como diría después un disertador académico, D. José de Sierra, «no pocas veces faltó a sabiendas a la sencillez para manifestar tan sólo sus conocimientos de antigüedades...»

Pero también se encuentran allí todos los valores «románticos» de su obra, llegando su deseo de contrastar al extremo de reunir en una misma fachada —la principal—, y en muy distintas escalas, dos órdenes como el dórico y el jónico; afán de contrastes que lleva asociado el abandono, en cierto modo, de la unidad con la yuxtaposición de cuerpos autónomos en el edificio. Tal falta, sin embargo, constituye la esencia de su arquitectura, la base de su lenguaje expresivo.

De los cinco grandes cuerpos, los de flanqueo tienen su fachada principal a los costados del edificio, siendo sólo una fachada lateral la que respectivamente presentan al paseo, anormalidad que se ofrece cual una de las más significativas pruebas de lo que representa esta arquitectura romántica, perdido ya por completo el sentido de la fachada tal como lo entendía el barroco. Se exacerbó la evidencia volumétrica clásica, recortándola más definida y violentamente, y se inauguró un sentido arquitectónico enteramente nuevo al perderse toda preocupación por crear edificios que fuesen un todo orgánico, con desprecio de las normas clásicas y barrocas.

Se sucede luego la fina descripción de la fábrica del Museo, del interior, perdido casi todo tras la guerra de la Independencia, y de las fachadas. Villanueva tuvo la satisfacción de contemplar casi terminada su obra magna; pero también la amargura de verla dañada y mancillada por la soldadesca invasora.

También para el Observatorio Astronómico hubo de estudiar varias soluciones, ya que ni por naturaleza ni por gusto fué arquitecto fácil ni espontáneo. La primera reflejaba una idea más vasta; la edificada, en cambio, resultó más rica, graciosa y elegante: uno de los ejemplos más delicados y bellos de todo el siglo XVIII. Aquí los contrastes se funden melodiosamente y se llega muy cerca del deseado «aticismo». Por su composición, tan feliz, resulta un edificio en extremo expresivo de su finalidad: «Con sus peristilos, griegas rotondas y medios puntos romanos, parece un templo elevado por los antiguos a la armonía del firmamento.»

El último aspecto examinado de la actividad del maestro es su arquitectura religiosa. La obra más importante, el oratorio del Caballero de Gracia, casi no puede considerarse como un templo basilical, pues sus columnas se hallan tan cerca de los muros, que las naves laterales, en realidad, no existen; más bien un salón, en el que aquéllas corren a lo largo de los paramentos para decorarlos plásticamente. Las grandes bóvedas de cañón, encasetonadas, con la de la exedra absidal, prestan a esta iglesia, pequeña, una monumentalidad a la romana. «Pero lo que mejor nos da idea de cómo comprendía Villanueva el problema arquitectónico de un templo, es un proyecto de iglesia, conservado en el Museo Municipal, que puede ser y puede no ser para el Caballero de Gracia. Las proporciones de este proyecto son mucho mayores, y lo que en realidad es un simple oratorio aquí se convierte en un gran templo.» Las dimensiones, sobre todo, hacen pensar en un estudio para otro sitio.

Se describen también unos interesantes bosquejos, propiedad de D. Francisco de A. Iñiguez Almech, que son estudios del maestro para la fachada e interior del oratorio, y proyectos de altar, posiblemente para el famoso «Cristo de la Agonía» de Juan Sánchez Barba.

Las fachadas de templos proyectadas por Villanueva presentan, como rasgos comunes, un gran ventanal, de medio punto o mixtilíneo, para iluminación superior de la nave, y dos torrecillas de campanas, exentas o absorbidas en la edificación, de indudable sabor paladiano.

Se menciona, por último, de la capital, el cementerio de la Puerta de Fuencarral o General del Norte, construido bajo su dirección en 1809, y cuya hermosa e interesante capilla sirvió de pauta para la arquitectura religiosa de la primera mitad del nuevo siglo.

En las construcciones religiosas de fuera de Madrid —la mayoría encargos recibidos por medio de la Academia—, limitóse casi siempre a dar los diseños, sin desempeñar la dirección de las obras.

De éstas, si no hubiese estado tan absorbido por la Corte, las que se realizaron en el Burgo de Osma nos proporcionarían una buena prueba de su talento también como arquitecto religioso, y si conociésemos los planos, se nos mostraría lo que va de unos buenos diseños a su deficiente ejecución.

La muerte sorprendió al maestro en su casa del Madrid de la guerra de la Independencia, tras unos últimos años crueles, viendo a España hecha jirones y hasta su obra cumbre, el Museo, maltratado por los franceses. Frente a éstos ostentó su patriotismo no acudiendo ni excusando su asistencia a la junta general académica de 27 de febrero de 1809 para prestación de juramento de fidelidad a José Bonaparte.

A modo de epílogo culmina esta monografía en una exaltación de los valores permanentes de la obra villanovina. «Después de Juan de Herrera, hasta la llegada de Juan de Villanueva, no volvió a repetirse el caso de una escuela tan coherente, centrada alrededor de un arquitecto y de su obra. Tanto Herrera como Villanueva lograron durante más de cincuenta años mantener una disciplina que resulta poco frecuente en la historia de un arte tan individualista como el español. Hoy, tras el disolvente eclecticismo de la segunda mitad del siglo xix y los audaces ensayos del xx, en un período todavía de tanteos, añoramos la pujanza y solidez de aquellas escuelas.» La suya dominó muchos años; pero de pronto, la admiración se trocó en olvido, y hasta el Museo, monumento el más elogiado de toda una época, llegó casi a desconocerse: famoso en el mundo por su contenido, para nada lo fué por su continente. No se le dió importancia: «Así se pudieron hacer en su cuerpo vivo tamañas afrentas.»

Desde hace algunos, pocos años, se ha vuelto la mirada a Villanueva, ha crecido el interés por su figura; los arquitectos simpatizan espontáneamente con su obra y asimilan sus lecciones y ejemplos. Cuadran perfectamente a las exigencias de sencillez actuales sus formas simples, desornamentadas unas veces, «estilizadas» otras. Ciertas obras suyas, con ausencia casi absoluta de molduración, eliminación de lo superfluo —puro juego de formas abstractas— y materiales al desnudo, honrarían al arquitecto más moderno e innovador. Su maestría al manejar los materiales, utilizando sólo los nobles y permanentes y dando a cada uno la debida valoración, se acuerda también con la arquitectura de nuestro tiempo. «Como madrileño, usó de los materiales de Madrid: Colmenar, granito y piedra. En las fábricas mixtas de ladrillo y piedra demostró particular habilidad. Siempre será su obra un excelente parangón para los arquitectos madrileños.»

Finaliza este estudio con la reiteración de que la obra de Villanueva constituirá un punto de apoyo para todos los que se dediquen a la arquitectura, sin precisión de que se desvíe la personal inclinación de cada uno, pues él demostró que con un lenguaje de formas clásicas, seguras, válidas siempre, se puede crear una arquitectura original y nueva; él, que como arquitecto español, castellano, supo lograr que su obra, expresiva cual ninguna del espíritu universal de su época, fuese a la vez nuestra y de todas las edades.—*M. Molina Campuzano.*

PEDRO ALFONSO.—*Disciplina Clericalis*. Edición y traducción del texto latino por Angel González Palencia. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Patronato Menéndez y Pelayo. Instituto Miguel Asín. (Madrid-Granada, 1948.) Un vol. de XL + 238 págs., 195 × 133 mm.

De nuevo nos ofrece D. Angel González Palencia, después de las *Versiones castellanas del «Sendebar»*, que publicó en el año 1946, una plasmación tipográfica más de su afición de siempre hacia los cuentos y los apólogos de origen oriental. Con esta edición de la *Disciplina Clericalis* en su texto latino original y en su traducción castellana completa, ha querido el señor González Palencia contribuir a que los estudiosos españoles puedan manejar un texto conocidísimo y divulgadísimo en todas las naciones del mundo, pero del cual no poseíamos los españoles ninguna edición, y cuyas ediciones latinas o en otras lenguas no eran de fácil acceso para los estudiantes.

En el prólogo comienza agrupando el señor González Palencia las pocas noticias biográficas que tenemos del judío converso Rabí Moisés Sefardí, bautizado en Huesca, en el año 1106, a los cuarenta y cuatro años de edad, dato que conocemos gracias a que nos lo dice en sus propias obras, así como que tomó el nombre de Pedro por celebrarse aquel día la fiesta de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y el apellido de Alfonso por haber sido su padrino Alfonso I el Batallador. En sus *Dialogi contra Judaeos*, compuestos como justificación ante sus antiguos hermanos de religión por haber recibido la fe y la ley de los cristianos, en los que defiende con entusiasmo de neófito la fe cristiana de todas las objeciones que pudiera hacer cualquier adversario, y ataca al judaísmo, nos da prueba palpable de la sinceridad de su conversión.

Ayuntamiento de Madrid

La labor científica de Pedro Alfonso es también analizada por el señor González Palencia apoyándose en las investigaciones del profesor D. José María Millás, por las cuales sabemos que Pedro Alfonso viajó por Inglaterra, donde fué médico del rey Enrique I y maestro de Astronomía de un clérigo de origen lorenés, llamado Walcher, del cual se conserva un tratado manuscrito en la biblioteca Bodleyana de Oxford, en el que llama maestro a Pedro Alfonso: *Magister noster Petrus Anfulsus*, y en el que emplea el sistema árabe de graduación astronómica que éste le enseñó. El señor Millás, utilizando dos manuscritos conservados en bibliotecas inglesas, ha reconstruido un proemio que Pedro Alfonso escribió ante algún libro de tablas astronómicas, cuyas fuentes, según declaración del mismo Pedro Alfonso, son árabes, persas y egipcias, y que por su utilidad ofreció a los latinos; así como también intervino en la traducción de las tablas astronómicas de al-Jwarizmi, según la recensión del Maslama al-Mayriti, de Córdoba, que fueron traducidas al latín por Adelardo de Bath. De la obra astronómica de Pedro Alfonso sólo han llegado a nosotros el prólogo y cuatro capítulos. Parece ser que Pedro Alfonso fué también matemático, y de su interés por las ciencias y su clasificación ya tenemos noticia en la misma *Disciplina Clericalis*, en que, como ha observado el señor Millás, «tiende a desplazar las disciplinas típicas del *trivium*: Gramática, Retórica y Lógica, en beneficio de las disciplinas específicas del *quadrivium*: Aritmética, Música, Geometría y Astronomía, más estrictamente científicas, mostrándose escéptico sobre la magia nigromántica y sus maravillas».

Hace el señor González Palencia, a continuación de este bosquejo biográfico y de la labor científica de Pedro Alfonso, un estudio detallado de los manuscritos del texto latino de la *Disciplina Clericalis*, de la traducción castellana y de las versiones que de esta famosísima obra se hicieron a otros idiomas. La *Disciplina Clericalis* seguramente fué escrita primeramente en lengua árabe o hebrea antes de que el mismo Pedro Alfonso la trasladase al latín, lengua en que se nos ha conservado el libro. Verdaderamente, «es sorprendente—como dice el señor González Palencia—que de obra tan conocida en la Edad Media, y cuyos cuentos fueron tan repetidos en España, no se conserve ningún manuscrito en las bibliotecas españolas; y no deja de ser extraño también que no se conozca ningún manuscrito castellano de tan famosa colección. Ciertamente D. José Amador de los Ríos dijo en su *Historia crítica de la Literatura española* haber descubierto una versión española antigua, y que él se disponía a publicarla; pero la realidad es que no la imprimió

jamás, ni se sabe dónde pudo ver el manuscrito, ni se conoce ninguno existente en nuestras bibliotecas ni en las extranjeras». Solamente en un manuscrito del Archivo de la Corona de Aragón, de Barcelona, que incluye también la *Crónica* de Martino Polono, se ha hallado un libro de *Petruus adeuultus* que parece tomado de un original extranjero por el título que le da: *Iste liber uocatur spichmergay... it est clericalis disciplina*. Sin embargo, los manuscritos latinos de la obra de Pedro Alfonso desparramados por las bibliotecas de toda Europa son cuantiosos, sin que ninguno de ellos sea el original. Sobre la base de siete manuscritos de la biblioteca del rey, fué impresa en París la *Disciplina Clericalis*, juntamente con la traducción francesa, por la Sociéte des Bibliophiles Français, en 1824. El texto latino de esta edición fué aprovechado por Migne en su *Patrologia Latina*, lo cual hizo que se divulgase rápidamente, hasta que en 1911 los señores Hilha y Soderhjelm publicaron su edición de la *Disciplina Clericalis*, basada nada menos que en sesenta y tres manuscritos: cinco de Italia, trece de Francia, dos de Suiza, seis de Austria, dieciséis de Alemania, cuatro de Bélgica, uno de Holanda, catorce de Inglaterra, uno de Suecia y el del Archivo de la Corona de Aragón. No todos estos manuscritos son completos, puesto que hay algunos faltos del prólogo, de algunos cuentos o de las sentencias. Por tanto, los españoles sólo conocieron los cuentos de la *Disciplina Clericalis* a través de otras obras en que aparecían cuentos intercalados. La más importante de éstas fué el *Libro de los exemplos*, de Clemente Sánchez de Vercial, en el que intercala la traducción de gran parte de los cuentos de la *Disciplina Clericalis*, alterando su orden y sin ninguna de las sentencias y moralidades con que Pedro Alfonso enlaza sus historias. Probablemente, Sánchez de Vercial suprimió estas sentencias a causa de que él, en su *Libro*, antepone a los cuatrocientos sesenta y siete cuentos que contiene una sentencia latina «traducida en dos líneas rimadas, que quieren ser versos», al modo de los del *Conde Lucanor*.

El *Libro de los exemplos* fué publicado primero por D. Pascual Gayangos en el volumen LI de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, y despues, el hispanista francés Morel-Fatio, en la *Romania* (vol. VII), publicó lo que faltaba al manuscrito utilizado por Gayangos. También conocieron los españoles algunos de los cuentos de la *Disciplina Clericalis* en el *Especulo de los legos*, obra estudiada por D. José María Mohedano en su tesis doctoral, que actualmente está en prensa, y en las *Fabulas collectas de Alfonso, de Poggio e de otros*, insertas en *La vida de Ysopet con sus fábulas hystoriadas*.

Para darnos cuenta de la difusión que tuvieron estos cuentos, nos basta con consultar la utilísima obra de V. Chauvin *Bibliographie des ouvrages arabes ou relatifs aux arabes*, y en ella veremos que, además de las versiones francesas *Discipline de clergie* y *Le Chastoiement d'un père a son fils*, se recogen los cuentos de Pedro Alfonso en las colecciones de *fabliaux* — Barbazán y Méon (1808), Legrand D'Aussy (1829), Ch. Simond (1888)... , etc. —; en una versión gascona del manuscrito 7.874 de nuestra Biblioteca Nacional, que publicó Mr. J. Ducamin (París, 1908). Hay traducción hebrea en *Le livre d'Henoch sur l'amitié traduit de l'hebreu...*, por Auguste Pichard (París, 1838); traducción alemana en la monumental colección de Esopo, por Steinhöwels (1871-1873), que fué puesta en catalán en 1885, y en inglés por William Caxton. Pascuale Papa (1891) publicó un fragmento de una versión italiana antigua, hecha sobre una versión francesa desconocida; y hasta es posible que existiera una versión islandesa.

El influjo que ejercieron los cuentos de la *Disciplina Clericalis* en la literatura universal puede rastrearse en la citada *Bibliographie* de Chauvin, en la que, después de la reseña de todas las ediciones en las diversas lenguas europeas, va estudiando cuento por cuento, de los que hace un breve resumen, indicando los textos latinos, las versiones existentes en distintas lenguas europeas y los contactos que cada cuento ha tenido en otras literaturas. El señor González Palencia da como muestra el ejemplo primero de *El medio amigo* o *La prueba de los amigos*, y dice que todavía podrían hacérsele adiciones a la obra de Chauvin, cosa natural en materia folklórica, citando algunos ejemplos: el *Del versificador y el giboso*, que fué puesto en verso, en el siglo xvi, por el licenciado Tamariz; el *Del lienzo*, que se recuerda en *El viejo celoso*, de Cervantes; el *Del rústico*, que figura en el *Quijote* tras la aventura de los batanes; el *De los diez cofres*, que inspiró el cuento *El juez prudente* de la colección *Entre col y col, lechuga*; el *De los dos burgueses y el rústico*, utilizado por el conde de las Navas en su cuento *El alhichante achantado*; el *Del siervo Maimón*, popular en toda España según la colección de *Cuentos populares españoles* que publicó en Madrid (1947) don Aurelio M. Espinosa; los que repite el arcipreste de Talavera en su *Corbacho*, y un cuento popular oído por el mismo señor González Palencia en Rabat, no publicado todavía, que refleja el *Del labrador, el lobo y el juicio de la zorra*. Tomándolo de la obra de Chauvin, inserta en su prólogo el señor González Palencia una lista por orden alfabético de autores y obras que han tomado elementos de la *Disciplina Clericalis*: Adolphus, Bandello, Boccaccio, Boner, Bozón, Ayuntamiento de Madrid

Bromyard, Camerarius, Cantimpré, Cento Novelle Antiche, Cessoles, Chappuis, Chaucer, *Cifar*, Cinthio, Doni, *Espejo de Legos*, Eudes, *Exemplos* de Sánchez de Vercial, *Fabliaux*, Frey, *Gesta Romanorum*, Giraldu Cintio, Gobio, Gower, Granucci, Guicciardini, Herolt, *How the wyse man taught hys sone, Islendz Aeventuri de Gering* (cuentos islandeses), *Kaatspel*, Kirchoff, Lydgate, Malespini, Manuel (Juan), Marie de France, Melander, Martinus, Minnesinger, Montamus, Nicolás de Troyes, Novellino, Ogilby, Ouville, *Palm-blatter*, Pauli, Pergamenus, Renner, Ruiz (Juan), Sabadino, Sachs, Sancho (*Castigos y documentos del Rey Don...*), Santa Clara, Schumann, Sercambi, Stricker, Timoneda, Vicente de Beauvais, Vitry y Waldis. «Esta copiosa lista de obras en que hay reflejo de la *Disciplina Clericalis*, y el recuerdo del número de manuscritos latinos conservados de este libro, basta para comprobar su influjo en la novelística del mundo.»

También hace el señor González Palencia un estudio de los proverbios y sentencias que intercaló Pedro Alfonso en su obra y que ahora publica el señor González Palencia por primera vez en lengua castellana. De muchos de estos proverbios, que están tomados de diferentes colecciones de la Edad Media, también pueden verse las fuentes en la citada *Bibliographie* de Chauvin — H. Knust Manna y Pichard, principalmente — a las que el señor González Palencia dice que hay que añadir alguna referencia esporádica a Grimm, a las *Mil y unas noches*, al Panschatantra, a Nicolás Pergamenus, a *De vita et moribus philosopharum*, de Burlalus, y a algunos artículos de revistas alemanas. «De tipo semejante — dice el señor González Palencia —, y derivados de las colecciones de Hunayn y Mubasir, son los *Castigos y doctrinas que un sabio daba a sus hijas*, que también refleja a veces sentencias de la *Disciplina Clericalis*.»

Un apartado especial dedica el señor González Palencia al juicio que mereció la obra de Pedro Alfonso a tan autorizado crítico como Menéndez y Pelayo en sus *Orígenes de la novela*. Las observaciones de Menéndez y Pelayo versan sobre la rara sintaxis de Pedro Alfonso, más semítica que latina; sus fuentes, que son las mismas de las grandes colecciones de cuentos traducidas en los siglos XIII y XIV (del *Calila*, un libro de *Engaños de mujeres*, análogo al *Sendebär*; del *Barlaam* y de las fábulas de Lockman); la saludable moral cristiana que se desprende de algunos de estos ejemplos y la libertad con que en otros cuentos narra historias tan licenciosas como las del *Sendebär*, que luego se contaron mucho mejor, y el proceso novelístico, que demuestra en la mayor parte de los casos que el cuento

árabe viene de Persia, alguno de la colección *Los mil y un días*, y el cuento persa viene de la India.

El texto latino de la presente edición es reproducción del de la edición de Hilka y Soderhjelm (Helsingfors, 1911), para el cual sirvió de base, escogido entre los sesenta y tres manuscritos en que se basa dicha edición, el manuscrito 86 del Corpus Christi College de Oxford. El texto castellano de los cuentos, según nos lo ofrece el señor González Palencia, es el del *Libro de los exemplos*, de Clemente Sánchez de Vercial (manuscrito 1.182 de la Biblioteca Nacional de Madrid), y en la parte que falta a este manuscrito ha empleado la edición de Morel-Fatio en la revista *Romania* (1878), VII, 493 sigs., del manuscrito ya aludido de la Biblioteca Nacional de París. En los casos en que el texto del *Libro de los exemplos* era muy abreviado, ha sido sustituido por el de las *Fabulae collectae*, editadas a continuación del *Ysopet historiado* (Zaragoza, 1489). Además, desde la página 185, acompañan a esta edición unos apéndices en que se incluyen los textos de los cuentos conservados en el *Ysopet*, que reflejan otra versión diferente de la de Sánchez de Vercial, así como otros, más extractados, del *Especulo de los legos*, con lo que el lector puede tener en la mano las posibles versiones medievales de estos cuentos. Pero estos textos castellanos no dan la traducción de los proverbios y sentencias que sirven de nexo a unos cuentos y otros, y en la presente edición nos los ofrece el señor González Palencia traducidos del latín, al igual que nueve cuentos no vertidos en las colecciones medievales, por el bibliotecario de la Nacional D. José López de Toro, al que agradece su colaboración. Los cuentos traducidos ahora por primera vez son: el VIII, *Ejemplo de la voz de la lechuza*; el XXV, *Ejemplo de Mariano*; el XXVIII, *Ejemplo de Sócrates (Diógenes) y el Rey*; el XXIX, *Ejemplo del hijo prudente de un consejero real*; el XXX, *Ejemplo del ladrón que quiso escoger demasiadas cosas*, el XXXI, *Ejemplo del pastor y del mercader*; el XXXII, *Ejemplo del filósofo que pasa por un cementerio*; el XXXIII, *Ejemplo de la sepultura de oro de Alejandro*—que es el único de todos ellos que ya se encontraba traducido con anterioridad al castellano en el *Especulo de los legos*, pero a falta de dos de las sentencias, como puede verse en los apéndices—, y el XXXIV, *Ejemplo del ermitaño que corregía su alma*.

Publica el señor González Palencia en último lugar, tomándolo del *Ysopet*, el *Ejemplo del ciego e del adolescente adúltero*, que no se encuentra en el texto latino de la *Disciplina Clericalis* y que V. Chauvin considera una falsa atribución a Pedro Alfonso. Así queda reseñada la cumplida intención del señor González Palencia

al ofrecernos esta magnífica y completa edición de la *Disciplina Clericalis*, en la cual no sólo podemos enterarnos a la perfección de la importancia, alcance e influencias de la obra, gracias al erudito prólogo de su editor, sino que también podemos deleitarnos con la lectura de estas sentencias y de estos cuentos, en los que las cualidades morales de la persona humana, el trato con las mujeres, con sus engaños o su bondad, y la posición del hombre ante las relaciones políticosociales y ante la muerte, inevitable y fatal, muestran la sutileza, la cultura y el ingenio del converso de Huesca. Podríamos aplicar a esta nueva muestra del saber del señor González Palencia la misma frase que Pedro Alfonso escribió en el prólogo de su *Disciplina Clericalis*: «Para que la luz a mí confiada no quede escondida bajo el celemin.»—*José Antonio Tamayo Chinchilla.*

GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, AGUSTÍN. — *Isabel de Valois, reina de España (1546-1568)*. Estudio biográfico. Tomo I, XVI + 440 págs. Tomo II, 557 págs. Tomo III (apéndices), 655 págs. Madrid. Gráficas Ultra, MCMXLIX.

No hay reina alguna de España que cuente con un monumento elevado a su memoria tan valioso como el dedicado por el señor Amezúa a la tercera esposa de Felipe II. A la manera de aquellos preciosos materiales procedentes de las canteras de San Pablo de los Montes, en Toledo, o de jaspe de Tortosa que se emplearon en la decoración del regio Alcázar, podemos decir está elaborado ese monumento histórico, con tal riqueza de elementos, abundancia de información, calidad selectiva de los documentos, análisis minucioso de las fuentes, ilustración gráfica valiosa, cuanto puede dar realce a una obra, se encuentra reunido en ésta, que honra además a la tipografía madrileña donde se ha impreso. Todo eso, con ser mucho, a alguien parecerá excesivo consagrado a una reina que no intervino en empresas nacionales decisivas, ni en su fugaz existencia dejó huella memorable de su paso por la Historia; pero está realizado con tan limpio estilo, facundia de exposición y galanura literaria, que compensa el leve defecto de difusa con que pudiera tildarse.

La construcción histórica en estos tiempos es más ceñida y escura; pero no ha de quedar reducido a riachuelo lo que es undosa corriente que discurre serena y majestuosa en el fluir elocuente, clásico y galano del decir expositivo. Por eso no dudamos en califi-

carla como modelo de obra literariohistórica en todo el rigor de la palabra. El autor gusta y transmite al lector su predilección de discurrir minuciosa y detalladamente sobre cada uno de los momentos de la regia existencia, y no omite episodio, ni calla pormenor, ni elude circunstancia que contribuyan a conocerla mejor. El primer tomo, a manera de arcosolio que da paso a la exposición de la biografía regia, comprende un animado cuadro de la Corte francesa en sus varios desplazamientos: Fontainebleau, cuya magnificencia no sedujo a un prócer español como Francavilá; Villers-Cotterets o Saint-Germain, donde pasó su infancia la futura reina. Allí se educó bajo la férula benigna del abate de Saint-Etienne, en unión de María Stuart, destinada a tan trágicos destinos. La tregua de Vaucelles en 1559 fué el paréntesis abierto a la lucha tenaz entre Francia y España, posible por los triunfos de San Quintín y Gravelinas. Se concierta la boda de Don Carlos, primogénito de Don Felipe, con la hija de Enrique II, como garantía de aquélla. Acierto indudable del autor es la explicación del cambio de actitud del monarca español tomando para sí la novia destinada a su hijo, que tanto escandalizó a sus historiadores enemigos y fué piedra angular de la leyenda negra, empleada desde la apología del príncipe de Orange hasta Fornerón.

Con detalles pintorescos narra el viaje a España después que la paz de Cateau Cambresis confirmó y ratificó lo estipulado en la tregua. La entrada por Roncesvalles y la llegada a la Corte. En una revista de esta índole hemos de reseñar lo que hace relación al carácter de la misma, fijándonos en lo peculiar del caso. Los regidores madrileños habían tomado sus medidas desde el 6 de noviembre de 1559 para agasajar a la reina nueva, nombrando los comisarios al efecto, que fueron en la ocasión el licenciado Saavedra y don Pedro de Herrera, de los Herreras madrileños, que tenían su casa en la parroquia de Santa María, cerca del Arco de Palacio.

Era corregidor Jorge de Beteta, caballero soriano, poseedor del mayorazgo de su casa, fundado en 6 de mayo de 1526, en que se comprendía el portazgo de Soria, concedido por los Reyes Católicos a su ascendiente Gonzalo de Beteta el 15 de junio de 1475.

Los festejos municipales, entonces como ahora, respondían a un patrón, observado rigurosamente: luminarias, ministriles, juegos de cañas, lances de toros. En ellos intervinieron algunos pajes de la reina, para no ser inferiores a los españoles, pagando con su vida su osadía e inexperiencia.

El nombre de la graciosa, amable y joven reina va unido al traslado de la Corte a Madrid, pues era perjudicial para su salud el

clima de Toledo. Se detalla con precisión la formación de su Casa utilizando los datos de Simancas referentes a la Casa Real y a la Junta de Obras y Bosques. Conocemos así sus gastos menudos y sus aficiones, la adquisición de perritos y de instrumentos de música, traídos de Francia; sus limosnas abundantes, su piedad generosa, sus pequeños caprichos. La devoción de la Casa de Francia a San Francisco de Paula desde los días de Luis XI fué continuada por los Valois-Angulemas, y de ello no fué excepción nuestra reina. Gracias a ella se establecieron en Madrid los Mínimos, según Amezúa, aunque la iniciativa partió del rey, que ya el 15 de febrero de 1560 había dirigido al Concejo de Madrid, a instancia del provincial fray Juan de Vitoria, una real cédula pidiéndole los autorizara a edificar el monasterio. Al año siguiente, el licenciado Gómez Téllez-Girón, gobernador del arzobispado de Toledo, les dió licencia para ello. Pasados los años, por cédula en El Escorial de 25 de abril de 1568, dirigida al citado gobernador del arzobispado, le pedía autorizase a los Mínimos para recoger limosnas aplicadas a la reconstrucción del monasterio toledano de San Bartolomé de la Vega, que había consumido el fuego, y para seguir la obra en el de la Victoria de Madrid. En efecto; éste se construía en los solares que dieron el 6 de agosto de 1561 Miguel de Cereceda y doña Anastasia de Andécana, siendo los primeros frailes fray Juan de Vitoria, provincial de Castilla y Aragón; fray Francisco de la Cruz, fray Jerónimo de San Juan, fray Francisco de Balbuena, fray Rodrigo de Balboa, fray Pedro de Santa Olalla, fray Francisco de Villaseca, fray Juan de Escalante, fray Simón Ruíz y fray Gonzalo de Argüello. En 1562 completó el convento el núcleo objeto de la donación, incorporando una corraliza adquirida a doña Catalina de Vitoria.

Entre las devociones regias sobresalió la profesada a la Virgen de la Soledad en dicho convento, cuya historia nos relata siguiendo el discurso del padre Antonio de Arés, de quien dió noticia el primero D. Tomás Muñoz Romero, en 1858, en la página 177 de su obra clásica sobre los reinos y provincias de España. Como convento pobre, se hizo a retazos, y los humildes hijos del Divino Calabrés fueron completando poco a poco el adorno de la iglesia. El 18 de abril de 1600 concertó la construcción del retablo de la capilla mayor el escultor Antón de Morales de nueve figuras grandes, que serían Santa Lucía, Santa Catalina, Santa Agueda y Santa Polonia; un calvario para el ático, con San Juan, la Virgen y el Crucificado, y las dos restantes, dos sibilas o dos profetas. También se obligó a labrar otras nueve pequeñas para la custodia del altar, conforme a la memoria que le entregaría el padre Corrector.

La pintura corrió a cargo de Francisco López y de Juan de la Cruz [Pantoja], y por la muerte del último quedó encargado de realizarla aquél. El 28 de agosto de 1616 otorgaba carta de pago del importe de su trabajo.

La iglesia estaba acabada en 1597, pues el 1 de octubre de ese año, Sebastián Sánchez, maestro de cantería, otorgó escritura para labrar la portada, que caía a la carrera de San Jerónimo, con dos pilastras, que encuadraban un nicho sobre el dintel y jambas que la enmarcaban. Las puertas principales se encomendaron al carpintero Juan González.

Entrado el siglo XVII, fueron encargados los altares colaterales de la capilla mayor a José de Ortega, maestro de arquitectura, vecino de Toledo, según escritura de 13 de noviembre de 1635, por la traza de Toribio González, maestro mayor de arquitectura de la santa iglesia de Toledo, suegro del citado, que él modificó y añadió. El compromiso con Toribio González se había suscrito por el convento, representado por el padre Corrector, el 11 de febrero de 1612. Todavía en 1634, doña Beatriz de Rozas, viuda de Juan de Sotolongo, encargaba el 14 de marzo de ese año a Juan Bautista Garrido, maestro de arquitectura, un retablo para su capilla, de escultura y pintura, representándose de este modo dos Santos, que habían de ser San Juan Bautista y San Francisco de Paula. Había construido la capilla, en 1631, el alarife Juan de Aguilar, natural de Guadalajara y abuelo del primer marqués de Selva Real, que fué en su época el ejecutor de cuantas obras de importancia se realizaban en Madrid. La reja fué obra de Juan Borgañón, que empleó en ello desde el 4 de febrero de 1632 hasta el 1 de abril de 1633.

La torre fué la última obra realizada. La construyó Juan de Aguilar; pero murió antes de la tasación, hecha por el padre Francisco Bautista, de la Compañía de Jesús, el 9 de marzo de 1648. La bola y la cruz del chapitel las hizo el herrero Juan Alvarez, y el maestro plomero y pizarro de Palacio, Juan García Barruelos, hizo el chapitel, que consumió 1.342 pies cuadrados de pizarra.

Queden así consignados estos datos del convento que gozó de la protección de Doña Isabel de Valois, y del cual apenas queda la memoria en la calle de su nombre, que un día se llamó del Empeinado; en su área levantó D. Javier de Mariátegui, el arquitecto navarro suegro de Mariano Goya, una casa suntuosa, signo de los tiempos en que se construyó.

La vida de Doña Isabel en aquellos días de su luna de miel, en los cuales aprendió a manejar la ballesta, llegando a ser consumada en este ejercicio, hasta el punto de tomar parte en la caza dada a la

leona escapada de Palacio, episodio que ha conservado la tradición con todo lujo de pormenores, se narra con gran acierto.

El capítulo más interesante de la obra, donde se plantea un tema que los historiadores favorables habían soslayado y los adversos recargado con las negras tintas de la exageración y el apasionamiento, es el relativo a los amores de Felipe II. El matrimonio primero, con su prima doña María, fué episodio amoroso de juventud; el segundo, repetido con otra consanguínea, obedeció a la razón de Estado, impuesta con avasalladora exigencia; la tercera vez que pasó a nuevas nupcias, también por imposición de la política, quedó cautivado por el agrado, atractivo juvenil, candor y carácter alegre y expansivo de quien le cupo en suerte, y con razón subrava el autor esa benéfica influencia que divide el reinado en dos partes, supeditadas a la sonrisa regia. Las dos personas que gozaron del favor regio, doña Isabel Osorio, la señora de Saldañuela, y doña Eufrasia de Guzmán, la princesa de Asculi, tenían, y la sagaz observación de Amezúa, acreditada en el curso de la obra, no ha reparado en lo relativo a aquélla, origen judío.

Trata el tema con singular y adecuada crítica, rasgo que se repite en toda ella; lo espinoso del tema se salva por la discreción con que se expone, sin ocultar nada de lo interesante del mismo. Incurre, sin embargo, en una confusión, rara en cultivador de la exactitud de modo admirable. El abogado madrileño D. Miguel Eugenio Muñoz no se ocupa de los señores de Saldañuela en su tratado sobre la Grandeza, sino en su memorial de la Casa de Luna.

En este comentario, insignificante, como nuestro, a obra tan llena de noticias y datos valiosos, no puede omitirse al tratar de esto la tradición arraigada, y no desprovista de valor, existente en la Casa de Mondéjar de ser hija de Felipe II la mujer de D. Iñigo López de Mendoza, hijo de los terceros marqueses, el embajador en Venecia, llamada doña María Rafaela de Villaverche, con quien casó el 25 de diciembre de 1569, velados en Fuentidueña el 29 de enero de 1571. Ella se crió en casa de Alonso de Villa Alberche, que vivía en la portería de San Felipe, y sus hijos decían no era su hermana, sino hija de alguna persona principal, encomendada al dicho Villa Alberche para criarla. Pues vestía siempre de seda y tenía maestros de leer, tañer y música, mientras los hijos legítimos del citado andaban descalzos, sin zapatos, por lo cual los testigos del pleito de sucesión en la Casa de Mondéjar aseguraban era hija de algún grande caballero. El misterio que envolvía su existencia lo confesaba su propio marido en su testamento, formalizado en Alcalá el 1 de septiembre de 1601, cuando insertó esta

cláusula: «Declaro y juro por Dios Nuestro Señor y por la verdad y fidelidad que deben haber las personas que hacen testamentos y las que están en trance de salvarse o condenarse para siempre jamás, que yo he hecho mis diligencias para saber y averiguar la agnación de la dicha doña María, mi muger, que esté en el cielo y quiénes fuesen sus padres, y que jamás lo pude averiguar ni descubrir, y estando la suso dicha en el último artículo de la muerte dijo y declaró que no sabía cuya hija fuese, pero por el mismo juramento declaraba no ser hija de Alonso Villa Alberche ni de su mujer, en cuya casa se crió, como lo concuerda el que no la llamó ni heredó el dicho Villa Alberche en su testamento, habiendo hecho mención de los demás hijos.»

Los cinco capítulos del tomo II abarcan desde 1560-64 a 1568. Por ellos vemos a Doña Isabel sirviendo los planes de su madre, Doña Catalina, que tiene ahora por finalidad la boda de Don Carlos con su hija Margarita. Acude la reina francesa a la estratagema de los retratos, que al ser remitidos a su hija los conoce el príncipe, que se fija de preferencia en la chiquita, noticia transmitida a continuación por madame de Clermont a su soberana. Pinta la actitud de la intrigante florentina a ese respecto, y las combinaciones posibles que sobre el enlace podían hacerse, las cuales, como sabemos, no llegaron a término feliz por las especiales circunstancias del primogénito de Felipe II, explotadas por Saint-Real, Mezeray y otros. La caída casi mortal en el palacio episcopal de Alcalá, el 19 de abril de 1562, fué la causa determinante del final de las negociaciones. En aquella ocasión dió muestras de afecto a su hijastro, ya en las misas por su salud, encargadas a su limosnero, ya en su preocupación por su restablecimiento, según atestigua su correspondencia. También se extendió su actividad política a servir las reclamaciones de los reyes de Navarra, Antonio de Borbón y Juana de Albret, instigada también por su madre, ante cuya insistencia oponía Felipe II resistencia pasiva y dilatoria, pleito diplomático que finalizó con la promesa del reino de Túnez o de la isla de Cerdeña, condicionado siempre a la versátil condición del duque de Vendôme en sus fluctuaciones religiosas, a que puso término la muerte enigmática del príncipe y la decidida inclinación de su viuda a la secta calvinista, que había abrazado con el entusiasmo de los neófitos o de los recién convertidos.

Perdió Doña Isabel, aquel año de 1562, a su mayordomo mayor, el cuarto conde de Alba de Liste, don Enrique Enriquez de Guzmán, sustituido por don Juan Manrique de Lara.

La vuelta de Don Felipe de Monzón tras prolongada ausencia

hizo de la estancia en Aranjuez aquella primavera una segunda luna de miel, en que la joven reina demostró su agilidad, gallardía y afición al campo. Se presentaron por esos días los síntomas de su primer embarazo, cuestión que había preocupado a su madre desde los primeros días, a que aludía en sus cartas a sus representantes en Madrid sin ningún eufemismo ni disimulo.

Fuera a consecuencia de ello, o por la herencia fatal de su abuelo, pasó por una grave enfermedad, que la puso en trance de muerte, según comunicaba Nobili a su República de Lucca, durante tres semanas. Salvada por la hábil intervención de su médico Montguyón, desapareció con ella el estado de buena esperanza, sueño dorado de la ambición materna, que al felicitarla al reponerse, no olvidaba, previsora, de aconsejarla no se hiciese sangrar tanto de los médicos españoles.

La entrevista de Bayona (1565) y su preparación son objeto de dos nutridos capítulos, abundantes de información, donde la figura de don Francés de Alava aparece en su verdadera magnitud de diplomático excepcional en circunstancias tan difíciles y en tan apretados lances, que supo sortear con una habilidad consumada y un conocimiento de las personas que lo acreditan de psicólogo experimentado, digno servidor de su señor, cuya taimada conducta era la apropiada al juego que su rival apuntaba.

Pondera el autor la devoción que cundía entre las gentes del siglo xvi por las reliquias, y la pasión sentida por Don Felipe hacia ellas. Y era tanta, que en 1571, cuando volvió de Alemania el marqués de Almazán, terminada su embajada, levantó en su palacio de la villa señorial una capilla así denominada, donde abundaban en tanto número, que su descripción llenaba varios folios de marca mayor. La devolución del cuerpo de San Eugenio y la profunda veneración con que fué recibido por la Corte y el pueblo español en su tránsito a la sede toledana se describen puntualmente. Sabido es que, coincidiendo con ella, sintió de nuevo Doña Isabel los indicios de la maternidad, alumbrando en el Bosque de Segovia, o sea en Balsaín, el 12 de agosto de 1566, una infanta, cuyo triple nombre respondía a las circunstancias de su nacimiento: Isabel por su madre, Clara por ser la Santa del día y Eugenia por el Santo que la trajo. La decepción producida por el nacimiento de una infanta parecía compensarse ante la nueva preñez de la reina, anunciada por l'ourquevaux en febrero de 1567. Doña Isabel permanece en Madrid aquel verano, y la Corte atiende a los preparativos del esperado vástago. Se le destinan las habitaciones del Alcázar que ocupó Ruy Gómez, y el ensamblador Juan Gutiérrez prepara la cuna. El 6 de

octubre nació la infanta Catalina Micaela, con la consiguiente desilusión de no haber sido un varón. La infancia de las infantas se ilustra abundantemente con los documentos utilizados por el autor, y así conocemos los forros de las camas, las muñecas, los juguetes, las cosas menudas que empleaban en Palacio durante la niñez de ambas.

No poseía Isabel de Valois una naturaleza fuerte. Los partos seguidos minaron su naturaleza. Para conocer su vida el último año de su existencia son de gran utilidad las cartas de la duquesa de Alba a Catalina de Médicis. Un nuevo estado de gravidez anunciado a la reina de Francia por su corresponsal iba a poner en peligro su vida; pero esta vez no tenía a su lado al competente Montguyón, fallecido hacía poco y sustituido por un médico de la villa ducal de la camarera mayor, llamado Juan Maldonado. El 16 de septiembre padeció un grave ataque de nefritis, de que mejoró algo; continuó la enfermedad todo el mes con síntomas graves. A principios de octubre se agravó de modo alarmante, recibiendo el Viático el domingo 3. Aquella mañana abortó de una niña, que vivió unas horas. Conservó su lucidez plena y energía hasta el último momento, dirigiendo a monsieur de Fourquevaux unas memorables palabras, llenas de unción y de tierno afecto a su familia.

Sobre las causas de su muerte tenemos la carta de Gabriel de Zayas al duque de Alba, donde trata del caso con todo género de detalles. Conducido el cadáver al Escorial, después de los solemnes oficios, celebrados en las Descalzas Reales, permaneció en la cripta hasta 1886, en que fué trasladado al panteón de Infantes. Su madre, en la carta que contestó a su enviado en Madrid, le dedicó un recuerdo breve, ocupando mayor espacio de ella los asuntos políticos que embargaban su espíritu. Los consejeros del rey le proponían en diciembre pasara a nuevo matrimonio para asegurar la sucesión varonil al trono.

Así se esfumó el recuerdo de una mujer ejemplar, de quien sus buenas obras son el mejor panegírico y la perenne recompensa en un mundo mejor, donde la virtud tiene su imperio sobre las apetencias, pasiones y miserias terrenales, que no la mancharon en su paso por la vida.

El tercer tomo, dedicado a los apéndices, comprende un conjunto valioso de documentos del mayor interés. Se refiere el primero al epistolario de la reina, donde se refleja su personalidad sin trabas que se opongan a su sinceridad y expansión. Su principal confidente fué su madre, Catalina de Médicis, gráfologa impenitente, que seguía y espiaba, con esa ambición cariñosa de las madres, todos

los movimientos del ser querido. De su número crecido, pues los correos salían por lo menos dos veces al mes, no se han conservado todas. Parte de ellas fueron copiadas por D. Juan Valera en San Petersburgo durante su permanencia en aquella Corte. Se incluyen noventa y nueve, en su mayoría al embajador Fourquevaux.

El segundo apéndice contiene 160 documentos de diversos sujetos, como Chantonnay y D. Francés de Alava, nuestros representantes en París. Figuran además cartas a Felipe II de la duquesa de Lorena, del obispo de Limoges, de D. Juan Manrique de Lara, de D. Hernando de Toledo y del duque de Alba. Acaso el documento más emotivo sea el testamento de la reina, otorgado en Balsaín el 27 de junio de 1566, pues aparte sus disposiciones piadosas, trasunto de su gran religiosidad, se advierte en él la previsión más generosa para sus damas y criadas: no omite a Sofonisba Anguísola, a quien dejaba tres mil ducados y una pieza de brocado para una cama; ni a doña Magdalena Girón, doña Estefanía Manrique, doña Isabel de la Cueva, doña Magdalena de Guzmán, doña Elvira Carrillo y doña Catalina de Sandoval. A su lado figuraban los reposteros de camas Franco, Rojas y Perea; el maestro que la enseñó a leer, Dandio; el mozo de capilla, su médico, maestre Vicencio, y otros, acreditando su ternura, su memoria y su celo por ellos.

En la tercera parte de los apéndices incluye el autor las «Relaciones de fiestas», desde el «Discours des triomphes du Mariage du roy Catholique en 1559» hasta la «Relación de las máscaras celebradas en el Alcázar de Madrid el 6 de Enero de 1565». De elogios y elegías a ella dedicados se ocupa la siguiente parte de los apéndices. Las divide en dos partes: nacionales y extranjeras; arranca desde Cervantes, pasando por Pedro Láynez y Jerónimo de Lomas Cantoral y, como es natural, la famosa «Relación» de López de Hoyos. Entre las segundas señala y analiza la de Ronsard y Branthome. Una iconografía completa y exhaustiva forma parte del apartado quinto de los apéndices, que termina con la «almoneda» de los bienes muebles de la regia difunta. Costumbre ésta muy arraigada en la sociedad de su tiempo, hoy nos extraña, dada nuestra manera de pensar. Se hizo el inventario por orden real, y luego se celebró la venta, desfilando por ella los más opuestos personajes, desde el condestable, que adquiere muchos vestidos para la duquesa o sus hijas, hasta un vecino de Arévalo, a quien van a parar los diurnales de la reina. Es demostración de la caducidad de las glorias humanas (acaso fué el motivo por que se practicara en una época de tan arraigadas creencias religiosas) el desfile triste, yendo a manos desconocidas los objetos que fueron gala y adorno del difunto: el

espejo que reflejó su imagen llena de vida, los guantes adobados en ámbar, los perfumes que aureolaron su persona; todo perece y se transfiere, con mengua y pérdida del nombre de su propietario.

Concluye la obra con un índice onomástico completo, que facilita su manejo y es indispensable para ello. Obra, como hemos dicho, monumental y escrupulosamente elaborada, digna de las dotes literarias de su autor. — *El Marqués del Saltillo*.

Colección documental del Fraile. Estado Mayor Central del Ejército. Servicio Histórico Militar. Madrid, 1947-1950. [Imprenta de Ediciones Ares.] Cuatro volúmenes de 27 x 19 centímetros. I (1947), letras A, B y C, 253 páginas. II (1947), letras CH-K, 267 páginas. III (1949), letras L-Q, 215 páginas. IV (1950), letras R-Z, 212 páginas + 8 h. s. f. de índices.

Entre los fondos del Servicio Histórico Militar se conserva hoy esta importantísima colección, que constituye un tesoro inestimable para el estudio de la vida española a principios del siglo XIX, y especialmente para cuanto se refiere a los años de la guerra de la Independencia. La componen no menos de mil ocho volúmenes de distintos tamaños, y para esta enorme labor de acopio el colector no siguió sistema alguno ni hizo ningún intento de clasificación. Se trata, pues, de una inmensa compilación miscelánea en la que toda clase de asuntos, temas, autores, lugares y fechas se entremezclan y combinan en forma tal que hasta ahora ha resultado prácticamente inmanejable. No era pequeña tarea la de redactar un índice o catálogo, única forma de que tan inapreciable centón ofreciera a los investigadores el tesoro de datos y noticias en él contenidos. Esta tarea la ha emprendido y, lo que es mejor, felizmente realizado el Servicio Histórico Militar, por lo que merece la gratitud de cuantos se consagran a los estudios históricos.

Se denomina «del Fraile» esta famosa colección por haber sido recogida por el capuchino padre Salvador Joaquín de Sevilla. Llamóse en el mundo Salvador Joaquín Caravallo Vera, y algunos han confundido con él a su hermano menor, Juan, a quien se ha atribuido erróneamente la importantísima colección. La verdadera identidad del «Padre Verita» se pone definitivamente en claro en el prólogo que precede al tomo I del catálogo que comentamos; para

redactar dicho prólogo se han tenido en cuenta los trabajos realizados por fray Buenaventura Carrocera.

El padre Salvador Joaquín Caravallo Vera fué natural de Sevilla, ciudad en donde vió la luz primera el 16 de agosto de 1766. Huérfano de padre muy niño aun, ocupóse su madre con gran atención y diligencia de su educación. A los once años de su edad fué inscrito en el Colegio Mayor de Santo Tomás, en donde se destacó pronto por su extraordinaria aptitud y vocación para el estudio del latín. Licenciado en Filosofía, en 1784, en la Universidad de Sevilla, después de realizar un viaje a Méjico siente la llamada de la vocación religiosa, y en 1790 ingresa en el convento de padres Capuchinos, recibiendo dos años más tarde las órdenes sagradas. Treinta y nueve años se prolongó la vida religiosa del padre Caravallo Vera, a quien el pueblo llamaba cariñosamente el padre Verita por su corta estatura. Porque fué, sobre todo, un religioso sencillo, ejemplar y tenaz, que consagró su vida a la predicación, en contacto directo y continuo con las clases populares de la sociedad. En el Archivo Provincial de Capuchinos de Sevilla se conservan veinte tomos manuscritos, en folio, que contienen esquemas y extractos de los sermones por él predicados, los cuales alcanzan el número fabuloso de ¡dos mil doscientos dos! Como puede deducirse por este dato, el padre Verita distinguióse por la constancia, tenacidad y laboriosidad. Todas estas condiciones eran necesarias también para dar cima a la ingente tarea de reunir la inmensa «Colección del Fraile», con sus mil ocho volúmenes. Solamente el índice manuscrito de la misma, escrito todo él de puño y letra de su compilador, se compone ¡de veintiún tomos! Índice meticoloso, minuciosísimo, aunque desgraciadamente de muy escasa utilidad por la forma en que está redactado, e impublicable por sus desmesuradas proporciones. Asombra pensar en la cantidad de horas, de días, de años que hubo de consagrar el infatigable capuchino a sus tareas de predicación y compilación. Nosotros, los que vivimos hoy en esta desdichada edad de la prisa, en que todo es rápido y urgente, apenas podemos comprender la actitud ante la vida de hombres como el padre Verita, para los que el tiempo tenía, sin duda, un valor muy diferente y otras posibilidades que para los hombres de nuestro tiempo.

La inmensa compilación del padre Verita, o «Colección del Fraile», a la que su colector denominara con el título de «España triunfante», exigió, sin duda, considerables desembolsos para la adquisición de los impresos y manuscritos que la integran. A cargo de D. Juan Caravallo Vera, hermano del padre Verita y rico co-

merciante, corrió de seguro lo que hoy suele denominarse bárbaramente la «financiación» de la empresa. Por eso, probablemente, hubo quien creyó que había desempeñado también el papel de colector.

La mayor parte de los documentos que integran la «España triunfante» corresponden a los dramáticos años de la guerra de la Independencia española. El interés nacional de los acontecimientos y la riqueza y variedad de la producción impresa por aquellos años —proclamas, diarios, noticias, bandos, sátiras, coplas, poemas, obras de teatro, relaciones— estimuló, sin duda, el afán coleccionista del padre capuchino, que con gran diligencia, y valiéndose seguramente de activos corresponsales, distribuidos por toda España, logró una espléndida cosecha de testimonios, datos y noticias. Puede afirmarse que en lo sucesivo cuantos historiadores deseen tratar monográficamente un tema de esta época habrán de consultar la «Colección del Fraile», seguros de hallar en ella útil y considerable contribución.

Como la residencia habitual de los hermanos Caravallo Vera por los años en que fué realizada la compilación fué, generalmente, Sevilla, el padre Verita tuvo más a la mano los papeles de todo género que circulaban por las provincias andaluzas, y son los que más abundantemente nutren la «España triunfante». Añádase a esto la importancia extraordinaria que durante los años de la guerra de la Independencia tuvieron las ciudades de Sevilla y Cádiz, como sede del Poder Ejecutivo y núcleo de lo que hoy, con pintoresco anacronismo, llamaríamos la «resistencia», y esto nos explicará también la riqueza documental que de ellas procede. Pero el padre Verita está también atento, en la medida de sus medios, a recoger cuantos impresos aparecieron en las restantes provincias españolas, por lo cual su obra no tiene interés local, sino nacional. Por lo que respecta a Madrid, es evidente el gran valor de la documentación reunida en la «Colección del Fraile» para la historia de nuestra ciudad.

El autor o autores del índice que comentamos —que modestamente han conservado sus nombres en el anónimo— han tenido que realizar una tarea penosa y erizada de dificultades. Catalogar una compilación tan inmensa y de carácter tan caótico como la «España triunfante» es empresa nada fácil. Como la mayor parte de los impresos reunidos son anónimos, de procedencia oficial, o redactados por pluralidad de autores, no siempre fáciles de identificar —como ocurre con los periódicos—, hubieron de renunciar a todo intento de agrupación por autores, y han optado por realizar un

catálogo por materias, indudablemente de mayor utilidad. Sin embargo, existe a veces disparidad de criterio, pues los periódicos van insertos por el título, y las obras no anónimas, que son las menos, por el apellido del autor. Así, mientras una orden relativa a la pena de muerte va catalogada por «Pena capital», un poema patriótico del autor de *La Serafina* se inserta en «Mor de Fuentes», y el periódico de Granada, en la palabra «Diario». Esto contribuye a dificultar el manejo del catálogo; pero esta dificultad se excusa fácilmente si pensamos en la contrapartida: las grandes facilidades que nos proporciona. En un índice de tan grandes proporciones, en que ha tenido que ser redactado y ordenado tan gran número de papeletas, es inevitable que algunas caigan fuera de su sitio. Esto ocurre, por ejemplo, en la relación de las obras de fray Diego José de Cádiz, entre las cuales se han intercalado (vol. I, páginas 136-144) bastantes fichas relativas a la ciudad de igual nombre y al «Diario» de la misma, así como un trabajo de otro religioso, fray Buenaventura de Cádiz. Todo ello, repetimos, es muy difícil de impedir cuando se manejan materiales tan copiosos, y no disminuye ni empaña el valor extraordinario de esta publicación y su extraordinaria utilidad para los investigadores españoles. Merece, pues, sinceros plácemes por la publicación de este importantísimo índice el Estado Mayor Central del Ejército y su Servicio Histórico Militar.—*Juan Antonio Tamayo.*

INFORMACION

Don Angel González Palencia

El retraso accidental en la salida de este número 1949 ha originado el hecho de que ya un buen número de amigos, compañeros y discípulos de D. Angel González Palencia hayan evocado su memoria con la palabra o la pluma, anticipándose en este ineludible deber, triste y grato a la par, de fijar nosotros su recuerdo desde este rincón de nuestra REVISTA, a la que él tanto estimaba y que tanto le debe.

El nos prestó, en efecto, el tesoro de su saber siempre veraz, escrupuloso y vasto, a través de una colaboración constante, que remonta al primer número de esta REVISTA (1924) y se cierra con su trabajo póstumo, *El conde de Moctezuma, corregidor de Madrid*, cuya segunda y última parte damos arriba. Desarrollada sobre temas diversos, ella constituiría por sí sola una producción muy estimable en el haber de cualquier erudito, dada su extensión y calidad; poca cosa, apenas escasas migajas, representa dentro del acervo creado por la inteligencia y el esfuerzo portentosos del gran polígrafo, en quien confluían armoniosamente las dos corrientes culturales hispanas: la islámica y la cristiana.

Junto a *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII-XIII* (Madrid, 1926-1930), la *Vida y obra de D. Diego Hurtado de Mendoza* (Madrid, 1941-1943) y el *Estudio histórico sobre la censura gubernativa en España de 1800 a 1833* (Madrid, 1934-1941), obras magistrales de la erudición contemporánea; ante síntesis luminosas tales como la *Historia de la Literatura española* (Madrid, 1943, sexta edición), *La España musulmana* (Madrid, 1925), la *Historia de la Literatura*

arábigo-española (Madrid, 1928), *The Western Caliphate*, incluido en *The Cambridge Medieval History* (1922, vol. III), y *La España del Siglo de Oro* (New-York, Oxford, 1939; Madrid, 1940), manejadas y estimadas por los estudiosos y especialistas del mundo entero; frente a sus numerosas traducciones del árabe, índices y catálogos innumerables y ediciones de obras, trabajos utilísimos de índole técnica o profesional, tan conocidos de los investigadores nacionales y extranjeros; dentro de una bibliografía que alcanza los doscientos dieciséis títulos (excluidos los artículos periodísticos y las reseñas bibliográficas), los trabajos de González Palencia publicados en nuestra REVISTA, bien que sólo sean unos cuantos títulos más, avaloran nuestra colección y han contribuido muy eficazmente a nuestro prestigio.

Por ello nos interesa recordarlos, como asimismo algún otro aspecto de su actividad referente al periodo de su vida (abril 1939, marzo 1946) en que fué regidor del Ayuntamiento de Madrid. Tales artículos, cortos y largos, llevan la marca de su autor: son estudios claros y veraces, escrupulosamente elaborados a base de información documental de primera mano investigadora. Pertenecen unos al campo de la literatura comparada; así *La doncella que se sacó los ojos. La leyenda de Santa Lucia* (1932); otros recogen puntos de historia local, como *La Plaza Mayor y los Caños del Peral* (1932) y *El convento de Agustinos Recoletos de Madrid* (1944); o bien noticias sobre conquenses ilustres, sus paisanos; tal el intitulado *Nuevas noticias bibliográficas del abate Hervás y Panduro* (1928); o son temas relativos al Siglo de Oro, como sus estudios *Quevedo pleitista* (1945), *Las ediciones académicas del «Quijote»* (1947) y la conferencia *Quevedo por de dentro* (1945) leída en la sesión dedicada por el Ayuntamiento de Madrid a conmemorar el III Centenario de Quevedo. El ciclo de asuntos relativos a la censura gubernativa, tan grato a González Palencia, se encuentra representado por sus artículos *Walter Scott y la censura gubernativa* (1929), donde ocurre reflejada la opinión de nuestros Catones sobre el celeberrimo novelista; *la Tonadilla del Guapo, mandada recoger por Jovellanos* (1924), *Joaquín Ibarra y el Juzgado de Imprentas* (1944) e *Interioridades de la censura a fines del siglo XVIII. Pedro Montengón y su novela «El Eusebio»* (1926); estudios acerca de lugares literarios, cenáculos famosos durante el siglo xix, son *La fonda de San Sebastián* (1925) y *Para la historia de la Fontana de Oro* (1926). Un momento difícil para la escena madrileña dentro del siglo xix se relata en *Nuevas noticias sobre Isidoro Máiquez* (1948), que además contiene datos inéditos sobre el famoso actor, y por último, en *Meléndez Valdés.*

Ayuntamiento de Madrid

y la *literatura de cordel* (1931) se nos ofrece un cuadro representativo de lo que eran los cantares de ciego a fines del siglo XVIII y los afanes de este poeta por corregir el mal gusto. Omitiendo reseñas bibliográficas, mencionemos aún la edición del manuscrito 2513 de la Biblioteca Nacional, intitulado *Noticias de Madrid, 1621-1627* (Madrid, 1942), incluida entre las publicaciones de la Sección de Cultura e Información del Ayuntamiento de Madrid; estas *Noticias* son de gran interés para el conocimiento histórico de la vida diaria de la Corte durante tales años, y contienen datos biográficos nuevos e importantes sobre personajes de la época.

Todo ello, con ser ya mucho, no fué, sin embargo, todo. Regidor del Ayuntamiento durante el difícil período ya mencionado, formó parte de la Comisión de Gobierno interior y Personal y de la de Cultura, contribuyendo así a reparar los estragos causados en la Villa por la guerra civil, y si bien jamás eludió el desempeño de cargos penosos, en cuyo cumplimiento fué modelo de justicia y de moderación, su labor más destacada se llevó a cabo en el ámbito cultural, conforme a su carácter y aficiones. Fué aquí el más brillante miembro y asesor del equipo, autor de atinadas iniciativas, dictámenes y propuestas, cuyo contenido registran las actas municipales.

Destaquemos dos servicios inestimables: su labor como delegado del Archivo de Villa y la aceptación por su parte del cargo de director de esta REVISTA. Para el Archivo de Villa, que había padecido lustros de abandono y salido tan malparado de la guerra civil, fué una suerte contar con un delegado diestro como pocos en el oficio, capaz de comprender lo mejor y patrocinar lo conveniente. En cuanto a la REVISTA, interrumpida su publicación desde el año 1936, hubiera sido difícil reanudar su rutilante tradición, a partir del año 1944, si las flacas fuerzas del que esto escribe no se hubieran visto asistidas por el consejo, la ayuda y cooperación de un hombre tan sabio, cordial y generoso de su tiempo como D. Angel González Palencia.

La REVISTA deplora amargamente la muerte, imprevista y trágica, del que fué su asiduo colaborador y director efectivo y honorario, desaparecido en plena producción. Las virtudes y servicios del hombre cabal y humano, del amigo sencillo y cordial, del maestro sabio y comprensivo, serán perdurables entre nosotros.—A. G. I.

«Don Angel González Palencia nació en Horcajo de Santiago (Cuenca) el 4 de septiembre de 1889. Estudió Latín, Filosofía y Teología en el Seminario Conciliar de Cuenca y en el Instituto de Segunda Enseñanza de la misma capital, donde se graduó de bachiller en Artes el 1908. Siguió por enseñanza libre la carrera de Filosofía y Letras, y fué licenciado en la Universidad de Madrid al finalizar el curso académico de 1910. Al siguiente año ingresaba por oposición en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, sirviendo primero en el Archivo de Hacienda de Toledo, y desde 1913 hasta 1927 en el Archivo Histórico Nacional. En 1914 fué pensionado para estudios en Marruecos. Y en 1915 se recibía de doctor. Desde 1916 fué profesor auxiliar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. En 1927 obtuvo por oposición la cátedra de Literatura Árábigo-Española en la dicha Facultad de Filosofía y Letras. Fué elegido académico de número de la Real Academia de la Historia en 1930, y de la Real Academia Española, en 1940. Era, además, correspondiente de las Academias de Buenas Letras de Sevilla y Barcelona; de la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba; de la de Ciencias Históricas de Toledo; de la de Ciencias Históricas y Sociales de Valladolid; de la de Bellas Artes de Zaragoza; asimismo, miembro correspondiente de The Hispanic Society of America; honorario de la Sigma Delta Pi (Estados Unidos). Perteneció a la Directiva de la Real Sociedad Geográfica Nacional; decano del Colegio Oficial de Doctores y Licenciados; subdirector de la Escuela de Estudios Arabes, de Madrid, desde 1932, y director a partir de 1944; vocal del Consejo Ejecutivo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; regidor del Ayuntamiento de Madrid desde abril de 1939 a marzo de 1946; delegado del Gobierno en el Congreso de Orientalistas de Leyden (Holanda), en 1931, y de la Universidad Central en el de Orientalistas de Roma, en 1936; profesor visitante en Stanford University (California) en 1934 y 1938, en la cual enseñó literatura española en los cursos de primavera y verano. Con ocasión del primero de estos viajes, dió conferencias en las Universidades de Harvard, Cornell, Columbia, Wellesley College, Darmouth College, Wáshington, Ohio, California, Berkeley y San Francisco. Sus conferencias en los cursos para extranjeros, en España, y en distintas Sociedades culturales, son numerosas. Aunque colaboró en diarios tan importantes como *El Debate*, sus actividades en la Prensa sobresalieron en publicaciones doctrinales como la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, *Al-Andalus*, los *Boletines de la Real Academia Española* y de la *Historia*, en la REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO, y en otras varias.»

Hemeroteca Municipal de Madrid. Servicio de Microfilms

El alcalde de Madrid, Conde de Santa Marta de Babío, acompañado por el presidente de Cultura, D. Tomás Gistau; de varios concejales y del secretario, D. Mariano Berdejo, inauguró el 8 de enero de 1949, en la Hemeroteca Municipal de Madrid, el primer servicio público de información bibliográfica y documental por medio de la técnica de la fotografía reducida. Avance importantísimo en la simplificación de los métodos del trabajo científico y de la rápida información documental. La instalación presentada ofrece las siguientes características: estudio de impresión, aparato De Brie; laboratorios y Sección de Positivos de gran metraje y ampliaciones. Independientemente existe un equipo portátil para los trabajos que hay que realizar en otras bibliotecas o Centros de investigación.

Es importante la sala de aparatos lectores, los cuales, en número de nueve, están a la disposición de todas aquellas personas que posean microfilms, bien proporcionados por nuestro servicio, bien de propiedad particular.

El trabajo que realiza el Servicio de Microfilms se divide en dos Secciones independientes, perfectamente caracterizadas:

a) Material bibliográfico y documental de la Hemeroteca Municipal y de los distintos departamentos culturales del Concejo.

b) Importación de microfilms -- científicos -- de los Institutos de investigación y bibliotecas extranjeras. Se han llegado a establecer interesantes pactos de colaboración con los Centros siguientes:

- 1) *Centre National de la Recherche Scientifique.*—Paris.
- 2) *Microfilmdienst für Wirtschaft, Forschung und Technik.* Hamburg-München.
- 3) *The Library of Congress. Hispanic Foundation, Microfilm Department.*—Washington.
- 4) *Centro di Fotodocumentazione Scientifico Tecnica.*—Milano.
- 5) *Association Suisse de Documentation.*—Zurich.
- 6) *Turun Yliopiston Kirjasto.*—Turku. Finlandia.
- 7) *University Library.*—Cambridge.
- 8) *Osterreichische Nationalbibliothek.*—Wien.
- 9) *Instituto para a Alta Cultura.*—Lisboa.

Ayuntamiento de Madrid

Amplio grupo de bibliotecas y servicios especiales de microfilms que colaboran con la Hemeroteca Municipal y que permite dominar un extenso e importante campo de documentación científica, que unido a nuestro propio material de publicaciones técnicas y científicas puede ofrecer, con rapidez y eficacia, una ayuda a los investigadores españoles en todo momento.

Los resultados obtenidos en esta primera etapa de trabajo y experiencia han superado las primeras previsiones, de tal manera que ha sido preciso ampliar los laboratorios con dos nuevas salas de producción.

Le cabe al Ayuntamiento de Madrid el honor de haber sido el primero que, sintiendo las necesidades científicas de los investigadores españoles, ha procurado, con todos los elementos técnicos más perfectos, proporcionarles aquellos medios de trabajo que no estaban a su disposición directa.

REVISTA
DE LA
BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO
TOMO XVIII.—Año 1949

ÍNDICE GENERAL

Número LVIII

ARTICULOS:

- CASTO M.^a DEL RIVERO.—*Madrid y su comarca*, pág. 3.
ANTONIO ALVAREZ DE LINERA.—*Escenarios madrileños de la vida de Godoy*, pág. 69.
MIGUEL HERRERO.—*La iglesia del Carmen*, pág. 109.
ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ.—*Madrid, plaza de armas*, pág. 123.
ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA.—*El conde de Moctezuma, corregidor de Madrid*, pág. 141.
JAIME SALVÁ.—*La fragata del Buen Retiro*, pág. 209.
MANUEL DE TERÁN.—*Huertas y jardines de Aranjuez*, pág. 261.
ENRIQUE PASTOR MATEOS.—*Larra y Madrid*, pág. 297.

MISCELANEA:

- MANUEL BALLESTEROS-GAIBROIS: *Un recuerdo curioso de la «Biblioteca de San Isidro»*, pág. 333.

DOCUMENTOS:

- Papeles sobre el servicio de «El chapin de la reina» conservados en el Archivo de Villa* (A. GÓMEZ IGLESIAS), pág. 339.
Catálogo de los fondos documentales del Archivo de Villa referentes a instituciones e instrumentos de crédito (ENRIQUE PASTOR MATEOS), pág. 393.

Extracto de los «Libros de acuerdos» del Ayuntamiento de Madrid a partir del año 1601 (F. PÉREZ CASTRO), pág. 415.

RESEÑAS:

Juan Bernia (seudónimo).—*Historia del palacio de Santa Cruz, 1629-1950* (M. MOLINA CAMPUZANO), pág. 435.—*Fernando Chueca y Carlos de Miguel. La vida y las obras del arquitecto Juan de Villanueva* (M. MOLINA CAMPUZANO), pág. 438.—*Pedro Alfonso. Disciplina Clericalis* (JOSÉ ANTONIO TAMAYO CHINCHILLA), página 454.—*González de Amezúa y Mayo, Agustín. Isabel de Valois, reina de España (1546-1568)* (EL MARQUÉS DEL SALTILLO), pág. 460.—*Colección documental del Fraile* (JUAN ANTONIO TAMAYO), pág. 469.

INFORMACION:

Don Angel González Palencia (A. G. I.), pág. 473.—*Hemeroteca Municipal de Madrid. Servicio de Microfilms*, pág. 477.

ÍNDICE ALFABETICO DE AUTORES

- A. G. I.—Véase GÓMEZ IGLESIAS, AGUSTÍN.
- ALVAREZ DE LINERA, ANTONIO.—*Escenarios madrileños de la vida de Godoy*, pág. 69.
- BALLESTEROS-GAIBROIS, MANUEL.—*Un recuerdo curioso de la «Biblioteca de San Isidro»*, pág. 333.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, ANTONIO.—*Mudrid, plaza de armas*, pág. 123.
- GÓMEZ IGLESIAS, AGUSTÍN.—*Papeles sobre el servicio de «El chapín de la reina» conservados en el Archivo de Villa*, pág. 339. *Don Angel González Palencia*, pág. 473.
- GONZÁLEZ PALENCIA, ANGEL.—*El conde de Moctezuma, corregidor de Madrid*, pág. 141.
- HERRERO, MIGUEL.—*La iglesia del Carmen*, pág. 109.
- MARQUÉS DEL SALTILLO, EL.—*Isabel de Valois, reina de España (1546-1568)*, pág. 460.
- MOLINA CAMPUZANO, M.—*Historia del palacio de Santa Cruz, 1629-1950*, pág. 435. *La vida y las obras del arquitecto Juan de Villanueva*, pág. 438.
- PASTOR MATEOS, ENRIQUE.—*Larra y Madrid*, pág. 297. *Catálogo de los fondos documentales del Archivo de Villa referentes a instituciones e instrumentos de crédito*, pág. 393.
- PÉREZ CASTRO, FEDERICO.—*Extracto de los «Libros de acuerdos» del Ayuntamiento de Madrid a partir del año 1601*, pág. 415.
- RIVERO, CASTO M.^a DEL.—*Madrid y su comarca*, pág. 3.
- SALVÁ, JAIME.—*La fragata del Buen Retiro*, pág. 209.
- TAMAYO, JUAN ANTONIO.—*Colección documental del Fraile*, pág. 469.
- TAMAYO CHINCHILLA, JOSÉ ANTONIO.—*Disciplina Clericalis*, pág. 454.
- TERÁN, MANUEL DE.—*Huertas y jardines de Aranjuez*, pág. 261.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO DE VILLA

FUERO DE MADRID. Edición facsímil, hecha por Agustín Millares. Estudio preliminar de Galo Sánchez y glosario por Rafael Lapesa. (Agotada).

LIBRO DE ACUERDOS DEL CONCEJO MADRILEÑO. Edición de Agustín Millares y Jenaro Artiles. Tomo I, 1464-1485. (Agotada).

DOCUMENTOS DEL ARCHIVO GENERAL DE VILLA. Primera serie, tomos I-IV, 1152-1521. Edición de Timoteo Domingo Palacio. Precio: 40 pesetas.

DOCUMENTOS DEL ARCHIVO GENERAL DE VILLA. Segunda serie, tomos I y II, 1284-1406 y 1408-1440. Edición de Agustín Millares y Eulogio Varela. Precio: Tomo I, 25 pesetas; tomo II, 15 pesetas.

PUBLICACIONES DE LA SECCION DE CULTURA E INFORMACIÓN DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID

ESTADO ACTUAL DE LA ESCULTURA PÚBLICA EN MADRID. Edición del Conde de Casal. Precio: 15 pesetas.

NOTICIAS DE MADRID, 1621-1627. Edición de Angel González Palencia. Precio: 25 pesetas.

CARTAS DE PÉREZ GALDÓS A MESONERO ROMANOS. Edición de Eulogio Varela Hervías. Precio: 15 pesetas.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS INSTITUTO ANTONIO DE NEBRIJA

REVISTA DE FILOLOGIA ESPAÑOLA

Se publica en cuadernos trimestrales, formando cada año un tomo de unas 400 páginas.

Comprende estudios de lingüística y literatura, y da información bibliográfica de cuanto aparece en revistas y libros españoles y extranjeros referente a la filología española.

FUNDADOR:

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL.

DIRECTOR:

DÁMASO ALONSO.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: 35 pesetas año. Tirada aparte de la bibliografía, 3 pesetas año. Cuaderno suelto, 10 pesetas.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: *Administración de Medinaceli*, 4. — MADRID

